

David Harvey

**Guía de  
*El Capital* de Marx**

Libro primero





akka |

Diseño interior y cubierta: RAG

Traducción de  
Juanmari Madariaga

Reservados todos los derechos.  
De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270  
del Código Penal, podrán ser castigados con penas  
de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización  
reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente,  
en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica,  
fijada en cualquier tipo de soporte.

Título original: *A Companion to Marx's Capital*

Publicado originalmente por Verso, the imprint of New Left Books

© David Harvey, 2010

© Ediciones Akal, S. A., 2014  
para lengua española

Sector Foresta, 1  
28760 Tres Cantos  
Madrid - España

Tel.: 918 061 996  
Fax: 918 044 028

**[www.akal.com](http://www.akal.com)**

ISBN: 978-84-460-3941-9  
Depósito legal: M-2.994-2014

Impreso en España

# Guía de *El Capital* de Marx

## Libro primero

David Harvey





# Prefacio

Cuando se supo que las lecciones que doy anualmente sobre el libro primero de *El Capital* de Marx iban a aparecer en internet como una serie de vídeos, la editorial Verso se puso en contacto conmigo y me preguntó si estaría interesado en preparar una versión escrita. Por varias razones estuve de acuerdo con la idea.

Para empezar, la recesión económica y el inicio de lo que amenaza convertirse en una seria crisis global, o quizá en una grave depresión, han despertado un creciente interés por los análisis de Marx, por si pudieran ayudarnos a entender los orígenes de nuestras actuales tribulaciones. El problema, no obstante, es que los últimos treinta años, en particular desde la caída del Muro de Berlín y el final de la Guerra Fría, no han sido un periodo demasiado favorable o fértil para el pensamiento marxista, por no hablar de la política revolucionaria, por lo que toda una generación ha crecido sin ninguna familiaridad, y menos aún formación, con la economía política marxista. Parecía por tanto un momento oportuno para publicar una guía de *El Capital* que le abriera la puerta, para que esa generación pudiera explorar por sí misma los conceptos y perspectivas desarrollados por Marx.

El momento para una reevaluación constructiva de la obra de Marx es oportuno también en otro sentido. Las feroces divergencias e innumerables cismas en el movimiento marxista durante la década de 1970, que afectaron no solo a la práctica política sino también a la orientación teórica, se han atenuado notablemente, y lo mismo ha sucedido con el puro academicismo, que si bien por un lado contribuyó a mantener vivo el interés por Marx en tiempos difíciles, por otro dio lugar a debates arcanos y reflexiones a menudo demasiado abstractas. En mi opinión, quienes desean leer a Marx ahora están mucho más interesados en compromisos prácticos, lo que no quiere decir que teman las abstracciones, sino más bien que encuentran

aburridas e irrelevantes esas controversias académicas. Hay muchos interesados y activistas que buscan desesperadamente una base teórica sólida que les permita captar mejor las interrelaciones entre distintos temas, así como resituar y contextualizar sus propios intereses particulares y su trabajo político práctico. Espero que esta presentación de las bases de la teoría marxista les ayude a hacerlo.

Al preparar este texto he trabajado con transcripciones preparadas por Katharina Bodirsky (a quien debo agradecerlas afectuosamente) de las grabaciones en audio de las lecciones dadas durante la primavera de 2007. Las versiones en vídeo (véase <http://davidharvey.org/>), organizadas por Chris Caruso (quien también diseñó el sitio web) y grabadas por el Media College de la Universidad de los Pobres de Nueva York y el Proyecto de Movilización de los Medios de Filadelfia, corresponden a las expuestas en el otoño de 2007. Quiero agradecer a Chris y a todos los demás su trabajo voluntario en el proyecto<sup>1</sup>.

Hubo no obstante notables diferencias entre las versiones en audio y en vídeo, debidas principalmente a que siempre ofrecí esas lecciones en una forma un tanto improvisada, concentrándome en distintos aspectos del texto según los acontecimientos políticos y económicos del momento, así como mis propios intereses (e incluso caprichos). Las discusiones en clase también se orientaban con frecuencia en direcciones imprevisibles. Desgraciadamente, el espacio disponible en este libro no permite incluir esas discusiones, pero en diversas ocasiones he incorporado algunos de sus elementos en el cuerpo del texto cuando me parecía apropiado. Aunque he trabajado principalmente a partir de la versión en audio, también he incorporado elementos de los materiales en vídeo. Evidentemente, los recortes en las transcripciones han tenido que ser draconianos, en parte por razones de espacio, pero también porque la traducción de la palabra hablada a la escrita siempre requiere modificaciones significativas y, en algunos casos, drásticas incluso. También he tenido la oportunidad de aclarar algunos temas no cubiertos en las lecciones y añadir nuevos pensamientos aquí y allá. El texto que utilizo en el curso es la traducción publicada por Pelican Books y la *New Left Review* en 1976, reeditada por Vintage en 1977 y más tarde en Penguin Classics en 1992<sup>2</sup>.

Espero que esta «guía» –que realmente veo más como un «compañero de viaje» que como una introducción o interpretación– sirva de ayuda para iniciarse en la

---

<sup>1</sup> Cabe hacer extensivos estos agradecimientos a quienes asimismo colaboran desinteresadamente traduciendo estas conferencias a otros idiomas además del inglés, en una wiki colaborativa dispuesta al efecto (véase por ejemplo, para el caso del castellano, <http://harvey-capital-lectures.wikidot.com/spanish>) [N. del E.].

<sup>2</sup> La edición tomada como referencia principal en castellano es la de bolsillo, en ocho tomos, de Akal (2012), a la que corresponden los números de página citados, acompañados siempre, *en cursiva*, por el número de página de la 39.ª edición en alemán de la editorial berlinesa Dietz Verlag (2008) [N. del T.].

economía política de Marx a quienquiera que desee hacerlo. He tratado de mantener la presentación a un nivel introductorio, aunque sin simplificaciones excesivas, espero. Tampoco me he detenido en detalle en las muchas controversias suscitadas en torno a diversas interpretaciones del texto, sin que el lector deba entender empero que la presentada aquí es una interpretación neutra; es a la que yo he llegado al cabo de casi cuarenta años de presentarlo a todo tipo de audiencias con todo tipo de formación (con las que estoy en deuda, ya que me han enseñado mucho), tratando al mismo tiempo de utilizar constructivamente el pensamiento de Marx en mi propia investigación académica en relación con la acción política. No trato de persuadir a la gente de que adopte mi punto de vista, sino que mi propósito es ofrecerlo como vía de entrada a otros que deseen construir interpretaciones lo más significativas posibles y les sean útiles en las circunstancias particulares de su vida. Si lo he conseguido, por parcialmente que sea, me sentiré totalmente complacido.





# Introducción

Mi propósito es guiarle en la lectura de un libro de Karl Marx titulado *El Capital* (libro primero), y leerlo en los propios términos de Marx<sup>1</sup>. Esto puede parecer un poco ridículo, dado que incluso quien no lo haya leído posiblemente conocerá de qué trata; aun así, se trata de leerlo atenta y cuidadosamente. El aprendizaje real siempre conlleva un esfuerzo por entender lo desconocido. Mis propias lecturas de *El Capital*, compiladas en el presente volumen, se demostrarán mucho más ilustrativas para quien haya leído por adelantado los capítulos en cuestión. Lo que quiero alentar es su propio encuentro personal con ese texto, ya que es desentrañándolo directamente como cada uno puede comenzar a configurar su propia comprensión del pensamiento de Marx.

Esto plantea una dificultad inmediata. Todo el mundo ha oído hablar de Karl Marx, de términos como «marxismo» y «marxista», a los que acompañan todo tipo de connotaciones, por lo que son inevitables las preconcepciones y prejuicios, a favor o en contra; pero lo primero que tengo que pedirle es que intente dejar a un lado, en la medida de lo posible, todo lo que usted crea que sabe sobre Marx, de forma que pueda abrirse a lo que realmente dijo.

---

<sup>1</sup> Karl Marx, *Capital: A Critique of Political Economy*, vol. I, intr. de Ernest Mandel, trad. de Ben Fowkes, Londres, Penguin Classics, 1990. [La edición en castellano que manejamos con preferencia, como hemos consignado en el prefacio, es *El Capital. Crítica de la economía política*, trad. de Vicente Romano, libro primero (tomos I-III), Madrid, Akal, 2012. En alemán: *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie*, vol. I, Berlín, Dietz Verlag, 2008; también en Karl Marx y Friedrich Engels, *Werke*, vol. 23, Berlín oriental, Dietz Verlag, 1962 (accesible en [http://www.mlwerke.de/me/me23/me23\\_000.htm](http://www.mlwerke.de/me/me23/me23_000.htm)); las citas corresponden a la edición en castellano de Akal, acompañadas siempre, *en cursiva*, por el número de página de la 39.<sup>a</sup> edición en alemán (*N. del T.*)].

Para lograr ese tipo de comprensión directa existen otras dificultades adicionales. Estamos obligados, por ejemplo, a aproximarnos a un texto como este desde nuestra formación intelectual y nuestra experiencia personal. Para muchos estudiantes esa formación intelectual se ve afectada, si no gobernada, por consideraciones y preocupaciones académicas; existe una tendencia natural a leer a Marx desde el punto de vista, particular y exclusivo, de cada disciplina. El propio Marx nunca enseñó ninguna disciplina en ninguna universidad y hasta el día de hoy la mayoría de los aparatos departamentales rehúsan aceptarlo como uno de los suyos, por lo que, si usted es un estudiante o posgraduado y desea leerlo con provecho, lo mejor que puede hacer es olvidar todo lo que haya aprendido al respecto en su campo, no para siempre, por supuesto, sino mientras esté leyendo a Marx. Tiene usted, en resumen, que esforzarse poderosamente para discernir lo que él dice, más allá de lo que pueda entender fácilmente desde su propio aparato disciplinario particular, su propia formación intelectual, y lo que es aún más importante, su propia experiencia (ya sea como activista sindical o comunitario o como empresario capitalista).

Una razón importante para mantener esa actitud abierta durante la lectura es que *El Capital* resulta ser un libro asombrosamente rico. En sus páginas aparecen citados Shakespeare, los clásicos griegos, Fausto, Balzac, Shelley, poesía, cuentos de hadas, historias de licántropos y vampiros e innumerables economistas, filósofos, antropólogos, periodistas y politólogos. Marx recurre a una inmensa cantidad de fuentes y puede ser instructivo –y divertido– rastrearlas. Parte de las referencias pueden resultar elusivas, ya que a menudo no se las reconoce directamente; yo mismo voy descubriendo cada vez más conexiones a medida que sigo dando cursos sobre *El Capital* todos los años. Al principio no había leído casi nada de Balzac, por ejemplo; más tarde, cuando leí sus novelas, a menudo me encontré diciendo: «¡Ah, de aquí es de donde lo sacó Marx!». Al parecer leyó prácticamente todo lo que había escrito Balzac y tenía la intención de escribir un largo estudio sobre *La comedia humana* cuando empezó con *El Capital*. Leerlos a la vez ayudaría a entender muchas cosas.

Así pues, *El Capital* es un texto rico y multidimensional. Recurre a un vasto mundo de experiencias conceptualizadas en una gran diversidad de literaturas escritas en varias lenguas en distintos lugares y épocas. No quiero decir con esto, me apresuro a añadir, que uno no pueda entender lo que dice Marx a menos que conozca todas las referencias; pero lo que me estimula, y espero que suceda lo mismo con el lector, es la idea de que existe ahí una inmensa cantidad de recursos que pueden arrojar luz sobre las razones de que vivamos como vivimos. Del mismo modo que todos ellos son grano para el molino de Marx, también pueden serlo para nosotros.

El lector también comprobará que *El Capital* es un libro asombrosamente bien escrito; leído en su integridad, resulta una construcción literaria enormemente gra-

tificante. Pero también ahí pueden surgir barreras a su comprensión, porque muchos habrán conocido o leído fragmentos de Marx en el curso de su formación. Quizá alguien leyó el *Manifiesto comunista* en el instituto o pasó por uno de esos cursos de sociología que dedican dos semanas a Marx, otras dos a Weber y unos días a Durkheim, Foucault y muchos otros autores importantes. Quizá alguien haya leído extractos de *El Capital* o alguna exposición teórica, digamos, de las creencias políticas de Marx; pero leer extractos o explicaciones abstractas es algo muy diferente de leer *El Capital* como un texto completo. Se comienzan entonces a ver sus fragmentos bajo una luz radicalmente nueva, en el contexto de una narración mucho mayor. Es vital dedicar una cuidadosa atención a esa gran narración y estar dispuesto a cambiar la opinión que uno pueda tener de los fragmentos o estudios abstractos que conocía de antemano. Marx deseaba con seguridad que su obra se leyera como totalidad y objetaría indignado la idea de que pudiera ser entendida adecuadamente mediante extractos, por sabiamente elegidos que estuvieran. Seguramente no le satisfarían dos semanas de estudio en un curso introductorio de sociología, del mismo modo que él no había dedicado solo dos semanas a leer a Adam Smith. El lector llegará con seguridad a una concepción muy diferente del pensamiento de Marx leyendo *El Capital*; pero eso significa que tendrá que leer todo el libro, y eso es lo que quiero ayudarle a hacer.

Hay empero *un sentido* en el que la formación intelectual y los paradigmas que rigen las diversas disciplinas no solo cobran relevancia, sino que proporcionan valiosas perspectivas en el estudio de *El Capital*. Estoy por supuesto en contra del tipo de lecturas exclusivistas en torno a las que los estudiantes organizan casi invariablemente su formación, pero he aprendido con los años que las perspectivas disciplinares pueden ser también instructivas. Desde 1971 he dado cursos sobre *El Capital* prácticamente todos los años, a veces dos o incluso tres veces el mismo año, a grupos de todo tipo. En una ocasión fue a todo el departamento de filosofía –bastante hegeliano– de lo que se llamaba entonces Morgan State College en Baltimore; otro curso fue en la escuela de posgraduados del programa de inglés en la Johns Hopkins University; y en otro fueron principalmente economistas los que tuve como oyentes. Lo que llegó a fascinarme fue que cada grupo veía cosas diferentes en *El Capital*, de forma que fui aprendiendo cada vez más sobre el texto al trabajarlo con gente de distintas disciplinas.

Pero a veces encontraba irritante e incluso dolorosa la experiencia, porque algún grupo no lo veía a mi modo o insistía en temas que yo consideraba irrelevantes. Un año trate de leer *El Capital* con un grupo del programa de lenguas romances de la Johns Hopkins. Para mi frustración, pasamos casi todo el semestre en el primer capítulo. Yo decía una y otra vez: «Miren, tenemos que avanzar y llegar al menos a la

política de la jornada laboral», pero ellos decían: «No, no, no, tenemos que aclarar esto a fondo. ¿Qué es el valor? ¿Qué quería decir Marx al entender el dinero como una mercancía? ¿Qué es un fetiche?», etc. etc. Incluso trajeron la edición alemana para cotejar las traducciones. Resultó que todos estaban relacionados de algún modo con la escuela de alguien de quien yo no había oído hablar, alguien que me parecía idiota (política, no intelectualmente), por difundir aquel tipo de enfoque. Esa persona era Jacques Derrida, quien pasó un tiempo en la Johns Hopkins University a finales de los años sesenta y principios de la década de 1970. Reflexionando más tarde sobre aquella experiencia, me di cuenta de que aquel grupo me había enseñado la vital importancia de dedicar una atención cuidadosa al lenguaje de Marx, a lo que dice, cómo lo dice y también a lo que da por sentado, solo con pasar un peine tan fino como el de Derrida por el primer capítulo.

Pero no se preocupe usted; no tengo intención de hacer lo mismo en esta lectura porque no solo quiero llegar hasta el análisis de Marx sobre la jornada laboral, sino que estoy decidido a que usted llegue a leer todo el libro primero. Lo que pretendía señalar era únicamente que distintas perspectivas disciplinarias pueden abrir útilmente las múltiples dimensiones del pensamiento de Marx, precisamente porque escribió ese texto a partir de una tradición del pensamiento crítico tan increíblemente rica y diversa. Estoy en deuda con los muchos individuos y grupos con los que he leído este libro durante muchos años, precisamente porque me han enseñado tanto sobre aspectos de la obra de Marx que nunca habría detectado por mí mismo. Para mí, esa educación no acaba nunca.

Ahora bien, los análisis expuestos en *El Capital* se inspiran principalmente en tres tradiciones intelectuales y políticas, todas ellas relacionadas con el profundo compromiso de Marx con la teoría crítica, con un análisis crítico. Siendo todavía bastante joven comentaba en una carta a Arnold Ruge, coeditor de los *Anales Franco-Alemanes*, la necesidad de ejercer una «*rücksichtslose Kritik alles Bestehenden*» [una crítica despiadada de todo lo existente; Marx-Engels, *Werke*, vol. 1 (Berlín oriental, Dietz Verlag, 1976), p. 344]. No se puede decir que su aspiración fuera modesta, y sugiero su lectura porque es fascinante. No dice: «Todo el mundo es estúpido y yo, el gran Marx, voy a criticar todo lo que existe», sino que argumenta que mucha gente sería ha pensado intensamente sobre el mundo y ha visto ciertas cosas que deben ser respetadas, por muy unilaterales o sesgadas que sean. El método crítico parte de lo que otros han visto y dicho, y trabaja sobre ello para transformar el pensamiento –y el mundo que describe– en algo nuevo. Para Marx, el nuevo conocimiento surge de tomar bloques conceptuales radicalmente diferentes entre sí y frotarlos hasta hacer saltar la chispa revolucionaria, y eso es lo que hace efectivamente en *El Capital*: entrelaza varias tradiciones intelectuales dispares para crear un marco totalmente nuevo y revolucionario para el conocimiento.

Los tres grandes marcos conceptuales que confluyen en *El Capital* son: primero, la economía política clásica, esto es, desde el siglo XVII hasta mediados del XIX, principal aunque no únicamente británica, desde William Petty, Locke, Hobbes y Hume hasta el gran trío formado por Adam Smith, Malthus y Ricardo y otros, como James Steuart. También en Francia la economía política contaba con una importante tradición (fisiócratas como Quesnay y Turgot, y más tarde Sismondi y Say), y algunos italianos y norteamericanos (como Carey) proporcionaron a Marx materiales críticos adicionales. Marx sometió a todos esos autores a una profunda crítica en los tres volúmenes de notas llamados ahora *Teorías de la plusvalía*. No tenía una fotocopiadora y tampoco internet, así que tuvo que copiar laboriosamente largos pasajes de Smith y luego escribir un comentario sobre ellos, copiar largos pasajes de Steuart y escribir un comentario sobre ellos, etc. De hecho estaba practicando lo que ahora llamamos deconstrucción, y yo aprendí de Marx cómo deconstruir de esa forma los argumentos. Cuando se ocupa de Adam Smith, por ejemplo, Marx acepta mucho de lo que dice, pero trata de llenar los huecos y corregir las contradicciones hasta transformar radicalmente sus argumentos. Este método aparece repetidamente a lo largo de *El Capital*, ya que, como indica el subtítulo, se trata de una «crítica de la economía política».

El segundo bloque conceptual en la teorización de Marx es la reflexión e investigación filosófica, que para Marx comienza con los griegos. Marx escribió su tesis doctoral sobre Epicuro y estaba muy familiarizado con el pensamiento griego; Aristóteles, como se verá, es un autor frecuentemente citado en sus argumentos. También conocía a fondo la influencia del pensamiento griego en la tradición filosófica crítica alemana (Spinoza, Leibniz, y por supuesto Kant, Hegel y muchos otros), que vinculó creativamente con la tradición político-económica británica y francesa (sería sin embargo un error adscribir rasgos estrictamente «nacionales» a esas tradiciones; Hume era, después de todo, tan filósofo –en su caso empirista– como economista político, y las influencias de Descartes y Rousseau sobre Marx fueron también sustanciales). Pero fue la filosofía crítica principalmente alemana la que más peso tuvo en la formación inicial de Marx, quien se vio muy influido durante las décadas de 1830 y 1840 por el ambiente crítico generado en la universidad alemana por los «jóvenes hegelianos» o «hegelianos de izquierda».

La tercera tradición en la que se inspira Marx es la del socialismo utópico, que en su época era principalmente francés, aunque es a un inglés, Tomás Moro, a quien generalmente se atribuye su origen –que en realidad podríamos hallar en autores griegos–; un galés, Robert Owen, considerado el «padre del cooperativismo», no solo escribió abundantes textos utópicos, sino que de hecho trató de poner en práctica sus ideas en tiempos de Marx. Pero fue en Francia donde más pujante se mostró, durante las décadas de 1830 y 1840, un movimiento utópico inspirado en gran

medida en las doctrinas de Baboeuf, Saint-Simon y Fourier, del que formaban parte, por ejemplo, Étienne Cabet, autor del *Viaje a Icaria* y fundador de comunas «icarianas» en Estados Unidos desde 1848; Pierre-Joseph Proudhon y sus seguidores; Louis-Auguste Blanqui (quien acuñó la frase «dictadura del proletariado») y muchos otros que, como él, provenían de la tradición jacobina (como Baboeuf); el movimiento saintsimoniano; fourieristas como Victor Considerant; y feministas socialistas como Flora Tristan. Y fue en Francia, durante la década de 1840, donde muchos radicales empezaron a llamarse a sí mismos por primera vez comunistas, aunque no tuvieran una idea clara de lo que eso pudiera significar. Marx estuvo muy relacionado con esos movimientos durante su estancia en París hasta su expulsión en 1844, y creo que extrajo de ellos más de lo que estaba dispuesto a reconocer explícitamente. Es comprensible que quisiera distanciarse de aquellos utopistas a los que creía, en muchos sentidos, responsables del fracaso de la revolución de 1848 en París y a los que achacaba la pretensión de instaurar en el vacío una sociedad ideal sin ninguna idea clara de cómo llegar a ella, crítica que quedó muy clara en el *Manifiesto comunista* y otros escritos muy cáusticos con respecto a sus ideas, en particular las de Fourier y Proudhon.

Esas son las tres principales fibras conceptuales a partir de las que se teje *El Capital*. El propósito de Marx era convertir el proyecto político radical de un socialismo utópico que juzgaba bastante frívolo en un comunismo científico; pero para ello no le bastaba confrontar simplemente el pensamiento utópico con la economía política; tenía que recrear y reconfigurar todo el método del socialismo científico. Dicho a grandes rasgos, ese nuevo método científico se basa en la crítica de la tradición principalmente británica de la economía política clásica mediante los instrumentos de la tradición principalmente alemana de la filosofía crítica, aplicando todo ello a guiar el impulso utópico principalmente francés a fin de responder a las siguientes preguntas: ¿qué es el comunismo, y cómo deben pensar los comunistas?; ¿cómo podemos a la vez entender y criticar *científicamente* el capitalismo a fin de trazar con mayor eficacia el camino hacia la revolución comunista? Como veremos, *El Capital* dice mucho sobre la comprensión científica del capitalismo, pero no tanto sobre cómo realizar una revolución comunista, ni sobre el aspecto que tendría una sociedad comunista.

\* \* \*

Ya he comentado algunas de las trabas para la lectura de *El Capital*, de las que el propio Marx era muy consciente. Resultan muy interesantes sus comentarios al respecto. En el prefacio a la edición francesa de 1872 por ejemplo, ante la decisión de que la edición se realizara en forma de folletines por entregas, advierte:

Saludo su idea de publicar la traducción de *El Capital* en entregas periódicas. De esa forma el libro será más accesible para la clase obrera, consideración que para mí sobrepasa a cualquier otra.

Ese es el anverso de la medalla, que sin embargo tiene un reverso: el método de investigación que he empleado, y que no se había aplicado anteriormente a temas económicos, hace bastante ardua la lectura del primer capítulo, y es de temer que el público francés, siempre impaciente por el resultado y ávido de conocer la relación entre los principios generales y las cuestiones que le afectan directamente, se pueda sentir desalentado al no poder avanzar inmediatamente.

Ese es un inconveniente contra el que nada puedo hacer, aparte de advertírsele desde un principio al lector que se afana por la verdad. No hay ninguna carretera principal para la ciencia, y solo tienen alguna posibilidad de alcanzar sus luminosas cumbres quienes no se arredren ante el esfuerzo de escalar sus escarpados senderos. (33, 31)

Por eso yo también comienzo advirtiéndolo a todos los lectores de Marx, por muy celosamente interesados que estén en la búsqueda de la verdad, que efectivamente los primeros capítulos de *El Capital* son particularmente arduos, y lo son por dos razones: una se refiere al método de Marx, del que hablaremos un poco más adelante; la otra tiene que ver con la forma particular en que organizó su proyecto.

El objetivo de Marx en *El Capital* era explicar cómo funciona el capitalismo mediante una crítica de la economía política. Sabía que iba a ser una empresa extenuante. Para poner en pie el proyecto tuvo que desarrollar un aparato conceptual que le ayudara a entender toda la complejidad del capitalismo, y en una de sus introducciones explica cómo planeaba hacerlo. «El método de presentación –escribe en el postfacio a la segunda edición– debe diferir en su forma del de la investigación»:

Esta última ha de apropiarse la materia en detalle, analizar sus distintas formas de desarrollo y descubrir sus vínculos internos. Solo después de haber realizado ese trabajo se puede exponer adecuadamente el movimiento real. Si esto se hace con éxito, si la vida del material [esto es, el modo de producción capitalista] se refleja ahora en las ideas, puede parecer que uno tiene que habérselas con una construcción *a priori*. (29, 27)

El método de investigación de Marx comienza con todo lo que existe: con la realidad tal como es experimentada, así como con las descripciones disponibles de esa experiencia descritas por los economistas, políticos, filósofos, novelistas, etc. Somete ese material a una crítica rigurosa a fin de descubrir algunos conceptos simples pero robustos que iluminen cómo funciona la realidad. Eso es lo que llama el



método de descenso: procedemos desde la realidad inmediata que nos rodea, buscando cada vez más profundamente los conceptos fundamentales de esa realidad. Equipados con esos conceptos fundamentales podemos comenzar a esforzarnos por volver a la superficie —el método de ascenso— y descubrir lo engañoso que puede ser el mundo de las apariencias. Desde esa atalaya estaremos en condiciones de interpretar el mundo en términos radicalmente diferentes.

Normalmente Marx comienza con la apariencia superficial para ir a partir de ahí en busca de conceptos más profundos. En *El Capital*, en cambio, comienza presentando los conceptos fundamentales como conclusiones que ya ha obtenido empleando su método de investigación. Expone sencillamente esos conceptos en los primeros capítulos, directamente y en rápida sucesión, de una forma que los hace aparecer como construcciones *a priori* e incluso arbitrarias. Así, en primera lectura, no es insólito preguntarse: ¿de dónde diablos provienen todas esas ideas y nociones? ¿Por qué las usa tal como lo hace? Muchas veces uno no tiene ni idea de lo que está hablando. Pero al avanzar en el libro queda claro que esos conceptos iluminan efectivamente nuestro mundo. Avanzando un poco, conceptos como los de valor y fetichismo cobran pleno significado.

Aun así, no entendemos plenamente cómo funcionan esos conceptos hasta el final del libro. La suya es una estrategia poco habitual, incluso peculiar. Estamos mucho más familiarizados con un planteamiento que construye la argumentación ladrillo a ladrillo. En su caso, esta se parece más a las capas de una cebolla. Quizá esta metáfora no sea muy afortunada, ya que, como alguien me señaló en una ocasión, cuando uno corta una cebolla acaba con los ojos arrasados en lágrimas. Marx comienza desde el exterior de la cebolla, desplazándose a través de capas de la realidad externa hasta alcanzar su centro, el núcleo conceptual. A continuación reconstruye el argumento hacia afuera, regresando a la superficie a través de las diversas capas de la teoría. El auténtico poder de su argumentación solo queda claro cuando, tras regresar al terreno de la experiencia, nos encontramos equipados con un marco enteramente nuevo de conocimiento para entenderla e interpretarla. Para entonces Marx ha revelado también buena parte de lo que permite al capitalismo crecer como lo hace. De esta forma, conceptos que al principio parecen abstractos y *a priori* se hacen cada vez más ricos y significativos; Marx amplía el ámbito de sus conceptos a medida que avanza.

Es un planteamiento muy diferente al de la construcción progresiva ladrillo a ladrillo y no es fácil adaptarse a él. Lo que esto significa en la práctica es que uno tiene que quedar en suspenso, en particular durante los tres primeros capítulos, sin saber realmente hacia dónde va, hasta alcanzar una comprensión mejor de todo ello a medida que va avanzando en el texto. Solo entonces se puede ver cómo funcionan esos conceptos.

El punto de partida de Marx es el concepto de mercancía, lo que a primera vista parece un tanto arbitrario, si no extraño. Cuando se piensa en Marx, lo primero que le viene a uno a la mente son frases como la del *Manifiesto comunista*: «La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases». ¿Por qué no comienza entonces *El Capital* por la lucha de clases? De hecho, hasta pasadas alrededor de trescientas páginas no hay ninguna indicación en ese sentido, lo que puede frustrar a quienes busquen una guía inmediata para la acción. ¿Por qué no comienza Marx por el dinero? Lo cierto es que en sus investigaciones preparatorias quería empezar por ahí, pero tras un nuevo estudio concluyó que había que explicar el dinero en vez de darlo por supuesto. ¿Por qué no comienza por el trabajo, otro concepto con el que está profundamente relacionado? ¿Por qué comienza por la mercancía? Los escritos preparatorios de Marx indican que pasó un largo periodo, de más de veinte años, sin acabar de decidirse por qué concepto comenzar. El método del descenso lo llevó hasta el concepto de mercancía, pero Marx no intenta explicar esa elección, ni se molesta en argumentar su legitimidad. Simplemente empieza por la mercancía, y eso es todo.

Es crucial entender que está construyendo un argumento a partir de una conclusión ya alcanzada, lo que hace un tanto críptico el comienzo y el lector se siente desconcertado o irritado por esa arbitrariedad y tentado de abandonar la lectura antes de concluir la sección primera, «Mercancía y dinero». Marx llevaba mucha razón al señalar que el comienzo de *El Capital* es particularmente arduo, y mi tarea inicial consiste por tanto en guiar al lector a lo largo de los tres primeros capítulos, al menos; a partir de ahí el recorrido se hace más fácil.

Ya he dicho, no obstante, que el aparato conceptual que Marx presenta en esa sección primera no sirve únicamente para el libro primero de *El Capital* sino para todo su análisis, y de hecho han llegado hasta nosotros tres volúmenes, de forma que, si uno quiere realmente entender el modo de producción capitalista, tiene desgraciada o afortunadamente que leer los tres; el primero ofrece solo una perspectiva general. Pero lo peor es que los tres libros de *El Capital* constituyen únicamente una octava parte (poco más o menos) de lo que tenía proyectado. Aquí está lo que escribió en un texto preparatorio llamado los *Grundrisse*, en los que esboza varios diseños para *El Capital*. En determinado momento dice que tiene el propósito de ocuparse de lo siguiente:

- 1) las determinaciones abstractas generales que corresponden en mayor o menor medida a todas las formas de sociedad [...]; 2) las categorías que constituyen la articulación interna de la sociedad burguesa y sobre las cuales reposan las clases fundamentales. Capital, trabajo asalariado, propiedad territorial. Sus relaciones re-

cíprocas. Ciudad y campo. Las tres grandes clases sociales. Intercambio entre ellas. Circulación, crédito (privado). 3) Síntesis de la sociedad burguesa bajo la forma del Estado. Considerada en relación consigo misma. Las clases «improductivas». Impuestos. Deuda pública. Crédito público. La población. Las colonias. Emigración. 4) Relaciones internacionales de la producción. División internacional del trabajo. Intercambio internacional. Exportación e importación. Tipo de cambio. 5) El mercado mundial y las crisis<sup>2</sup>.

Marx nunca llegó a concluir ese proyecto. De hecho, desarrolló pocos de esos temas de forma sistemática o en detalle; y muchos de ellos –como el sistema de crédito y las finanzas, las actividades coloniales, el Estado, las relaciones internacionales, el mercado mundial y las crisis– son absolutamente cruciales para entender el capitalismo. Hay indicaciones en sus voluminosos escritos sobre cómo analizar muchos de esos temas, cómo entender mejor el Estado, la sociedad civil, la inmigración, los cambios de moneda y otros; y es posible, como he tratado de demostrar en mi libro *Los límites del capital*<sup>3</sup>, estudiar algunos de los fragmentos que nos dejó sobre esos temas de forma que lleguen a tener sentido. Pero es importante reconocer que el aparato conceptual presentado al principio de *El Capital* sienta las bases para ese proyecto colosal pero incompleto.

El libro primero, como se verá, explora el modo de producción capitalista desde el punto de vista de la producción; no del mercado ni del comercio global, sino únicamente desde el punto de vista de la producción. El libro segundo (nunca completado) adopta la perspectiva de las relaciones de intercambio, mientras que el libro tercero (también incompleto) se concentra inicialmente en la formación de las crisis como resultado de las contradicciones fundamentales del capitalismo y a continuación plantea las cuestiones de la distribución del excedente en forma de interés, remuneración del capital financiero, renta de la tierra, beneficios del capital comercial, impuestos, y otros. Así pues, falta mucho desde el análisis del libro primero, pero sin duda es suficiente para permitir la comprensión de cómo funciona realmente el modo de producción capitalista.

Esto nos lleva de nuevo al método de Marx, uno de los aspectos más importantes a captar en un estudio cuidadoso de *El Capital*; a mi parecer es tan importante como

---

<sup>2</sup> *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*, en MEW, vol. 42, Berlín, Dietz, <sup>2</sup>2005, p. 42 (corresponde a la p. 20 del cuaderno manuscrito «M»; disponible en [dhcm.inkrit.org/wp-content/data/mew42.pdf](http://dhcm.inkrit.org/wp-content/data/mew42.pdf)); ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, 3 vols., trad. de Pedro Scaron *et al.*, Madrid, Siglo XXI de España, 1971-1976 (reimp. 2013), vol. I, pp. 29-30 [N. del T.].

<sup>3</sup> David Harvey, *The Limits to Capital*, Londres, Verso, 2006.

las explicaciones que da sobre el funcionamiento del capitalismo, porque una vez que uno lo ha asimilado, se habitúa a su aplicación y cobra confianza en su poder, lo puede utilizar para entender casi cualquier cosa. Ese método deriva por supuesto de la dialéctica, que es, como él mismo señala en el prefacio ya citado, un método de investigación «que no se había aplicado anteriormente a los temas económicos» (33, 31). En el postfacio a la segunda edición explicó ese método dialéctico, comentando que, aunque proviene de Hegel, el suyo «difiere del hegelianismo no solo por sus fundamentos, sino que es directamente su opuesto» (29, 27); y a continuación dice que «en él [esto es, en Hegel], se encuentra patas arriba. Solo hay que darle la vuelta [*umstülpen*] para descubrir el núcleo racional bajo su envoltura mística.

Hay ciertos aspectos en los que, como veremos, la cosa no es exactamente así. Marx revolucionó el método dialéctico, no solo lo invirtió; refiriéndose a su *Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*, dice en ese postfacio: «hace casi treinta años critiqué el lado mistificador de la dialéctica hegeliana». Dicho sencillamente, aquella crítica fue un momento fundacional en el que Marx redefinió su relación con la dialéctica hegeliana. Objetaba la mistificación de la dialéctica, tal como la había presentado Hegel, pero también la moda que se había extendido en Alemania unos años después de su muerte de tratarlo como un «perro muerto», y reconocía que «fue el primero en exponer amplia y conscientemente sus formas generales de movimiento». En cualquier caso, Marx reconfiguró la dialéctica de manera que pudiera captar también el «aspecto transitorio» de la sociedad burguesa, entender y representar sus procesos de movimiento, cambio y transformación. Tal método dialéctico «no se deja intimidar por nada, siendo de por sí crítico y revolucionario» (30, 28), precisamente porque va al corazón de lo que son las transformaciones sociales, tanto reales como potenciales.

Lo que anuncia Marx ahí es su intención de reinventar el método dialéctico para dar cuenta del despliegue y las relaciones dinámicas entre los elementos de un sistema capitalista. Pretende hacerlo de forma que capte la fluidez y el movimiento porque, como veremos, se sentía enormemente impresionado por la mutabilidad y dinámica del capitalismo. Esto contradice la reputación que lo acompaña invariablemente y que lo presenta como una especie de pensador estructuralista fijo e inmutable. En *El Capital*, por el contrario, lo vemos siempre preocupado por el movimiento y el cambio —los procesos—, por ejemplo de la circulación del capital. Así pues, para leer a Marx en sus propios términos es preciso bregar con lo que él denominaba «dialéctica».

El problema al respecto es, no obstante, que Marx nunca escribió un tratado sobre la dialéctica y nunca explicó su método (aunque, como veremos, ofrece muchas indicaciones aquí y allá), de modo que nos hallamos ante una aparente paradoja: para entender el método dialéctico de Marx hay que leer *El Capital*, porque esa es la fuente de su práctica real; pero para entender *El Capital* hay que asumir el

método dialéctico de Marx. En realidad, una lectura atenta de *El Capital* proporciona gradualmente la percepción de su método, y cuanto más se avanza en su lectura, mejor se entenderán este y el contenido del libro.

Una de las cosas curiosas de nuestros sistemas educativos, señalaré de paso, es que cuanto más formado está uno en determinada disciplina, menos probable es que se haya acostumbrado al método dialéctico. De hecho, los niños son muy dialécticos; lo ven todo en movimiento, en contradicción y transformación. Tenemos que ejercer un inmenso esfuerzo para arrebatarnos esa capacidad y que dejemos de ser buenos dialécticos. Marx quería recuperar la capacidad intuitiva del método dialéctico y ponerla en funcionamiento para entender que todo está en proceso de cambio, todo está en movimiento. No habla simplemente del trabajo; habla del *proceso* de trabajo. El capital no es una cosa, sino más bien un proceso que solo existe en movimiento. Cuando la circulación se detiene, el valor desaparece y todo el sistema se viene abajo. Consideremos lo que sucedió a continuación del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York: todo se detuvo. Los aviones dejaron de volar y los puentes y carreteras quedaron cerrados. Al cabo de tres días, poco más o menos, todo el mundo se dio cuenta de que el capitalismo colapsaría si las cosas no volvían a ponerse en movimiento. Por eso el alcalde Giuliani y el presidente Bush aparecieron de pronto en televisión pidiendo a la gente que sacara las tarjetas de crédito y saliera de compras, volviera a ir a los teatros y cines de Broadway y a los restaurantes. Bush apareció incluso en un anuncio de televisión de las líneas aéreas alentando a los estadounidenses a volver a volar.

El capitalismo no es nada si no está en movimiento. Marx era muy consciente de eso y se esfuerza por hacer ver el dinamismo transformador del capital. Por eso es tan raro que se le presente como un pensador estático que reduce el capitalismo a una configuración estructural. No, lo que Marx pretende en *El Capital* es forjar un aparato conceptual capaz de adentrarse en su estructura, que explique cómo se pone en marcha y se mantiene el movimiento en un modo de producción capitalista; por eso muchos de sus conceptos se refieren a *relaciones* más que a principios estructurales; atañen a una actividad transformadora.

Así pues, para conocer y apreciar el método dialéctico de *El Capital* es esencial entender a Marx en sus propios términos. Mucha gente, incluidos algunos marxistas, estaría en desacuerdo. Los llamados marxistas analíticos –pensadores como Gerald A. Cohen, John Roemer y Robert Brenner– minimizan la importancia de la dialéctica. De hecho prefieren llamarse «marxistas sin pamplinas» [en inglés, *no-bullshit Marxists*]. Prefieren convertir los argumentos de Marx en una serie de proposiciones analíticas; otros construyen con ellos un modelo causal del mundo. Existe incluso una forma positivista de presentar a Marx que permite confrontar su teoría con los datos empíricos. En cada uno de esos casos se elimina la dialéctica.

Ahora bien, no estoy argumentando que los marxistas analíticos estén equivocados por principio, ni que los que convierten a Marx en un constructor positivista de modelos estén engañados. Quizá lleven razón; pero insisto en que los términos propios de Marx son dialécticos, y que por eso estamos obligados a bregar desde el principio con una lectura dialéctica de *El Capital*.

Una última cuestión: nuestro propósito es leer a Marx en sus propios términos, pero en la medida en que soy yo quien orienta ese enfoque, esos términos se verán inevitablemente afectados por mis intereses y experiencias. He pasado gran parte de mi vida académica intentando incorporar la teoría marxista al estudio de la urbanización bajo el capitalismo, del desarrollo geográfico desigual y del imperialismo, y esa experiencia ha afectado obviamente la forma en que ahora leo *El Capital*. Para empezar, se trata de cuestiones prácticas y no solo filosóficas o abstractamente teóricas; mi intención ha sido siempre plantear qué es lo que nos puede revelar *El Capital* sobre la vida cotidiana en las grandes ciudades que ha producido el capitalismo. Durante los más de treinta años de compromiso que he mantenido con ese texto, han ocurrido todo tipo de cambios geográficos, históricos y sociales. De hecho, una de las razones por las que me gusta enseñar *El Capital* cada año es que cada vez debo preguntarme a mí mismo cómo leerlo de forma diferente, qué es lo que me llama la atención que no haya percibido antes. Me veo a mí mismo volviendo a Marx, menos en busca de orientación que de potenciales conjeturas teóricas a medida que cambia la geografía, la historia y la gente. En ese proceso, por supuesto, ha ido cambiando mi comprensión del texto. Cuando el ambiente histórico e intelectual nos desafía con interrogantes y peligros aparentemente novedosos, por fuerza tiene que cambiar y adaptarse también la forma en que leemos *El Capital*.

Marx habla de ese proceso de necesaria reformulación y reinterpretación. La teoría burguesa entendía el mundo de cierta manera en el siglo XVIII, señala, y los cambios históricos que entonces se produjeron hicieron irrelevantes aquellas teorías y sus formulaciones (23-26, 19-22). Cuando cambian las circunstancias, las ideas tienen que cambiar o reconfigurarse. Marx entendía y explicaba soberbiamente el mundo capitalista durante las décadas de 1850 y 1860, pero el mundo ha cambiado, y por eso tiene uno que preguntarse: ¿hasta qué punto es aplicable este texto a nuestra propia época? Desgraciadamente, en mi opinión, la contrarrevolución neoliberal que ha dominado el capitalismo global durante los últimos treinta años ha hecho mucho por reconstituir globalmente aquellas condiciones de las décadas de 1850 y 1860 en Gran Bretaña que Marx deconstruyó tan brillantemente. Por eso en estas lecciones inserto algunos comentarios propios sobre la relevancia de *El Capital* para el mundo actual y la interpretación del texto que me parece adecuarse mejor al tenor de los tiempos.

En cualquier caso, sin embargo, me gustaría que cada uno llevara a cabo su propia lectura de *El Capital*, o dicho de otra forma, que cada uno afronte el texto en términos de su propia experiencia –intelectual, social, política– y aprenda de ella a su propio modo. Espero que pase buenos ratos interpelando al texto, por decirlo así, y dejando que el texto responda. Ese tipo de diálogo es un maravilloso ejercicio para tratar de entender lo que parece casi imposible de entender; se trata de que cada lector traduzca *El Capital* al significado para su propia vida. No existe ni puede existir una lectura última y definitiva del texto precisamente porque el mundo cambia continuamente. Como habría dicho probablemente Marx, *Hic Rhodus, hic salta!*, o como entona un popular corrido sobre Emiliano Zapata: «¡Ahí va la bola, adelante con ella!».

# I

## Mercancías e intercambio

### Capítulo I. La mercancía

[Sección primera del libro primero de *El Capital*]

Apartado I.1. *Los dos factores del valor: valor de uso y valor (sustancia del valor, magnitud del valor)*

Permítaseme dedicar una atención pausada al primer apartado del capítulo I, en parte porque Marx presenta en él de manera un tanto apriorística y críptica –lo tomas o lo dejas– ciertas categorías fundamentales que podrían requerir cierta clarificación, pero también porque pretendo familiarizar al lector, tan pronto como sea posible, con el tipo de lectura atenta de *El Capital* que se necesita para entenderlo; pero no debe inquietarse, ya que más adelante no mantendremos una intensidad tan elevada.

La mercancía es el punto de partida *a priori*; Marx comienza diciéndonos: «La riqueza de las sociedades en las que predomina el modo de producción capitalista aparece [*erschient*] como una “inmensa colección de mercancías” y la mercancía individual como su forma elemental. De ahí que nuestra investigación comience con el análisis de la mercancía» (55, 49). Observemos algo sobre su terminología: Marx utiliza en ese pasaje inicial el verbo «aparecer», «mostrarse» [*erscheinen*], que no es lo mismo que «ser». La elección de esta palabra –estemos atentos a ella, ya que Marx la utiliza frecuentemente a lo largo de *El Capital*– señala que bajo esa apariencia superficial hay algo más, y nos incita a preguntarnos inmediatamente qué podría subyacer bajo esa apariencia. Notemos también que Marx se declara únicamente interesado por el modo de producción capitalista; no por otros modos de produc-



ción, ya sean anteriores, socialistas o híbridos, sino por el modo de producción capitalista en su forma más pura. Será importante recordar esto en lo que sigue.

Comenzar por las mercancías resulta muy útil porque todo el mundo las conoce y tiene a diario contacto con ellas. Estamos rodeados por ellas en cada momento, pasamos tiempo mirándolas, examinándolas, deseándolas, comprándolas o renunciando a ellas. La forma mercancía es una presencia universal en el modo de producción capitalista. Marx ha elegido *el denominador común*, algo que nos es familiar y común a todos, sea cual sea nuestra clase, etnia, género, religión, nacionalidad, preferencia sexual o cualquier otro rasgo. Conocemos las mercancías por nuestra vida diaria y son además esenciales para nuestra existencia: para sobrevivir tenemos que adquirirlas y consumirlas.

Las mercancías se compran y venden en el mercado, y esto plantea inmediatamente la cuestión: ¿qué tipo de transacción económica es esa? La mercancía es algo que satisface una carencia, necesidad o deseo humano. Es algo externo a nosotros de lo que tomamos posesión haciéndolo nuestro. Pero Marx declara inmediatamente que no está interesado en «la naturaleza de esas necesidades, ya provengan del estómago o de la imaginación». Lo único que le interesa es el hecho simple de que la gente compra y vende mercancías, y que este acto es básico para su modo de vida. En el mundo hay, por supuesto, millones de mercancías, y todas ellas son diferentes en términos de sus cualidades materiales y de su descripción cuantitativa (kilos de harina, pares de calcetines, kilovatios-hora de electricidad, metros de tela, etc.). Pero Marx deja a un lado toda esa inmensa diversidad, diciendo que el descubrimiento del «múltiple uso de las cosas es tema para la historia», como lo es la «invención de procedimientos de medida socialmente reconocidos para la cuantía de esos objetos útiles» (56, 50). Pero debe hallar algún modo de hablar de las mercancías en general. «La utilidad de una cosa» puede conceptualizarse mejor como «valor de uso», concepto que será vital en todo lo que sigue.

Observemos lo rápidamente que abstrae a partir de la increíble diversidad de carencias, necesidades y deseos humanos, así como la inmensa variedad de mercancías en sus pesos y medidas, a fin de concentrarse en el concepto unitario de valor de uso. Esto ilustra un argumento que plantea en el prefacio a la primera edición, donde dice que el problema de las ciencias sociales es que en ellas no podemos aislar y llevar a cabo experimentos controlados en un laboratorio, así que tenemos que utilizar en su lugar el poder de abstracción a fin de llegar a formas de comprensión parecidamente científicas (16, 12). En el párrafo inicial del capítulo I se ve por primera vez en funcionamiento ese proceso de abstracción, aunque evidentemente no será la última.

Pero «en el tipo de sociedad considerado aquí» (esto es, el capitalismo), las mercancías «son también portadoras materiales del valor de cambio [*Tauschwert*]». Es-

temos atentos al término «portador» [*Träger*] porque portar algo no es lo mismo que serlo. Las mercancías son portadoras de algo diferente de ellas mismas que está todavía por definir. ¿Cómo descubrir qué es eso que portan las mercancías? Cuando observamos el proceso de intercambio real en el mercado, somos testigos de una inmensa variedad de proporciones de intercambio entre, por ejemplo, camisas y zapatos, manzanas y naranjas, y esas proporciones de intercambio varían mucho incluso para los mismos productos según el momento y lugar. Así pues, a primera vista parece como si las proporciones de intercambio fueran «algo accidental y puramente relativo» (pero atendamos a esa palabra, «relativo»). Según esto, la idea de «un valor de cambio interno, inmanente (*valeur intrinsèque*) [esto es, un valor inseparablemente vinculado a la mercancía], inherente a ella, parece [*scheint*] una *contradictio in adjecto*» (57, 51). Por otro lado, todo es en principio intercambiable con todo; las mercancías pueden ir cambiando de manos y desplazarse de un lado a otro en una sucesión de intercambios, y hay algo que las hace conmensurables a todas ellas en esos intercambios, de lo que «se deduce, primero, que los valores de cambio válidos de una misma mercancía expresan algo igual, y segundo, no obstante, que el valor de cambio no puede ser otra cosa que el modo de expresión, la “forma aparente” [*Erscheinungsform*] de un contenido distinguible de ella misma». No se puede analizar una mercancía y encontrar en ella el elemento que la hace intercambiable. Lo que la hace intercambiable debe ser algo distinto, y ese algo más solo se puede descubrir cuando la mercancía ha sido intercambiada (ahí comienza a emerger como algo crucial la idea de movimiento y proceso). Cuando la mercancía cambia de manos, expresa algo, no solo sobre sus propias cualidades sino sobre las cualidades de todas las mercancías, esto es, que son conmensurables entre sí. Pero entonces, ¿por qué son conmensurables, y de dónde procede esa conmensurabilidad? Si dos mercancías se intercambian, «ambas deben ser iguales a una tercera que no es la una ni la otra; cada una de ellas debe ser reducible, en lo que se refiere a su valor de cambio, a esa tercera» (58, 51).

«Eso que tienen en común –argumenta a continuación Marx– no puede ser una propiedad geométrica, física, química o cualquier otra propiedad natural de las mercancías» (58, 51), lo que nos plantea un giro significativo en su argumento. Marx suele ser presentado como un materialista inflexible, cuando no fundamentalista. Todo tiene que ser material a fin de ser válidamente considerado como real, y sin embargo ahí niega que la materialidad de la mercancía pueda decirnos nada que quisiéramos saber de lo que la hace conmensurable con otras. «Como valores de uso, las mercancías tienen sobre todo distintas cualidades, mientras que como valores de cambio solo pueden diferir en cantidad, y por tanto no contienen ni un átomo de valor de uso». La conmensurabilidad de las mercancías no reside pues en su valor de uso. «Así pues, si dejamos a un lado el valor de uso de las mercancías, solo les

queda una propiedad –y ahí vamos a dar otro de esos saltos *a priori* por vía de aserto–, y es la de ser productos del trabajo» (58, 52). Todas las mercancías son producto del trabajo humano, y lo que tienen en común es eso, ser portadoras del trabajo humano incorporado en su producción.

Pero inmediatamente pregunta: ¿qué tipo de trabajo humano queda incorporado en las mercancías? No puede ser el tiempo real empleado –lo que llama trabajo concreto– porque cuanto más tiempo se tardara en producir la mercancía, más valiosa sería. ¿Por qué pagaría uno mucho más por un artículo que a alguien le llevó mucho tiempo fabricar, cuando puede adquirirlo por la mitad de precio de alguien que lo produjo en la mitad de tiempo? Así pues, concluye, todas las mercancías se ven «reducidas al mismo tipo de trabajo, trabajo humano abstracto» (59, 52).

¿Pero qué y cómo es ese trabajo humano abstracto? Las mercancías son

residuos de los productos del trabajo. En ellas no queda nada más que la misma objetividad fantasmagórica, una simple gelatina de trabajo humano indiferenciado [...] Como cristalización de esa sustancia social común a todas ellas, son valores –valores de mercancías [*Warenwerte*]. (59, 52)

¡Qué pasaje más tajante, con tantos significados increíblemente condensados! Si el trabajo humano abstracto es una «objetividad fantasmagórica», ¿cómo podemos verlo, y menos aún medirlo? ¿Qué clase de materialismo es este?

Le han bastado, se observará, cuatro páginas de asertos bastante crípticos para asentar los conceptos fundamentales y desplazar el argumento del valor de uso al valor de cambio, de este al trabajo humano abstracto, y en último término para definir el valor como cristalización de una gelatina, el «trabajo humano indiferenciado». Es su valor lo que hace todas las mercancías conmensurables, y ese valor está a la vez oculto como una «objetividad fantasmagórica», e incorporado en los procesos de intercambio de mercancías. Esto plantea la siguiente cuestión: ¿es el valor realmente una «objetividad fantasmagórica», o simplemente aparece (se nos muestra) de esa forma?

Esto nos permite reinterpretar el valor de cambio como «modo de expresión necesario o forma de aparición del valor [*notwendigen Ausdrucksweise oder Erscheinungsform des Werts*]» (59, 53). Observamos aquí de nuevo la palabra «aparición», pero ahora podemos examinar la relación de otro modo, dado que el misterio de lo que hace todas las mercancías intercambiables se entiende ahora como un mundo de apariencias de esa «objetividad fantasmagórica» llamada valor. El valor de cambio es una representación necesaria del trabajo humano incorporado a las mercancías. Cuando alguien va al supermercado puede encontrar allí los valores de cambio, pero no puede ver o medir directamente el trabajo humano incorporado a

las mercancías; y es esa incorporación de trabajo humano la que tiene una presencia fantasmagórica en los estantes del supermercado. ¡Piense usted en ello la próxima vez que se vea en un supermercado rodeado por esos fantasmas!

Acto seguido, Marx vuelve sobre la cuestión de qué tipo de trabajo está implicado en la producción de valor. «Un valor de uso o un bien solo tiene valor porque se ha objetivado o materializado en el trabajo humano abstracto» (59, 53). ¿Cómo se puede medir ese valor? En primer lugar, esto tiene algo que ver con el tiempo de trabajo. Pero como ya he argumentado al señalar la diferencia entre trabajo concreto y abstracto, no puede ser el tiempo de trabajo real, porque entonces la mercancía sería «más valiosa cuanto más holgazán y menos diestro fuera el trabajador que la produce». Así pues, «el trabajo que constituye la sustancia de los valores es trabajo humano igual, gasto de la misma fuerza de trabajo humana». A fin de precisar lo que podría significar el «gasto de la misma fuerza de trabajo humana», Marx necesita, dice, examinar «toda la fuerza de trabajo de la sociedad, que se representa en los valores del mundo de las mercancías» (60, 53).

Este aserto *a priori* tiene enormes consecuencias, pero Marx no se detiene en este momento a detallarlas. Así pues, déjenme que lo haga yo, para evitar que se malentienda de qué va la teoría del valor. Hablar de la «fuerza de trabajo total de la sociedad» es invocar tácitamente un mercado mundial que comenzó a existir bajo el modo de producción capitalista. ¿Dónde comienza y termina esa «sociedad», el mundo del intercambio capitalista de mercancías? Ahora ya abarca a China, México, Japón, Rusia o Sudáfrica; es un conjunto global de relaciones, y la medida del valor deriva de todo ese mundo de trabajo humano. Pero eso ya era cierto, aunque obviamente a menor escala, en tiempos de Marx. En el *Manifiesto comunista* hay una brillante descripción de lo que ahora llamamos globalización:

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no se consumen únicamente en el propio país, sino en todo el globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más distantes y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. (Madrid, Akal, 2001, p. 26)

Es en este terreno dinámico global de las relaciones de intercambio donde se determina y redetermina constantemente el valor. En el contexto histórico en el que escribía Marx, el mundo se estaba abriendo muy rápidamente al comercio global mediante los buques de vapor, los ferrocarriles y el telégrafo, y él entendía muy bien que el valor no se determinaba en nuestro patio trasero, ni siquiera en una economía nacional, sino que surgía del intercambio de mercancías en el mundo entero. Y ahí usa de nuevo el poder de abstracción para llegar a la idea de unidades de trabajo indiferenciado, cada una de las cuales «es idéntica a las demás en cuanto que posee el carácter de una fuerza de trabajo social media y actúa como tal», como si esta reducción a la forma de valor tuviera lugar mediante el comercio mundial.

Esto le permite formular la definición crucial de «valor» como «tiempo de trabajo socialmente necesario», que «es el tiempo de trabajo requerido para representar [producir] cualquier valor de uso en las condiciones de producción normales para una sociedad dada y con el nivel medio de habilidad e intensidad del trabajo prevalente en esa sociedad». Y concluye: «Únicamente la cantidad de trabajo socialmente necesaria, o el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de un valor de uso, es lo que determina la magnitud de su valor» (60-61, 53-54). Ahí está su definición, evidentemente contingente al depender del concepto de «sociedad»; ¿pero dónde comienza o acaba la sociedad?; ¿es cerrada o abierta? Si esa sociedad es el mercado mundial, como cabe pensar, ¿entonces...?

Una razón por la que Marx pudo valerse de esa presentación un tanto críptica del valor de uso, el valor de cambio y el valor es que cualquiera que hubiera leído a Ricardo podía pensar: «Sí, eso es lo que dice Ricardo». Y lo era, aunque con una inserción excepcional; si Ricardo entendía como valor el tiempo de trabajo, Marx habla del «tiempo de trabajo *socialmente* necesario», con lo que altera, de forma aparentemente inocente, el aparato conceptual de Ricardo. Pero esa inserción nada cándida modifica sustancialmente, como veremos, todo el planteamiento. Nos vemos inmediatamente obligados a preguntar: ¿qué es «socialmente necesario»?; y ¿cómo se establece, y por quién? Marx no da respuestas inmediatas a estas preguntas, cuya enjundia se prolonga a lo largo de todo *El Capital*. ¿Cuáles son las necesidades sociales insertas en un modo de producción capitalista?

En mi opinión, esta sigue siendo la gran pregunta para nosotros. ¿Es cierto, como proclamó estruendosamente Margaret Thatcher, que «No existe ninguna alternativa» [TINA, *There Is No Alternative*], lo que en cierto modo equivale a decir que las necesidades sociales que nos rodean están tan implacablemente establecidas que no queda otra opción que aceptarlas tal cual? En el fondo, de lo que se trata es de quién y cómo establece los «valores». A todos nos gusta pensar, por supuesto, que tenemos nuestros propios «valores», y cada campaña electoral en Estados Unidos conlleva una interminable discusión sobre los «valores» de los candida-

tos. Pero Marx argumenta en cambio que existe cierto tipo de medida del valor que viene determinada por un proceso que no entendemos y que quizá no hemos elegido conscientemente, y que hay que desentrañar la manera en que esos valores se nos imponen. Si alguien quiere entender quién es y dónde está situado en este torbellino de valores revueltos, tendrá primero que entender cómo se crean y producen los valores de las mercancías y con qué consecuencias sociales, medioambientales, políticas, etc. Si alguien cree que puede resolver una seria cuestión medioambiental como el calentamiento global sin afrontar siquiera la cuestión de quién y cómo determina la estructura básica de valores de nuestra sociedad, se está engañando a sí mismo. Por eso Marx insiste en que debemos entender qué es el valor de las mercancías y cuáles son las necesidades sociales que lo determinan.

Los valores de las mercancías no son magnitudes fijas, sino que son sensibles, por ejemplo, a los cambios en la productividad.

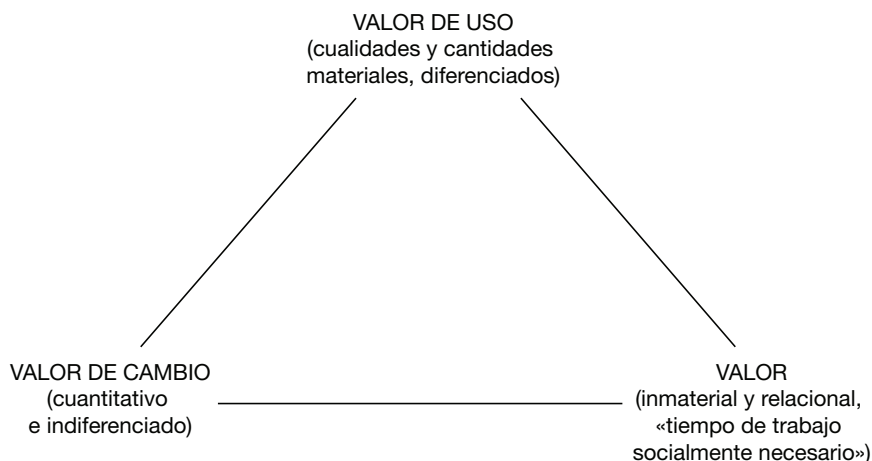
Tras la introducción del telar a vapor en Inglaterra, por ejemplo, bastaba quizá la mitad de trabajo para convertir una cantidad determinada de hilo en tejido. Puede que el tejedor manual inglés necesitara la misma cantidad de tiempo de trabajo que antes, pero el producto de su hora de trabajo individual ahora representaba media hora de trabajo social, y por consiguiente cayó a la mitad de su valor anterior. (60, 53)

Esto nos alerta del hecho de que el valor es sensible a las revoluciones tecnológicas y a la productividad. Gran parte del libro primero de *El Capital* trata de las discusiones sobre los orígenes y efectos de las revoluciones en la productividad y, por consiguiente, en las relaciones de valor. Pero no solo son importantes las revoluciones tecnológicas, porque el valor está «determinado por múltiples circunstancias, entre otras por el nivel medio de habilidad de los trabajadores, el nivel de desarrollo de la ciencia y su aplicación tecnológica –Marx prestaba mucha atención a la importancia de la tecnología y la ciencia en el capitalismo–, la organización social del proceso de producción, la amplitud y la eficacia de los medios de producción y las condiciones naturales» (61, 54). Sobre los valores pueden influir una gran variedad de fuerzas. Las transformaciones en el entorno natural o la migración a lugares con condiciones naturales más favorables (recursos más baratos) revolucionan los valores. Los valores de las mercancías, en resumen, están sometidos a una amplia variedad de fuerzas. Marx no intenta ofrecer aquí una categorización definitiva de todas ellas; simplemente quiere alertarnos de que lo que llamamos «valor» no es una cantidad constante, sino que está sometido a incesantes transformaciones revolucionarias.

Pero exactamente en el último párrafo de este apartado se da un giro particular en el argumento al reintroducir de repente la cuestión de los valores de uso: «Un

objeto puede ser valor de uso sin ser valor». Aunque hasta ahora nadie ha conseguido embotellar el aire que respiramos y venderlo como mercancía, seguro que alguien está dándole ya vueltas a la idea. Y no solo eso, sino que «una cosa puede ser útil y producto del trabajo humano, sin ser una mercancía», como cuando cultivo tomates en mi patio trasero y me los como. En el capitalismo mucha gente hace un montón de cosas para sí mismas (quizá con algo de ayuda de las tiendas de bricolaje), y mucho trabajo (en particular en la economía doméstica) queda fuera de la producción de mercancías. La producción de mercancías requiere no solo la producción de valores de uso, «sino de valores de uso para otros, valores de uso social»; y tampoco crea valor la producción de valores de uso para el señor feudal por el siervo de la gleba, sino que esos valores de uso deben llegar a otros mediante el mercado. En cualquier caso, «nada puede ser valor sin ser objeto de uso. Si es inútil, también lo es el trabajo que contiene, que no cuenta como trabajo y por tanto no crea valor» (63, 55). Marx parecía antes dejar de lado los valores de uso para concentrarse en el valor de cambio, y fue esto lo que lo llevó al valor. ¡Pero ahora nos dice que si la mercancía no satisface una carencia, necesidad o deseo humano, entonces no tiene valor! En resumen, hay que tener la posibilidad de vendérselo a alguien en algún lugar.

Reflexionemos un momento sobre la estructura de este argumento. Comenzamos por el concepto singular de la mercancía y establecimos su carácter dual: tiene un valor de uso y un valor de cambio. Los valores de cambio son una representación de algo. ¿Qué representan? Representan el valor, dice Marx; y el valor es tiempo de trabajo socialmente necesario. Pero el valor no significa nada a menos que se relacione de nuevo con el valor de uso. El valor de uso es socialmente necesario para el valor. Hay una pauta en este argumento y tiene este aspecto:



Consideremos ahora las consecuencias de este argumento. Cuando alguien posee una mercancía llamada «casa», ¿está más interesado en su valor de uso o en su valor de cambio? Probablemente estará interesado en ambos, lo que supone una oposición potencial. Si el propietario quiere realizar plenamente el valor de cambio, tendrá que entregar su valor de uso a otro. A quien dispone del valor de uso le es difícil acceder al valor de cambio, a menos que contrate una hipoteca inversa u obtenga algún otro tipo de crédito ofreciendo su propiedad como garantía. ¿Incrementan el valor de cambio potencial de una casa las mejoras que uno haga en su valor de uso para sí mismo? (Una nueva cocina moderna, probablemente sí; alguna construcción especial para facilitar una afición o hobby, probablemente no). ¿Y qué le sucede a nuestro mundo social cuando la casa que se conceptualizó anteriormente en términos de su valor de uso como hogar se reconceptualiza como forma de constituir un ahorro a largo plazo (un «activo de capital») para una familia de clase obrera o incluso como un instrumento financiero especulativo de «rápida transacción» al alcance de cualquiera que disponga de crédito fácil? ¡La dicotomía valor de uso/valor de cambio da por tanto mucho juego!

Consideremos el argumento con mayor detalle. La mercancía, un concepto singular, tiene dos aspectos, y aunque no se pueda cortar por la mitad y decir «este es su valor de cambio y este es su valor de uso», ya que es una unidad en sí, dentro de esa unidad hay un aspecto dual que nos permite definir algo llamado «valor» –otro concepto unitario–, el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirla, incorporado a su valor de uso, ya que para tener valor la mercancía tiene que ser útil (o deseable) para un tercero. A partir de ese vínculo entre valor y valor de uso veremos surgir todo tipo de cuestiones en torno a la oferta y la demanda. Si la oferta abunda demasiado, el valor de cambio disminuirá; si es demasiado escasa, el valor de cambio aumentará; de forma que hay un elemento de oferta y demanda implicado en los aspectos «accidentales y relativos» del valor de cambio. Pero por debajo de esas fluctuaciones, el valor puede permanecer constante (con tal que lo hagan también todos los demás factores que determinan el valor, como la productividad). Marx no estaba demasiado interesado por la relación entre oferta y demanda. Quería saber cómo interpretar las proporciones de intercambio de las mercancías, digamos entre camisetas y zapatos, cuando la oferta y la demanda están en equilibrio. Entonces necesitamos un tipo diferente de análisis que apunta al valor como elemento coagulado de esa sustancia social llamada tiempo de trabajo socialmente necesario. Hemos prescindido tácitamente, sin percibirlo, de las condiciones de oferta y demanda en el mercado, a fin de entender los valores de las mercancías (con la oferta y la demanda en equilibrio) como tiempo de trabajo socialmente necesario.



¿Cómo funciona aquí el método dialéctico de Marx? ¿Diría uno que los valores de cambio causan o determinan el valor? ¿Que el valor de cambio determina el valor de uso o que el valor de uso determina...? El análisis de Marx no es causal, sino que trata de relaciones, relaciones dialécticas. ¿Se puede hablar del valor de cambio sin hablar del valor de uso? No, no se puede. ¿Se puede hablar del valor sin hablar del valor de uso? No. Con otras palabras, no se puede emplear ninguno de esos conceptos sin tener en cuenta los demás. Son conceptos interdependientes entre sí, relaciones dentro de una totalidad de algún tipo.

Reconozco que, en determinados círculos intelectuales, usar el término «totalidad» es como agitar una enorme bandera roja. Marx no tenía ni idea de lo que podría llegar a ser el estructuralismo y menos aún el postestructuralismo, y deberíamos ser muy prudentes antes de embutir su pensamiento en esas categorías (en mi opinión no entra en ellas de ningún modo); pero Marx tenía ciertamente la ambición de entender el modo de producción capitalista como totalidad, de modo que el único interrogante de interés sería: ¿qué concepto de totalidad tenía exactamente en la cabeza? Lo que hemos aprendido en este primer apartado es que esa totalidad se puede entender mejor mediante el trío de conceptos formado por el valor de uso, el valor de cambio y el valor, construidos en torno a la mercancía. Pero también hemos visto que Marx reconocía que los valores de uso son increíblemente diversos, que los valores de cambio son accidentales y relativos y que el valor tiene (o parece tener) una «objetividad fantasmagórica», que está sometido a continuas revoluciones causadas por los cambios tecnológicos y las turbulencias en las relaciones sociales y naturales. Esa totalidad no es estática y cerrada, sino fluida y abierta y, por tanto, en perpetua transformación. No es, en definitiva, una totalidad hegeliana, pero para poder decir algo más de ella tendremos que esperar hasta haber avanzado un poco más en el texto.

\* \* \*

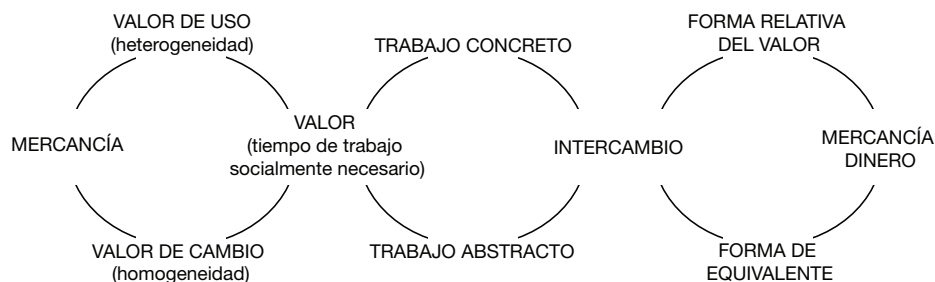
Lo que llevamos visto hasta ahora es poco más o menos esto: Marx declara su intención de descubrir las reglas de funcionamiento del modo de producción capitalista. Comienza con el concepto de mercancía e inmediatamente establece su carácter dual: valor de uso y valor de cambio. Ya que siempre ha habido valores de uso, estos nos dicen poco sobre la especificidad del capitalismo, por lo que Marx los deja a un lado para estudiar los valores de cambio. Las proporciones del intercambio entre mercancías nos parecen al principio accidentales, pero el propio acto del intercambio presupone que todas las mer-

cancias tienen algo en común que las hace comparables y conmensurables. Eso que tienen en común, asegura críticamente Marx, es que todas ellas son producto del trabajo humano y, como tales, portan «valor», inicialmente definido como el tiempo (medio) de trabajo socialmente necesario para producirlas en determinadas condiciones de productividad del trabajo. Pero para que ese trabajo sea socialmente necesario, en algún lugar alguien debe necesitar o desear esa mercancía, lo que significa que hay que reintegrar en el argumento los valores de uso.

De ahí en adelante esos tres conceptos de valor de uso, valor de cambio y valor se mantienen en tensión perpetua y a veces enfrentados. Marx rara vez considera uno de esos conceptos de manera aislada, y lo que le importan son *las relaciones entre ellos*; lo que sí hace con frecuencia, no obstante, es examinar las relaciones entre dos de ellos dejando tácitamente al tercero a un lado. Al ampliar en el apartado I.2 el carácter dual del trabajo incorporado en una mercancía, Marx se centra en la relación entre el valor de uso del trabajo y el valor que ese trabajo útil incorpora a la mercancía (manteniendo constante su valor de cambio). En el siguiente apartado deja fuera el valor de uso y examina la relación entre valor de cambio y valor a fin de explicar el origen y el papel del dinero. Es importante apreciar esos cambios de foco a medida que se despliega el argumento, porque las afirmaciones de un apartado son siempre contingentes y dependen de cuál de los conceptos se haya dejado a un lado.

Hay todavía aquí otro aspecto que requiere elucidación antes de proseguir. Habiendo comenzado con el valor de uso y el valor de cambio –una dicotomía–, llega a un concepto unitario de valor que tiene algo que ver con el trabajo humano entendido como «tiempo de trabajo socialmente necesario» (60-61, 53-54). ¿Pero qué tipo de trabajo humano es socialmente necesario? La búsqueda de una respuesta revela otra dualidad, entre trabajo concreto (real) y trabajo abstracto (socialmente relevante). Esas dos formas de trabajo convergen de nuevo en el acto unitario del intercambio de mercancías, pero el examen de ese momento del intercambio revela otra dualidad, entre las formas «relativa» y «equivalente» del valor. Esos dos modos de expresión del valor se reunifican en una mercancía –la mercancía-dinero– que funciona como equivalente universal en relación con todas las demás mercancías. Vemos ahí una pauta reiterada en el modo de argumentación, un despliegue gradual del argumento mediante oposiciones que dan lugar a una nueva unidad (como la forma-dinero), interiorizando empero una contradicción que a su vez genera otra dualidad (la relación entre procesos y objetos, relaciones materiales entre personas y relaciones sociales entre cosas). Así es como funciona el método dialéctico de presentación de Marx y, como veremos, así prosigue durante todo *El Capital*.

He aquí la pauta del argumento desplegada en forma de diagrama simple:



Esta presentación del argumento hace mucho más fácil distinguir los árboles del bosque y situar el contenido de cada apartado dentro de la línea general del argumento. No es lógica hegeliana en sentido estricto porque no existe un momento final de síntesis, sino solo un momento temporal de unidad durante el que se interioriza, sin embargo, otra contradicción –una dualidad– que requiere una nueva expansión del argumento para ser entendida. Así es como se despliega en *El Capital* el proceso de representación de Marx, que es efectivamente un despliegue y no una deducción lógica. Produce un esquema de argumentación en torno al cual se pueden disponer todo tipo de materias conceptuales, de forma que a medida que avanzamos emerge una comprensión cada vez más amplia de las relaciones internas que mantienen al capitalismo en un estado perpetuo de unidad contradictoria, y en consecuencia en movimiento perpetuo.

### Apartado I.2. *El carácter dual del trabajo incorporado en las mercancías*

Marx comienza este apartado con la modesta afirmación de que es «el primero en señalar y examinar críticamente esa naturaleza doble del trabajo contenido en las mercancías. Como ese es el punto en torno al cual gira la comprensión de la economía política –dice–, requiere mayor elucidación» (63, 56). Comienza, como hizo en el apartado anterior, por los valores de uso. Se trata de objetos físicos, producidos mediante un trabajo útil, «concreto». La inmensa heterogeneidad de los procesos de trabajo concretos –confección de ropa, de zapatos, hilado, tejido, ganadería, agricultura, etc.– es importante, porque sin ella no habría razón para ningún acto de intercambio (nadie querría, obviamente, intercambiar productos idénticos) ni para una división social del trabajo.

Los valores de uso no se pueden confrontar entre sí como mercancías a menos que contengan trabajos útiles cualitativamente diferentes. En una sociedad cuyos productos

asumen en general la forma de mercancías, esto es, en una sociedad de productores de mercancías, esa diferencia cualitativa entre trabajos útiles que se llevan a cabo independientemente unos de otros como negocios privados de productores autónomos, se desarrolla dando lugar a un sistema complejo, a una división social del trabajo. (64-65, 57)

Marx esboza aquí un tema metodológico que resuena en capítulos posteriores: el paso de la simplicidad a una mayor complejidad, desde los simples aspectos moleculares de una economía de intercambio hacia una configuración sistémica. Se desvía entonces de la regla de examinar las relaciones a fin de aquilatar algunas de las propiedades universales del trabajo útil, porque «el trabajo, en cuanto creador de valores de uso, como trabajo útil, es una condición de la existencia humana independiente de todas las formas de sociedad, una necesidad natural eterna para mediar en el metabolismo [*Stoffwechsel*] entre hombre y naturaleza, y por tanto en la propia vida humana» (65, 57).

La idea del «metabolismo», con el trabajo como mediador entre la existencia humana y la naturaleza, es central para el argumento materialista-histórico de Marx. Volverá a aparecer en distintos puntos de *El Capital*, aunque no quede nunca muy desarrollada. Esto también es típico de su presentación. Nos dice algo así como: «Miren, ahí hay algo importante sobre lo que habría que pensar [en este caso, la relación con la naturaleza]. No voy a detallarlo por extenso, pero quiero mencionarlo al menos como algo significativo antes de entrar en cuestiones de enjundia más inmediata». «Los valores de uso –dice– son combinaciones de dos elementos, el material proporcionado por la naturaleza y el trabajo». De aquí que «El ser humano, en su producción, solo puede proceder como lo hace la propia naturaleza» (65, 57). Esta cuestión también es fundamental: cualquier cosa que hagamos tiene que ser coherente con la ley natural.

Solo podemos cambiar la forma de los materiales. Más aún, en ese trabajo de modificación nos ayudan constantemente las fuerzas naturales. El trabajo no es pues la única fuente de riqueza material, esto es, de los valores de uso producidos. Como dice William Petty, el trabajo es su padre y la tierra es su madre. (65-66, 57-58)

Con la ayuda de esa metáfora de género (que se remonta al menos hasta Francis Bacon), Marx introduce una distinción crucial entre la riqueza –el total de valores de uso a disposición de uno– y el valor, el tiempo de trabajo socialmente necesario que representa esos valores de uso.

Marx vuelve acto seguido a la cuestión de los valores a fin de contrastar su homogeneidad (todos ellos son productos del trabajo humano) con la vasta heterogeneidad de valores de uso y de formas concretas de trabajo, y dice:

Sastrería y tejeduría, aunque actividades productivas cualitativamente diferentes, son ambas gasto productivo de cerebro, músculos, nervios, manos, etc., y en ese sentido son ambas trabajo humano. No son más que dos formas diferentes del gasto de fuerza de trabajo humana. Ciertamente es que la fuerza de trabajo humana debe haber alcanzado cierto nivel de desarrollo antes de que se pueda gastar de esta o aquella manera. Pero el valor de una mercancía representa trabajo humano puro y simple, gasto de trabajo humano en general. (67, 58-59)

Aquí tenemos lo que Marx llama trabajo «abstracto» (68-70, 58-61). Ese tipo general de trabajo contrasta con la miríada de trabajos concretos que producen valores de uso concretos. Al crear ese concepto de trabajo abstracto, Marx sostiene que está reflejando meramente una abstracción producida por la generalización de los intercambios de mercancías.

Así pues, Marx conceptualiza el valor en términos de unidades de trabajo abstracto simple; ese patrón de medida «cambia de carácter en distintos países y distintas épocas culturales, pero en una sociedad determinada viene dado» (67, 59). Aquí volvemos a encontrar una estratagema frecuentemente empleada en *El Capital*.

El patrón de medida varía según el lugar y el momento, pero con vistas al análisis lo suponemos fijo. Además, en este caso, sigue diciendo, «el trabajo complejo», esto es, especializado o cualificado, «cuenta únicamente como trabajo simple intensificado, o más bien multiplicado, de forma que una pequeña cantidad de trabajo complejo equivale a una cantidad mayor de trabajo simple»:

La experiencia muestra que esta reducción se realiza constantemente. Una mercancía puede ser el resultado del trabajo más complicado que se quiera, pero su *valor* la equipara al producto de trabajo simple [...] Por razones de simplificación entendemos pues, de aquí en adelante, cualquier tipo de fuerza de trabajo directamente como fuerza de trabajo simple; de esa forma nos ahorramos la molestia de la reducción. (67-68, 59)

Conviene señalar que Marx no nos dice qué «experiencia» tiene en mente, lo que ha suscitado mucha controversia sobre ese pasaje. En la literatura se conoce como el «problema de la reducción», porque no está claro cómo se reduce el trabajo cualificado a trabajo simple independientemente del valor de la mercancía producida. Como en el caso de la proposición sobre el valor como tiempo de trabajo socialmente necesario, la formulación de Marx parece un tanto críptica, si no expeditiva; no explica cómo se realiza la reducción. Simplemente, la da por supuesto con vistas al análisis que puede hacerse, y procede sobre esa base. Eso significa que las diferen-

cias cualitativas que apreciamos en el trabajo concreto, el trabajo útil y su heterogeneidad, quedan aquí reducidas a algo puramente cuantitativo y homogéneo.

Lo que postula Marx, por supuesto, es que los aspectos abstracto (homogéneo) y concreto (heterogéneo) del trabajo quedan unificados en el acto unitario del trabajo. No es como si el trabajo abstracto tuviera lugar en una parte de la fábrica y el trabajo concreto en otro lugar. La dualidad reside en un proceso de trabajo singular: confeccionar la camisa que incorpora el valor. Esto significa que no podría haber incorporación de valor sin el trabajo concreto de hacer camisas, y también que no podemos saber qué valor tienen a menos que las camisas se intercambien por zapatos, manzanas, naranjas, etc. Hay, por tanto, una relación entre el trabajo concreto y el trabajo abstracto, y es mediante las multiplicidades de los trabajos concretos como surge la vara de medir del trabajo abstracto.

Por un lado todo trabajo es gasto de fuerza de trabajo humana, en sentido fisiológico, y es en esa calidad de trabajo humano igual o de trabajo humano abstracto como constituye el valor de las mercancías. Por otro lado, todo trabajo es gasto de fuerza de trabajo humana de un tipo particular y con un propósito definido, y es en esa calidad de trabajo útil concreto como produce valores de uso. (70, 61)

Observemos que ese argumento refleja el del primer apartado. La mercancía singular interioriza valores de uso, valores de cambio y valores. Un proceso de trabajo particular incorpora trabajo concreto útil y trabajo abstracto o valor (tiempo de trabajo socialmente necesario) en una mercancía que será portadora de valor de cambio en el mercado. La respuesta al problema de cómo se puede reducir a trabajo simple el trabajo cualificado o «complejo» se halla parcialmente en el siguiente apartado, donde Marx sigue a la mercancía hasta el mercado y retoma la relación entre valor y valor de cambio. Entremos pues en el apartado I.3.

### Apartado I.3. *La forma del valor o el valor de cambio*

Este apartado contiene, a mi parecer, mucho material aburrido que puede fácilmente velar la importancia del argumento que se plantea en él. Marx se pone a veces, como señalé anteriormente, una gorra de contable, y el resultado es una exposición que puede ser extremadamente tediosa: si esto es igual a aquello y aquello es igual a esto, y esto cuesta tres peniques y aquello quince, el resultado es que alguna otra cosa es equivalente a... Y así sigue, con la ayuda de todo tipo de ejemplos numéricos. El eventual riesgo de confundir los árboles con el bosque, que a menudo surge en los textos de Marx, acecha aquí en su peor variante, por lo que quizá es un

buen momento para imaginar otra forma de abordar la cuestión. Lo haré a dos niveles: franquearé rápidamente lo que a menudo son argumentos técnicos simples, y luego comentaré su significado más profundo.

El objetivo de Marx es explicar el origen de la forma-dinero [*Geldform*]. «Se trata aquí de hacer algo ni siquiera intentado –¡redoble de tambor!– por la economía burguesa».

En concreto, mostrar la génesis de la forma-dinero, esto es, rastrear el desarrollo de la expresión de valor contenida en la relación de valor [*Wertverhältnis*] de las mercancías desde su forma más simple y menos vistosa, hasta la deslumbrante forma-dinero, con lo que se habrá desvanecido inmediatamente el enigma del dinero (72, 62)

Realiza esta tarea en una serie de pasos, comenzando con una situación simple de trueque. Yo tengo una mercancía, tú tienes una mercancía; el *valor relativo* de mi mercancía se expresará en términos del valor (input de trabajo) de la que tienes tú. Así tu mercancía se va a convertir en una medida del valor de la mía. Dando la vuelta a la relación, mi mercancía se podrá ver como el valor equivalente de la tuya. En las situaciones de trueque simple de este tipo, todo el que tiene una mercancía tiene algo con un valor relativo y busca su equivalente en otra mercancía. Dado que hay tantas mercancías como individuos e intercambios, hay tantos equivalentes como mercancías e intercambios. Todo lo que quiere mostrar realmente Marx es que el acto del intercambio siempre tiene un carácter dual –los polos de las formas relativa y equivalente– en el que la mercancía equivalente figura como «forma tangible de realización de trabajo humano abstracto» (85, 73). La oposición entre valor de uso y valor, hasta ahora interiorizada en la mercancía, «queda representada por una oposición externa» entre una mercancía que figura como valor de uso y otra que solo cuenta como valor de cambio (89, 75-76).

En un campo de intercambios tan complejo como el mercado, mi mercancía tendrá muchos equivalentes potenciales, y recíprocamente, todo el que aparezca por allí tendrá valores relativos en una relación potencial con mi equivalente singular. Una complejidad creciente de relaciones de intercambio produce una «forma ampliada» de valor que se transforma en una «forma desarrollada o total» del valor (I.3.B, 90-94, 77-79), que cristaliza en último término en un «equivalente general» (I.3.C, 94-100, 79-84): una mercancía que desempeña el papel exclusivo de «mercancía-dinero» [*Geldware*] (I.3.D, 100-101, 84-85). La mercancía-dinero surge de un sistema comercial y no lo precede, siendo condición necesaria para la cristalización de la forma-dinero la proliferación y generalización de las relaciones de intercambio.

En tiempos de Marx, mercancías como el oro y la plata desempeñaban ese papel crucial, pero podían ser también conchas de moluscos, latas de atún, o –como ha su-

cedido a veces en una situación de guerra— cigarrillos, chocolate o cualquier otra cosa. Un sistema de mercado requiere una mercancía-dinero de algún tipo para funcionar adecuadamente, pero una mercancía-dinero solo puede brotar del auge del intercambio de mercancías. El dinero no fue impuesto desde fuera, no fue inventado por alguien que pensara que sería una buena idea contar con una forma-dinero. Hasta las formas simbólicas, argumenta Marx, tienen que entenderse en ese contexto.

Esto da lugar a una interesante cuestión interpretativa, que aparece muchas veces en *El Capital*: ¿la argumentación de Marx a este respecto, ¿es histórica o lógica? Las pruebas históricas que apoyarían su explicación de cómo surgió la mercancía-dinero se considerarían ahora, creo, bastante magras. Sistemas y mercancías cuasimonetarias, medallas sacralizadas y fichas simbólicas existieron desde hace mucho, y aunque expresaran algún tipo de relación social, no tenían la relación primordial necesaria con los intercambios de mercancías aunque se fueran insertando gradualmente en tales intercambios. Quien consulte los registros arqueológicos e históricos probablemente encontrará que la forma-dinero no surgió tal como lo imagina Marx. Yo me inclino por aceptar ese argumento, pero también por decir a continuación lo siguiente, que tiene que ver con el interés de Marx por entender el modo de producción capitalista: bajo el capitalismo, la forma-dinero tiene que ser disciplinada y sometida a la posición lógica que describe Marx, de modo que refleje las necesidades de un sistema en el que proliferan las relaciones de intercambio. Pero, por la misma razón, es la proliferación de las relaciones de intercambio de mercancías lo que disciplina todas las formas simbólicas precedentes y las hace confluír en la forma-dinero requerida para facilitar ese intercambio en el mercado. Las formas precursoras del dinero que se pueden encontrar de hecho en los registros arqueológicos e históricos de la acuñación tienen que adecuarse a esa lógica hasta el punto de quedar absorbidas en el capitalismo y cumplir la función del dinero. Por otra parte, debería estar claro que el mercado no podría haber evolucionado tanto sin esa disciplina. Aunque el argumento histórico sea débil, el argumento lógico es convincente.

Este apartado establece en su conjunto, pues, la relación necesaria entre el intercambio de mercancías y la mercancía-dinero y el papel mutuamente decisivo que desempeña cada uno de ellos en el desarrollo del otro. Pero en él hay muchas más cosas a las que debemos dedicar atención. Al principio del apartado, Marx expone:

La objetividad del valor [*Wertgegenständlichkeit*] de las mercancías es como Ms. Quickly [Shakespeare, *The First Part of King Henry IV*, III acto, 3.<sup>a</sup> escena] a la que «un hombre no sabría por dónde asirla». En contraste directo con la burda objetividad sensible de los cuerpos de las mercancías, en su objetividad de valor no entra ni un solo átomo de materia natural. De ahí que se le puedan dar las vueltas que se quiera a una mercancía, sin que como cosa de valor [*Wertding*] resulte aprehensible.



Recordemos, no obstante, que las mercancías solo poseen objetividad de valor en tanto son expresión de la misma unidad social, el trabajo humano; que su objetividad de valor, por tanto, es puramente social, de lo que se desprende que solo puede aparecer en la relación social de una mercancía con otra. (71, 62)

Esta es una cuestión vital que no cabe infravalorar: el valor es inmaterial pero *objetivo*. Dada la supuesta adhesión de Marx a un estricto materialismo este parece un argumento sorprendente, y tendremos que detenernos a desentrañar su significado. El valor es una relación social, y las relaciones sociales no se pueden ver, tocar o sentir directamente; sin embargo, tienen una presencia objetiva. Por eso tenemos que examinar cuidadosamente esa relación social y su expresión.

Marx propone la siguiente idea: los valores, por ser inmateriales, no pueden existir sin un medio de representación. Es por tanto el establecimiento del sistema monetario, el surgimiento de la forma-dinero como medio de expresión tangible, lo que convierte al valor (como tiempo de trabajo socialmente necesario) en regulador de las relaciones de intercambio. Pero la forma-dinero se acerca –paso a paso, dado el argumento lógico– a expresar el valor únicamente a medida que proliferan las relaciones de intercambio de mercancías. No hay por tanto nada universal susceptible de ser llamado «valor» y que después de muchísimos años de esfuerzo consiguiera finalmente expresarse mediante el intercambio monetario, sino que más bien existe una relación interna y de coevolución entre el ascenso del dinero y las formas del valor. El ascenso del intercambio monetario lleva a que el tiempo de trabajo socialmente necesario se convierta en fuerza guía del modo de producción capitalista. Así pues, el valor como tiempo de trabajo socialmente necesario está históricamente asociado al modo de producción capitalista. Solo surge en una situación en la que los intercambios de mercado realizan la tarea requerida.

Del análisis de Marx se deducen dos conclusiones y una importante pregunta. La primera conclusión es que las relaciones de intercambio, lejos de ser epifenómenos que expresen la profunda estructura del valor, existen en relación dialéctica con valores que dependen de ellas tanto como a la inversa. La segunda conclusión confirma el estatus inmaterial (fantasmal) del concepto de valor; todos los intentos de medir directamente el valor fracasarán. La gran pregunta se refiere a lo fiable y preciso que puede ser el dinero como representación del valor o, con otras palabras, cómo se despliega realmente la relación entre inmaterialidad (valor) y objetividad (tal como es captada por la representación monetaria del valor).

Marx examina el problema en varias etapas. Comenta:

Tan solo la expresión de equivalencia entre mercancías de tipo diferente saca a relucir el carácter específico del trabajo creador de valor, al reducir efectivamente los

trabajos de diferente género contenidos en mercancías de diferente género a su común denominador, al trabajo humano en general. (75, 65)

Ahí encontramos una respuesta parcial a la pregunta de cómo se reduce el trabajo humano cualificado y complejo a trabajo humano simple. Pero a continuación dice: «la fuerza de trabajo humana en estado fluido –resulta llamativa la frecuencia con que Marx invoca la idea de fluidez en *El Capital*– o la actividad humana crea valor, pero ella misma no es valor. Se convierte en valor al coagularse en forma objetivada» (76, 65). Hay que establecer por tanto una distinción entre el proceso de trabajo y las cosas producidas.

La idea de una relación entre procesos y cosas, junto con la idea de fluidez, es importante en los análisis de Marx. Cuanto más la invoca, más se aleja de la dialéctica como lógica formal acercándose a la dialéctica como filosofía de los procesos históricos. El trabajo humano es un proceso tangible, pero al final de ese proceso se obtiene un objeto –una mercancía– en la que se «coagula» o «cristaliza» el valor. Aunque lo más significativo es el proceso real, es *la cosa* lo que tiene valor y lo que tiene cualidades objetivas. Así pues,

Para expresar el valor de la tela como cristalización de trabajo humano, hay que expresarlo como una «objetividad» que sea materialmente [*dinglich*] diferente de la tela, y al mismo tiempo sea común a otra mercancía. (76, 65-66)

El problema es: ¿cómo se representa el valor, esa «cosa que es materialmente diferente de la tela»? La respuesta está en la forma mercancía-dinero. Pero hay, señala, algunas peculiaridades en esa relación entre el valor y su expresión en la forma-dinero. «La primera peculiaridad que nos llama la atención al observar la forma de equivalente [*Äquivalentform*] es que un valor de uso se convierte en forma aparente [*Erscheinungsform*] de su opuesto, del valor» (82-83, 70), ocultando una relación social.

De ahí lo enigmático de la forma de equivalente, que solo aparece a la miope vista burguesa del economista político cuando esa forma se le aparece perfecta, acabada, como dinero. Entonces intenta eliminar el carácter místico del oro y la plata, reemplazándolos por mercancías menos resplandecientes y salmodiando con placer siempre renovado el catálogo de mercancías más humildes que en una época u otra representaron ese papel de equivalente. (84, 72)

«El cuerpo de la mercancía –prosigue Marx– que sirve como equivalente, siempre figura como encarnación de trabajo humano abstracto y es siempre producto de un trabajo útil determinado, concreto» (84-85, 72). ¿Qué nos dice con esto? El oro,

por ejemplo, es un valor de uso específico, una mercancía específica, producida en condiciones específicas, y sin embargo lo utilizamos como medio de expresión de todo trabajo humano en cualquier lugar; tomamos un valor de uso particular y lo utilizamos como representante de todo trabajo social. Esto plantea algunas cuestiones complicadas, como veremos cuando profundicemos en la teoría del dinero en el capítulo II.

La segunda peculiaridad es que «el trabajo concreto se convierte en forma aparente de su opuesto, el trabajo humano abstracto», y la tercera es que «el trabajo privado adopta la forma de su opuesto, de trabajo social inmediato» (85-86, 73). Esto significa no solo que el equivalente universal, la mercancía-dinero, está sometido a los problemas cualitativos y cuantitativos que aquejan a la producción de cualquier otro valor de uso, sino que la producción y comercialización de la mercancía-dinero, así como su acumulación (finalmente como capital), quedan en manos privadas aun si realizan su función social universalizante. Cuando el oro era todavía la mercancía que sostenía principalmente el dinero global a finales de la década de 1960, por ejemplo, los dos principales productores de oro eran Sudáfrica y Rusia, ninguno de los cuales tenía relaciones particularmente estrechas con el capitalismo internacional. La desmaterialización de todo el sistema financiero a principios de la década de 1970 y el sistema de tipos de cambio flotantes liberados del patrón oro que nació entonces tuvieron el efecto de restar poder a los productores de oro (aunque no fuera esta la razón principal por la que tuvo lugar).

Esos son los tipos de contradicciones que el análisis de Marx nos lleva a considerar, y más adelante veremos –en particular en el libro tercero, pero también en el tercer capítulo de este libro primero– cómo esas peculiaridades y contradicciones contribuyen a crear posibilidades de que se produzcan crisis financieras. En cualquier caso, la conclusión fundamental es que la relación entre los valores y su representación en forma de dinero está cuajada de contradicciones, y por eso nunca podemos suponer una representación perfecta. Este desencuentro, por llamarlo así, entre los valores y su representación, resulta tener ventajas por problemático que sea, como veremos.

Esto nos lleva a un importante pasaje de Aristóteles. «No puede haber intercambio –dice Aristóteles– sin igualdad, del mismo modo que no puede haber igualdad sin conmensurabilidad.<sup>1</sup>» La relación entre las formas relativa y equivalente del valor presupone la igualdad entre quienes realizan los intercambios, atributo enormemente importante del sistema de mercado; Marx lo entiende como fundamental, en el plano teórico, para el funcionamiento del capitalismo. Aristóteles también enten-

---

<sup>1</sup> «οὐτ ἰσοτηξ μὴ οὐσηξ συμμετρίαξ» (86, 74). Las citas de Aristóteles ofrecidas por Marx son de la *Ética para Nicómaco*, libro V, cap. 5.

día la necesidad de conmensurabilidad e igualdad en las relaciones de intercambio, pero no podía figurarse qué es lo que había bajo ellas. ¿Por qué no? La respuesta es que «la sociedad griega se basaba en el trabajo de los esclavos, y por eso tenía como base natural la desigualdad entre los hombres y de su fuerza de trabajo» (87, 74). En una sociedad esclavista no puede haber una teoría del valor del tipo de la que vamos a encontrar bajo el capitalismo. Observemos una vez más su especificidad histórica.

Esto lleva a Marx a ampliar las tres peculiaridades de la forma-dinero a fin de destacar una oposición latente:

La oposición interna encerrada en la mercancía entre valor de uso y valor viene representada, por tanto, mediante una oposición externa, o sea, mediante la relación entre dos mercancías, en la que una de ellas, *cuyo* valor debe expresarse, figura inmediatamente únicamente como valor de uso, y la otra mercancía, por el contrario, *en la que* se expresa valor, solo cuenta inmediatamente como valor de cambio. (89, 75-76)

La oposición entre la expresión de valor y el mundo de las mercancías, una oposición que da lugar a una «antinomía» entre mercancías y dinero, debe interpretarse como exteriorización de algo que se interioriza en la propia mercancía. Una vez exteriorizada, la oposición se hace explícita. La relación entre mercancías y dinero es producto de esa dicotomía entre valor de uso y valor de cambio que señalamos desde el principio como propiedad intrínseca de la mercancía.

Entonces, ¿con qué debemos quedarnos? En primer lugar, el tiempo de trabajo socialmente necesario no puede operar como regulador directo de lo que está sucediendo, porque es una relación social; lo hará pues indirectamente mediante la forma-dinero. Por otra parte, el ascenso de la forma-dinero es lo que permite al valor comenzar a cristalizar como principio orientador del funcionamiento de una economía capitalista. Además, recuérdese siempre, el valor es inmaterial pero objetivo. Ahora bien, esto crea muchos problemas para la lógica del sentido común que supone que el valor puede ser realmente medido; hay incluso economistas marxistas que pasan mucho tiempo explicando cómo se puede hacer. Yo diría, en cambio, que no se puede hacer. Si es inmaterial, no se puede medir directamente. Buscar valor en una mercancía mirándola únicamente como mercancía es como tratar de encontrar la gravedad en una piedra. Solo existe en las relaciones entre mercancías y solo se expresa materialmente en la forma contradictoria y problemática de la mercancía-dinero.

Permítaseme un momento para reflexionar un poco más sobre el estatus de los tres conceptos fundamentales de valor de uso, valor de cambio y valor que presenta Marx. Al hacerlo impondré algunas de mis reflexiones derivadas de mis propios intereses específicos, que cada uno puede aceptar o rechazar según le parezca. Esos

tres conceptos diferentes interiorizan referentes espacio-temporales fundamentalmente diferentes. Los valores de uso existen en el mundo material físico de las cosas que se pueden describir en términos newtonianos y cartesianos del espacio y el tiempo absolutos. Los valores de cambio residen en el espacio-tiempo relativo del movimiento y el intercambio de mercancías, mientras que los valores solo se pueden entender en términos del espacio y el tiempo relacional del mercado mundial (el valor relacional inmaterial del tiempo de trabajo socialmente necesario nace en el espacio-tiempo evolutivo del desarrollo global capitalista). Pero como Marx ha mostrado ya convincentemente, los valores no pueden existir sin los valores de cambio, y el intercambio no puede existir sin los valores de uso. Los tres conceptos están dialécticamente integrados entre sí.

Del mismo modo, las tres formas de espacio-tiempo absoluto, relativo y relacional están dialécticamente relacionadas en el seno de la dinámica histórico-geográfica del desarrollo capitalista. Este es mi argumento como geógrafo, y una de sus principales consecuencias es que el espacio-tiempo del capitalismo no es constante, sino variable (como sucede con la velocidad y lo que Marx denomina en otro lugar «la aniquilación del espacio mediante el tiempo»<sup>2</sup> efectuada mediante las repetidas revoluciones en los transportes y las comunicaciones). No puedo evitar mencionarlo al menos, para que cada uno lo tenga en cuenta, aunque quien quiera profundizar en la cuestión de la dinámica espacio-temporal del capitalismo tendrá que buscarla en otro lugar<sup>3</sup>.

#### Apartado I.4. *El carácter fetichista de la mercancía y su secreto*

Este apartado está escrito con un estilo totalmente diferente, bastante literario: evocador y metafórico, imaginativo, juguetón y emotivo, lleno de alusiones y referencias a la magia, los misterios y la necromancia, en notable contraste con el estilo aburridamente contable del apartado anterior. Esto es bastante típico de la táctica de Marx a lo largo de *El Capital*; a menudo cambia de estilo literario según el tema que aborde. En este caso, el cambio puede suscitar cierta confusión en cuanto a la importancia del concepto de fetichismo en la argumentación general de Marx (confusión exacerbada por el hecho de que este apartado fue trasladado de un apéndice en la primera edición de *El Capital* a su posición actual –junto con el apartado I.3–

---

<sup>2</sup> «Die Vernichtung des Raums durch die Zeit», Karl Marx, *Grundrisse*, en MEW, vol. 42, cit., p. 430 [ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, cit., vol. II, p. 13].

<sup>3</sup> David Harvey, *Spaces of Global Capitalism: Towards a Theory of Uneven Geographical Development*, Londres, Verso, 2006.

en la segunda y definitiva edición). Los interesados en desarrollar una teoría económico-política rigurosa a partir de Marx, por ejemplo, a veces parecen entender el concepto de fetichismo como algo chocante que no hay que tomarse muy en serio, mientras que otros con tendencias más filosóficas o literarias a menudo lo tratan, por el contrario, como la pepita de oro envuelta en barro, el momento sustancial de la comprensión del mundo por parte de Marx. Así que una de las preguntas que tenemos que hacernos es: ¿qué relación guarda este apartado con la argumentación general de Marx?

El concepto de fetichismo ya asomaba en su exploración de las formas en que importantes características del sistema económico-político quedan «ocultas» o confusas en las «antinomias» y «contradicciones» entre, por ejemplo, las particularidades de la mercancía-dinero por un lado y la universalidad de los valores fantasmales por otro. Pero esas tensiones, oposiciones y contradicciones ya entrevistas en el texto aparecen ahora bajo un escrutinio más detallado en este apartado. En el resto de *El Capital*, como veremos, el concepto de fetichismo resurge una y otra vez (muy a menudo tácita y no explícitamente) como instrumento esencial para desvelar los misterios de la economía política capitalista. Examinaré pues bajo ese prisma el concepto, así como la argumentación general de Marx, que a mi juicio son inseparables.

El análisis procede en dos etapas. Primero, caracteriza cómo surge y funciona el fetichismo como aspecto fundamental e inevitable de la vida económico-política bajo el capitalismo. A continuación, examina cómo se representa equívocamente ese fetichismo en el pensamiento burgués en general y en la economía política clásica en particular.

Comienza observando que las mercancías «abundan en sutilezas metafísicas y caprichos teológicos» (101, 85):

El carácter misterioso de la forma-mercancía [*Das Geheimnisvolle der Warenform*] consiste pues, sencillamente, en el hecho de que presenta a los hombres los caracteres sociales de su propio trabajo como caracteres objetivos de los productos de ese trabajo, como propiedades sociales naturales de esas cosas; y, por tanto, también presenta la relación social de los productores con el trabajo total como una relación social entre objetos, existente fuera de ellos. (103, 86)

El problema radica en que «la forma mercancía y la relación de valor entre los productos del trabajo en que se representa, no tienen nada que ver con su naturaleza física ni con las relaciones materiales [*dinglichen*] derivadas de ellas». Nuestra experiencia sensible de la mercancía como valor de uso no tiene nada que ver con su valor. Las mercancías son, por tanto, «objetos sensiblemente suprasensibles o sociales». El resultado es que «una relación social precisa entre seres humanos

adopta para ellos la forma fantasmagórica de una relación entre cosas». Y es esa situación la que define «el fetichismo que se adhiere a los productos del trabajo en cuanto se producen como mercancías y que, por consiguiente, es inseparable de la producción de mercancías» (103, 86-87).

Y es así, dice, porque «los productores no entran en contacto social sino a través del intercambio de los productos de su trabajo», por lo que solo llegan a conocer «los caracteres específicamente sociales de sus trabajos privados» en los intercambios de mercado. Con otras palabras, no conocen ni pueden conocer cuál es el valor de su mercancía hasta que la llevan al mercado y la intercambian. «A estos últimos [a los productores], se les aparecen [*erschienen*] por tanto las relaciones sociales entre sus trabajos privados como lo que son –obsérvese por favor esta importante frase, «se les aparecen [...] como lo que son» [*erschienen... als das, was sie sind*]–, es decir, no como relaciones inmediatamente sociales entre personas en sus trabajos, sino más bien como relaciones cosificadas [*sachliche*] entre personas y relaciones sociales entre cosas [*Sache*] (104, 87).

¿Qué es pues lo que está sucediendo aquí? Si alguien va a un supermercado y quiere comprar allí una lechuga, tiene que disponer de cierta cantidad de dinero. La relación material entre el dinero y la lechuga expresa una relación social porque el precio –el «cuánto»– está socialmente determinado, y el precio es una representación monetaria del valor. Oculto en el seno de ese intercambio en el mercado entre cosas existe una relación entre el consumidor y los productores directos que trabajaron para producir esa lechuga. Pero el comprador no solo no tiene por qué saber nada del trabajo o los trabajadores que introdujeron valor en la lechuga; en sistemas muy complicados de intercambio es *imposible* saber nada sobre el trabajo o los trabajadores, y por eso el fetichismo es inevitable en el mercado mundial. El resultado final es que nuestra relación social con las actividades laborales de otros queda oculta bajo las relaciones entre cosas. Uno no puede, por ejemplo, imaginarse en el supermercado si la lechuga ha sido producida por trabajadores felices, miserables, esclavos, asalariados o autoempleados. Las lechugas permanecen mudas, por decirlo así, sobre cómo fueron producidas y quién las produjo.

¿Por qué es esto tan importante? Cuando yo enseñaba geografía en la Johns Hopkins University, siempre comenzaba preguntando a los estudiantes de dónde provenía su desayuno, y solían decir: «Bueno, yo lo comprado en el *deli*». Pero cuando les pedía que retrocedieran un poco más, se veían pensando en todo un mundo increíble de trabajos en entornos geográficos muy alejados y bajo condiciones sociales radicalmente diferentes sobre las que no sabían nada ni podían conocer nada mirando los ingredientes de su desayuno o yendo al supermercado. El pan, el azúcar, el café, la leche; las tazas, cuchillos y tenedores, tostadoras y platos de plástico, por no hablar de la maquinaria y el equipo necesarios para producir todas esas

cosas, los vinculaban a millones de personas que trabajaban en todo el planeta. Una de las tareas de la educación geográfica es enseñar algo sobre la variedad de condiciones socioambientales, vínculos espaciales y prácticas de trabajo implicadas en cada aspecto de la vida cotidiana, hasta llevar el desayuno a la mesa cada día.

Los estudiantes parecían a veces pensar que estaba tratando de culpabilizarlos por no dedicar mayor atención a los pobres cortadores de caña en la República Dominicana, que prácticamente trabajaban por nada. Cuando llegaban a esa conclusión, declaraban a veces: «¡Señor, esta mañana no he desayunado!». A lo que yo solía responder que quizá no fuera necesario que pasaran toda una semana sin almorzar, merendar y cenar simplemente para aprender la máxima marxista básica de que para vivir tenemos que comer.

Cuestiones de este tipo plantean cuestiones morales. Hay quienes, por varias razones, proponen todo tipo de códigos morales de conducta en las relaciones interpersonales, pero luego afrontan el dilema de si deben o no extender esos códigos morales al mundo de los intercambios comerciales en el mercado mundial. Está muy bien insistir en las «buenas» relaciones cara a cara y en ayudar al vecino, ¿pero qué valor tiene eso si somos totalmente indiferentes con respecto a todos aquellos que no conocemos y nunca podremos conocer, pero que desempeñan un papel vital en proporcionarnos nuestro pan cotidiano? A veces se nos llama la atención sobre esas cuestiones, por ejemplo por el movimiento del «comercio justo», que trata de articular una pauta moral para el mundo del intercambio de mercancías, o el movimiento contra la pobreza, que trata de obtener contribuciones caritativas para prójimos distantes. Pero ni siquiera eso cuestiona las relaciones sociales que producen y mantienen las condiciones de la desigualdad global: riqueza para los caritativos donantes y pobreza para todos los demás.

Pero Marx no quería entrar aquí en consideraciones morales. Lo que pretendía era mostrar que el sistema de mercado y la forma-dinero enmascaran las relaciones sociales reales mediante el intercambio de cosas. No dice que ese ocultamiento, al que llama «fetichismo» (103, 87) (obsérvese por favor que el uso por Marx de este término es bastante técnico y muy diferente de otros usos más comunes), sea una mera ilusión, que sea una construcción prefabricada que se pueda dismantelar simplemente con intentarlo. No; lo que uno ve efectivamente es la lechuga, lo que uno ve es dinero, cierta cantidad, y se toman decisiones efectivas basadas en esa información. Ese es el significado de la frase «se les aparecen [...] como lo que son»: las cosas son realmente así en el supermercado, y podemos observarlo así aunque enmascare las relaciones sociales.

El fetichismo es un aspecto inevitable del modo de producción capitalista y tiene muchas consecuencias. Por ejemplo, «los hombres no relacionan los productos de su trabajo entre sí como valores, porque esas cosas no son para ellos más que envol-



turas objetivas de idéntico trabajo humano. Por el contrario, al equiparar entre sí como valores, en el intercambio, sus diversos productos, equiparan entre sí sus diversos trabajos como trabajo humano» (105, 88). Vemos así de nuevo que el valor brota de los procesos de intercambio aunque las relaciones de intercambio converjan cada vez más para expresar el valor como tiempo de trabajo socialmente necesario. En cualquier caso, los productores

lo hacen aunque no lo sepan, dado que el valor no lleva escrito en la frente lo que es, sino que transforma todo producto del trabajo en un jeroglífico social. Más tarde intentan descifrar el sentido del jeroglífico, desvelar el secreto de su propio producto social, pues la determinación de los objetos de uso como valores es [efectivamente] su producto social, como lo es el lenguaje. (105, 88)

Difícilmente podría presentarse de manera más tajante y rigurosa la relación dialéctica entre formación de valor e intercambio y las cualidades «fantasmales», inmateriales, del valor como relación social.

¿Pero cómo se reproduce en el pensamiento esa dialéctica? Muchos de los economistas políticos lo hacían (y siguen haciéndolo) mal, dice Marx, porque miran los precios en el mercado y creen que todo está ahí, y que es la única prueba material que necesitan para construir sus teorías. Examinan simplemente las relaciones entre oferta y demanda y los movimientos de precios asociados a ellas. Otros, más perspicaces, llegan al «tardío descubrimiento científico de que los productos del trabajo, en la medida en que son valores, no son más que la expresión objetiva del trabajo humano empleado en producirlos, [lo que] marcó una época en la historia del desarrollo de la humanidad» (105, 88). La economía política clásica tendió gradualmente hacia una idea de valor que dejaba atrás las fluctuaciones en el mercado (a menudo asociadas a los «precios naturales») y reconoció que el trabajo humano tenía algo que ver con todo ello.

Pero la economía política clásica no llegó a entender la brecha entre la inmaterialidad de los valores como tiempo de trabajo socialmente necesario «coagulado» y su representación como dinero y tampoco entendió, por tanto, el papel que desempeñaba la proliferación de los intercambios en la consolidación de la forma de valor como algo históricamente específico del capitalismo. Supuso que los valores eran una verdad evidente y universal, sin ver que

el carácter de valor de los productos del trabajo se consolida a través de su actuación como magnitudes de valor. Estas últimas cambian constantemente, con independencia de la voluntad, la previsión y la acción de quienes los intercambian. Para ellos, su propio movimiento social posee la forma de un movimiento de cosas bajo cuyo control se hallan en lugar de controlarlo ellos. (106, 89)

Así comienza Marx su ataque contra el concepto liberal de libertad. La libertad del mercado no es libertad en absoluto, sino una ilusión fetichista. Bajo el capitalismo, los individuos se rinden a la disciplina de fuerzas abstractas (como la mano oculta del mercado que tanto apreciaba Adam Smith) que gobiernan de hecho sus relaciones y opciones. Puedo hacer algo hermoso y llevarlo al mercado, pero si no consigo intercambiarlo, entonces no tiene valor. Además, no tendré suficiente dinero para comprar mercancías con las que vivir. Las fuerzas de mercado, que ninguno de nosotros controla individualmente, nos regulan. Y parte de lo que Marx pretende hacer en *El Capital* es evidenciar ese poder regulador que se impone siempre, incluso «en las relaciones de intercambio accidentales y siempre fluctuantes entre los productos». Las fluctuaciones en la oferta y la demanda generan fluctuaciones de precios, pero no pueden explicar por qué en promedio un par de zapatos se intercambia por cuatro camisas. Entre todas las contingencias que reinan en el mercado, «el tiempo de trabajo socialmente necesario [...] se impone a la fuerza en las relaciones de intercambio [...] como ley reguladora de la naturaleza, algo así como se impone la ley de la gravedad cuando se derrumba sobre uno su casa» (106-107, 89). Este paralelismo entre la gravedad y el valor es interesante: ambos son relaciones y no cosas, y ambos deben conceptuarse como inmateriales pero objetivos.

Esto lleva directamente a Marx a una crítica de la evolución del pensamiento burgués en relación con la proliferación de relaciones de intercambio y el ascenso de la forma-dinero:

La reflexión acerca de las formas de la vida humana, y por tanto también su análisis científico, toma un camino opuesto al de su desarrollo real. [...] Así pues, fue el análisis de los precios de las mercancías lo único que condujo a la determinación de la magnitud del valor, la expresión común de las mercancías en dinero lo único que llevó a la fijación de su carácter de valor. Pero es precisamente esta forma acabada –la forma-dinero– del mundo de las mercancías la que encubre objetivamente el carácter social de los trabajos privados, y por tanto las relaciones sociales entre los trabajadores privados, en vez de ponerlas al descubierto. (107, 90)

Esta deficiencia de la economía política clásica queda realzada por la efusividad con que señalaban muchos de sus autores el *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe como modelo para una economía de mercado perfecta surgida del estado de naturaleza: Robinson, aislado en una isla, construye lógicamente para sí una forma de vida apropiada al estado de naturaleza y reconstruye paso a paso la lógica de una economía de mercado. Pero como señala irónicamente Marx, además de aprender supuestamente de la experiencia, Robinson también había «salvado del naufragio reloj, libro mayor, tinta y pluma, e inmediatamente comenzó, como buen inglés, a llevar la

contabilidad de sí mismo» (109, 91). Con otras palabras, Robinson llevaba consigo a la isla las concepciones mentales del mundo correspondientes a una economía de mercado y siguió manteniendo una relación con la naturaleza basada en ellas. Los economistas políticos utilizaban perversamente esa historia para dar carta de naturaleza a las prácticas de la burguesía emergente.

Llevo mucho tiempo pensando que se equivocaron al elegir esa novela de Defoe y que *Moll Flanders* es un modelo mucho más adecuado para explicar cómo funciona la producción y circulación de mercancías. Moll se comporta como la mercancía quintaesencial en venta. Constantemente especula sobre los deseos de los demás, que a su vez especulan constantemente sobre sus deseos (el momento cumbre llega cuando, arruinada, gasta hasta el último penique que le queda en alquilar un gran ajuar, incluidos carroza, caballos y joyas, para acudir a un baile donde enamora a un joven noble y huye con él aquella misma noche, solo para descubrir a la mañana siguiente que él también está arruinado, momento en que ambos captan la parte cómica de toda la historia y se separan amigablemente). Moll atraviesa medio mundo (llegando incluso hasta la colonia de Virginia), pasa un tiempo en prisión por deudas y su fortuna sube y baja sin cesar; circula como un objeto monetario a la deriva en un océano de mercancías. La novela representa mucho mejor el funcionamiento real del capitalismo, en particular de su variedad especulativa asentada en Wall Street.

Dicho en pocas palabras, los economistas políticos clásicos preferían el mito de Robinson Crusoe debido a su capitalismo naturalizado; pero como insiste Marx, el capitalismo es una construcción histórica, no un objeto natural. «Las categorías de la economía burguesa [son] formas de pensamiento socialmente válidas, y por tanto objetivas, para las relaciones de producción correspondientes a ese modo de producción social históricamente determinado» (108, 90). Una mirada a esa historia indica las limitaciones de las verdades supuestamente universales de la teoría burguesa. «Trasladémoslos ahora desde la luminosa isla de Robinson a la oscura Edad Media europea.» Por oscura que sea, las relaciones sociales son obvias. Bajo el sistema de la corvea [trabajo obligatorio], señala Marx, «cada siervo de la gleba sabe que lo que gasta al servicio de su señor es una cantidad determinada de su fuerza de trabajo personal [...] las relaciones sociales entre las personas en sus trabajos aparecen en cualquier caso como sus propias relaciones personales, y no encubiertas como relaciones sociales entre cosas, entre los productos del trabajo». Lo mismo se podría decir de «la industria rural patriarcal de una familia campesina que produce para cubrir sus propias necesidades» (109-10, 91-92): las relaciones sociales son transparentes y todos pueden ver lo que están haciendo y para quién.

Tales comparaciones históricas, junto con los análisis del fetichismo, nos permiten ver la naturaleza contingente, y no universal, de las verdades ofrecidas por la economía política burguesa. «Todo el misticismo del mundo de las mercancías, toda

la magia y fantasmagoría que rodean de niebla a los productos del trabajo sobre la base de la producción de mercancías, se desvanecen en cuanto nos trasladamos a otras formas de producción» (108, 90). Por último, podemos incluso imaginar «una asociación de hombres libres que trabajan con medios de producción comunes [esto es, un mundo socialista, en el que] las relaciones sociales de los productores individuales, tanto con su trabajo como con los productos de su trabajo, resultan transparentes, tanto en la producción como en la distribución» (110-111, 92-93). En esa invocación de la «asociación de hombres libres» Marx se hace eco del pensamiento socialista utópico francés durante las décadas de 1830 y 1840 (en particular de Proudhon, aunque Marx no lo reconozca). Cree que podríamos dejar atrás el fetichismo de las mercancías y establecer, mediante formas asociativas, un tipo muy diferente de relación social. Esa posibilidad es una cuestión clave que cada lector debe considerar por sí mismo; pero este es uno de esos raros momentos de *El Capital* en los que vislumbramos la idea que se hacía Marx de un futuro socialista.

El fetichismo del mercado crea en torno suyo mucha basura ideológica. Marx comenta, por ejemplo, que el protestantismo parece ser la religión más adecuada al capitalismo, argumentando que nuestra forma de pensar –y no solo la de los economistas políticos– refleja el fetichismo propio de la época, aunque eso sea una tendencia general. Sus observaciones sobre la religión y su relación con la vida económica y política son significativas:

La economía política ha analizado ciertamente, aunque de modo incompleto, el valor y su magnitud, y ha descubierto el contenido oculto bajo esta forma. Pero nunca se ha preguntado por qué ese contenido adopta esa forma, o sea, por qué se representa el trabajo como valor y su duración temporal como magnitud de valor de su producto. Formas que llevan grabado en la frente que pertenecen a una formación social en la que el proceso de producción domina a los hombres y no a la inversa, le parecen a su conciencia burguesa una necesidad natural tan evidente como el propio trabajo productivo, y trata a las formas preburguesas del organismo social de producción tal como trataban los padres de la Iglesia a las religiones precristianas. (112-114, 94-95)

Marx añade a esto una larga e importante nota a pie de página:

La forma del valor del producto del trabajo es la forma más abstracta, pero también la más general, del modo de producción burgués, que caracterizamos aquí como un tipo especial de producción social, y por tanto también históricamente condicionada. Por eso, si se la ve como forma natural eterna de la producción social, se elude

necesariamente lo específico de la forma de valor, esto es, la forma de mercancía, desarrollada posteriormente en forma de dinero, forma de capital, etc. (nota 32)

Sugiere pues que sería un error naturalizar la forma de valor bajo el capitalismo, lo que haría difícil, si no imposible, concebir ninguna alternativa.

Pero eso es precisamente lo que han hecho los economistas políticos burgueses: han tratado el valor como un hecho de la naturaleza, no como una construcción social que brota de un modo de producción particular. Marx está interesado por el contrario en una transformación revolucionaria de la sociedad, y eso significa eliminar la forma de valor capitalista y construir una estructura de valor alternativa, un sistema de valores alternativo que no tenga el carácter específico del establecido bajo el capitalismo. No puedo dejar de insistir en este punto, porque la teoría del valor de Marx se ha interpretado frecuentemente como una norma universal que deberíamos acatar y respetar. He perdido la cuenta del número de veces que he oído a la gente quejarse de que el problema de Marx es que cree que la única noción válida de valor deriva del input trabajo. No es así en absoluto; es un producto social histórico. Para los socialistas, comunistas, revolucionarios, anarquistas o lo que sea, se trata por tanto de hallar una forma de valor alternativa que dé lugar a una pauta diferente de reproducción social. Al introducir el concepto de fetichismo, Marx muestra que el valor naturalizado de la economía política clásica dicta una norma cuyo cumplimiento ciego, reproduciendo el fetichismo de la mercancía, cierra todas las posibilidades revolucionarias. Nuestra tarea es, por el contrario, impugnarla.

El capitalismo no tiene forma de registrar en sus cálculos valores intrínsecos, «naturales». «Dado que el valor de cambio es una determinada manera social de expresar el trabajo empleado en una cosa, no puede contener más elementos naturales que, por ejemplo, los tipos de cambio»; es ilusorio creer, asimismo, que «la renta de la tierra brota del suelo, y no de la sociedad» (115-116, 97).

La economía política burguesa se detiene en la apariencia superficial. Aunque disponía de una teoría del valor basada en el trabajo, nunca sondeó profundamente su significado ni las circunstancias históricas de su surgimiento. Esto nos deja la tarea de ir más allá del fetichismo, no tratándolo como una ilusión, sino afrontando su realidad objetiva (103, 115-117; 87, 97-98). Una vía es la del «comercio justo»; otra es concebir una teoría científica y crítica, un método de investigación e indagación capaz de develar la estructura profunda del capitalismo y de sugerir sistemas de valores alternativos basados en relaciones sociales y materiales radicalmente diferentes.

Esas dos opciones no son mutuamente excluyentes. Una política que trate las condiciones del trabajo sobre una base global, desarrollando por ejemplo un movimiento contra los talleres de trabajo esclavo, puede conducir fácilmente al territorio teórico mucho más profundo que Marx explora en *El Capital*, precisamente porque

la apariencia superficial, aunque fetichista, siempre indica una realidad objetiva. Recuerdo, por ejemplo, cuando los estudiantes de la Johns Hopkins University escenificaron un desfile de modelos con ropa de Liz Claiborne y The Gap junto con un comentario sobre las prendas en cuestión y las condiciones de trabajo asociadas a su producción. Fue una forma eficaz de hablar del fetichismo y elevar la conciencia con respecto a las condiciones globales, al tiempo que sugería la importancia de hacer algo al respecto.

Pero la pretensión de Marx en *El Capital* es definir una ciencia más allá del fetichismo inmediato sin negar su realidad. En su crítica de la economía política burguesa estableció en buena medida sus bases, revelando asimismo hasta qué punto estamos gobernados en cuanto hacemos por las fuerzas abstractas del mercado, y perpetuamente en peligro de quedar sometidos a construcciones fetichistas que nos ciegan a lo que realmente sucede. ¿Se puede decir que esta sociedad se caracteriza por una libertad individual auténtica? Las ilusiones de un orden liberal utópico, en opinión de Marx, deben ser desenmascaradas como lo que son: una reproducción de ese fetichismo que desplaza las relaciones sociales entre personas convirtiéndolas en relaciones cosificadas entre personas y relaciones sociales entre cosas.

## Capítulo II. El proceso de intercambio

### [Sección primera]

Este segundo capítulo es no solo más corto, sino también más fácil de entender. El propósito de Marx es definir las condiciones socialmente necesarias para el intercambio capitalista de mercancías y asentar una base más firme para la consideración de la forma-dinero que afrontará en el capítulo III.

Dado que las mercancías no van por sí mismas al mercado, tenemos que definir primero la relación operativa entre las mercancías y quienes las llevan a él. Marx imagina una sociedad en la que «los guardianes de mercancías [...] se reconocen mutuamente como propietarios privados. Esa relación jurídica cuya forma es el contrato, se haya efectuado legalmente o no, es una relación de voluntades en la que se refleja la relación económica, y cuyo contenido viene dado por la propia relación económica. Las personas existen una para otra –obsérvese el eco del argumento sobre el fetichismo– solamente como representantes de mercancías, y por tanto como propietarios de ellas». Esto le lleva a plantear una cuestión más amplia. A lo largo de *El Capital*, «las distintas máscaras no son más que personificaciones de las relaciones económicas, encontrándose unas con otras en calidad de portadoras –término recurrente– de ellas» (119-120, 99-100). Marx atiende pues a los papeles económicos que desempeñan las personas, los individuos, más que a estos. Así exami-

nará las relaciones entre compradores y vendedores, deudores y acreedores, capitalistas y trabajadores. A lo largo de *El Capital*, de hecho, siempre pondrá el foco en los papeles más que en las personas, reconociendo que los individuos pueden representar, y de hecho lo hacen a menudo, distintos papeles, e incluso ocupar posiciones profundamente contradictorias (como cuando, en nuestra época, un trabajador tiene un fondo de pensiones invertido en bolsa). Esa focalización en los papeles más que en los individuos es tan legítimo aquí como si estuviéramos analizando las relaciones entre conductores y peatones en las calles de una ciudad: la mayoría de nosotros hemos desempeñado ambos papeles y hemos adaptado a ellos en cada ocasión nuestro comportamiento.

Los papeles en un modo de producción capitalista están estrictamente definidos. Los individuos son sujetos jurídicos que ejercen derechos de propiedad privada sobre las mercancías y que comercian con ellas en condiciones no coercitivas, bajo contrato. Existe un respeto recíproco por los derechos jurídicos de los demás; la equivalencia de principio en las relaciones de mercado observada por Aristóteles es una virtud que se honra. Lo que Marx describe aquí es el marco político y legal convencional para mercados que funcionan obedeciendo los principios dictados por la teoría liberal. En ese mundo una mercancía es «niveladora y cínica por naturaleza [porque] siempre está dispuesta a intercambiar no solo el alma, sino también el cuerpo, con cualquier otra mercancía». Su propietario está dispuesto a cederla, y el comprador quiere adquirirla: «Todas las mercancías son no-valores de uso para sus poseedores, y valores de uso para sus no-poseedores. Por consiguiente, tienen que cambiar de manos, [lo que] constituye su intercambio, que las relaciona entre sí como valores, realizándolas como tales. [...] Por otra parte [...] el trabajo humano empleado en ellas solo cuenta en la medida en que sean útiles para otro. Y el que ese trabajo sea útil para otros, que su producto satisfaga necesidades ajenas, solo puede demostrarlo su intercambio» (120-121, 100-101).

Este argumento sobre la estructura institucional y legal socialmente necesaria para que el capitalismo funcione es históricamente específica. La ausencia de reconocimiento de la especificidad histórica de la concepción burguesa de los derechos y deberes lleva a serios errores, por lo que Marx critica vigorosamente en una larga nota al anarquista Proudhon, quien

extrae primeramente su ideal de justicia, de la *justice éternelle*, de las relaciones jurídicas correspondientes a la producción de mercancías, con lo que, dicho sea de paso, también se aporta la prueba, tan consoladora para todos los burgueses mezquinos, de que la forma de la producción de mercancías es tan eterna como la justicia. Luego, en cambio, quiere remodelar la producción real de mercancías y su correspondiente derecho real adecuándola a ese ideal. (nota 38)

Proudhon partía en efecto de los rasgos específicos de las relaciones legales y económicas burguesas tratándolas como universales y fundamentales para el desarrollo de un sistema económico alternativo, socialmente justo. En opinión de Marx, de ahí no podía salir nada realmente alternativo, ya que se limitaba a reinscribir las concepciones burguesas de valor en una forma supuestamente nueva de sociedad. El problema pervive hasta ahora, debido no solo a la actual resurrección anarquista del interés por las ideas de Proudhon, sino también al ascenso de una política liberal de derechos humanos más amplia como supuesto antídoto para los males sociales y políticos del capitalismo contemporáneo. La crítica de Marx a Proudhon es directamente aplicable a esa política contemporánea. La Declaración Universal de Derechos Humanos de la ONU en 1948 es un documento fundamental para un individualismo burgués basado en el mercado, y como tal no puede proporcionar la base para una crítica general del capitalismo liberal o neoliberal. Que pueda ser políticamente útil para reivindicar que el orden político capitalista se atenga a sus propios principios fundacionales es una cosa, e imaginar que esa política pueda llevar a un desplazamiento radical del modo de producción capitalista es otra, y en opinión de Marx, un error muy serio.

Lo que sigue es una recapitulación –Marx reitera con frecuencia argumentos anteriores con un lenguaje algo diferente– de cómo «la cristalización en dinero es un resultado necesario del proceso de intercambio» en un entorno institucional de ese tipo, observando que «la extensión y profundización históricas del intercambio desarrolla la oposición latente en la naturaleza de la mercancía entre valor de uso y valor»:

La necesidad de representar exteriormente esta contradicción para el comercio impulsa hacia una forma autónoma del valor de la mercancía, y no descansa hasta que se logra en el desdoblamiento de la mercancía en mercancía y dinero. Por eso, en la misma medida en que se efectúa la transformación de los productos del trabajo en mercancías, se da la transformación de la mercancía en dinero. (122, 101-102)

No hay nada ahí que no se haya dicho ya en apartados anteriores, pero ahora Marx se explaya sobre lo que esa relación económica entre objetos implica para las relaciones entre personas. La economía del intercambio de mercado, dice, supone que estamos tratando con «propietarios privados» de «objetos alienables», lo que a su vez exige el encuentro de «personas mutuamente independientes». El adjetivo «alienable» se refiere al hecho de que «las cosas son, en y de por sí, exteriores a las personas», y por lo tanto libremente intercambiables. Esto significa que quienes las intercambian están libres de cualquier vínculo personal o de otro tipo con las cosas que poseen. También implica relaciones sociales «de recíproco distanciamien-



to» que son peculiares del capitalismo y coherentes con la propiedad jurídica de mercancías (123, 102).

Tales condiciones no prevalecían en «la familia patriarcal, la vieja comunidad india o el Estado incaico». Los procesos de intercambio tuvieron que fragmentar esas estructuras sociales precedentes, lo que va sucediendo gradualmente, sugiere, a medida que el comercio ocasional entre comunidades evoluciona hasta que «la continua repetición del intercambio lo convierte en un proceso social regular» (123, 102-103):

En la misma proporción en que el intercambio de mercancías hace saltar sus vínculos meramente locales [obsérvense las consecuencias de la expansión geográfica], y que, por lo tanto, el valor de las mercancías se amplía a materialización del trabajo humano en general, la forma-dinero pasa a mercancías que por su propia naturaleza son aptas para desempeñar la función social de equivalente general. Esas mercancías son los metales preciosos. (125, 104)

Nos encontramos aquí, como ya he señalado antes, con un argumento histórico algo dudoso sobre la disolución de formas sociales preexistentes debido a la multiplicación de las relaciones de intercambio y el ascenso de formas-dinero. Pero su contenido lógico es importante para demostrar que lo que es socialmente necesario es «una forma adecuada de aparición del valor, o materialización del trabajo abstracto», y que esa condición resulta mejor satisfecha por metales preciosos como el oro y la plata en virtud de sus cualidades naturales. Sin embargo, tal como señalé antes el propio Marx, esto significa que la mercancía-dinero interioriza una dualidad, porque es a la vez una mercancía en el sentido ordinario de ser producto del trabajo y también «adquiere un valor de uso formal, derivado de su función social específica», para la que «la forma-dinero no es más que el reflejo fijado en una mercancía de sus relaciones con todas las demás» (126, 104-105).

Además, en esa función es del todo posible sustituir la mercancía-dinero «por otros signos de la misma». Esta posibilidad no es nada sorprendente, dado que «en ese sentido, toda mercancía es un signo, al no ser como valor más que la envoltura objetiva del trabajo humano empleado en ella» (127, 105). Marx abre ahí la posibilidad de incorporar directamente en su análisis muchos aspectos de lo que se denomina ahora «economía simbólica», aunque no intenta hacerlo porque indudablemente requeriría modificaciones en su modo de presentación; pero creo que es importante señalar que los aspectos simbólicos del funcionamiento del capitalismo no son ajenos a su argumento. Quienes argumentan que el capitalismo es diferente ahora, dada la importancia que han cobrado el capital simbólico y la economía simbólica, y que ha cambiado las manchas de su pelaje [Jeremías, 13:23], deberían admitir que esas «novedades» no lo son tanto.

El peligro está en tratar esas cualidades simbólicas, que son muy importantes, como puramente imaginarias o como «el producto arbitrario de la reflexión humana» (127, 106). Lo que Marx trata de explicar es que ni siquiera la mercancía-dinero puede realizar su valor específico sin intercambiarse con todas las demás mercancías como equivalentes, por más que aparezca como equivalente universal para todas ellas. «La dificultad –dice– no está en comprender que el dinero es una mercancía, sino en descubrir cómo, por qué y con qué medios una mercancía se convierte en dinero» (128, 107):

Lo que *parece* suceder no es que una mercancía particular se convierta en dinero porque las demás mercancías representen universalmente sus valores en ella, sino que, por el contrario, *parecen* representar generalmente sus valores en ella porque es dinero. (129, 107, cursiva añadida)

Con otras palabras, una vez que existe el dinero, las diversas mercancías encuentran un medio de medir fácilmente su valor como si el dinero «extraído de las entrañas de la tierra» fuera «al mismo tiempo encarnación directa de todo trabajo humano». Esta, declara, es «la magia del dinero» que hay que desentrañar, ya que «el enigma del fetiche del dinero no es más que el enigma visible y deslumbrante de la mercancía» (129, 107-108).

Pero en este capítulo hay otra cuestión vital. Una vez que han quedado firmemente asentadas la «magia» y el «fetiche» del dinero,

la conducta puramente atomista de los hombres en su proceso de producción social, y por tanto la figura objetiva de sus propias relaciones de producción, independiente de su control y de su actuación individual consciente, se manifiestan en primer lugar en que los productos de su trabajo adoptan generalmente la forma de mercancías. (129, 108)

Esto suena sospechosamente como una invocación tácita de la idea de Adam Smith de un mercado que funciona perfectamente, cuya mano oculta guía las decisiones individuales. Ningún individuo está al mando y todos tienen que actuar según lo que Marx llama más adelante «leyes imperativas [*Zwangsgesetze*] de la competencia» (II.10, 335).

En el mundo ideal de Adam Smith, el Estado crearía el marco institucional para que los mercados y la propiedad privada funcionaran perfectamente, y luego tutelaría el rápido crecimiento de la riqueza del Estado y del bienestar de los ciudadanos, a medida que la iniciativa individual y empresarial, coordinadas mediante la mano oculta del mercado, fueran produciendo un resultado beneficioso para todos. En tal mundo, pensaba Smith, no importarían las intenciones y motivaciones de los indivi-

duos (desde la codicia hasta el compromiso social), ya que la mano oculta del mercado se ocuparía de conciliar todo.

Este capítulo plantea pues un enigma. Por un lado, Marx dedica una nota a pie de página a condenar la aceptación por Proudhon de las nociones burguesas de justicia y legalidad, que en su opinión no proporcionan ningún arma para la construcción de una alternativa revolucionaria. Sin embargo, en el cuerpo del capítulo, Marx acepta aparentemente la teoría liberal de la propiedad privada, la reciprocidad y equivalencia del intercambio no coercitivo de mercado entre individuos jurídicos, e incluso la mano oculta del mercado tal como la imaginaba Adam Smith. ¿Cómo se puede solventar esta aparente contradicción? Creo que la respuesta es bastante simple, pero tiene importantes consecuencias para nuestra lectura del resto de *El Capital*.

Marx pretende realizar una crítica de la economía política liberal clásica, por lo que encuentra necesario aceptar las tesis del liberalismo (y por extensión a nuestra época, las del neoliberalismo), a fin de mostrar que la economía política clásica estaba profundamente equivocada en sus propios términos. Por eso, en lugar de decir que los mercados de funcionamiento perfecto y su mano oculta son imposibles de construir y que el mercado se ve siempre distorsionado por el poder político, acepta la visión utópica liberal de los mercados perfectos y su mano oculta a fin de mostrar que estos no producen un resultado beneficioso para todos, sino que por el contrario enriquecen increíblemente a la clase capitalista al mismo tiempo que empobrecen relativamente a los trabajadores y a todos los demás.

Esto se traduce en una hipótesis sobre el capitalismo realmente existente: que cuanto más estructurado y organizado está según esa visión utópica liberal o neoliberal, mayores son las desigualdades de clase. Y hay, no hace falta decirlo, infinidad de pruebas que corroboran que los mercados libres y el libre comercio a los que hemos estado sometidos durante los últimos treinta años, en lugar de los supuestos efectos beneficiosos universales que prometía su retórica, han producido exactamente el resultado predicho por Marx: una concentración enorme de riqueza y poder en un extremo de la escala social frente al creciente empobrecimiento de todos los demás. Pero para poder demostrarlo debía aceptar los fundamentos institucionales del utopismo liberal, y eso es precisamente lo que hace en este capítulo.

Esto supone una importante advertencia sobre cómo debemos leer *El Capital*. Tenemos que distinguir cuidadosamente entre las palabras de Marx cuando critica la visión utópica liberal en su estado perfecto, y cuando intenta analizar el capitalismo realmente existente con todas sus imperfecciones de mercado, desequilibrios de poder y defectos institucionales. Como veremos, esos dos aspectos se entrelazan y confunden a veces. Algunos de los embrollos en su interpretación provienen de esa

confusión. Por eso trataré en lo que sigue de indicar lo que está haciendo en cada caso y de señalar esos momentos de confusión que surgen ocasionalmente, incluso en el propio análisis de Marx, cuando su deseo de alcanzar un objetivo –la crítica de la economía política clásica– se cruza con la tarea adicional de entender la dinámica real del modo de producción capitalista.

La mayoría de las veces, no obstante, Marx emplea ingeniosamente la crítica teórica del utopismo liberal en sus diversos disfraces económico-políticos para arrojar una luz crítica devastadora sobre el capitalismo realmente existente en su propia época, algo que nos resulta muy útil en un mundo en el que las tesis del neoliberalismo reproducen y en algunos aspectos profundizan las del liberalismo. La crítica de Marx del libre mercado y el libre comercio puede arrojar tanta luz sobre el capitalismo realmente existente ahora, en nuestros días, como sobre el de su propia época.



# II

## El dinero

### Capítulo III. El dinero, o la circulación de las mercancías *[Sección primera]*

A estas alturas queda claro que del propio análisis de Marx sobre el intercambio de mercancías ha ido sedimentando una noción particular del dinero implícita en la oposición entre las formas de valor relativa y equivalente que, junto con la proliferación del intercambio convertido en un acto social general, llevó al surgimiento de un equivalente universal bajo la forma de una mercancía-dinero tangible que representaba el valor al mismo tiempo que encubría su contenido, tiempo de trabajo socialmente necesario. Ahora examinaremos más detalladamente esa forma-dinero.

El capítulo III es largo y bastante intrincado, si bien cuenta una historia bastante simple con un estilo que ya debería resultarnos familiar. El dinero es un concepto unitario, pero interioriza funciones duales que reflejan la dualidad entre el valor de uso y el valor de cambio de la mercancía. Por un lado el dinero opera como medida de valor, como representante dorado, por decirlo así, del tiempo de trabajo socialmente necesario, función para la que debe poseer cualidades propias que le permitan, en la medida en que ello sea posible, una medida estándar precisa y eficiente del valor. Por otro lado, el dinero tiene también que lubricar la proliferación de intercambios y hacerlo con un mínimo de tropiezos y dificultades, y en esa función solo es un medio o instrumento para desplazar de un lado a otro una cantidad cada vez mayor de mercancías.

Entre esas dos funciones existe empero una tensión, una contradicción. Como medida del valor, por ejemplo, el oro parece muy bueno. Es duradero y puede ser almacenado durante largo tiempo; se puede evaluar fácilmente su calidad y contro-

lar sus condiciones concretas de producción y circulación. Así pues, el oro es soberbio como medida del valor. Pero imaginemos que cada vez que uno quisiera tomar un café tuviera que utilizar un grano de oro para pagarlo. Es una forma de dinero muy ineficiente desde el punto de vista de la circulación de un cúmulo de pequeñas cantidades de mercancías. Imaginemos a cada uno con una bolsita llena de granos de oro; ¿qué pasaría si alguien estornuda mientras está contando sus granos? El oro es un medio de circulación ineficiente, aunque sea excelente como medida del valor.

Por eso Marx contrasta el dinero como medida del valor (apartado III.1) con el dinero como medio de circulación (apartado III.2), aunque en definitiva solo haya un tipo de dinero (apartado III.3). La resolución de esa tensión entre el dinero como medida eficaz del valor y el dinero como medio eficiente de circulación viene dada en parte por la posibilidad o –y esto es algo controvertido– la *necesidad* de otra forma de circulación, vehiculada por el dinero a crédito. La consiguiente relación entre deudores y acreedores abre no solo la posibilidad, sino también la necesidad, de otra forma de circulación, la del capital. Con otras palabras, lo que surge en este capítulo es la posibilidad del concepto, así como del hecho, del capital. De la misma forma que la posibilidad del dinero cristalizó a partir de los procesos de intercambio, la posibilidad del capital surge de la contradicción entre el dinero como medida del valor y el dinero como medio de circulación. Esa es la gran lección de este largo capítulo. Manteniéndola constantemente presente será mucho más fácil situar muchos de los detalles intrincados y a veces confusos.

### Apartado III.1. *Medida de los valores*

Existe una distinción entre «el dinero» y «la mercancía-dinero». Para consolidar su argumento anterior –en concreto, que el valor no es de por sí materialmente medible, sino que necesita una representación que regule los intercambios–, Marx comienza suponiendo que el oro es esa mercancía-dinero singular, «la forma aparente necesaria de la medida inmanente del valor de las mercancías, del tiempo de trabajo» (131, 109). El valor se expresa (o quizá deberíamos decir «reside») en la relación entre la mercancía-dinero como «forma aparente» [*Erscheinungsform*] del valor y todas las mercancías con las que se intercambia. El valor de las mercancías es irreconocible e incognoscible sin su «forma aparente».

Esto plantea, no obstante, algunas complicaciones –y revela algunas contradicciones– que requieren un examen más detenido. Marx se concentra primero en la fijación de los precios de las mercancías. Los precios son, dice, imaginarios o ideales, con lo que alude a un producto del pensamiento o de un principio lógico, frente a su «forma corpórea palpablemente real» (132, 110) o a conclusiones empíricamente

obtenidas y contrastadas. Ahí se está refiriendo al hecho de que cuando alguien fabrica una mercancía no tiene ni idea de cuál es su valor antes de llevarla al mercado. Va al mercado con alguna noción imaginaria, ideal, de su valor, y le pone una etiqueta con un precio. Esto le dice al comprador potencial cuál cree su vendedor que es el valor de su mercancía, aunque no sepa todavía si obtendrá ese precio por ella, porque no tiene una idea anterior de cuál es su valor «en el mercado»:

En su función de medida del valor el dinero sirve, por eso, solamente de dinero imaginado o ideal. Esta circunstancia ha suscitado las teorías más insensatas. Aunque solo el dinero imaginado desempeña la función de la medida de valor, el precio depende enteramente del material real del dinero. (133, 111)

Surge así una relación entre los precios imaginarios ideales y los precios realmente cobrados en el mercado. El precio recibido debería, «idealmente», indicar el verdadero valor, pero solo va a ser la apariencia, una representación –imperfecta– del valor.

Preferiríamos obviamente que la representación cuantitativa del valor fuera un patrón de medición estable. El oro es, sin embargo, una mercancía específica cuyo valor viene dado por el tiempo de trabajo socialmente necesario incorporado en ella, que como hemos visto no es constante. Las fluctuaciones en las condiciones concretas de producción afectan al valor del oro (o de cualquier otra mercancía-dinero).

Dado empero que tales cambios «afectan simultáneamente a todas las mercancías, dejan inalterados, *caeteris paribus*, sus valores relativos recíprocos, aunque ahora se expresen en precios en oro más altos o más bajos que antes» (136, 113-114, cursiva añadida).

Marx menciona también la posibilidad de asignar a la plata el papel de mercancía-dinero alternativa, a fin de subrayar una cuestión bastante simple: aunque el oro parece ser un patrón estable para comparar los valores relativos de todas las demás mercancías, resulta inseguro en cuanto a establecer su valor absoluto (137-138, 114). Si, como sucedió durante la carrera del oro de 1848, una gran cantidad de ese metal inunda el mercado, de repente su valor –la medida representativa del tiempo de trabajo socialmente necesario– desciende, y todos los precios de las mercancías tienen que ajustarse al alza (de ahí la gran inflación del siglo XVI en Europa cuando los españoles trajeron gran cantidad de oro de Latinoamérica). Siempre tratamos la mercancía-dinero como algo con un valor de uso concreto, y las condiciones de su propia producción influyen sobre la forma en que se representa el valor. Durante los últimos años el precio del oro ha estado subiendo y bajando continuamente (por razones que explicaremos dentro de poco). Lo que Marx quiere subrayar aquí es que aunque cualquier mercancía-dinero sirve como eventual medida del valor, su



inconstancia no supone ninguna diferencia para los valores relativos de las mercancías que se intercambian en el mercado (136-137, 113-114; véase también 81-82, 70).

Marx prosigue observando que, «como medida de valores y como patrón de precios, el dinero cumple dos funciones totalmente distintas» (135, 113). Ahí surge una subdualidad en la teoría del dinero, que no se debe confundir con la gran distinción entre el dinero como medida del valor y como medio de circulación. La mercancía-dinero «es medida de valores en cuanto encarnación social del trabajo humano» —esta es su representación «ideal»—, pero es también «patrón de precios en cuanto peso establecido de un metal» (135, 113). Es este último aspecto el que nos permite decir que determinada mercancía «vale» realmente tantas onzas de oro. Esa cantidad, el peso del oro, es lo que tenemos en mente antes del intercambio de la mercancía y esperamos tener en nuestras manos después. Aun así, «por diversas razones [que resultan ser razones históricas] los nombres monetarios de los pesos metálicos se van separando poco a poco de sus nombres originarios de peso» (137, 114).

Aunque en *El Capital* no hay una teoría explícita del Estado, rastreando sus muchas apariciones a lo largo del texto queda claro que en un sistema de producción capitalista el Estado realiza funciones esenciales (al revisar el capítulo II ya hemos aludido a las instituciones reguladoras de la propiedad privada y del adecuado funcionamiento del mercado). Una de las funciones más importantes del Estado, como veremos, tiene que ver con la organización del sistema monetario y el mantenimiento de su eficacia y estabilidad, más allá de la institucionalización legal de los nombres del dinero.

Esos procesos históricos convierten en costumbre popular la separación del nombre de los pesos metálicos como monedas con respecto a su nombre habitual como medidas de peso. Como, por un lado, la escala del dinero es puramente convencional, y por otro necesita validez general, tiene que regularse en último término legalmente. (138, 115)

El nombre del dinero es sin embargo una construcción fetichista. «El nombre de una cosa es por completo ajeno a su naturaleza. Nada sé de un hombre si lo único que sé de él es que se llama Jacobo. Lo mismo ocurre con los nombres monetarios libra, dólar, franco, ducado, etc.» (139, 115). Dicho de otro modo, la relación con el tiempo de trabajo socialmente necesario queda nuevamente encubierta por esos nombres monetarios. «El precio —concluye Marx— es el nombre monetario del trabajo objetivado en la mercancía» (140, 116). Aunque el nombre del dinero (libras, ducados) no sea lo mismo que la mercancía-dinero (oro) y su relación con el valor como tiempo de trabajo socialmente necesario se haga cada vez más opaca, es importante recordar esa definición del precio como nombre monetario del trabajo incorporado a una mercancía.

Marx prosigue con dos importantes observaciones. Por un lado, existe «la posibilidad de una incongruencia cuantitativa entre magnitud de valor y precio, es decir, entre la magnitud de valor y su propia expresión monetaria», y esa posibilidad corresponde en sí a la propia forma de precio. «Esto no es ningún defecto de la forma, sino que, por el contrario, hace de ella la forma adecuada de un modo de producción cuya regla solo se puede imponer como ley promedio cegadora de la irregularidad» (141, 117). Esto equivale a decir: si llevo mi mercancía al mercado y le pongo un precio (un nombre de dinero o representación propuesta del valor), tú llevas una mercancía semejante al mercado y le pones un precio, y un tercero lleva otra y le pone un precio diferente, tendremos un mercado lleno de diferentes precios para la misma mercancía. El precio medio que se alcanzará de hecho en algún momento dependerá de cuánta gente quiera comprar esa mercancía y cuánta gente acuda al mercado queriendo venderla. Así pues, el precio medio realizado oscilará dependiendo de las fluctuaciones en la oferta y la demanda.

El precio de equilibrio se alcanza mediante ese mecanismo. Ese precio de equilibrio, o lo que la economía política clásica llamaba precio «natural», es el alcanzado cuando la oferta y la demanda llegan a un equilibrio. En ese punto de equilibrio, dirá Marx más adelante, la oferta y la demanda ya no explican nada. La oferta y la demanda no explican por qué una camisa cuesta menos, de media, que un par de zapatos, y cuál es la diferencia media de precio entre camisas y zapatos. En opinión de Marx, esa diferencia media de precio refleja el valor, el tiempo de trabajo socialmente necesario inserto en las diferentes mercancías, por más que cada día las fluctuaciones de su precio nos indiquen el estado de la demanda y la oferta de zapatos ese día y por qué ha aumentado o disminuido desde ayer. Así, el hecho de que pongamos nombres de dinero a las mercancías y convirtamos la medida de valor en su forma ideal, la forma de precio permite a los precios fluctuar hasta equilibrar el mercado, y esto nos acerca a una representación propia del valor como precio de equilibrio o natural. Lo que logran las fluctuaciones en los precios es una *convergencia hacia la media del trabajo socialmente necesario para producir una mercancía*. Sin esa incongruencia cuantitativa no habría forma de suavizar las variaciones de oferta y demanda en el mercado ni de converger hacia el precio social medio que representa el valor.

La segunda observación es aún más difícil de captar:

La forma de precio no solo admite la posibilidad de una incongruencia cuantitativa entre magnitud de valor y precio, es decir, entre la magnitud de valor y su propia expresión monetaria, sino que además puede contener una contradicción cualitativa, de suerte que el precio, en general, deja de ser expresión de valor, aunque el dinero no sea más que la forma de valor de las mercancías. Cosas que en y de por sí no son

ninguna mercancía, como la conciencia, el honor, etc., pueden ser consideradas por sus poseedores como vendibles por dinero y adquirir así, mediante su precio, la forma de mercancías. Por consiguiente, una cosa puede tener formalmente un precio sin tener por ello valor. La expresión de precio se hace aquí imaginaria, como ciertas magnitudes de las matemáticas. Por otro lado, también la forma de precio imaginaria, por ejemplo el precio del suelo no cultivado, que carece de valor por no haberse objetivado en él ningún trabajo humano, puede ocultar una relación real de valor, o una relación derivada de ella. (141, 117)

Una vez que alguien le pone un precio a algo, en principio le puede poner precio a cualquier cosa, incluida la conciencia y el honor, por no hablar de órganos humanos o niños. Se le puede poner precio a un recurso natural o al paisaje de una cascada; se le puede poner precio a la tierra y especular sobre variaciones en ese precio. El sistema de precios puede operar en esas otras dimensiones y producir incongruencias tanto cualitativas como cuantitativas, lo que plantea entonces la siguiente cuestión: si se puede poner precio a cualquier cosa independientemente de su valor, y si puede fluctuar en cualquier caso cuantitativamente, independientemente de su valor, ¿por qué está tan obsesionado Marx por la teoría del valor-trabajo? ¿No están acertados los economistas políticos convencionales al decir –hasta hoy mismo– que todo lo que podemos observar y todo lo que puede tener un significado real está contenido en el concepto de precio, y que la teoría del valor-trabajo es por tanto irrelevante?

Marx no defiende en ese momento su posición, ni tenía por qué hacerlo, dado que la teoría del valor-trabajo era ampliamente aceptada por sus contemporáneos ricardianos. Pero hoy día, cuando esa teoría es ampliamente cuestionada o ha sido abandonada incluso por algunos economistas marxistas, nos vemos obligados a responder de algún modo. Yo creo que Marx habría apelado al concepto de base material: si todos trataran de vivir del espectáculo de las cascadas o comerciando con su conciencia y honor, nadie sobreviviría. La producción real, la transformación real de la naturaleza mediante los procesos de trabajo, es decisiva para nuestra supervivencia; y es ese trabajo material el que constituye la base para la producción y reproducción de toda la vida humana. No podemos vestirnos con nuestra conciencia y honor (recuérdese la fábula del traje invisible del emperador), ni con el espectáculo de una cascada; la ropa no nos llega de esa forma, nos llega mediante procesos de trabajo humano e intercambios de mercancías. Ni siquiera en una ciudad como Washington, donde al parecer tienen lugar abundantes intercambios comerciales sobre la conciencia y el honor, cabe olvidar de dónde proviene el desayuno de cada uno, así como la electrónica, el papel, los automóviles, las casas y las autopistas que mantienen la vida cotidiana. Pretender que todo eso llega mágicamente al mercado,

atraído por la magia del dinero guardado en nuestro bolsillo, es sucumbir totalmente al fetichismo de la mercancía. Para evitarlo necesitamos el concepto de valor como tiempo de trabajo socialmente necesario.

Que Marx estuviera acertado o no al adoptar esa posición es opinable; pero para entender *El Capital* en sus propios términos hay que estar dispuesto a aceptar un argumento que sigue esa línea, al menos hasta llegar al final del libro. También es importante advertir que Marx concede aquí, sin embargo, algo muy importante, esto es, que el sistema de precios es de hecho una apariencia superficial que tiene su propia realidad objetiva (realmente es «tal como aparece»), así como una función vital –la regulación de las fluctuaciones en la oferta y la demanda de forma que converjan en un precio de equilibrio–, y que ese sistema puede fácilmente descontrolarse. Como veremos más adelante en este mismo capítulo, las incongruencias cuantitativas y cualitativas tienen graves consecuencias para el funcionamiento del sistema de mercado y de la forma-dinero (pudiendo generar no solo la posibilidad, sino incluso la *inevitabilidad* de crisis financieras y monetarias).

Pero la idea-guía de Marx –y para entender *El Capital* hay que aceptarla como tal– es que el valor como tiempo de trabajo socialmente necesario está en el núcleo mismo de las cosas. Si suponemos los valores fijos (aunque los incesantes cambios tecnológicos y en las relaciones sociales y naturales nos recuerdan constantemente su mutabilidad), veremos a los precios fluctuar con el tiempo en torno a los precios «naturales», el estado de equilibrio entre oferta y demanda. Ese precio de equilibrio no es más que una apariencia, una representación del tiempo de trabajo socialmente necesario que genera el valor cristalizado en el dinero; y en torno a *ese* valor fluctúan de hecho los precios de mercado (141, 117). Los precios de mercado se desvían perpetua y necesariamente de los valores; de no hacerlo, no habría forma de equilibrar el mercado. En cuanto a las incongruencias cualitativas, algunas de ellas (como la especulación en el precio y la renta de la tierra) desempeñan también un importante papel material (del que Marx no se ocupa hasta el libro tercero) en los procesos de urbanización y de producción del espacio; pero eso es algo que dejaremos por el momento en suspenso.

### Apartado III.2. *Medio de circulación*

Suele resultar útil estudiar cuidadosamente los párrafos introductorios de Marx, ya que a menudo prefiguran un argumento o tema general que irá desarrollando progresivamente. Aquí nos recuerda que «vimos en un capítulo anterior que el proceso de intercambio de mercancías encierra relaciones contradictorias y mutuamente excluyentes» (143, 118). ¿A qué se refiere? Retrocedamos hasta el apartado sobre

las formas de valor relativa y de equivalente. Allí señaló tres peculiaridades de esta última. En primer lugar, que «su valor de uso se convierte en la forma aparente de su opuesto, el valor»; segundo, que «el trabajo concreto se convierte en la forma aparente de su opuesto, el trabajo humano abstracto»; y tercero, que «el trabajo privado cobra la forma de su opuesto, esto es, de trabajo en su forma social inmediata» (83, 85-86; 70, 73).

El oro es una mercancía particular que producen y de la que se apropian personas privadas, con un valor de uso particular, y sin embargo todas esas peculiaridades quedan de algún modo enterradas en el equivalente universal de la mercancía-dinero. «El desarrollo de la mercancía no elimina estas contradicciones –observa Marx–, sino que crea la forma en la que pueden moverse [*sich bewegen können*].» Ahí hay algunas claves –atendamos en particular a la frase «la forma en que [las contradicciones] pueden moverse»– del método dialéctico de Marx. «Este es, en general, el método por medio del cual se resuelven las contradicciones reales. Por ejemplo, es una contradicción que un cuerpo caiga constantemente sobre otro y sin embargo huya constantemente de él. La elipse es una de las formas de movimiento mediante la cual esa contradicción *se realiza y se resuelve a la vez* (143, 118-119, cursiva añadida).

Anteriormente describí la dialéctica como un tipo de lógica expansionista. Alguna gente prefiere pensarla como algo que trata estrictamente de la tesis, antítesis y síntesis, pero para Marx, aquí al menos, no hay síntesis, solo la interiorización y mayor acomodación de la contradicción. Las contradicciones nunca quedan del todo resueltas; solo se pueden reproducir, bien en un sistema de movimiento perpetuo (como la elipse) o a mayor escala. Pero hay momentos aparentes de resolución, como cuando a partir del intercambio cristaliza la forma-dinero para resolver el problema de la circulación eficiente de todas las mercancías. Así pues, podemos lanzar un suspiro de alivio y decir: gracias a Dios, tenemos el dinero como síntesis satisfactoria, ya no tenemos que preocuparnos más. No, no, dice Marx, ahora tenemos que analizar las contradicciones que interioriza la forma-dinero, contradicciones que se hacen problemáticas a una escala mucho mayor. Se da, por decirlo así, una expansión perpetua de las contradicciones.

Por esa razón me enoja la gente que presenta la dialéctica de Marx como un método cerrado de análisis. No es así, sino que por el contrario se expande constantemente, y en ese párrafo explica precisamente cómo. Solo tenemos que recordar lo que ya hemos aprendido leyendo *El Capital*; el desarrollo de su argumentación es una reacomodación, remodelación y expansión perpetua del campo de contradicciones. Esto explica por qué hay en el texto tantas repeticiones. Cada paso adelante exige que Marx vuelva a una contradicción anterior a fin de explicar de dónde proviene la siguiente. La reflexión sobre pasajes introductorios como este ayuda a clari-

ficar el propósito de Marx; nos da una mejor idea de lo que está tratando de hacer en cada apartado a medida que avanza su argumentación.

Vemos funcionar ese proceso en el segundo apartado del capítulo sobre el dinero, donde Marx examina lo que llama el «metabolismo social» y la «metamorfosis de las mercancías» mediante el intercambio. Este, como hemos visto, «produce un desdoblamiento de la mercancía en dos elementos, mercancía y dinero». Al intercambiar una por otro vemos que las mercancías y el dinero se mueven en direcciones opuestas. Aunque se supone que el movimiento de uno (el dinero) facilita el del otro (la mercancía), el flujo se da obviamente en las dos direcciones, lo que crea la posibilidad de que ambas formas de la mercancía resulten «antitéticas» [*gegensätzlich*] (144, 119). Esta es la puerta de entrada al análisis de la metamorfosis de las mercancías.

El intercambio es una transacción en la que el valor experimenta un cambio de forma. Marx denomina relación «M-D-M» a ese encadenamiento de movimientos, de la mercancía al dinero y del dinero a otras mercancías. Esa relación es diferente a la «M-M», de una mercancía a otra, en el trueque; ahora todos los intercambios se ven mediados por el dinero. En ese proceso se da una metamorfosis doble del valor, de M a D y de D a M (145, 120).

A primera vista podría parecer que cada una de esas transacciones solo es una imagen especular de la otra y que por tanto son equivalentes, pero de hecho son asimétricas. El lado M-D del intercambio, la venta, supone un cambio de forma de una mercancía particular al equivalente universal, la mercancía-dinero. Es un movimiento de lo particular a lo universal. Para vender una mercancía particular, hay que encontrar en el mercado a alguien que la quiera. ¿Qué sucede si no hay nadie en el mercado que quiera esa mercancía? Esto suscita toda una serie de preguntas sobre cómo influyen sobre el proceso de intercambio la necesidad y la producción de necesidades, por ejemplo mediante la publicidad.

Tal vez la mercancía sea producto de un nuevo modo de trabajo que pretende satisfacer una necesidad recién aparecida o que quiera provocar, por sí sola, una necesidad nueva [...] El producto satisface hoy una necesidad social. Mañana tal vez se vea desplazado de su lugar, total o parcialmente, por un producto semejante. (146, 121)

Así, la transformación de M en D se ve complicada en gran medida por las condiciones de oferta y demanda que existen en el mercado en un momento particular:

Como se ve, la mercancía ama al dinero, pero «*the course of true love never did run smooth*» [Jamás se ha deslizado suavemente la corriente del amor verdadero;

Shakespeare, *A Midsummer Night's Dream*, acto 1, escena 1]. La articulación cuantitativa del organismo social de producción, que exhibe sus *membra disjecta* en el sistema de la división del trabajo, es tan casual o espontánea como su articulación cualitativa. (148, 122)

Esto es, la mano oculta del mercado –el caos del intercambio de en el mercado, su incertidumbre crónica– alza todo tipo de barreras en el camino de una conversión directa de la mercancía en el equivalente universal.

M-D-M es un proceso singular –un intercambio– que se puede ver desde cualquiera de sus dos «polos» (149, 123). El polo D-M del intercambio, la compra, es una transición del dinero a la mercancía; supone un movimiento de lo universal a lo particular, pero no es simplemente el polo M-D invertido. Cambiar el dinero por una mercancía es en principio mucho más fácil: uno va al mercado con su dinero y compra cualquier cosa que quiera. Evidentemente, los potenciales compradores pueden verse a veces frustrados al no encontrar lo que desean; pero en ese caso, gracias a la equivalencia universal de la mercancía-dinero, siempre pueden comprar alguna otra cosa.

Así pues, en el proceso de intercambio el valor se mueve de hecho de un estado (el de la mercancía) a otro (el del dinero) y a la inversa. Visto en conjunto, este proceso

consta de dos movimientos opuestos y mutuamente complementarios, M-D y D-M. Estas dos mutaciones antitéticas de la mercancía se efectúan en dos procesos sociales opuestos del poseedor de mercancías y se reflejan en dos caracteres económicos opuestos del mismo. [...] Y al igual que la mercancía recorre sucesivamente las dos transformaciones opuestas que convierten la mercancía en dinero y luego este en mercancía, el mismo poseedor de mercancías intercambia los papeles de vendedor y comprador. (151-152, 125)

El énfasis de Marx en la antítesis señala una contradicción potencial, pero no entre compradores y vendedores, ya que sus papeles «no son caracteres fijos, sino que cambian constantemente de personas dentro de la circulación de mercancías». La contradicción reside en la metamorfosis de las mercancías tomadas en conjunto, esto es, dentro de la circulación de mercancías en general, en la que «la propia mercancía se ve determinada contradictoriamente», pasando de ser no-valor-de-uso al principio para su propietario, a ser al final valor de uso para su comprador (152, 125-126).

Este proceso –la circulación de mercancías– se ve cada vez más mediado por el dinero. Observemos de nuevo cuán importante es la proliferación de las relaciones de intercambio para el argumento de Marx:

Vemos aquí, por un lado, cómo el intercambio de mercancías rompe las barreras individuales y locales del intercambio directo de productos y desarrolla el metabolismo del trabajo humano. Por otro, se crea toda una serie de nexos naturales sociales, que escapan al control de las personas actuantes. (153, 126)

Así pues, ¿dónde está la contradicción en el proceso de circulación de mercancías? Mientras que una mercancía comprada, siendo un valor de uso para quien la compra, puede «desaparecer de la circulación», el dinero no desaparece. Sigue moviéndose de forma que «la circulación exuda constantemente dinero» (154, 127). Marx se lanza así a un ataque definitivo y violento contra la llamada «ley de los mercados (o de Say)», una poderosa idea de la economía política clásica que sigue teniendo hasta hoy día un fuerte arraigo entre los economistas monetaristas<sup>1</sup>. El economista francés Jean-Baptiste Say había afirmado a principios del siglo XIX que en el capitalismo no puede haber una crisis general de sobreproducción, porque al ser cada venta una compra y cada compra una venta, la oferta crea su propia demanda. Siguiendo esa lógica, en el mercado siempre hay cierto equilibrio general entre compras y ventas: aunque puede haber una sobreproducción de zapatos con respecto a camisas, o de naranjas con respecto a manzanas, una sobreproducción generalizada en la sociedad es imposible debido a la equivalencia global entre compras y ventas.

Marx objeta lo siguiente:

No podría haber nada más necio que el dogma de que la circulación de mercancías supone un equilibrio necesario entre compras y ventas porque toda venta es una compra y viceversa. Si con ello se quiere decir que el número de ventas efectuadas supone un número igual de compras, se tendrá una vulgar tautología [...] Nadie puede vender sin que otro compre; pero nadie necesita comprar inmediatamente después de haber vendido. [...] Decir que estos procesos [esto es, M-D y D-M], independientes el uno del otro y enfrentados, forman una unidad interna, significa igualmente que esa unidad interna se desplaza mediante oposiciones externas. Si la independización externa de los dos momentos internamente dependientes (puesto que se complementan recíprocamente) va más allá de cierto nivel, la unidad se hace valer violentamente mediante una crisis. La contradicción inmanente a la mercancía entre valor de uso y valor, entre trabajo privado y trabajo directamente social bajo el que tiene que presentarse, entre trabajo particular concreto y trabajo general abstracto que crea valor, entre la personificación de las cosas y la cosificación de las per-

---

<sup>1</sup> Véase una elaborada defensa de la ley en la obra del economista conservador Thomas Sowell titulada *Say's Law: An Historical Analysis*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 1972.



sonas... esa contradicción inmanente asume sus formas dinámicas más desarrolladas en las antítesis propias de la metamorfosis de las mercancías. Por eso esas formas contienen la posibilidad, aunque solo la posibilidad, de las crisis. (154-155, 127-128)

Para analizar en profundidad el pleno desarrollo de esta posibilidad de crisis, lamento decirlo, habrá que leer, además de los libros segundo y tercero de *El Capital*, los tres volúmenes de las *Teorías de la plusvalía*, porque, como dice el propio Marx, hay que saber mucho más antes de poder explicar en detalle cómo se generan las crisis. Pero para nuestro propósito aquí baste señalar la frase sobre «la personificación de las cosas y la cosificación de las personas» como eco del tema del fetichismo del primer capítulo.

El núcleo de la objeción de Marx a la ley de Say se halla en el siguiente argumento: comienzo con M, paso a D, pero nada me obliga a gastar inmediatamente ese dinero comprando otra mercancía. Puedo, si quiero, guardar simplemente el dinero, algo que podría hacer, por ejemplo, si apreciara alguna inseguridad en la economía, si estuviera preocupado por el futuro y quisiera ahorrar. (¿Qué preferiría tener uno a mano en tiempos difíciles: una mercancía particular o el equivalente universal?). ¿Pero qué le sucede a la circulación de mercancías en general si todo el mundo decide de repente guardar su dinero? Cesaría la compra de mercancías y la circulación se interrumpiría, dando lugar a una crisis generalizada. Si todo el mundo decidiera de repente no utilizar sus tarjetas de crédito durante tres días, toda la economía global se vería en un serio problema (recordemos cómo se nos sugirió a todos utilizar nuestras tarjetas de crédito y volver a comprar tras el 11 de Septiembre). Por eso se pone mucho esfuerzo en sacarnos el dinero del bolsillo y mantenerlo en circulación.

En tiempos de Marx la mayoría de los economistas, incluido Ricardo, aceptaban la ley de Say (155, 128, n. 73), y debido en parte a la influencia de los ricardianos esa ley dominó el pensamiento económico durante todo el siglo XIX y hasta la década de 1930, cuando se produjo una crisis generalizada. Entonces salió a escena el acostumbrado (hasta nuestros días) coro de economistas diciendo cosas como: «¡No habría habido crisis si la economía se comportara según mi libro de texto!». Los hechos de la Gran Depresión hicieron insostenible la teoría económica dominante, que negaba la posibilidad de crisis generalizadas.

Entonces, en 1936, John Maynard Keynes publicó su *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, en la que abandonaba totalmente la ley de Say. En sus *Essays in Biography* (1933) Keynes reexaminaba la historia de la ley de Say y sus consecuencias, a su juicio lamentables, para la teorización económica. Atribuía mucha importancia a lo que llamaba «trampa de la liquidez», cuando una súbita perturbación del mercado intranquiliza a los que tienen dinero, que deciden guardarlo en lugar de invertirlo o gastarlo, haciendo disminuir la demanda de mercancías, que se ven de repente sin

salida en el mercado. La incertidumbre trastorna cada vez más al mercado y la gente se aferra a su dinero, supuesto pilar de seguridad, lo que hace que toda la economía sufra una espiral descendente. Keynes era de la opinión de que el gobierno tenía que intervenir e invertir el proceso creando diversos estímulos fiscales, con lo que el dinero atesorado privadamente se sentiría inducido a volver al mercado.

Como hemos visto, en *El Capital* Marx desdeñaba asimismo la ley de Say como una estupidez, y desde la década de 1930 se ha escrito y discutido mucho sobre la posible relación entre las teorías económicas de Marx y de Keynes. Marx era claramente partidario de los economistas políticos que creían posibles las crisis generales —en la literatura de la época esos escasos economistas eran conocidos como «teóricos del empacho»—. El francés Sismondi era uno de ellos; otro era Thomas Malthus (famoso por su *Ensayo sobre el principio de la población*), quizá desgraciadamente, ya que Marx no podía soportarlo, como veremos más adelante.

Keynes, por su parte, ensalzaba a Malthus en sus *Essays in Biography* y apenas mencionaba a Marx, presumiblemente por razones políticas, llegando a asegurar que nunca lo había leído. Yo sospecho que sí lo hizo, pero incluso si no es así, estaba rodeado de gente, como la economista Joan Robinson, que si había leído a Marx y que con seguridad le habló sobre su rechazo de la ley de Say. La teoría keynesiana dominó el pensamiento económico del periodo de posguerra; luego llegó la revolución antikeynesiana de finales de la década de 1970. La teoría monetarista y neoliberal que prevalece ahora es mucho más proclive a la ley de Say, lo que hace más interesante su consideración con cierto detalle, aunque lo que importa aquí para nuestros propósitos es el brío con que Marx la rechazaba.

El siguiente paso en la argumentación de Marx es un análisis de la circulación del dinero, a cuyos detalles no dedicaré mucho tiempo porque se trata, básicamente, de una revisión de la literatura monetarista de la época. La cuestión que plantea es: ¿cuánto dinero se necesita para que circule una cantidad determinada de mercancías? Acepta una versión de la llamada «teoría cuantitativa del dinero» similar a la de Ricardo. Después de varias páginas de examen detallado, llega a una supuesta ley: la cantidad de medios de circulación está «determinada por la suma de los precios de las mercancías en circulación y la velocidad media de circulación del dinero» (166, 136) (la velocidad de circulación del dinero es simplemente una estimación de cuántas veces al día cambia de manos un billete de un dólar). Anteriormente había señalado, no obstante, que «cabe que esos tres factores, movimiento de precios, masa de mercancías en circulación, y finalmente velocidad del curso del dinero, varíen en sentido y en proporciones distintas» (165, 135). La cantidad de dinero necesaria varía por tanto mucho, dependiendo de cómo lo hagan esas tres variables. Si se puede hallar alguna forma de acelerar la circulación, la velocidad del dinero se ace-

lera, como sucede por ejemplo mediante el uso de tarjetas de crédito y la banca electrónica; cuanto mayor es la velocidad del dinero menos dinero se necesita, y recíprocamente. En pocas palabras, el concepto de velocidad del dinero es importante, y hasta hoy mismo la Reserva Federal se esfuerza por medirla con precisión.

Consideraciones acerca de la teoría cuantitativa del dinero hacen que Marx vuelva sobre el argumento que presenté al principio de este capítulo: que en lo que se refiere a la circulación de las mercancías, las pequeñas pepitas de oro son ineficientes. Es mucho más eficiente utilizar fichas, monedas, papel, o como sucede actualmente, números en una pantalla de ordenador. Pero «la cuestión de la acuñación –dice Marx–, al igual que la fijación del patrón de precios, compete al Estado» (169, 138). Así pues, el Estado desempeña un papel vital para reemplazar la mercancía-dinero en metálico por fichas u otras formas simbólicas. Marx lo ilustra con una brillante imagen:

En los diversos uniformes nacionales que visten el oro y la plata como monedas pero de los que se despojan de nuevo en el mercado mundial, es donde se muestra la separación entre las esferas internas o nacionales de la circulación de mercancías y su esfera general del mercado mundial. (169, 139)

La importancia del mercado y el dinero mundiales volverá a aparecer al final de este capítulo.

Localmente, la búsqueda de formas eficientes de dinero cobra la mayor importancia. «La calderilla aparece junto al oro para el pago de fracciones de las monedas de oro más pequeñas» (171, 140), lo que lleva al «papel moneda estatal con curso forzoso» (172, 141). Tan pronto como aparecen símbolos del dinero, surgen muchas otras posibilidades y problemas:

El papel moneda es signo de oro o de dinero. Su relación con los valores de las mercancías estriba únicamente en que, idealmente, se expresan en las mismas cantidades de oro que el papel representa simbólica y perceptiblemente. (173, 142)

Marx también observa que «del mismo modo que el verdadero papel moneda brota de la función del dinero como medio de circulación, el dinero-crédito tiene sus raíces naturales en la función del dinero como medio de pago» (172, 141). La mercancía-dinero, el oro, se ve sustituido por muchos otros medios de pago como son otras monedas metálicas, papel moneda y crédito. Esto sucede porque un peso de oro es ineficiente como medio de circulación. Se hace «socialmente necesario» dejar atrás el oro y trabajar con esas otras formas simbólicas del dinero.

¿Estamos ante un argumento lógico, un argumento histórico, o ante ambos? Ciertamente es que la historia de las diferentes reformas monetarias y la del poder estatal están inex-

tricablemente ligadas. ¿Pero es necesariamente así, y existe alguna pauta inevitable para esas relaciones? Hasta principios de la década de 1970 la mayor parte del papel moneda se presumía convertible en oro. Esto era lo que daba al papel moneda su supuesta estabilidad, o como diría Marx, su relación con el valor. La conversión del dinero en oro era sin embargo denegada a personas privadas en muchos países desde la década de 1920 y se mantenía principalmente para compensar los desequilibrios por cuenta corriente en los intercambios entre países. Todo ese sistema se vino abajo a finales de la década de 1960 y principios de la de 1970, y ahora tenemos un sistema puramente simbólico sin una clara base material, esto es, sin una mercancía-dinero universal.

¿Qué relaciones existen pues hoy entre los distintos papeles-moneda (dólares, euros, pesos, yuanes) y el valor de las mercancías? Aunque el oro sigue desempeñando un papel importante, ya no funciona como base para la representación del valor. La relación del dinero con el tiempo de trabajo socialmente necesaria, que ya era problemática en el caso del oro, se ha hecho aún más remota y elusiva. Pero decir que es velada, remota y elusiva no quiere decir que no exista. Las turbulencias en los mercados monetarios internacionales tienen algo que ver con las diferencias en productividad material en distintas economías nacionales. La compleja relación entre las formas de dinero existentes y los valores de las mercancías postulada por Marx sigue todavía entre nosotros y muy abierta a la línea de análisis que él exploró, aunque su apariencia actual sea muy diferente.

### Apartado III.3. *Dinero*

Marx ha examinado hasta ahora el dinero como medida del valor y ha revelado algunas de sus contradicciones, en particular con respecto a sus funciones «ideales» como precio y las consiguientes «incongruencias» en la relación entre precios y valores. Ha examinado el dinero desde el punto de vista de la circulación y ha revelado otro conjunto de contradicciones (incluida la posibilidad de crisis generales). Ahora –como es típico en él– vuelve sobre sus pasos y nos dice: bueno, en definitiva solo hay un dinero bajo diversas formas o con diversas funciones, lo que significa que las contradicciones entre el dinero como medida del valor y el dinero como medio de circulación deben tener cierto «margen de maniobra» o quizá incluso ser resueltas de algún modo.

Comienza así reiterando la idea de partida del dinero como «la mercancía que funciona como medida de valor y por tanto, ya sea personalmente o mediante un representante, también como medio de circulación» (175, 143). Volvemos así al concepto unitario, pero debemos examinar cómo pueden operar en su seno las contradicciones antes señaladas. La relajación de la conexión entre el valor y su expresión ofrece margen de maniobra, pero lo hace a expensas del contacto con una base

monetaria real y sólida. Desde ese punto, Marx entra más a fondo en las contradicciones que caracterizan esa forma evolucionada de sistema monetario. Comienza considerando el fenómeno del atesoramiento:

Con el primer desarrollo de la circulación de mercancías se desarrolla también la necesidad y la pasión de retener el producto de la primera metamorfosis, la figura transformada de la mercancía, o sea su crisálida de oro. La mercancía se vende, no para comprar otra mercancía, sino para sustituir la forma mercancía por la forma-dinero. De simple mediador del metabolismo, este cambio de forma se convierte en fin absoluto [...] El dinero se petrifica así en tesoro, y el vendedor de mercancías se convierte en atesorador. (176, 144)

(Este pasaje prefigura otro tipo de proceso de circulación, como veremos, en el que M-D-M se ve sustituido por D-M-D', con la obtención de dinero como fin en sí mismo.)

¿Pero por qué hace eso la gente? Marx ofrece una doble respuesta interesante. Por un lado existe un deseo apasionado de poder-dinero, pero por otro también existe una necesidad social. ¿Por qué es socialmente necesario el atesoramiento para el intercambio de mercancías? Marx invoca a ese respecto el problema temporal de coordinar las ventas y compras de distintas mercancías cuyo periodo de producción y mercantilización puede ser muy diferente. Un granjero produce anualmente pero compra diariamente; por eso necesita atesorar reservas de una cosecha hasta la siguiente. Quienquiera que desee comprar un producto caro (como una casa o un automóvil) tiene primero que atesorar dinero, a menos que pueda recurrir a un sistema de crédito. «De esta suerte surgen en todos los puntos del tráfico tesoros de oro y plata del volumen más diverso.» (178, 145).

Pero la capacidad de guardar y no gastar los medios de cambio (desafiando la ley de Say) también despierta una pasión, la «codicia del oro». «El instinto de atesoramiento es inmenso por naturaleza» (180, 147), dice, y pone como testigo a Cristóbal Colón: «El oro es algo maravilloso. Quien lo posee es dueño de todo lo que desee. Gracias al oro se pueden incluso enviar almas al paraíso» (178, 145). Esa cita de Colón le permite retomar la idea de que una vez que se le pone precio a algo se le puede poner a cualquier cosa, incluso al alma de un individuo, como sugiere su alusión a la infame práctica católica medieval de vender indulgencias (esto es, perdones papales que prometían la entrada en los cielos):

La circulación se convierte en la gran retorta social en la que cae todo para volver a salir cristalizado en dinero. A esta alquimia no se resisten ni siquiera los huesos de los santos. (178, 145)

La venta de indulgencias ha sido considerada a veces como una de las primeras oleadas importantes de mercantilización capitalista, y lo cierto es que sentó las bases para toda la riqueza atesorada en el Vaticano. ¡Ahí tenemos la mercantilización de la conciencia y el honor!

Así pues, nada es inconmensurable con el dinero; en la circulación de mercancías, es «un nivelador radical que borra todas las distinciones» (179, 146). Esta idea del dinero como nivelador radical es muy importante; indica cierta democracia del dinero, una especie de igualitarismo: un dólar en mi bolsillo tiene el mismo valor que en el tuyo. ¡Con suficiente dinero uno se puede comprar la entrada al cielo, sin importar cuáles sean sus pecados!

Pero el dinero es también «una mercancía, un objeto externo que puede convertirse en propiedad privada de cualquiera» (179, 146). Esta es una etapa decisiva en la argumentación de Marx. Obsérvese que se hace eco de la tercera «peculiaridad» de la forma-dinero revelada en el apartado sobre el valor relativo y de equivalente, esto es, la tendencia del dinero a convertir el trabajo privado en un medio de expresión del trabajo social. Sin embargo, dado ese paso, Marx invierte la formulación inicial de la relación lógica entre dinero y trabajo, cuando el problema era la implicación de actividades privadas en la producción del equivalente universal. Ahora advierte que personas privadas pueden apropiarse del equivalente universal para sus propios propósitos privados, y comenzamos a ver la posibilidad de la concentración de poder privado, y finalmente de clase, en forma monetaria.

Eso no siempre funciona bien, y de hecho «la sociedad antigua denunciaba [su capacidad de corromper] su orden económico y moral» (179, 146). Marx había explorado ya con cierto detenimiento ese tema en los *Grundrisse*, donde explicaba que el dinero había destruido la antigua comunidad convirtiéndola en la comunidad del dinero<sup>2</sup>. Es en ese mundo en el que vivimos ahora. Podemos fantasear sobre nuestra pertenencia a tal o cual comunidad cultural, pero en la práctica, argumenta Marx, nuestra comunidad primordial, nos guste o no, viene dada por el dinero; ese es el sistema circulatorio universal que nos trae a la mesa nuestro desayuno:

La sociedad moderna, que ya en sus años de infancia saca a Plutón por los pelos de las entrañas de la tierra, saluda en el áureo grial la refulgente encarnación de su más genuino principio vital. (179, 146-147)

El poder social asociado al dinero no tiene límites; pero por ilimitado que pueda ser el afán de atesorar, existe una limitación cuantitativa para el atesorador: la canti-

---

<sup>2</sup> Karl Marx, *Grundrisse*, en MEW, vol. 42, cit., p. 149 [ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, cit., vol. I, p. 157].

dad de dinero que tiene en cada momento determinado. «Esta contradicción entre la *limitación cuantitativa* del dinero y su *carácter cualitativamente ilimitado* impulsa incesantemente al atesorador al trabajo de Sísifo de la acumulación» (180, 147, cursiva añadida). Esta es la primera mención en *El Capital* de la acumulación, y es importante observar que Marx llega a ella descubriendo la contradicción inherente en el acto de atesorar dinero.

Las potencialidades ilimitadas de la acumulación monetaria constituyen un tema de reflexión fascinante. Existe un límite físico a la acumulación de valores de uso. Nos contaron que Imelda Marcos poseía alrededor de dos mil pares de zapatos, pero esa enorme cantidad no es la de las estrellas del cielo. ¿Cuántos Ferraris o mansiones puede uno poseer? Para el poder del dinero el único límite parece ser el cielo; por mucho dinero que tengan, todos los directores generales y multimillonarios quieren y pueden obtener más. En 2005 los directivos de los principales fondos financieros de Estados Unidos recibieron alrededor de 250 millones de dólares en remuneraciones personales, pero en 2008 varios de ellos, incluido George Soros, ganaron cerca de tres millardos de dólares. La acumulación de dinero, como poder social ilimitado, es un rasgo esencial del modo de producción capitalista. Cuando la gente trata de acumular todo ese poder social comienza a comportarse de un modo muy diferente. Una vez que el equivalente universal se convierte en representación de todo el tiempo de trabajo socialmente necesario, las posibilidades para una nueva y mayor acumulación son ilimitadas.

Las consecuencias son innumerables. Un modo de producción capitalista se basa esencialmente en la acumulación infinita y el crecimiento sin límites. Otras formaciones sociales llegan a determinado límite, histórico o geográfico, y a a partir de ahí declinan o colapsan. Pero el capitalismo, aun con algunas fases obvias de interrupción, se ha caracterizado por un crecimiento constante y aparentemente sin límites. Las curvas matemáticas de crecimiento que ilustran su historia en términos de producción total, riqueza total y dinero total en circulación son asombrosas (como las radicales consecuencias sociales, políticas y medioambientales que implican). Este síndrome de crecimiento no sería posible sin la acumulación aparentemente sin límites de la representación del valor en manos privadas. En *El Capital* no se explicitan estos temas, pero nos ayudan a exponer una importante relación. Marx se esfuerza por esclarecer la contradicción entre las potencialidades ilimitadas de la acumulación de poder y dinero y las limitadas posibilidades de acumulación de valores de uso, en lo que, como veremos, constituye un presagio de su explicación de la dinámica de crecimiento y la naturaleza expansionista de lo que hoy llamamos capitalismo «globalizador».

En ese instante, sin embargo, adopta simplemente el punto de vista del atesorador, para quien la acumulación sin límites de poder social en forma de dinero es un

poderoso incentivo (dejando a un lado el incentivo añadido del valor estético que puedan tener hermosos objetos de plata o de oro). Marx señala que el atesoramiento tiene una función potencialmente útil en relación con la contradicción entre el dinero como medida de valor y como medio de circulación. El dinero atesorado constituye una reserva que puede ponerse en circulación si se da una expansión de la producción de mercancías y puede retraerse cuando la cantidad de dinero necesaria para la circulación se contrae (por ejemplo, debido a un aumento en su velocidad). A este respecto el atesoramiento se hace crucial para moderar «las continuas oscilaciones» de la circulación de mercancías (181, 148).

Hasta qué punto puede realizar esa función un tesoro depende no obstante de que sea usado adecuadamente. ¿Cómo puede devolverse a la circulación el dinero atesorado cuando se necesita? Elevar el precio relativo del oro y la plata, por ejemplo, podría tentar a la gente a gastar en mercancías que se han hecho relativamente más baratas. La idea es que «las reservas creadas por el atesoramiento sirven alternativamente como canales de evacuación o de suministro de dinero a la circulación, que de ese modo no se desborda nunca» (181, 148).

Marx estudia a continuación las consecuencias del uso del dinero como medio de pago. Una vez más, el problema básico a este respecto surge de las distintas temporalidades de diversos tipos de producción de mercancías. Un agricultor produce una cosecha que puede llevar al mercado en septiembre. ¿Cómo vive durante el resto del año? Necesita dinero continuamente, pero solo lo recibe una vez al año, todo de una vez. Una solución, en lugar de atesorar, es usar el dinero como medio de pago, con lo que se crea un hiato entre el intercambio de mercancías y el intercambio de dinero; hay que establecer una fecha futura de saldo de la deuda (en Gran Bretaña, como reflejo del ciclo agrícola, el día de San Miguel solía ser la fecha tradicional para saldar las deudas). Las mercancías circulan así «con pago aplazado». El dinero se convierte en dinero contable, registrado en un libro. Dado que el dinero no se mueve realmente hasta la fecha de pago, en conjunto se necesita menos dinero para hacer circular las mercancías, lo que contribuye a aliviar tensiones entre el dinero como medida de valor y como medio de circulación (182, 149).

De ahí surge un nuevo tipo de relación social —entre deudores y acreedores— que da lugar a un tipo diferente de transacción económica y a una dinámica social diferente:

El vendedor se convierte en acreedor y el comprador en deudor. Como ha cambiado la metamorfosis de la mercancía o el desarrollo de forma del valor, el dinero recibe también otra función. Se convierte en medio de pago. (182-183, 149)

Pero observemos: «el carácter de acreedor o deudor surge aquí de la circulación simple de mercancías», pero también es posible que pase de formas transitorias y



ocasionales a «una cristalización más rígida», con lo que alude a una relación de clase más definida (compara esta dinámica con la lucha de clases en el mundo antiguo y la porfía en la Edad Media «concluida con la derrota del deudor feudal, que perdió su poder político junto con su base económica» [183, 150]). Así pues, entre deudor y acreedor existe una relación de poder, aunque todavía esté por determinar su naturaleza.

¿Cuál es entonces el papel del crédito en la circulación general de las mercancías? Supóngase que alguien necesita dinero y yo se lo presto con la idea de recuperarlo más adelante. La forma de circulación D-M-D es muy diferente de M-D-M. ¿Para qué haría yo circular el dinero si luego solo voy a recuperar la misma cantidad? Para mí no hay ninguna ventaja en esa forma de circulación, a menos que reciba luego más dinero del que preste (quizá ya está claro adónde nos lleva este análisis).

Luego sigue un pasaje crucial cuya importancia es fácil pasar por alto, en parte debido al lenguaje un tanto complicado que emplea Marx. Lo reproduciré casi por entero:

Volvamos a la esfera de la circulación de mercancías. Ha cesado la aparición simultánea de los equivalentes mercancía y dinero en los dos polos del proceso de venta. Ahora el dinero funciona, en primer lugar, como medida de valor en la determinación del precio de la mercancía vendida. [...] En segundo lugar funciona como medio ideal de compra. Aunque solo existiese la promesa de dinero del comprador, hace que la mercancía cambie de mano. El medio de pago no entra realmente en circulación hasta que llega el día del vencimiento, es decir, hasta entonces no pasa de manos del comprador a las del vendedor. El medio de circulación se transformó en tesoro porque el proceso de circulación se interrumpió en la primera fase o se sustrajo a la circulación la figura transformada de la mercancía. El medio de pago entra en la circulación, pero después de que la mercancía haya salido ya de ella. El dinero no media ya en el proceso. Ahora lo cierra de un modo autónomo, como esencia absoluta del valor de cambio o mercancía general. El vendedor transformó en él su mercancía a fin de satisfacer una necesidad; el atesorador, a fin de preservar la mercancía en forma de dinero; el comprador-deudor, para poder pagar; si no paga se produce la venta forzosa de sus pertenencias. *La forma de valor de la mercancía, el dinero, se convierte pues ahora en fin absoluto de la venta por una necesidad social nacida de las propias condiciones del proceso de circulación.* (183-184, 150, cursiva añadida)

Una vez descodificado, esto se traduce en la existencia de una forma de circulación a la que el dinero entra para obtener más dinero: D-M-D, y este cambio de perspectiva supone una enorme diferencia. Si el objetivo es procurarse otros valores de uso mediante la producción y el intercambio de mercancías, aunque medie el

dinero, estamos tratando con M-D-M, mientras que D-M-D es por el contrario una forma de circulación que tiene como finalidad el dinero, no las mercancías. Para que esto tenga un motivo es preciso que obtengamos más dinero del que teníamos al principio. Este es el momento en *El Capital* en el que vemos por primera vez cristalizar la circulación de capital a partir de la circulación de mercancías mediada por las contradicciones de la forma-dinero. Existe una gran diferencia entre la circulación del dinero como mediador del intercambio de mercancías y el dinero utilizado como capital. No todo dinero es capital. Una sociedad monetizada no es necesariamente una sociedad capitalista. Si todo girara en torno al proceso de circulación M-D-M, el dinero sería solo un mediador y nada más. El capital surge cuando se pone dinero en circulación a fin de obtener más dinero.

Quiero detenerme ahora para reflexionar un instante sobre la argumentación de Marx hasta ahora. En este punto podemos decir que la proliferación del intercambio de mercancías conduce necesariamente al ascenso de formas-dinero y que la contradicción interna en esas formas-dinero lleva necesariamente a su vez al ascenso de la forma capitalista de circulación, en la que el dinero se utiliza para obtener más dinero. Este es, resumido a grandes rasgos, el argumento de *El Capital* hasta este momento.

Primero tenemos que discernir si se trata de un argumento histórico o lógico. En el primer caso nos hallamos ante una teleología de la historia en general y de la historia capitalista en particular; el ascenso del capitalismo es una etapa inevitable en la historia humana, que surge de la proliferación gradual del intercambio de mercancías. Es posible encontrar afirmaciones de Marx que apoyarían tal visión teleológica, y su frecuente empleo del término «necesario» apoya ciertamente tal interpretación; pero yo no estoy convencido de ello, y si Marx pensaba realmente que era así, creo que estaba equivocado.

Eso nos deja con la explicación lógica, que encuentro mucho más persuasiva. Se concentra en la metodología con que se despliega el argumento: la oposición dialéctica y relacional entre el valor de uso y el valor de cambio tal como se incorporan en la mercancía; la exteriorización de esa oposición en la forma-dinero como forma de representar el valor y de facilitar el intercambio de mercancías; la interiorización de esa contradicción por la forma-dinero como medio de circulación y como medida de valor; y la resolución de esa contradicción mediante el surgimiento de relaciones entre deudores y acreedores en el uso del dinero como medio de pago. Ahora estamos en condiciones de entender el dinero como comienzo y final de un proceso de circulación peculiar, que le dará el carácter de capital. La lógica del argumento de Marx revela las relaciones dialécticas interiorizadas que caracterizan un modo de producción capitalista plenamente desarrollado (entendido como totalidad) como

el que evolucionó (por razones históricas contingentes) desde el siglo XVI en adelante, en particular en Gran Bretaña.

Puede llegarse sin duda a algún compromiso con la explicación histórica, convirtiendo simplemente la palabra «necesidad» en «posibilidad» o incluso «probabilidad». Diríamos entonces que las contradicciones en la forma-dinero crearon la posibilidad para el ascenso de la forma de circulación capitalista, y quizá se podrían incluso apuntar circunstancias históricas específicas en las que las presiones derivadas de esas contradicciones pudieron hacerse tan abrumadoras como para causar directamente el asentamiento del capitalismo. Lo cierto es que mucho de lo que Marx atribuye a la «necesidad social» parecería indicar eso. Podríamos de igual modo señalar las elevadas barreras que hubieron de erigirse en las sociedades «tradicionales» para intentar evitar que la forma de circulación capitalista llegara a hacerse dominante y las inestabilidades sociales que experimentaron esas sociedades cuando se vieron sometidas a la alternancia de plétores y hambrunas de determinados recursos o de metales preciosos. Distintos órdenes sociales (como el de China) han combatido en diversas ocasiones, a su modo, esas contradicciones sin caer bajo el dominio del capital. La cuestión de si China ha caído ya en el capitalismo o puede seguir cabalgando el tigre capitalista sin convertirse en su víctima es sin duda de gran importancia y digna de consideración, pero aquí debo limitarme a exponer una serie de cuestiones.

En *El Capital*, Marx pasa a cuestiones más particulares. Existe –observa– «una contradicción inmanente en la función del dinero como medio de pago»:

En tanto se compensan los pagos, [el dinero] solo funciona idealmente como dinero aritmético o medida de valores. Pero cuando hay que hacer pagos efectivos, el dinero no aparece como medio de circulación, como forma mediadora y tendente a desaparecer del metabolismo, sino como encarnación individual del trabajo social, como existencia autónoma del valor de cambio, como mercancía absoluta. (186, 151-152)

Esto es, cuando el dinero entra en circulación para resolver ese desequilibrio, los que lo tienen no lo introducen por generosidad y bondad de su corazón, respondiendo a las necesidades de otros o a la necesidad del mercado de una mayor oferta de dinero, sino que quien posee el equivalente universal lo lleva al mercado deliberadamente, por alguna razón, y tenemos que entender cuál podría ser esa razón. Pero la «independencia» de la mercancía universal y su separación de la circulación cotidiana de mercancías tienen profundas consecuencias.

A partir de ahí la argumentación de Marx efectúa un giro sorprendente:

Esta contradicción estalla en el momento de las crisis de producción y comerciales que se llaman crisis de dinero [*Geldkrise*]. Esas crisis solo se dan allí donde se han

desarrollado plenamente la cadena progresiva de los pagos y un sistema artificial de compensación. Cuando ocurren perturbaciones generales de este mecanismo, broten donde broten, el dinero pasa brusca y súbitamente de la forma puramente ideal del dinero de cuentas a dinero contante y sonante. Ya no puede ser sustituido por mercancías profanas. (186, 152)

Con otras palabras, ya no se pueden eludir las facturas con pagarés; hay que conseguir dinero en efectivo, el equivalente universal, para pagarlas, y esto plantea entonces una cuestión social más general: ¿de dónde va a provenir ese dinero en efectivo? Marx prosigue:

El valor de uso de la mercancía se desvaloriza y su valor desaparece ante su propia forma de valor. Hace un momento el burgués, en la arrogancia racionalista derivada de la embriaguez de la prosperidad, desdeñaba el dinero como una vana ilusión; únicamente la mercancía es dinero. Pero el grito que resuena ahora en el mercado mundial es: ¡Solo el dinero es mercancía! Y al igual que el ciervo brama por agua fresca, también su alma pide a gritos dinero, la única riqueza. La crisis exalta a términos de contradicción absoluta la oposición entre la mercancía y su figura de valor, el dinero. Por eso también es indiferente aquí la forma de aparición del dinero. El hambre de dinero es la misma, ya tenga que pagarse en oro o en dinero-crédito, por ejemplo en billetes de banco. (186-187, 152)

Situémonos por un momento en 2005, cuando todo el mundo coincidía en que había un inmenso excedente de liquidez que rebosaba los mercados mundiales. Los banqueros tenían fondos excedentes y prestaban casi a cualquiera, incluida, como veremos más adelante, gente sin ninguna solvencia en términos crediticios. ¿Comprar una casa sin ingresos? Claro, ¿por qué no? El dinero no importa, porque mercancías como una casa son una apuesta segura. Pero entonces los precios de las casas dejaron de subir, y cuando hubo que pagar las deudas resultó que cada vez más gente no podía pagarlas. En aquel momento la liquidez se secó de repente. ¿Dónde está el dinero? De repente la Reserva Federal tuvo que inyectar cantidades enormes en el sistema bancario porque ahora «el dinero era la única mercancía».

Como dijo cáusticamente Marx en otro lugar, en las economías en expansión todos se comportan como protestantes: actúan guiados por la pura fe. Pero cuando llega el crac, todo el mundo busca refugio en el «catolicismo» de la base monetaria, el oro real. Es en esos momentos cuando se plantea la cuestión del valor real y de las formas de dinero fiables. ¿Cuál es la relación entre lo que sucede en todas esas plantas embotelladoras de deuda en Nueva York y la producción real? ¿Tratan con valores puramente ficticios? Esas son las preguntas que Marx nos plantea, preguntas

que quedan olvidadas durante los años de vacas gordas pero que regresan regularmente para quitarnos el sueño en momentos de crisis. Una vez que el sistema monetario se aleja de los valores, más aún que con el patrón oro, se abren todo tipo de posibilidades desenfrenadas con consecuencias potencialmente devastadoras para las relaciones sociales y naturales.

La repentina escasez del medio circulante, en determinado momento histórico, puede generar igualmente una crisis. Retirar del mercado el crédito a corto plazo puede hundir la producción de mercancías. Un buen ejemplo de esto tuvo lugar en el este y sureste de Asia entre 1997 y 1998. Empresas muy sólidas bien situadas en el mercado podrían haberse mantenido fácilmente, pese a su gran endeudamiento, de no haber sido por una repentina retirada de liquidez a corto plazo. Los banqueros cerraron el grifo, la economía se hundió y compañías muy viables fueron a la quiebra, teniendo que cerrar por falta de acceso a los medios de pago. El capital y los bancos occidentales acabaron comprándolo todo a precios de saldo.

Poco después se restauró la liquidez, la economía resucitó y de repente las empresas que habían ido a la quiebra volvían a ser viables, solo que ahora eran propiedad de los bancos y la gente de Wall Street, que pudieron venderlas con inmensas ganancias. Durante el siglo XIX hubo varias crisis de liquidez de ese tipo, y Marx las siguió muy de cerca. En 1848 también se produjo una crisis de liquidez, y la gente que salió de ella extraordinariamente enriquecida y con mucho mayor poder fue –¿adivinan?– la que controlaba el oro, esto es, los Rothschild. Derrocaron gobiernos simplemente porque controlaban el oro en aquel momento particular. En *El Capital* Marx muestra que la posibilidad de ese tipo de crisis es inmanente a la evolución de las contradicciones en el sistema monetario bajo el capitalismo (186, 152).

Esto le lleva entonces a modificar la teoría cuantitativa del dinero, insistiendo en que se necesita menos dinero cuanto más se compensan los pagos y más dinero se convierte en mero medio de pago. «Circulan mercancías cuyo equivalente en dinero solo se presenta en el futuro.» De esa manera formal, «el dinero-crédito brota directamente de la función del dinero como medio de pago, al ponerse en circulación certificados de deudas representativos de las mercancías vendidas y como transmisión de los créditos correspondientes» (188, 153-154), lo que recientemente institucionalizó Wall Street como obligaciones de deuda garantizada [*collateralized debt obligations* (CDOs)].

Por otro lado, a medida que se extiende el sistema de crédito, también se extiende la función del dinero como medio de pago [...] Cuando la producción de mercancías alcanza cierto nivel y volumen, la función del dinero como medio de pago trasciende la esfera de la circulación de mercancías. Se convierte en mercancía general de los

contratos. Las rentas, los impuestos, etc., pasan de entregas en especie a pagos en dinero. (188-89, 154)

Marx anticipa así la monetización de todo lo existente, así como la expansión del crédito y las finanzas que iba a transformar radicalmente las relaciones económicas y sociales.

La conclusión es que «el desarrollo del dinero como medio de pago exige ciertas acumulaciones de dinero para las fechas de vencimiento de las sumas adeudadas» (191, 156). Una vez más se emparejan acumulación y atesoramiento, aunque con funciones diferentes:

Mientras que, al progresar la sociedad burguesa, el atesoramiento desaparece como forma autónoma de enriquecimiento, se incrementa, por el contrario, como fondo de reserva de los medios de pago. (191, 156)

Esto lleva a Marx a modificar la teoría cuantitativa del dinero antes expuesta: la cantidad total de dinero requerida en la circulación es la suma de todas las mercancías multiplicadas por sus precios y modificadas por la velocidad y el desarrollo de los medios de pago. A esto debe añadir ahora un fondo de reserva (un tesoro) que proporcione flexibilidad en momentos de expansión (190-191, 156). (En la actualidad esos fondos de reserva no son privados, sino que quedan a cargo de alguna institución pública, que en Estados Unidos recibe apropiadamente el nombre de Reserva Federal.)

El último subapartado de este capítulo se ocupa del dinero mundial. Para funcionar eficazmente, cualquier sistema monetario requiere, como hemos visto, una notable participación del Estado como regulador de las monedas y otros símbolos del dinero y como supervisor de sus cualidades y cantidades (y en nuestros días como gestor del fondo de reserva). Los Estados individuales suelen gestionar su propio sistema monetario a su modo y a menudo con mucha discrecionalidad. Aun así, existe un mercado mundial y las políticas monetarias nacionales no pueden resguardar totalmente a los Estados de los efectos disciplinarios que provienen del intercambio de mercancías en él, de forma que aunque un Estado pueda desempeñar un papel decisivo en la estabilización de su sistema monetario dentro de sus fronteras geopolíticas, no deja por ello de estar conectado al mercado mundial y sometido a su dinámica. Marx señala el papel desempeñado en esta por los metales preciosos: el oro y la plata se convirtieron, por decirlo así, en la *lingua franca* del sistema financiero mundial. Esa base metálica fue vital tanto para las relaciones internas como para las externas (internacionales) (193-195, 157-159).

La seguridad de esa base metálica y de las formas de dinero (las monedas nacionales, en particular) asociadas a ella resultaron decisivas para el capitalismo global. Es interesante recordar que mientras John Locke pedía encarecidamente tolerancia religiosa y condenaba la práctica de quemar a los herejes en la hoguera, su colega Isaac Newton, llamado para defender la calidad del dinero como jefe de la Real Casa de la Moneda, tuvo que afrontar el problema del envilecimiento derivado de la práctica de limar parte de la plata de las monedas para fabricar más (una forma fácil de hacer dinero, cuando se piensa en ello). Los falsificadores de moneda eran públicamente ahorcados en Tyburn, demostrando que si bien los pecados contra Dios podían ser perdonados, las ofensas contra el capital merecían la pena de muerte.

Esto nos lleva al problema de la importancia de los argumentos de Marx en un mundo en el que los sistemas financieros funcionan sin una mercancía-dinero, sin una base metálica, como viene sucediendo desde 1971. Alguien podrá señalar que el oro sigue siendo importante y quizá se preguntará, en estos agitados tiempos de turbulencia en los mercados monetarios internacionales, si prefiere atesorar oro, dólares, euros o yenes. Así pues, el oro no ha desaparecido del todo de escena y hay quienes argumentan en favor de un regreso a alguna especie de patrón oro para contrarrestar las inestabilidades y la caótica especulación que a menudo trastorna las transacciones financieras internacionales. El oro, recordemos, es descrito por Marx como una representación del valor, del tiempo de trabajo socialmente necesario. Todo lo que ha sucedido desde 1973 es que el tipo de representación ha cambiado. Pero el propio Marx también menciona multitud de cambios en las formas de representación con monedas, papel moneda, crédito, etc., así que en realidad no hay nada en la situación actual que contradiga su análisis. Lo que sucede, de hecho, es que el valor de una moneda particular frente a todas las demás monedas está (o debería estar) determinado por el valor del conjunto total de mercancías producidas en su economía nacional, cuya productividad general resulta por tanto una variable importante a ese respecto; de ahí el énfasis puesto por la política gubernamental en la productividad y la eficiencia.

Ahora bien, ateniéndonos a la lógica de Marx deberíamos observar inmediatamente las contradicciones que brotan de esa situación. Para empezar está la ficción de una economía nacional a la que corresponde el «uniforme nacional» de su respectiva moneda. Tal economía es un «ideal», una ficción hecha realidad mediante grandes cantidades de estadísticas sobre la producción, el consumo, los intercambios, el bienestar, etcétera. Esas estadísticas son cruciales para evaluar la situación de una nación y desempeñan un importante papel afectando a los tipos de cambio entre las monedas. Cuando las estimaciones sobre la confianza del consumidor y el empleo parecen buenas, la moneda sube. Esos datos sostienen de hecho la ficción de una economía nacional allí donde realmente no existe tal cosa; en términos de

Marx, es la construcción de un fetiche. Pero quizá entonces pueden entrar en escena los especuladores y contradecir los datos (lo que se suele llevar a cabo a partir de razones muy poco sólidas) o sugerir que algunos indicadores son más importantes que otros, y si consiguen prevalecer pueden ganar muchísimo dinero apostando sobre el curso de la moneda. George Soros, por ejemplo, consiguió mil millones de dólares en pocos días apostando contra la libra esterlina en relación con el Mecanismo Europeo de Tipos de Cambio (ERM), convenciendo al mercado de que disponía de una estimación mejor de la economía británica.

Lo que Marx introduce en ese tipo de análisis es una forma convincente de entender el vínculo tenso y problemático entre el valor (el tiempo de trabajo socialmente necesario coagulado en las mercancías) y sus representaciones en el sistema monetario. Desvela lo que es ficticio e imaginario en esas representaciones y las contradicciones resultantes, al tiempo que muestra, no obstante, que el modo de producción capitalista no puede funcionar sin esos elementos ideales. No podemos abolir el fetichismo, como él mismo insiste, y estamos condenados a vivir en un mundo al revés, de relaciones cosificadas entre las personas y relaciones sociales entre las cosas. La única vía de escape consiste en profundizar en el análisis de las contradicciones intrínsecas, entender cómo evolucionan y cómo se abren nuevas posibilidades para el desarrollo (como en el sistema de crédito), así como la posibilidad de crisis. El método de investigación de Marx es a mi juicio ejemplar, aunque tengamos que adaptarlo para entender nuestra peligrosa situación actual.

Una última cuestión. Este capítulo sobre el dinero es rico, complicado y difícil de entender en una primera lectura. Por esta razón, como señalé al principio, mucha gente abandona *El Capital* en el capítulo III. Espero que el lector haya percibido cosas suficientemente interesantes como para seguir adelante; pero también le gustará saber que para ello no tiene que haber entendido todo en este capítulo. Gran parte de lo que se ha dicho aquí tiene más importancia para los libros posteriores que para el resto del libro primero. Armado con algunas proposiciones básicas pero esenciales de este capítulo es posible captar el resto del material sin demasiada dificultad. A partir de aquí, la argumentación se hace mucho más fácil.





# III

## Del capital a la fuerza de trabajo

### Capítulo IV. La transformación del dinero en capital [Sección segunda]

Ahora nos ocuparemos del capítulo que trata los conceptos de capital y fuerza de trabajo. Los tres apartados del capítulo IV serán para el lector, a mi juicio, mucho más directos y claros que los que hemos repasado hasta ahora. En ocasiones parecen casi obvios; uno se pregunta a veces qué necesidad hay de discusiones tan complejas sobre ideas tan simples, en particular cuando en los capítulos anteriores ideas mucho más difíciles se presentaban casi sin explicación. En cierta medida esto se debe al periodo en que escribía Marx. Cualquier interesado en la economía política de aquella época estaba familiarizado con la teoría del valor-trabajo (aunque en la forma ricardiana), mientras que nosotros no solo hemos perdido esa familiaridad, sino que en nuestra época la mayoría de los economistas, e incluso algunos marxistas, la consideran indefendible. Si Marx escribiera *El Capital* ahora tendría que ofrecer una defensa mucho más elaborada de esa teoría en lugar de presentarla simplemente como algo obvio. Los materiales cubiertos en esos capítulos, en cambio, suponían alejamientos mucho más radicales del pensamiento convencional en tiempos de Marx, aunque hoy día nos parezcan mucho más familiares.

En esos tres apartados estamos emprendiendo de hecho una macrotransición en cuanto a la ubicación del argumento, y conviene decirlo desde el principio. *El Capital* comienza con un modelo de intercambio basado en el trueque de mercancías, imaginando (de forma muy poco realista) que en él se intercambiaban equivalentes tiempos de trabajo socialmente necesarios. Marx pasa entonces de esa

relación M-M a examinar cómo el ascenso de la forma-dinero permite generalizar esos intercambios. Un análisis cuidadoso del sistema de intercambio M-D-M nos lleva al final del capítulo sobre el dinero a considerar la forma de circulación D-M-D, en la que el dinero se convierte en propósito y objetivo del intercambio. En el circuito en M-D-M un intercambio de valores equivalentes tiene sentido porque se trata de adquirir valores de uso: yo quiero las camisas y los zapatos pero no necesito o quiero las manzanas y peras que he producido. Pero cuando se trata de D-M-D, el intercambio de equivalentes parece absurdo. ¿Por qué pasar por toda la incomodidad y riesgo de ese proceso para acabar al final con la misma cantidad de valor-dinero? Solo tiene sentido si da lugar a un incremento de valor, definido como plusvalor o plusvalía.

Esto plantea la siguiente pregunta: ¿de dónde puede provenir ese plusvalor si las leyes del intercambio, D-M y a continuación M-D, tal como las suponía la economía política clásica, obligan a un intercambio de equivalentes? Para poder cumplir las leyes del intercambio tal como las formula la teoría, habría que encontrar una mercancía con la capacidad de producir más valor que el suyo propio. Esa mercancía, dice Marx en el apartado IV.3, es la fuerza de trabajo. Esta es a grandes rasgos la historia de la transustanciación expuesta en esos tres capítulos. El foco comienza así a desplazarse del intercambio de mercancías a la circulación de capital.

Hay sin embargo un rasgo importante de esos capítulos que merece cierto examen preliminar. Ya he preguntado varias veces si Marx está planteando un argumento lógico (basado en una crítica de las proposiciones utópicas de la economía política clásica liberal) o un argumento histórico referido a la evolución del capitalismo realmente existente. En general he preferido la lectura lógica a la histórica, aunque se gana sin duda perspectiva histórica considerando las circunstancias necesarias para facilitar el ascenso del modo de producción capitalista (como las actividades del Estado en relación con las distintas formas-dinero). Este tipo de planteamiento sería coherente con el argumento metodológico que Marx emplea en otro lugar, diciendo que solo podemos entender adecuadamente la historia mirando hacia atrás desde donde estamos ahora. Este era un punto clave en los *Grundrisse*:

La sociedad burguesa es la más compleja y desarrollada organización histórica de la producción. Las categorías que expresan sus condiciones y la comprensión de su organización permiten al mismo tiempo comprender la organización y las relaciones de producción de todas las formas de sociedad pasadas, sobre cuyas ruinas y elementos fue edificada y cuyos vestigios, aún no superados, continúa arrastrando, a la vez que meros indicios previos han desarrollado en ella su signifi-

cación plena, etc. La anatomía del hombre es una clave para entender la anatomía del mono<sup>1</sup>.

Pero si bien «los indicios de formas superiores [...] solo se pueden captar cuando ya se conocen esas formas superiores», eso no debería llevarnos equivocadamente a ver prototipos de «la forma burguesa en todas las formas de sociedad»; y si bien «es verdad que las categorías de la economía burguesa poseen cierto grado de validez para todas las demás formas de sociedad, esto debe ser tomado *cum grano salis*»<sup>2</sup>. Marx no acepta una interpretación *whig* de la historia<sup>3</sup> ni una simple teleología. La revolución burguesa reconfiguró esencialmente los elementos preexistentes dándoles formas fundamentalmente nuevas y permitiéndonos al mismo tiempo ver esos elementos preexistentes bajo una nueva luz.

#### Apartado IV.1. *La fórmula general del capital*

En estos tres apartados la lectura de la historia parece tener un importante papel autónomo en la teorización. El apartado IV.1., por ejemplo, comienza con una declaración histórica: «El comercio y el mercado mundiales inauguran en el siglo XVI la biografía moderna del capital». El punto de partida lógico es la afirmación inmediatamente anterior: «La circulación de mercancías es el punto de partida del capital. La producción de mercancías y su circulación desarrollada, el comercio, constituyen las premisas históricas bajo las que surge el capital» (199, 161). Los argumentos lógico e histórico aparecen pues yuxtapuestos, y debemos por tanto dedicar una cuidadosa atención a su entrelazamiento en esos capítulos para entender cómo se ponen en práctica en *El Capital* las prescripciones metodológicas establecidas en los *Grundrisse*.

Marx comienza pues examinando el enfrentamiento histórico entre capitalistas y terratenientes en la transición del feudalismo al capitalismo; en ella desempeñaron un papel histórico notable el capital mercantil y el usurario, dos formas específicas de capital, aunque muy diferentes de la forma industrial «moderna» que Marx consideraba decisiva para un modo de producción capitalista plenamente desarrollado

---

<sup>1</sup> K. Marx, *Grundrisse*, en MEW, vol. 42, cit., p. 39 (corresp. a la p. 18 del cuaderno manuscrito «M»). Accesible en formato pdf en [dhcm.inkrit.org/wp-content/data/mew42.pdf](http://dhcm.inkrit.org/wp-content/data/mew42.pdf) [ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, cit., vol. I, p. 26].

<sup>2</sup> *Ibid.* [ed. cast.: *Ibid.*, vol. I, p. 27].

<sup>3</sup> Es decir, la historia como un inevitable progreso hacia una libertad e ilustración cada vez mayores, tal como plasma Herbert Butterfield en su obra *The Whig Interpretation of History* de 1931 [N. del T.].

(199, 161). La disolución del orden feudal, del poder de los nobles terratenientes y de su control sobre la tierra, fue llevada a cabo en buena medida por los poderes del capital mercantil y usurario. Este asunto se puede encontrar históricamente articulado en el *Manifiesto comunista*, pero en *El Capital* asume un papel lógico, mostrándose, en el capital usurario en particular, el poder social independiente del dinero (y de sus poseedores), que Marx ya había señalado en el capítulo sobre el dinero como socialmente necesario en un modo de producción capitalista. Fue mediante el despliegue de ese poder independiente como la usura y los usureros contribuyeron a doblar al feudalismo.

Esto nos retrotrae al punto de partida para entender el papel del dinero (como contrapartida de la mercancía) en el proceso de circulación. El dinero se puede utilizar para hacer circular las mercancías, para medir el valor, para almacenar riqueza, etc. El capital es en cambio dinero utilizado de cierta forma. El proceso D-M-D no solo es una inversión del proceso M-D-M, sino que como Marx observó en el capítulo anterior, «cuando hay que hacer pagos efectivos, el dinero no entra en escena como medio de circulación, en su forma meramente transitoria de intermediario en el metabolismo social, sino como encarnación individual del trabajo social, existencia autónoma del valor de cambio, mercancía absoluta» (186, 151-152). La representación del valor (dinero) se convierte, con otras palabras, en propósito y objetivo de la circulación. Pero esta forma de circulación «sería absurda e insustancial si se diese ese rodeo para cambiar valores iguales en dinero, o sea para cambiar 100 libras esterlinas por 100 libras esterlinas» (200, 162). El intercambio de valores iguales está muy bien cuando se refiere a valores de uso, porque son las cualidades lo que importa; pero la única razón lógica para entrar en la circulación D-M-D, como vimos en el capítulo III, es disponer de más valor al final que al principio. Marx llega laboriosamente a esta conclusión obvia:

El proceso D-M-D no debe, por tanto, su contenido a ninguna diferencia cualitativa entre sus extremos, pues los dos son dinero, sino únicamente a su diferencia cuantitativa. Finalmente se sustrae a la circulación más dinero del que se lanzó a ella en un principio [...] Por lo tanto, la forma completa de este proceso es D-M-D', donde  $D' = D + \Delta D$ , es decir, igual a la suma de dinero originalmente desembolsada más un incremento. Este incremento o exceso sobre el valor originario es lo que llamo plusvalía o plusvalor [*surplus value, Mebrwert*]. (204, 165).

Así llegamos por primera vez al concepto de plusvalor, que es por supuesto fundamental en todo el análisis de Marx.

Lo que ocurre es que «el valor inicialmente desembolsado [...] no solo se conserva en la circulación, sino que en ella aumenta su magnitud, se incrementa con un plusva-

lor o se valoriza, y es ese movimiento el que lo transforma en capital (205, 165). Ahí está, finalmente, la definición de «capital». Para Marx el capital no es una cosa sino un *proceso*, concretamente de circulación de valores. Esos valores están coagulados en distintas cosas en diversos momentos del proceso: en el primer momento, como dinero, y luego como mercancía antes de volver de nuevo a la forma-dinero.

Esa definición del capital como proceso es enormemente importante. Supone un alejamiento radical de la definición que uno puede encontrar en la economía política clásica, donde el capital se entendía tradicionalmente como depósito de activos (máquinas, dinero, etc.), así como de la definición predominante en la economía convencional, donde se entiende como un «factor de la producción», si bien en la práctica le resulta terriblemente difícil medir (valorar) ese factor de la producción. Se le llama K y se introduce así en sus ecuaciones, pero si se les pregunta «¿qué es K y como se mide?», la respuesta no es nada simple. Los economistas aparecen con todo tipo de estimaciones, pero no pueden ponerse de acuerdo en lo que «es» realmente el capital, aparte de que existe en forma de dinero, pero también de máquinas, fábricas y medios de producción. ¿Pero cómo se le asigna a un medio de producción un valor monetario independiente del valor de las mercancías que contribuye a producir? Como se mostró en la llamada «controversia sobre el capital» de principios de la década de 1970, toda la teoría económica contemporánea está peligrosamente cerca de basarse en una tautología: el valor monetario de K en forma de activos físicos está determinado por lo que se supone que explica, esto es, el valor de las mercancías producidas<sup>4</sup>.

Marx considera el capital, digámoslo una vez más, como un proceso. Yo mismo podría crear capital ahora sin más que sacar dinero del bolsillo y ponerlo en circulación para hacer más dinero; o podría retirar capital de la circulación volviendo a guardarme el dinero en el bolsillo. De ahí se sigue que no todo dinero es capital. El capital es dinero utilizado de cierta manera. La definición de capital no se puede divorciar de la decisión humana de lanzar poder monetario a ese modo de circulación. Pero esto plantea toda una serie de problemas. Para empezar, está la cuestión de cuánto incremento puede rendir un determinado capital. Recordemos que uno de los descubrimientos en el capítulo sobre el dinero fue que la acumulación de poder-dinero es potencialmente ilimitada; Marx repite eso aquí ahora (186, 206-208, 151-152, 167-168), aunque su plena importancia no aparecerá sin embargo hasta mucho más adelante (en la sección séptima, «El proceso de acumulación del capital»).

«Como agente consciente de ese movimiento, el poseedor de dinero se convierte en capitalista», dice Marx. «Su persona, o mejor dicho, su bolsillo, es el punto de

---

<sup>4</sup> Marx observa la misma definición tautológica del capital en la teoría de la circulación de J.-B. Say (154-155, 127-128).

partida y de retorno del dinero.» De esto se deduce que «el valor de uso no puede considerarse nunca como fin inmediato del capitalista» (207, 167). Esto es, el capitalista produce valores de uso solo a fin de obtener valores de cambio. El capitalista no se preocupa realmente de cuáles son los valores de uso que produce; pueden ser de cualquier tipo, con tal que le permitan obtener plusvalor. El propósito del capitalista es, naturalmente, el «incremento incesante de sus beneficios» (208, 168). ¡Cuánto se parece esto al argumento de *Eugénie Grandet* de Balzac!

Este afán absoluto de enriquecimiento, esta caza apasionada del valor, es común al capitalista y al atesorador, pero mientras que el atesorador no es más que un capitalista loco, el capitalista es un atesorador racional. El incremento incesante de valor que persigue el atesorador intentando salvar su dinero de la circulación, lo consigue el capitalista con más inteligencia entregándolo una y otra vez a la circulación. (208, 168)

El capital es, por tanto, valor en movimiento, aunque aparezca con mil y una formas diferentes. «Si fijamos las formas especiales de aparición –ahí tenemos una vez más las *Erscheinungsformen*– que adopta alternativamente a lo largo de su ciclo vital el valor que se valoriza, obtendremos las explicaciones: el capital es dinero, el capital es mercancía» (208, 169). Marx explicita ahora la definición del capital como proceso:

Pero en realidad, el valor deviene aquí sujeto de un proceso en el que, bajo el continuo cambio de las formas de dinero y mercancía, cambia su propia magnitud, y en calidad de plusvalor, se desprende de sí mismo como valor originario, se valoriza a sí mismo. Pues el movimiento en el que añade plusvalor es su propio movimiento, su valorización, esto es, autovalorización. Ha adquirido la cualidad oculta de engendrar valor, porque es valor. Pare crías vivas, o al menos pone huevos de oro. (209, 169)

Evidentemente, Marx se muestra aquí muy irónico, y lo digo porque en una ocasión leí una tesis que se tomaba en serio las cualidades mágicas de autoexpansión atribuidas al capital. En este denso texto es a menudo muy fácil ignorar la ironía. En este caso, las cualidades «ocultas» del capital y su capacidad aparentemente mágica de poner «huevos de oro» solo existen en el terreno de las apariencias. Pero no es difícil percibir que esa construcción fetichista podría tomarse como real: un sistema de producción capitalista depende esencialmente de esa ficción, como vimos en el capítulo I. Quien mete dinero en una cuenta de ahorro y al cabo de un año ve que ha aumentado, ¿se pregunta alguna vez de donde proviene ese aumento? Se suele suponer que esa expansión corresponde simplemente a la naturaleza del dinero.

Hemos visto por supuesto periodos en los que la tasa de ahorro ha sido negativa, esto es, en los que la inflación ha sido tan alta y los tipos de interés tan bajos que el rendimiento neto para el ahorrador ha sido negativo (como sucedió por ejemplo en 2008). Pero realmente parece como si el dinero metido en el banco creciera intrínsecamente de acuerdo con el tipo de interés. Marx quiere saber qué es lo que se oculta tras ese fetiche y ese es el misterio que se propone resolver.

Existe, dice, un momento en el proceso de circulación al que siempre regresamos y que por lo tanto parece ser más importante que los demás, y es el momento del dinero, D-D'. ¿Por qué? Porque el dinero es la representación universal y medida en último término del valor. Solo es pues en el momento del dinero –el momento de la universalidad capitalista– cuando podemos percibir dónde nos hallamos en relación con el valor y el plusvalor. Es difícil decir que baste mirar a la particularidad de las mercancías. «El dinero constituye por tanto el punto de partida y de llegada de cada proceso de valorización» (209, 169). En el ejemplo que pone Marx, el resultado debería proporcionar 110 libras a partir de las 100 libras con las que comenzó el capitalista:

El capitalista sabe que todas las mercancías, por mezquinas que parezcan o por mal que huelan, en fe y en verdad son dinero, judíos íntimamente circuncisos, y además medios maravillosos para hacer del dinero más dinero. (209, 169)

Observaciones de este tipo han servido de caldo de cultivo para un agrio e intenso debate sobre el supuesto antisemitismo de Marx, en cuyos textos es cierto que frases como esta aparecen de vez en cuando. En aquella época el antisemitismo era algo muy extendido (véase, por ejemplo, el retrato de Fagin en el *Oliver Twist* de Dickens), y cabe concluir, bien que Marx, cuyo padre se convirtió al cristianismo para mantener el puesto oficial que tenía, estaba arremetiendo subconscientemente contra su pasado o haciéndose eco de los prejuicios de su época, o bien que lo que pretendía era valerse de todo el oprobio que se solía verter sobre los judíos, diciendo que en realidad se debería dirigir hacia los capitalistas como tales. Que cada uno saque sus propias conclusiones.

Volviendo al texto, vemos a Marx todavía entretenido con la apariencia fetichista superficial:

Si en la circulación simple el valor de las mercancías reviste a lo sumo, frente a su valor de uso, la forma autónoma del dinero, aquí se presenta de repente como una sustancia en proceso, con movimiento propio, para la que mercancía y dinero no son más que meras formas. Pero todavía hay más: en lugar de representar relaciones entre mercancías, aparece ahora, por decirlo así, en una relación privada consigo mismo. Se



distingue como valor original de sí mismo como plusvalor, así como el Dios Padre se distingue del Dios Hijo [...] El valor se convierte así en valor en proceso, en dinero en proceso, y como tal en capital. (209-210, 169-170)

Este es el siguiente paso en la definición fundamental del capital: valor en proceso, dinero en proceso. Qué diferente es esto del capital como depósito fijo de activos o factor de la producción (¡y sin embargo es Marx, y no los economistas, el criticado por presentar formulaciones «estructurales» supuestamente estáticas!). El capital «proviene de la circulación, vuelve de nuevo a ella, se mantiene y se multiplica en ella, refluye a ella aumentado y reinicia constantemente el mismo ciclo» (210, 170). Resulta innegable la poderosa sensación de flujo. El capital es proceso, y no otra cosa.

Marx retorna brevemente al capital de los comerciantes y usureros (su punto de partida histórico, más que lógico). Aunque lo que le preocupa realmente es el capital industrial, tiene que reconocer que hay otras formas de circulación: el capital comercial (comprar barato para vender más caro) y el capital que genera interés, mediante el cual se puede dar también una autoexpansión aparente del valor. Así vemos diferentes posibilidades: capital industrial, comercial y prestamista usurero, todos los cuales responden a la fórmula de circulación  $D-M-D + \Delta D$ . Esta, concluye, «es la fórmula general del capital, tal como aparece directamente en la esfera de la circulación» (210, 170), y es la que hay que poner bajo el microscopio y examinar detalladamente para desmitificar sus cualidades «ocultas». Así pues: ¿pone el capital sus propios huevos de oro?

#### Apartado IV.2. *Contradicciones de la fórmula general*

Marx comienza la búsqueda de una respuesta examinando las contradicciones en la forma de circulación  $D-M-D + \Delta D$ . La cuestión fundamental es simplemente esta: ¿de dónde proviene el incremento, el plusvalor? Las reglas y leyes del intercambio en su forma pura (tal como se presuponen en el liberalismo utópico) dicen que tiene que haber una regla de equivalencia en las transiciones de D a M y de M a D'. El plusvalor no puede, por tanto, provenir del intercambio en su forma pura: «Donde hay igualdad no hay lucro». En la práctica, por supuesto, «las mercancías se pueden vender a un precio mayor o menor que su valor, pero esa divergencia aparece como transgresión de la ley del intercambio de mercancías», ley que gobierna supuestamente el modelo político-económico clásico de los mercados con funcionamiento perfecto. «En su forma pura es un intercambio de equivalentes, y por tanto no sirve para enriquecerse aumentando el valor» (214, 173).

Frente a ese enigma, los capitalistas y sus economistas, como Condillac, trataron de atribuir el incremento al campo de valores de uso, algo que Marx rechaza: no se puede recurrir de repente a los valores de uso para resolver un problema derivado de la equivalencia entre valores de cambio.

Si se intercambian mercancías o mercancías y dinero con el mismo valor de cambio, y por consiguiente equivalentes, es evidente que nadie extrae de la circulación más valor del que entra en ella, y no hay por tanto ninguna creación de plusvalor. En su forma pura, el proceso de circulación de mercancías supone un intercambio de equivalentes (216, 174)

Pero Marx sabe muy bien que «en la realidad, los procesos no tienen lugar en su forma pura», por lo que pasa a «suponer un intercambio de no-equivalentes» (216, 174). Esto da lugar a distintas posibilidades: en algún caso quizá el vendedor pueda, gracias a algún privilegio inexplicable [...] vender la mercancía por encima de su valor»; pero esto no sirve en cuanto se piensa en la relación entre vendedores y compradores en mercados generalizados, del mismo modo que tampoco sirve pensar que el comprador dispone de cierto privilegio que le permite comprar mercancías por debajo de su valor. «La formación de plusvalor, y por tanto la transformación de dinero en capital, no se puede explicar suponiendo que las mercancías son vendidas por encima de su valor, ni que son compradas por debajo de su valor» (217, 175).

A continuación se detiene un momento en el problema de la demanda efectiva [*effektive Nachfrage*], examinado décadas antes por Malthus (aunque sorprende que Marx no se refiera a su texto clave sobre la cuestión, *Principles of Political Economy*) (218-219, 176-177). Malthus observaba una clara tendencia hacia un déficit de la demanda agregada para las mercancías excedentes que los capitalistas producen a fin de obtener plusvalor. ¿Quién tiene capacidad de compra suficiente para adquirir todas esas mercancías? Los capitalistas reinvierten, por lo cual no consumen tanto como podrían. Los trabajadores no pueden consumir la totalidad del producto, porque son explotados. Por eso Malthus atribuía un importante papel a la clase de los terratenientes –o como prefería decir Marx, parásitos burgueses de todo tipo–, que consumen tanto como pueden a fin de mantener benignamente la estabilidad de la economía.

Malthus justificaba así la perpetuación de una clase consumidora no productiva (frente a la crítica de Ricardo que también la desdeñaba por parásita e improductiva). Más tarde modificó algo su argumento sugiriendo que esa clase de consumidores podría ser también extranjera y que el comercio exterior e incluso los tributos extranjeros (pagos en plata a una potencia imperial, por ejemplo) también ayudarían a resolver el problema. Este último es uno de los principales argumentos de

Rosa Luxemburg de que la demanda efectiva necesaria en un sistema capitalista (que a ella le parecía que Marx no había resuelto satisfactoriamente en *El Capital*) solo se puede garantizar en último término mediante cierta relación con el exterior, en resumen, imponiendo exacciones imperialistas de tributos. La lógica imperialista británica que llevó a las guerras del opio reflejaba esa pulsión: la abundancia de plata en China sugería la idea de vender allí opio indio para pagar con aquella plata todos los bienes que se producían en Manchester y se vendían en India. Cuando el gobierno chino se resistió a abrir sus puertas al comercio del opio, la respuesta británica fue aplastarlo mediante la fuerza militar.

Marx rechaza sarcásticamente la idea de que exista en un lugar u otro una clase de consumidores a la que le caiga el valor del cielo y que pueda inyectarlo de algún modo como plusvalor desde dentro o fuera del sistema de relaciones sociales capitalistas. En el capitalismo todos, dice, incluidos los miembros de las clases parasitarias, tienen que obtener su valor de algún sitio, y si lo hacen dentro del sistema es apropiándose de valores de otros (ya sean capitalistas o trabajadores) que los producen. El problema de la producción de plusvalor no se puede resolver apelando al mercado, y en ningún caso puede ser esa la razón para justificar la perpetuación de una clase de consumidores no productivos. A largo plazo tampoco sirve el comercio exterior para resolver el enigma, ya que en algún momento tiene que prevalecer el principio de equivalencia (219, 176-177).

Esos pasajes sobre la demanda efectiva son ciertamente problemáticos y Rosa Luxemburg criticó enérgicamente a Marx a ese respecto, argumentando que el dominio imperialista sobre formaciones sociales no capitalistas proporcionaba una respuesta parcial al problema de la demanda efectiva<sup>5</sup>. Desde entonces se han debatido mucho esas cuestiones, pero lo que preocupa a Marx en esos pasajes es cómo se produce el plusvalor, no cómo se podría pagar y realizar mediante el consumo. El plusvalor tiene que ser producido antes de ser consumido, y no podemos apelar al proceso de consumo a fin de entender su producción.

Así pues, esas ideas sobre la demanda efectiva no pueden explicar cómo se produce el plusvalor, en particular si nos «mantenemos dentro de los límites del intercambio de mercancías, donde los vendedores también son compradores y los compradores vendedores» (219, 177). A primera vista parece una observación extraña, dado su anterior rechazo de la ley de Say; tampoco parece servir de mucho su sub-

---

<sup>5</sup> Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke*. vol. 5. *Die Akkumulation des Kapitals*, Berlín oriental, Institut für Marxismus-Leninismus beim ZK der SED, 1975, caps. 8 y 9, pp. 107-137 [disponible en [http://www.mlwerke.de/lu/lu05/lu05\\_107.htm](http://www.mlwerke.de/lu/lu05/lu05_107.htm); ed. cast.: *La acumulación del capital*, Edicions Internacionals Sedov, caps. VIII y IX, pp. 61-78, disponible asimismo en <http://www.grupgerminal.org/?q=system/files/LA+ACUMULACI%C3%93N+DEL+CAPITAL.pdf>].

siguiente observación de que «nuestra perplejidad puede provenir quizá del hecho de concebir a las personas únicamente como categorías personificadas y no individualmente», aunque dentro de un momento veremos por qué dice eso. Es ahí, creo, donde encontramos una tensión real en el texto de Marx entre su intención de criticar las tendencias utópicas de la economía política clásica y su deseo de entender y explicarnos la naturaleza del capitalismo realmente existente. Lo que Marx nos dice, de hecho, es que tenemos que buscar una respuesta al problema del origen del plusvalor en un modo de producción capitalista geográficamente cerrado y perfecto, descartando la apelación a las clases parásitas, al consumismo o al comercio exterior. Más tarde será más explícito sobre esas suposiciones; aquí solo las invoca tácticamente rechazando todas las soluciones externas, y descarta en general como irrelevante en este momento el problema de la demanda efectiva porque aquí, en el primer libro de *El Capital*, únicamente le preocupa la producción. Hasta el libro segundo no afrontará los problemas de la realización de los valores en el mercado y el mundo del consumo.

Por eso aplaza para otro momento el análisis de las expansiones geográficas, los apañes espaciales, el imperialismo y el colonialismo socialmente necesarios para la supervivencia del capitalismo, y supone un sistema capitalista cerrado y perfecto en el que se propone explicar, únicamente en esos términos, el origen del plusvalor. Aunque esa suposición restringe el ámbito de su capacidad teórica (en particular con respecto a la comprensión de la dinámica histórica y geográfica real del capitalismo), profundiza y agudiza su análisis. Como he mostrado en otro lugar –en particular en *Los límites del capital* y en *Espacios del capital*<sup>6</sup>– esas cuestiones más amplias preocupaban profundamente a Marx cuando trataba de entender el Estado, el comercio exterior, el colonialismo y la construcción del mercado mundial; pero en este capítulo de *El Capital* lo único que le preocupa es mostrar que la producción de plusvalor no puede proceder de los intercambios de mercado, sean cuales sean las condiciones históricas o geopolíticas prevaletentes. Había que encontrar alguna otra forma de resolver la contradicción de cómo producir una no-equivalencia (en concreto, el plusvalor) a partir del intercambio de equivalentes.

La adopción de un ámbito tan concentrado explica también por qué Marx opta aquí por atender a los individuos más que a los perfiles sociales. Los individuos pueden efectivamente aventajar a otros vendiendo por encima del valor, y esto puede suceder y de hecho sucede todo el tiempo. Pero cuando se contempla el panorama de forma sistémica y en términos de conjunto social, su efecto es

---

<sup>6</sup> David Harvey, *The Limits to Capital*, Londres, Verso, 2006 y *Spaces of Capital: Towards a Critical Geography*, Nueva York, Routledge, 2001 [ed. cast.: *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*, Madrid, Akal, 2007].

simplemente robar a Pedro para pagar a Pablo. Un capitalista individual puede engañar a otro y seguir adelante, pero entonces la ganancia de uno es la pérdida de otro, y no existe un plusvalor conjunto. Hay que encontrar por tanto una forma de que todos los capitalistas obtengan plusvalor. Una economía (capitalista) sana o fecunda es aquella en la que todos los capitalistas obtienen una tasa de ganancia continua y lucrativa.

Por muchas vueltas que le demos, el resultado será siempre el mismo. Si se intercambian equivalentes no se produce ningún plusvalor, y si se cambian no-equivalentes tampoco surge ningún plusvalor. La circulación o el intercambio de mercancías no crea ningún valor. Se entiende pues, por qué en nuestro análisis de la forma fundamental del capital, de la forma en que el capital determina la organización económica de la sociedad moderna, hemos prescindido totalmente, por el momento, de sus manifestaciones vulgares y antediluvianas, por decirlo así: el capital comercial y el capital usurario. (220-221, 177-178)

Puede que fuera históricamente cierto, como observó Benjamin Franklin, que «la guerra es un robo, y el comercio una estafa» (221, 178). Evidentemente, en los orígenes del capitalismo hubo mucha depredación, fraude, robo y saqueo de plusvalor en todo el globo, y Marx no niega su importancia histórica. Lo mismo se aplica al capital usurario, incluso frente a los viejos y en algunos casos ultraestrictos tabúes contra el préstamo con interés. La ley islámica, por ejemplo, lo prohíbe. Quizá no sea muy conocido, pero hasta mediados del siglo XIX la Iglesia católica también lo prohibía, y esto tuvo una enorme importancia. En Francia, por ejemplo, en aquella época, los católicos conservadores a menudo comparaban las casas de inversión con burdeles, y consideraban las operaciones financieras como una forma de prostitución, como muestran sátiras y caricaturas políticas de la época. Una que inserté en *París, capital de la modernidad* presenta a una joven que trata de arrastrar a un hombre mayor, horrorizado, a una casa de inversión, diciéndole: «Mi tasa de interés es buena para cualquier cantidad que desees invertir. Te trataré con mucha gentileza»<sup>7</sup>.

Así pues, el capital comercial y el capital usurario (o el capital portador de interés) desempeñaron un importante papel histórico, y así lo reconoce Marx:

En el curso de nuestra investigación encontraremos como formas derivadas el capital comercial y el capital portador de interés [*zinstragende Kapital*], y veremos al

---

<sup>7</sup> David Harvey, *Paris: Capital of Modernity*, Nueva York, Routledge, 2003, p. 119 [ed. cast.: *París, capital de la modernidad*, Madrid, Akal, 2008, p. 154].

mismo tiempo por qué aparecen históricamente antes que la forma básica moderna del capital. (222, 179)

Esas formas de circulación del capital, nos dice, existieron históricamente desde antes de que entrara en escena el capital industrial; pero como veremos, el capital industrial iba a ser *la forma de capital* que define el modo de producción capitalista en su estado puro. Y una vez que el capital industrial se hace dominante, necesita al comerciante para vender el producto y necesita al capital portador de interés para mover su dinero y afrontar los problemas de la inversión en capital fijo a largo plazo, etc. Para que esto suceda, la forma primordial de circulación del capital tiene que subyugar al capital financiero y al capital comercial a sus necesidades particulares. En el libro tercero de *El Capital* Marx se ocupa de cómo sucedió esto y con qué consecuencias.

Desde nuestra perspectiva actual es importante evaluar la situación del capital comercial y portador de interés en el capitalismo en general. Evidentemente se puede argumentar que pasaron de ser hegemónicos y dominantes durante los siglos XVI y XVII a quedar sometidos al capital industrial durante el siglo XIX. Pero muchos –incluido yo mismo– argumentarían que el capital financiero ha vuelto ahora a hacerse dominante, en particular desde la década de 1970. Si es así, nos corresponde a nosotros evaluar qué es lo que eso significa y qué nos augura.

Pero no es una cuestión que podamos examinar en detalle ahora. Para la tarea que nos ocupa, baste señalar que Marx suponía (y probablemente estaba acertado en su época) que la circulación de capital en su forma industrial se había hecho hegemónica y que era por tanto en ese marco donde había que resolver la cuestión de la producción de plusvalor. Por eso concluía:

El capital no puede surgir por tanto de la circulación, ni tampoco puede brotar fuera de la circulación. Tiene que surgir al mismo tiempo en ella y fuera de ella. Llegamos así a un resultado doble. La transformación del dinero en capital tiene que desarrollarse sobre la base de las leyes inmanentes del intercambio de mercancías, de suerte que el punto de partida sea el intercambio de equivalentes. Nuestro poseedor de dinero, que no es todavía más que una larva de capitalista, tiene que comprar las mercancías por su valor, venderlas por su valor, y sin embargo obtener al final del proceso más valor del que invirtió. Su transformación en mariposa tiene que operarse en la esfera de la circulación y fuera de ella al mismo tiempo. Tales son las condiciones del problema. *Hic Rhodus, hic salta!* (223-224, 180-181)

Lo que más a la pata la llana significa: «¡Ahí va la bola, adelante con ella!».

### Apartado IV.3. *Compra y venta de la fuerza de trabajo*

La contradicción resulta bastante fácil de resolver, y viene ya expresada en el título mismo de este apartado. Marx expone su argumento como sigue:

Para poder extraer valor del consumo de una mercancía, nuestro poseedor de dinero tendría que ser tan afortunado que dentro de la esfera de la circulación, en el mercado, descubriese una mercancía cuyo valor de uso poseyera la propiedad singular de ser fuente de valor, cuyo consumo efectivo fuese, por lo tanto, objetivación de trabajo, esto es, creación de valor. Y el poseedor de dinero encuentra efectivamente en el mercado esa mercancía específica: la capacidad de trabajo o fuerza de trabajo. (225, 181)

La fuerza de trabajo consiste en la capacidad física, mental y humana de coagular valor en mercancías. Pero para que pueda ser ella misma una mercancía, la fuerza de trabajo debe tener ciertas características. Primera, «a fin de que su poseedor pueda venderla en el mercado como mercancía, tiene que poder disponer de ella, debe ser propietario libre de su capacidad de trabajo, de su persona». Así pues, resulta crucial la idea del trabajador libre; el esclavo y el siervo no sirven. El trabajador no puede renunciar a su persona; todo lo que puede hacer es comerciar con su capacidad física, mental y humana de crear valor. Así pues, «pone a disposición del comprador solo transitoriamente, por un plazo determinado, una mercancía cuyo uso cede, sin renunciar empero por esa enajenación [*Veräußerung*] a su propiedad sobre ella» (226, 182).

El capitalista no llega pues a poseer al trabajador; todo lo que posee es su *capacidad* de trabajar y de producir valor durante cierto periodo de tiempo.

La segunda condición esencial para que el poseedor de dinero encuentre en el mercado la fuerza de trabajo como mercancía es que su poseedor, en vez de vender mercancías en las que se haya objetivado su trabajo, tenga que vender como mercancía su propia fuerza de trabajo, que solo existe en su corporeidad viva. (226, 183)

Los trabajadores, con otras palabras, no están en condiciones de trabajar para sí mismos.

Para la transformación del dinero en capital, el poseedor de dinero tiene pues que encontrar al trabajador libre en el mercado de mercancías, libre en el doble sentido de que, en cuanto persona libre, disponga de su fuerza de trabajo como mercancía suya, y de que, por otro lado, no tenga otras mercancías que vender, que esté suelto y vacante, libre de todas las cosas necesarias para la realización de su fuerza de trabajo. (227, 183)

En resumen, el trabajador debe haberse visto ya privado de acceso a los medios de producción.

Ese comentario de Marx sobre la libertad es realmente pertinente para nuestra propia época. ¿Qué quería decir, por ejemplo, el presidente George W. Bush cuando hablaba de traer la libertad al mundo? En el discurso de su segunda investidura utilizó la palabra «libertad» unas cincuenta veces. Siguiendo la interpretación crítica de Marx, esto significaría que Bush estaba impulsando una campaña para liberar en todo el mundo a tanta gente como fuera posible de cualquier control o acceso directo a los medios de producción. Sí, los trabajadores individuales tendrán ciertamente derechos sobre su propio cuerpo y derechos legales individuales en el mercado laboral. En principio tienen derecho a vender su fuerza de trabajo a quienquiera que prefieran, y derecho a comprar lo que quieran en el mercado con los salarios que reciben. La creación de ese mundo es lo que la política imperial capitalista viene intentando durante los últimos doscientos años. Las poblaciones indígenas y campesinas fueron desposeídas de acceso a los medios de producción y proletarizadas en todo el globo. En las versiones neoliberales más recientes de ese mismo proceso, cada vez más capas sociales de las poblaciones del mundo entero, incluidos los países capitalistas avanzados, han sido desposeídas de sus bienes, incluido el acceso independiente a los medios de producción u otros medios de supervivencia (por ejemplo, pensiones para los ancianos o subsidios de bienestar estatales).

Las ironías ideológicas y políticas envueltas en la promoción de esa libertad burguesa «de doble filo» no le pasan desapercibidas a Marx. Hoy día se nos vende una oferta de saldo sobre los aspectos positivos de la libertad y nos vemos obligados a aceptar como inevitables o incluso naturales sus aspectos negativos. La teoría liberal se basa en doctrinas de derechos y libertades individuales. Desde Locke hasta Hayek y más allá, todos los ideólogos del liberalismo y el neoliberalismo han asegurado que la mejor defensa de tales derechos y libertades individuales es un sistema de mercado basado en la propiedad privada y en las reglas burguesas de independencia, reciprocidad e individualismo jurídico descritas por Marx (y aceptadas, a efectos de investigación) en el capítulo II de *El Capital*.

Dada la dificultad de protestar contra ideales universales de libertad, se nos persuade fácilmente para aceptar la ficción de que las libertades buenas (como la de poder elegir en el mercado) superan con mucho a las malas (como la de los capitalistas para explotar el trabajo de otros). Y si resulta precisa cierta dosis de represión para desposeer a la gente de su acceso a los medios de producción y asegurar el mantenimiento de la libertad de mercado, se justifica igualmente. Pronto nos encontramos hundidos en el macartismo, o en la bahía de Guantánamo, sin una oposición que le haga frente. Woodrow Wilson, el gran presidente liberal de Estados Unidos



que se esforzó por crear la Sociedad de Naciones, lo dijo así en una conferencia que pronunció en la Universidad de Columbia en 1907:

Dado que el comercio ignora las fronteras nacionales y que el fabricante insiste en tener al mundo entero como mercado, la bandera de este país debe seguirle y derribar los muros de las naciones que se cierran a él. Las concesiones obtenidas por los financieros deben ser salvaguardadas por los ministros de Estado, aunque la soberanía de las naciones reacias se vea ofendida en ese proceso. Hay que obtener o crear colonias, a fin de que no quede marginado u olvidado ningún rincón útil del mundo.

El objetivo ideológico esencial de Marx era poner de manifiesto la duplicidad que caracteriza la concepción burguesa de libertad (del mismo modo que cuestionaba la apelación de Proudhon al concepto burgués de justicia). El contraste entre la retórica libertaria de George W. Bush y la realidad plasmada en la base de Guantánamo es exactamente lo que cabía esperar.

¿Pero cómo llegaron los trabajadores a ser «libres» en ese doble sentido? «Al poseedor de dinero, para el que el mercado laboral no es más que una sección especial del mercado de mercancías en general, no le interesan las razones por las que se le acerca el trabajador libre para ofrecerle su trabajo, observa Marx, del mismo modo que tampoco nos interesa a nosotros por el momento» (227, 183). Aquí da por supuesto simplemente que la proletarianización ya ha tenido lugar y que existe un mercado laboral en funcionamiento; en cualquier caso, quiere dejar clara «una cosa»:

La naturaleza no produce, de un lado, poseedores de dinero o de mercancías, y, de otro, meros poseedores de su fuerza de trabajo personal. Esta relación no es obra de la historia natural, ni tampoco es una relación social común a todos los periodos de la historia. Evidentemente, es el resultado de un desarrollo histórico precedente, producto de muchas transformaciones económicas, de la destrucción de toda una serie de formaciones más antiguas de la producción social. (227-228, 183)

Hay que reconocer que el sistema de trabajo asalariado tiene un origen histórico específico, aunque solo sea para subrayar que la categoría de trabajo asalariado no es más «natural» que la del capitalista o la del propio valor. Más adelante nos ocuparemos de la historia de la proletarianización, pero por ahora Marx simplemente supone que ya existe un mercado laboral bien desarrollado. Reconoce sin embargo que

las categorías económicas que hemos estudiado llevan consigo su huella histórica. En la existencia del producto como mercancía se encierran determinadas condiciones

históricas [...] Si hubiéramos seguido investigando hasta averiguar en qué condiciones todos los productos, o al menos la mayoría de ellos, adoptan la forma de mercancía, habríamos descubierto que esto solo ocurre sobre la base de un modo de producción muy específico, el capitalista. (228, 183-184)

Marx nos recuerda así que lo que le interesa en este punto es el modo de producción capitalista, no otros modos de producción.

La producción de mercancías que existió en el pasado en diversas formas, junto con la circulación monetaria que también adoptó distintas formas históricas, está claramente relacionada en el pensamiento de Marx con el ascenso del trabajo asalariado. Ninguna de esas evoluciones es independiente de las demás en el ascenso al dominio del modo de producción capitalista. Una vez más, los argumentos histórico y lógico se entrelazan. La relación socialmente necesaria que vincula lógicamente la producción de mercancías a la monetización, y ambas a la mercantilización del trabajo asalariado, tiene orígenes históricos específicos. El sistema salarial y el mercado laboral, que a nosotros nos parecen obvios y lógicos, probablemente no lo eran tanto para la mayoría de la gente a finales del periodo feudal en Europa.

Las condiciones históricas de su existencia [del capital] no se dan en modo alguno con la circulación de mercancías y de dinero. El capital solo surge allí donde el poseedor de medios de producción y de existencia encuentra en el mercado al trabajador libre como vendedor de su fuerza de trabajo, y esta condición histórica circunscribe una historia del mundo. Por eso el capital anuncia desde un principio una época nueva en el proceso social de producción. (228-229, 184)

La fuerza de trabajo es sin embargo una mercancía particular, distinta de todas las demás. En primer lugar, es la única mercancía que tiene la capacidad de *crear valor*. Es el tiempo de trabajo socialmente necesario de los trabajadores el que queda coagulado en las mercancías, y son los trabajadores los que venden su fuerza de trabajo a los capitalistas. Estos utilizan a su vez esa fuerza de trabajo para organizar la producción de plusvalor. Observemos, no obstante, que la forma en que circula la fuerza de trabajo es M-D-M (los trabajadores llevan su fuerza de trabajo al mercado y la venden por dinero, lo que les permite comprar las mercancías que necesitan para sobrevivir). Así pues el trabajador, recuérdese, está siempre en el circuito M-D-M, mientras que el capitalista trabaja en un circuito D-M-D', por lo que uno y otro juzgarán con reglas diferentes su situación respectiva. El trabajador puede contentarse con el intercambio de equivalentes porque lo que le interesan son los valores de uso. El capitalista, en cambio, tiene que resolver el problema de obtener plusvalor a partir del intercambio de equivalentes.

¿Qué es lo que fija entonces el valor de la fuerza de trabajo como mercancía? La respuesta es complicada porque la fuerza de trabajo no es una mercancía en el sentido usual, no solo porque es la única que puede crear valor, sino también porque los determinantes de su valor son diferentes de los de las camisas y zapatos, tanto en principio como en los detalles. Marx menciona las diferencias sin detenerse a detallarlas.

El valor de la fuerza de trabajo, como el de cualquier otra mercancía, queda determinado por el tiempo de trabajo necesario para la producción, y por tanto también reproducción, de ese artículo específico. En tanto es valor, la propia fuerza de trabajo solo representa una cantidad determinada del trabajo social medio objetivado en ella [...] Para su mantenimiento, el individuo vivo necesita cierta cantidad de medios de subsistencia. El tiempo de trabajo necesario para la producción de la fuerza de trabajo se reduce, pues, al tiempo de trabajo necesario para la producción de esos medios de subsistencia, o dicho de otro modo, el valor de la fuerza de trabajo es el valor de los medios de subsistencia necesarios para la conservación de su poseedor. (229, 184-185)

El valor de la fuerza de trabajo queda fijado, pues, por el valor de las mercancías necesarias para mantener (y reproducir) al trabajador con cierto nivel de vida. Sumamos el valor del pan, las camisas, los zapatos y todas las demás cosas necesarias para mantener y reproducir a los trabajadores, y el total es lo que fija el valor de la fuerza de trabajo.

Parece un cálculo bastante simple, aparentemente no muy diferente del de cualquier otra mercancía. ¿Pero cómo se determinan las «necesidades» del trabajador? Esas necesidades distinguen al trabajo de todas las demás mercancías. En primer lugar, en el curso del trabajo, «se gasta una cantidad determinada de músculos, nervios, cerebro, etc., humanos, que hay que reponer». Si a los trabajadores se les exige cierto tipo de trabajo (por ejemplo, en una mina de carbón), pueden necesitar, digamos, más carne y patatas para mantenerse. Además, «la suma de medios de subsistencia tiene que bastar para mantener al trabajador como tal en su estado normal de vida». Pero de nuevo, ¿que es «normal»? Hay «necesidades naturales como la alimentación, el vestido, la calefacción y el alojamiento, [que] varían según el clima y otras condiciones naturales de cada país» (230, 185).

Las necesidades de los trabajadores son, pues, distintas en el Ártico que en zonas templadas; pero Marx expone a continuación la diferencia realmente significativa:

Por otro lado, el volumen de las llamadas necesidades naturales, así como el modo de satisfacerlas, es un producto histórico y por lo tanto depende en su mayor parte del nivel cultural de un país, y entre otras cosas, también y esencialmente, de las con-

diciones, los hábitos y expectativas con que se haya formado la clase de los obreros libres. A diferencia de otras mercancías, la determinación del valor de la fuerza de trabajo contiene, pues, un elemento histórico y moral. (230, 185)

De ahí se sigue que el valor de la fuerza de trabajo no es independiente de la historia de la lucha de clases. Además, «el nivel de civilización» de un país variará, por ejemplo, según la fuerza de los movimientos reformistas burgueses. El burgués respetable y virtuoso se siente a veces horrorizado al contemplar la pobreza de las masas, y el sentimiento de culpa le lleva a concluir que es inaceptable en una sociedad decente. Insiste en facilitar el acceso a un alojamiento decente, una sanidad decente, una enseñanza decente, etc. Algunas de esas medidas se pueden entender como interesadas (porque, por ejemplo, las epidemias de cólera no respetan las fronteras de clase), pero cualquier sociedad burguesa aprecia hasta cierto punto los valores civilizados, y eso desempeña un papel crucial en la determinación del valor de la fuerza de trabajo.

Marx apela al principio de que existe un conjunto de mercancías que establece los términos para lo que puede entenderse como un salario razonable en una sociedad y un momento determinados, pero no entra al detalle. En cualquier caso podemos seguir adelante con la indagación teórica, imaginando el valor de la fuerza de trabajo fijo y conocido, aunque como dato se modifique constantemente y siempre tenga que ser flexible, reflejando otras variables como los costes de reproducción del trabajador, de su formación y de la reproducción de habilidades para mantener a su familia y reproducir a la clase obrera (tanto en calidad como en cantidad) (231, 186-187).

La fuerza de trabajo tiene otra peculiaridad como mercancía que merece la pena señalar. El capitalista acude al mercado laboral y tiene que pagar por todas las mercancías (materias primas, maquinaria, etc.) antes de ponerlas a producir, pero en el caso de la fuerza de trabajo, el capitalista la contrata y no paga a sus suministradores hasta que ellos hayan realizado el trabajo. De hecho, el trabajador adelanta su mercancía, la fuerza de trabajo, al capitalista, confiando en ser pagado al final de la jornada, de la semana o del mes, aunque esto no siempre sucede; las empresas que se declaran en quiebra pueden dejar de pagar los salarios (234, 188). En la China actual, por ejemplo, en ciertos sectores (como la construcción) y en ciertas regiones (en particular en el norte del país) una alta proporción de la mano de obra no ha sido pagada en ocasiones, lo que ha dado lugar a importantes protestas.

Lo que Marx subraya aquí es que la noción de un nivel de vida aceptable para el trabajador varía según las circunstancias naturales, sociales, políticas e históricas. Obviamente, lo que es aceptable en una sociedad (digamos, por ejemplo, la China actual) no lo es necesariamente en otra (la Suecia actual), y lo que era aceptable en 1850 en Estados Unidos no es aceptable hoy en casi ningún país. Así pues, el valor de la fuerza de trabajo es muy variable, dependiendo no solo de las necesidades físi-

cas, sino también de las condiciones de la lucha de clases, el grado de civilización del país y la historia de los movimientos sociales (algunos de los cuales van más allá de aquello por lo que luchan directamente los propios trabajadores). Puede haber partidos socialdemócratas que exijan acceso a la sanidad, enseñanza, alojamiento, infraestructuras públicas –parques, agua, saneamiento, transporte público– para todos, así como oportunidades de pleno empleo con un salario mínimo. Todas esas cosas se pueden considerar derechos fundamentales en los países civilizados, dependiendo de su situación social y política.

De ahí que la fuerza de trabajo no se pueda considerar una mercancía como cualquier otra. Es la única capaz de crear valor y, por otra parte, en la determinación de su valor entran factores históricos y morales, sometidos a la influencia de una gran variedad de circunstancias políticas, religiosas y de otro tipo. Hasta el Vaticano ha emitido notables encíclicas sobre las condiciones de trabajo, y la teología de la liberación, cuyo apogeo se produjo en Latinoamérica durante las décadas de 1960 y 1970, desempeñó un papel clave en el fomento de movimientos revolucionarios motivados por el bajísimo nivel de vida de los más pobres. Así pues, el valor de la fuerza de trabajo no es constante. Fluctúa, no solo debido a la variación de los costes de los bienes de subsistencia, sino también porque el conjunto de mercancías necesarias para reproducir al trabajador se ve afectado por todas esas fuerzas diversas. En resumen, el valor de la fuerza de trabajo es sensible a los cambios de valor de las mercancías necesarias para mantenerla. Las importaciones baratas reducen ese valor, y así el fenómeno Walmart ha tenido una influencia significativa sobre el valor de la fuerza de trabajo en Estados Unidos. La hiperexplotación de la fuerza de trabajo en China reduce el valor de la fuerza de trabajo en Estados Unidos mediante las importaciones baratas. Esto también explica la resistencia, en muchos sectores de la clase capitalista, a poner barreras a la entrada o aranceles aduaneros a los artículos chinos, porque eso elevaría el coste de la vida en Estados Unidos, induciendo a una demanda de salarios más altos por parte de los trabajadores.

Marx, tras mencionar brevemente cuestiones de este tipo, las deja a un lado para concluir que, «sin embargo, en un país y en un periodo determinado, el promedio de los medios de subsistencia necesarios para el trabajador [y por tanto el valor de la fuerza de trabajo] es un dato conocido» (230, 175). Marx fija así como «dato conocido» en un país y un momento determinados lo que concede que es fluido y perpetuamente cambiante. ¿Hasta qué punto es razonable esa posición? Lo cierto es que le permite proseguir teóricamente explicando cómo se produce el plusvalor, aunque tenga que pagar por ello un precio.

En la mayoría de las economías nacionales se han hallado efectivamente medios para determinar con cierta precisión ese dato. La legislación con respecto al salario mínimo, por ejemplo, reconoce la importancia de contar con un *dato* fijo en un lugar

y momento determinados, mientras que las pugnas entre partidos sobre si elevarlo o no constituyen una excelente ilustración del papel que desempeña la lucha política en la determinación del valor de la fuerza de trabajo. Algunas campañas locales y nacionales en los últimos años sobre un «salario mínimo vital» también ilustran la idea de un *dato* general y de la lucha social sobre cuál debería ser su cuantía.

Un paralelismo aún más interesante con la formulación de Marx es el que se da en la determinación del llamado «umbral de pobreza». A mediados de la década de 1960 Mollie Orshansky diseñó un método para evaluarlo en términos del dinero necesario para comprar el conjunto de mercancías considerado imprescindible para la reproducción, con un nivel mínimamente aceptable, de una familia de cuatro miembros. Este es el tipo de *dato conocido* al que se refiere Marx. Desde la década de 1960, sin embargo, se ha debatido mucho con respecto a él, convirtiéndose incluso en un aspecto básico de la política gubernamental (por ejemplo, para la determinación de los subsidios de bienestar y la seguridad social). Pero se acabó convirtiéndose en una cuestión controvertida cuál debía ser exactamente el conjunto de mercancías incluido en la «cesta de la compra»: cuánto para transporte, cuánto para vestido, cuánto para comida, cuánto para alojamiento (¿y necesita realmente todo el mundo un teléfono móvil?). El nivel para una familia de cuatro miembros se sitúa actualmente en Estados Unidos en más de 20.000 dólares al año, y la derecha insiste en que se ha fijado un conjunto equivocado de mercancías necesarias, sobreestimando así la pobreza; pero en ciudades donde el coste de la vida es más alto, como Nueva York, hay estudios que sugieren que debería ser de 26.000 dólares o incluso más alto. Obviamente, los argumentos históricos, políticos y morales constituyen un factor importante al respecto.

Volvamos a la idea de la circulación de la fuerza de trabajo a través del circuito M-D-M y a la diferencia con el circuito D-M-D +  $\Delta D$  en el que se mueven los capitalistas. Marx comenta:

El valor de uso que el poseedor del dinero recibe en el cambio no se muestra sino en su consumo efectivo, en el proceso de consumo de la fuerza de trabajo [...] El proceso de consumo de la fuerza de trabajo es al propio tiempo el proceso de producción de la mercancía y del plusvalor. El consumo de la fuerza de trabajo, lo mismo que el de cualquier otra mercancía, se efectúa fuera del mercado o de la esfera de la circulación. (235-36, 189)

Y a continuación efectúa un notable cambio de perspectiva:

Abandonemos pues esa esfera ruidosa, situada en la superficie y visible para todos, junto con el poseedor del dinero y el de fuerza de trabajo, a fin de seguir a ambos

a los lugares ocultos de la producción, en cuya puerta se halla escrito: *No admittance except on business* [Prohibida la entrada excepto para asuntos de negocios]. Ahí veremos no solo cómo produce el capital, sino cómo se produce él mismo, y se nos revelará por fin el secreto del plusvalor. (236, 189)

Marx concluye el capítulo con una enérgica condena de la constitucionalidad y el derecho burgués. Abandonar la esfera de la circulación y el intercambio significa abandonar esa esfera que supuestamente constituía «un verdadero edén de los derechos innatos del hombre, cuando lo único que impera en el mercado es la Libertad, la Igualdad, la Propiedad y Bentham».

¡Libertad! Pues comprador y vendedor de una mercancía, por ejemplo de la fuerza de trabajo, solo están condicionados por su libre voluntad. Contratan como personas libres, iguales ante la ley [...] ¡Igualdad! Pues solo se relacionan como poseedores de mercancías e intercambian cosas equivalentes entre sí. ¡Propiedad! Pues cada uno solo dispone de lo suyo. ¡Bentham! Pues a cada uno de ellos no le preocupa más que lo suyo. El único poder que los reúne y relaciona es el de su egoísmo, su provecho personal, sus intereses privados. Y precisamente porque cada cual se preocupa de sí mismo y ninguno del otro, contribuyen todos ellos, debido a la armonía preestablecida de las cosas o bajo los auspicios de una providencia omnisciente, a realizar la obra de su provecho recíproco, de la conveniencia común, del interés general. (236, 190)

Esta descripción sarcástica de la constitucionalidad y el derecho liberal burgués nos lleva a la última fase de transición en su argumentación:

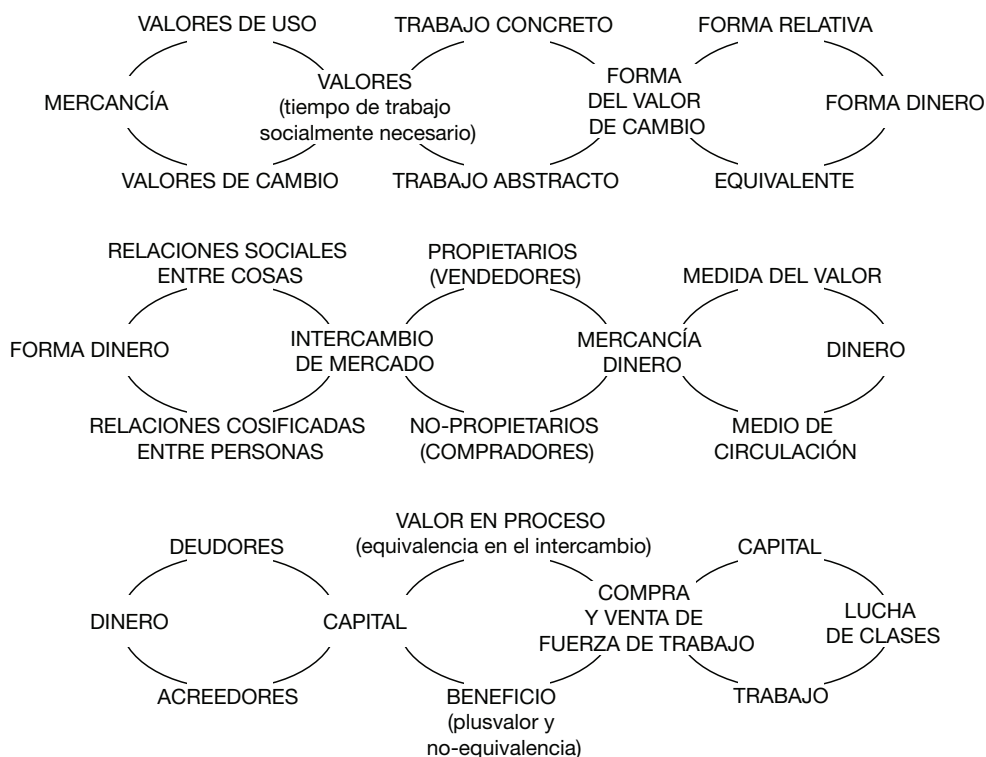
Al abandonar esta esfera de la circulación simple o del intercambio de mercancías, de donde el «librecambista vulgaris» toma prestadas las ideas, los conceptos y los criterios para enjuiciar la sociedad del capital y el trabajo asalariado, parece como si algo se transformase en la fisonomía de nuestras *dramatis personae*. El antiguo poseedor de dinero avanza convertido en capitalista, y el poseedor de fuerza de trabajo le sigue como obrero; uno pisando fuerte y sonriendo desdeñoso, todo ajetreado; el otro tímido y receloso, de mala gana, como quien lleva su propia piel al mercado y no puede esperar de él otra cosa que la tenería. (237, 190-191)

Esta última reflexión sobre el derecho burgués, que se hace eco de la dualidad de la supuesta libertad del trabajador, da paso en el argumento hacia una consideración del momento mucho menos visible de la producción que suele tener lugar en la fábrica, y es a ese terreno al que seguiremos a Marx a continuación.

# IV

## El proceso de trabajo y la producción de plusvalor

Echemos una mirada hacia atrás, al camino por el que nos ha traído hasta aquí la argumentación de Marx, con la ayuda de un diagrama de su cadena dialéctica:



Ruta seguida por la argumentación en el libro primero de *El Capital*.



Esta esquematización supone inevitablemente una injusticia para la riqueza de su pensamiento, pero creo que será útil a guisa de plano cognitivo con el que navegar más fácilmente por sus turbulentas aguas.

Comienza con el concepto unitario de mercancía, que incorpora la dualidad entre valor de uso y valor de cambio. Bajo este último está el concepto unitario de valor definido como tiempo de trabajo socialmente necesario («socialmente necesario» conlleva que alguien desea o necesita el valor de uso). El valor interioriza una dualidad del trabajo, concreto y abstracto, que se unen en el acto del intercambio mediante el que el valor se expresa en la dualidad de las formas relativa y equivalente del valor. De ahí surge una mercancía-dinero como representante de la universalidad del valor, pero que encubre el significado interno del valor como relación social dando lugar al fetichismo de la mercancía, desdoblado en relaciones cosificadas entre personas y relaciones sociales entre cosas. En el mercado las personas se relacionan entre sí, no como tales, sino como compradores y vendedores de cosas. Ahí Marx supone, como en la teoría liberal, derechos de propiedad privada, individuos jurídicos y mercados con funcionamiento perfecto. En ese mundo el dinero, representación del valor, asume dos papeles distintos y potencialmente antagonistas, como medida del valor y como medio de circulación. Pero en definitiva solo hay un dinero, y la tensión entre esas dos funciones es aparentemente resuelta por una nueva relación dineraria entre deudores y acreedores, que desplaza el foco de la forma de circulación M-D-M a la forma de circulación D-M-D', prototipo del concepto de capital, definido no como una cosa, sino como una forma de circulación del valor que produce plusvalor (beneficio),  $D-M-D + \Delta D$ . Esto plantea una contradicción entre la equivalencia supuesta en el intercambio perfecto de mercado y la no equivalencia requerida en la producción de plusvalor, contradicción «resuelta» por la existencia de una mercancía, la fuerza de trabajo, que se puede comprar y vender en el mercado y utilizar para producir valor y, con él, plusvalor. Y así llegamos, finalmente, a la gran contradicción expresada en la lucha de clases entre capital y trabajo.

Obsérvese, por favor, que no se trata de una cadena causal de argumentos, sino del despliegue gradual de diferentes niveles de complejidad a medida que la argumentación se amplía y profundiza, de una simple oposición en la mercancía, a apreciaciones cada vez más perspicaces sobre distintos aspectos del funcionamiento del modo de producción capitalista. Esta expansión dialéctica se mantiene a lo largo del libro, por ejemplo en el surgimiento de una relación y lucha de clases y en los conceptos duales de plusvalor absoluto y relativo, y amplía su escala a la macrodicotomía entre la totalidad del libro primero, que se concentra en la producción de plusvalor, y el libro segundo, enfocado principalmente hacia la circulación y realiza-

ción del plusvalor. Las tensiones (contradicciones) entre producción y realización subyacen bajo la teoría de las crisis del libro tercero, pero me estoy adelantando demasiado en la reseña.

Este diagrama cognitivo nos ayuda a entender cómo hace «crecer» orgánicamente Marx su argumentación y con qué saltos dialécticos, pero recuérdese que se trata de un mero esqueleto sobre el que Marx dispone un análisis de la carne y sangre real de un modo de producción capitalista en evolución y contradictorio.

## Capítulo V. Proceso de trabajo y proceso de valorización

### *[Sección tercera]*

Abandonamos pues la «ruidosa» esfera del mercado, la esfera de la libertad, la igualdad, la propiedad y Bentham, para adentrarnos en el proceso de trabajo, a cuya entrada se ha fijado el letrero: «Prohibida la entrada excepto para asuntos de negocios». Este capítulo es sin embargo inusitado en un aspecto. En su mayor parte, Marx insiste en que solo emplea las categorías conceptuales formuladas y apropiadas para un modo de producción capitalista. El valor, por ejemplo, no es una categoría universal, sino algo único en el capitalismo y que brota en la era burguesa (como hemos visto, Aristóteles no podría haberlo entendido, dadas las condiciones sociales de la esclavitud). Pero en este capítulo, o al menos en sus diez primeras páginas, Marx introduce una polémica universal, que abarca todos los modos de producción posibles. «Para empezar tenemos que considerar el proceso de trabajo –dice– independientemente de cualquier forma social específica» (241, 192), reafirmando la posición formulada anteriormente de que el trabajo es «una condición de la existencia humana independiente de todas las formas de sociedad, una necesidad natural eterna para mediar en el metabolismo entre hombre y naturaleza, y por tanto en la propia vida humana» (65, 57).

Aun así, no deberíamos interpretar esas afirmaciones en los acostumbrados términos burgueses que presuponen una clara separación entre «hombre y naturaleza», cultura y naturaleza, natural y artificial, mental y físico, en la que la historia aparece como una lucha titánica entre dos fuerzas independientes y contrapuestas, humanidad y naturaleza. En opinión de Marx, en el proceso de trabajo, que es a la vez totalmente natural y totalmente humano, no se da esa separación neta, presentándolo dialécticamente como un «metabolismo» [*Stoffwechsel*] entre lo natural y lo humano.

Pero dentro de esa concepción unitaria del proceso de trabajo, tal como ocurría en el caso de la mercancía, apreciamos inmediatamente una dualidad. Es, dice Marx, «un proceso entre humanos y naturaleza, un proceso en el que el ser humano,

mediante sus propias acciones, media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza». El ser humano es un agente activo en su relación con el mundo que lo rodea.

Se enfrenta a la materia de la naturaleza como un poder natural. Pone en movimiento las fuerzas naturales pertenecientes a su corporeidad, brazos y piernas, manos y cabeza, para apropiarse de los materiales de la naturaleza en una forma útil para su vida. Al actuar mediante ese movimiento sobre la naturaleza exterior a él y cambiarla, transforma al mismo tiempo su propia naturaleza. (241, 192)

Ahí es donde encontramos más claramente la formulación dialéctica de Marx de nuestra relación con la naturaleza. No podemos transformar nuestro entorno sin transformarnos a nosotros mismos, y recíprocamente, no podemos transformarnos a nosotros mismos sin transformar todo nuestro entorno. El carácter unitario de esta relación dialéctica, aunque incluya una «exteriorización» de la naturaleza y una «interiorización» de lo social, no se puede eliminar nunca. Esa dialéctica de transformación perpetua de sí mismo transformando el mundo, y viceversa, es fundamental para entender la evolución de las sociedades humanas así como la evolución de la propia naturaleza. Ahora bien, ese proceso no es exclusivo de los seres humanos; también lo realizan las hormigas, los castores y todo tipo de organismos. Toda la historia de la vida sobre la tierra está llena de interacciones dialécticas de ese tipo. James Lovelock, por ejemplo, argumenta en su «Hipótesis Gaia» que la atmósfera que respiramos no estuvo siempre ahí, sino que fue creada por organismos que en otro tiempo respiraban metano y producían oxígeno. La dialéctica entre la vida orgánica y la evolución del mundo natural han sido decisivas desde siempre.

En textos anteriores Marx insistió mucho en la idea de una «especie» propiamente humana (basándose quizá en la antropología de Kant así como en posteriores formulaciones antropológicas de Feuerbach). Esta idea retrocede a un plano muy secundario en las formulaciones de *El Capital*, pero ejerce ocasionalmente una vaga influencia, como en este caso. ¿Qué es, pues, lo que hace del trabajo una actividad exclusivamente humana? A su juicio,

Una araña ejecuta operaciones que se parecen a las de un tejedor, y la abeja avergüenza con la construcción de sus celdillas a más de un arquitecto. Pero lo que distingue al peor arquitecto de la mejor abeja es que ha construido la celdilla en su cerebro antes de construirla en cera. Al final del proceso de trabajo se obtiene un resultado que existía ya al comienzo del mismo en la imaginación del trabajador en forma ideal [esto es, mentalmente]. (242, 193)

La distinción tiene importancia. Tal como dice Marx, primero tenemos una idea, y a continuación la llevamos a la práctica. Siempre hay, por tanto, un momento «ideal» (mental), un momento utópico, inserto en la actividad productiva humana. Además, ese momento no es ocasional: «No efectúa únicamente un cambio de forma del elemento natural, sino que al mismo tiempo realiza su propósito en él» (242, 193). Su actividad tiene pues un propósito, del que es consciente y del que «sabe que está regido como por una ley por la modalidad de su acción y al que debe supe- ditar su voluntad. Y esta subordinación no constituye un acto aislado». Tiene que –tenemos que– dedicarle una cuidadosa atención, y

cuanto menos atractivo sea el trabajo para el obrero, por su contenido y por su modo de ejecución, cuanto menos disfrute de él como un juego de sus fuerzas físicas y espirituales, tanto más concentrada deberá ser esa atención. (242, 193)

Con respecto a esos pasajes cruciales –que lo son verdaderamente– conviene hacer algunas matizaciones. Para empezar, es evidente que Marx está respondiendo aquí a las ideas de Fourier sobre el proceso de trabajo. Fourier pensaba que el trabajo debía ser alegre, un compromiso apasionado y erótico si no puro juego. Marx dice que no es así, y que se requiere mucho trabajo duro y autodisciplina para realizar lo imaginado, para llevar a la práctica un propósito consciente. En segundo lugar, Marx atribuye un papel vital a las concepciones mentales, a la acción consciente y deliberada, lo que contradice una de esas ideas que tantas veces se le han atribuido, en concreto que las circunstancias materiales determinan la conciencia y que nuestros pensamientos vienen dictados por las circunstancias materiales de nuestra vida. Aquí dice claramente: no, hay un momento en que lo ideal (lo mental) condiciona inmediatamente lo que hacemos. El arquitecto –y creo que es importante entender al arquitecto aquí como metáfora más que como profesión– tiene la capacidad de pensar el mundo y de rehacerlo según su imagen. Algunos comentaristas argumentan que o bien Marx olvidó sus propias máximas en este pasaje, o que estaba realmente esquizofrénico y que hay dos Marx antitéticos: uno, el de este párrafo, que concede un lugar al libre juego de las ideas y las actividades mentales; otro, el determinista, el que mantiene que nuestra conciencia, así como lo que pensamos y hacemos, está determinado por nuestras circunstancias materiales. Yo creo que ninguna de las dos opiniones es acertada. Es muy poco probable que en *El Capital*, y menos aún en este texto, en un capítulo decisivo sobre el trabajo que fue cuidadosamente revisado antes de su publicación (y más tarde modificado teniendo en cuenta las críticas), Marx adoptara una posición que no fuera fielmente coherente con su imagen del mundo. Si esos párrafos hubieran sido tomados de alguno de sus cuadernos de notas, o incluso de los *Grundrisse*, cabría la duda, pero este es un mo-

mento de transición decisivo en la argumentación de *El Capital*, que merece por tanto una seria lectura y una cuidadosa reflexión.

La concepción dialéctica de Marx del proceso de trabajo como momento metabólico implica inmediatamente que las ideas no pueden provenir de la nada. Las ideas son en cierto sentido totalmente naturales (posición fundamentalmente opuesta al idealismo hegeliano), por lo que no hay nada extraño en decir que surgen de la relación metabólica con la naturaleza material y siempre llevan la marca de ese origen. Nuestras concepciones mentales del mundo no están divorciadas de nuestras experiencias materiales ni de nuestros compromisos con él, y por lo tanto no son independientes de esos compromisos. Pero se da (y es instructivo al respecto el paralelismo con el caso del dinero y las mercancías) una exteriorización inevitable de una relación interna, y del mismo modo que el mundo del dinero (en particular cuando asume formas simbólicas) puede parecer estar y «realmente está» (véase el argumento sobre el fetichismo) enfrentado al mundo de las mercancías y sus valores de uso, nuestras concepciones mentales se mueven en una relación externa con el mundo material que tratamos de reconfigurar. Se da, por tanto, un movimiento dialéctico, cuando la imaginación fluye libremente, cuando puede decir, y lo hace: voy a construir esto en lugar de aquello, a reconfigurar los elementos materiales aprovechando las fuerzas naturales (incluidos los músculos humanos) a fin de producir algo nuevo y diferente (como el alfarero en la rueda). Es ese margen de apertura a las ideas y las concepciones mentales el que capta aquí la formulación de Marx, y exactamente del mismo modo que el sistema monetario puede descontrolarse y dar lugar a crisis financieras, nuestras concepciones mentales (nuestras fijaciones ideológicas) pueden descontrolarse y generar crisis. De hecho, esa es exactamente la posición que mantiene Marx con respecto a la concepción burguesa del mundo, con sus fantasías robinsonianas y su exaltación de un individualismo posesivo ficticio y de los mercados con funcionamiento perfecto. Del mismo modo que el sistema monetario se ve obligado en cierto momento a volver a la sensatez en relación con el mundo material del trabajo socialmente necesario, la concepción burguesa del mundo, que tan interiorizada tenemos y de la que tanto nos cuesta desprendernos, tiene que dar paso a una configuración de concepciones mentales más adecuada si queremos resolver los gravísimos problemas sociales y medioambientales del capitalismo contemporáneo. A este respecto, la lucha por concepciones mentales apropiadas (que habitualmente consideramos «meramente» superestructurales, aunque Marx especificara que ese es el terreno en el que «nos hacemos conscientes» de los problemas y los «combatimos») tiene que desempeñar un papel significativo. ¿Por qué si no puso tanto esfuerzo Marx en escribir *El Capital*? Esos párrafos en los que Marx reflexiona sobre las concepciones mentales, la conciencia, el propósito y el com-

promiso, no son pues en modo alguno incoherentes con la dinámica de la evolución social y la transformación mediante el trabajo de la naturaleza, y en particular de la naturaleza humana, sino que son, por el contrario, fundamentales.

Marx nos dice también que los proyectos (como el de construir una casa) exigen un trabajo duro para completarse, y que una vez que nos hemos embarcado en un proyecto, a menudo nos vemos encerrados en sus confines; tenemos que supeditar-nos a sus exigencias y someternos, a nosotros mismos y a nuestras pasiones, a los requerimientos que conlleva el propósito si queremos completarlo. Cada vez que escribo un libro, por ejemplo, comienzo con una idea que suena brillante y excitante, ¡pero cuando lo he acabado me siento como si saliera de una prisión! En cualquier caso, ahí tenemos algo enjundioso a considerar: en el centro mismo de la sensibilidad crítica de Marx está la idea de que los seres humanos caemos muy fácilmente prisioneros de nuestros propios productos y proyectos, por no hablar de las falsas concepciones mentales del mundo. Esta sensibilidad crítica se puede aplicar con la misma severidad tanto al comunismo, al socialismo o a la antigua Roma como al capitalismo, que es donde Marx la despliega con mayor energía y persuasión.

En esos párrafos hay algo más que los hace interesantes. Marx, en mi opinión, atribuye un sentido no solo de creatividad sino también de nobleza al proceso de trabajo. A mí me parece un argumento profundamente romántico. Marx se vio indudablemente influido por el romanticismo de principios del siglo XIX. Sus primeros textos están impregnados de sentimientos y significados románticos; y aunque esa sensibilidad se mitiga en escritos posteriores, no es difícil detectar su presencia (si bien el concepto de alienación, por ejemplo, se desplaza del subjetivismo hegeliano presente en los *Manuscritos económicos y filosóficos* a cobrar un significado de clase más técnico en *El Capital*). Pero aquí dice directamente que los seres humanos pueden transformar el mundo de forma radical, según su imaginación y su propósito, y ser conscientes de lo que están haciendo, con lo que también pueden transformarse a sí mismos. Debemos pues reflexionar sobre nuestros propósitos y sobre nuestra forma de intervenir colectivamente en el mundo, transformándonos a nosotros mismos. Podemos y debemos aprovechar creativamente esa posibilidad dialéctica. No existe, por tanto, ninguna transformación neutra de una naturaleza exterior a nosotros. Lo que hacemos «ahí fuera» está íntimamente relacionado con nuestro «aquí dentro». Marx nos hace pensar sobre lo que significa exactamente esa dialéctica tanto para nosotros como para la naturaleza de la que formamos parte: de ahí su enfoque universalista para entender el proceso de trabajo y que la naturaleza humana no es algo dado para siempre, sino en perpetua evolución.

Esta posición de Marx es discutible (como lo es quizá mi propia lectura al respecto), y se puede atacar desde muy diversos puntos de vista, ya sea el de Fourier, por ejemplo, o alguna versión de las posiciones autonomistas-marxistas de Toni

Negri, John Holloway o Harry Cleaver, cuyo *Reading Capital Politically*<sup>1</sup> supone una intensa investigación en las cuestiones que vamos a tratar ahora; pero habrá que llegar a un acuerdo sobre lo que dice Marx, cuál es su posición y su concepción de las posibilidades reales para el trabajo creativo y para cambiar el mundo.

¿Cómo se puede caracterizar entonces el proceso de trabajo, condición universal de posibilidad de la existencia humana? Marx distingue tres elementos característicos: «actividad adecuada a un fin, esto es, el propio trabajo, el objeto [material] sobre el que se efectúa ese trabajo, y los instrumentos de ese trabajo» (242-243, 193). Inicialmente, el objeto sobre el que se realiza el trabajo es la tierra (que desde el punto de vista económico incluye también al agua), pero Marx pasa inmediatamente a las materias primas, «objetos ya filtrados, por decirlo así, por un trabajo anterior», esto es, parcialmente transformados, creados o extraídos por el trabajo humano. Una distinción similar surge en el caso de los instrumentos de trabajo, que pueden tomarse directamente de la naturaleza, como bastones, piedras, conchas, etc., pero también pueden ser conscientemente fabricados, como cuchillos y hachas. Así pues, aunque la tierra puede haber sido «nuestra alacena y nuestra caja de herramientas original», los seres humanos ampliaron tanto una como otra siguiendo un designio consciente. «El hombre –dice Marx citando con cierta aprobación a Benjamin Franklin– se puede definir como *a toolmaking animal* [un animal fabricante de herramientas].» «El uso y la fabricación de medios de trabajo, aunque en germen se den ya en ciertas especies animales, caracterizan el proceso de trabajo específicamente humano» (243-244, 194). Marx ofrece a continuación una observación sobre la que se extenderá más adelante:

Lo que distingue unas épocas económicas de otras no es lo que se hace sino cómo y con qué instrumentos de trabajo se hace. Los medios de trabajo no solo indican el grado de desarrollo de la fuerza de trabajo humana, sino también las relaciones sociales en las que se trabaja. (244, 195)

De ahí se deduce que la transformación de nuestros medios de trabajo tiene consecuencias para nuestras relaciones sociales y viceversa; que cuando cambian nuestras relaciones sociales, también debe cambiar nuestra tecnología, y que cuando nuestra tecnología cambia, también cambian nuestras relaciones sociales. Ahí apunta pues Marx la idea de una dialéctica entre tecnología y relaciones sociales que será importante más adelante. Se trata, como hemos visto, de una estrategia típica de Marx: insertar un comentario de este tipo como precursor de lo que expondrá más adelante.

---

<sup>1</sup> Harry Cleaver, *Reading Capital Politically*, Leeds, AK/Anti-Thesis, 2000.

Pero no debemos ocuparnos únicamente de los instrumentos en el sentido convencional. Las infraestructuras físicas, también producidas por el trabajo humano, pueden no estar directamente implicadas en el proceso de trabajo, pero son imprescindibles para su ejecución. «Medios de trabajo de este tipo, posibilitados por el trabajo humano, son por ejemplo los locales donde se trabaja, los canales, las carreteras, etc.» (245, 195). El proceso de trabajo depende no solo de la extracción de materiales de la naturaleza, sino también de un entorno construido de terrenos, carreteras e infraestructura urbana (lo que a veces se denomina «segunda naturaleza»).

¿Qué podemos decir pues del propio proceso de trabajo? Ahí Marx vuelve a una consideración de las relaciones entre procesos y cosas. El trabajo es un proceso: es transformar algo en algo diferente. Esa transformación extingue un valor de uso existente y crea otro distinto. Además, «lo que en el trabajador era dinamismo –esto es, movimiento–, aparece ahora en el producto como cualidad fija e inmóvil, bajo la forma del ser. El obrero es el tejedor y el producto el tejido» (245, 195). Esa diferencia entre procesos y objetos está siempre presente.

Es muy de apreciar esa característica de las formulaciones de Marx. Como enseñante me veo constantemente confrontado con la relación proceso-cosa. El proceso de aprendizaje de un estudiante se juzga al final por actos lingüísticos performativos, ya sean exámenes o trabajos escritos, pero a veces es difícil, si no imposible, evaluar así el proceso. Los estudiantes pueden encontrarlo asombrosamente ilustrativo y aprender mucho, pero si el trabajo que me presentan es rematadamente malo, la calificación que obtienen es «muy deficiente»; y entonces se quejan diciendo: «¡Pero si he aprendido mucho en este curso!», a lo que respondo: «¿Cómo puede usted escribir un texto como este y decir que ha aprendido algo?». En cualquier caso, se trata de un problema con el que topamos todos frecuentemente; podemos meter la pata a fondo al producir la cosa, pero aprendemos muchísimo durante el proceso.

Para Marx, el núcleo del trabajo es el proceso. Exactamente del mismo modo que presentó al capital como un proceso de circulación, presenta el trabajo como un proceso de fabricación. Pero es un proceso de fabricación de valores de uso, y bajo el capitalismo esto significa producir valores de uso en forma de mercancía para algún otro. ¿Debe tener un uso inmediato ese valor de uso? No necesariamente, porque el trabajo pasado puede quedar almacenado para su uso en el futuro (hasta las sociedades más primitivas suelen conservar una parte del producto excedente para utilizarla en caso de apuro). Nuestro mundo almacena una enorme cantidad de trabajo pasado en nuestros campos, ciudades e infraestructuras físicas, parte de ella desde hace muchísimo tiempo. La actividad laboral cotidiana es precisa, pero el almacenamiento del trabajo en forma de productos y cosas también desempeña un papel fundamental. Además, el proceso de trabajo produce a menudo simultáneamente distintas cosas, en lo que se suelen llamar «productos conjuntos». La cría de



ganado produce leche, carne y estiércol, y las ovejas criadas por su carne producen lana quíerese o no. Esto planteará problemas bajo el capitalismo: ¿cómo se deben valorar, por ejemplo, esos múltiples productos conjuntos? También está el problema de la relación entre los productos del trabajo pasado y las actividades presentes. Esto se hace particularmente importante en el caso del valor de las máquinas: «una máquina que no está activa en el proceso de trabajo es inútil». De ahí se deduce que

El trabajo vivo tiene que tomar en sus manos estas cosas, resucitarlas de entre los muertos, convertirlas de valores de uso posibles en valores de uso reales y activos. Lamidos por el fuego del trabajo [y con esto Marx regresa de nuevo a la centralidad del trabajo como proceso], apropiados como cuerpo del mismo, animados a sus funciones en el proceso según su definición y cometido, [las máquinas] son efectivamente consumidas, pero de un modo provechoso y racional, como elementos de creación de nuevos valores de uso, de nuevos productos, susceptibles de insertarse en el consumo individual como medios de subsistencia, o en un nuevo proceso de trabajo como medios de producción. (248-249, 198)

Es pues el contacto con el trabajo vivo el que resucita el valor del trabajo muerto coagulado en los productos del pasado. Esta cuestión establece una distinción vital entre consumo productivo e individual. El consumo productivo es trabajo pasado que se consume en un proceso de trabajo actual para dar lugar a un valor de uso enteramente nuevo; el consumo individual es lo consumido por la gente al reproducirse a sí misma.

«El proceso de trabajo –argumenta Marx como conclusión– es una actividad racional encaminada a la producción de valores de uso, apropiación del elemento natural para las necesidades humanas, condición general del intercambio material entre el ser humano y la naturaleza [obsérvese de nuevo la importancia de la idea de interacción metabólica en el análisis de Marx], eterna condición natural de la vida humana y por tanto independiente de la forma de esa vida» (que es lo que decía también en la página 65, 57),

o más bien común a todas sus formas sociales. Por eso, para exponerla, no hemos tenido necesidad de presentar al trabajador en relación con otros. Bastaron, de una parte, el hombre y su trabajo, y de otra la naturaleza y sus materiales. Del mismo modo que no se nota en el sabor del trigo quién lo ha cultivado, tampoco se ve en este proceso en qué condiciones se efectúa. (250, 198-199)

Lo que Marx hace en esas pocas páginas es ofrecer disecciones y descripciones físicas universales del proceso de trabajo, independientes de cualquier forma-

ción social concreta, privados de cualquier significado social particular. Puedo describir a alguien cavando una zanja con todo su detalle físico, incluida su relación con el trabajo pasado incorporado a la azada, pero no puedo extraer de esa conclusión si se trata de un aristócrata tronado que lo hace como ejercicio, si es un campesino, si es un esclavo, si es un trabajador asalariado o un condenado a trabajos forzados. Así pues, existe la posibilidad de considerar el proceso de trabajo como un proceso puramente físico, sin conocer nada sobre las relaciones sociales en las que está inserto y sin referirse a las concepciones ideológicas y mentales que surgen dentro de, digamos, un modo de producción capitalista. Lo que está por ver es qué uso específico hace el capitalismo de esas capacidades y fuerzas universales.

### *La forma capitalista del proceso de trabajo*

«Volvamos ahora a nuestro aspirante a capitalista, al que habíamos dejado después de comprar en el mercado todos los factores necesarios del proceso de trabajo, tanto los factores objetivos o medios de producción como el factor personal, la fuerza de trabajo.» Ahora bien, el contrato entre capital y trabajo en la compra y venta de la fuerza de trabajo como mercancía tiene dos cláusulas especiales. La primera es que «el obrero trabaja bajo el control del capitalista, a quien pertenece su trabajo» (250-251, 199). Esto es, cuando alguien vende su fuerza de trabajo a un capitalista, este tiene el derecho a dirigir su trabajo y a asignarle tareas. Aunque es probable que surjan disputas si esas tareas son peligrosas para la vida o la integridad del trabajador, el principio general es que el obrero recibe el dinero para sobrevivir y a cambio el capitalista puede ordenarle hacer esto o aquello. La fuerza de trabajo es una mercancía que pertenece al capitalista durante el periodo contratado. La segunda condición es que todo lo que el trabajador produzca durante el periodo contratado pertenece al capitalista, no al trabajador. Aunque sea este el que produce la mercancía y el que incorpora en ella trabajo concreto y valor, no le pertenece. Esta es una transgresión llamativa de la concepción lockeana según la cual quienes crean valor combinando su trabajo con la tierra tienen derecho a poseer para sí ese valor (propiedad privada). Creo que cualquiera puede ver que esas dos condiciones equivalen a la total alienación (aunque Marx no utilice esa palabra aquí) con respecto al trabajador del potencial creativo que lo une al trabajo y a su producto. «Desde el momento en que pisa el taller del capitalista, el valor de uso de su fuerza de trabajo, esto es, su uso, el trabajo, pertenece al capitalista. Con la compra de la fuerza de trabajo, el capitalista incorpora el propio trabajo como fermento vivo –de nuevo encontramos aquí al trabajo como «el fuego vivo que da forma» [*das lebendige, ges-*

*taltende Feuer*] de los *Grundrisse*<sup>2</sup>— a los elementos muertos constitutivos del producto que también le pertenecen (251, 200).

Esas dos condiciones, no obstante, permiten al capitalista organizar la producción para

producir una mercancía cuyo valor sea superior a la suma de valores de las mercancías invertidas en su producción, de los medios de producción y de la fuerza de trabajo para los que adelantó su buen dinero en el mercado. No solo quiere producir un valor de uso, sino una mercancía, no solo valor de uso, sino valor, y no solo valor, sino también plusvalor.

Así como en la mercancía se unían valor de uso y valor, en su proceso de producción se da una nueva unidad, entre «el proceso de trabajo y el proceso de creación de valor» (253, 201). Eso es lo que el capitalista tiene que hacer, ese es su propósito consciente, porque el origen del beneficio reside en el plusvalor, y el capitalista tiene como principio rector la búsqueda de beneficio.

Tal como dice Marx,

todas las condiciones del problema quedan satisfechas sin infringir en modo alguno las leyes del intercambio de mercancías. Un equivalente se cambió por otro. En su calidad de comprador, el capitalista pagó cada mercancía a su precio: algodón, husos, fuerza de trabajo. Hizo lo que hace todo comprador de mercancías: consumió su valor de uso. (263, 209)

Así tiene pues la posibilidad de producir mercancías con mayor valor que el de las compradas al principio, y de ahí la producción de plusvalor. «Todo este proceso de transformación de su dinero en capital —concluye Marx— transcurre y no transcurre en la esfera de la circulación» (263, 209). Los materiales y la fuerza de trabajo son comprados en el mercado por su valor, pero el trabajo introduce más valor en las mercancías producidas durante el proceso, fuera del mercado. Las condiciones «satisfechas» son las establecidas al final del apartado IV.2: que el propietario de dinero «tiene que comprar las mercancías por su valor, venderlas por su valor, y sin embargo obtener al final del proceso más valor del que invirtió» (224, 181). El resultado parece mágico, porque el capital no solo parece capaz de poner huevos de oro, sino de

---

<sup>2</sup> *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, cit., vol. I, p. 306 (p. 278 de la ed. alemana citada) [N. del T].

incorporar fuerza de trabajo viva en su materialidad muerta, [con lo que] transforma simultáneamente el valor, trabajo pasado, objetivado, muerto, en capital, en valor que se valoriza a sí mismo, un monstruo animado que rompe a «trabajar» como si tuviera amor en el cuerpo [Marx cita aquí el cap. 8 del *Fausto* de Goethe]. (263, 209)

La fórmula de la circulación es, pues,

$$\begin{array}{ccccccc} & & FT & & & & \\ & & & & & & \\ D-M & & & \dots\dots & PT & \dots\dots\dots & M-D + \Delta D \\ & & MP & & & & \end{array}$$

Examinemos más detalladamente las distintas etapas de este proceso. El capitalista tiene que comprar medios de producción (MP): materias primas, maquinaria, artículos semimanufacturados, todos ellos productos del trabajo pasado (valores coagulados). Tiene que pagar por esas mercancías su valor, según las reglas del intercambio. Si se necesita una rueca o un huso, es el tiempo de trabajo socialmente necesario incorporado en ellos el que fija su valor; no es socialmente necesario que nadie utilice un huso de oro. Para poner en marcha el proceso de trabajo, el capitalista necesita un acceso adecuado a los medios de producción en el mercado. Lo que le permite la fuerza de trabajo (FT) que compra es la reanimación de esos medios de producción «muertos» mediante el proceso de trabajo (PT).

Durante el proceso de trabajo, este cambia constantemente de la forma dinámica a la del ser, de la del movimiento a la de la objetividad. Al cabo de una hora, el movimiento del hilado se presenta en cierta cantidad de hilo, o sea, una determinada cantidad de trabajo, una hora de trabajo, se objetiva en el algodón. Decimos hora de trabajo, o sea, gasto de las fuerzas vitales del hilandero durante una hora, puesto que el trabajo de hilandería figura aquí únicamente en cuanto que es gasto de fuerza de trabajo y no en cuanto trabajo específico de hilado. (256, 204)

Con otras palabras, es trabajo abstracto que se incorpora al acto del hilado, añadiéndose su valor en forma de tiempo de trabajo socialmente necesario coagulado en el hilo. El resultado es que

cantidades de producto definidas y determinadas por la experiencia, no representan ahora más que determinadas cantidades de trabajo, una masa determinada de tiempo de trabajo coagulado. No son más que materialización de una hora, dos horas, una jornada de trabajo social. (257, 204)

Además, «es de extrema importancia que mientras dure el proceso de transformación del algodón en hilo solo se consuma el tiempo de trabajo socialmente necesario [en determinadas condiciones sociales]» (256-257, 204). Pero al final de la jornada de trabajo, si todo va bien, el capitalista se encuentra mágicamente en posesión de plusvalor. «Nuestro capitalista se queda perplejo», dice Marx sarcásticamente. ¿No debería ser el valor del producto «igual al valor del capital anticipado», una simple suma de todos los valores de los inputs (258)? ¿De dónde procede el plusvalor, dada la ley de la equivalencia en los intercambios? ¿El camino del infierno –dice Marx con la misma ironía– está empedrado de buenas intenciones» (259, 206).

Así pues, los capitalistas buscan razones virtuosas para explicar el plusvalor. Consideremos en primer lugar su muy alabada frugalidad. Los capitalistas se abstienen de consumir todas sus ganancias e invierten la mayor parte del dinero que ahorran. ¿No merecen acaso ninguna recompensa por su templanza? Este argumento recuerda el largo debate sobre el papel de la ética protestante en el ascenso del capitalismo. En segundo lugar, los capitalistas proporcionan empleo a la gente. Si no invirtieran su dinero, no habría empleo. ¡Pobres trabajadores! Los capitalistas les hacen un favor invirtiendo su dinero. ¿No merecen por ello cierta tasa de ganancia? Este argumento está muy difundido y es en apariencia bastante convincente: ¿no crea empleo la inversión? Es un asunto que discutí muchas veces con mi madre. Ella decía: «¿No ves que necesitamos a los capitalistas?» Y yo respondía: «¿Por qué, por qué?» Y ella: «¿Quién emplearía si no a los trabajadores?». Era incapaz de imaginar que pudiera haber otras formas para dar empleo a la gente: «Los capitalistas son imprescindibles –decía–, y es muy importante mantenerlos y tratarlos amablemente, porque si no emplean a los trabajadores, el mundo se convertiría en un lugar terrible; ¡mira lo que pasó en la década de 1930!». El tercer argumento esgrimido por los capitalistas es que su trabajo es muy duro: diseñan el proceso de producción, gestionan las cosas, aportan su propio tiempo de trabajo y corren muchos riesgos. Sí, efectivamente, muchos capitalistas trabajan, y algunos de ellos lo hacen duramente, pero en tal caso suelen pagarse dos veces, con la tasa de ganancia del capital que invierten y como gestores. Se pagan como directores generales y además se reservan opciones sobre acciones (*stock options*).

Marx consideraba todas esas explicaciones subterfugios y trucos de prestidigitación:

Con toda esa letanía no hace más que burlarse de nosotros. Nada de eso le importa un bledo. Deja todos esos vanos subterfugios y pretextos a los muy bien pagados profesores de economía política. Él es un hombre práctico, que aunque no siempre piense bien lo que dice fuera del negocio, sí sabe siempre lo que hace en él. (261, 207)

Los capitalistas pueden efectivamente ser frugales y pueden incluso exhibir a veces una actitud benévola hacia sus trabajadores (tratando desesperadamente de mantener empleada su fuerza de trabajo cuando los tiempos son malos, por ejemplo). Lo que dice Marx es que los capitalistas no pueden mantener todo el sistema apelando a la virtud, la moralidad o la benevolencia, y que su comportamiento individual, que varía de la condescendencia a la codicia más abyecta, es irrelevante en cuanto a lo que deben hacer como capitalistas, que es simplemente obtener plusvalor. Además, su papel está definido, como Marx señalará más adelante, por las «leyes indefectibles de la competencia», que empujan a todos los capitalistas a comportarse de un modo similar, ya sean buena gente o los proverbiales cerdos capitalistas.

Luego ofrece la respuesta completa al problema del plusvalor. Se paga el valor de la fuerza de trabajo, que no es sino el valor de las mercancías necesarias para reproducir al trabajador con un nivel de vida determinado. El trabajador vende la mercancía fuerza de trabajo, obtiene dinero y a continuación compra el conjunto de mercancías que necesita para vivir; pero para reproducir el equivalente en valor de su fuerza de trabajo, el trabajador solo tendría que esforzarse durante cierto número de horas al día, por lo que «el coste diario de mantenimiento de la fuerza de trabajo y el trabajo vivo que puede rendir diariamente son dos magnitudes totalmente distintas. El primero determina su valor de cambio, y el otro constituye su valor de uso». El trabajo, recordemos, está en el circuito M-D-M, mientras que el capital está en el circuito D-M-D +  $\Delta D$ :

Que media jornada de trabajo baste para mantenerlo vivo durante 24 horas no impide de ningún modo al obrero trabajar todo el día. Así pues, el valor de la fuerza de trabajo y su valorización en el proceso de trabajo son dos magnitudes distintas. El capitalista tenía presente esta diferencia de valor al comprar la fuerza de trabajo [...] Pero lo realmente decisivo de esa mercancía, su valor de uso específico, era ser fuente de valor y de más valor que el que ella misma tiene. Ese es el servicio específico que el capitalista espera de ella, y se comporta al respecto de acuerdo con las leyes eternas del intercambio de mercancías. De hecho, el vendedor de la fuerza de trabajo, como el de cualquier otra mercancía, realiza su valor de cambio y enajena su valor de uso. (261-262, 207-208)

Existe una distinción clave entre lo que los trabajadores reciben y lo que crean. El plusvalor resulta de la diferencia entre el valor que el trabajo coagula en las mercancías a lo largo de la jornada, y el que el trabajador recibe como pago por ceder al capitalista su fuerza de trabajo como mercancía. El capitalista la pone entonces en funcionamiento de modo que no solo reproduzca su propio valor,

sino que también produzca plusvalor. El valor de uso de la fuerza de trabajo para el capitalista viene dado por ser la única mercancía que puede producir valor y, por lo tanto, plusvalor.

En todo esto hay, por supuesto, un montón de matices que discernir. En el capítulo anterior, por ejemplo, vimos que el valor de la fuerza de trabajo no es una magnitud fija, sino que varía según las necesidades físicas, el grado de civilización de un país, la correlación de fuerzas en la lucha de clases y muchas otras cosas, de forma que el valor de la fuerza de trabajo en Suecia es muy distinto que en Tailandia o en China. Pero Marx, para simplificar el análisis, supone aquí que el valor de la fuerza de trabajo es un dato fijo que podemos conocer aproximadamente en una sociedad determinada y en determinado momento. Esto le permite suponer que los capitalistas pagarán todo el valor de la fuerza de trabajo (aunque en la práctica pueden intentar pagar menos a sus trabajadores) y aun así la aprovecharán para apropiarse como plusvalor de la diferencia entre lo que los trabajadores reciben y el valor de lo que producen. Esa diferencia se puede mantener porque los capitalistas controlan (a) lo que los trabajadores hacen en la fábrica, y (b) lo que producen. Pero oculta bajo este argumento hay otra variable que Marx tiene que analizar explícitamente todavía: ¿cuánto es lo que el trabajador contratado debe trabajar durante la jornada? Si los trabajadores producen el valor equivalente a su fuerza de trabajo en seis horas, el capitalista solo puede obtener plusvalor contratándolos para trabajar más de seis horas. Si la jornada de trabajo es de diez horas, entonces el beneficio del capitalista son cuatro horas de plusvalor. Esto es lo que permite la extracción de plusvalor sin violar en ningún sentido las reglas del intercambio.

A este respecto tenemos que recordar la dualidad del proyecto de Marx. Lo que desea mostrar es que incluso en una sociedad liberal perfecta en la que se respetan escrupulosamente las reglas del intercambio, los capitalistas disponen de la posibilidad de extraer plusvalor de sus trabajadores. La utopía liberal resulta no ser tan utópica después de todo, sino más bien distópica para los trabajadores. Marx no dice que la determinación del salario funcione exactamente de esa manera, sino que las tesis de la economía política liberal clásica (y esto se traslada inmediatamente a nuestra época neoliberal) están seriamente sesgadas en favor del capital. El mundo de la libertad, igualdad, propiedad y Bentham es una máscara, una astucia, que permite la extracción de plusvalor de los trabajadores sin transgredir las leyes del intercambio.

Tras haber expuesto su teorema fundamental –que el plusvalor proviene de la diferencia entre lo que el trabajador recibe por su fuerza de trabajo vendida como mercancía y lo que produce en el proceso laboral bajo el mando del capital–, Marx añade inmediatamente un montón de matices. Observa, por ejemplo, que «el tiempo gastado en la producción solo cuenta en la medida que sea socialmente necesario para la producción de un valor de uso», y que esto depende de que la fuerza de trabajo fun-

cione en «condiciones normales». Pero esto plantea qué son o no «condiciones normales». La fuerza de trabajo debería ser además de «eficacia y eficiencia normales», lo que deja de nuevo abierta la pregunta de qué es lo normal, excepto para decir que variará de una rama o sector a otro y que significa poseer «la habilidad, destreza y velocidad promedio prevalecientes en ese sector». El trabajo debe también

realizarse con el grado medio habitual de esfuerzo y la intensidad socialmente acostumbrada. El capitalista cuida de esto con el mismo celo que pone en que no se pierda ningún momento sin trabajar. (264-265, 210)

La introducción casual de la cuestión de la «intensidad acostumbrada» es significativa y vuelve a aparecer más tarde como un aspecto crucial del control del trabajo, ya que los «instantes» son «los elementos de la ganancia» (325, 257, n. 62). En todas estas cuestiones el capitalista defiende los derechos que le concede la ley de los intercambios para usar plenamente la mercancía que ha comprado y «dispone de su propio *code pénal*» para castigar a quienes no con colaboren plenamente con sus ordenanzas. Le preocupa especialmente el despilfarro del trabajo, y no consiente

ningún consumo vano de materias primas ni de medios de trabajo, pues el material y los medios de trabajo desperdiciados representan cantidades determinadas de trabajo objetivado inútilmente gastadas, que por tanto no cuentan en el producto y no entran en la creación de valor. (265, 210)

Vemos aquí esbozado un mapa que cubre el control capitalista sobre el proceso de trabajo, mediante el cual queda mucho más claramente definido lo que es socialmente necesario en él. El resultado es (como cabía esperar a estas alturas), una nueva dualidad:

El proceso de producción, como unidad entre el proceso de trabajo y el proceso de creación de valor, es un proceso de producción de mercancías; como unidad entre el proceso de trabajo y el proceso de valorización es un proceso de producción capitalista, la forma capitalista de la producción de mercancías. (266, 211)

Una vez más, Marx distingue entre la producción de mercancías en general y su forma capitalista específica, que se sirve de la producción de mercancías para obtener plusvalor, estableciendo así un tipo nuevo de unidad.

Para concluir vuelve a la espinosa cuestión de cómo evaluar el efecto de la diferenciación de habilidades en el proceso de trabajo. El trabajo cualificado es considerado como trabajo simple «con un mayor peso específico». Es trabajo «que representa



gastos de preparación superiores a los normales, cuya producción cuesta más tiempo y trabajo, y que por tanto tiene un valor superior al de la fuerza de trabajo simple», y que «se objetiva por tanto, durante los mismos periodos de tiempo, en valores relativamente más altos» (266, 212). Pero en una nota al pie (18) puntualiza que muchas de esas distinciones de cualificación son ilusorias o arbitrarias y que solo se mantienen vivas en la convención tradicional (determinada social e históricamente). Es una larga historia, a la que Marx alude brevemente pero que cabría detallar bastante más. En mi propia investigación sobre el París del Segundo Imperio encontré, por ejemplo, que la definición de «*travail qualifié*» tenía un gran peso de género. Cualquier trabajo que las mujeres pudieran hacer se consideraba «*non qualifié*», así que cuando las mujeres entraban en determinado sector, el efecto era descualificar su trabajo, lo que explica en parte la hostilidad de algunos grupos artesanales al empleo de las mujeres y la insistencia de Proudhon en que no fueran a trabajar a los talleres y permanecieran en casa. La cuestión del empleo femenino se convirtió en una importante fuente de tensiones en la Primera Internacional durante la década de 1860; pero esto no aclara en absoluto la cuestión de cómo evaluar un trabajo para el que se requiere una larga formación y que es por tanto costoso de producir y mantener. Marx elude esta espinosa cuestión dando por supuesto que «en cada proceso de creación de valor», el «tipo de trabajo superior» se puede reducir a «trabajo social medio»; podemos por tanto «ahorrarnos una operación superflua [...] suponiendo que el obrero empleado por el capitalista realiza trabajo social medio» (268, 213). De hecho ese argumento, conocido como «reducción del trabajo cualificado a trabajo simple», es un tanto dudoso; yo también lo eludiré aquí, señalándolo en todo caso como un interrogante que habrá que examinar más adelante.

La larga nota al pie sobre la relación entre la esclavitud y el trabajo asalariado (265-266, 210-211, n. 17) merece algún comentario. Cuando ambos sistemas de trabajo colisionan y compiten mutuamente, los efectos son particularmente perniciosos. La esclavitud se hace más brutal bajo el látigo competitivo de la integración de mercado en el capitalismo, al tiempo que, recíprocamente, la esclavitud ejerce fuertes presiones negativas sobre los salarios y las condiciones de trabajo. Cualquier tipo de relación humana que pudiera haber existido previamente entre amo y esclavo resulta probablemente destruida. Por supuesto, la esclavitud varía mucho de un sitio a otro, pero no es producción de valor en el sentido en que lo entiende Marx. Supone un tipo diferente de proceso de trabajo. En un sistema puramente esclavista no hay trabajo abstracto y por eso es por lo que Aristóteles no pudo formular una teoría del valor-trabajo, porque esa teoría solo funciona en el caso del trabajo libre. Recuérdese que para Marx el valor no es universal sino específico, y producto del trabajo asalariado en un modo de producción capitalista.

## Capítulos VI y VII. Capital constante, capital variable y tasa de plusvalor [Sección tercera]

En los dos capítulos siguientes Marx trata de clarificar y consolidar su teoría del plusvalor, una teoría que, como decía Engels en su introducción al libro segundo de *El Capital*, «cayó como un rayo de un cielo sereno». Como esos capítulos no son nada complicados, solo les dedicaré un rápido repaso.

Marx establece primero una distinción entre lo que denomina «capital constante» y «capital variable». El capital constante es el trabajo pasado ya coagulado en mercancías que se utilizan como medios de producción en un proceso de trabajo en marcha. El valor de los medios de producción viene ya dado, por lo que solo se trata de qué le sucede a ese valor cuando se incorpora al nuevo proceso de trabajo. Marx argumenta que el valor se transfiere simplemente a la nueva mercancía. Ese valor varía según la productividad de los sectores que producen materias primas, maquinaria, etc., por lo que llamar «constante» a ese capital no significa considerarlo fijo. Lo único que Marx pretende señalar aquí es que el valor de los medios de producción fluye a lo largo del proceso de trabajo para quedar coagulado en la nueva mercancía. El valor permanece constante a lo largo de su flujo.

El proceso real de transferencia de valor se ve complicado por una multiplicidad de circunstancias especiales. El algodón se convierte en una camisa, y en este ejemplo el algodón acaba siendo físicamente la sustancia de la camisa, por lo que es razonable decir que el valor del algodón queda incorporado a la camisa; pero la energía utilizada para producirla no acaba en la camisa, y a nadie le gustaría que limaduras de la máquina acabaran incorporadas a ella. Existe por tanto una distinción entre las transferencias físicas y la circulación de valor. Los dos procesos de circulación son diferentes porque el algodón es un valor de uso material, físico, pero el valor es inmaterial y social (aunque sea, como se dijo antes, objetivo). Las materias primas también contienen cierta cantidad de valor pasado, al igual que las máquinas y otros instrumentos de trabajo. Todos esos valores acumulados se incorporan al nuevo proceso de producción en la forma de trabajo muerto que el trabajo vivo reanima. Por eso el trabajador preserva de hecho los valores ya coagulados en las materias primas, productos parcialmente manufacturados, máquinas, etc., y lo hace incorporándolos (en el consumo productivo). Marx dedica gran atención al hecho de que el trabajador le hace gratuitamente ese favor al capitalista.

Los valores de uso pasados y sus valores coagulados no pueden crear nada nuevo y no lo hacen. Son simplemente usados y preservados. Las máquinas, por ejemplo, no pueden crear valor. Esta cuestión es importante, porque a menudo se mantiene, de modo fetichista, que las máquinas son una fuente de valor; pero en el plan expli-

cativo de Marx no lo son en absoluto. Todo lo que sucede es que el valor de la máquina es transferido paulatinamente a la mercancía durante el proceso de trabajo. Existe sin embargo un problema al respecto, ya que una máquina puede durar veinte años y con ella se producen montones de camisas, así que la pregunta es: ¿qué parte del valor de la máquina acaba en cada camisa? La forma más simple de dar cuenta del flujo de valor de la máquina a la camisa es decir, por ejemplo, que si una máquina dura veinte años, cada año fluye a las camisas producidas ese año una vigésima parte de su valor. El proceso de trabajo preserva todos esos valores transmitiéndolos a la mercancía que se venderá en el mercado. Obsérvese que eso solo puede suceder porque el valor es inmaterial pero objetivo, por lo que es susceptible de ser socialmente evaluado de ese modo.

Luego está el capital variable, el valor empleado para contratar y pagar a los trabajadores. ¿Cómo circula este, y con qué consecuencias? El trabajo muerto resucita y pasa al valor de la nueva mercancía mediante el trabajo vivo. Esta es una idea muy importante para Marx, y se puede ver inmediatamente su envergadura política. Los trabajadores tienen la capacidad de destruir el capital constante (por ejemplo, las máquinas) simplemente negándose a trabajar con él. Si el trabajo se retira (y cesa el «consumo productivo»), entonces se interrumpe la transferencia de capital de la máquina al producto final, y el valor del capital constante decrece o se pierde totalmente. Está claro que los trabajadores disponen con ello de un poder potencial, y en la medida en que realizan esa función pueden reclamar evidentemente algún tipo de remuneración por hacerlo. Después de todo, si los capitalistas pueden reivindicar el derecho al plusvalor arguyendo que aportan empleo a los trabajadores, ¿por qué no pueden estos argumentar que ellos también merecen plusvalor porque sin sus esfuerzos todo el capital constante adquirido por los capitalistas se devaluaría? También añaden valor coagulando en los productos tiempo de trabajo socialmente necesario; pero el valor que crean tiene dos componentes: en primer lugar, tienen que producir suficiente valor para cubrir los costes de su propia contratación; cuando esto se convierte en la forma-dinero permite la reproducción de la fuerza de trabajo para un determinado lugar y momento con determinado nivel de vida.

Los trabajadores emplean su dinero para comprar las mercancías que precisan, necesitan o desean para vivir. De este modo el capital variable circula literalmente a través del cuerpo del trabajador en el proceso de circulación M-D-M que reproduce al trabajador vivo mediante el consumo individual y la reproducción social. El segundo aspecto del capital variable tiene que ver con la producción de plusvalor, valor por encima del que se requeriría para reproducir a los trabajadores con un nivel de vida determinado. Ese plusvalor produce y reproduce al capitalista. De hecho, Marx propone aquí una teoría del «valor añadido» para la producción de plusvalor.

El valor total de la mercancía está compuesto por el valor de los capitales constante y variable más el plusvalor ( $c + v + p$ ). Para que el capitalista obtenga plusvalor tiene que controlar la parte variable; después de todo, las máquinas no van a la huelga ni se insubordinan (aunque a veces parezcan un tanto temperamentales). El elemento activo del proceso de trabajo, el «fuego que da forma» como trabajo vivo aplicado a la producción, es el capital variable, y también hay que atender al aspecto político del asunto: «Mirad, queridos trabajadores –dice Marx–, los que hacéis aquí todo el trabajo sois *vosotros*; preserváis los valores del pasado y os reproducís a vosotros mismos mediante vuestro trabajo; y además producís el plusvalor del que se apropian los capitalistas para vivir, muy a menudo en el lujo. Obviamente, a ellos les interesa asegurarse de que no reconozcáis vuestro papel central y vuestro enorme poder. Prefieren que os imaginéis saliendo a ganaros un salario decente con el que podáis volver a casa y reproducir vuestra propia fuerza de trabajo y a vuestra familia, manteniéndoos lo bastante sanos como para regresar al trabajo al día siguiente. Vivís en un proceso de circulación M-D-M y piensan que deberíais limitar vuestras ambiciones a ese estatus vital». Marx pretende contrarrestar esa fetichización deliberada alertando a la clase obrera de su verdadero lugar en relación con la producción de plusvalor y la acumulación de capital.

Así queda definido, pues, todo el proceso de circulación del capital, dividido en capital constante y capital variable. En forma resumida, Marx nos dice:

La parte del capital que se invierte en medios de producción, es decir, en materias primas, materias auxiliares y medios de trabajo, no cambia su magnitud de valor en el proceso de producción. Por eso la llamo parte constante del capital, o más resumidamente capital constante. En cambio, la parte del capital invertida en fuerza de trabajo cambia de valor en el proceso de producción. Reproduce su propio equivalente y produce además un excedente [*Überschuß*], el plusvalor, que a su vez puede variar, ser mayor o menor [...] Por eso la llamo parte variable del capital, o más concisamente capital variable. (281, 223-224)

Con esto pasamos al capítulo VII –«La tasa de plusvalor» o «cuota de plusvalía»–, donde Marx examina más detalladamente las relaciones entre las categorías que acaba de definir, volviendo a ponerse la gorra de contable. Ostensiblemente está buscando «una expresión exacta» del grado de explotación de la fuerza de trabajo, para lo que contrasta varias tasas o proporciones de interés; para empezar, la relación entre el capital constante y el variable,  $c/v$ , que evalúa la productividad del trabajo en términos del valor de los medios de producción que una unidad de fuerza de trabajo puede transformar; cuanto más elevada es esa relación, más productivo es el trabajo. A continuación considera la relación entre el plusvalor y el capital va-

riable,  $p/v$ , o «tasa de plusvalor», que estima la cantidad de plusvalor que puede producir una unidad de fuerza de trabajo; cuanto más elevada es esa relación, mayor es la explotación de la fuerza de trabajo, por lo que también se la puede llamar «tasa de explotación». Por último está la cuota o tasa de ganancia, que es la relación entre el plusvalor y el valor total utilizado (capital constante más capital variable),  $p/(c + v)$ . La tasa de ganancia, que expresa cuánto trabajo extra le regalan los obreros al capitalista a cambio del valor que reciben para reproducirse con determinado nivel de vida, es siempre menor que la tasa de explotación. Ante las quejas por una elevada tasa de explotación, los capitalistas pueden mostrar sus libros para demostrar que su tasa de ganancia es baja, ¡por lo que habría que compadecer al capitalista y olvidar su elevada tasa de explotación! Cuanto más capital constante se emplea, menor es la tasa de ganancia (*caeteris paribus*). Una tasa de ganancia baja puede acompañar a una elevada tasa de explotación, y esto será un argumento clave en el libro tercero de *El Capital*. Los propios capitalistas trabajan sobre la base de la tasa de ganancia, y tienden a llevar su capital allí donde la tasa de ganancia es más alta. El resultado es una tendencia (impulsada por la competencia) hacia la igualación de la tasa de ganancia. Quien divisa una situación en la que cree que puede obtener una tasa de ganancia más alta, llevará allí su capital, pero eso no tiene por qué ser necesariamente una buena decisión para maximizar la tasa de explotación, un elemento clave en el que los capitalistas deberían estar interesados. De hecho, ahí es donde el fetichismo del sistema captura al capitalista. Aun si lo reconociera, poco podría hacer al respecto. La competencia le lleva a tomar decisiones sobre la base de la tasa de ganancia más que de la tasa de explotación, y si va a un banco a pedir dinero prestado, este tomará sus decisiones basándose en la tasa de ganancia, no en la tasa de explotación.

Evidentemente, la relación del plusvalor, no solo con la parte del capital de la que brota directamente y cuyo cambio de valor representa, sino también con el capital total desembolsado, tiene gran importancia económica. Por eso la trataremos con todo detalle en el libro tercero. (289, 229)

En el libro tercero de *El Capital* Marx trata de demostrar que la caída tendencial de la tasa de ganancia es uno de los mecanismos que llevan al capitalismo a crisis periódicas. No puedo precisar aquí más de lo que lo hace Marx, por lo que lo único que quiero subrayar es que hay que distinguir cuidadosamente la tasa de ganancia,  $p/(c + v)$ , de la tasa de explotación,  $p/v$ .

Para Marx y para los trabajadores lo prioritario es la tasa de explotación. Para entender la dinámica del capitalismo es su evolución, más que la de la tasa de ganancia, la que realmente importa, y por eso se concentra Marx en ella en este capítulo.

La tasa de explotación se puede considerar, dice, de distintas maneras. Se puede entender como la relación entre plus-trabajo (tiempo de trabajo excedente del que se apropian los capitalistas) y trabajo necesario (el requerido para reproducir el valor de la fuerza de trabajo), o más formalmente como la relación inversa entre el valor utilizado para comprar fuerza de trabajo y el valor total producido menos el pagado por el trabajo [muerto y vivo]. El problema, no obstante, es que aunque todas esas proporciones tienen sentido, no hay forma de observarlas en la práctica. No es como si sonara una campanilla en el momento de la jornada en que los trabajadores han reproducido el valor de  $v$  (o empleado el tiempo necesario para producir  $v$ ), para que sepan que a partir de ahí están produciendo plusvalor para el capitalista o cediéndole gratuitamente su tiempo. El proceso de trabajo es un proceso continuo que concluye con una mercancía cuyo valor está constituido por  $c + v + p$ .

Pero si bien los distintos elementos del valor coagulados en la mercancía son invisibles para el ojo humano, Marx afirma –lo que no gustará a todos– que ese tipo de análisis produce de hecho una ciencia mucho mejor que la economía política, precisamente porque va más allá del fetichismo del mercado. La burguesía produjo una ciencia bastante buena desde el punto de vista del mercado, pero no entiende cómo funciona el sistema desde el punto de vista del proceso de trabajo, y en la medida en que lo hace se esfuerza por encubrirlo. Tiene gran interés en convencer a los trabajadores de que el trabajo solo es el factor de la producción con el que contribuyen al mercado y por el que reciben una remuneración justa según la tasa salarial vigente. No pueden aceptar en modo alguno que el trabajo es el fluido «fuego vivo que da forma» en la transformación de la naturaleza que constituye el núcleo de cualquier modo de producción, incluido el capitalismo. Tampoco cabe imaginar al capitalista alabando a los trabajadores por el valor que producen, incluido por supuesto el plusvalor que subyace bajo el beneficio capitalista.

Marx concluye el capítulo con una fantástica crítica de la representación burguesa típica del mundo del trabajo, surgida cuando

una hermosa mañana de 1836, Nassau W. Senior, famoso por su ciencia económica y por su bello estilo [...], fue llamado de Oxford a Manchester para aprender allí economía política en lugar de enseñarla en Oxford. (300, 237-238)

Los industriales de Manchester estaban indignados por la agitación política suscitada para limitar la duración de la jornada laboral a un límite «civilizado» de diez horas, después de que la superficial y no muy eficaz ley fabril de 1833 hubiera mostrado que el aparato estatal estaba, al menos en principio, dispuesto a regular la duración de la jornada de trabajo. Senior argumentó en un detallado folleto que lo que el trabajador tenía que hacer durante las ocho primeras horas del día era producir el equivalen-

te en valor a todos los medios de producción empleados (el capital constante en términos de Marx). Senior no concebía que el trabajador pudiera estar transfiriendo a las mercancías valores ya coagulados, y según su ridícula opinión el trabajador tenía que reproducir activamente esos valores. Durante las tres horas siguientes reproducía el valor de la fuerza de trabajo empleada (el capital variable) y solo durante la última hora de la jornada producía beneficios para el capitalista (el plusvalor). Así pues, una jornada laboral de doce horas era absolutamente esencial para obtener una ganancia. Si la duración de la jornada laboral se reducía de doce a once horas todo el beneficio desaparecería y la industria dejaría de funcionar. Esta era la cáustica respuesta de Marx: «¡A esto es a lo que el señor profesor llama “un análisis”!» (301, 239). «La última hora de Senior» no era sino un argumento económico vulgar destinado únicamente a promover los intereses de los fabricantes.

Pero lo chusco o paradójico del asunto es que Senior confirmaba a su pesar la propia teorización de Marx. Lo que tiene un valor crucial para los capitalistas es el tiempo de los trabajadores, y por eso necesitaban tan desesperadamente la duodécima hora. En el afán por controlar el tiempo del trabajador está el origen del beneficio, que es exactamente lo que dice la teoría marxista del plusvalor. Se reafirma así la relevancia de la definición de Marx del valor como *tiempo* de trabajo socialmente necesario. ¿Qué es entonces socialmente necesario en el tiempo de trabajo? Los capitalistas no solo deben controlar el proceso de trabajo, el producto y el tiempo del trabajador, sino que deben esforzarse también por controlar la naturaleza social de la propia temporalidad. Senior reconocía esa verdad fundamental, y Marx, usando sus instrumentos críticos y situándose de parte de los trabajadores, le da la vuelta a su esperpéntico argumento convirtiéndolo en una auténtica revelación. La crítica de «la “última hora” de Senior» adquiere así una doble importancia. Por un lado le permite a Marx presentar las profundidades hasta las que se pueden hundir los economistas tratando de crear argumentos apoloéticos para la clase capitalista, y por otro le permite poner de relieve la verdad fundamental revelada por la diatriba de Senior: que el control sobre el tiempo es un aspecto decisivo de la lucha de clases en el modo de producción capitalista. El examen de la «última hora» de Senior propicia así una adecuada transición al siguiente capítulo, que trata del tiempo capitalista.

# V

## La jornada laboral

### Capítulo VIII. La jornada de trabajo

[Sección tercera]

El capítulo VIII del libro primero de *El Capital* está construido de una manera y con un estilo diferentes a los capítulos previos. No contiene mucha teoría y sí, en cambio, abundantes detalles históricos. Aun así, también emplea categorías abstractas que hasta el momento no se habían presentado, al concentrarse ahora en la historia de la lucha de clases sobre la duración de la jornada laboral. Ya he comentado antes que en el complejo entrelazamiento de argumentos lógicos e históricos en *El Capital* el terreno más seguro, a mi juicio, es el de los primeros; pero aquí es la narración histórica lo que cuenta, aunque no esté privada de importancia teórica. De hecho, Marx ofrece una profunda teorización sobre la naturaleza del tiempo y la temporalidad bajo el capitalismo, a la vez que vemos más claramente por qué un modo de producción capitalista se constituye necesariamente mediante la lucha de clases.

Marx comienza recordándonos la diferencia abismal entre la teoría del valor basado en el trabajo y el valor de la fuerza de trabajo. La primera se ocupa de la coagulación en las mercancías del tiempo de trabajo socialmente necesario para producir las, patrón de valor representado por la mercancía-dinero y por el dinero en general. El valor de la fuerza de trabajo, por otra parte, es simplemente el de esa mercancía cuando es vendida en el mercado como tal. Aunque esa mercancía sea como las demás en muchos aspectos, también tiene ciertas cualidades especiales, porque en ella entran elementos históricos y morales. La confusión entre el valor de la fuerza de trabajo y la teoría del valor basada en el trabajo puede generar malentendidos fatales.



«Partíamos del supuesto –dice Marx– de que la fuerza de trabajo se compra y se vende por su valor», y de que ese valor «como el de cualquier otra mercancía, está determinado por el tiempo de trabajo necesario para su producción» (309, 245), esto es, para producir las mercancías indispensables para reproducir al trabajador con un determinado nivel de vida. Marx supone que ese valor es fijo, aunque sepamos (como él mismo) que cambia constantemente, dependiendo del coste de las mercancías, el nivel de civilización y la situación coyuntural de la lucha de clases.

Cuando los trabajadores añaden valor a las mercancías en el proceso de trabajo, llega un momento de su jornada en el que los trabajadores habrán creado el equivalente exacto del valor de su propia fuerza de trabajo. Supongamos, dice Marx, que eso ocurre al cabo de seis horas de trabajo. ¿Cuántas horas más trabajan? Eso depende de la duración establecida de la jornada laboral, duración que no se puede negociar en el mercado como un intercambio entre mercancías equivalentes (como en el caso de los salarios). No es una cantidad fija sino fluida, que puede variar de seis horas a diez, doce o catorce, con el único límite de las veinticuatro horas del día, inalcanzable debido a «los límites físicos de la fuerza de trabajo», y porque «además de ese límite puramente físico [...] el obrero necesita tiempo para satisfacer sus necesidades intelectuales y sociales [...] La duración de la jornada laboral fluctúa por tanto dentro de límites físicos y sociales» (311, 246).

Marx abre a continuación una discusión ficticia entre un capitalista y un trabajador. El capitalista, como comprador de la fuerza de trabajo, dice que tiene derecho a usarla todo el tiempo que pueda. Después de todo, él solo es «capital personificado» (recordemos que Marx se ocupa de papeles sociales, no de personas concretas). «Su alma es el alma del capital, que no tiene más que un instinto vital, el de valorizarse, el de crear plusvalor». El capital, dice Marx, «es trabajo muerto que solo revive como los vampiros –en este capítulo se habla mucho de vampiros y licántropos, tema inusitado en la teorización político-económica habitual–, sorbiendo trabajo vivo, y cuanto más vive tanto más trabajo vivo succiona». «Si el obrero consume para sí mismo el tiempo disponible, se lo roba al capitalista. Así pues, el capitalista se acoge a la ley del intercambio de mercancías. Como cualquier otro comprador, procura extraer la mayor utilidad posible del valor de uso de su mercancía» (311-312, 247).

Los trabajadores, a diferencia de las máquinas y otros tipos de capital constante, tienen sin embargo la posibilidad de rebelarse. Perciben que poseen esa propiedad llamada fuerza de trabajo y que les interesa conservar su valor para utilizarlo en el futuro. El capitalista no tiene derecho a exprimirlo cada día tanto como para acortar la vida laboral del trabajador. Esto va, dice el obrero,

contra nuestro contrato y la ley del intercambio de mercancías. Exijo pues una jornada de trabajo de duración normal, y la exijo sin apelar a tu corazón, pues en asuntos

de dinero sobran los sentimientos [...] Exijo pues una jornada laboral normal, con lo que no hago sino exigir, como cualquier otro vendedor, el valor de mi mercancía. (313-314, 248-249)

Obsérvese que tanto los obreros como los capitalistas toman aquí posiciones acordes con las leyes del intercambio. Marx no exige aquí, como cabría esperar de un pensador revolucionario, la abolición del sistema salarial, sino que solo aboga por que trabajadores y capitalistas acuerden atenerse a las leyes del intercambio de mercado, equivalente por equivalente. De lo único que se trata aquí es de cuánto valor de uso (la capacidad para coagular valor en las mercancías) debe entregar el obrero al capitalista. Marx lo plantea así porque, como he subrayado, un objetivo clave de *El Capital* es deconstruir las proposiciones utópicas de la economía política liberal clásica en sus propios términos. «El capitalista mantiene su derecho como comprador cuando trata de alargar cuanto sea posible la jornada laboral», y

el obrero no hace sino afirmar su derecho cuando pugna por limitar la jornada de trabajo a una determinada duración considerada normal. Nos encontramos por tanto ante una antinomia, derecho contra derecho, consagrados ambos por la ley del intercambio de mercancías. Entre derechos iguales es la fuerza [*Gewalt*] la que decide. Y de esta manera, en la historia de la producción capitalista, la reglamentación de la jornada laboral se nos presenta como la lucha por sus límites, una lucha entre el capitalista universal, es decir, la clase de los capitalistas, y el obrero colectivo, o sea, la clase obrera. (314, 249)

Así hemos llegado, al cabo de trescientas y pico páginas, a la idea de lucha de clases. ¡Por fin!

Ahí hay varias cuestiones que clarificar. La aceptación por ambos lados de ciertos «derechos» es una constatación de hecho con respecto a la hegemonía de la noción burguesa de derecho. Pero Marx advierte inmediatamente que el problema de la duración de la jornada laboral no se puede resolver apelando a derechos ni a las leyes sacrosantas del intercambio (como en su anterior arremetida contra el concepto de justicia eterna de Proudhon). Cuestiones de este tipo solo se pueden resolver mediante la lucha de clases, en la que «la fuerza» decide entre «derechos iguales». Esta afirmación está cargada de consecuencias con respecto a la política del capitalismo contemporáneo. En los últimos tiempos se han multiplicado las discusiones sobre la cuestión de los «derechos» y se ha invertido mucha energía política en la idea de que la defensa y consolidación de los derechos humanos individuales es una vía (si no *la única*) para configurar un sistema capitalista más humano. Lo que Marx afirma, por el contrario, es que no hay forma de resolver muchas de las importantes

cuestiones planteadas en términos de derechos si no es reformulándolas en términos de lucha de clases. Amnistía Internacional, por ejemplo, dedica mucha energía a los derechos políticos y civiles, pero no tanta a los derechos económicos, porque tendría que tomar partido, ya fuera por el capital o por el trabajo. Así se puede entender la posición de Marx: no hay forma de juzgar «con justicia» entre derechos iguales (ambos sellados por la ley del intercambio). Lo único que se puede hacer es ponerse de una parte o de la otra. Este capítulo concluye así con una observación muy escéptica sobre el «pomposo catálogo de “los derechos humanos inalienables”» frente a lo que se puede lograr mediante la lucha de clases (400-401, 320).

La «fuerza», en este contexto, no significa necesariamente violencia física (aunque es evidente que en muchos casos esta ha sido decisiva). El tema clave de este capítulo es el de la fuerza política, la capacidad de movilizar y construir alianzas e instituciones políticas (como los sindicatos) para influir sobre un aparato estatal con jurisdicción para estatuir una jornada laboral «normal». En opinión de Marx, hay momentos o posibilidades que se pueden aprovechar o perder, dependiendo de las circunstancias de la situación política y de la correlación entre las fuerzas presentes. Su técnica aquí es similar a la empleada de modo magistral en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* sobre la llegada al poder de Napoleón III en Francia a raíz de la fracasada revolución de 1848 en París. Los materiales de este capítulo arrojan una luz especial sobre la forma en que Marx estudia conjuntamente una teoría del modo de producción capitalista por un lado, y el proceso de transformación histórica de las formaciones sociales capitalistas realmente existentes por otro. Los resultados de la lucha de clases no están decididos de antemano.

La introducción de la lucha de clases marca un alejamiento radical de los postulados de la teoría económica, tanto clásica como contemporánea. Cambia radicalmente el lenguaje en el que se formula la economía y desplaza el foco de atención, apenas prestada, por ejemplo, a la duración de la jornada laboral en los cursos introductorios de economía, del mismo modo que se omitía en la economía política clásica. Históricamente, sin embargo, ha habido una lucha monumental y continua sobre la duración de la jornada laboral, la semana de trabajo, las vacaciones pagadas y la vida laboral (la edad de jubilación), lucha que se mantiene todavía hoy. Es claramente un aspecto fundamental de la historia económica y una cuestión central en el modo de producción capitalista. ¿Qué podemos decir de las teorías económicas que la ignoran?

La teoría del valor de Marx, en cambio, conduce directamente a esta cuestión central, y es así porque el valor es tiempo de trabajo socialmente necesario, lo que significa que el tiempo es esencial en el capitalismo. Como dice el viejo proverbio, «el tiempo es oro». El control sobre el tiempo, sobre el tiempo de los demás en particular, tiene que ser colectivamente disputado. No se puede transigir con él.

La lucha de clases tiene por tanto que ocupar el proscenio en la teoría político-económica, así como en todos los intentos de entender la evolución histórica y geográfica del capitalismo. Es en este punto de *El Capital* donde podemos comenzar a apreciar el «valor de uso» de la teoría marxista del valor-trabajo y del plusvalor, y aunque sería un error tomarlo como una especie de demostración empírica del aparato teórico, ciertamente ilustra su utilidad con respecto a la práctica de una investigación empírica sobre bases teóricas.

¿Cómo, entonces, nos lleva a Marx a través de esa historia de la pugna sobre la duración de la jornada laboral? Comienza señalando que el capitalismo no es el único tipo de sociedad en el que se extrae plustrabajo y plusproducto en beneficio de alguna clase dominante:

Donde quiera que una parte de la sociedad posee el monopolio de los medios de producción, el trabajador, libre o esclavo, tiene que añadir tiempo de trabajo suplementario al tiempo de trabajo necesario para su propia conservación, a fin de producir los medios de subsistencia del propietario de los medios de producción. (314-315, 249)

Pero bajo el capitalismo el plustrabajo se convierte en plusvalor, de manera que la producción de un excedente es un medio para que el capitalista obtenga plusvalor. Esto imprime cualidades particulares a la explotación capitalista, porque como vimos antes, la acumulación de valor en forma-dinero no tiene límites.

Cuando en una formación económico-social no predomina el valor de cambio sino el valor de uso del producto, el plustrabajo se halla circunscrito a un sector más o menos amplio de necesidades, sin que del propio carácter de la producción brote ninguna necesidad ilimitada de plustrabajo. (315, 250)

Además, cuando esa apropiación tiene lugar en una sociedad caracterizada por el trabajo asalariado, los trabajadores no experimentan su producción de plusvalor del mismo modo que los siervos y esclavos experimentan el plustrabajo (el fetichismo del intercambio en el mercado lo oculta). Marx emplea como ilustración el sistema de corveas [trabajo obligado] en Europa central. Allí el trabajador estaba obligado a entregar cierto número de jornadas de trabajo al terrateniente, de modo que la apropiación de plustrabajo era totalmente transparente. La liberación de los siervos tras el edicto zarista de 1861 dio lugar a una situación en la que el sistema de corveas que sustituyó a la servidumbre, organizado bajo un «reglamento orgánico», permitía que ciertas especificaciones de la jornada laboral quedaran fluidas y abiertas. Los terratenientes (boyardos) argumentaban que la jornada laboral no correspondía exactamente al día natural, sino que establecía cuánto trabajo *debía* realizar-

se, aunque no se pudiera hacer durante un solo día; Marx acaba citando la *Histoire politique et sociale des Principautés Danubiennes* de É. Regnault [París, 1855, p. 304], que transcribía el juicio entusiasmado de un boyardo: «Las 12 jornadas de corvea del Reglamento Orgánico equivalen a 365 días al año» (318, 253).

Ahí está el germen de una idea muy importante que vamos a encontrar varias veces en *El Capital*. La medida del tiempo es flexible y se puede alargar y manipular con propósitos sociales. En este caso, 12 jornadas de trabajo se convierten en 365 días reales. Esta manipulación social del tiempo y la temporalidad es un rasgo fundamental del capitalismo. En cuanto la extracción de tiempo de trabajo excedente se hace fundamental para la reproducción de las relaciones de clase, se pone en primer plano la cuestión de qué es el tiempo, quién lo mide y cómo hay que entender la temporalidad. El tiempo no viene dado; es algo socialmente construido y perpetuamente sometido a una reconstrucción (piénsese, por ejemplo, cómo se han modificado en los últimos años los horizontes temporales para la toma de decisiones, en particular en el sector financiero). En el caso del «Reglamento Orgánico», el alargamiento del tiempo era obvio. Los trabajadores sabían muy bien cuanto trabajo excedente tenían que ceder al señor, y cómo contribuía a este resultado el alargamiento del tiempo por parte de la clase dominante. Pero el impulso de las leyes fabriles en Gran Bretaña durante el siglo XIX –tema de gran parte de este capítulo– era muy diferente: se trataba de «frenar el impulso del capital hacia la explotación desmedida de la fuerza de trabajo mediante la limitación coercitiva de la jornada laboral por parte del Estado, a decir verdad de un Estado dominado por capitalistas y terratenientes» (319-320, 253).

La formulación de Marx plantea una cuestión importante: ¿por qué pretendía un Estado gobernado por capitalistas y terratenientes limitar la duración de la jornada laboral? Hasta ahora solo habíamos encontrado en *El Capital* las figuras del obrero y el capitalista, por lo que cabe preguntarse qué diablos hacen aquí los terratenientes. Evidentemente, cuando Marx trata de analizar una situación histórica real, tiene que considerar la configuración de clases existente y cómo pueden funcionar las alianzas de clase cuando los trabajadores no tienen acceso directo al poder estatal. Durante la primera mitad del siglo XIX el Estado británico estaba esencialmente basado en la relación de poder entre capitalistas y terratenientes, y habría sido imposible analizar la política del periodo sin prestar atención al papel de la aristocracia terrateniente. Frente al poder del Estado crecía el del movimiento obrero, y Marx nos dice:

Dejando a un lado al movimiento obrero, cada día más fuerte y amenazador, la limitación del trabajo fabril vino dictada por la misma necesidad que trajo el guano a los campos ingleses. La misma rapacidad ciega que en un caso esquilmo las tierras,

atentó en el otro contra las raíces de la fuerza vital de la nación. De ello son síntomas tan elocuentes las epidemias periódicas como la reducción de la talla de los soldados en Alemania y en Francia. (320, 253)

Si el trabajo, un recurso tan decisivo como la tierra en la creación de la riqueza nacional, es superexplotado y degradado, la capacidad para la producción continua de plusvalor se ve reducida; por otra parte, el Estado también está interesado en disponer de trabajadores que se puedan convertir en una fuerza militar eficaz. La salud y vigor de la clase obrera es por tanto de interés político y militar (como recalca Marx en la larga nota 46 [320, 253]). En la Guerra franco-prusiana (1870-1871), por ejemplo, la rápida derrota de los franceses frente a los alemanes se atribuyó en parte a la mejor salud del campesinado alemán, comparado con el empobrecido campesinado y proletariado francés. La consecuencia política es que es militarmente peligroso permitir la degradación de la clase obrera. Esa cuestión cobró importancia en Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, en particular cuando se trataba de movilizar a sectores de la población empobrecidos y en algunos casos racialmente distintos.

Las leyes fabriles británicas en las que se concentra Marx fueron impuestas por el Estado y diseñadas por razones tanto económicas como político-militares para limitar la explotación del trabajo vivo y evitar su degradación excesiva. Ahora bien, una cosa es una ley y otra muy distinta su puesta en vigor. Esto nos lleva a la importante figura de los inspectores de fábrica: ¿quiénes eran y de dónde provenían? Evidentemente no eran marxistas radicales; eran funcionarios que provenían mayoritariamente de la burguesía profesional, pero hicieron un buen trabajo en la recogida de información y se esforzaron por disciplinar los intereses industriales según los requerimientos del Estado. Marx no podría haber escrito este capítulo sin la abundante información que proporcionaron. ¿Pero por qué un Estado regido por capitalistas y terratenientes empleó a esos rigurosos inspectores de fábrica? Ahí es donde entra en escena «el grado de civilización de un país», así como la moralidad burguesa y las preocupaciones militares del Estado. En Gran Bretaña, durante el siglo XIX, había fuertes corrientes de reformismo burgués (por ejemplo, de un Charles Dickens) que pensaban que algunas de las prácticas laborales predominantes no deberían existir en ninguna sociedad civilizada. Esto introduce en la discusión el mismo «factor histórico y moral» que afecta al valor de la fuerza de trabajo. Así pues, aunque el movimiento obrero se había fortalecido, no habría ido tan lejos sin la ayuda del reformismo burgués, en particular la corriente representada por los inspectores de fábrica.

Los inspectores de fábrica tenían que afrontar el problema de limitar en la práctica la jornada laboral. ¿A qué hora debían ponerse a trabajar los obreros? ¿Se deci-

de dentro o fuera de la fábrica ese momento? ¿Hay que tener en cuenta la interrupción para el bocadillo o la comida? Marx cita el informe de un inspector:

«La ganancia extraordinaria que se puede obtener alargando el trabajo más allá del tiempo legal es una tentación demasiado grande para que puedan resistirla muchos fabricantes» [...] Esas «pequeñas raterías» del capital al intervalo del que dispone el obrero para comer y descansar lo califican los inspectores de «*snatching*» o «*petty pilferings of minutes*» [escamoteo o hurtos mezquinos de minutos], o como lo denominan acremente los obreros, «*nibbling and cribbling at meal-times*» [podas y dentelladas a la pausa para comer]. (324, 257)

Marx reproduce a continuación la valoración de un inspector de trabajo, que resume la idea clave: «*Moments are the elements of profit*» [*Zeitatomie sind die Elemente des Gewinns*] (324, 257, n. 62). Creo que esta formulación es crucial. Los capitalistas tratan de apoderarse de cada instante del tiempo del trabajador durante el proceso de trabajo. No compran simplemente su fuerza de trabajo durante doce horas; tienen que asegurarse de que cada segundo de esas doce horas se aprovecha con la máxima intensidad, y a eso atiende, por supuesto, el sistema disciplinario y supervisor de una fábrica.

De creer a las viejas películas, las telefonistas disponían en otro tiempo de cierto margen para charlar con el solicitante de comunicación (soy lo bastante viejo para recordar incluso momentos de flirteo con ellas). Ahora tienen que responder a una cantidad mínima de llamadas cada hora, y en caso contrario son despedidas; esa cantidad mínima aumenta además constantemente, por lo que uno puede considerarse privilegiado si le dedican más de dos minutos de su tiempo. En una ocasión leí algo sobre una telefonista que había pasado media hora hablando con un niño cuya madre acababa de morir; la telefonista fue despedida por faltar a sus obligaciones, y eso es algo característico de los procesos de trabajo en general. El capitalista codicia el tiempo, esos instantes que son los elementos de la ganancia. Esto es un corolario del hecho de que el valor es *tiempo* de trabajo socialmente necesario. Pese a toda su profundidad abstracta, la teoría del valor revela algo importante sobre las prácticas y experiencias diarias en el lugar de trabajo; alcanza la sustancia del comportamiento de los capitalistas, así como la realidad de la vida de los trabajadores.

En el tercer apartado de este capítulo, «Ramas de la industria inglesa sin límite legal de explotación», Marx se extiende sobre un tema en el que no voy entrar en detalle, porque los terroríficos detalles sobre las prácticas laborales en el sector de las cerillas, el papel pintado para paredes, los tejidos y la panadería en particular (donde el trabajo nocturno y la adulteración del pan eran temas muy discutidos) son evidentes de por sí. Marx cita también los accidentes debidos al exceso de trabajo, como el su-

cedido en un ferrocarril donde el oficial de policía encargado de la investigación anotó que la falta de atención de los trabajadores que había provocado el accidente se debía probablemente a sus excesivas horas de trabajo. También figura ahí el famoso caso de «la modista Mary Anne Walkley, de 20 años de edad, empleada en un taller respetabilísimo de corte y confección [...] Se descubrió que estas muchachas trabajan por término medio 16 horas y media al día, y en temporada alta hasta 30 horas sin interrupción, para lo cual había que mantener en tensión su “fuerza de trabajo” cuando decaía, suministrándoles de vez en cuando vino de jerez, oporto o café [...] Después de haber trabajado sin interrupción durante 26 horas y media, Mary Anne Walkley [...] enfermó el viernes y murió el domingo, sin haber terminado, para gran sorpresa de doña Elisa, su última pieza. El doctor Key, llamado al lecho de la moribunda demasiado tarde, declaró que [...] “había muerto por exceso de trabajo en un taller abarrotado y un dormitorio estrechísimo y mal ventilado”» (339-340, 269-270). La muerte por exceso de trabajo no solo sucedía durante el siglo XIX. Los japoneses tienen un término técnico para ella, *karōshi*. La gente muere por exceso de trabajo y su vida se acorta por el agotamiento debido a sus condiciones de trabajo. En 2009 la United Farm Workers se querelló contra la administración de seguridad y sanidad de California por no proteger a los jornaleros frente a una oleada mortal de calor, citando tres casos de muertes innecesarias debidas a este.

Marx describe en esos párrafos lo que sucede cuando la relación de poder entre capital y trabajo es tan desequilibrada que los trabajadores se ven reducidos a la degradación o incluso a una muerte temprana. El problema se ve exacerbado por el auge del sistema de turnos descrito en el cuarto apartado de este capítulo. El capital no empleado es capital perdido, ya que el capital no es, recordemos, una máquina o una suma de dinero, sino valor en movimiento. Si una máquina no se usa es capital muerto, de ahí la presión para utilizarla continuamente. La continuidad del proceso de producción cobra más importancia en sectores como los altos hornos y la ingeniería de metales pesados, que emplean grandes cantidades de capital fijo en equipo e instalaciones. La necesidad de mantener el capital fijo en funcionamiento obliga a trabajar sin interrupción durante veinticuatro horas al día. Dado que los trabajadores individuales no pueden hacerlo se ideó el sistema de relevos, complementado por el trabajo nocturno y por turnos. Recuérdese: los trabajadores no solo producen plusvalor, sino que dan vida al capital constante. El resultado es la instauración de los turnos nocturnos en el sistema de relevos. Ahí no hay, evidentemente, nada que se parezca al «día de trabajo natural», sino diversas construcciones artificiales en relación con la exigencia capitalista de mantener la continuidad del flujo a cualquier precio.

En el apartado VIII.5 Marx aborda la lucha por la jornada normal de trabajo. ¿Durante cuánto tiempo puede consumir el capital la fuerza de trabajo cuyo valor cotidiano paga? Evidentemente, aprovechará tanto como pueda. Para él



es evidente que el obrero, durante toda su vida, no es más que fuerza de trabajo, y que por tanto todo su tiempo disponible es, por naturaleza y por derecho, tiempo de trabajo, perteneciente a la autovaloración del capital [esto es, a la producción de plusvalor]. ¿Tiempo para la educación humana, para el desarrollo intelectual, para el cumplimiento de otras funciones, para las relaciones sociales, para el libre juego de las fuerzas físicas y espirituales de la vida, incluso para santificar el domingo? [...] ¡Qué tontería! En su impulso ciego y desmedido, su hambre lobuna de plus-trabajo, el capital desborda, no solo los límites morales, sino incluso los puramente físicos de la jornada laboral. Usurpa el tiempo para el desarrollo y el mantenimiento sano del cuerpo. Roba el tiempo necesario para el consumo de aire fresco y luz solar. Regatea el tiempo para comer, sumándolo siempre que puede al propio proceso de producción. (352-353, 280)

Cuando leo estos pasajes siempre recuerdo las escenas de la línea de montaje de *Tiempos modernos*, de Charlie Chaplin. El capital

reduce el sueño profundo necesario para la restauración, renovación y refresco de las energías vitales [...] No se pregunta por la duración de la vida de la fuerza de trabajo; solo le interesa, lisa y llanamente, la cantidad máxima de fuerza de trabajo que puede poner en movimiento durante la jornada laboral. Alcanza su objetivo reduciendo la vida de la fuerza de trabajo, del mismo modo que un granjero codicioso obtiene más producto del suelo robándole su fertilidad. (353, 280-281)

Este paralelismo entre el agotamiento del suelo y el de las capacidades vitales del trabajador se hace eco de la formulación del capítulo I, cuando Marx cita el comentario de William Petty de que «el trabajo es el padre de la riqueza material, y la tierra su madre» (66, 58). Pero esto también implica que la explotación excesiva de los recursos requeridos para producir cualquier riqueza supone un peligro para el propio capitalismo. Más pronto o más tarde el capitalista entenderá también que una jornada laboral normal puede no ser tan mala idea.

Por tanto, si la prolongación antinatural de la jornada de trabajo a la que siempre aspira el capital en su desmedido impulso de autovaloración, acorta la vida de los obreros y por consiguiente la duración de su fuerza de trabajo, se hace necesaria una sustitución más rápida de la fuerza desgastada y aumentan los costes debidos al desgaste en la reproducción de la fuerza de trabajo, del mismo modo que la parte de valor que se ha de reproducir diariamente en una máquina es tanto mayor cuanto más rápidamente se desgasta esta. De ahí que el propio interés del capital recomiende una jornada de trabajo normal. (354, 281)

El problema, no obstante, es que los capitalistas individuales en competencia recíproca no pueden dejar de impulsar la sobreexplotación de sus recursos fundamentales, el trabajo y la tierra. Se da ahí un conflicto potencial entre el interés colectivo de la clase capitalista de disponer una mano de obra «sostenible» y el comportamiento individual a corto plazo de los capitalistas enfrentados a la competencia, por lo que hay que poner a esta cierto límite.

Los propietarios de esclavos, señala Marx, podrían permitirse matarlos someténdolos a un trabajo excesivo, siempre que tuvieran a mano alguna otra fuente de esclavos baratos; pero eso es igualmente cierto para el mercado laboral:

En lugar de la trata de esclavos, léase mercado laboral; en vez de Kentucky y Virginia, Irlanda y los distritos agrícolas de Inglaterra, Escocia y Gales; en vez de África, Alemania. Hemos visto cómo el trabajo excesivo diezmaba a los panaderos de Londres, y sin embargo, el mercado de trabajo londinense estaba siempre repleto de aspirantes alemanes y de otros países dispuestos a morir en una panadería. (355, 282)

Marx introduce aquí otro concepto importante: el de la superpoblación. Esta permite a los capitalistas superexplotar a sus trabajadores sin tener que atender a su salud o bienestar, siempre que, evidentemente, el exceso de población sea accesible al capital. Marx cita a este respecto el caso de los Comisarios de la Ley de Pobres, a los que se instruía que «enviaran la “superpoblación” de los distritos agrícolas al norte, con la explicación de que “los fabricantes la absorberían y aprovecharían”» (356, 282-283). Los distritos agrícolas se liberaban así de las obligaciones impuestas por la Ley de Pobres, al tiempo que suministraban mano de obra excedente a los distritos manufactureros.

Lo que la experiencia muestra en general al capitalista es una continua superpoblación, es decir, superpoblación en relación con la momentánea necesidad de valorización del capital, aunque se trate de generaciones humanas raquílicas, de corta vida, que se sustituyen rápidamente; cosechadas, por decirlo así, antes de madurar [...] La experiencia muestra también [...] que la degeneración de la población industrial solo se aminora gracias a la continua absorción de elementos vitales, naturales del campo, y que hasta los obreros agrícolas, pese al aire libre y al *principle of natural selection* que prevalece omnipotente entre ellos y que solo permite sobrevivir a los individuos más vigorosos, empiezan ya a languidecer. (357-358, 284-285)

La superpoblación excesiva permite al capitalista desentenderse de la salud, el bienestar y la esperanza de vida de los trabajadores. Como seres humanos individuales, los capitalistas pueden compadecerse; pero obligados por la implacable compe-

tencia a maximizar sea como sea sus beneficios, a los capitalistas individuales no les queda otra opción.

*Après moi le déluge!* [¡Después de mí, el diluvio!] es el lema de todo capitalista y de toda nación capitalista. Por eso el capital no tiene en consideración la salud ni la duración de la vida del obrero, a menos que lo obligue a ello la sociedad. A las quejas sobre la degeneración física y espiritual, la muerte prematura, la tortura del trabajo excesivo, responde: ¿nos va a quitar el sueño ese tormento que aumenta nuestro placer (la ganancia)? En términos generales, además, tampoco depende de la buena o mala voluntad del capitalista individual. La libre competencia hace que prevalezcan las leyes inmanentes de la producción capitalista como fuerzas externas incontenibles sobre cada capitalista individual. (359, 285-286)

Sean compasivos o despiadados, todos los capitalistas están obligados por la competencia a las mismas prácticas laborales que sus competidores. Si sus competidores reducen la vida de sus trabajadores, usted tendrá que hacerlo también. Así es como funcionan las leyes irrefragables de la competencia. Esa frase sobre «las leyes de la competencia» reaparecerá muchas veces en la argumentación, y es importante observar en qué momentos desempeña, como aquí, un papel decisivo.

Marx afirma que «la fijación de una jornada normal de trabajo es el resultado de una lucha multiseccular entre capitalistas y trabajadores», puntualizando, y es algo de interés, que «la historia de esa lucha muestra dos tendencias opuestas» (360, 286). En la época medieval era muy difícil inducir a alguien a optar por convertirse en trabajador asalariado; quienes no podían ganarse la vida trabajando la tierra se convertían en vagabundos, mendigos o incluso ladrones de caminos (como Robin Hood). Por eso se promulgaron leyes que codificaban la relación salarial, se prolongó la duración de la jornada laboral y se criminalizó a los mendigos y vagabundos. De hecho, se creó todo un aparato disciplinario (del que Marx volverá a ocuparse en el capítulo XXIV) para socializar a la población haciéndola asumir la relación salarial. Los vagabundos eran azotados y puestos a buen recaudo antes de obligarlos a trabajar de sol a sol; en el primer *Statute of Labourers*, que data de 1351<sup>1</sup>, se establecía una jornada laboral de doce horas. Así es como se impuso la disciplina laboral en Gran Bretaña, pero se pueden encontrar disposiciones similares dictadas por las autoridades coloniales hasta bien entrado el siglo XX, por las que sabemos que el problema en India o África era que no se podía lograr que la población indígena trabajara durante una jornada «normal», y menos aún durante una semana laboral

---

<sup>1</sup> En 1349 el rey Eduardo III promulgó una *Ordinance of Labourers*, reafirmada dos años después por el Parlamento [N. del T.].

«normal». Típicamente trabajaban unas horas o unos días y luego desaparecían. La noción local de temporalidad no se adecuaba al tiempo marcado por el reloj y bloqueaba la capacidad de los capitalistas para extraer valor de los «instantes que son los elementos del beneficio». La indisciplina temporal de las poblaciones locales era un motivo de queja frecuente de los administradores locales, y se realizaron tremendos esfuerzos para infundirles la disciplina laboral y un sentido adecuado de la temporalidad (he oído muchas veces a los actuales administradores universitarios quejas similares sobre los estudiantes, llegando incluso en una ocasión a tener que sufrir los sermones de los genios educativos de Harvard, que insistían en que lo primero que teníamos que enseñar a los estudiantes era a mantener la disciplina temporal).

Actualmente existe una abundante literatura sobre la percepción medieval y tardomedieval del tiempo, así como sobre las transiciones que se produjeron en la temporalidad con el ascenso del capitalismo (o como algunos prefieren decir, la «modernidad»). Olvidamos fácilmente, por ejemplo, que la hora actual fue en gran medida un invento del siglo XIII, y que el minuto y el segundo no se convirtieron en unidades de tiempo corrientes hasta el siglo XVII, mientras que términos como el «nanosegundo» se han inventado muy recientemente. No son definiciones naturales sino sociales, y su invención tuvo mucho que ver con la transición del feudalismo al capitalismo. Cuando Foucault habla del ascenso de la gubernamentalidad, de lo que está hablando realmente es del momento en que la gente comenzó a interiorizar una disciplina temporal y aprendió a vivir con ella casi sin darse cuenta. En la medida en que todos interiorizamos esa sensación, quedamos cautivos de cierta manera de pensar la temporalidad y las prácticas asociadas a ella. Para Marx, esa temporalidad surge asociada al asentamiento del valor como *tiempo* de trabajo socialmente necesario, y para él es crucial el papel de la lucha de clases, mientras que Foucault tiende a eludirlo o minusvalorarlo. En palabras de Marx,

tal como se ve, estas disposiciones minuciosas que reglamentan con uniformidad militar, a golpe de campana, los periodos, límites y pausas del trabajo, no fueron en modo alguno producto de cavilaciones parlamentarias. Surgieron paulatinamente de las propias circunstancias, como leyes naturales del modo de producción moderno. Su formulación, reconocimiento oficial y proclamación por el Estado fueron el fruto de largas y enconadas luchas de clases. (375, 299)

Ya no se trata únicamente de decir que «entre derechos iguales decide la fuerza», sino de reconocer el carácter de clase de formas hegemónicas de pensamiento temporal acerca del mundo. Y no es únicamente la temporalidad lo que aquí se discute, porque también surge la cuestión de la espacialidad. Para ideólogos como el anónimo autor de *An Essay on Trade and Commerce* (1770), el problema es una «fatal»

inclinación de la población trabajadora a la «comodidad y la indolencia» (366, 291). Marx cita sardónicamente ese texto:

«La cura no será completa hasta que nuestros pobres industriales se resignen a trabajar seis días por la misma suma que ganan ahora en cuatro.» A tal fin, así como para «extirpar la holgazanería, el libertinaje y los sueños románticos de libertad», así como «para reducir los impuestos de beneficencia, fomentar el espíritu industrial y disminuir el precio del trabajo en las manufacturas», nuestro «fiel Eckart» propone el remedio acreditado de encerrar en un «hospicio ideal» (*an ideal Workhouse*) a los obreros que caigan en manos de la beneficencia pública, en una palabra, a los pobres. «Esa casa ideal debe convertirse en una Casa del Terror (*House of Terror*)». En ese «hospicio ideal» deberán trabajar «14 horas diarias, incluyendo empero las correspondientes comidas, de suerte que queden 12 horas completas de trabajo». (367, 292)

Marx responde a esto que

tal Casa del Terror para indigentes, con la que el alma del capital solo soñaba en 1770, se hizo realidad pocos años después como gigantesca «Casa de Trabajo» para los obreros de las manufacturas, y se llamó fábrica. Y esta vez el ideal palidecía ante la realidad. (368, 293)

La organización espacial forma parte del aparato disciplinario diseñado para someter a los trabajadores, y esos párrafos de Marx inspiraron, casi con seguridad, los diversos estudios de Foucault sobre los aparatos disciplinarios espacialmente organizados (con el Panóptico como modelo) en libros como *Historia de la locura en la época clásica*, *El nacimiento de la clínica* o *Vigilar y castigar*. Resulta irónico, a mi juicio, que en el mundo anglófono se considere tan a menudo a Foucault como un pensador radicalmente enfrentado a Marx, cuando adopta tan claramente como inspiración sus análisis de la jornada laboral. Foucault realiza un magnífico trabajo, en mi opinión, al generalizar el argumento de Marx y darle consistencia. Aunque en algunas de sus obras posteriores se aleja de lo que decían los marxistas (en particular los maoístas y comunistas franceses de la época), sus primeros textos sustanciales sobre los manicomios, hospitales y prisiones deberían leerse en mi opinión como prolongaciones –antes que como divergencias– de los argumentos de Marx con respecto al ascenso de un capitalismo disciplinario en el que los trabajadores tienen que ser socializados y disciplinados para obligarles a aceptar la lógica espacio-temporal del proceso de trabajo capitalista.

Al problema de cómo crear y mantener la disciplina laboral, que sigue todavía en pie, por supuesto, se le añade el de qué hacer con la gente que no lo acepta, a los que

se denomina inadaptados o anormales, y esa es la cuestión que tratan tanto Marx como Foucault: se les califica de dementes o antisociales y se les encarcela en manicomios o prisiones; o como apunta Marx, se les pone en la picota como objeto de burla y de castigo. Ser una persona «normal» significa por tanto aceptar cierto tipo de disciplina espacio-temporal provechosa para el modo de producción capitalista. Lo que Marx demuestra es que no es en absoluto normal, sino que se trata de un constructo social surgido durante este periodo histórico, de una forma particular y por unas razones particulares.

Es evidente que en sus inicios los capitalistas tuvieron que esforzarse enérgicamente para extender la jornada laboral y normalizarla en, digamos, diez o doce horas de trabajo (como era habitual en tiempos de Marx). El «tiempo de trabajo» en las sociales precapitalistas variaba mucho dependiendo de las circunstancias, pero no solía exceder normalmente las cuatro horas diarias, dedicándose el resto del día a la socialización y otras actividades que no se podían considerar «productivas» en el sentido de contribuir a la supervivencia material. En nuestra sociedad, en cambio, una jornada laboral de cuatro horas se consideraría ridícula, desafortunada e incivilizada, lo que plantea ciertas dudas sobre el «grado de civilización» que predomina en ella. Presumiblemente, una alternativa socialista debería restaurar la jornada laboral de cuatro horas.

En el sexto apartado de este capítulo Marx nos cuenta lo que sucedió durante las décadas de 1830 y 1840 cuando los trabajadores se rebelaron contra la duración excesiva de la jornada laboral en la Gran Bretaña industrial. Marx relata una dinámica política particular, que transcurrió más o menos así (lo contaré a mi modo para clarificar la descripción de Marx): en Gran Bretaña, durante la década de 1820, la aristocracia terrateniente todavía dominaba el poder político. Tenía en sus manos el Parlamento, la Cámara de los Loes, la monarquía y los aparatos militar y judicial. Pero había también una pujante burguesía, constituida en buena parte por los intereses mercantiles y financieros tradicionales (localizada en Londres y ciudades portuarias como Bristol y Liverpool que obtenían buena parte de sus riquezas de la trata de esclavos), pero a la que se había sumado ahora una clase industrial cada vez más poderosa centrada en la manufactura del algodón en la región de Manchester. Esta última preconizaba vigorosamente una versión particular de la teoría económica dominada por la libertad de mercado y el libre comercio (fue a Manchester, recordemos, adonde acudió Senior para aprender economía). Los capitalistas industriales, cada vez más ricos, disponían de poco poder en relación con la aristocracia terrateniente. Trataron por tanto de reformar el sistema parlamentario a fin de obtener mayor poder en el aparato estatal; para ello tuvieron que emprender una seria batalla contra la aristocracia terrateniente, para la que buscaron apoyo en la masa del pueblo, en particular en la clase media profesional y una clase obrera artesanal

relativamente educada (a diferencia de la masa de trabajadores incultos). La burguesía industrial, en resumen, buscó una alianza con las organizaciones artesanales contra la aristocracia terrateniente, y mediante movilizaciones masivas hacia finales de la década de 1820 forzaron la Ley de Reforma de 1832, que modificó en su favor el sistema de representación parlamentaria y eliminó trabas electorales de modo que también pudieran votar los propietarios modestos.

Pero durante el periodo de agitación que precedió a la reforma se habían hecho a la clase obrera todo tipo de promesas políticas, incluida la de extender el voto a los artesanos, regular la duración de la jornada laboral y reformar las opresivas condiciones de trabajo. La Ley de Reforma fue pronto calificada por los trabajadores como «la gran traición». La burguesía industrial obtuvo la mayoría de las reformas que deseaba, mientras que la clase obrera no obtuvo prácticamente nada. La primera ley fabril que regulaba la duración de la jornada laboral en 1833 era débil e ineficaz (aunque sentó el precedente de la legislación estatal sobre el tema). Los trabajadores, indignados por aquella traición, organizaron un movimiento político llamado cartismo que comenzó a denunciar con vehemencia las condiciones de vida de la mayoría de la población así como las espantosas condiciones del trabajo industrial. En aquellos años aumentó aún más el rencor de la aristocracia terrateniente hacia el creciente poder de la burguesía industrial (basta leer una novela de Dickens o de Disraeli para apreciar esa tensión omnipresente), por lo que tendía a apoyar las reivindicaciones obreras, en parte arguyendo el interés nacional (militar), pero también por la presunción típicamente aristocrática del *noblesse oblige*, queriendo presentarse como nobles caballeros paternalistas que no explotaban a la gente como los infectos empresarios industriales. De ahí provenía en gran medida la iniciativa de los inspectores de fábrica, promovidos por la aristocracia terrateniente a fin de contener el poder de una burguesía industrial arrolladora. Durante la década de 1840 esta tuvo que retroceder frente a la coalición de facto entre la aristocracia terrateniente y un movimiento obrero «cada día más amenazador», como decía Marx (320, 253). En 1844, 1847 y 1848 se presentaron y aprobaron leyes fabriles más estrictas.

Hay sin embargo otra pieza a tener en cuenta en ese rompecabezas de las relaciones de clase y la formación de alianzas. La escuela manchesteriana de economía defendía tenazmente el *laissez-faire* y el libre comercio y se oponía en consecuencia a las *Corn Laws* (leyes del grano) que imponían elevados aranceles al trigo importado para proteger los ingresos de la aristocracia terrateniente frente a la competencia extranjera; pero esto tenía como consecuencia un elevado precio del pan, alimento básico de la clase obrera. La burguesía industrial lanzó una campaña política, encabezada por Richard Cobden y John Bright desde Manchester, en favor de la abolición de las *Corn Laws*, proclamando que eso significaría un abaratamiento del pan. Se realizaron intentos (no con mucho éxito, ya que los obreros recordaban demasia-

do bien «la gran traición») de forjar una alianza con los trabajadores. Finalmente, durante la década de 1840 las *Corn Laws* se modificaron de modo que se redujeron los aranceles sobre el trigo, dañando seriamente los intereses de la aristocracia terrateniente; pero cuando se abarató el pan, la burguesía industrial redujo los salarios. En términos marxistas, dado que el valor de la fuerza de trabajo estaba determinado en buena parte por el precio del pan, las importaciones más baratas de trigo que reducían su precio indujeron a su vez (*caeteris paribus*) una caída en el valor de la fuerza de trabajo. Los industriales podían pagar menos a sus obreros porque estos necesitaban menos dinero para comprar su pan diario. En aquel momento de la década de 1840 el movimiento cartista se fortalecía y la agitación obrera aumentaba, sin que la burguesía industrial, muy enfrentada a la aristocracia terrateniente, pudiera forjar una sólida alianza antiobrera.

La burguesía industrial trató de sabotear el funcionamiento de las leyes fabriles de la década de 1840. Al igual que los boyardos, trampeaban con las nociones de temporalidad. Como los trabajadores no tenían relojes, los patronos alteraban los de las fábricas para sacarles más tiempo de trabajo. Fragmentaban los planes de trabajo de modo que

el obrero se veía reclamado bien por 30 minutos, bien por una hora, volviendo a rechazarlo luego y hacerlo entrar y salir de la fábrica una y otra vez, acosándolo aquí y allá en jirones dispersos de tiempo, sin perder nunca el dominio sobre él durante las diez horas de trabajo. Como en un escenario, las mismas personas tenían que aparecer alternativamente en las diversas escenas de los distintos actos; pero al igual que un actor permanece en el teatro durante toda la duración del drama, los obreros tenían que permanecer en la fábrica durante quince horas, sin contar el tiempo de ir y volver. Las horas de descanso se transformaban así en horas de ocio forzado que empujaban al obrero joven a la taberna y a la obrera joven al burdel. Y el obrero tenía que engullir su comida tan pronto a una hora como a otra, según se le ocurriera cada día al capitalista. (385-386, 307-308)

Los patronos utilizaban el sistema de relevos para confundir los tiempos y «denunciaban a los inspectores de fábrica como una especie de comisarios de la Convención, que sacrificaban despiadadamente a los infelices obreros de su fábrica a su obsesión de mejorar el mundo» (378, 301). La legislación anterior tendía a concentrarse particularmente en el empleo de mujeres y niños, lo que suscitó un debate sobre la edad a la que estos últimos se hacen adultos. «Según la antropología capitalista, la infancia acababa a los diez años de edad o, como mucho, a los once» (372, 297). ¡He ahí el grado de civilización de la burguesía industrial! Y como se quejaba amargamente uno de los inspectores de fábrica, Leonard Horner, no tenía ningún



sentido acudir a los tribunales, ya que siempre absolvían a los patronos. Pero, como observa Marx, «los *tories* –la aristocracia terrateniente– clamaban venganza» (376, 300) por la derogación de las *Corn Laws*, y en 1848 propusieron una nueva ley fabril que pretendía limitar la jornada laboral a diez horas.

Sin embargo, en 1848 estalló en gran parte de Europa una de esas crisis periódicas del capitalismo en las que confluyen una importante crisis de sobreacumulación del capital con una enorme crisis de desempleo, detonando vigorosos movimientos revolucionarios en París, Berlín, Viena y otras capitales; en Gran Bretaña, mientras, la agitación cartista llegó a su máxima intensidad. Toda la burguesía europea se estremeció ante el potencial revolucionario de la clase obrera. En París, tras la insurrección de finales de junio como protesta por el cierre de los *Ateliers nationaux* y la cruenta represión del movimiento obrero por el ejército, el general Cavaignac impuso durante seis meses un régimen autoritario que Louis-Napoléon Bonaparte, elegido presidente de la Segunda República en diciembre, convirtió tres años después en el Segundo Imperio, entronizado él mismo como Napoleón III.

En Gran Bretaña los acontecimientos no fueron tan dramáticos, pero el temor a la agitación se había generalizado. Allí,

el fracaso del movimiento cartista, con sus dirigentes encarcelados y su organización deshecha, había sacudido ya la confianza de la clase obrera inglesa en sí misma. Poco después, la insurrección parisiense de junio y su sangrienta represión unieron en Inglaterra, lo mismo que en la Europa continental, a todas las fracciones de las clases dominantes, terratenientes y capitalistas, lobos de la bolsa y tenderos, proteccionistas y librecambistas, gobierno y oposición, curas y librepensadores, jóvenes prostitutas y viejas monjas, bajo el llamamiento común a salvar la propiedad, la religión, la familia y la sociedad. (378-379, 302)

Resulta curioso constatar con qué frecuencia se echa mano de la letanía de «la propiedad, la religión, la familia y la sociedad» como mantra ideológico con el que proteger el orden burgués establecido. No tenemos que mirar mucho más allá de la reciente historia de Estados Unidos, donde el partido republicano, en particular, no existiría si no fuera por su vehemente declaración de lealtad a esos principios. En Gran Bretaña, en 1848, significaba que

en todas partes la clase obrera quedaba proscrita, anatematizada, bajo la *loi des suspects*. Los señores fabricantes no tenían por qué andarse con reparos y se alzaron en rebelión abierta, no solo contra la ley de las diez horas, sino contra toda la legislación que desde 1833 había intentado restringir en alguna medida la «libre» explotación de los trabajadores. Esta *pro-slavery rebellion* en miniatura se llevó a cabo durante más

de dos años con cínica desconsideración y energía terrorista, tanto más asequibles cuanto que los capitalistas rebeldes no arriesgaban más que la piel de sus trabajadores. (379, 302)

Todo esto suena muy parecido a la contrarrevolución neoliberal de Reagan y Thatcher de la década de 1980. Durante el gobierno de Reagan gran parte de lo que se había alcanzado en el ámbito de las relaciones laborales (mediante la Junta Nacional de Relaciones Laborales y la Administración de Seguridad y Salud Ocupacional) fue derogado. También en este caso desempeñaron un papel protagonista el cambio de correlación de fuerzas entre las clases y las alianzas de clase en el seno del aparato estatal.

En Gran Bretaña sucedió algo muy interesante después de 1850.

La victoria del capital, al parecer definitiva, provocó inmediatamente una reacción. Hasta entonces los obreros habían ofrecido una resistencia pasiva, si bien inflexible y renovada cada día. Ahora protestaban a gritos en mítines amenazantes en Lancashire y Yorkshire. ¡La supuesta ley de las diez horas era, pues, pura patraña, una estafa parlamentaria, algo que nunca existió! Los inspectores de fábrica advirtieron urgentemente al gobierno de que el antagonismo de clase había llegado a una tirantez increíble. Incluso una parte de los fabricantes murmuraba: «Debido a los fallos contradictorios de los magistrados reina una situación enteramente anormal y anárquica. En Yorkshire rige una ley y en Lancashire otra; la que se aplica en una parroquia de Lancashire difiere de la que prevalece en su vecindad inmediata». (387, 309)

Lo que los capitalistas hacían efectivamente era utilizar la ley para fragmentar las decisiones acá, allá y en todas partes, de forma que ya no era en absoluto coherente. Pero la seria amenaza de los disturbios en 1850 obligó a

un compromiso entre fabricantes y obreros, sellado por el Parlamento con la nueva ley fabril adicional del 5 de agosto de 1850. Para «los jóvenes y las mujeres» la jornada de trabajo se amplió de diez a diez horas y media durante los cinco primeros días de la semana, y se redujo a siete horas y media los sábados. (387-388, 309)

Algunos grupos, como los fabricantes de seda, obtuvieron exenciones, y allí los niños «eran simplemente llevados al matadero por la suavidad de sus dedos» (389, 310). Pero en 1850

había triunfado el principio con su victoria en las grandes ramas industriales, que era la criatura más genuina del modo de producción moderno. El más ciego podía con-

templar el maravilloso desarrollo de estas industrias entre 1853 y 1860, a la par del renacimiento físico y moral del obrero fabril. Los mismos fabricantes, a quienes se les había arrancado paso a paso, a lo largo de medio siglo de guerra civil, la restricción y regulación legales de la jornada laboral de trabajo, señalaban jactanciosos el contraste con las zonas de explotación todavía «libres». Los fariseos de la «economía política» proclamaban ahora el reconocimiento de la necesidad de una jornada de trabajo legalmente regulada como nueva conquista característica de su «ciencia». Se comprende fácilmente que, una vez que los magnates de las fábricas se sometieron a lo inevitable y se reconciliaron con ella, se debilitase gradualmente la resistencia del capital, al tiempo que aumentaba la combatividad de la clase obrera con el número de sus aliados en las capas sociales no afectadas directamente. (392, 312-313)

¿Quiénes eran esos aliados? Marx no lo dice, pero probablemente se refería sobre todo a las clases profesionales y al ala progresista de la burguesía reformista, que fueron elementos cruciales en una situación en la que los obreros no votaban. «De ahí el progreso relativamente rápido desde 1860» (392, 313).

Aunque Marx no lo comenta, ese reformismo no se limitaba a las condiciones del trabajo en las fábricas, y a medida que iba quedando claro que también ellos se podrían beneficiar, incluso los industriales comenzaron a aceptarlo, como muestra el ejemplo de Joseph Chamberlain, quien se convirtió en alcalde de Birmingham y a quien solían llamar «radical Joe» debido a su empeño en mejoras municipales en educación, infraestructura (abastecimiento de agua, alcantarillado, iluminación con gas, etc.) y en los alojamientos para los pobres. Una parte al menos de la burguesía industrial había aprendido hacia la década de 1860 que no tenía que mantener necesariamente una actitud reaccionaria en esas cuestiones para mejorar sus beneficios.

Toda esta dinámica exige algún comentario. De los datos hasta 1850 o así, queda claro que la tasa de explotación en el sistema industrial británico era enorme, como lo era también el número de horas de trabajo, con espantosas consecuencias para las condiciones de trabajo y de vida. Pero esa superexplotación se rebajó un tanto a partir de 1850, sin ningún efecto negativo notable sobre la rentabilidad o la producción. Esto se debía en parte a que los capitalistas encontraron otro modo de obtener plusvalor (del que nos ocuparemos enseguida). Pero también descubrieron que una mano de obra sana y eficiente, con una jornada laboral más corta, podía ser más productiva que la mano de obra enferma, ineficiente y desfallecida, cuyo deterioro obligaba a una rotación constante, de la que se habían servido durante las décadas de 1830 y 1840. Los capitalistas pudieron entonces proclamar su descubrimiento y su benevolencia y a veces su apoyo explícito a cierto nivel de regulación colectiva e interferencia estatal para limitar los efectos de las leyes indefectibles de la competencia. Si desde el punto de vista de la clase capitalista en su conjunto, limitar la dura-

ción de la jornada laboral resultó ser una buena idea, ¿qué nos dice esto sobre la lucha de los trabajadores y sus aliados por limitarla? Nos dice que los trabajadores pueden muy bien estar haciéndole un favor al capital. Los capitalistas aceptan reformas que no vayan necesariamente contra sus intereses de clase. Con otras palabras, la dinámica de la lucha de clases puede contribuir tanto a equilibrar el sistema como a trastornarlo. Marx concede efectivamente aquí que los capitalistas, cuando finalmente sucumbieron tras cincuenta años de lucha a la idea de regular la jornada laboral, encontraron que era tan beneficiosa para ellos como para los trabajadores.

En el apartado VIII.7, Marx examina la repercusión de la legislación fabril inglesa en otros países, principalmente Francia y Estados Unidos, reconociendo por primera vez la insuficiencia de un análisis que se concentra únicamente en el trabajador individual y su contrato.

La historia de la reglamentación de la jornada de trabajo en algunos modos de producción y la lucha continuada por esta reglamentación en otros, demuestran palpablemente que el obrero aislado, el obrero como vendedor «libre» de su fuerza de trabajo, sucumbe sin resistencia cuando la producción capitalista alcanza cierto grado de madurez. Por eso el establecimiento de una jornada laboral normal es el fruto de una guerra civil larga, más o menos encubierta, entre la clase capitalista y la clase obrera. (396, 316)

En otros países, esa lucha se ve afectada por la naturaleza de las tradiciones políticas (el «método revolucionario francés», por ejemplo, depende mucho más de las declaraciones de «derechos universales») y las condiciones concretas de trabajo (en Estados Unidos, durante la esclavitud, «el trabajador de piel blanca no podrá emanciparse mientras se marque a fuego al trabajador de piel negra») (398-399, 318). Pero en todos los casos el trabajador que aparece como un «agente libre» en el mercado descubre que no lo es en el terreno de la producción, donde «su vampiro no deja de succionar “mientras quede un músculo, un tendón, una gota de sangre por explotar”» (400, 319-320) (Marx cita aquí a Engels). La lección que hay que aprender es que

para «protegerse» contra la serpiente de sus tormentos, los obreros tienen que apiñar sus cabezas y, como clase, forzar una ley estatal, una barrera social potente, que les impida a ellos mismos venderse y vender a su descendencia para la muerte y la esclavitud mediante un contrato voluntario con el capital. En lugar de la lista pomposa de los «derechos inalienables del hombre» aparece ahora la modesta Magna Carta de una jornada de trabajo legalmente restringida que «aclara por fin cuándo termina el

tiempo que vende el obrero y cuándo empieza el tiempo que le pertenece a él mismo». (400-401, 320)

A partir de esa conclusión surge un par de cuestiones. El desdén de Marx hacia los «derechos inalienables del hombre» es una reafirmación de que los «debates sobre derechos» no van a poder resolver las cuestiones fundamentales, como la determinación de la duración de la jornada laboral, como tampoco pueden hacerlo los tribunales. Pero ahí, por primera vez, Marx argumenta que los trabajadores tienen que «apiñar sus cabezas» y trabajar como clase, y el modo en que lo hagan tendrá un enorme efecto sobre sus condiciones de trabajo y la dinámica del capitalismo. Esta lucha es decisiva para la propia definición de la libertad. Cito aquí del libro tercero de *El Capital*:

En realidad, el reino de la libertad empieza allí donde acaba el trabajo determinado por la necesidad y la finalidad externa; por tanto, conforme a la naturaleza de la cosa, queda más allá de la esfera de la producción material propiamente dicha. Lo mismo que el salvaje tiene que luchar con la naturaleza a fin de satisfacer sus necesidades, a fin de preservar y reproducir su vida, también tiene que hacerlo el civilizado, y tiene que hacerlo en todas las formas sociales y bajo todos los modos posibles de producción. Con su desarrollo se expande también el reino de la necesidad natural, por desarrollarse las necesidades; pero al mismo tiempo se amplían las fuerzas productivas que las satisfacen. En este terreno, la libertad solo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente ese metabolismo con la naturaleza, lo pongan bajo su control común, en vez de estar dominados por él como por un poder ciego; llevarlo a cabo con el menor gasto de fuerza y bajo las condiciones más dignas y adecuadas a su naturaleza humana. Pero seguirá siendo siempre un reino de la necesidad. Más allá del mismo comienza el desarrollo de las fuerzas humanas que se cumple como fin en sí, el verdadero reino de la libertad, que solo puede prosperar empero sobre la base de ese reino de la necesidad. La condición fundamental es la reducción de la jornada laboral<sup>2</sup>.

Pero también vemos que los capitalistas, empujados por las leyes indefectibles de la competencia, pueden comportarse de un modo que dificulte seriamente las perspectivas de su reproducción como clase. Si los trabajadores se organizan como clase, obligando con ello a los capitalistas a modificar su comportamiento, su poder polí-

---

<sup>2</sup> Karl Marx, *El Capital*, libro tercero, trad. de Vicente Romano, Madrid, Akal, 2012, tomo III, pp. 272-273. En alemán, *Das Kapital*, vol. III, Berlín, Dietz, 2012, p. 828 [disponible en [www.mlwerke.de/me/me25/me25\\_822.htm#Kap\\_48\\_III](http://www.mlwerke.de/me/me25/me25_822.htm#Kap_48_III)].

tico colectivo contribuye a salvar a los capitalistas de su propia estupidez y miopía individual, obligándoles a reconocer su interés de clase. De ahí se deduce que la lucha de clases colectiva puede servir como estabilizador de la dinámica capitalista. Si los trabajadores son completamente impotentes el sistema se escora, porque con el lema «¡Después de mí, el diluvio!» no hay forma de dirigir una economía capitalista estable. Evidentemente, las leyes de la competencia que empujan a los capitalistas por una vía tan autodestructiva deben ser contenidas. Este es un problema tan serio con respecto a la superexplotación de la tierra y el pillaje de los recursos naturales como lo es para la calidad y la cantidad de la oferta de trabajo.

Ahora bien, no es fácil llegar a esta conclusión, porque Marx se considera un pensador revolucionario. En este capítulo se ve coartado por la suposición inicial de que tanto el capital como el trabajo defienden sus derechos en términos de las leyes del intercambio, en los que el único resultado por posible para el trabajador es una «modesta Magna Carta» de un salario decente para una jornada laboral decente. Ahí no se habla del derrocamiento de la clase capitalista ni de la abolición de las relaciones de clase. La lucha de clases meramente equilibra la relación capital-trabajo. La lucha de clases puede ser fácilmente interiorizada en la dinámica del sistema como fuerza positiva que sostiene el modo de producción capitalista. Aunque esto significa que la lucha de clases es a la vez inevitable y socialmente necesaria, arroja muy poca luz sobre las perspectivas de un derrocamiento revolucionario del capitalismo.

¿Cómo debemos interpretar políticamente todo esto? En mi opinión, no cabe negar que cierto poder del movimiento obrero es socialmente necesario para que el capitalismo funcione adecuadamente, y que cuanto antes lo reconozcan y lo acepten los capitalistas, mejor será para ellos. Hay muchas pruebas históricas que apoyan esta conclusión, hasta el punto de que el Estado, como sucedió en Estados Unidos durante el New Deal, ha favorecido en ocasiones al movimiento sindical, no para derrocar el capitalismo, sino para estabilizarlo. Las luchas en torno al valor de la fuerza de trabajo y la duración de la jornada laboral son fundamentales para lograr cierta estabilidad en el capitalismo, por razones no solo económicas, sino también sociales y políticas. Quizá no sea casual que la fase de gobiernos socialdemócratas en Europa y de pacto social entre capital y trabajo en Estados Unidos durante las décadas de 1950 y 1960 estuviera asociada con un pujante crecimiento capitalista y que los países escandinavos, con sus sólidos sistemas sociales de apoyo, hayan seguido siendo competidores relativamente exitosos en la escena internacional, incluso durante el reciente giro hacia el neoliberalismo en otros lugares. Marx también insiste en que para entender la dinámica del capitalismo ese equilibrio socialmente necesario de la lucha de clases tiene que insertarse teóricamente en una economía política burguesa que permanece muda al respecto.

Pero también hay un límite más allá del cual la lucha sobre la duración de la jornada laboral y el empoderamiento del movimiento obrero puede desbordar la conciencia sindical y asumir reivindicaciones más revolucionarias. Una cosa es decir que la jornada laboral debe limitarse a diez u ocho horas, y otra reivindicar que se limite a cuatro. En ese momento los capitalistas comienzan a ponerse nerviosos. Como sucedió en Francia, hasta la semana laboral de 35 horas y las vacaciones de seis semanas han sido consideradas excesivas y han suscitado una fuerte reacción de la clase capitalista y sus aliados en defensa de mucha más «flexibilidad» en las leyes laborales. La pregunta al respecto es: ¿a partir de qué nivel va demasiado lejos la reforma y desafía de hecho la propia base del capitalismo?

Si hay un punto de equilibrio para la lucha de clases, ni está fijo ni es conocido, sino que depende de la correlación de fuerzas entre las clases y el grado de flexibilidad de los capitalistas en relación con nuevas reivindicaciones. Por ejemplo, una jornada laboral mucho más corta permite a los capitalistas presionar como compensación en favor de la intensificación y mayor eficiencia del trabajo. Durante una jornada de doce horas es prácticamente imposible mantener un alto nivel de intensidad. Un ejemplo interesante tuvo lugar durante la huelga de los mineros contra el gobierno de Edward Heath en Gran Bretaña a principios de la década de 1970. Ante las reducciones de energía eléctrica disponible, Heath decretó una semana de trabajo de tres días, pero las pruebas subsiguientes mostraron que la actividad productiva no disminuía en la misma proporción. También decretó que no se emitieran programas de televisión a partir de las diez de la noche, lo que propició su fracaso en las siguientes elecciones (también se produjo, recuerdo, un notable ascenso de la tasa de natalidad nueve meses después).

No puedo resistirme a concluir el repaso de este capítulo con algunos comentarios sobre la situación actual. En pocas palabras, la dinámica de la lucha de clases (incluida la formación de alianzas interclasistas) ha seguido desempeñando desde los tiempos de Marx un papel crucial en la determinación de la jornada, la semana, el año y toda la vida laboral, así como en el grado de regulación de las condiciones de trabajo y los niveles salariales. Aunque en ciertos lugares y momentos se han mitigado mucho las horribles e inhumanas situaciones sobre las que se explaya Marx, las cuestiones generales que describe (como la esperanza de vida mucho más baja de la media en muchas ocupaciones como la minería, las industrias químicas y metalúrgicas y la construcción) no han desaparecido nunca. Además, durante los últimos treinta años, con la contrarrevolución neoliberal que otorga mucha mayor importancia a la desregulación y la obtención de mano de obra mucho más vulnerable mediante la globalización, se han recrudecido las condiciones que los inspectores de fábrica describían tan gráficamente en tiempos de Marx. A mediados de la década de 1990, por ejemplo, propuse a los estudiantes que asistían a mis clases sobre *El Capital* el siguiente ejercicio: les

pedí que imaginaran que habían recibido una carta de casa en la que les comentaban, sobre ese curso, que aunque el libro quizá tenía importancia histórica, las condiciones que describe habían sido superadas hacía mucho tiempo. Les di a los estudiantes varios ejemplos tomados de informes oficiales (del Banco Mundial, por ejemplo) y recortes de periódicos respetables (el *New York Times* y otros) que describían las condiciones de trabajo en las fábricas de Gap que producen ropa en Centroamérica, las de zapatillas Nike en Indonesia y Vietnam o los productos Levi-Strauss en el sureste de Asia, y la conmoción de la gran amante de los niños Kathy Lee Gifford al descubrir que su línea de ropa para Walmart era producida, bien en fábricas de Honduras que empleaban a niños sin pagarles apenas un salario, bien en talleres de trabajo esclavo en la región de Nueva York donde no se había pagado a la gente durante semanas. Los estudiantes redactaron estupendos ensayos, pero se echaron atrás cuando le sugerí que quizá podían enviarlos a su familia.

Lamentablemente, esas condiciones han empeorado. En mayo de 2008, una incursión del Servicio de Inmigración y Fronteras en una planta de empaquetado de conservas cárnicas en Iowa detuvo a 389 sospechosos de inmigración ilegal, muchos de los cuales trabajaban doce horas al día, seis días a la semana, pese a no haber alcanzado la edad legal para trabajar. Aquellos inmigrantes fueron tratados como criminales; muchos de los 297 que hallaron culpables fueron encarcelados durante cinco meses o más antes de ser deportados, y las autoridades solo comenzaron, con mucha lentitud, a tomar medidas contra la empresa por sus horribles prácticas laborales cuando la información se filtró a la prensa y llegó a la opinión pública. Tal como habían entendido los estudiantes de mi clase, es muy fácil insertar un montón de informes actuales sobre las prácticas laborales en el capítulo de Marx sobre la jornada laboral y no apreciar diferencia alguna. Ahí nos han llevado la contrarrevolución neoliberal y la pérdida de poder por parte del movimiento obrero. Es triste decir que el análisis de Marx sigue siendo muy relevante para nuestra situación actual.

## Capítulo IX. Tasa y masa de plusvalor *[Sección tercera]*

El capítulo IX es un típico capítulo de enlace, que parte de un conjunto de cuestiones para plantear otras. Marx vuelve en él a un método secamente algebraico antes de imprimir un giro sustantivo. Los capitalistas, sugiere, están más interesados en maximizar la masa de plusvalor porque su poder social individual depende de la cantidad total de dinero a su disposición. La masa de plusvalor viene dada por la tasa media de plusvalor multiplicada por el número de trabajadores empleados. Si ese número disminuye, se puede obtener la misma masa de plusvalor incrementan-



do su tasa; pero existe un límite a la tasa de plusvalor, dado no solo por las veinticuatro horas que tiene un día, sino también por todas las barreras sociales y políticas mencionadas anteriormente. Frente a ese límite, los capitalistas pueden aumentar el número de trabajadores empleados, pero en determinado momento topan con otro límite, que es el capital variable total disponible y la oferta total de población trabajadora; esta podría llegar como máximo, por supuesto, a la población total, pero una vez más hay razones por las que la fuerza de trabajo disponible es mucho menor. Frente a esos dos límites, el capital tiene que poner en práctica una estrategia totalmente diferente para aumentar la masa de plusvalor.

Tal como sucede a menudo en los capítulos de transición, Marx nos proporciona, en forma concentrada, un mapa conceptual sobre el recorrido realizado y el paradero hacia el que nos dirigimos:

El capital se desarrolló en el proceso de producción hasta hacerse con el mando sobre el trabajo, es decir, sobre la fuerza de trabajo activa o el propio obrero; el capital personificado, el capitalista, cuida de que el obrero ejecute su obra ordenadamente y con el grado adecuado de intensidad. [Pero] va más allá, estableciendo una relación coactiva que obliga a la clase obrera a ejecutar más trabajo del que exige el estrecho círculo de sus propias necesidades. (412, 328)

El capital personificado, en su afán de plustrabajo y su incesante ansia de plusvalor,

excede en energía, desenfreno y eficacia a todos los sistemas de producción precedentes [...] Primero subordina el trabajo a las condiciones técnicas en que lo encuentra históricamente, sin alterar inmediatamente el modo de producción. La producción de plusvalor en la forma expuesta hasta ahora, mediante la simple prolongación de la jornada laboral, parecía por tanto independiente de cualquier cambio en el propio modo de producción. (412, 328)

Pero todo eso está a punto de cambiar, tanto lógica como históricamente. «La cosa cambia en cuanto consideramos el proceso de producción bajo el punto de vista del proceso de valorización. Los medios de producción se transforman inmediatamente en medios para la absorción de trabajo ajeno. Ya no es el obrero el que utiliza los medios de producción, sino que son los medios de producción los que utilizan al obrero.» Esta inversión histórica y lógica está en el centro de una asombrosa transformación de cómo hay que entender un modo de producción capitalista. «En vez de ser consumidos por él como elementos materiales de su actividad productiva, son ellos los que lo consumen a él como fermento de su propio proceso vital, que

consiste únicamente en su movimiento como valor que se valoriza a sí mismo» (412-413, 328-329). Todo esto se sigue del simple hecho de que la única manera de preservar (y aumentar en forma de plusvalor) el valor de los medios de producción (el trabajo muerto coagulado en fábricas, engranajes y máquinas), es mediante la absorción de nuevas cantidades de trabajo vivo. ¡El «cerebro burgués» entiende entonces que los trabajadores solo existen para valorizar el capital mediante la aplicación de su fuerza de trabajo!

El capitalismo aborrece cualquier tipo de barrera, precisamente porque la acumulación de poder-dinero es en principio ilimitada. El capitalismo se esfuerza perpetuamente, por tanto, en trascender todos los límites (medioambientales, sociales, políticos y geográficos), en convertirlos en meras barreras que se puedan superar o eludir. Esto da un carácter propio y especial al modo de producción capitalista e impone consecuencias históricas y geográficas específicas a su desarrollo. Ahora consideraremos cómo los límites encontrados en este capítulo –la mano de obra total disponible y la tasa de explotación– son convertidos por el capital en obstáculos fáciles de salvar.



# VI

## Plusvalor relativo

### Capítulo X. El concepto de plusvalor relativo [Sección cuarta]

El capítulo X propone una tesis bastante simple y sin recodos demasiado intrincados; aun así, en él resulta muy fácil perderse. La tesis inicial es algo así como el enunciado que formulamos a continuación.

El valor de una mercancía está determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario coagulado en ella, y ese valor disminuye al aumentar la productividad. «En general, cuanto mayor es la productividad del trabajo, menor es el tiempo de trabajo requerido para producir un artículo, menor la cantidad de trabajo cristalizada en ese artículo, y menor es su valor» (62, 55).

El valor de la fuerza de trabajo como mercancía se ve afectado por todo tipo de circunstancias históricas, culturales y sociales; pero también está ligado al valor de las mercancías que los trabajadores necesitan para reproducirse a sí mismos y sus familiares manteniendo determinado nivel de vida.

El valor de la fuerza de trabajo viene dado por el valor de esos medios de subsistencia, y el tiempo de trabajo necesario para producirlos viene dado por el valor de la fuerza de trabajo. (II.6-7, 332)

Así pues, *caeteris paribus*, el valor de la fuerza de trabajo disminuirá al aumentar la productividad en los sectores que producen los bienes que los trabajadores necesitan para reproducirse a sí mismos.

Para disminuir el valor de la fuerza de trabajo, el aumento de la productividad tiene que afectar a ramas de la industria cuyos productos determinan el valor de la fuerza de trabajo, o sea, que pertenezcan a la esfera de los medios de subsistencia habituales o puedan suplirlos. (II.9, 334)

Para los capitalistas, esto significa que pueden desembolsar menos capital variable, porque los trabajadores necesitan menos dinero para satisfacer sus necesidades (en relación con determinado nivel de vida). Si los capitalistas tienen que desembolsar menos capital variable, aunque la duración de la jornada laboral permanezca fija, la relación  $p/v$ , o tasa de explotación, aumenta. Así el capitalista obtiene mayor cantidad de plusvalor, aunque la duración de la jornada laboral permanezca fija.

Este proceso no infringe en modo alguno las leyes del intercambio. Evidentemente, los capitalistas tratarán de comprar toda la fuerza de trabajo que puedan por menos de su valor, y eso aumentará la masa de plusvalor que obtienen. «Pese al importante papel que desempeña este método en el movimiento real del salario, queda aquí excluido por la hipótesis de que las mercancías, y por tanto también la fuerza de trabajo, se compran y se venden a su precio completo» (II.7, 333). Una vez más, la aceptación de la lógica del mercado y de las tesis de la economía política clásica prevalecen sobre el estudio de las prácticas reales, demostrando una vez más el compromiso de Marx en deconstruir las tesis utópicas de la economía política clásica en sus propios términos. De su razonamiento brota otro resultado particular: «un aumento de la productividad del trabajo en las ramas de la producción que no suministran medios de subsistencia necesarios ni medios de producción para su creación, deja intacto el valor de la fuerza de trabajo» (II.9, 334). Así pues, la reducción del valor de los artículos de lujo aumentando la productividad no proporciona plusvalor relativo. Lo que realmente importa es la disminución de valor de los bienes de consumo.

Esto da lugar a una paradoja: ¿por qué elevarían los capitalistas individuales la productividad en su propio sector, que produce determinado bien de consumo, cuando todos los capitalistas se beneficiarán de ello? Ahora se le llama a esto «problema del polizón» (*free-rider problem*): el capitalista individual que invierte, innova, reduce el precio de un bien de consumo y con él el valor de toda la fuerza de trabajo, no obtiene de ello un beneficio particular o singular. El beneficio corresponde a toda la clase capitalista. ¿Dónde está el incentivo individual para hacerlo?

¿Podría derivar el plusvalor relativo de una estrategia de clase? Aunque Marx no lo menciona en este capítulo, con anterioridad presentó un caso en el que fue así: la abolición de las *Corn Laws* (tarifas aduaneras sobre las importaciones de trigo) como consecuencia de la agitación colectiva de los industriales de Manchester. El abaratamiento resultante de las importaciones de trigo hizo disminuir el precio del pan, y esto permitió reducir los salarios. Este tipo de estrategia de clase ha sido en

diversas ocasiones de gran importancia histórica. El mismo mecanismo se da hoy día en Estados Unidos con respecto a las supuestas ventajas del libre comercio. El fenómeno Walmart y las importaciones baratas de China son bienvenidos porque esos artículos baratos reducen el coste de la vida para la clase obrera. El hecho de que los salarios monetarios no hayan aumentado apenas para los trabajadores durante los últimos treinta años resulta así más digerible, porque la cantidad física de artículos que pueden adquirir ha aumentado (siempre que compren en Walmart). Del mismo modo que la burguesía industrial británica del siglo XIX quería reducir el valor de la fuerza de trabajo permitiendo las importaciones baratas, su renuencia a bloquear las importaciones baratas en Estados Unidos hoy día deriva de la necesidad de mantener estable el valor de la fuerza de trabajo. Las tarifas aduaneras proteccionistas, aunque podrían contribuir a mantener los puestos de trabajo en Estados Unidos, darían lugar a incrementos de precios que presionarían al alza sobre los salarios.

De ahí resultan históricamente muchas estrategias organizadas por el Estado para alterar el valor de la fuerza de trabajo. ¿Por qué, por ejemplo, el estado de Nueva York no impone tasas a la venta de alimentos? Porque se consideran fundamentales para la determinación del valor de la fuerza de trabajo. Ocasionalmente la burguesía industrial ha apoyado los límites a los alquileres, las viviendas (sociales) baratas y ha subvencionado arrendamientos y productos agrícolas porque eso contribuye también a reducir el valor de la fuerza de trabajo. Así pues, podemos detectar muchas situaciones en las que ha habido y sigue habiendo estrategias de clase aplicadas por el aparato estatal para reducir el valor de la fuerza de trabajo. En la medida en que la clase obrera obtenía cierto acceso al poder estatal, podía aprovecharlo para incrementar sus ingresos en especie (mediante el suministro estatal de muchos bienes y servicios) y para elevar el valor de la fuerza de trabajo (reclamando en la práctica parte del plusvalor relativo potencial).

Marx evita en este capítulo cualquier mención de este tipo de cuestiones, seguramente por la misma razón por la que soslayaba el perenne intento de los capitalistas de comprar fuerza de trabajo por debajo de su valor. Las estrategias de clase deliberadas y las intervenciones estatales no cuentan en el estricto marco teórico establecido aquí por Marx. No estamos obligados a seguirle en esto siempre, en particular en la medida en que nos interesan las historias reales; pero alcanza algo muy profundo ateniéndose a las premisas restrictivas del utopismo del libre mercado: muestra cómo y por qué los capitalistas individuales pueden verse impelidos a innovar (sin ningún tipo de intervención estatal) aunque el rendimiento de su innovación se vaya a repartir entre toda la clase capitalista.

«Cuando un capitalista individual abarata las camisas, por ejemplo, aumentando la productividad del trabajo, no es en modo alguno necesario que se proponga reducir así en la misma proporción el valor de la fuerza de trabajo y el tiempo de tra-

bajo necesario.» El capitalista individual no actúa sobre la base de una conciencia de clase generalizada aunque «contribuya a aumentar la tasa de plusvalor general» mediante sus acciones. Marx advierte a continuación: «Hay que distinguir las tendencias generales y necesarias del capital de sus formas de aparición». Esta formulación tan peculiar indica que está sucediendo algo especial (se huelen los efluvios del fetichismo). ¿De qué se trata en concreto?

No vamos a considerar aquí la manera en que las leyes inmanentes de la producción capitalista se manifiestan en el movimiento externo de los capitales, se hacen valer como leyes imperativas de la competencia y así se revelan a la conciencia del capitalista individual como motivos propulsores. Pero desde un principio resulta evidente que el análisis científico de la competencia solo es posible cuando se ha comprendido la índole interna del capital, del mismo modo que solo puede entender el movimiento aparente de los cuerpos celestes quien conoce su movimiento real, no perceptible para los sentidos. (II.10, 335)

Ahora tenemos que reflexionar, crítica y cuidadosamente, sobre esas palabras de Marx. Anteriormente sugerí que convenía estar alerta para el momento en que entraran en la argumentación las leyes indefectibles de la competencia, y es aquí donde lo hacen.

Marx parece no obstante querer relativizar su importancia, aunque reconozca que no puede avanzar sin ellas. En este momento solo puedo ofrecer mi propia interpretación, aun sabiendo que muchos estarán en desacuerdo conmigo. Creo que existe cierto paralelismo con la forma en que Marx analiza el papel de las fluctuaciones de la oferta y la demanda, cuando concede que estas desempeñan un papel vital en los movimientos de precios que afectan a cada mercancía particular, argumentando a continuación que, una vez que se alcanza el equilibrio, la oferta y la demanda ya no sirven para explicar nada; por ejemplo, por qué las camisas se intercambian por zapatos en la proporción en que lo suelen hacer, que debe explicarse por algo totalmente diferente, el tiempo de trabajo socialmente necesario coagulado en esas mercancías, esto es, su valor. Eso no significa que la oferta y la demanda sean irrelevantes, ya que sin ellas no podría haber un precio de equilibrio; y así como las relaciones entre oferta y demanda son un aspecto necesario pero no suficiente del modo de producción capitalista, la competencia entre capitalistas individuales en una rama particular de la producción de mercancías desempeña un papel similar: en este caso redefine la situación de equilibrio —el precio medio o valor de la mercancía— mediante cambios en el nivel general de productividad en ese sector de la producción. La competencia, tal como Marx la presenta aquí, es una especie de epifenómeno que tiene lugar en la superficie de la sociedad, pero al igual que las fluctuaciones

de la oferta y la demanda, tiene raíces más profundas que hay que desentrañar. Algo muy similar decía ya en los *Grundrisse*:

La competencia, en suma, ese motor esencial de la economía burguesa, no establece las leyes de esta, sino que es su ejecutor. La competencia ilimitada no es por tanto la precondition para la verdad de las leyes económicas, sino su consecuencia, la forma de aparición en que se realiza su necesidad [...] La competencia no explica por tanto esas leyes, sino que las deja ver, pero no las produce<sup>1</sup>.

Veamos cómo funciona ese proceso en este caso. «Para entender la producción de plusvalor relativo, y sobre la base de los resultados ya logrados, hay que tener en cuenta lo siguiente» (II.10, 335). Recordemos que el valor de una mercancía viene dado por el «tiempo de trabajo [socialmente necesario] requerido para producir cualquier valor de uso en las condiciones de producción normales para una sociedad dada y con el nivel medio de habilidad e intensidad del trabajo prevaleciente en esa sociedad» (I.60-61, 53-54). ¿Qué sucede si un capitalista individual se aparta de ese promedio social y aplica un sistema productivo supereficiente que le permite producir veinte piezas en una hora en lugar de producir diez? Si todos los demás siguen produciendo solo diez, ese capitalista puede vender veinte por un precio aproximado al del promedio social de diez. «El valor individual de esa mercancía se halla ahora por debajo de su valor social, es decir, cuesta menos tiempo de trabajo que el gran montón de los mismos artículos producidos en las condiciones sociales medias» (II.11, 336). El capitalista innovador obtiene un beneficio extra, plusvalor adicional, vendiendo en torno al promedio social mientras produce con una tasa de productividad mucho más elevada. Esa diferencia crucial proporciona a ese capitalista individual un plusvalor relativo adicional. En este caso no importa si lo que produce son bienes de consumo o artículos de lujo. ¿Pero cómo vende ese capitalista las diez piezas extra por hora con el precio medio social antiguo? Ahí entran en juego las leyes de la oferta y la demanda, y la respuesta es, probablemente, que no puede vender tantas piezas al viejo precio, de forma que el precio medio comienza a disminuir y los demás capitalistas obtienen menos beneficio, lo que supone una redistribución de plusvalor desde quienes tienen tecnologías inferiores a los que las tienen mejores. Los que trabajan con una tecnología inferior tienen por tanto un incentivo competitivo creciente para adoptar la nueva tecnología. Una vez que todos los capitalistas de ese sector siguen el ejemplo del primero y adoptan la nueva tecnología para producir veinte piezas por hora, el tiempo de trabajo socialmente necesario coagulado en ellas disminuye.

---

<sup>1</sup> K. Marx, *Grundrisse*, en MEW, vol. 42 cit., p. 457 [ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, cit., vol. II, p. 45].



Ese tipo de plusvalor relativo que obtiene el capitalista individual solo dura mientras dispone de una tecnología superior con respecto a todos los demás. Es efímero.

Ese plusvalor extra desaparece tan pronto como se generaliza el nuevo modo de producción, desapareciendo con ello la diferencia entre el valor individual de las mercancías producidas más baratas y su valor social. La misma ley de la determinación del valor por el tiempo de trabajo que hace percibir al capitalista poseedor del nuevo método que tiene que vender su mercancía por debajo de su valor social, impulsa a sus competidores, como ley inapelable de la competencia, a adoptar el nuevo método de producción. (II.13, 337)

Así pues, el primer tipo de plusvalor relativo considerado en este capítulo es un fenómeno de clase. Afecta a toda la clase capitalista, y es tan permanente como lo permitan las condiciones de la lucha de clases sobre el valor de la fuerza de trabajo. El segundo tipo, individual y efímero, que confiere una ventaja individual al primero que adopta una tecnología más productiva, es el que los capitalistas individuales están obligados a procurarse por las leyes inapelables de la competencia, adoptando más pronto o más tarde esa tecnología más avanzada. Ambas formas de plusvalor relativo guardan cierta relación, ya que las innovaciones efímeras en el sector de los bienes de consumo presionarán también a la baja sobre el valor de la fuerza de trabajo, dentro de los límites sociales y culturales vigentes. «De ahí el impulso inmanente y la tendencia constante del capital a aumentar la productividad del trabajo, a fin de abaratar la mercancía y con ella al propio obrero» (II.14, 338).

Pero un capitalista perspicaz entenderá que puede obtener esa segunda forma efímera de plusvalor relativo siempre que disponga de una tecnología superior. Esto da lugar a algunos resultados interesantes: supongamos que la nueva tecnología es una nueva máquina. Marx argumenta que las máquinas, dado que son trabajo muerto, no pueden producir valor. ¿Pero qué sucede cuando alguien obtiene plusvalor adicional gracias a su nueva máquina? Aunque las máquinas no sean una fuente de valor, ¡sí pueden ser una fuente de plusvalor relativo para un capitalista individual! Una vez que esas máquinas se generalizan pueden convertirse en fuente de plusvalor relativo para toda la clase capitalista gracias a la disminución del valor de la fuerza de trabajo. Esto da lugar a un resultado curioso: las máquinas no pueden ser fuente de valor, pero sí pueden serlo de plusvalor.

Por la forma en que Marx plantea el argumento, vemos que existe un tremendo incentivo para que los capitalistas adopten individualmente innovaciones tecnológicas. Quien va por delante de los demás y dispone de un sistema de producción más eficiente obtiene el plusvalor efímero durante unos años, cuando los demás lo alcan-

zan o incluso lo superan y obtienen el plusvalor efímero durante otro periodo. Todos los capitalistas andan individualmente a la caza de plusvalor efímero mediante nuevas tecnologías. De ahí el dinamismo tecnológico del capitalismo.

Mientras que la mayoría de las teorías del cambio tecnológico lo tratan como una especie de *deus ex machina*, una variable exógena, exterior al sistema, atribuible al genio intrínseco de los empresarios o simplemente a la capacidad inmanente de los seres humanos para la innovación, Marx es típicamente reacio a atribuir algo tan crucial a un poder externo. Aquí halla una forma simple de explicar desde dentro (endógenamente, como se suele decir), por qué el capitalismo es tan dinámico tecnológicamente; también explica por qué los capitalistas mantienen la opinión fetichista de que las máquinas son fuente de valor, y por qué todos nosotros compartimos igualmente esa misma concepción fetichista. Marx se muestra firme al respecto: las máquinas son fuente de plusvalor relativo, pero no de valor. Dado que los capitalistas están interesados en la masa de plusvalor, y como en general prefieren obtener plusvalor relativo más que endurecer la lucha de clases en torno al plusvalor absoluto, su creencia fetichista en una «solución tecnológica» como respuesta a sus ambiciones es muy comprensible; incluso a nosotros nos costará bastante desprendernos de ella.

Pero hay otra consecuencia interesante por deducir que Marx se abstiene de examinar, aunque alude de pasada a ella en otro lugar. Supongamos que los trabajadores viven únicamente de pan, y que el coste del pan se reduce a la mitad debido al aumento de productividad, y supongamos que los capitalistas reducen los salarios en una cuarta parte. Obtienen así la forma colectiva de plusvalor relativo, incrementando la tasa de explotación general, pero al mismo tiempo los trabajadores pueden comprar más pan y elevar su nivel de vida físico. La pregunta genérica que esto plantea es: ¿cómo se reparten entre las clases las ganancias del aumento de productividad? Un resultado posible, al que Marx desgraciadamente no presta mucha atención, es que el nivel de vida material de los trabajadores puede aumentar, medido en términos de los bienes (valores de uso) que se pueden permitir, al mismo tiempo que aumenta la tasa de explotación,  $p/v$ . Esta cuestión es importante, porque una de las críticas frecuentemente oídas sobre Marx es la referida al aumento inevitable de la tasa de explotación, que los críticos refutan: los trabajadores (al menos en los países capitalistas avanzados) tienen ahora automóviles y todo tipo de bienes de consumo, por lo que obviamente la tasa de explotación no puede estar aumentando. ¿No viven ahora los trabajadores mucho mejor? Parte de la respuesta es que es perfectamente posible, en los términos postulados por la teoría de Marx, que tengan lugar continuos aumentos del nivel de vida de los trabajadores al mismo tiempo que la tasa de explotación aumenta o permanece constante. (La otra parte podría apuntar a los beneficios que obtiene una parte de la clase obrera como pago por las prácticas imperialistas de explotación de otra parte, pero ese asunto queda aquí fuera de lugar).

A mi juicio, fue una desgracia que Marx no se detuviera en este punto, en parte porque habría evitado fácilmente una línea espuria y errónea de críticas teóricas e históricas, y además habría propiciado una mayor concentración en cómo se reparten los beneficios de los aumentos de productividad, como aspecto crucial de la historia de la lucha de clases. En el caso de Estados Unidos, a partir de la Guerra de Secesión una parte de las ganancias derivadas de la mayor productividad fue a parar los trabajadores. Una estrategia típica de la negociación sindical es aceptar la colaboración en el logro de mayor productividad a cambio de salarios más altos. Si los beneficios del dinamismo tecnológico se difunden, la oposición a ese dinamismo tecnológico pierde apoyo aunque los capitalistas estén elevando alegremente la tasa de explotación. La oposición política al capitalismo puede hacerse también genéricamente menos estridente aunque la tasa de explotación aumente, dado que los trabajadores obtienen al menos un nivel de vida material más alto. Lo extraño en Estados Unidos es que durante los últimos treinta años, poco más o menos, los trabajadores no han ganado apenas nada de los aumentos de productividad; la clase capitalista se ha apropiado de casi todos los beneficios. Este es el núcleo de lo que ha significado la contrarrevolución neoliberal y lo que la distingue del periodo keynesiano del Estado de bienestar, cuando las ganancias derivadas del aumento de productividad solían ser compartidas más equitativamente entre el capital y el trabajo. El resultado, bien documentado, es un tremendo aumento de la desigualdad social en todos los países que han seguido líneas neoliberales. Esto tiene que ver en parte con la correlación de fuerzas entre las clases y la dinámica de la lucha de clases en distintos lugares, al tiempo que, en Estados Unidos, las importaciones más baratas (y las prácticas imperialistas) han contribuido también a que los trabajadores mantengan la ilusión de que quizás se están beneficiando del imperialismo capitalista. Aunque todo esto va más allá de lo que propone aquí el texto de Marx, a mi juicio conviene extender en esa dirección sus percepciones.

## Capítulo XI. Cooperación

### *[Sección cuarta]*

Los tres capítulos que vienen a continuación tratan de las diversas formas en que los capitalistas pueden procurarse plusvalor relativo del tipo individual. El foco se dirige en general hacia los distintos modos de elevar la productividad del trabajo, modificando tanto las formas organizativas (cooperación y división del trabajo) como la maquinaria y automatización (tecnología, tal como solemos imaginarla). Esto puede dar lugar a cierta confusión, ya que Marx sitúa a veces todos esos aspectos bajo el epígrafe «fuerzas productivas» y en otras prefiere usar el término «tecno-

logía» como si fueran la misma cosa. Estando como está tan interesado por las formas organizativas (el software, por decirlo así) como por las máquinas (el hardware), creo que lo mejor es suponer que para Marx la teoría de la tecnología/fuerzas productivas engloba ambas, la maquinaria y las formas organizativas. Su actitud al respecto es particularmente relevante dado que en los últimos tiempos las transformaciones organizativas –subcontratación, sistemas «justo a tiempo», descentralización empresarial y otras– han desempeñado un importante papel en los métodos para incrementar la productividad. Aunque la rentabilidad de Walmart tiene como base la explotación de trabajo barato chino, la eficiencia de su forma organizativa la distingue de muchos de sus competidores. De forma parecida, la conquista por los japoneses del mercado estadounidense del automóvil a expensas de Detroit ha tenido mucho que ver con las formas organizativas de las compañías automovilísticas japonesas («justo a tiempo» y subcontratación) así como con el nuevo hardware y automatización que aplicaron. De hecho, desde que se pusieron de moda los estudios sobre tiempo-y-movimiento (y lo que se acabó conociendo como taylorismo) alrededor de 1900, siempre ha habido un estrecho vínculo entre el hardware y el software de los sistemas de producción capitalistas.

Marx comienza examinando cómo puede aprovechar el capital, para aumentar la productividad, dos formas organizativas –cooperación y división del trabajo– en las condiciones tecnológicas existentes de trabajo artesanal y manual. Las innovaciones en esos dos aspectos organizativos han formado parte de la obtención de plusvalor relativo durante toda la historia del capitalismo, y nunca deberíamos olvidarlo. Sin embargo, al igual que en el capítulo sobre el proceso de trabajo, donde insiste en la nobleza potencial del proceso frente a su forma alienada bajo el capitalismo, Marx no ve aspectos intrínsecamente negativos en la cooperación ni en la división del trabajo, sino que las considera potencialmente creativas, beneficiosas y gratificantes para el trabajador. La cooperación y la división del trabajo bien organizadas son espléndidas capacidades humanas que multiplican nuestras capacidades colectivas. El socialismo y el comunismo tendrán presumiblemente gran necesidad de ellas. Lo que Marx trata de mostrar es cómo se apodera el capital de esas potencialidades positivas para su propia ventaja particular, convirtiéndolas así en algo negativo para el trabajador.

«La forma de trabajo de muchas personas que colaboran conjuntamente con arreglo a un plan, en el mismo proceso de producción o en procesos de producción diferentes pero conectados, se llama cooperación» (II.21, 344). Obsérvese aquí el término «plan», ya que esa idea va a ir cobrando importancia en su planteamiento. La cooperación permite, por ejemplo, aumentar la escala de la producción, y la economía de escala resultante puede generar aumentos de la eficiencia y productividad del trabajo. A esto se le concede mucha atención en la teoría económica conven-

cional, y Marx no pone reparos: «Se trata no solo de elevar la fuerza productiva individual mediante la cooperación, sino de la creación de una fuerza productiva nueva que es intrínsecamente colectiva» (II.22, 345). Esta fuerza colectiva

genera en la mayoría de los trabajos productivos una emulación y una excitación propia de los espíritus vitales (*animal spirits*) que incrementan el rendimiento individual de cada uno, de suerte que una docena de personas juntas rinden en una jornada laboral conjunta de 144 horas un producto mucho mayor que 12 obreros aislados, cada uno de los cuales trabaja 12 horas, o un único obrero durante 12 días seguidos. (II.22, 345)

Además, «la cooperación permite extender el campo de acción del trabajo», al tiempo que

hace posible, en relación a la escala de la producción, la contracción espacial del campo de producción. Esta limitación del ámbito espacial del trabajo a la vez que se extiende su radio de acción, gracias a lo cual se pueden ahorrar gran cantidad de costes falsos (*faux frais*), brota de la aglomeración de los obreros, de la reunión de distintos procesos de trabajo y de la concentración de los medios de producción. (II.26, 348)

Se constata ahí una interesante tensión entre la expansión geográfica (trabajo realizado en un área mayor) y la concentración geográfica (que reúne a trabajadores, a fines de cooperación, en un espacio particular). Esta última, como señala Marx, puede tener consecuencias políticas al unirse y organizarse los trabajadores.

Insiste, no obstante, en que «en cualquier caso, la fuerza productiva específica de la jornada de trabajo combinada es fuerza productiva social del trabajo o fuerza productiva del trabajo social. Emanada de la propia cooperación». Además, «cuando los trabajadores cooperan de un modo planeado con otros, se desprenden de sus limitaciones individuales y desarrollan la capacidad de su especie» (II.26-27, 348-349). Este es uno de esos momentos en que Marx vuelve a cierta idea de una especie universal, que fue un importante tema de los *Manuscritos económicos y filosóficos* de 1844. Resulta pues difícil ver bajo una luz negativa ese examen de la cooperación. Nos desprendemos de nuestras limitaciones individuales y desarrollamos la capacidad de la especie. En la medida en que esa capacidad no se ha realizado todavía, está por alcanzar el potencial pleno de nuestra especie.

¿Pero qué ocurre cuando volvemos al mundo de «nuestro aspirante a capitalista»? Para empezar, necesita un capital inicial con el que organizar la cooperación. ¿Cuánto, y de dónde proviene? En cualquier proceso de producción existen lo que ahora solemos llamar «barreras de entrada». En algunos casos los costes iniciales

pueden ser considerables, pero hay formas de afrontar ese problema. Marx introduce ahí una importante distinción: «Al principio, el mando del capital sobre el trabajo solo se presentaba como consecuencia formal de que el obrero trabajase, en vez de para sí mismo, para el capitalista, y por tanto bajo el capitalista. [Pero] con la cooperación de muchos asalariados, el mando del capital se convierte en requisito indispensable para la ejecución del propio proceso de trabajo, en condición real de la producción» (II.28, 350). Marx establece así una distinción entre el sometimiento «formal» del trabajo al capital y su sometimiento «real».

¿Dónde está la diferencia? Bajo lo que se llamaba «trabajo a domicilio» [*putting-out*], los comerciantes capitalistas llevaban los materiales a los agricultores en sus campos y más tarde regresaban para recoger el producto acabado. Los trabajadores no eran supervisados y el proceso de trabajo quedaba en sus manos (a menudo participaba en él toda la familia y se combinaba con la agricultura y ganadería de subsistencia); pero los labradores dependían de los comerciantes capitalistas en cuanto a sus ingresos monetarios y no eran propietarios del producto que trabajaban. Esto es lo que Marx denomina «sometimiento formal». En cambio, cuando los trabajadores tienen que ir a la fábrica para obtener un salario, entonces tanto ellos como el proceso de trabajo quedan bajo la supervisión directa del capitalista, y ese es el «sometimiento real». Mientras que el formal permite al trabajador organizar a su antojo la producción, el real se da dentro de la fábrica bajo la supervisión del capitalista. Supone, evidentemente, mayores costes de entrada, más capital inicial; en las primeras fases del capitalismo, cuando el capital era escaso, el sistema formal de explotación podía ser más ventajoso. Marx creía que con el tiempo el sometimiento solo formal desaparecería, siendo sustituido por el real, pero no llevaba necesariamente razón en esto. El resurgimiento en nuestra época del trabajo bajo contrato, el trabajo a domicilio y otros parecidos indica que es muy posible cierta reversión a tipos solo formales de sujeción y sometimiento.

Cuando los trabajadores entran en una estructura colectiva de cooperación en una fábrica, quedan bajo la autoridad directa del capitalista.

«Toda tarea directamente social o colectiva a gran escala requiere cierta dirección que procure la armonía de las actividades individuales y ejecute las funciones generales que emanan del movimiento del cuerpo total productivo, a diferencia del de sus órganos autónomos [...] del mismo modo que] una orquesta necesita un director» (II.28, 350). El problema es que «esa función de dirección, en cuanto función específica del capital, cobra características específicas». Esa función consiste en reconocer los instantes que son los elementos del beneficio y extraer del trabajador tanto tiempo de trabajo como sea posible. Por otro lado, «al aumentar la cantidad de obreros empleados, aumenta al mismo tiempo su resistencia, y con ello necesariamente la presión del capital para dominarla» (II.29, 350).

La pugna entre capital y trabajo, que antes encontramos en el mercado laboral, se interioriza en el lugar de trabajo. Esto ocurre porque la cooperación se organiza bajo la dirección del capital. Lo que en otro tiempo fue poder del trabajo, aparece ahora como poder del capital.

La vinculación mutua entre sus tareas se enfrenta por eso a ellos [los trabajadores] idealmente como plan y en la práctica como autoridad del capitalista, como poder de una voluntad ajena, que somete su actividad a los fines de esta. (II.29-30, 351)

El propósito del capitalista es asegurar «por un lado un proceso social de trabajo para la creación de un producto, y por otro el proceso de valorización del capital», esto es, la producción de plusvalor. Esto implica el desarrollo de un tipo específico de proceso de trabajo en el que «la función de vigilar directa y continuamente a los obreros individuales y en grupo» da lugar a «un tipo especial de trabajador asalariado. Al igual que un auténtico ejército, una masa de obreros que trabajan bajo el mando del mismo capital requiere oficiales (directores, gerentes) y suboficiales (inspectores, supervisores, capataces)» (II.30, 351). De ahí surge cierta estructura de supervisión de los trabajadores que es, a un tiempo, autoritaria y «puramente despótica». De esta forma el capitalista adquiere un papel peculiar como orquestador del proceso laboral en todos sus aspectos. «El capitalista no lo es porque sea dirigente industrial, sino que se convierte en dirigente industrial porque es capitalista. El alto mando sobre la industria deviene atributo del capital» (II.31, 352). Solo mediante el mando sobre el proceso de trabajo puede producirse y reproducirse el capital. Los trabajadores, por otro lado,

entran en relación con el capital, pero no entre sí. Su cooperación no se inicia sino en el proceso de trabajo, pero en este han cesado ya de pertenecerse a sí mismos. Al entrar en él se incorporan al capital. Como obreros que cooperan, como miembros de un organismo trabajador, no son más que un modo especial de existencia del capital. (II.31, 352)

Los trabajadores pierden su personalidad y se convierten en mero capital variable. Esto es lo que Marx quiere decir con sometimiento real del trabajador al capital.

La fuerza productiva social del trabajo se desarrolla gratuitamente tan pronto como los obreros se ven sujetos a determinadas condiciones, y es el capital el que los somete a esas condiciones. Como la fuerza productiva social del trabajo no le cuesta nada al capital; como, por otro lado, el obrero no la desarrolla antes de que su trabajo pertenezca al capital, aparece entonces como fuerza productiva que el capital posee por naturaleza, como su fuerza productiva inmanente. (II.31-32, 353)

Una fuerza productiva intrínseca, la fuerza social de la cooperación, se convierte en propiedad del capital y se hace aparecer como poder del capital sobre los trabajadores. Abundan los ejemplos históricos de cooperación forzosa –la Edad Media, la esclavitud, las colonias, el trabajo semiesclavo–, pero bajo el capitalismo queda especialmente manifiesta la conexión de la cooperación organizada con el trabajo asalariado, que tuvo un papel clave en el ascenso del capitalismo.

El empleo simultáneo de un gran número de obreros asalariados en el mismo proceso de trabajo constituye el punto de partida de la producción capitalista, que coincide con la aparición del propio capital. Por eso, si el modo de producción capitalista se presenta, de un lado, como necesidad histórica para la transformación del proceso de trabajo en un proceso social, también se presenta, de otro lado, como método aplicado por el capital para explotarlo con más provecho mediante el incremento de su fuerza productiva. (II.34, 354)

Ese estatus originario de cierto tipo de cooperación se perpetúa durante toda la historia del capitalismo.

La cooperación simple ha sido siempre la forma predominante en las ramas de la producción en las que el capital opera a gran escala, sin que la división del trabajo ni la maquinaria desempeñe un papel importante. La cooperación es la forma fundamental del modo de producción capitalista, aunque su forma simple se presente, por sí misma, como forma especial al lado de otras formas más evolucionadas. (II.34, 355)

Es imposible imaginar el modo de producción capitalista sin cooperación, aunque bajo el despotismo de los capitalistas que organiza y dirige una autoridad supervisora y fragmenta la clase obrera en grupos jerárquicamente distintos. Ya no es pues adecuado pensar indiferenciadamente en *el trabajador asalariado*, porque la clase obrera queda estratificada según el estatus y recompensa diferente atribuidos a las distintas funciones requeridas para constituir el despotismo de un aparato cooperativo dedicado únicamente a la producción de plusvalor.

## Capítulo XII. La división del trabajo y la manufactura

[Sección cuarta]

En el capítulo XII Marx examina la división del trabajo. Comienza por la reorganización de los artesanados, oficios y tecnologías existentes en un nuevo sistema que llama «manufactura». Esa reorganización se puede hacer de dos modos. El primero



consiste en reunir «en un solo taller, bajo el mando del mismo capitalista, a los obreros de oficios diversos» (II.35, 356). Utiliza como ejemplo la fabricación de un carruaje, para la que ruedas, bastidor, tapizado, etc., tienen que ser realizados separadamente ensamblándolos luego. Es un proceso diferente del de la fabricación de clavos o alfileres, en cuyo caso el proceso se inicia con la materia prima, que pasa por diversos procesos u operaciones independientes. Pero en ambos casos, «cualquiera que sea su punto de partida particular, su forma final es la misma: un mecanismo de producción cuyos órganos son seres humanos» (II.38, 358). Estos quedan pues vinculados entre sí al establecerse cierto tipo de relación en el régimen cooperativo del espacio de producción.

Tales reorganizaciones no dejan empero incólumes los oficios originales. «El análisis de un proceso de producción en sus fases particulares coincide aquí, por completo, con la descomposición de una actividad artesanal en sus distintas operaciones parciales» (II.38, 358). Cuando se observa en conjunto el proceso de producción, surgen oportunidades de dividirlo en fragmentos más pequeños y encargar a obreros especializados cada uno de estos fragmentos, ya sea en términos de la sucesión continua o de la heterogeneidad de muchos oficios diferentes. Sin embargo, «el oficio sigue siendo la base. Esa estrecha base técnica excluye realmente el análisis científico del proceso de producción, puesto que cada proceso parcial que recorre el producto tiene que ser susceptible de ser ejecutado como trabajo artesanal parcial». Esto constituye una barrera para el progreso de la producción capitalista y, como ya he argumentado, al capital no le gustan las barreras y trata constantemente de superarlas. La dificultad en este caso es que

cada proceso parcial que recorre el producto tiene que ser susceptible de ser ejecutado como trabajo artesanal parcial. Precisamente por ser la destreza artesanal la base del proceso de producción, cada obrero se apropia exclusivamente de una función parcial y su forma de trabajo se transforma en órgano vitalicio de esa función parcial. (II.38, 358-359)

El resultado es que los trabajadores, en lugar de disponer de libertad para pasar de una actividad a otra, se ven cada vez más encerrados en una habilidad u oficio particular y en el uso de un conjunto particular de instrumentos especializados. «Un obrero que ejecuta durante toda su vida una misma operación simple, transforma todo su cuerpo en órgano automático y unilateral de esa operación» (II.38, 359). ¿Es el trabajador el que controla su herramienta, o es la herramienta la que controla al trabajador? Marx sugiere que la reclusión social de los trabajadores en una especialidad particular de la división del trabajo los ata tanto a su instrumento especializado que pierden su libertad. No siempre había sido así:

Para ejecutar sucesivamente los diversos procesos parciales que exige la producción de una obra, un artesano tiene que cambiar unas veces de sitio, otras de instrumento. El paso de una operación a otra interrumpe la marcha de su trabajo, dejando abiertos ciertos poros, por decirlo así, en su jornada laboral. (II.40, 360-361)

Pero al capital no le gustan tales poros en la jornada laboral, ya que son momentos de ganancia perdidos. «Esos poros se cierran en el momento en que se ejecuta continuamente una misma operación durante todo el día.» Por otro lado, esto puede ser contraproducente, dado que «la continuidad del trabajo uniforme destruye la fuerza de tensión y de arranque de los espíritus vitales, los cuales hallan descanso y estímulo en el cambio de actividad» (II.41, 361).

Marx concede así, en parte, la razón a Fourier en cuanto a la importancia de la variedad y estímulos en el proceso de trabajo, frente al tedioso confinamiento de por vida de una persona, siempre con el mismo instrumento, en la cadena de trabajo. Comienzan así a entrar en la argumentación los aspectos positivos y negativos de la organización de la división del trabajo bajo el control capitalista. El intento de elevar la eficiencia y productividad del proceso de trabajo introduciendo «círculos de calidad» y distintas tareas para contrarrestar la monotonía ha sido la razón de muchos experimentos de las empresas capitalistas en ciertas ramas de la producción.

En el apartado XII.3 Marx presenta un contraste más sistemático entre dos formas fundamentales de la manufactura: manufactura heterogénea (que vincula muchas habilidades, como en la fabricación de carruajes o locomotoras) y manufactura orgánica (continua, como la fabricación de clavos). También aprovecha la oportunidad para introducir el concepto de «trabajador colectivo» formado por la combinación de obreros individuales, que

tira del alambre con una parte de sus muchas manos, armadas de instrumentos, a la par que con otras manos y herramientas lo extiende, con otras lo corta, aguja, etc. La sucesión temporal de los diferentes pasos del proceso se transforma así en yuxtaposición espacial. (II.45-46, 365)

La productividad y la eficiencia no dependen ya del obrero individual, sino de la organización más o menos adecuada del trabajo colectivo.

Esto significa que hay que dedicar una atención cuidadosa a la organización espacio-temporal de la producción y que se puede ganar eficiencia mediante la reconstrucción espacio-temporal de la totalidad del proceso de trabajo. Marx apunta que *si no* se pierde ningún instante, se gana productividad. Racionalizando la organización del espacio se pueden ahorrar costes de movimiento. Así, toda la estructura espacio-temporal se convierte, para el funcionamiento del capitalismo, en una cues-

tión organizativa. Esta fue la gran innovación en el proceso de trabajo que introdujeron en la década de 1970 los japoneses, con la producción justo-a-tiempo, la programación detallada de los flujos de bienes en el espacio y en el tiempo de forma que no hubiera que almacenar prácticamente nada en el sistema. Esta fue *la* innovación que dio a la industria automovilística japonesa su ventaja competitiva con respecto a todas las demás durante la década de 1980, y los japoneses acumularon enormes cantidades de plusvalor relativo efímero hasta que todos los demás se pusieron al día. El inconveniente de ese sistema es que es más vulnerable a las perturbaciones. Si un eslabón de la cadena espacio-temporal se ve interrumpido, por ejemplo por una huelga, todo tiene que detenerse, porque no hay donde almacenar los productos intermedios.

Marx reconoce claramente en este apartado que un importante aspecto organizativo de un sistema capitalista es la ordenación y comprensión del espacio y el tiempo. El capitalista tiene que elaborar un plan para un sistema de producción espacio-temporalmente eficiente, pero esto implica a su vez una importante distinción entre lo que sucede en el mercado y lo que ocurre en la fábrica. «El hecho de que en la producción de una mercancía se utilice solamente el tiempo de trabajo socialmente necesario aparece en la producción de mercancías en general como coacción externa de la competencia» (obsérvese una vez más la importancia de la competencia); pero «en la manufactura, en cambio, el suministro de una cantidad dada de productos en un tiempo dado de trabajo se convierte en ley técnica del propio proceso de producción» (II.47, 366). La distinción (contradicción) entre lo que viene obligado por la lógica del mercado y lo que se puede hacer mediante la planificación interna es vital para el argumento que viene a continuación, aunque el desarrollo pleno de esa contradicción se ve obstaculizado por la existencia de una barrera debida al hecho de que todavía estamos tratando con la manufactura y el trabajo artesanal. Esto suscita un comentario general de cierta importancia:

La forma más elemental de máquina fue la proporcionada por el Imperio romano con el molino de agua. La época del artesanado nos legó las grandes invenciones de la brújula, la pólvora, la imprenta y el reloj automático. En términos generales, no obstante, la maquinaria desempeña ese papel secundario que le asigna Adam Smith junto a la división del trabajo. (II.50-51, 368-369)

Así pues, hasta finales del siglo XVIII los capitalistas no incorporaban realmente nuevas máquinas como forma primordial para mejorar su eficiencia productiva; en general se limitaban a utilizar los métodos de producción existentes y reorganizarlos. Evidentemente hubo innovaciones como la brújula, la pólvora y todas las demás, pero el capitalismo no había situado todavía la dinámica de la innovación tecnológica per-

petua en el centro del propio proceso de trabajo. Esto sucedió más tarde, con el ascenso de la maquinaria y la industria moderna (el tema del capítulo XIII).

La reorganización capitalista de los procesos de trabajo tiene efectos muy graves sobre el trabajador. «El hábito de realizar únicamente una función lo convierte en órgano natural de esta, mientras que la vinculación al organismo total lo obliga a actuar con la regularidad de una pieza de máquina» (II.52, 370). Los trabajadores «se ven divididos, clasificados y agrupados con arreglo a sus cualidades predominantes» y el resultado es «una jerarquía de las fuerzas de trabajo, a la que corresponde una escala de salarios» (II.51-52, 369-370). Se acentúa así la distinción entre trabajadores cualificados y no cualificados.

La manufactura engendra una clase de obreros, los llamados no especializados, que la industria artesanal excluía rigurosamente. Junto a esa gradación jerárquica aparece la separación simple entre los obreros cualificados y los no cualificados. Los gastos de formación de estos últimos desaparecen por completo, y para los primeros descienden en comparación con el artesano [...] En ambos casos disminuye el valor de la fuerza de trabajo. (II.53, 371)

Las reorganizaciones y reconfiguraciones capitalistas de las tareas tienden a inducir descualificación, al descomponer en partes más simples tareas en otro tiempo complicadas. Esto tiene también el efecto de reducir el valor de la fuerza de trabajo empleada.

La devaluación relativa de la fuerza de trabajo, nacida de la desaparición o disminución de los gastos de aprendizaje, implica directamente una valorización mayor del capital, pues todo lo que reduce el tiempo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo prolonga el dominio del trabajo adicional. (II.53, 371)

Cabe empero «una excepción cuando la descomposición del proceso de trabajo engendra nuevas funciones sintetizadas que no se daban en absoluto o con la misma extensión en la industria artesanal». Habrá que admitir que en cualquier reorganización del proceso de trabajo puede haber un doble movimiento, de descualificación de masas al tiempo que un grupo mucho más pequeño se ve recualificado (por ejemplo, los ingenieros de la línea de montaje). Estos últimos sectores de la clase obrera suelen ser más poderosos y privilegiados que los demás.

El apartado XII.4, titulado «División del trabajo dentro de la manufactura y división del trabajo en la sociedad», es importante y tiene algunas derivaciones potencialmente espinosas. Marx vuelve en él a la distinción entre la detallada división del

trabajo en el taller, bajo el diseño planeado y la supervisión directa del capitalista, y la división del trabajo resultante de la competencia en el mercado. Esas dos formas provienen de puntos de partida «diametralmente opuestos» pero relacionados entre sí. Marx ofrece una explicación breve, y en mi opinión no enteramente satisfactoria, del desarrollo histórico. «Dentro de la familia, y más adelante dentro de la tribu, surge una división natural del trabajo por las diferencias de sexo y edad, basada por tanto en razones puramente fisiológicas» (II.54-55, 372). Como en el caso de otros comentarios históricos, no hay pruebas suficientes para esta supersimplificación. En su opinión,

el intercambio de productos brota en los puntos donde entran en contacto familias, tribus, comunidades; pues al comienzo de la civilización quienes se encuentran de un modo independiente no son las personas privadas, sino las familias, las tribus, etc. En su entorno natural, comunidades diversas encuentran diversos modos de producción y medios de subsistencia diversos. Por eso su modo de producción, forma de vida y productos son diferentes. (II.55, 372)

Las relaciones de intercambio se dan entre distintas comunidades con bienes y productos diferentes. «La base de toda división del trabajo desarrollada y mediada por el intercambio de mercancías la constituye la separación entre la ciudad y el campo.» La dialéctica de las relaciones entre la ciudad y el campo tiene, según sugiere (correctamente a mi juicio), gran importancia histórica, pero no detalla cómo y dónde. Además, «para la división del trabajo en la sociedad [y para el surgimiento del capitalismo] es necesaria cierta magnitud y densidad de la población».

Pero esta densidad es algo relativo. Un país relativamente poco poblado con medios de comunicación desarrollados posee una población más densa que otro más poblado con medios de comunicación menos desarrollados, y en este sentido, por ejemplo, los estados nortños de la Unión norteamericana están más densamente poblados que la India. (II.56, 373)

Esta referencia de Marx a una teoría relativa de las relaciones espacio-temporales es muy innovadora. El terreno geográfico sobre el que se desarrolló el capitalismo no era fijo, sino que variaba, dependiendo no solo de la densidad de población, sino también de las tecnologías del transporte y las comunicaciones. Su afirmación principal al respecto es que la división del trabajo en la manufactura supone que la sociedad ha «alcanzado cierto grado de desarrollo. Y recíprocamente, la división del trabajo en la manufactura desarrolla y multiplica, retroactivamente, esa división social del trabajo» (II.56, 374). Argumenta en favor de lo que se viene llamando creciente complejidad

de la producción. Se parte de una situación simple en la que alguien hace algo, para pasar a una situación en la que varias personas hacen componentes de esa misma cosa y comercian con esas piezas en el mercado hasta que todas las partes son ensambladas por algún otro al final de la cadena. Esa complejidad creciente genera una posibilidad cada vez mayor de especialización territorial.

La división territorial del trabajo, que vincula ramas especiales de la producción a ciertos distritos de un país, recibe un nuevo impulso con la industria manufacturera, la cual explota todas sus particularidades. La ampliación del mercado mundial y el sistema colonial, que forman parte de sus condiciones generales de existencia, suministran al periodo de la manufactura [cuestión importante que deberíamos tener en cuenta] material abundante para la división del trabajo en la sociedad. (II.57-58, 375)

Pero aunque haya «analogías y nexos» entre la división del trabajo en la sociedad y en el taller, «difieren no solo por su grado, sino también por su índole» (algo que preocupaba mucho a Adam Smith, como reconoce certeramente Marx).

La división del trabajo en el interior de la sociedad viene mediada por la compra-venta de los productos de diferentes ramas del trabajo, y el nexo entre los trabajos parciales en la manufactura por la venta de distintas fuerzas de trabajo al mismo capitalista, que las utiliza como fuerza de trabajo combinada. La división manufacturera del trabajo supone la concentración de los medios de producción en manos de un capitalista, la división social del trabajo supone la dispersión de los medios de producción entre muchos productores de mercancías, independientes entre sí. Mientras que en la manufactura la ley férrea de la proporcionalidad subordina determinadas masas de obreros a determinadas funciones, entre las distintas ramas sociales del trabajo son el azar y el capricho los que realizan su variado juego en la distribución de los productores de mercancías y de sus medios de producción. (II.59-60, 376)

En este último caso, argumenta, «las diferentes esferas de la producción procuran ciertamente mantenerse siempre en equilibrio», pero lo hacen mediante los mecanismos de mercado; y a continuación explica por qué, retrocediendo hasta las leyes del intercambio de mercancías. Esto significa que «la tendencia permanente de las diversas esferas de la producción a mantenerse en equilibrio se manifiesta solamente como reacción contra la supresión constante de ese equilibrio» (II.60, 377). Es decir, que cuando la oferta y la demanda se desequilibran (y aquí, obsérvese, no podemos prescindir de los mecanismos de la oferta y la demanda), las fluctuaciones de precios en el mercado obligan a un ajuste necesario hacia las relaciones de valor subyacentes cuando los productores intercambian sus mercancías y

según la cantidad en que lo hacen. El resultado es un notable contraste entre «la regla seguida *a priori* y metódicamente en la división del trabajo en el interior del taller», y por otra parte

la división del trabajo en la sociedad, que actúa solamente *a posteriori*, como necesidad natural interior, perceptible en el cambio barométrico de los precios de mercado, y que se impone a la arbitrariedad desordenada de los productores de mercancías. La división del trabajo en la manufactura supone la autoridad incondicional del capitalista sobre las personas, que constituyen simples miembros de un mecanismo total que le pertenece. La división social del trabajo confronta productores independientes de mercancías, que no reconocen más autoridad que la de la competencia, la coacción que ejerce sobre ellos la presión de sus intereses recíprocos, lo mismo que en el reino animal la *bellum omnium contra omnes* [guerra de todos contra todos] mantiene más o menos las condiciones de vida de todas las especies. (II.60-61, 377)

Obsérvese en esos pasajes la dependencia indefectible, tanto de los mecanismos de la oferta y la demanda como de las leyes coercitivas de la competencia, para alcanzar cierto tipo de equilibrio en el que prevalezcan las relaciones de valor.

El capitalismo, concluye Marx, vive siempre en medio de una contradicción entre «la anarquía de la división social del trabajo y el despotismo de la división del trabajo en la manufactura». Esos dos aspectos de la división del trabajo, además, «se condicionan mutuamente». Marx añade empero a esa conclusión un comentario político cuestionable:

La misma conciencia burguesa que celebra la división manufacturera del trabajo, la anexión de por vida del obrero a faenas de detalle y su supeditación incondicional al capital como una organización del trabajo que incrementa su fuerza productiva, denuncia con igual vigor toda regulación y control social consciente del proceso social de producción como una intromisión en los inviolables derechos de propiedad, libertad y en la «genialidad» auto-determinante del capitalista individual. Es muy típico que los entusiastas apologistas del sistema fabril no sepan decir nada peor contra cualquier organización general del trabajo social sino que transformaría toda la sociedad en una fábrica. (II.61, 377)

Esas afirmaciones requieren cierta prudencia. Los capitalistas adoran la organización planificada de la producción dentro de su fábrica pero aborrecen la idea de cualquier tipo de planificación social de la producción a mayor escala. La denuncia ideológica de que la planificación es mala, argumentando en el caso particular de los capitalistas que reconfiguraría el mundo a imagen de sus terroríficas fábricas, es re-

veladora. La condena de la planificación no alcanza a lo que sucede dentro de Toyota o de Walmart. Corporaciones con éxito aplican sofisticadas técnicas de planificación a la gestión de calidad, el análisis input-output y el diseño y programación óptimos, planeando todo hasta el último detalle. Pero una cosa es que Marx evidencie la hipocresía de los capitalistas adversos a la planificación social, y otra muy distinta sugerir que sus técnicas indudablemente sofisticadas, aplicadas en procura de plusvalor relativo, pudieran ser adecuadas para la planificación de una sociedad socialista que trate de aumentar el bienestar material de todo el mundo. ¿Sería razonable, dicho de otro modo, convertir el mundo en una economía centralmente planificada, en algo así como una descomunal fábrica, para construir el socialismo? No se trata únicamente de las terribles condiciones del trabajo en la fábrica descritas por Marx, sino del hecho de que los capitalistas utilizan esos métodos para obtener plusvalor relativo, no para producir lo suficiente para satisfacer las necesidades materiales de todos. La idea de que no tiene por qué ser así parecería justificar la defensa por Lenin del productivismo fordista como objetivo de la industria soviética, pero más adelante volveremos sobre esta cuestión.

Evidentemente, el argumento de que la planificación centralizada es imposible debido a su nivel de complejidad o porque infringe las relaciones de propiedad privada es insostenible, dada la complejidad real de cualquier gran empresa que produzca por ejemplo aparatos electrónicos, por un lado, y la desposesión del derecho de los trabajadores al fruto de su propio trabajo por otro. Las increíbles ineficiencias del sistema de mercado (en particular con respecto al medio ambiente) y la periódica brutalidad de las leyes irrefragables de la competencia, junto con el creciente despotismo que esta suele producir en el lugar de trabajo, no hablan precisamente en favor de la superioridad de la coordinación de mercado; y la idea de que las innovaciones solo son posibles sobre la base de los derechos de propiedad individual y las leyes irrefragables de la competencia es seguramente exagerada, tanto lógica como históricamente. En mi opinión, lo que más impresiona a Marx a este respecto es la apropiación de la fuerza productiva del trabajo por el capital. Una y otra vez se dirige a la clase obrera insistiendo en que toda su capacidad de cooperación y de división del trabajo son *su* fuerza productiva y que el capital se apropia de ella.

El mecanismo de producción social, compuesto de muchos obreros parciales individuales, le pertenece al capitalista. Por eso la fuerza productiva originada por la combinación de los trabajos aparece como fuerza productiva del capital. La manufactura propiamente dicha supedita no solo al obrero, antes autónomo, al mundo y a la disciplina del capital, sino que además crea una ordenación jerárquica entre los mismos obreros. (II.66, 381)



Las consecuencias para los trabajadores son de gran alcance:

Mutila al obrero haciendo de él una monstruosidad al fomentar, como en un invernadero, su habilidad parcial mediante la supresión de todo un mundo de impulsos y disposiciones productivas, igual que en los Estados del Plata se sacrifica a un animal para sacarle la piel o el sebo. No solo se distribuyen entre distintos individuos los trabajos parciales especializados, sino que se divide al individuo mismo, convirtiéndolo en motor automático de un trabajo parcial y llevando así a la realidad la insulsa fábula de Menenio Agripa que representa al hombre como mero fragmento de su propio cuerpo. (II.66, 381)

Ahí tenemos *in nuce* el biopoder que fragmenta los cuerpos de los trabajadores: «El obrero de la manufactura, incapacitado por su propia constitución natural para hacer nada por su cuenta –Marx es aquí aún más sarcástico de lo habitual–, solo sigue desarrollando fuerza productiva como parte accesoria del taller del capitalista». Desgraciadamente,

Las potencias espirituales de la producción amplían su escala de un lado porque desaparecen de otros muchos. Lo que pierden los obreros parciales se concentra frente a ellos en el capital. Como resultado de la división manufacturera del trabajo se enfrentan a las potencias espirituales del proceso de producción material, como propiedad ajena y como poder que los domina. (II.67, 382)

El trabajo intelectual se convierte en una función especializada, que separa el trabajo mental del manual, poniendo al primero cada vez más bajo el control del capital.

Este proceso de disociación se inicia en la cooperación simple, donde el capitalista representa ante los obreros individuales la unidad y la voluntad del cuerpo social del trabajo. Se desarrolla en la manufactura, que mutila al obrero convirtiéndolo en trabajador parcial; y se completa en la gran industria, que separa la ciencia, como potencia independiente de la producción, del trabajo, y la compele a entrar al servicio del capital. (II.67, 382)

El resultado de todo esto es un «empobrecimiento del trabajador» y una grave pérdida de «capacidad productiva individual». Las subjetividades políticas e intelectuales no permanecen inmunes; y aquí Marx cita a Adam Smith, proclamando lo que es cada vez más un hecho evidente:

«La inteligencia de la gran mayoría de los hombres –dice Adam Smith– se desarrolla necesariamente en el ejercicio de sus ocupaciones cotidianas. Un hombre que gasta

toda su vida en la ejecución de unas cuantas operaciones simples [...] no tiene ninguna oportunidad de ejercer su intelecto [...] En general, se vuelve tan estúpido e ignorante como pueda ser una criatura humana» [A. Smith, *Wealth of Nations*, V, cap. I.3, art. II; ed. cast.: *La riqueza de las naciones*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958, p. 687]. Y tras describir la estupidez del obrero parcial, Smith continúa del modo siguiente: «la monotonía de su vida sedentaria también corrompe, naturalmente, el coraje de su espíritu [...] Destruye incluso la energía de su cuerpo, incapacitándolo para ejercitar su fuerza con vigor y perseverancia, salvo en la ocupación particular para la que se le ha educado. Su habilidad en su oficio particular parece así adquirida a costa de sus virtudes intelectuales, sociales y militares. Pero en toda sociedad industrial y civilizada es este el estado en que tiene que caer necesariamente el pobre trabajador (*the labouring poor*), es decir, la gran masa del pueblo». (II.68, 383)

Marx parece inclinarse aquí por aceptar en cierta medida la caracterización que presenta Smith de la situación, y yo creo que también es importante preguntarse algo más general: ¿en qué medida corrompen nuestros empleos ordinarios la intrepidez de nuestra inteligencia? A mi juicio es un problema generalizado, que no se limita a los obreros o trabajadores manuales. Periodistas, personalidades de los medios, profesores de universidad, todos tenemos ese problema (del que tengo mucha experiencia personal). La renuencia generalizada a criticar el militarismo, las injusticias sociales, la represión que nos rodea, tiene mucho que ver (y de la forma más insidiosa) con la mentalidad y la subjetividad política que brota de nuestros empleos ordinarios, así como con la organización sofisticada de la represión burguesa. «Cierta deformación intelectual y física es inseparable, incluso, de la división del trabajo en el conjunto de la sociedad», concede Marx, y da lugar a lo que él llama «patología industrial» (II.69, 384). Una vez más nos deslizamos por un terreno resbaladizo. Es evidente que no sería justo patologizar a toda la clase obrera; sin embargo, sería ingenuo suponer que lo que venimos diciendo no tiene ningún efecto sobre nuestra capacidad para reaccionar, para pensar. Quienes hayan colaborado alguna vez con gente con dos o más empleos (ochenta horas a la semana) conocerán bien el problema. Los trabajadores en esas circunstancias no tienen apenas tiempo para reflexionar (y menos aún para leer) sobre la mayoría de las cosas en las que creemos que deberían pensar, dada su posición de clase. Están tan ocupados tratando de llegar a fin de mes, de obtener suficientes alimentos para sus hijos y de cumplir otras obligaciones domésticas, que no tienen tiempo para nada más aparte de su trabajo. Adam Smith llevaba el argumento hasta el límite, extrayendo la desgraciada conclusión de que todas las tareas de reflexión y organización incumben por tanto a una pequeña élite, pero negar obcecadamente la ponderación de Marx tendría consecuencias de muy alto coste político.

La reorganización de la división del trabajo, tanto en el seno del proceso laboral como en el conjunto de la sociedad, es la marca distintiva de lo que Marx denomina el «periodo de la manufactura» en la historia del capitalismo. Pero el sistema manufacturero tiene sus límites:

La manufactura no podía abarcar en toda su amplitud la producción social ni revolucionarla en su entraña. Como obra de arte económica se erigió –Marx se muestra realmente fascinado al respecto– sobre los amplios cimientos de la artesanía urbana y de la industria doméstica rural. Pero su estrecha base técnica entró en contradicción, al alcanzar cierto grado de desarrollo, con las necesidades de producción creadas por ella misma. (II.76, 390)

Se acrecentó entonces la presión para superar esas barreras, siendo por supuesto las máquinas «las que ponen fin a la actividad manufacturera como principio normativo de la producción social» (II.77, 390). Y esto nos lleva al siguiente capítulo, en el que ocupan el primer plano las máquinas y la forma organizativa de la fábrica moderna.

# VII

## Lo que revela la tecnología

### Capítulo XIII. Maquinaria y gran industria *[Sección cuarta]*

En la introducción señalé que Marx raramente comenta su metodología, y que esta debe por tanto reconstruirse mediante un cuidadoso escrutinio de comentarios ocasionales de pasada, complementado por un estudio de su práctica. El capítulo XIII, «Maquinaria y gran industria», ofrece una oportunidad para ocuparse de esta cuestión, al mismo tiempo que adelanta argumentos generales en cuanto a las características de un modo de producción capitalista. El capítulo es largo, pero sus apartados están ordenados siguiendo una lógica que vale la pena repasar antes y después de estudiar el capítulo.

#### *Una significativa nota al pie*

Comenzaré, no obstante, con la cuarta nota del capítulo XIII (II.81, 392, n. 89), donde Marx, con el estilo un tanto críptico que a menudo emplea en sus consideraciones metodológicas, presenta un haz de conceptos que de hecho configuran un marco general para el materialismo dialéctico e histórico. La nota consta de tres apartados, el primero de los cuales explicita la relación de Marx con Darwin. Marx había quedado impresionado por el método histórico de reconstrucción evolutiva empleado en *El origen de las especies* y consideraba como una especie de prolongación de la obra de Darwin la suya propia, que aun concentrándose en la historia humana en lugar de la historia natural no enfrentaba una y otra. Su propósito, como afirmaba en el prefacio

a la primera edición, era considerar «el desarrollo de la formación económica de la sociedad» desde «el punto de vista» de la «historia natural», desde el que no se puede hacer al individuo «responsable de relaciones a las que obedece, socialmente hablando, por mucho que pueda elevarse subjetivamente por encima de ellas» (I.18-19, 16).

En esa nota al pie, Marx afirma primero que

una historia crítica de la tecnología demostraría en qué escasa medida ningún invento del siglo XVIII se debe a un solo individuo. Hasta ahora no existe tal obra. Darwin ha dirigido su interés hacia la historia de la tecnología natural, es decir, hacia la formación de los órganos vegetales y animales como instrumentos de producción de su vida. ¿Es que no merece la misma atención la historia de la creación de los órganos productivos del hombre social, la base material de cada organización especial de la sociedad? ¿Y no sería más fácil de crear, puesto que, como dice Vico, la historia humana se distingue de la historia natural en que una la hemos hecho nosotros y la otra no? (II.81, 392)

El argumento de Vico era que la historia natural era asunto de Dios, y dado que este actuaba de forma misteriosa, estaba más allá de la comprensión humana, mientras que sí podríamos entender nuestra propia historia, que nosotros mismos habíamos hecho. Marx abordó primeramente el planteamiento histórico del cambio tecnológico y observó algunas transiciones cruciales asociadas a las transformaciones en el medio de producción. En el capítulo V, después de reproducir la definición que daba Benjamin Franklin del hombre como «un animal que fabrica y se vale de utensilios», observaba que

la misma importancia que tienen la estructura y armazón de los restos óseos para el conocimiento de la organización de especies animales desaparecidas, la tienen los vestigios de medios de trabajo para enjuiciar las formaciones económicas sociales desaparecidas. Lo que distingue unas épocas económicas de otras no es lo que se hace, sino cómo y con qué instrumentos de trabajo se hace. Los medios de trabajo no solo indican el grado de desarrollo de la fuerza de trabajo humana, sino también las relaciones sociales en las que se trabaja (I.244, 194-195).

Y a continuación, en la nota 5a a pie de página: «los historiadores han dedicado hasta ahora muy poca atención al desarrollo de la producción material, que es la base de toda vida social, y por lo tanto de toda la historia real» (I.245, 195). En el capítulo XII argumentaba que

la forma más elemental de maquinaria nos la proporciona el Imperio romano con el molino de agua. La época del artesanado nos ha legado las grandes invenciones de la

brújula, la pólvora, la imprenta y el reloj automático. En términos generales, no obstante, la maquinaria desempeña ese papel secundario que le asigna Adam Smith junto a la división del trabajo. (II.50-51, 368-369)

Esta idea de que ha habido un proceso humano evolutivo en el que podemos discernir cambios radicales no solo en las tecnologías, sino en los modos genéricos de vida social, tiene mucha importancia para Marx.

Su lectura de Darwin le permitía ciertas críticas: «Es notable –escribía a Engels– cómo Darwin reconoce, entre las bestias y las plantas, la propia sociedad inglesa con su división del trabajo, su competencia, su apertura a nuevos mercados, sus “inventos” y la lucha malthusiana por la existencia»<sup>1</sup>. El problema, tal como lo ve Marx, es el enfoque ahistórico de Darwin de una evolución puramente natural, sin referirse al papel que la acción humana desempeña en cambiar la faz terrestre. La referencia a Malthus es también significativa porque Darwin le atribuía alguna de sus ideas clave en la introducción a *El origen de las especies*; y dado que Marx no podía soportar a Malthus, tuvo que ser difícil para él asimilar la idea de que hubiera influido tanto sobre Darwin. Resulta interesante que los evolucionistas rusos, que no habían pasado por el despiadado industrialismo británico (Darwin estaba casado con una hija de Josiah Wedgwood, el famoso industrial ceramista, y estaba por tanto familiarizado con la competencia y la división del trabajo y de funciones), prestaran mucha mayor atención a la cooperación y la ayuda mutua, ideas introducidas en los fundamentos del anarquismo social por el geógrafo ruso Kropotkin.

Pero lo que más apreciaba Marx en Darwin era su planteamiento de la evolución como un proceso abierto a la reconstrucción histórica y la investigación teórica. Su gran empeño consistía en entender el proceso evolutivo humano de forma parecida. Ahí es donde entra en juego el énfasis de Marx en los procesos más que en las cosas. El capítulo sobre la maquinaria y la gran industria debería leerse como un ensayo sobre la historia de la tecnología. Trata de cómo surgió la forma industrial del capitalismo desde el mundo del artesanado y la manufactura. Hasta aquel momento nadie había pensado en escribir tal historia, por lo que este capítulo constituye un esfuerzo pionero del que más tarde brotó todo un campo de estudios académicos, la historia de la ciencia y la tecnología. Léida de ese modo, la argumentación del capítulo tiene mucho más sentido. Pero, al igual que en la teoría de Darwin, hay en él mucho más que historia; hay un compromiso teórico con los procesos de transformación social, y como tal merece ser estudiado y debatido.

La segunda parte de la nota al pie presenta una afirmación muy corta, pero en mi opinión extremadamente importante, que requiere mayor detalle y consideración:

---

<sup>1</sup> K. Marx a F. Engels, 18 de junio de 1862, en MEW, vol. 30, Berlín, Dietz, 1974, p. 249.

La tecnología desvela el comportamiento activo del hombre para con la naturaleza, el proceso directo de producción de su vida, y, por tanto, también de sus relaciones sociales y de las concepciones mentales que brotan de esas relaciones. (II.81, 392)

Marx vincula aquí en un solo párrafo seis elementos conceptuales distintos. Está, en primer lugar, la tecnología; a continuación, la relación con la naturaleza; luego, el proceso real de producción y, en forma un tanto nebulosa, la producción y reproducción de la vida cotidiana. Por último están las relaciones sociales y las concepciones mentales. Esos elementos son evidentemente no estáticos, sino dinámicos, ligados mediante los «procesos de producción» que guían la evolución humana. El único elemento que no describe explícitamente en términos de producción es la relación con la naturaleza, que obviamente ha ido evolucionando con el tiempo. La idea de que la naturaleza también va siendo producida continuamente, en parte mediante la acción humana, es asimismo muy antigua; en su versión marxista (esbozada en el capítulo VII) está bien representada en el libro *Desarrollo desigual*<sup>2</sup> de mi colega Neil Smith, donde se teorizan explícitamente los procesos capitalistas de producción de la naturaleza y del espacio.

¿Cómo debemos entonces interpretar las relaciones engarzadas entre esos seis elementos conceptuales? Aunque su lenguaje sea sugerente, Marx deja la cuestión abierta, lo que es de lamentar, porque deja demasiado margen para todo tipo de interpretaciones. A menudo es considerado, tanto por seguidores como por adversarios, como un determinista tecnológico, que piensa que los cambios de las fuerzas productivas dictan el curso de la historia humana, incluida la evolución de las relaciones sociales, las concepciones mentales, la relación con la naturaleza, etcétera.

El periodista neoliberal Thomas Friedman, por ejemplo, admite complacido en su libro *La Tierra es plana*<sup>3</sup> la acusación de determinismo tecnológico; cuando alguien le mencionó (erróneamente) que esa era la posición de Marx, expresó su admiración por este y citó aprobadoramente un largo pasaje del *Manifiesto comunista* como supuesta corroboración. En una reseña del libro de Friedman, el filósofo y político conservador John Gray reafirmó el determinismo tecnológico de Marx y argumentó que Friedman estaba simplemente siguiendo sus pasos<sup>4</sup>. Esas observaciones de gente en general muy alejada de Marx encuentran desgraciadamente eco en la tradición marxista. La versión

---

<sup>2</sup> Neil Smith, *Uneven Development: Nature, Capital, and the Production of Space*, Athens (GA), University of Georgia Press, <sup>3</sup>2008 [1984].

<sup>3</sup> Thomas Friedman, *The World Is Flat: A Brief History of the Twenty-first Century*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2005, pp. 201-204 [ed. cast.: *La Tierra es plana. Breve historia del mundo globalizado del siglo XXI*, Barcelona, Martínez Roca, 2006].

<sup>4</sup> John Gray, «The World Is Round,» *The New York Review of Books* 52, 13 (11 de agosto de 2005).

más rígida de la tesis de que las fuerzas productivas dictan el curso de la historia proviene de G. A. Cohen en su libro *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*<sup>5</sup>, en el que, tras diseccionar todos los textos de Marx desde el punto de vista de la filosofía analítica, defiende esa interpretación de su teoría.

Yo no la comparto, y me parece incompatible con el método dialéctico de Marx (desdeñado como basura por filósofos analíticos como Cohen). Marx evita en general el lenguaje causalista (desafío a cualquiera a encontrar muchos ejemplos en *El Capital*), y en esa nota al pie no dice que la tecnología «cause» o «determine», sino que «desvela», «descubre» o «revela» [*enthüllt*] la relación con la naturaleza. Evidentemente, dedica mucha atención al estudio de las tecnologías (incluidas las formas organizativas), pero eso no supone que las considere agentes conductores o determinantes de la evolución humana. Lo que dice (y mucha gente estará en desacuerdo conmigo sobre esto) es que las tecnologías y las formas organizativas *interiorizan* cierta relación con la naturaleza, así como con las concepciones mentales y las relaciones sociales, la vida cotidiana y los procesos de trabajo. En virtud de esa interiorización, el estudio de las tecnologías y formas organizativas puede «revelar» o «descubrir» mucho sobre todos los demás elementos. Recíprocamente, todos los demás elementos interiorizan algo de la tecnología. Un detallado estudio de la vida cotidiana bajo el capitalismo, por ejemplo, «revela» mucho sobre nuestra relación con la naturaleza, las tecnologías, las relaciones sociales, las concepciones mentales y los procesos de trabajo en la producción. De forma parecida, el estudio de nuestra relación actual con la naturaleza no puede ir muy lejos sin examinar la naturaleza de nuestras relaciones sociales, nuestros sistemas de producción, nuestras concepciones mentales del mundo, las tecnologías aplicadas y cómo se desarrolla la vida cotidiana. Todos esos elementos constituyen una totalidad, y tenemos que entender cómo funcionan las interacciones mutuas entre ellos.

Me parece que esa es una forma útil de pensar sobre el mundo. Una anécdota podría servir de ejemplo: en el otoño de 2005 formé parte de un jurado que debía seleccionar ideas para el diseño de una nueva ciudad en Corea del Sur de entre todos los proyectos propuestos. El jurado estaba formado principalmente por ingenieros y urbanistas, además de unos cuantos arquitectos y paisajistas distinguidos. Estos últimos dominaron la discusión inicial sobre los criterios que debíamos aplicar para alcanzar nuestra decisión, en la que se debatió principalmente la fuerza simbólica relativa y las implicaciones prácticas de las esferas y cubos en formas construidas. Con otras palabras, las decisiones debían tomarse en gran medida sobre la base

---

<sup>5</sup> G. A. Cohen, *Karl Marx's Theory of History: A Defence*, ed. ampliada, Princeton (NJ), Princeton University Press, 2000 (1978) [ed. cast. de la primera edición de esta obra: *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*, Madrid, Siglo XXI de España, 1986].



de criterios geométricos y simbólicos. En determinado momento intervine para preguntar: si se va a construir una nueva ciudad, ¿qué es lo que todos querríamos saber de antemano? A mí me gustaría saber qué tipo de relación con la naturaleza se va a crear ahí (la huella ecológica, etc.). ¿Qué tipo de tecnología se va a emplear en esa ciudad, y por qué? ¿Qué tipo de relaciones sociales se prevén? ¿Qué sistemas de producción y reproducción se van a incorporar? ¿Cómo va a ser la vida cotidiana, o cómo querríamos que fuera? ¿Y qué concepciones mentales, símbolos y demás, van a prevalecer en ella? ¿Se va a construir como un monumento nacionalista o como un lugar cosmopolita?

Los demás jurados parecían encontrar innovadora e interesante esa formulación. La discutimos durante un rato hasta que se complicó demasiado para el tiempo que teníamos a nuestra disposición. Uno de los arquitectos sugirió entonces que de los seis criterios solo importaban las concepciones mentales, ¡lo que nos llevó de nuevo al simbolismo de las formas y la cuestión de la fuerza relativa de las esferas y los cubos! Pero después del debate me preguntaron dónde podían encontrar más cosas sobre aquellos pensamientos tan interesantes, y cometí el error de indicarles la cuarta nota al pie del capítulo XIII del libro primero de *El Capital* de Marx. Debería haberlo pensado dos veces, ya que ante una indicación como esa hay dos reacciones típicas. Una es nerviosa e incluso temerosa, porque conceder que Marx pudiera haber dicho algo tan poderosamente obvio e interesante equivale a expresar cierta simpatía hacia su obra, lo que sería horrible para las perspectivas profesionales e incluso personales de cualquiera. La otra es mirarme como a un idiota, tan falto de ideas que solo puedo repetir como un loro insensateces de Marx, y lo que es peor en este caso, ¡caer tan bajo como para citar una nota a pie de página! Así que la conversación se interrumpió; pero esa es, a mi parecer, una forma interesante de evaluar el diseño urbano y de criticar las cualidades de la vida urbana.

Este marco ayuda a fundamentar firmemente la teoría del materialismo histórico y hay muchas pruebas, como espero mostrar, de que cimienta gran parte del planteamiento tangible de Marx para entender la evolución del capitalismo. Permítaseme alargarme sobre esto un momento. Imaginemos un marco de pensamiento en el que esos seis elementos se entrelazan en un único espacio y en una intensa interrelación (véase la figura de p. 193). Cada uno de los elementos es internamente dinámico, de forma que podemos considerarlos como «aspectos» o «momentos» en el proceso de la evolución humana. Podemos estudiar esa evolución desde la perspectiva de uno de ellos o examinar las interacciones entre ellos, tales como las transformaciones en la tecnología y en las formas organizativas en relación con las relaciones sociales y las concepciones mentales. ¿Cómo son alteradas nuestras concepciones mentales por las tecnologías de las que disponemos? ¿No vemos el mundo de forma diferente una vez que tenemos microscopios, telescopios y satélites, rayos X y escáneres de tomogra-

¿fía axial computerizada? Pensamos y entendemos el mundo de una forma muy diferente ahora, debido a las tecnologías de que disponemos. Pero por la misma razón, alguien debe haber tenido en algún momento y lugar la idea o concepción mental de que podría ser interesante construir un telescopio (recuérdese la frase de Marx sobre el proceso de trabajo y el peor de los arquitectos). Y cuando aquella persona tuvo esa idea, pudo encontrar tallistas y fabricantes de lentes y todos los elementos necesarios para convertir la idea en realidad y construir un telescopio. Las tecnologías y las formas organizativas no caen del cielo, sino que son producto de nuestras concepciones mentales, y también brotan de nuestras relaciones sociales y como respuesta a las necesidades prácticas de la vida cotidiana o de los procesos de trabajo.



Me gusta la forma en que lo presenta Marx, con tal que se entienda dialécticamente, no causalmente. Esa forma de pensar impregna *El Capital*, que debería leerse con ese marco siempre presente. También ofrece una pauta para la crítica, porque podemos analizar los logros del propio Marx valorando cómo vincula entre sí esos distintos elementos. ¿Cómo enlaza las concepciones mentales, las relaciones sociales y las tecnologías? ¿Lo hace adecuadamente? ¿Hay aspectos, como la política de la vida cotidiana, que quedan en la sombra? Con otras palabras, hay que examinar la dialéctica entre sus formulaciones y su propia práctica.

Permítaseme resumir. Los seis elementos mencionados constituyen momentos o aspectos específicos del proceso general de la evolución humana entendido como totalidad. Ninguno de ellos prevalece sobre los demás y en cada uno de ellos puede darse un desarrollo autónomo (la naturaleza muta y evoluciona independientemente, como lo hacen las ideas, las relaciones sociales, las formas de la vida cotidiana,

etcétera). Todos esos elementos evolucionan y están sometidos a una perpetua renovación y transformación como momentos dinámicos en el seno de una totalidad; pero no de una totalidad hegeliana en la que cada momento interiorice estrechamente todos los demás, sino más bien como una totalidad ecológica –lo que Lefebvre llamaba «conjunto» (*ensemble*) o Deleuze «ensamblamiento» (*assemblage*)– de momentos que coevolucionan de una forma abierta, dialéctica. El desarrollo desigual entre esos elementos da lugar a la contingencia en la evolución humana (de forma muy parecida a las mutaciones impredecibles en la teoría darwiniana).

El peligro para la teoría social es considerar alguno de esos elementos como determinante de todos los demás. El determinismo tecnológico es tan erróneo como el determinismo medioambiental (la naturaleza dicta), el determinismo de la lucha de clases, el idealismo (las concepciones mentales van por delante), el determinismo de los procesos de trabajo o el determinismo que surge de los cambios (culturales) en la vida cotidiana (esta es la posición política de Paul Hawken en su influyente texto *Blessed Unrest*<sup>6</sup>). Las transformaciones más notables, como la transición del feudalismo (o de alguna otra configuración precapitalista) al capitalismo, se producen mediante una dialéctica de transformaciones en todos los aspectos o momentos. Esta coevolución se desarrolló desigualmente en el espacio y en el tiempo generando todo tipo de contingencias locales, aunque limitadas por la interrelación dentro del conjunto de elementos participantes en el proceso evolutivo y la creciente integración espacial (a veces competitiva) de los procesos de desarrollo económico en el mercado mundial. Quizá uno de los mayores fracasos del intento consciente de construir el socialismo y el comunismo desde el capitalismo se debió a no reconocer la necesidad de participar políticamente en todos esos aspectos prestando la debida atención a las especificidades geográficas. El comunismo revolucionario cayó en la tentación de reducir la dialéctica a un simple modelo causal situando uno u otro aspecto a la vanguardia del cambio. Este planteamiento fracasó, como no podía ser de otro modo.

El tercer y último apartado de la nota al pie que venimos examinando parece contradecir, a primera vista, mi interpretación del segundo:

Toda historia de la religión que haga abstracción de esta base material será acrítica. De hecho, es mucho más fácil descubrir mediante el análisis el núcleo terrenal de las imágenes nebulosas de la religión que lo contrario, esto es, partiendo de las condiciones reales de la vida en cada época, desarrollar sus formas «celestializadas». Este es el único método materialista, y por lo tanto científico. (II.81, 392)

---

<sup>6</sup> Paul Hawken, *Blessed Unrest: How the Largest Movement in the World Came into Being and Why No One Saw It Coming*, Nueva York, Viking, 2007.

Marx se consideraba a sí mismo un científico, y aquí asegura que eso significa un compromiso con el materialismo. Pero su materialismo difiere del de los científicos naturales; es histórico. «Los defectos del materialismo abstracto de las ciencias naturales, el cual excluye el proceso histórico, se ponen de manifiesto en las representaciones abstractas e ideológicas de sus corifeos tan pronto como se atreven a salir de los límites de su especialidad» (final de la nota). Los descubrimientos de Darwin sobre la evolución eran deficientes porque ignoraba el efecto del contexto histórico sobre su teorización (la fuerza de las metáforas que extraía del capitalismo británico) y no consiguió llevar más allá su argumento y entretener sus descubrimientos con la evolución humana. Marx escribía antes de que se popularizara el darwinismo social, desde luego, pero prefigura una respuesta crítica a la legitimación del capitalismo como «natural» por los darwinistas sociales, apelando a la propia teoría de la evolución de Darwin. Dado que esta extraía sus principales metáforas del capitalismo y se inspiraba en la teoría social de Malthus, no cabía sorprenderse de que viera el capitalismo confirmado y totalmente coherente con procesos supuestamente naturales de competencia, lucha por la supervivencia, y por supuesto, supervivencia de los más hábiles (sin prestar atención al concepto de «ayuda mutua» de Kropotkin).

La valoración general de Marx es que los científicos naturales, dado que no entendían su momento histórico y se veían impedidos por su compromiso metodológico para integrar la historia humana en sus modelos del mundo, solían acabar con interpretaciones como mucho parciales y en el peor de los casos totalmente equivocadas de ese mundo, que ocultaban sus postulados históricos y políticos bajo el manto de una ciencia supuestamente neutral y objetiva. La perspectiva crítica de la que Marx fue pionero es ahora práctica habitual en el campo de los estudios científicos, donde se ha mostrado repetidamente que la importación a la ciencia de metáforas sociales sobre el género, la sexualidad o las jerarquías sociales lleva a todo tipo de equivocaciones sobre cómo es realmente el mundo natural, aun aceptando que la investigación científica no iría a ninguna parte sin metáforas.

Pero hay una cuestión mucho más profunda que habrá que considerar con más detalle. En la primera parte hablé del procedimiento «descendente» de Marx: se empieza por la apariencia superficial y se profundiza bajo los fetichismos para crear un aparato conceptual teórico que pueda captar el movimiento subyacente de los procesos sociales. Ese aparato teórico se hace regresar entonces paso a paso hasta la superficie para interpretar de un nuevo modo la dinámica de la vida cotidiana. Este es, según afirma Marx en la nota al pie, «el único método materialista, y por lo tanto científico». Ya hemos visto un ejemplo específico de este método en funcionamiento en el capítulo sobre la jornada laboral. El valor como tiempo de trabajo socialmente necesario interioriza una temporalidad capitalista específica, y de ahí se sigue un vasto campo de luchas sociales en la superficie de la sociedad con respecto a la apro-

piación del tiempo de los demás. El hecho de que «los instantes son los elementos del beneficio» lleva a los capitalistas a obsesionarse por la disciplina y el control del tiempo (y en seguida veremos que explica también su obsesión por la aceleración).

¿Pero cómo debemos entender la relación entre, digamos, la teoría del valor como fondo y el impredecible fermento en la superficie de las luchas sobre la duración de la jornada laboral? Hacia el final del capítulo I (apartado 3.D, «La forma-dinero», pp. 114-115, 96), Marx se reafirmaba (en otra nota al pie, la n. 33 de ese capítulo) en lo dicho en un famoso pasaje de una obra anterior, *Contribución a la crítica de la economía política*:

En mi opinión, cada modo de producción particular y las relaciones de producción correspondientes en cada momento, en suma «la estructura económica de la sociedad», es «la base real sobre la que se asienta una superestructura [*Überbau*] legal y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social [o concepciones mentales, si se prefiere]; y «el modo de producción de la vida material condiciona en general [*überhaupt bedinge*] el proceso de la vida social, política y espiritual.

Omíte aquí no obstante la subsiguiente afirmación de la *Crítica*, en la que decía que no es la conciencia la que determina el ser social de los humanos, sino al contrario [*Es ist nicht das Bewußtsein der Menschen, das ihr Sein, sondern umgekehrt ihr gesellschaftliches Sein, das ihr Bewußtsein bestimmt*].

Este es el modelo que habitualmente se denomina «base-superestructura», según el cual existe una base económica sobre la que surgen marcos de pensamiento y una superestructura política y legal que definen colectivamente cómo cobramos conciencia de los problemas y los resolvemos. Hay quienes entienden esta formulación de modo determinista: la base económica *determina* la superestructura política y legal así como las formas de lucha que se desarrollan en ella, y las eventuales transformaciones que se producen en la base económica *determinan* de hecho los resultados de las luchas políticas. Pero no puedo entender por qué se considera determinista, o incluso causal, ese argumento. No es así como se plantea el capítulo sobre la jornada laboral. Hay alianzas de clase, posibilidades coyunturales, cambios discursivos en los sentimientos, y el resultado no está nunca predeterminado; pero el afán por la apropiación del tiempo de los demás es siempre tan profundo que nunca desaparece del todo. En el capitalismo se da una pugna perpetua «entre derechos iguales» que nunca puede llegar a una solución última. Las luchas por el tiempo son fundamentales para el modo de producción capitalista. Esto es lo que nos dice la teoría profunda, y suceda lo que suceda en la superestructura, ese imperativo no se puede superar sin derrocar el capitalismo.

En cualquier caso, las fuerzas productivas y las relaciones sociales no pueden carecer de expresión y representación en la superestructura política y legal. Lo hemos visto en el caso del dinero, que es una representación del valor rodeada por todo tipo de disposiciones institucionales y legales, y objeto de luchas y manipulaciones políticas (como también sucede en el caso de los marcos legales del derecho de propiedad privada). Pero Marx también ha mostrado que sin el dinero (o sin un marco legal del derecho de propiedad privada), el valor no podría existir como relación económica fundacional. Las cosas se resuelven en la esfera monetaria por vías muy particulares dependientes de la dinámica de la lucha de clases, y esto tiene consecuencias en el funcionamiento de la teoría del valor. ¿Pertenece el dinero a la superestructura política o a la base económica? La respuesta es que, evidentemente, pertenece a ambas.

Del mismo modo, no cabe deducir del capítulo sobre la jornada laboral que el resultado de las luchas en torno a esta esté o haya estado determinado por los cambios en la base económica. Además, la restricción política de la duración de la jornada laboral llevó en parte a los capitalistas a buscar otras formas de obtener plusvalor, en concreto el plusvalor relativo. Marx no pretendía, evidentemente, que ese modelo base-superestructura se entendiera mecánica o causalmente, sino dialécticamente.

Sin embargo, también es cierto que la «resolución» que se alcanza en el terreno de la lucha sobre la duración de la jornada laboral tiene que ver con el hecho fundamental de que los instantes son los elementos del beneficio, como se deduce de la definición del valor como tiempo de trabajo socialmente necesario. En las sociedades precapitalistas no hubo, ni siquiera en la antigua Roma, una lucha concertada sobre la duración de la jornada laboral. Ese tipo de lucha solo cobra sentido dentro de las reglas de un modo de producción capitalista. Cuestiones formales como la duración de la jornada (semana, año, vida) laboral cobran importancia precisamente debido a la estructura profunda de lo que ha llegado a ser el capitalismo. Cómo se resuelvan esas luchas depende de todos, y de hecho se podrían quizá resolver de una forma que supusiera la abolición del modo de producción capitalista. Se podría construir una sociedad en la que los instantes *no fueran* los elementos del beneficio. Imaginémos que aspecto tendría. Bonito, ¿no?

Lo que pretendo subrayar aquí es que la evolución o resolución temporal de esos conflictos –poniendo en juego medios políticos y legales, la correlación de fuerzas entre las clases, las concepciones mentales hegemónicas, etc.– no es ajena al concepto profundo de la circulación del valor como capital. El auténtico método científico consiste en especificar los elementos profundos que nos explican por qué determinadas cosas funcionan en nuestra sociedad tal como lo hacen, como vimos en relación con la pugna sobre la duración de la jornada laboral y como también vemos en la porfía por el plusvalor relativo, que explica por qué el capitalismo tiene que ser

tecnológicamente tan dinámico. No parece haber otra opción que crecer e inventar, porque así lo ordena la estructura profunda del capitalismo. La única cuestión interesante es, pues, cómo se va a producir ese crecimiento y con qué tipo de cambios tecnológicos, lo que nos obliga a considerar las consecuencias para las concepciones mentales, la relación con la naturaleza y todos los demás aspectos mencionados. Si no nos gustan esas consecuencias, no cabe otra posibilidad que lanzarnos a la lucha con respecto no solo a uno u otro de esos aspectos, sino contra todos ellos simultáneamente, hasta que consigamos por fin dismantelar la propia ley del valor.

La circulación del capital es, no obstante, el motor impulsor de la dinámica capitalista. ¿Pero qué es lo socialmente necesario para que ese proceso se mantenga? Consideremos, por ejemplo, las concepciones mentales. Si uno camina por Wall Street con una gran pancarta que dice: «El crecimiento es malo. Detengámoslo ya», ¿se considerará esto un sentimiento anticapitalista? Podemos apostar a que sí. Pero no se nos combatirá necesariamente por ser anticapitalistas, sino por estar contra el crecimiento, porque este es considerado a la vez inevitable y bueno. El crecimiento cero evidencia graves problemas. Japón no ha crecido apenas durante los últimos años, por lo que suscita lástima, mientras que el crecimiento en China ha sido espectacular, y por eso es objeto de admiración y envidia. ¿Cómo se puede emular su éxito? Todos nos cruzamos de brazos y decimos que el crecimiento es bueno, el cambio tecnológico es bueno y el capitalismo, que azuza ambos, debe de serlo también. Ese es el tipo de sentido común al que Gramsci se refería a menudo como «hegemonía». Las mismas cuestiones surgen con respecto a los dispositivos institucionales. El capitalismo requiere, para funcionar adecuadamente, dispositivos legales adecuados. Cuanto más avanzan los chinos por la vía capitalista, menos plausible les resulta mantener un sistema legal que no reconozca algún tipo de derecho de propiedad privada. Pero en los dispositivos institucionales al efecto hay un gran margen de maniobra y contingencia.

*Apartados XIII.1 a XIII.3. Desarrollo de la maquinaria. Transferencia de valor de la maquinaria al producto. Efectos inmediatos de la industria mecánica sobre el obrero*

Vayamos examinando pues los materiales reunidos en este largo capítulo. Sugiero que se dedique una cuidadosa atención a la sucesión de los títulos de los tres primeros apartados, que definen una línea de argumentación lógica que estructura la investigación de Marx sobre el ascenso del sistema fabril y el uso de la maquinaria. Empieza, no obstante, por la sorpresa de John Stuart Mill ante el hecho de que los inventos mecánicos, supuestamente destinados a aliviar la carga de trabajo, no lo hubieran hecho en absoluto, sino que de hecho la habían agravado. El propio Marx

no estaba en absoluto sorprendido, ya que las máquinas se utilizan para producir plusvalor, y no para aliviar la carga de trabajo. Pero esto significa, obsérvese, que «la máquina es un medio para la producción de plusvalor» (II.79, 391). Esto puede sonar extraño, ya que Marx había argumentado que las máquinas son trabajo muerto (capital constante) y no pueden producir valor; pero sí pueden ser, en cambio, una fuente de plusvalor. La reducción del valor de la fuerza de trabajo mediante el aumento de la productividad en el sector de los bienes de consumo origina plusvalor relativo para la clase capitalista, mientras que los capitalistas con mejor maquinaria adquirirán la forma temporal de plusvalor relativo que recompensa la mayor productividad. ¡No cabe pues extrañarse de que los capitalistas mantengan la creencia fetichista de que las máquinas producen valor!

Marx considera a continuación la diferencia entre utensilios y máquinas. Considerar «la herramienta como una máquina simple, y la máquina como una herramienta compuesta», sin ver «ninguna diferencia esencial entre ellas» significa pasar por alto algo esencial, en particular «el elemento histórico» (al que, dicho sea de paso, dedica tanta atención en la próxima nota a pie de página) (II.80, 392). Marx fue uno de los primeros autores en utilizar la expresión «revolución industrial» y en situarla en el centro de su reconstrucción histórica. ¿Pero qué es lo que constituye el núcleo de esa revolución industrial? ¿Era simplemente un cambio de tecnología, el hecho de que las herramientas se convirtieron en máquinas? ¿Es la única diferencia entre máquinas y herramientas que las primeras tienen una fuente de energía externa? ¿Supone eso un cambio radical en las relaciones sociales paralelo a la transformación de las fuerzas productivas? La respuesta es que todo a la vez.

La máquina de la que parte la revolución industrial sustituye al obrero que maneja una sola herramienta por un mecanismo que opera con una masa de herramientas iguales o parecidas a la vez y es movida por una sola fuerza motriz, cualquiera que sea su forma. He aquí la máquina, mas solo como elemento simple de la producción mecánica. (II.85, 396)

Pero esto se aplica primordialmente a la transformación de la situación (relación social) del trabajador, que es tan importante como la propia máquina. Aunque los trabajadores pueden seguir proporcionando la energía motriz, en un momento u otro surgió la necesidad de complementarla desde una fuente externa. La energía hidráulica se venía utilizando desde hacía tiempo, pero su aplicación estaba limitada y restringida por la distancia.

Fue la segunda máquina de vapor de Watt, la llamada máquina doble, la que introdujo el primer motor generador de su propia fuerza motriz alimentándola con carbón



y agua, y cuya potencia era enteramente controlable por el hombre, que era al mismo tiempo móvil y medio de locomoción, urbana y no rural como la rueda hidráulica, que permitía la concentración de la producción en las ciudades en vez de dispersarla por el campo como hacía esta última, universal por su aplicación tecnológica, relativamente poco condicionada a un lugar por las circunstancias locales. (II.87, 398)

La máquina de vapor liberó al capital de la dependencia de fuentes de energía localizadas, dado que el carbón era una mercancía que se podía en principio enviar a cualquier lugar. Pero conviene no exagerar la importancia de este invento, porque «la propia máquina de vapor [...] no provocó ninguna revolución industrial. Fue más bien, por el contrario, la creación de la máquina-herramienta la que hizo necesaria la máquina de vapor revolucionada» (II.84-85, 395-396).

Y aunque Marx no lo mencione, el carbón también eliminó la aguda rivalidad, que hasta aquel momento había limitado el desarrollo industrial, entre el uso de la tierra para la producción de alimentos y el uso de su biomasa como fuente de energía. La madera y el carbón vegetal fueron siempre combustibles primarios, pero la competencia por el uso de la tierra entre alimentos y biocombustibles elevó el coste de ambos. Con el carbón se hizo posible aprovechar la energía almacenada desde el periodo carbonífero; a continuación, con el petróleo, la del periodo cretácico. Esto liberó la tierra para la producción de alimentos y otras materias primas y permitió a la industria utilizar combustibles baratos, con todo tipo de consecuencias para la urbanización y por supuesto para nuestro modo de vida. Es de notar que una respuesta a la escasez de combustibles en los últimos tiempos haya sido la reutilización de la tierra como fuente energética (en particular de etanol), lo que ha tenido la previsible consecuencia del rápido aumento del precio de los alimentos y otras materias primas (con todo tipo de consecuencias sociales, como los disturbios por las subidas de precios y el hambre. Hasta la rosca de pan que desayuno ha aumentado de precio en treinta centavos). Estamos recreando actualmente las barreras a la acumulación de capital que el giro a los combustibles fósiles a finales del siglo XVIII superó con tanto éxito revolucionando la relación con la naturaleza.

Pero el sello distintivo de la revolución industrial no fue solo ese cambio en la producción de energía. La «cooperación mediante la división del trabajo propia de la manufactura» aparece ahora «como una combinación de máquinas con funciones específicas». Se da una así una notable evolución en las relaciones sociales:

En la manufactura los obreros, aislados o en grupos, tienen que ejecutar cada proceso parcial con su propia herramienta. Si ahora el obrero se adecua al proceso, antes se había adaptado el proceso al obrero. Este principio subjetivo de la división desaparece en la producción mecánica. Todo el proceso es aquí analizado objetiva-

mente en sus fases constitutivas, y el problema de ejecutar cada proceso parcial y de vincular los diferentes procesos parciales se resuelve mediante la aplicación técnica de la mecánica, la química, etc. (II.90-91, 401)

El resultado es «la máquina de trabajo combinada, que ahora es un sistema articulado de diferentes máquinas de trabajo individuales y de grupos de ellas, tanto más perfecto cuanto más continuo sea su proceso total» (II.91, 401).

En relación con esta afirmación conviene realizar algunas precisiones: en primer lugar está la importancia de la continuidad en el proceso de producción, que es crucial por ser necesaria para la continuidad de la circulación del capital, a la que contribuye la maquinaria. En segundo lugar hay que tener en cuenta que las relaciones sociales se transforman junto a las técnicas. Tercero, la descomposición del proceso de producción en sus bases constitutivas supone una transformación mental que introduce como tecnología una ciencia (como la química); con otras palabras, se da también una evolución en las concepciones mentales. Aquí entran en juego al menos tres de los elementos examinados en la famosa nota al pie, pero es que la relación con la naturaleza y los requerimientos locales también cambian cuando el carbón sustituye como fuente primaria de energía a los saltos de agua y a la biomasa. En párrafos como este vemos cómo funciona la formulación de Marx en aquella nota. Los distintos elementos fluyen entrelazados, constituyendo un convincente relato de coevolución más que de relación causa-efecto. El resultado es un «sistema articulado de máquinas de trabajo que reciben su movimiento únicamente a través de la maquinaria de transmisión de un autó-mata central», y así es, dice, «como la industria mecánica cobra su forma más desarrollada. La máquina individual es sustituida por un monstruo mecánico –a Marx le encantan las imágenes de este tipo, como ya hemos visto–, cuyo cuerpo llena edificios fabriles enteros y cuya fuerza diabólica, antes oculta por el movimiento casi solemne y acompasado de sus miembros gigantesco, se desborda ahora en el loco y febril torbellino de sus innumerables órganos de trabajo propiamente dichos». Marx nos recuerda empero que «los inventos de Vaucanson, Arkwright, Watt, etc., solo pudieron llevarse a cabo porque esos inventores encontraron ya una cantidad considerable de obreros mecánicos diestros, suministrada en forma acabada por el periodo de la manufactura». Dicho de otro modo, las nuevas tecnologías no se habrían podido aplicar si no se hubiera dispuesto ya de las relaciones sociales y habilidades laborales necesarias. En algunos casos, esos trabajadores «eran artesanos independientes de profesión diversa», mientras que otros «estaban ya reunidos» en las manufacturas (II.93, 402-403).

Pero el proceso evolutivo tenía su propio impulso. «A medida que aumentaban los inventos y la demanda de máquinas recién inventadas, se fue desarrollando cada vez más, de un lado, la diferenciación de la fabricación de máquinas en múltiples ramas independientes, y, de otro lado, la división del trabajo en el interior de las

manufacturas constructoras de máquinas.» Al mismo tiempo se iban transformando también las relaciones sociales: «Así pues, vemos en la manufactura la base técnica directa de la gran industria. Aquella produjo la maquinaria con que esta desplazó a la industria artesanal y manufacturera en las primeras esferas de producción de las que se apoderó. [...] Al alcanzar cierto grado de desarrollo, esa gran industria tuvo que revolucionar la base misma que halló lista en un principio y que luego continuó desarrollando en la vieja forma, y crearse una base nueva en consonancia con su propio modo de producción» (II.93-94, 403). El capitalismo, en resumen, descubrió una base tecnológica más coherente con sus canales de circulación.

En mi opinión, este es un argumento coevolucionista, no determinista. Las contradicciones del capitalismo surgidas durante el periodo de la manufactura y el artesano no podían ser resueltas mediante la tecnología existente. Por eso se produjo una considerable presión para poner en pie un nuevo paradigma tecnológico. Marx nos cuenta así cómo el capitalismo «creó para sí una base nueva en consonancia con su propio modo de producción». Pero todo ese proceso

dependía claramente del crecimiento de una categoría de obreros que, por la índole semiartística de su trabajo, solo podía aumentar paulatinamente y no de golpe. Pero al llegar a cierta fase de desarrollo, la gran industria también entró, técnicamente, en conflicto con su base artesanal y manufacturera. (II.94, 403)

La fuerza expansiva del capital encontraba pues límites. El sistema capitalista había llegado a un punto en que necesitaba trabajadores cualificados para fabricar las máquinas que facilitarían su desarrollo, al tiempo que su propia base tecnológica actuaba como lastre sobre la capacidad de las máquinas fabricadas.

Pero el proceso evolutivo era difícil de parar. «La mudanza [*Umwälzung*] del modo de producción en una esfera de la industria implica su mudanza en las demás.» Observemos, dicho sea de paso, el uso por Marx de la expresión «modo de producción». A veces la utiliza, como en el primer párrafo de *El Capital*, para confrontar, digamos, los modos de producción capitalista y feudal; pero aquí significa algo mucho más específico: el modo de producir en determinado sector industrial. Esos dos significados están interrelacionados: el modo de producción en una industria particular da lugar a nuevos tipos de máquinas coherentes con el modo de producción capitalista, entendido en el sentido más amplio. Aquí, no obstante, estamos hablando de mutaciones concretas en el modo de producir en determinadas esferas de la industria y de las interacciones dinámicas entre ellas.

Esto es válido en primer lugar para aquellas ramas de la industria que, aunque están aisladas por la división social del trabajo, [...] se entrelazan como fases de un

proceso global. Así, por ejemplo, la hilandería mecánica hizo necesaria la tejeduría mecánica, y ambas indujeron conjuntamente la revolución químico-mecánica de la lavandería, el estampado y la tintorería. (II.95, 404)

Los efectos de difusión entre distintos segmentos de un proceso de producción inducen cambios que se refuerzan mutuamente. Además, «la revolución en el modo de producción de la industria y la agricultura también hizo necesaria, en particular, una revolución en las condiciones generales del proceso social de producción, es decir, en los medios de comunicación y transporte» (II.96, 404-405). Esto introduce otro de los temas que encuentro extremadamente interesantes en Marx: la importancia de lo que en los *Grundrisse* llama «la aniquilación del espacio mediante el tiempo» [*die Vernichtung des Raums durch die Zeit*]<sup>7</sup>. La evolución dinámica del capitalismo no es neutral en términos de su forma geográfica. Ya hemos visto asomos de esto en su exposición de la urbanización, la concentración que podía derivarse de la máquina de vapor y la libertad de ubicación conferida por esta. También cambiaron las conexiones en el mercado mundial.

Por eso, prescindiendo de la construcción naval de barcos de vela, totalmente revolucionada, el sistema de comunicaciones y transportes se fue adaptando poco a poco al modo de producción de la gran industria mediante un sistema de barcos de vapor fluviales, ferrocarriles, vapores transatlánticos y telégrafos. Mas las terribles masas de hierro que ahora había que fundir, soldar, cortar, taladrar y moldear, requerían a su vez máquinas ciclópeas que la construcción manufacturera de máquinas no podía crear. (II.96, 405)

Y ahí llega el último eslabón de la cadena argumental:

Así pues, la gran industria tenía que apoderarse de su medio de producción característico, de la máquina misma, y producir máquinas con máquinas. De esta suerte creó su base técnica adecuada y se alzó sobre sus propios pies. (II.97, 405)

La capacidad de producir máquinas con ayuda de máquinas es, en resumen, *la base técnica* de un modo de producción capitalista dinámico y totalmente desplegado. Con otras palabras, el crecimiento de la ingeniería y la industria de la máquina herramienta es la última fase de una revolución que creó el «fundamento técnico adecuado» para el modo de producción capitalista en general. «Como maquinaria,

---

<sup>7</sup> Karl Marx, *Grundrisse*, en MEW, vol. 42, cit., p. 430 [ed. cast.: *Elementos Fundamentales para la crítica de la economía política*, cit., vol. II, p. 13].

el medio de trabajo adquiere un modo de existencia que exige la sustitución de la fuerza humana por fuerzas naturales y la sustitución de la rutina de la experiencia por la aplicación consciente de las ciencias naturales.» Esto supone una revolución no solo en las concepciones mentales, sino también en su aplicación.

En la manufactura, la articulación del proceso social de trabajo es puramente subjetiva, una combinación de obreros parciales; con el maquinismo, la gran industria dispone de un organismo de producción enteramente objetivo que el obrero encuentra como condición material y acabada de la producción. (II.99, 407)

Cambia fundamentalmente, por ejemplo, el carácter de la cooperación.

Me he detenido con cierto detalle en este apartado a fin de mostrar cómo la difusión sinérgica de las revoluciones tecnológicas induce (y a la vez se basa en) transformaciones en las relaciones sociales, concepciones mentales y modos de producción (en el sentido concreto y particular), así como en las relaciones espaciales y naturales. En el ascenso de un nuevo sistema tecnológico acorde con un modo de producción capitalista (en el sentido amplio) coevolucionan todos los elementos de la nota al pie con cuyo comentario comenzamos este capítulo.

En el segundo apartado, Marx se pregunta cómo se transfiere el valor de la maquinaria al producto. Las otras dos vías para obtener plusvalor relativo –mediante la cooperación o la división del trabajo– no le cuestan nada al capital, quitando algunos gastos menores; pero una máquina es una mercancía que hay que comprar en el mercado, algo muy diferente de, digamos, reconfigurar la división de trabajo en un taller. Las máquinas tienen un valor por el que hay que pagar. De algún modo, el valor coagulado en la máquina debe transferirse al «producto que contribuye a fabricar», aunque no se dé transferencia física de materia (II.100, 408). En un primer momento Marx apela a la idea de la depreciación directa: si la máquina dura diez años, cada año se transfiere al producto una décima parte del valor de la máquina. Pero más adelante comenta un importante límite al uso de la maquinaria:

Considerado exclusivamente como medio de abaratamiento del producto, el límite para el empleo de la maquinaria viene dado por el hecho de que su producción cuesta menos trabajo que el que suple su aplicación. Pero para el capital ese límite es más estricto: como no paga el trabajo invertido sino el valor de la fuerza de trabajo empleada, el uso de la máquina tiene como límite la diferencia entre el valor de la máquina y el de la fuerza de trabajo que ella sustituye. (II.107, 414)

Marx supone aquí (como suelen hacer la mayoría de los economistas) que los capitalistas toman decisiones racionales. Si la máquina es cara y se ahorra poco tra-

bajo con ella, ¿para qué comprarla? Cuanto más barata sea la máquina y más caro el trabajo, mayor es el incentivo para emplear maquinaria. La diferencia de valor que tiene que calcular el capitalista, por tanto, es entre el pagado para comprar la máquina y el ahorrado en el trabajo empleado (capital variable). Este límite al empleo de maquinaria viene impuesto típicamente por las leyes indefectibles de la competencia. Los capitalistas que compran máquinas costosas pero ahorran poco trabajo con ellas se verán expulsados del negocio.

Cuánto capital variable se ahorre es algo que depende, no obstante, del valor de la fuerza de trabajo. «Por eso se inventan hoy en Inglaterra máquinas que solo se utilizan en Norteamérica» (II.108, 414). La relativa escasez de mano de obra en Estados Unidos originaba elevados costes laborales, por lo que tenía sentido emplear máquinas, pero en Gran Bretaña la existencia de mano de obra excedente significaba que esta era barata y había menor incentivo para emplear máquinas. Este cálculo sobre las condiciones que limitan el empleo de maquinaria es significativo, tanto teórica como prácticamente. Considérese el caso actual de China, donde abunda la mano de obra barata: lo que en Estados Unidos se realiza con una maquinaria sofisticada y cara, allí se descompone en procesos de trabajo menores que se pueden hacer a mano. En lugar de emplear una máquina muy cara con veinte trabajadores, como en Estados Unidos, en China cabe emplear dos mil trabajadores con utensilios manuales. Este ejemplo contradice la idea de que el capitalismo avanza irrefragablemente hacia una mayor mecanización y sofisticación tecnológica. Dada la importancia de las limitaciones impuestas por las relaciones de valor, la aplicación de determinadas tecnologías puede variar notablemente de un lugar a otro.

En el tercer apartado Marx considera tres efectos inmediatos de la industria mecánica sobre el obrero. La maquinaria facilitó la «apropiación de fuerzas de trabajo subsidiarias por parte del capital [esto es, el] trabajo femenino e infantil». La tecnología mecánica destruyó efectivamente la pauta de habilidades vigente durante el periodo artesanal. Se hizo mucho más fácil emplear mujeres y niños no cualificados, de lo que se derivaron abundantes consecuencias. Se hizo posible sustituir el salario familiar por el salario individual; este último se podía reducir permaneciendo constantes los ingresos familiares al incorporarse mujeres y niños a la mano de obra. Este ha sido un capítulo interesante y persistente en la historia del capitalismo. En Estados Unidos, desde la década de 1970, los salarios individuales han disminuido o permanecido prácticamente constantes en términos reales, pero los salarios familiares han tendido a aumentar en la medida que crecía el número de mujeres que trabajaban fuera de casa, con lo que la clase capitalista obtiene dos trabajadores por cerca del precio de uno. El milagro económico brasileño de la década de 1960 estuvo parecidamente marcado por una reducción catastrófica de los salarios individua-

les bajo la dictadura militar, pero los salarios familiares se mantuvieron estables porque salían a trabajar no solo las mujeres, sino también los niños (aumentó el trabajo infantil en las minas de hierro). Esto llevó al famoso comentario del presidente brasileño Emílio Garrastazu Médici de que «a la economía –debería haber dicho la clase capitalista– le está yendo muy bien, pero al pueblo le está yendo muy mal». Abundan las situaciones históricas en las que los capitalistas han aplicado esa solución para obtener más plusvalor.

Esto plantea también la cuestión de la relación entre el salario individual y el familiar. Este último es necesario para la reproducción de la clase obrera; ¿pero quién sobrelleva el coste de esa reproducción? Marx no presta demasiada atención, como muchos han señalado, a las cuestiones de género, pero en una nota al pie reconoce la importancia de la relación entre el trabajo en el hogar y la compra y venta de fuerza de trabajo en el mercado. Si las mujeres se incorporan a la mano de obra, entonces

los trabajos requeridos por el consumo familiar, tales como coser, remendar, etc., tienen que ser sustituidos mediante la adquisición de mercancías terminadas. Así pues, al gasto disminuido de trabajo doméstico corresponde un gasto aumentado de dinero. Por tanto, los gastos de producción de la familia obrera aumentan y compensan el mayor ingreso. A esto se suma que se hacen imposibles la economía y la eficiencia en el consumo y preparación de los medios de subsistencia. (112, 417, n. 121)

La consideración del salario familiar plantea otras cuestiones. En tiempos de Marx era muy corriente que el varón, en particular en los países que él mejor conocía, realizaran todo el trabajo fuera de casa, lo que daba lugar a la creación de un «sistema de bandas» para la oferta de trabajo, en el que el «cabeza de familia» se hacía responsable de la fuerza de trabajo de sus hijos, sobrinos y otros parientes, así como de su mujer, hermanas y cuñadas. En Francia el mercado laboral solía estar organizado así: una figura patriarcal distribuía el trabajo entre todos sus parientes y recibía del patrón la remuneración de todo ese trabajo, quedando a su cargo el reparto de las ganancias. Sistemas de ese tipo son frecuentes en Asia y también entre los inmigrantes en Europa y Norteamérica. Algunas de las peores consecuencias de ese sistema, entonces como ahora, surgieron (y surgen) como señala Marx en la siguiente nota al pie (n. 122), en relación con el tráfico de niños a guisa de trata de esclavos. Marx, basándose en gran medida en los informes de los inspectores de fábrica (impregnados de una moralidad victoriana que Marx no critica) y en el informe de Engels sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, se centra en «la degradación moral que surge de la explotación por el capitalismo del trabajo de mujeres y niños», y en los débiles intentos de la burguesía de contrarrestar esa degradación moral mediante la educación (II.117, 421). Como en el caso de las leyes

fabriles, surge una contradicción entre lo que los capitalistas individuales están obligados a hacer por las leyes imperativas de la competencia y lo que el Estado trata de hacer para educar a los niños. Marx plantea por tanto, aunque en una forma no muy adecuada, cuestiones concernientes a la reproducción de la vida (un elemento importante pero algo minusvalorado en la nota 89).

El segundo subapartado trata de la «Prolongación de la jornada de trabajo». La maquinaria crea de hecho no solo nuevas condiciones que permiten al capital alargar la jornada laboral, sino también «nuevos incentivos» para hacerlo:

Como capital, y en cuanto tal la máquina automática tiene en el capitalista conciencia y voluntad, se acentúa la tendencia a reducir a un mínimo la resistencia elástica que le ofrece la barrera natural humana. (II.121, 425)

La maquinaria está destinada en parte a superar la resistencia del obrero, que «se ve disminuida además por la aparente facilidad del trabajo en la máquina y el carácter femenino e infantil, más dócil y manejable» (II.121, 425). Este es, por supuesto, un típico prejuicio victoriano. De hecho, las mujeres no son en absoluto más dóciles, ni tampoco lo son los niños.

Pero el núcleo de este problema es la temporalidad y continuidad de la producción. La máquina se deteriora más rápidamente cuanto más se usa, y hay fuertes incentivos para usarla tanto como sea posible. Para empezar, «el desgaste físico de la máquina es de dos tipos: uno proviene del uso de la máquina, igual que las monedas se desgastan en la circulación, y el otro dimana de su no-uso, lo mismo que se oxida en la vaina la espada inactiva [...] Pero, además del desgaste material, la máquina también está sujeta a un desgaste moral, por así decirlo». Siempre me ha parecido un tanto extraño este término. A lo que Marx apunta en realidad es a la obsolescencia económica. Si el año pasado compré una máquina por dos millones de dólares, y este año todos mis competidores la pueden comprar por un millón (o lo que es lo mismo, pueden comprar por dos millones una máquina dos veces más eficiente que la mía), entonces el valor de las mercancías caerá, y yo perderé la mitad del valor de mi máquina. «Por nueva y fuerte que sea todavía la máquina, su valor no está ya determinado por el tiempo de trabajo realmente objetivado en ella, sino por el tiempo de trabajo necesario para su propia reproducción o para la reproducción de una máquina mejor.» Frente a la amenaza de que la maquinaria «se devalúe en mayor o menor medida» (II.123, 427), los capitalistas se ven impelidos a usarla tanto y tan rápidamente como sea posible (manteniéndola en funcionamiento veinticuatro horas al día si es posible). Esto significa alargar la jornada laboral (o como veremos, recurrir a sistemas de trabajo por turnos). Las máquinas, que supuestamente deberían acortar la jornada laboral, de hecho estimulan la pulsión de alargarla aún más.



Los capitalistas se entusiasman con las máquinas porque son una fuente de excedente y de plusvalor relativo. El fetiche de un «puntal tecnológico» queda inserto en su sistema de creencias. Pero las máquinas son también origen de «una contradicción inmanente, porque de los dos factores del plusvalor que suministra un capital de magnitud dada, uno de ellos, la tasa de plusvalor (cuota de plusvalía), solo aumenta al disminuir el otro, el número de obreros» (II.127, 429). Y dado que la masa de plusvalor, tan crucial para el capitalista, depende de la tasa de plusvalor y del número de trabajadores, las innovaciones que ahorran trabajo pueden no favorecerle. Disminuir el número de trabajadores mediante innovaciones tecnológicas no parece desde ese punto de vista una buena idea, porque los productores del valor real desaparecen de la producción. Esta contradicción se analizará con mucho más detalle en el libro tercero de *El Capital*, donde la dinámica de la innovación tecnológica se entiende como desestabilizadora y fuente de severas tendencias a la crisis.

Pero el incentivo para que los capitalistas sigan innovando es muy poderoso. La búsqueda competitiva de la forma efímera de plusvalor relativo se hace abrumadora pese a las contradicciones. Los capitalistas individuales, respondiendo a las leyes imperativas de la competencia, se comportan de un modo que no favorece necesariamente los intereses colectivos de su clase; pero las consecuencias sociales para los trabajadores pueden ser también catastróficas.

[El empleo capitalista de la maquinaria...] en parte poniendo a disposición del capital sectores de la clase obrera antes inaccesibles, y en parte también dejando sin ocupación a los obreros desplazados por la máquina, produce una población superflua de obreros que tiene que someterse a la ley dictada por el capital. De ahí el curioso fenómeno de la historia de la industria moderna, consistente en que la máquina derriba todas las barreras morales y naturales de la jornada de trabajo. De ahí también la paradoja económica de que el medio más poderoso para reducir el tiempo de trabajo se convierta en el medio más infalible para transformar toda la vida del obrero y de su familia en tiempo de trabajo disponible para la valorización del capital. (II.127-128, 430)

Ahora vemos por qué estaba tan acertado John Stuart Mill.

El tercer subapartado afronta directamente la cuestión de la intensificación del trabajo, antes mencionada de pasada (por ejemplo en la definición del tiempo de trabajo socialmente necesario). Los capitalistas pueden aprovechar la tecnología de las máquinas para cambiar y regular la intensidad y velocidad del proceso de trabajo. Reducir lo que se denomina «porosidad» de la jornada laboral (momentos en los que no se trabaja) es un objetivo clave. ¿Cuántos segundos puede «distraer» un trabajador durante su jornada de trabajo? Si está a cargo de sus propios instrumen-

tos puede dejarlos a un lado y retomarlos más tarde; puede trabajar a su propio ritmo. Con la tecnología maquinica, la velocidad y la continuidad están determinadas íntegramente por el ritmo de la máquina, y los trabajadores tienen que adaptarse al movimiento de, digamos, la línea de montaje (como en *Tiempos modernos* de Chaplin). Se da una inversión de las relaciones sociales, de modo que los trabajadores se convierten ahora en apéndices de la máquina. Uno de los mayores avances acaecidos desde 1850, una vez que la burguesía industrial percibió que iba a tener que adaptarse a las leyes fabriles y a la regulación de la duración de la jornada laboral, fue su descubrimiento de que una jornada laboral más corta era compatible con un aumento de la intensidad del trabajo. El reposicionamiento del trabajador como apéndice del proceso laboral es de la mayor importancia en lo que sigue.



# VIII

## Maquinaria y gran industria

En el capítulo anterior propuse contemplar esta larga indagación sobre la relación entre la maquinaria y el capitalismo a través de la lente de la nota 89 (la cuarta nota del capítulo XIII), dedicando particular atención a la forma en que «la tecnología desvela el comportamiento activo del hombre hacia la naturaleza, el proceso directo de producción de su vida, y por tanto también de sus relaciones sociales y de las concepciones mentales que brotan de esas relaciones» (II.81, 392, n. 89), y observando cómo anuda Marx las interrelaciones entre esos diferentes «aspectos» a fin, no solo de entender la evolución de las tecnologías capitalistas, sino también lo que revela el estudio de ese proceso evolutivo sobre el modo de producción capitalista entendido como totalidad (como conjunto o ensamblaje de elementos interactivos). Esa lectura proporcionará un conjunto de determinaciones más rico que una simple historia de los cambios tecnológicos.

También sugerí que para leer este dilatado capítulo (en el que es muy fácil perderse), serviría de ayuda seguir con atención los títulos de los distintos apartados para apreciar el dinamismo de toda la argumentación. Repasemos lo que hemos visto hasta ahora. En los primeros apartados Marx explicaba cómo creó una base tecnológica única el capitalismo, transformando las tecnologías asociadas con el artesanado y las industrias manufactureras. Esa base se asentó finalmente con la producción de máquinas por otras máquinas y la organización de muchas máquinas en un sistema fabril. Pero las máquinas son mercancías que hay que pagar. Su valor, por tanto, tiene que circular como capital constante durante el periodo de vida de la máquina. Si este es de diez años, podemos suponer que cada año se incorpora al producto una décima parte del valor de la máquina. Pero esto impone un límite: el valor depreciado de la máquina debería ser menor que el del trabajo al que sustituye.

ye. Esto crea la posibilidad de un desarrollo geográfico desigual. Si el coste de la mano de obra es más elevado en Estados Unidos que en Gran Bretaña, el incentivo para emplear maquinaria en Estados Unidos será también mayor. El poder sindical en Alemania Occidental desde mediados de la década de 1970 mantuvo elevadas tasas salariales, que generaron un fuerte incentivo para la innovación tecnológica. La economía de Alemania Occidental obtuvo así plusvalor relativo frente al resto del mundo mediante su ventaja tecnológica, pero las innovaciones que permitían ahorrar mano de obra dieron lugar a un desempleo estructural.

En el tercer apartado Marx examinaba las consecuencias de la maquinización para el trabajador (la relación entre tecnologías y relaciones sociales). El paso de la artesanía cualificada al manejo de máquinas permitía el empleo de mujeres y niños en una proporción que no habría sido posible antes, y con él la sustitución del trabajo familiar (el salario familiar) por el individual (el salario individual), con ahorros para el capitalista y notables consecuencias para las estructuras familiares, las relaciones de género y nuevas configuraciones de las economías domésticas. Pero la introducción de la maquinaria también incentiva la prolongación de la jornada laboral como remedio de la «depreciación moral» (obsolescencia económica) y la devaluación de la maquinaria antigua por la introducción de máquinas nuevas y mejores. Los capitalistas se esfuerzan así por recuperar el valor coagulado en la máquina tan pronto como pueden, lo que significa mantener la máquina en uso durante veinticuatro horas al día si es posible. La maquinaria se puede utilizar también para intensificar el proceso de trabajo. Los capitalistas pueden tomar el control de la continuidad y velocidad del proceso de trabajo y reducir así la porosidad de la jornada laboral. La intensificación aparece como una importante estrategia capitalista para extraer más plusvalor del trabajador. Esto es lo que hemos visto hasta ahora.

#### Apartados XIII.4 a XIII.10. *Trabajadores, fábricas, industria*

Los siete apartados restantes del capítulo sobre la maquinaria profundizan y amplían nuestra perspectiva de lo que cabe «aprender» del capitalismo examinando la evolución tecnológica. En el apartado 4 Marx examina la fábrica en sí. Esta es la pieza central de su indagación, no solo en el terreno técnico sino como orden social. Pero a este respecto debo introducir algunas advertencias críticas. En su estudio del sistema fabril, Marx se apoya principalmente en dos fuentes: la decisiva experiencia de primera mano de Engels del industrialismo manchesteriano, complementada por los textos de Babbage y Ure, quienes eran en aquel momento los principales ideólogos procapitalistas y promotores de los principios de gestión industrial eficiente. Marx tiende a universalizar lo que sucedía en Manchester como si esa fuera la forma

más acabada del industrialismo capitalista, y a mi juicio acepta sin demasiadas precauciones las ideas de Babbage y Ure. Su presentación podría haber sido muy diferente si la fábrica textil de Engels no hubiera estado en Manchester sino en Birmingham, cuya estructura industrial, basada en pequeños talleres mancomunados a fin de obtener economías de escala, mantenía una herencia artesanal más arraigada dedicada a la producción de armas, joyas y diversos productos metalúrgicos, al parecer de manera muy eficiente y caracterizada por relaciones de trabajo muy diferentes de las que prevalecían en las gigantescas fábricas de algodón de la región de Manchester. Marx sabía evidentemente muy poco de lo que podríamos llamar «modelo industrial de Birmingham», por lo que no supo establecer una distinción que se ha mantenido durante mucho tiempo en la historia del desarrollo capitalista. El industrialismo surcoreano desde la década de 1960 ha sido del estilo de Manchester, mientras que el de Hong Kong se ha parecido más al de Birmingham. Baviera, a la que llaman la Tercera Italia, y otros distritos industriales organizados de manera similar (Silicon Valley entra en la misma categoría) han tenido una importancia fundamental en las fases más recientes del industrialismo, muy diferentes de las formas industriales de estilo manchesteriano en el delta del río Perla, en el sur de China. La cuestión es, en cualquier caso, que no todo el mundo industrial era ni es como las fábricas de Manchester. El estudio de Marx sobre la fábrica, aunque convincente, es muy sesgado. Comienza señalando que

con el instrumento de trabajo pasa también del obrero a la máquina el virtuosismo en el manejo. La capacidad de rendimiento de la herramienta se emancipa de las barreras personales de la fuerza de trabajo humana. Así se supera la base técnica sobre la que se apoya la división del trabajo en la manufactura. Por eso, en lugar de la jerarquía del trabajo especializado que la caracteriza, entra en la fábrica automática la tendencia a la igualación o nivelación de los trabajos que han de realizar los ayudantes de la maquinaria, y el lugar que las diferencias artificialmente creadas de los obreros parciales lo ocupan, mayormente, las diferencias naturales de edad y sexo. En tanto reaparece en la fábrica automática la división del trabajo, lo hace en primer lugar como distribución de los obreros entre las máquinas especializadas. (II.143, 442)

Los obreros pueden desplazarse de una máquina a otra, convirtiéndose de hecho en operadores de las máquinas.

Marx se detiene a describir la descualificación que acompaña al ascenso del sistema fabril, en el que todo el trabajo se hace cada vez más homogéneo. Quien puede hacer funcionar una máquina puede hacer funcionar otra. La prolongada importancia de la descualificación durante la historia del capitalismo ha sido tema de muchos debates en los tiempos más recientes (comenzando por *Trabajo y capital*

*monopolista*<sup>1</sup>, que provocó muchos comentarios y estudios desde la década de 1970 en adelante). Además, «como el movimiento total de la fábrica no parte del obrero sino de la máquina, puede verificarse un cambio continuo del personal sin interrumpir el proceso de trabajo» (II.144-145, 444). El resultado es que los trabajadores se ven reducidos a servir durante toda su vida a determinadas máquinas. En pocas palabras, tanto ellos como sus relaciones sociales se transforman junto con su trabajo, convirtiéndose en meros apéndices de las máquinas.

En la manufactura y la artesanía el obrero se sirve de la herramienta, pero en la fábrica es él quien sirve a la máquina. Allí parte de él el movimiento del medio de trabajo; aquí es él quien tiene que seguir el movimiento de la máquina. En la manufactura los obreros forman parte de un mecanismo vivo. En la fábrica existe un mecanismo muerto independiente de ellos, al que se incorporan como apéndices vivos [...] Hasta la facilidad del trabajo se convierte en medio de tortura, pues la máquina no libera al obrero del trabajo, sino que priva de contenido al trabajo [...] No es el obrero quien aprovecha la condición de trabajo, sino esta la que lo aprovecha a él; pero esta inversión no cobra realidad técnicamente tangible hasta la era de la maquinaria. Con su transformación en un autómatas, el medio de trabajo se enfrenta al obrero, durante el proceso de trabajo, como capital, como trabajo muerto que domina y absorbe la fuerza de trabajo viva. Como ya indicamos antes, en la gran industria basada en la maquinaria se consuma la disociación de las potencias espirituales del proceso de producción respecto del trabajo manual y su conversión en poderes del capital sobre el trabajo. (II.146-147, 446)

Con otras palabras, las concepciones mentales aparecen ahora separadas del trabajo físico, quedando adscritas a los capitalistas, que son quienes diseñan las cosas. Los trabajadores no tienen por qué pensar; se supone que simplemente manejan las máquinas. Evidentemente, esto puede no ser cierto, pero la cuestión es que esa es la estructura por la que se esfuerza día y noche la clase capitalista, y como consecuencia toda la estructura de las concepciones mentales, relaciones sociales, reproducción de la vida, relación con la naturaleza, etc., se modifica siguiendo líneas de clase.

La pericia en el detalle del operador individual de la máquina, vaciado de contenido, desaparece como un accesorio diminuto ante la ciencia [léase concepciones mentales], las enormes fuerzas naturales [léase la relación con la naturaleza], y la

---

<sup>1</sup> Harry Braverman, *Labor and Monopoly Capital: The Degradation of Work in the Twentieth Century*, Nueva York, Monthly Review Press, 1974 [ed. cast.: *Trabajo y capital monopolista: la degradación del trabajo en el siglo XX*, México, Nuestro Tiempo, 1975].

labor social de masa encarnadas en el sistema mecánico y que constituyen con este el poder del «amo» (*master*). (II.147, 446)

Pero esta transformación alude a la capacidad de degradar la posición de los trabajadores hasta el punto de que ya no son más que apéndices de las máquinas, incapaces de utilizar sus poderes mentales y sometidos al «poder autocrático» (II.149, 447) y los mandatos despóticos de los capitalistas. La habilidad corresponde ahora únicamente a quienes diseñan las máquinas, ingenieros y demás, que se convierten en un pequeño grupo de trabajadores muy especializados. Pero como observó antes Marx, como contrapunto emerge «una clase obrera más alta, en parte con formación científica y en parte artesanal, que está fuera del círculo de obreros fabriles y solamente agregada a ellos» (II.144, 443).

Las transformaciones de este tipo no podían sino provocar resistencia, en particular de los obreros cualificados. Este es el tema del apartado XIII.5, que trata de la «Lucha entre obrero y máquina». El movimiento ludita (que tomó su nombre de un personaje ficticio llamado Ned Ludd) encabezó la protesta de los trabajadores contra su descualificación y pérdida de empleos mediante la destrucción de las máquinas, que veían como competidoras, trituradoras de sus habilidades y creadoras de inseguridad en el empleo. Marx describe así la evolución política de aquella rebelión:

La destrucción masiva de máquinas en los distritos manufactureros ingleses durante los primeros quince años del siglo XIX conocida como movimiento ludita, principalmente como consecuencia de la implantación del telar a vapor, brindó un pretexto al gobierno antijacobino de gente como Sidmouth y Castlereagh para proceder a las medidas de violencia más reaccionarias. Se necesitó tiempo y experiencia antes de que el obrero aprendiera a distinguir entre la maquinaria y su aplicación capitalista, y, por tanto, a transferir sus ataques del medio de producción a su forma de explotación social. (II.154-155, 452)

Esta exposición requiere ciertas matizaciones. Marx parece sugerir en ella que el problema no son las máquinas (la tecnología), sino el capitalismo (las relaciones sociales). Se puede inferir (a mi juicio equivocadamente) que las máquinas son de por sí neutrales, y que se pueden utilizar por tanto tal como son en la transición al socialismo. Parece históricamente cierto que los trabajadores renunciaron a seguir destruyendo máquinas indiscriminadamente, pasando a tomar como blanco a los capitalistas que utilizaban de la forma más brutal aquella tecnología. Pero esto parece transgredir la línea general de argumentación de Marx, en particular si se tiene en cuenta mi lectura de la nota 89, según la cual las tecnologías y las relaciones sociales se condicionan mutuamente. Bajo esa lectura tenía que haber un problema con las



propias máquinas, ya que habían sido diseñadas y creadas para interiorizar determinadas relaciones sociales, concepciones mentales y formas de producir y vivir. Que los trabajadores se conviertan en apéndices de las máquinas no es evidentemente algo bueno, como no lo es la privación de capacidades mentales asociada a las tecnologías maquínicas capitalistas. Por eso cuando Lenin alababa las técnicas de producción fordistas y promovía un sistema fabril similar al creado por las corporaciones estadounidenses con el argumento de que lo que importaba realmente era la transformación de las relaciones sociales provocada por la revolución, se estaba introduciendo en un terreno pantanoso. El propio Marx parece ambiguo en esos pasajes. En otros lugares critica con mayor energía la naturaleza de las tecnologías mediante las que el capitalismo asentó su propia base. Las tecnologías examinadas en este capítulo son las más apropiadas para un modo de producción capitalista, y esto debería llevarnos automáticamente a plantearnos el problema de descubrir las tecnologías más apropiadas para un modo de producción socialista o comunista. Si se toman las tecnologías de un modo de producción capitalista y se trata de construir con ellas el socialismo, ¿qué es lo que se puede conseguir? Muy probablemente otra versión del capitalismo, que es lo que sucedió en definitiva en la Unión Soviética con la difusión de las técnicas fordistas. Marx, que criticaba a Proudhon por recurrir a la noción burguesa de justicia, parece aquí al borde de respaldar la reapropiación sin más de las tecnologías capitalistas.

Cabe compartir esos titubeos de Marx volviendo a su descripción del ascenso del capitalismo. Durante el periodo de la manufactura, el desarrollo capitalista se basaba en las tecnologías artesanal y manufacturera de finales de la Edad Media (aunque cambiando su forma organizativa), como no podía ser de otro modo dadas las condiciones coyunturales. Hasta más tarde no pudo el capitalismo definir su propia base tecnológica. Exactamente por la misma razón, el socialismo, en su primera fase revolucionaria y dadas las circunstancias del momento (la guerra y el caos masivo) estaba obligado a hacer uso de las tecnologías capitalistas, por lo que Lenin estaba acertado al recurrir a las más avanzadas para reanimar la producción y proteger así la revolución. Pero en mi opinión, teniendo en cuenta mi lectura de la nota 89, un proyecto socialista revolucionario no puede eludir durante mucho tiempo la cuestión de la definición de una base tecnológica alternativa, y lo mismo se puede decir de las relaciones con la naturaleza, las relaciones sociales, los sistemas de producción, la reproducción de la vida cotidiana y las concepciones mentales del mundo. Y este ha sido, a mi juicio, uno de los peores fallos en la historia de los socialismos realmente existentes. La cuestión no se limita, por supuesto, al comunismo soviético, dado que la definición de las tecnologías adecuadas para llevar a la práctica determinados propósitos sociales y políticos, ya sean feministas, anarquistas, ecologistas o de cualquier otro tipo, es una cuestión general que merece una consideración

atenta y detallada. Las tecnologías, tenemos que concluir, no son neutras con respecto a los demás aspectos de la totalidad social.

El problemático carácter de clase de las tecnologías capitalistas queda de hecho reconocido en el propio texto de Marx:

La maquinaria actúa no solo como competidor prepotente, siempre dispuesto a hacer «superfluo» al obrero asalariado. El capital la proclama y maneja abierta y tendenciosamente como potencia hostil al obrero. Se convierte en el medio más poderoso para la represión de las periódicas rebeliones obreras, huelgas, etc., contra la autocracia del capital. Según Gaskell, la máquina de vapor se convirtió inmediatamente en antagonista de la «fuerza humana», un antagonista que permitía al capitalista aplastar las crecientes reivindicaciones de los obreros [...] Podría escribirse toda una historia de los inventos que desde 1830 han surgido únicamente como armas del capital contra los motines obreros. (II.163-164, 459)

Así pues, los capitalistas conciben conscientemente nuevas tecnologías como instrumentos de la lucha de clases. Esas tecnologías no solo sirven para disciplinar a los obreros en el proceso de trabajo, sino que también ayudan a crear un excedente de mano de obra que deprime los salarios y las aspiraciones obreras.

Marx introduce aquí por primera vez la idea del desempleo inducido tecnológicamente. Las innovaciones que ahorran trabajo dejan a la gente sin empleo. De hecho, durante los últimos treinta años grandes cambios tecnológicos e increíbles aumentos de la productividad han generado unas tasas de desempleo y una inseguridad que han facilitado mucho el sometimiento político de los trabajadores.

Se ha solido culpar de los males de la clase obrera estadounidense a la deslocalización y la competencia de la mano de obra con bajos salarios en México y China, pero estudios serios muestran que alrededor de dos terceras partes de los empleos perdidos deben atribuirse al cambio tecnológico. Cuando llegué a Baltimore en 1969, Bethlehem Steel empleaba a más de 25.000 trabajadores, que se habían reducido a menos de 5.000 veinte años después, aunque seguían produciendo casi la misma cantidad de acero. «El medio de trabajo derrota al obrero» (II.159, 455).

No es difícil certificar la afirmación del uso de las tecnologías como instrumento en la lucha de clases. Recuerdo un estudio de un industrial, inventor de máquinas-herramienta, que trabajaba en el París del Segundo Imperio. Ofrecía tres motivaciones para la innovación: primera, reducir el precio de la mercancía y mejorar la posición competitiva de quien la aplica; segundo, mejorar la eficiencia y eliminar el despilfarro; tercero, poner a los trabajadores en su sitio. Desde los luditas, la lucha de clases sobre las formas tecnológicas ha sido una característica constante en el capitalismo.

El apartado XIII.6, «La teoría de la compensación con respecto a los obreros desplazados por la maquinaria», se ocupa de la relación global entre capital y trabajo como consecuencia de los cambios tecnológicos. Si los capitalistas ahorran capital variable empleando a menos trabajadores, ¿qué hacen con el capital que ahorran? Si amplían sus actividades, con ello reabsorben parte del trabajo redundante. Sobre esta base, los economistas burgueses de la época inventaron una teoría de la compensación para demostrar que las máquinas, en conjunto, no inducen desempleo. Marx no niega que puede haber cierta compensación, pero se pregunta cuánta. Se puede reabsorber al 10 por 100 de los trabajadores despedidos o al 20 por 100. No hay ninguna razón automática por la que se vaya a reabsorber a todos. «Aunque la maquinaria desplaza necesariamente obreros de las ramas de trabajo donde se introduce, puede sin embargo provocar un aumento de la ocupación en otras ramas de trabajo; pero este efecto no tiene nada que ver con la llamada teoría de la compensación» (II.172, 466). Aun si la mayoría de los trabajadores acaban encontrando otro empleo, sigue habiendo un serio problema de transición. «Tan pronto como la maquinaria libera a una parte de los obreros ocupados hasta entonces en una rama determinada de la industria, el personal supletorio [esto es, el ejército de reserva que siempre está ahí disponible] se distribuye también de nuevo y es absorbido por otras ramas de trabajo, mientras que las víctimas originales [los despedidos de su empleo] languidecen y sucumben, en su mayor parte, durante el periodo de transición» (II.170, 464). También hay problemas de adaptación: los trabajadores del acero no pueden convertirse en programadores informáticos de la noche a la mañana.

Y puesto que la maquinaria, considerada en sí misma, acorta el tiempo de trabajo, mientras que empleada de un modo capitalista lo prolonga; puesto que, de por sí, facilita el trabajo, mientras que empleada de modo capitalista aumenta su intensidad; puesto que, de por sí, constituye una victoria del ser humano sobre las fuerzas de la naturaleza, mientras que aplicada de modo capitalista lo somete al yugo de esas fuerzas; puesto que, de por sí, aumenta la riqueza del productor, mientras que aplicada de modo capitalista lo empobrece, etc., el economista burgués declara sencillamente que el examen de la maquinaria demuestra con toda precisión que todas esas contradicciones palpables no son más que mera apariencia de la realidad ordinaria, pero que no existen de por sí, y, por tanto, tampoco en teoría. (II.171, 465)

La maquinaria tiene que verse siempre, por tanto, en relación con el uso que hacen de ella los capitalistas, que es sin duda a menudo despiadado e innecesariamente opresivo. Pero si se considera que «en sí misma» [*an sich*] constituye «una victoria del ser humano sobre las fuerzas de la naturaleza», dotada de posibilidades

potencialmente virtuosas (como el alivio de la carga de trabajo y el aumento del bienestar material), entonces nos encontramos de nuevo con la dudosa proposición de que la tecnología capitalista puede «de por sí» servir como base para formas alternativas de organización social sin necesidad de ningún ajuste fundamental, por no hablar de una transformación revolucionaria. Se plantea así una vez más la cuestión de las formas organizativas, las tecnologías y las máquinas en la transición del feudalismo al capitalismo y del capitalismo al socialismo o comunismo. Esta es una de las grandes cuestiones planteadas en este capítulo, que merece mayor reflexión.

La compensación también surge porque la introducción de máquinas aumenta el empleo en el sector de la máquina-herramienta. Pero recordemos: «El aumento de trabajo requerido, por ejemplo, para la producción de los propios medios de producción, de la maquinaria, carbón, etc., tiene que ser menor que la reducción de trabajo motivada por la aplicación de la maquinaria» (II.172, 466). También existe la posibilidad de aumentar el empleo en la extracción de materias primas, aunque en el caso del algodón esto significaba desgraciadamente la intensificación y expansión del trabajo esclavo en el sur de Estados Unidos más que la expansión del empleo asalariado. Pero si todas esas posibilidades de compensación se ven bloqueadas, queda en pie el problema original de lo que pueden hacer los capitalistas con su exceso de capital. Adquieren ese exceso, ya sea individualmente o como clase, cuando disminuye el valor de la fuerza de trabajo o el número de trabajadores que emplean.

Lo que Marx plantea ahí, aunque de una forma un tanto nebulosa, es el problema de lo que debería hacer la burguesía con todo su capital excedente, un problema enorme y fundamental al que llamo «problema de la absorción del excedente de capital». Los capitalistas inevitablemente acaban el ejercicio con más de lo que tenían, un excedente, y a continuación se les plantea el problema de qué hacer con ese excedente. Marx se ocupa extensamente de ese problema en posteriores volúmenes de *El Capital*, pero aquí no intenta profundizar en él y se limita a presentar algunas sugerencias: «El resultado inmediato de la maquinaria es incrementar el plusvalor y al mismo tiempo la masa de productos que lo representan, esto es, incrementar, junto con la sustancia de la que se nutren la clase de los capitalistas y sus apéndices, esas mismas capas sociales» (II.175, 468). Así «aumenta la producción de productos de lujo» y también puede aumentar el mercado para el sobreproducto mediante la expansión del comercio exterior.

El aumento de los medios de producción y de subsistencia, acompañado de una disminución relativa del número de obreros, conduce a la expansión del trabajo en ramas industriales cuyos productos, tales como la construcción de canales, muelles, túneles, puentes, etc., solo son rentables en un futuro lejano. (II.176, 469)

Las inversiones en infraestructuras físicas a largo plazo que no dan fruto hasta pasados muchos años pueden convertirse en instrumentos muy útiles para la absorción de excedente. Observaciones de este tipo me hicieron finalmente teorizar, en *The Limits to Capital*, el papel crucial de las expansiones geográficas y las inversiones a largo plazo (en particular en el entorno construido) en la estabilización del capitalismo. Además,

el extraordinario aumento de la fuerza productiva en las esferas de la gran industria, acompañado, como lo está, de una explotación cada vez más intensiva y extensa de la fuerza de trabajo en todas las demás esferas de la producción, permite emplear de un modo improductivo a una parte cada vez mayor de la clase obrera, reproduciendo así, principalmente, a una escala cada vez mayor y bajo el nombre de «clase doméstica», los antiguos esclavos domésticos: criados, doncellas, lacayos, etc. (II.177, 469)

Esa clase de trabajadores improductivos incluye

todos los que son demasiado viejos o demasiado jóvenes para el trabajo, todas las mujeres «improductivas», los adolescentes y niños, y luego los estamentos «ideológicos» como gobierno, curas, juristas, militares, etc., además de todos aquellos cuyo negocio exclusivo estriba en el consumo de trabajo ajeno en forma de rentas, intereses, etc. (II.177, 469)

Toda esa población, que no es pequeña, tiene que subsistir del excedente. Con respecto a Inglaterra y Gales, Marx menciona las cifras del censo de 1861, que muestran que «el personal ocupado en todas las fábricas textiles, junto con los que trabajan en las minas de carbón y de diversos metales, alcanza un total de 1.208.442 personas, y si en lugar de estos sumamos a los primeros los que trabajan en fábricas metalúrgicas y manufacturas, resultan 1.039.605 personas, cifras ambas menores que la que corresponde a los modernos esclavos domésticos [1.208.648]» (II.177-178, 470). Solemos pensar que el giro radical de la industria a los servicios tuvo lugar durante el último medio siglo, pero lo que muestran esas cifras es que no se trata en absoluto de un sector nuevo. La gran diferencia es que la «clase doméstica» de Marx no estaba apenas organizada según líneas capitalistas (muchos de los sirvientes vivían en casa de sus amos). No había establecimientos de «manicura», de «peluquería», «limpieza», u otros parecidos, pero la proporción de la población dedicada a ese tipo de trabajos siempre ha sido grande, y muy a menudo desdeñada en los análisis económicos (incluidos los de Marx), aunque fuera mayor que la clase obrera en el sentido clásico de obreros fabriles, mineros, etcétera.

El apartado XIII.7, sobre la «Repulsión y atracción de obreros a medida que se desarrolla la industria mecánica. Crisis de la industria algodonera», examina las variaciones temporales de empleo correspondientes a los periodos de expansión y recesión de los ciclos económicos. Los beneficios, argumenta Marx, «no solo constituyen, en y de por sí, una fuente de acumulación acelerada, sino que atraen a las esferas de producción más favorecidas gran parte del nuevo capital social adicional que constantemente se forma y pugna por nuevas inversiones» (II.183, 473). Pero cuando el capital excedente fluye hacia esas nuevas áreas, puede encontrar en ellas barreras como «la disponibilidad de materias primas y la amplitud del mercado» (II.183, 474). ¿Dónde se hallarán nuevas materias primas y a quién se venderán los nuevos productos excedentes? Volveremos sobre estas cuestiones clave en la última sección del libro, «Reflexiones y pronósticos».

La respuesta que ofrece aquí Marx es: ¡India! Se destruye allí la industria doméstica y se incorpora su vasta población al mercado propio, al tiempo que se la convierte en productor de materias primas para ese mercado. Dicho con otras palabras, se opta por prácticas imperialistas y coloniales y expansiones geográficas. El problema parece resolverse mediante lo que yo llamo una «compostura espacial» [*spatial fix*].

Se crea así una nueva división internacional del trabajo, ajustada a las sedes principales de la industria mecánica, división que convierte a una parte del planeta en campo de producción preferentemente agrícola para la otra parte, que es un campo de producción preferentemente industrial. (II.184, 475)

Aunque todo esto queda todavía fuera del alcance del aparato teórico de Marx, vemos claramente en este apartado la necesidad social que tiene un modo de producción capitalista de resolver su problema de exceso de capital mediante desplazamientos geográficos y temporales.

Las expansiones y recesiones de los ciclos económicos son características del capitalismo.

La enorme capacidad del sistema fabril de expandirse espasmódicamente, y su dependencia del mercado mundial, generan necesariamente una producción febril y la consiguiente saturación de los mercados, con cuya contracción sobreviene una paralización. La vida de la industria se convierte en una serie de periodos de vitalidad media, prosperidad, superproducción, crisis y estancamiento, y esa variación periódica del ciclo industrial transmite permanente inseguridad y discontinuidad al empleo y, con él, a las condiciones de vida del obrero. Descontados los tiempos de prosperidad, se desata entre los capitalistas una lucha encarnizada por su espacio individual en el mercado, que resulta directamente proporcional al abaratamiento del producto.

Y aparte de la rivalidad que esto genera en cuanto al empleo de nuevos métodos de producción y de maquinaria perfeccionada que sustituya la fuerza de trabajo, sobreviene siempre un momento en que se tiende a abaratar la mercancía disminuyendo violentamente el salario por debajo del valor de la fuerza de trabajo. (II.185, 476)

Esta descripción a grandes rasgos de las oscilaciones cíclicas de la economía carece de una firme base teórica, y quedan por explorar los mecanismos que inducen tales movimientos. Marx salta, por decirlo así, desde el terreno de la teoría a una descripción esquemática de los ciclos de expansión y recesión característicos de la economía británica de la época. Lo que sigue es una historia de esos ciclos en la industria británica del algodón, cuyo principal objetivo parece ser ilustrar así la cuestión:

Así pues, en los primeros cuarenta y cinco años de la industria algodonera inglesa, entre 1770 y 1815, solo encontramos cinco años de crisis y estancamiento, pero aquel fue su periodo de monopolio mundial. El segundo periodo, de cuarenta y ocho años desde 1815 hasta 1863, cuenta solamente con veinte años de reanimación y prosperidad frente a veintiocho de depresión y estancamiento. De 1815 a 1830 se inicia la competencia con la Europa continental y los Estados Unidos. Desde 1833 se impone la expansión de los mercados asiáticos mediante la «destrucción de la raza humana». (II.193, 482)

Una nota editorial (127) explica que esa «destrucción de la raza humana» a la que se refiere Marx era la causada por los británicos al imponer en China la venta del opio cultivado en India a cambio de plata china con la que los indios podrían comprar artículos británicos.

En el apartado XIII.8, «Revolución de la manufactura, el artesanado y el trabajo a domicilio por la gran industria», Marx examina lo que sucede cuando distintos sistemas de trabajo entran en competencia entre sí, y plantea algunas cuestiones intrigantes. En aquella época había trabajo a domicilio, artesanal, manufacturero y fabril compitiendo entre sí, en la misma región a veces. Cuando entraban en competencia, esos sistemas experimentaban adaptaciones, produciendo a veces nuevas formas híbridas, pero con el resultado general de que las condiciones de trabajo se hacían espantosas, por no decir intolerables, en todos los sectores. Los trabajadores artesanales, por ejemplo, tenían que trabajar cinco veces más para competir con los productos de los telares mecánicos. Pero Marx parece creer que, en último término, el sistema fabril iba a prevalecer; y digo «parece» porque no lo afirma explícitamente. Se detectan aquí, en cualquier caso, muchas indicaciones de una especie de progresión teleológica que impulsa irrefragablemente al capitalismo hacia el sistema fabril. Los sistemas de trabajo más antiguos o híbridos, asociados a métodos de explotación

totalmente inhumanos (que Marx, con ayuda de los inspectores de fábrica, describe con mucho detalle), no podían prevalecer. Pero si es eso verdaderamente lo que quiere decir Marx, entonces hay razones para estar en desacuerdo.

Yo prefiero leerlo de otro modo, quizá incluso en contra de lo que él mismo pensaba. Los capitalistas, creo, prefieren preservar su elección de un sistema de trabajo. Si no pueden obtener suficientes beneficios con el sistema fabril, tienen la opción de regresar al trabajo a domicilio, y si no pueden hacerlo, a una especie de sistema semi-manufacturero. Así pues, en lugar de considerar las condiciones que Marx describe en este capítulo como temporales y transitorias, prefiero entenderlas como rasgos (opciones) permanentes de un sistema de producción capitalista en el que la competencia entre distintos sistemas de trabajo se convierte en un arma que el capital puede utilizar contra el trabajo en el afán por obtener plusvalor. Ese empleo del informe de Marx sobre las devastadoras consecuencias de la competencia entre distintos sistemas de trabajo proporciona una mejor comprensión de lo que está sucediendo en el mundo precisamente ahora. El resurgimiento de los métodos de trabajo semiesclavo [*sweatshops*] y a domicilio, sistemas de subcontratación, deslocalización y otros parecidos han constituido un rasgo sobresaliente del capitalismo neoliberal global durante los últimos cuarenta años. El sistema fabril no siempre ha favorecido al capital, y Marx percibía algunas razones de esto. Los trabajadores, reunidos en una gran fábrica, pueden hacerse muy conscientes de sus intereses comunes y convertirse en una fuerza política colectiva potencialmente arrolladora. La industrialización de Corea del Sur desde 1960, aproximadamente, produjo un sistema laboral fabril a gran escala, una de cuyas consecuencias fue un vigoroso movimiento sindical que se convirtió en una poderosa fuerza política hasta ser derrotado en la crisis de 1997-1998. El sistema laboral de Hong Kong, en cambio, se basa en estructuras de trabajo a domicilio y subcontratación, y allí apenas hay trazas de un movimiento sindical. En juego entran, por supuesto, muchos otros factores, pero en la elección de determinado sistema de trabajo hay siempre que atender a la dinámica de la lucha de clases.

Por eso me parece más interesante leer estos apartados de *El Capital* como una advertencia de cómo los capitalistas, provistos de la posibilidad de optar entre distintos procesos de trabajo y sistemas laborales, la utilizan como arma en la lucha de clases por la generación de excedente. Los obreros fabriles se ven disciplinados por la competencia con esos «talleres de sudor» y viceversa. La intensificación de la competencia entre distintos sistemas laborales ha empeorado mucho la situación de los trabajadores en los últimos tiempos, comparados con, digamos, las décadas de 1960 o 1970, cuando en muchos países del mundo capitalista predominaban las grandes fábricas y existían fuertes organizaciones obreras y movimientos sociales con cierto grado de influencia y poder político. En aquellos tiempos cabía pensar que el sistema fabril iba a desplazar a todos los demás y que la política derivada de ello llevaría



al socialismo. Muchos de los que leyeron *El Capital* durante la década de 1960 se sentían tentados por esa interpretación teleológica.

Consideremos pues, con mayor detalle, la argumentación de Marx. Primero tenemos el subapartado «Eliminación de la cooperación basada en la artesanía y en la división del trabajo», que describe el desplazamiento de un sistema laboral por otro. A continuación examina el impacto sobre la manufactura y el trabajo a domicilio, hablando en este caso de adaptación y no de «eliminación».

El principio de la industria mecanizada, consistente en dividir el proceso de producción en sus fases constitutivas y en resolver los problemas así planteados mediante la aplicación de la mecánica, la química, etc., es decir, de las ciencias naturales, se convierte en todas partes en principio determinante. (II.196, 485)

Con otras palabras, las concepciones mentales asociadas a la tecnología mecánica penetraron en la reorganización de los sistemas anteriores. La ciencia y la tecnología no comenzaron a converger con la industria hasta el siglo XIX, incluyendo en particular el análisis de los procesos de trabajo y la determinación de sus fases, con el fin de someterlas a mecanización y rutina. Pero esto supuso una revolución mental en cuanto a nuestra percepción del mundo que permitió la aplicación del método científico a todos los sistemas de trabajo (incluidos los artesanales). Evidentemente, esto no sucedió automáticamente en la manufactura o el trabajo a domicilio, donde prevalecían formas de pensamiento más antiguas. Pero las consecuencias para los sectores que se reorganizaron siguiendo los principios científicos fueron horribles, de dar crédito a Marx, en cuanto a la confección de puntillas y paja trenzada, por ejemplo (II.202-206, 490-493).

La forma que adoptó la llamada «industria doméstica moderna» (trabajo a domicilio) no tenía de hecho «en común más que el nombre con la antigua». Se había «convertido en el departamento exterior de la fábrica, de la manufactura o del gran almacén comercial». De esta forma, el capital puso en movimiento «mediante hilos invisibles, otro ejército de obreros a domicilio». Marx menciona el ejemplo de una fábrica de camisas «que emplea a 1.000 obreros fabriles y 9.000 obreros domésticos repartidos por el campo». Esa forma de organización del trabajo sigue siendo corriente hoy día, en particular en Asia, donde la industria automovilística japonesa, por poner un ejemplo, se basa en una vasta red de subcontratistas domésticos que producen las piezas. Característica de esas «formas modernas de industria doméstica» es la «explotación más descarada», en parte «por disminuir la resistencia de los obreros como consecuencia de la dispersión y por interponerse toda una serie de parásitos rapaces entre el patrono propiamente dicho y el obrero» (II.196-197, 485-486).

Las transformaciones generalizadas en todos los sistemas de trabajo se complican en sus detalles específicos. «La revolución del modo social de explotación, producto necesario de la transformación del medio de producción, se efectúa a través de una abigarrada maraña de formas de transición» (II.211, 496). Pero, y ahí es donde más cerca se sitúa Marx de una perspectiva teleológica, «esta abigarrada variedad de formas de transición no oculta la tendencia a la transformación en industria fabril propiamente dicha» (II.211-212, 497). Se trata, no obstante, de una tendencia y no de una ley, y conviene tener en cuenta que cuando Marx utiliza la palabra «tendencia», casi siempre tiene en mente tendencias opuestas que hacen incierto el resultado, si bien es cierto que en este caso no se detiene a examinarlas.

Marx describe cómo «esta revolución industrial, ocurrida de un modo natural, se acelera artificialmente con la extensión de las leyes fabriles a todas las ramas de la industria en que trabajan mujeres, jóvenes y niños» (II.213, 498). Solo las mayores empresas, indica, disponían de recursos suficientes para obedecer esas regulaciones.

Si bien las leyes fabriles hacen madurar así, como planta de invernadero, los elementos materiales necesarios para que las manufacturas se transformen en fábricas, la necesidad de mayores desembolsos de capital acelera al mismo tiempo la ruina de los pequeños maestros y la concentración del capital. (II.216-217, 501)

El gran capital suele apoyar, en consecuencia, la entrada en vigor de todo tipo de regímenes reguladores con respecto, por ejemplo, a la seguridad y la salud en el trabajo, en particular si las pequeñas empresas no pueden permitírselo y se ven obligadas a dejar todo el terreno a las grandes. El fenómeno conocido como «captura del regulador», que permite a estas últimas valerse de las disposiciones reguladoras para eliminar la competencia, viene siendo desde hace mucho tiempo una característica histórica del capitalismo. Cuando aparecieron en Gran Bretaña los Mini Cooper a principios de la década de 1960, el régimen regulador en Estados Unidos impedía su importación porque sus faros no estaban a la debida distancia del suelo. ¡Ahí tenemos las prácticas reales del libre comercio!

La estacionalidad que caracteriza a ciertas líneas de producción plantea otro tipo de problemas a los que el capital tiene que adaptarse. Una de las razones por las que *El Capital* me parece un libro tan perspicaz es que Marx capta a menudo en el capitalismo de su época tendencias que no han cobrado gran relevancia hasta la nuestra. En el capitalismo siempre ha existido, por ejemplo, la tendencia a establecer lo que acabaron conociéndose en la década de 1980, al extenderse la práctica japonesa, como sistemas de fabricación y entrega «justo-a-tiempo». Marx señaló en su momento que las fluctuaciones en la oferta y la demanda, tanto estacionales como anuales, demandaban respuestas flexibles, y citaba a un comentarista de la época:

«La expansión del ferrocarril por todo el país ha fomentado el hábito de los pedidos rápidos. Ahora los compradores vienen de Glasgow, Manchester y Edimburgo cada dos semanas, o se dirigen para realizar compras al por mayor a los almacenes de la City a los que nosotros abastecemos de mercancías. En vez de comprar del almacén, como era costumbre, hacen pedidos que deben ejecutarse inmediatamente. Antes podíamos prepararnos durante los meses flojos para la demanda de la temporada siguiente, pero ahora nadie puede predecir de antemano cuál será la demanda.» (II.218, 502)

Para alcanzar esa flexibilidad, no obstante, era necesaria la creación de una infraestructura adecuada de transporte y comunicaciones. «El hábito de estos últimos [encargos] se extiende gracias al ferrocarril y al telégrafo» (II.218, 502).

En el apartado XIII.9, sobre la «Legislación fabril; cláusulas sanitarias y educativas», Marx plantea otro conjunto de interesantes contradicciones. Comienza señalando que

la legislación fabril, esa primera reacción consciente y sistemática de la sociedad ante la figura natural de su proceso de producción, es, como hemos visto, un producto necesario de la gran industria, igual que el hilado de algodón, las *selfactinas* [hiladoras mecánicas] y el telégrafo eléctrico. (II.221, 504)

Esas leyes no solo trataban de regular las horas de trabajo, sino que también tenían algo que decir sobre sanidad y educación, temas a los que se resistían enérgicamente la mayoría de los industriales. Sin embargo,

del sistema fabril, como puede seguirse en detalle leyendo a Robert Owen, surgió el germen de la educación del futuro, la cual combinará, para todos los niños que hayan alcanzado cierta edad, el trabajo productivo con la enseñanza y la gimnasia, no solo como método de aumentar la producción social, sino como el único método para producir personas enteramente desarrolladas. (II.225, 507-508)

¿Por qué nos habla Marx de repente de «personas enteramente desarrolladas» en un capítulo plagado de historias sobre la destrucción de la dignidad y la apropiación de todas las capacidades del trabajador por el capital? ¿Podría ser que las resistencias capitalistas individuales a las disposiciones sobre sanidad y educación fueran irracionales desde una perspectiva de clase capitalista? «Como hemos visto, la gran industria elimina técnicamente la división manufacturera del trabajo» y «reproduce esa división del trabajo en proporciones aún más monstruosas en la fábrica propiamente dicha al convertir al obrero en accesorio consciente de una máquina» (II.225,

507-508). Sus efectos sobre los niños son particularmente devastadores. Pero en medio de todo eso hay algunos signos positivos:

Es característico que hasta bien entrado el siglo XVIII los oficios se conociesen con el nombre de misterios (*mystères*), en cuyos arcanos solo podían penetrar los empíricos y profesionalmente iniciados. La gran industria rasgó el velo que ocultaba a los hombres su propio proceso de producción social y convertía en enigmas, unas con respecto a otras, a las distintas ramas de la producción, especializadas de un modo natural. (II.228, 510)

La ciencia moderna de la tecnología suponía una auténtica revolución en nuestras concepciones mentales del mundo. «Las formas abigarradas, aparentemente inconexas y fosilizadas del proceso social de producción, se disolvieron en aplicaciones conscientemente dirigidas y sistemáticamente diferenciadas, de acuerdo con el efecto útil perseguido en cada caso, de las ciencias naturales.» (II.228, 510)

El resultado fue una revolución industrial en todos los sentidos del término.

La industria moderna nunca considera ni trata como definitiva la forma existente de un proceso de producción. Por eso su base técnica es revolucionaria, mientras que la de todos los modos de producción anteriores era conservadora. Mediante la maquinaria, los procesos químicos y otros métodos, revoluciona continuamente, junto con la base técnica de la producción, las funciones de los obreros y las combinaciones sociales del proceso de trabajo, y con ellas, igualmente, la división del trabajo en el interior de la sociedad, lanzando incesantemente masas de capital y de obreros de una rama de producción a otra. La índole de la gran industria condiciona, por tanto, el cambio del trabajo, la fluidez de las funciones, la movilidad multilateral del obrero. (II.228-229, 510-511)

Esta necesidad genera una importante contradicción. Por el lado negativo, la gran industria «reproduce, en su forma capitalista, la vieja división del trabajo con sus particularidades osificadas» y «elimina todo reposo, firmeza o seguridad en la vida del obrero, amenazándole constantemente con despojarle de sus medios de subsistencia al arrebatarle los de trabajo, [... al tiempo que da lugar] al derroche más desenfrenado de las fuerzas de trabajo y los más devastadores efectos de la anarquía social» (II.229, 511). Pero también hay un lado positivo:

La gran industria, con sus mismas catástrofes, convierte en cuestión de vida o muerte el cambio en los trabajos y, por tanto, reconoce la mayor versatilidad posible de los trabajadores como ley social general de la producción, a la que deben adecuar-

se las relaciones que permitan su normal realización. Convierte en cuestión de vida o muerte el sustituir esa monstruosidad que supone una mísera población obrera disponible, mantenida en reserva para las variables necesidades de explotación del capital, por la disponibilidad absoluta del ser humano para las necesidades variables del trabajo; la sustitución del individuo parcial, mero portador de una función social parcial, por el individuo totalmente desarrollado, para el que las distintas funciones sociales constituyen modos alternativos de actividad. (II.230, 512)

El capitalismo requiere fluidez y adaptabilidad de la mano de obra, una mano de obra educada y cabal, capaz de realizar múltiples tareas y de responder con flexibilidad al cambio en las condiciones circundantes. Ahí se da una profunda contradicción: por un lado, el capital quiere mano de obra degradada y poco inteligente, algo así como simios bien entrenados, para cumplir las órdenes del capital sin cuestionarlas, y al mismo tiempo necesita también ese otro tipo de mano de obra flexible, adaptable y educada. ¿Cómo se puede resolver esa contradicción sin dar lugar a «fermentos revolucionarios» (II.231, 512), en particular dada la dificultad para actuar sobre ella de los capitalistas individuales, que persiguen afanosamente su propio interés viéndose sometidos a las leyes indefectibles de la competencia?

Una respuesta colectiva de clase serían las cláusulas educativas insertas en las leyes fabriles. Tales cláusulas no entraban necesariamente en vigor, señala Marx, debido en particular a la resistencia capitalista individual. Sin embargo, el hecho de que se consideraran necesarias en un país que, como señalamos anteriormente, estaba gobernado por capitalistas y terratenientes, es significativo; para Marx no cabía duda de que «la inevitable conquista del poder político por la clase obrera conquistará también para la enseñanza tecnológica, teórica y práctica, su lugar en las escuelas profesionales». A este respecto,

tampoco existe la menor duda de que la forma capitalista de producción y la correspondiente situación económica de los obreros están en diametral oposición con esos fermentos revolucionarios y su objetivo, la eliminación de la vieja división del trabajo. (II.231, 512)

Tengámoslo pues en cuenta: el desarrollo de esas diversas «contradicciones de una forma social de producción es, no obstante, el único camino hacia la disolución y transformación de las mismas» (II.231, 512).

El desarrollo de esa contradicción fundamental es crucial para entender las transformaciones en la reproducción de la mano de obra. «La gran industria ha disuelto, junto con la base económica del viejo sistema familiar y del trabajo en familia, las propias relaciones familiares del pasado», revolucionando las relacio-

nes entre padres e hijos y poniendo freno al abuso de la *patria potestas* propiciado por el sistema de bandas familiares. «El modo de explotación capitalista, al eliminar el fundamento económico de la autoridad paterna, la ha desnudado como abuso» (II.232, 514).

Por espantosa y repugnante que parezca la disolución de la vieja familia dentro del sistema capitalista, no es menos cierto que la gran industria, al asignar a la mujer, al adolescente y al niño de ambos sexos un papel decisivo en los procesos socialmente organizados de la producción, trascendiendo así la esfera doméstica, crea las nuevas bases económicas de una forma superior de familia y de relaciones entre los sexos. (II.232, 514)

Es obvio, concluye Marx,

que el personal obrero combinado, en el que entran individuos de ambos sexos y de las más diversas edades, aunque en su forma espontáneamente brutal, capitalista, donde el obrero existe en función del proceso de producción y no el proceso de producción para el operario, sea una fuente pestífera de corrupción y esclavitud, bajo las condiciones adecuadas ha de convertirse, por el contrario, en fuente de desarrollo humano. (II.233, 514)

¡El afán de fluidez, flexibilidad y adaptabilidad de la mano de obra revoluciona la familia así como las relaciones entre los sexos! Presiones de este tipo siguen existiendo hoy día, y el aspecto negativo de la contradicción que Marx señalaba sigue estando presente en todas partes. Es pues, deberemos concluir, una contradicción permanente y no transitoria en el seno del capitalismo.

Así pues, lo que encontramos de repente al final de este largo capítulo, lleno de imágenes negativas, son algunas posibilidades positivas y revolucionarias para la educación de la clase obrera y una reconfiguración radical (con la ayuda del poder estatal) de sus condiciones de reproducción. El capital necesita fluidez del trabajo y, por tanto, tiene que educar a los trabajadores al mismo tiempo que quiebra las viejas rigideces paternalistas, patriarcales. Esas ideas no están nada desarrolladas en el texto de Marx, pero es interesante que le pareciera importante insertarlas en este punto de su exposición. Y del mismo modo que las medidas políticas sobre la jornada laboral pretendían salvar al capital de sus tendencias autodestructivas, también aquí vemos el núcleo de una política obrera de clase para derrocar todo el sistema capitalista.

Esto lleva a Marx, tras un largo y detallado repaso de las leyes fabriles, a su conclusión, en la que de nuevo coquetea con una formulación teleológica:

Si se ha hecho inevitable la generalización de las leyes fabriles como medio de protección física y espiritual de la clase obrera, por otro lado generalizan y aceleran, como ya indicamos, la transformación de los procesos de trabajo dispersos y organizados a escala diminuta en procesos de trabajo combinados y a gran escala social, esto es, la concentración del capital y el dominio exclusivo del régimen fabril. Destruyen todas las formas antiguas y de transición, tras las que se sigue ocultando parcialmente el dominio del capital, y las sustituyen por su imperio directo y abierto, con lo que generalizan también la lucha directa contra este dominio. Mientras que en los talleres individuales imponen uniformidad, regularidad, orden y economía, con el enorme estímulo que imprimen a la técnica los límites y la reglamentación de la jornada de trabajo aumentan la anarquía y las catástrofes de la producción capitalista en general, la intensidad del trabajo y la competencia de la maquinaria con el obrero. Junto con las esferas de la pequeña industria y el trabajo a domicilio, destruyen los últimos refugios de los «sobrantes» y, con ello, la válvula de seguridad de todo el mecanismo social hasta entonces vigente. Con las condiciones materiales y la combinación social del proceso de producción, maduran las contradicciones y antagonismos de su forma capitalista, y, por tanto, simultáneamente, los elementos creadores de una nueva sociedad y los factores destructores de la vieja. (II.247-248, 525-526)

El apartado XIII.10, «Gran industria y agricultura», reintroduce en el cuadro «la relación del hombre con la naturaleza», que hace, por decirlo así, una breve pero importante reaparición en el argumento general. «Es en el ámbito de la agricultura –dice Marx–, donde la gran industria tiene un efecto más revolucionario, puesto que destruye el baluarte de la vieja sociedad, el “campesino”, sustituyéndolo por el obrero asalariado», lo que a su vez genera un conflicto de clases en el campo. La extensión a la agricultura de los principios científicos racionales revoluciona simultáneamente las relaciones entre agricultura y manufactura, y «crea los supuestos materiales para una nueva y más alta síntesis o coordinación entre la agricultura y la industria». Pero ese resultado potencialmente positivo tiene lugar a expensas de

la interacción metabólica entre el ser humano y la tierra, es decir, el retorno a la tierra de los elementos de esta consumidos por el hombre en forma de alimento y de vestidos, o sea, la condición natural eterna de la fecundidad permanente del suelo. (II.249-250, 528)

Ese problema se ve exacerbado por la creciente urbanización. Marx concluye:

Todo progreso de la agricultura capitalista no es solo un progreso en el arte de esquilmar al obrero, sino también en el arte de esquilmar la tierra, y cada paso que se

da en el incremento de su fertilidad durante un periodo determinado supone a la vez un avance en la ruina de las fuentes permanentes de esa fertilidad. Cuanto más se apoya un país en la gran industria como fondo de su desarrollo, como ocurre por ejemplo en los Estados Unidos de América, tanto más rápido es ese proceso de destrucción. La producción capitalista solo desarrolla, por tanto, la técnica y la combinación del proceso social de producción en la misma medida en que socava las fuentes originales de toda riqueza: la tierra y el trabajador. (II.251-252, 529-530)

Las relaciones entre tecnología, naturaleza, producción y reproducción de la vida cobran así un tinte negativo, aunque las revoluciones en las concepciones mentales y en las relaciones sociales abran posibilidades positivas. Marx no defiende el regreso a una sociedad en la que los procesos de producción eran «misterios»; cree que la aplicación de la ciencia y la tecnología pueden tener consecuencias progresivas, pero el gran problema planteado en este capítulo es imaginar dónde, exactamente, podrían residir esas posibilidades progresivas y cómo se pueden movilizar para crear un modo de producción socialista. Aunque no resuelva ese problema, Marx lo plantea y nos obliga a reflexionar sobre él. Los cambios tecnológicos y organizativos no son un *deus ex machina*, sino que están profundamente insertos en la coevolución de nuestra relación con la naturaleza, procesos de producción, relaciones sociales, concepciones mentales del mundo y reproducción de la vida cotidiana. Todos esos «aspectos» se combinan en este capítulo, algunos más destacadamente que otros, por lo que puede y debe leerse como un intento de análisis y reflexión sobre esas relaciones; y el método empleado por Marx permite estudiar su argumentación en sus propios términos.





# IX

## Del plusvalor absoluto y relativo a la acumulación de capital

En los capítulos previos se ha dedicado una atención considerable a las diversas vías por las que se puede obtener plusvalor absoluto y relativo. Cuando Marx establece una bifurcación conceptual de ese tipo, invariablemente retrotrae la dualidad a un estado de unidad: en definitiva solo existe un plusvalor, y sus dos formas se condicionan mutuamente. Sería imposible obtener plusvalor absoluto sin una base tecnológica y organizativa adecuada, y recíprocamente, el plusvalor relativo no tendría sentido sin una duración de la jornada laboral que permitiera la apropiación de plusvalor absoluto. La diferencia se da únicamente en la estrategia capitalista, que «se hace sentir tan pronto como se trata de elevar la tasa de plusvalor (o cuota de plusvalía)» (II.258-259, 534). Como suele suceder cuando Marx llega a un punto de síntesis, subraya los materiales ya presentados y los lleva a una atalaya distinta desde donde es posible ver de un nuevo modo el terreno del capitalismo. Las nuevas perspectivas que ofrece el capítulo XIV han sido un tanto controvertidas, y por eso exigen un examen cuidadoso.

Consideremos primeramente el concepto de trabajador u obrero colectivo, que ya ha aparecido varias veces en los capítulos anteriores. El plusvalor ya no se entiende como una relación individual de explotación, sino como parte de un conjunto más amplio en el que los trabajadores, cooperando y distribuidos según la división del trabajo, producen colectivamente el plusvalor del que se apropian los capitalistas. La dificultad con respecto a este concepto se halla en definir dónde comienza y termina el trabajador colectivo. La forma más simple sería tomar la fábrica, digamos, como conjunto y considerar a todos los que trabajan en ella, incluidos los encargados de la limpieza, conserjes, capataces e incluso aprendices como parte del trabajador colectivo, aunque muchos de ellos no participen directamente en la producción real de mercancías.

Para trabajar productivamente ya no es necesario utilizar directamente la mano; basta con ser órgano del obrero colectivo, ejecutar cualquiera de sus funciones subordinadas. (II.255-256, 531)

Pero gran parte del trabajo no tiene lugar en las fábricas, y en los últimos tiempos se ha incrementado el recurso a la deslocalización y la subcontratación, bajo la cual hay incluso otros subcontratistas. Y lo que decimos sobre la publicidad, la comercialización y el diseño, ¿funciona igualmente en lo que se refiere a servicios de negocios esenciales para la venta de mercancías pero que suelen estar separados de las actividades de producción directa? ¿O nos limitamos únicamente a las actividades dentro de la fábrica? Es difícil dar una definición exacta, y parece no haber una solución precisa; de ahí la controversia. Pero sin la ayuda de tal concepto sería difícil avanzar hacia un planteamiento de tipo macro-teórico de la dinámica del capitalismo, por lo que Marx se lanza a la piscina, asegurando que el análisis «sigue siendo cierto para el obrero colectivo, considerado en su totalidad, aunque no rija para cada uno de sus miembros, considerado individualmente».

La segunda iniciativa consiste en contrastar esa ampliación de la definición de trabajo productivo con una restricción de su ámbito tal que «solo es productivo el obrero que produce plusvalor para el capitalista o que sirve para la autovalorización del capital». Calificar a todos los demás de «improductivos» podría suscitar una reacción emotiva, ya que suena como un desaire hacia todos aquellos que trabajan muy duramente para ganarse la vida; pero, como Marx se apresura a añadir, bajo el capitalismo «no es ninguna dicha, sino una desgracia, ser obrero productivo» (II.256, 532). La idea de «obrero productivo» de Marx no es normativa o universal, sino una definición históricamente específica referida al capitalismo. En lo que atañe al capital, quienes no contribuyen a la producción de plusvalor son considerados no productivos, y será tarea del socialismo redefinir «productivo» de una forma socialmente más responsable y beneficiosa.

Pero incluso en el marco del capitalismo, caben dudas legítimas sobre cómo definir el término «productivo». Las feministas vienen argumentando desde hace tiempo, por ejemplo, que el trabajo doméstico no pagado reduce el valor de mercado de la fuerza de trabajo y produce por tanto plusvalor para el capitalista. Marx no afronta esta cuestión, sino que asume la supuesta «base natural» de la productividad, ofreciendo con su análisis ciertas claves sobre cómo podrían plantearse esas otras cuestiones. La productividad, concede, «permanece vinculada a las condiciones naturales» y «cuanto mayor sea la fertilidad natural del suelo y la bondad del clima, tanto menor será el tiempo de trabajo necesario para el sostenimiento y la reproducción del productor». *Caeteris paribus*, «la cantidad de plus-trabajo variará según las condiciones naturales en las que se lleva a cabo el trabajo,

en particular la fertilidad del suelo» (II.260-261, 535-536). No hay razón pues para no decir entonces que el plustrabajo variará también según las condiciones sociales (por ejemplo, la productividad del trabajo en familia). Dejaremos a un lado algunos desconcertantes pasajes que se hacen eco del pensamiento del siglo XIX sobre el determinismo medioambiental y la dominación de la naturaleza («allí donde la naturaleza es demasiado pródiga con sus dones, “lleva al hombre de la mano como a un niño en andaderas”» [II.261, 536]); Marx concluye que «la bondad de las condiciones naturales no hace más que proporcionar la posibilidad, pero nunca la realidad del plustrabajo, y por tanto del plusvalor o del plusproducto» (II.263, 537). Así pues, la relación dinámica con la naturaleza (o con las condiciones de la vida cotidiana y el trabajo en el hogar) constituyen un marco necesario pero no suficiente de los procesos sociales y relaciones de clase en los que se crea y se apropia el plusvalor.

Marx nos urge a reconocer que «la relación capitalista brota sobre un suelo económico que es fruto de un largo proceso de desarrollo. La productividad del trabajo que constituye su base de partida no es un don de la naturaleza, sino de una historia que abarca miles de siglos» (II.260, 535). También nos recuerda que «para que [el trabajador] lo gaste [su tiempo libre] en plustrabajo para personas extrañas se requiere coacción exterior»; la última paradoja es que «al igual que las fuerzas productivas histórica y socialmente desarrolladas, la productividad natural del trabajo aparece como productividad del capital al que se incorporan» (II.264, 538). Para Marx, acertada o equivocadamente, el núcleo de la cuestión reside siempre en la configuración específica de la apropiación de plusvalor por el capital en el marco de elementos que definen la totalidad de un modo de producción capitalista en perpetua evolución. De haber incluido esa cuestión, es prácticamente seguro que Marx habría tratado el trabajo doméstico del mismo modo que trata la relación con la naturaleza (como indica su nota 121 en II.112, 417).

Las dos ideas, que amplían y restringen la definición del trabajo productivo, no son independientes. Tomadas conjuntamente le permiten a Marx pasar de una microperspectiva en la que la imagen dominante es la del trabajador individual explotado por un patrón capitalista particular, a un macroanálisis de las relaciones de clase en el que pasa a primer plano la explotación de una clase por otra. Esta perspectiva de clase va a dominar los siguientes capítulos.

Cabe señalar que todas las teorías económicas encuentran problemas de uno u otro tipo al pasar del nivel microeconómico al macroeconómico. La economía política burguesa no tenía forma de hacerlo, ya que carecía (y carece todavía) de una teoría sobre los orígenes del plusvalor. Ricardo no prestó ninguna atención al problema y aunque John Stuart Mill reconoció al menos que tenía algo que ver con el trabajo, no pudo señalar exactamente qué, porque no podía ver la diferencia entre

lo que los trabajadores reciben y lo que hacen. Pobre Mill: «En la llanura lisa –se burla Marx– hasta un montón de tierra puede parecer una colina; médase la trivialidad de nuestra burguesía actual por el calibre de sus “grandes intelectos”» (II.268, 541). Aunque la teoría del plusvalor de Marx facilita la transición, tampoco está, como hemos visto, por encima de toda crítica, y también nosotros tendremos que esforzarnos para cosechar los frutos de su pensamiento.

Los dos capítulos siguientes no plantean ningún problema sustancial. En el capítulo XV, «Variaciones de magnitud en el precio de la fuerza de trabajo y el plusvalor», lo único que hace Marx es reconocer que el plusvalor variará de acuerdo con tres variables: la duración de la jornada de trabajo, la intensidad del trabajo y su productividad, de forma que los capitalistas tienen a su disposición, de hecho, tres estrategias. La disminución de posibilidades en una de esas dimensiones puede compensarse recurriendo a otra. La intención subyacente de Marx, como en muchas otras ocasiones, es poner de relieve la flexibilidad de las estrategias capitalistas en la búsqueda de plusvalor: si no pueden hacerlo de un modo (acrecentando la intensidad) lo harán de otro (aumentando las horas de trabajo). Insisto en esto porque se suele presentar a Marx como un pensador rígido que opera con conceptos igual de rígidos. El capítulo XVI, «Diferentes fórmulas de la tasa de plusvalor» simplemente repasa (¡una vez más!) varias fórmulas a ese respecto. En *El Capital* hay muchas repeticiones de este tipo. A veces parece como si Marx pensara que no había sacado todavía todo el jugo o no había expresado con suficiente claridad un argumento, por lo que se siente obligado a repetirlo.

## Capítulos XVII-XX. La remuneración del trabajo [Sección sexta]

Los cuatro cortos capítulos sobre los salarios, del XVII al XX, son relativamente simples. Como cabía esperar, derivan consecuencias del hecho de que el campo de acción social sea la *representación* de la fuerza de trabajo en forma-dinero –salarios–, más que su valor. Esto plantea inmediatamente el problema de la máscara-fetichismo que oculta las relaciones sociales bajo el fermento de la política representativa. Marx comienza, no obstante, recordándonos que hay una gran diferencia entre «el valor del trabajo» (tal como lo llamaban los economistas políticos clásicos) y «el valor de la fuerza de trabajo».

Lo que se enfrenta directamente al poseedor de dinero en el mercado no es, en realidad, el trabajo, sino el trabajador. Lo que este vende es su fuerza de trabajo. En cuanto comienza realmente su trabajo cesa ya de pertenecerle, esto es, ya no puede

venderlo. El trabajo es la sustancia y la medida inmanente de los valores, pero él mismo carece de valor.

Pensar otra cosa sería caer en una tautología, como hablar del valor del valor.

En la expresión «valor del trabajo» no solo se ha borrado por completo el concepto de valor, sino que se ha convertido en su contrario. Es una expresión imaginaria, como por ejemplo, el valor de la tierra, si bien es cierto que esas expresiones imaginarias provienen de las propias relaciones de producción. Son categorías de las formas aparentes [*Erscheinungsformen*] de relaciones esenciales. Es bien sabido en todas las ciencias, salvo en la economía política, que las cosas se presentan a menudo con una apariencia invertida. (II.295-296, 559)

Con otras palabras, el valor del trabajo es un concepto fetiche que encubre la idea del valor de la fuerza de trabajo y elude así convenientemente la cuestión crucial de cómo se convierte en mercancía la fuerza de trabajo.

La única forma que tenía la economía política clásica para resolver el problema de lo que incorrectamente llamaba «valor del trabajo» era apelar a la doctrina de la oferta y la demanda. Si bien esa doctrina había aparecido ya varias veces en *El Capital*, Marx es aquí más explícito que nunca en rechazar su capacidad explicativa:

La economía política clásica reconoció pronto que los cambios en la relación entre la oferta y la demanda no explican nada respecto al precio del trabajo ni de ninguna otra mercancía, salvo esa misma variación, es decir, las oscilaciones de los precios de mercado por debajo o por encima de cierta magnitud. Si la oferta y la demanda se equilibran, cesa la oscilación de precios, permaneciendo iguales las demás circunstancias. Pero entonces la oferta y la demanda ya no explican nada. El precio del trabajo, cuando la oferta y la demanda se equilibran, es su precio natural, determinado independientemente de la relación entre la oferta y la demanda. (II.296, 559-560)

Marx ya había señalado esa determinación independiente en su análisis de la compra y la venta de fuerza de trabajo, aludiendo al valor de las mercancías necesarias para reproducir al trabajador con determinado nivel de vida en determinada sociedad y determinado momento. Seguir hablando del valor del trabajo en lugar del valor de la fuerza de trabajo lleva a todo tipo de confusiones, por lo que Marx trata de clarificar el asunto ofreciendo (¡una vez más!) en la página siguiente un breve resumen de la teoría del plusvalor.

Pero el trabajador puede ser remunerado de distintas formas: por hora, por día, por semana o por cada pieza fabricada. El capítulo XVIII trata del «Salario por

tiempo» y su funcionamiento. No hay en él nada problemático, excepto que debemos recordar que la forma en que aparece en el mercado disfraza la relación social subyacente. El capítulo XIX trata del salario por piezas, cuya ventaja para el capitalista es que los trabajadores se ven obligados a competir entre sí en términos de productividad individual. La competencia entre trabajadores impulsa al alza la productividad y a la baja los salarios, incluso por debajo del valor de la fuerza de trabajo. Por otro lado, la competencia entre capitalistas puede impulsar al alza los salarios. Así volvemos otra vez a la idea de que hay cierto punto de equilibrio en el que la competencia entre los capitalistas y la competencia entre los trabajadores da lugar a un salario determinado en el mercado que representa adecuadamente el valor de la fuerza de trabajo.

La sección sobre los salarios concluye en el capítulo XX, en el que Marx examina sus diferencias nacionales. Se aparta por un momento de su decisión de analizar el capitalismo como un sistema cerrado, y aquí se abre a examinar el desarrollo geográfico desigual en un sistema globalizador; pero es una exposición demasiado breve para llegar muy lejos. Si el valor de la fuerza de trabajo queda fijado por el conjunto de mercancías necesarias para mantener al trabajador con determinado nivel de vida, y si ese nivel varía según las circunstancias naturales, la correlación de fuerzas entre las clases y el grado de civilización de un país, queda claro que el valor de la fuerza de trabajo puede variar geográficamente (en este caso, de un país a otro) de un modo significativo. La historia de la lucha de clases en Alemania no es la misma que en Gran Bretaña o en España, por ejemplo, y por eso hay diferencias salariales de un país a otro (de hecho, también suele haber diferencias regionales significativas, aunque Marx no lo mencione aquí). De forma parecida, las diferencias en productividad en los sectores que producen bienes de consumo en distintas partes del mundo dan lugar a diferencias en el valor de la fuerza de trabajo y en el nivel salarial. Un salario nominal bajo en un país muy productivo se traduce en un salario real alto y viceversa, porque los trabajadores pueden comprar más bienes con los salarios que reciben (ahora esto se denomina paridad en la capacidad de compra). ¿Pero qué sucede entonces con el comercio internacional, y cómo afectan este y la competencia entre distintos países a los salarios? Marx no entra a fondo en la cuestión, ya que parece principalmente interesado en las diferencias entre salarios reales y nominales debidas a la distinta productividad en los sectores de bienes de consumo en distintos países. El resultado será una dinámica distinta en cada país (dado que esas son las unidades de comparación de Marx) en cuanto al desarrollo del capitalismo y la búsqueda estratégica de extracción de plusvalor. Si hubiera profundizado más en la cuestión, eso le habría llevado, casi con seguridad, a un serio cuestionamiento de la doctrina de Ricardo sobre las ventajas comparativas en el comercio exterior, pero por alguna razón prefirió no seguir por esa línea en aquel momento. Tengo que decir

que no me llaman demasiado la atención esos capítulos sobre los salarios, ya que sus ideas son muy obvias y el estilo literario bastante pedestre.

## Sección séptima. El proceso de acumulación del capital

La sección séptima, en cambio, en la que Marx afronta «El proceso de acumulación del capital» en su conjunto, es mucho más interesante e inspirada. En ella construye lo que se podría llamar un «macroanálisis» de la dinámica de un modo de producción capitalista, y es, incuestionablemente, el momento culminante del libro primero de *El Capital*. Enlaza toda una batería de percepciones anteriores para crear una serie de lo que ahora llamaríamos «modelos» de dinámica capitalista. Al leer esta sección séptima es vital empero tener presente sus supuestos básicos, ya que olvidarlos podría llevarnos a graves errores. Hay demasiados comentarios, tanto favorables como desfavorables, sobre la obra de Marx que se convierten en serias malinterpretaciones porque olvidan el efecto de tales hipótesis. Una de las tesis más famosas presentadas aquí, por ejemplo, es la de la tendencia a la creciente miseria del proletariado y a una desigualdad cada vez mayor entre las clases. Esta tesis depende directamente de las hipótesis explicitadas por Marx, y cuando estas se relajan o no se cumplen, la tesis puede dejar de ser cierta. Me resultan extremadamente irritantes los intentos de demostrar la corrección o incorrección de los descubrimientos de Marx en esos capítulos considerando sus conclusiones como verdades universales, más que como proposiciones contingentes.

Marx explicita las premisas en el prefacio a esta sección, afirmando que

la primera condición de la acumulación es que el capitalista logre vender sus mercancías y reconvertir en capital la mayor parte del dinero así recibido. En lo que sigue supondremos que el capital recorre su proceso de circulación de una manera normal. El análisis detallado de este proceso corresponde al libro segundo. (III.7, 589)

Lo que Marx supone al hablar de «manera normal» es que los capitalistas no encuentran problemas al vender sus productos por su valor en el mercado o al reintroducir en la producción el plusvalor obtenido. Todas las mercancías se compran y venden, pues, por su valor. No hay sobreproducción o subproducción; todo se comercia en equilibrio. En particular, no hay problemas para encontrar un mercado; nunca hay déficit de demanda efectiva. ¿Es esta una suposición razonable? La respuesta es que no, porque descartamos uno de los principales aspectos de la generación de crisis, que dominó por ejemplo en la Gran Depresión de la década de 1930 y se convirtió en el centro de las teorías keynesianas, esto es, la insuficiencia de demanda efectiva. Marx



abandonó esas suposiciones en posteriores volúmenes, pero en los tres capítulos siguientes se atiene rigurosamente a ellas, lo que le permite especificar aspectos de la dinámica capitalista que de otro modo podrían permanecer opacos.

La segunda hipótesis es que la división del plusvalor entre beneficios empresariales (el rendimiento del capital industrial), beneficios del capital comercial, interés, rentas e impuestos (no incluidos aquí por Marx) no tiene consecuencias. En la práctica, los productores capitalistas tienen que compartir parte del plusvalor creado y apropiado con capitalistas que cumplen otras funciones. «El plusvalor se divide en diversas partes. Sus fracciones corresponden a diferentes categorías de personas y revisten formas diversas, independientes unas de otras, tales como ganancia, interés, beneficio comercial, renta del suelo, etc. Esas formas transfiguradas del plusvalor no podrán ser tratadas hasta el libro tercero» (III.7-8, 589). Marx supone pues aquí que existe una clase capitalista homogénea constituida únicamente por capitalistas industriales. En el libro tercero de *El Capital* queda claro que el papel del capital portador de interés, del capital financiero, del capital comercial y del capital terrateniente son de considerable importancia para entender la dinámica global del capitalismo; pero aquí se dejan a un lado todas las consideraciones sobre esos aspectos, y lo que nos queda es un modelo muy simplificado del funcionamiento de la acumulación de capital, que como cualquier otro modelo solo es válido en la medida en que se cumplen sus hipótesis.

Hay otro supuesto tácito que de hecho se explicita un poco más adelante en una nota al pie:

Aquí se hace abstracción del comercio exterior, por medio del cual una nación puede convertir artículos de lujo en medios de producción o de subsistencia y viceversa. Para concebir el objeto de nuestra investigación en su pureza, libre de circunstancias secundarias que puedan empañarlo, tenemos que contemplar aquí todo el mundo comercial como una sola nación y presuponer que la producción capitalista se ha establecido en todas partes y se ha apoderado de todas las ramas de la industria. (III.27, 607, n. 21a)

Marx supone, pues, un sistema cerrado en el que el capital circula de una forma «normal». Esta es una suposición importante y obviamente restrictiva. Lo que nos queda es un modelo esquemático de la dinámica de la acumulación de capital derivado de la teoría del plusvalor absoluto y relativo operando en un sistema cerrado; pero como veremos, ese modelo resulta muy revelador de ciertos aspectos del capitalismo.

Para contextualizar los siguientes capítulos adecuadamente, es útil compararlos con los demás libros de *El Capital*. El libro segundo afronta lo que aquí, en el libro primero, se sortea: las dificultades que surgen para encontrar mercados y llevarlos a

un estado de equilibrio tal que se pueda producir el proceso «normal» de circulación de capital. Pero en el libro segundo se suele suponer constante lo que en el libro primero se considera dinámico, esto es, la extracción de plusvalor absoluto y relativo, el rápido cambio en las tecnologías y productividades, determinaciones cambiantes del valor de la fuerza de trabajo, etc. En el libro segundo Marx imagina un mundo de tecnología constante y relaciones laborales estables, y plantea a continuación los eventuales problemas que puede encontrar el capital en su circulación (dados los diferentes periodos de reemplazo, por ejemplo de capitales fijos con distintos periodos de vida), y para encontrar mercados en los que realizar el plusvalor producido. Dado que la acumulación de capital supone siempre una expansión, ¿cómo pueden encontrar los capitalistas un mercado para sus productos cuando la clase obrera es cada vez más pobre y los capitalistas reinvierten sus ganancias? De hecho, al final del libro segundo Marx no menciona la depauperación de la clase obrera. El problema está en asegurar un «consumo racional» de los trabajadores que sea capaz de absorber el excedente de capital que se produce, tomando como modelo, por ejemplo, la famosa iniciativa de Ford de ofrecer un salario de cinco dólares al día por ocho horas de trabajo, respaldada por un gran ejército de asistentes sociales para asegurar que los trabajadores consumen su salario «racionalmente» desde el punto de vista del capital. En Estados Unidos alrededor del 70 por 100 del impulso de la economía depende del consumismo alimentado por la deuda, lo que es totalmente comprensible desde el análisis del libro segundo de *El Capital*, pero no desde el del libro primero.

De ahí resulta una importante contradicción entre las condiciones de equilibrio definidas en el libro primero y las definidas en el segundo. Si las cosas van bien según el análisis del primero, entonces es probable que vayan muy mal desde el punto de vista del libro segundo, y viceversa. Los dos modelos dinámicos de acumulación del capital no pueden solaparse, y de hecho no lo hacen. Esto prefigura el examen de la inevitabilidad de las crisis en el libro tercero, pero mi inserción de la cláusula «alimentado por la deuda» tras «consumismo» anuncia que los términos de la distribución (finanzas, crédito e interés) pueden desempeñar un papel protagonista y no secundario en la dinámica del capitalismo. La capacidad de consumo aumentada de todos (incluidos los gobiernos) mediante sus tarjetas de crédito y endeudándose hasta el cuello ha sido decisiva para la estabilización del capitalismo global (tal cual es) durante el último medio siglo. Nada de esto se hallará en los capítulos que siguen; pero el modelo muy simplificado de acumulación de capital que Marx construye y analiza en ellos es increíblemente revelador y sustancialmente relevante para entender la historia reciente del neoliberalismo, caracterizada por la desindustrialización, el desempleo estructural crónico, el aumento vertiginoso de la inseguridad en el empleo y las crecientes desigualdades sociales. Durante los últimos treinta años

hemos vivido pues, en gran medida, en el mundo del libro primero. Los problemas de demanda efectiva puestos de manifiesto en el análisis del libro segundo han sido temporalmente resueltos mediante los excesos del sistema de crédito, con consecuencias predeciblemente desastrosas.

## Capítulo XXI. Reproducción simple

*[Sección séptima]*

El primer capítulo de la sección séptima enumera las cualidades de un capitalismo ficticio caracterizado por la reproducción simple. ¿Cómo se reproduce y perpetúa en el tiempo la acumulación de capital mediante la extracción de plusvalor? Para responder a esta pregunta tenemos que entender que «considerado como un todo conectado en un nexo continuo y en el flujo ininterrumpido de su renovación, todo proceso social de producción es al mismo tiempo un proceso de reproducción», y que «si la producción tiene forma capitalista, también la tiene la reproducción» (III.9, 591).

Parte de lo que el capitalista obtiene en términos de nueva riqueza tiene que reinvertirlo para reproducir el sistema; en la reproducción simple esto significa que el plusvalor tiene que volver a circular. «Esta simple repetición o continuidad imprime al proceso ciertos caracteres nuevos, o más bien disuelve los caracteres aparentes que tenía como proceso aislado» (III.10, 592). El análisis se ha ocupado hasta ahora únicamente de la producción de plusvalor como acontecimiento aislado individual; pero las cosas tienen un aspecto bastante diferente cuando se examinan como un proceso continuo a lo largo del tiempo.

Lo que vuelve constantemente al obrero en forma de salario es una parte de lo producido por el propio obrero. Es cierto que el capitalista le paga en dinero el valor de las mercancías. Pero este dinero no es más que la forma transfigurada del producto del trabajo. Mientras que el obrero convierte en producto una parte de los medios de producción, una parte de su producto anterior se reconvierte en dinero. Es con su trabajo de la semana anterior o del último semestre con lo que se le paga su trabajo de hoy o del próximo semestre. La ilusión creada por la forma-dinero se esfuma inmediatamente tan pronto como consideramos, en lugar del capitalista o el obrero individual, la clase capitalista y la clase obrera en su conjunto. (III.11, 592-593)

Así pasan a primer plano en el pensamiento de Marx las relaciones de clase en lugar de los contratos individuales:

La clase capitalista da constantemente a la clase obrera, en forma de dinero, asignaciones de una parte del producto creado por esta última y apropiado por la primera. Los trabajadores devuelven continuamente estas asignaciones a la clase capitalista, privándose así de la parte que les corresponde de su propio producto. La forma mercancía del producto y la forma-dinero de la mercancía disfrazan esa transacción. (III.11, 593)

La imagen que esto ofrece es que el conjunto de la clase obrera mantiene una relación como de «almacén de la empresa» con la clase capitalista. Los trabajadores reciben dinero por la fuerza de trabajo que venden a los capitalistas y a continuación gastan ese dinero en comprar una parte de las mercancías que han producido colectivamente. Esa relación de almacén de la compañía queda velada por el sistema salarial y no es realmente discernible cuando el análisis se centra únicamente en el trabajador individual. El significado de «capital variable» da así otro giro. De hecho, desde el punto de vista del capital, el cuerpo del trabajador es un mero dispositivo de transmisión para la circulación de una parte del capital. El trabajador está en una versión continua del proceso M-D-M; pero en lugar de verlo como una simple relación lineal, ahora tenemos que pensarlo como algo continuo y circular. Una parte del capital fluye mientras los trabajadores coagulan valor en las mercancías, reciben sus salarios en dinero y gastan ese dinero en mercancías, reproduciéndose a sí mismos, y vuelven al trabajo al día siguiente para seguir coagulando valor en las mercancías. Los trabajadores se mantienen vivos haciendo circular de ese modo el capital variable.

Esto da lugar a ciertas observaciones interesantes. Para empezar, «el capital variable pierde el carácter de un valor anticipado desde el fondo propio del capitalista en cuanto consideramos el proceso capitalista de producción en el flujo constante de su renovación». Los capitalistas no pagan a sus trabajadores hasta que estos han hecho su trabajo. De hecho, por tanto, los trabajadores adelantan al capitalista el equivalente del valor de su fuerza de trabajo. No hay garantías de que el trabajador vaya cobrar su salario (por ejemplo, si su patrono se declara en quiebra). En China, en los últimos años, ha sido muy común que no se pagara a los obreros, en particular en sectores como la construcción. Pero a Marx le interesa reconfigurar nuestra interpretación de la acumulación de capital de forma más radical. Apunta que el proceso «tiene que empezar en algún sitio y en algún momento. Por eso, desde el punto de vista que hemos mantenido hasta ahora, es probable que el capitalista haya entrado alguna vez en posesión de dinero mediante alguna forma de acumulación originaria, independiente del trabajo ajeno no retribuido» (III.13, 594). Este concepto será primordial en la discusión sobre los orígenes del capitalismo en el capítulo XXIV, pero aquí Marx solo afirma que tiene que haber algún momento original en el que

los capitalistas dispusieron de un modo u otro de suficientes bienes (monetarios y de otro tipo) para iniciar ese proceso de acumulación de capital, y a partir de ahí, se pregunta ahora, ¿cómo se reproduce, y por quién, ese capital original?

Ofrece este ejemplo: si un capitalista comienza con 1.000 libras y las invierte en capital variable y capital constante para producir un plusvalor de 200 libras, acaba el ejercicio apropiándose de esas 200 libras además de recuperar las 1.000 libras originales. Pero el capital original ha sido preservado por el consumo productivo de los trabajadores, y el plusvalor proviene del tiempo de trabajo excedente de los trabajadores. Supongamos que al año siguiente el capitalista vuelve a invertir 1.000 libras (habiendo consumido el excedente) para producir otras 200 libras de plusvalor. Al cabo de cinco años los trabajadores han producido 1.000 libras de plusvalor, esto es, el equivalente al capital original del capitalista. Marx plantea aquí como argumento político que, incluso si el capitalista tuviera derecho a las 1.000 libras iniciales, provinieran de donde provinieran, al cabo de cinco años las ha agotado consumiendo las 200 libras anuales de plusvalor, con lo que ha perdido su derecho al capital original. Según el método contable empleado por Marx, el capitalista ha consumido todo su capital original, y las 1.000 libras remanentes al cabo de esos cinco años pertenecen ahora por derecho propio a los trabajadores, dado el principio lockeano (aunque no lo cite aquí, es eso claramente lo que Marx invoca) de que los derechos de propiedad corresponden a quienes crean valor combinando su trabajo con la tierra. Los trabajadores son los únicos que producen plusvalor, y por tanto debería pertenecerles jurídicamente.

Es un argumento políticamente irrefutable, pero que se enfrenta radicalmente al pensamiento prevaleciente con respecto al derecho de propiedad. Todos nos sorprenderíamos si nos dijeran que el dinero original que ingresamos en una cuenta de ahorros al 5 por 100 de interés compuesto, digamos, ha dejado de pertenecernos al cabo de cierto número de años. El capitalismo parece ser capaz de poner sus propios huevos de oro, al menos en lo que nos atañe. Pero es legítimo preguntarse de dónde proviene ese 5 por 100 de incremento anual, y si Marx lleva razón solo puede proceder de la creación de plusvalor por alguien en algún lugar, a quien se le arrebató de algún modo. Es incómodo pensar que quizá ese 5 por 100 provenga de la explotación despiadada de trabajo vivo en la provincia china de Guangdong. Nuestra superestructura legal insiste en preservar los derechos de propiedad originales y también el derecho a utilizarlos para obtener una ganancia; pero esos derechos de propiedad derivan a su vez del poder de clase del capital para extraer y mantener el control sobre los excedentes, porque la fuerza de trabajo se ha convertido, a través de determinados procesos históricos, en una mercancía que se compra y se vende en el mercado laboral. La consecuencia de lo que dice ahí Marx es que para desafiar y derrocar al capitalismo es necesario poner en cuestión no solo toda idea de dere-

chos, de cómo la gente piensa sobre ellos y sobre la propiedad, sino también los procesos materiales por los que se crean excedentes y son apropiados por el capital. Entonces, efectivamente, al cabo de cinco años

[al capitalista] no le queda ya ni un átomo de su antiguo capital. Aun abstrayendo de toda acumulación, la mera continuidad del proceso de producción, o la reproducción simple, transforma pues necesariamente todo capital, tras un periodo más o menos largo, en capital acumulado o plusvalor capitalizado. Aunque al entrar en el proceso de producción fuera propiedad personalmente adquirida de quien lo invierte, antes o después se convierte en valor apropiado sin equivalente o materialización, ya sea en forma de dinero o en otra, de trabajo ajeno no retribuido. (III.14, 595)

Hubo un interesante ejemplo práctico en un proyecto que reflejaba ese pensamiento de Marx (aunque no sé si su autor era consciente de ello). En 1951 el economista germano-sueco Rudolf Meidner propuso un plan, adoptado decenio y medio después por los sindicatos y el Partido Socialdemócrata sueco, que proponía, a cambio de la contención salarial preconizada para combatir la inflación, la recaudación de un impuesto sobre los beneficios empresariales que se depositaría en un fondo controlado por los trabajadores y que podría invertirse en las empresas capitalistas adquiriendo acciones no comercializables; de este modo iría aumentando poco a poco la participación colectiva de los trabajadores en el capital social de las empresas hasta que (en un plazo bastante más largo que los cinco años del ejemplo de Marx) estas quedaran bajo su control común. Con otras palabras, la clase capitalista sería desplazada (lenta y pacíficamente), pasando el control sobre las decisiones de inversión a los trabajadores. El capital se resistió a esta idea con todas sus fuerzas y promovió por el contrario la formación de «comités de sabios» antisindicales cuya labor en los medios de comunicación propició la concesión del Premio Nobel de economía –que de hecho nada tiene que ver con Nobel– a neoliberales como Friedrich Hayek y Milton Friedman. El gobierno socialdemócrata de la época se echó atrás y el plan Rehn-Meidner nunca llegó a desarrollarse plenamente, pero no cabe negar que la idea subyacente (mucho más complicada en los detalles, por supuesto) era muy parecida a la de Marx, y al mismo tiempo ofrecía una vía pacífica para desmontar (comprándose) el poder de la clase capitalista. ¿No convendría quizá reconsiderarlo?

Acoplado con la relación «almacén de la empresa» del trabajo con el capital, el argumento de Marx conduce a percepciones aún más profundas al mismo tiempo que plantea interrogantes cruciales (en este caso, desgraciadamente, sin respuesta). «Dado que antes de entrar en el proceso, su propio trabajo ha sido ya enajenado –esto es, el trabajador ha entregado ya el valor de uso de la fuerza de trabajo al ca-

pitalista—, apropiado por el capitalista e incorporado al capital, su trabajo se objetiva continuamente durante el proceso en producto ajeno.» Ni el producto ni el trabajo coagulado en él le pertenecen.

Por eso el propio obrero produce constantemente la riqueza objetiva como capital, como un poder ajeno a él, que lo domina y explota, y el capitalista produce, no menos constantemente, la fuerza de trabajo como fuente subjetiva de riqueza, separada de sus propios medios de objetivación y realización, abstracta, existente en la desnuda corporeidad del trabajador; en resumen, al obrero asalariado. Esta constante reproducción o perpetuación del trabajador es el *sine qua non* (condición imprescindible) de la producción capitalista. (III.15-16, 596)

Me parece una formulación interesante y perturbadora, que merece una seria reflexión. «El propio trabajador produce constantemente la riqueza *objetiva* en forma de capital», y la riqueza objetiva se convierte en un poder ajeno que ahora domina al trabajador. ¡Este produce el instrumento de su propia dominación! Este tema se repite una y otra vez a lo largo de *El Capital*. Plantea la cuestión histórica general de la inclinación de los seres humanos a producir todo tipo de instrumentos para su propia dominación; pero en este caso, el capitalista produce la *fuerza subjetiva* de riqueza, que es abstracta, mediante la «corporeidad del trabajador», «separada de sus propios medios de objetivación y realización». El capitalista produce y reproduce al trabajador como sujeto activo pero alienado de la producción de valor; y esta es, obsérvese, la condición fundamental socialmente necesaria para la supervivencia y mantenimiento de un modo de producción capitalista.

El trabajador realiza consumo productivo y consumo individual (una distinción ya encontrada antes). Los obreros no solo producen el equivalente del valor del capital variable, esto es, sus propios medios de vida, sino que también transfieren y así reproducen el valor del capital constante. Mediante su trabajo, los obreros reproducen el capital y a sí mismos. Los capítulos sobre la división del trabajo y la maquinaria mostraron cómo el trabajador se transformaba necesariamente en apéndice del capital en el proceso de trabajo; pero ahora también encontramos al trabajador como «apéndice del capital» en el mercado y en su hogar. Esto es lo que significa realmente la circulación del capital variable: el capital circula a través del cuerpo del trabajador y lo reproduce como sujeto activo que reproduce el capital. Pero el trabajador no tiene que ser reproducido únicamente como persona individual. «La constante conservación y reproducción de la clase obrera es una condición permanente de la reproducción del capital» (III.17, 597-598).

Esto plantea un cúmulo de cuestiones que Marx comenta a continuación. La política de la reproducción de clase era en su época brutal y simple: «El capitalis-

ta puede confiar tranquilamente el cumplimiento de esta condición al instinto de conservación y reproducción de los obreros. De lo único que se cuida es de restringir todo lo posible, hasta lo puramente necesario, su consumo individual» (III.17, 598). Pero Marx pasa aquí por encima de algo importante que exige un análisis más profundo. La enorme y fundamental cuestión de la reproducción de la clase obrera engloba cuestiones de propagación, autopreservación, relaciones sociales dentro de la clase y muchas otras que Marx deja prudentemente a los propios trabajadores, como supuestamente hace el capital. Ahora bien, incluso si el Estado está en manos de capitalistas y terratenientes, las cuestiones de la reproducción social no quedan únicamente en manos de los propios trabajadores, y es evidente que las condiciones de la lucha de clases y «el grado de civilización» en un país son a este respecto tan relevantes como la regulación de la jornada laboral, si no más. El examen anterior de las cláusulas educativas de las leyes fabriles proporciona un ejemplo de intervención política del Estado en la reproducción de la clase obrera, del mismo modo que el Estado siempre ha sido activo en el terreno de la sanidad pública (dado que el cólera, por poner un ejemplo, tenía el desagradable hábito de traspasar los límites de clase) o en los de los derechos reproductivos, políticas demográficas y otros parecidos. Cuestiones de ese tipo necesitan mucha más atención que la que les presta Marx; pero su punto de vista general ha quedado ya establecido. La reproducción simple no es una cuestión técnica. La cuestión crucial es la reproducción de las relaciones de clase.

Así pues, el proceso capitalista de producción reproduce, en virtud de su propio desarrollo, la disociación entre fuerza de trabajo y condiciones de trabajo. De esta suerte reproduce y perpetúa las condiciones de explotación del obrero. Le obliga constantemente a vender su fuerza de trabajo para poder vivir, y hace que el capitalista pueda comprarla constantemente para enriquecerse. Ya no es la casualidad la que enfrenta en el mercado al capitalista y al obrero en calidad de comprador y vendedor. Es la posición de vaivén del propio proceso la que vuelve a lanzar siempre a uno al mercado de mercancías en calidad de vendedor de su fuerza de trabajo y transforma siempre a su propio producto en medio de adquisición del otro. En realidad, el obrero pertenece al capital antes de que se venda al capitalista. (III.23-24, 603)

En consecuencia, concluye Marx,

el proceso capitalista de producción, considerado en su conjunto o como proceso de reproducción, no solo produce pues mercancías, no solo plusvalor, sino que produce y reproduce la propia relación del capital: de un lado, el capitalista; del otro, el obrero asalariado. (III.24, 604)



## Capítulo XXII. La conversión del plusvalor en capital *[Sección séptima]*

Por diversas razones, como veremos enseguida, la idea de un modo de producción capitalista estable en una situación sin crecimiento es no solo improbable sino, de hecho, imposible. En el capítulo XXII Marx examina cómo y por qué el plusvalor obtenido ayer se convierte en el nuevo capital dinero de mañana. La resultante «producción de capital a una escala cada vez mayor» supone «emplear fuerzas de trabajo adicionales, suministradas anualmente por la clase obrera en diferentes edades [e] incorporarlas a los medios adicionales de producción contenidos ya en la producción anual». Pero para que esto suceda el capital debe producir primero las condiciones para su propia expansión:

Para acumular hay que transformar una parte del plusproducto en capital. Mas, sin hacer milagros, solo pueden convertirse en capital las cosas susceptibles de ser empleadas en el proceso de trabajo, es decir, medios de producción, además de cosas con las que puede sustentarse el obrero, esto es, medios de vida. Por consiguiente, una parte del plustrabajo anual tiene que invertirse en la creación de medios adicionales de producción y de subsistencia [...] En una palabra: el plusvalor es convertible en capital únicamente porque el plusproducto, cuyo valor representa el plusvalor, contiene ya los componentes materiales de un nuevo capital. (III.27-28, 606-607)

La producción de artículos de lujo u otros productos inútiles (tales como el armamento o maquinaria militar y monumentos religiosos o histórico-conmemorativos) no sirve, por rentable que pueda ser su producción. Los nuevos medios de subsistencia y de producción tienen que haber sido producidos y organizados por adelantado. Entonces y solo entonces «el ciclo de la reproducción simple se modifica y se transforma [...] en una espiral» (III.28, 607). Otra forma de entenderlo (a partir del análisis del capítulo anterior) es que «la clase obrera crea mediante el plustrabajo de un año el capital destinado a emplear trabajo adicional al año siguiente. Y esto es lo que se llama –escribe sarcásticamente Marx– crear capital con capital» (III.29, 608).

Aunque el trabajador es el sujeto activo de este proceso, Marx sigue sin embargo suponiendo que los procesos de mercado «responden siempre a la ley del intercambio de mercancías, el capitalista compra siempre la fuerza de trabajo y el obrero la vende siempre, y admitimos incluso que por su valor real». Insisto de nuevo en la importancia de tales hipótesis en su análisis, a partir de las que concluye que, en la medida en que se cumplen, «es evidente que la ley de la apropiación o de la propiedad privada basada en la producción y circulación de mercancías se convierte, en virtud de su propia dialéctica, interna e inexorable, en su contrario». Así es como se

invierte el principio lockeano que basa el derecho a la propiedad privada en la combinación del trabajo con la tierra para crear valor.

El intercambio de equivalentes, que se presenta como operación originaria, se tergiversa de tal modo que solo es intercambio en apariencia, ya que, en primer lugar, la misma parte de capital intercambiada por fuerza de trabajo no es más que una parte del producto del trabajo ajeno apropiado sin equivalente, y en segundo lugar su productor, el obrero, no solo tiene que reponer esa parte, sino que tiene que añadirle un excedente. (III.30, 609)

En consecuencia, «la relación de intercambio entre capitalista y obrero deviene pues una mera apariencia inherente al proceso de circulación, pura forma, ajena de por sí al contenido y que tan solo lo mistifica» (III.30-31, 609). Ampliando esta idea, Marx prosigue:

La constante compra y venta de la fuerza de trabajo es la forma. El contenido estriba en que el capitalista vuelve a cambiar siempre una parte del trabajo ajeno ya objetivado, del que se apropia incesantemente sin equivalente, por una cantidad cada vez mayor de trabajo ajeno vivo. Originalmente se nos presentaba el derecho de propiedad basándolo en el trabajo propio. Al menos tenía que admitirse esta hipótesis, puesto que solo se enfrentaban poseedores de mercancías con derechos iguales, y el medio de apropiación de la mercancía ajena es únicamente la enajenación de la propia, que solo puede crearse mediante el trabajo. Ahora la propiedad aparece, del lado del capitalista, como derecho a apropiarse de trabajo ajeno no retribuido o de su producto, y del lado del obrero como imposibilidad de apropiarse de su propio producto. La disociación entre propiedad y trabajo deviene consecuencia necesaria de una ley que aparentemente partía de su identidad. (III.31, 609-610)

Marx vuelve ahí (¡una vez más!) a la creación en el marco del intercambio de equivalentes de un no-equivalente, esto es, el plusvalor, invirtiéndose la noción original de los derechos de propiedad para dar lugar al derecho de apropiación del trabajo de otros. Lo que sigue a continuación es el enésimo repaso de la teoría del plusvalor (por lo que si el lector no está todavía convencido de haberla entendido, convendría que leyera cuidadosamente las páginas III.30-31, 609). Pero Marx insiste, señalando que lo que se puede deducir desde el punto de vista individual no es lo mismo que lo que resulta desde el punto de vista de las relaciones de clase:

De todos modos, la cosa es enteramente distinta cuando consideramos la producción capitalista en el flujo ininterrumpido de su renovación, y en vez del capitalista

individual y del obrero individual enfocamos la totalidad, la clase capitalista, y frente a ella la clase obrera. Mas con ello aplicaríamos una escala totalmente ajena a la producción de mercancías. (III.34, 612)

Y esto es así porque en el mercado prevalecen la libertad, la igualdad, la propiedad y Bentham, invisibilizando la producción de plusvalor en el proceso de trabajo.

Este mismo derecho se mantiene en vigor, igual que al principio –cuando el producto pertenece al productor y donde este, al intercambiar un equivalente por otro, solo puede enriquecerse por medio del trabajo propio–, en el periodo capitalista, donde la riqueza social deviene en proporciones cada vez mayores propiedad de quienes están en situación de apropiarse constantemente el trabajo no retribuido de otros. Este resultado es inevitable tan pronto como la fuerza de trabajo es vendida libremente por el propio obrero como una mercancía. (III.35, 613)

Las libertades y derechos burgueses enmascaran la explotación y alienación. «En la misma medida en que [la producción de mercancías] se desarrolla según sus propias leyes inmanentes hasta convertirse en producción capitalista, las leyes de propiedad de la producción de mercancías se convierten en leyes de la apropiación capitalista» (III.36, 613). Se da, volviendo al lenguaje del prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política*, un ajuste superestructural para legitimar y legalizar la apropiación de plusvalor apelando a conceptos de los derechos de propiedad privada. De ahí la objeción fundamental de Marx a cualquier intento de universalizar las concepciones burguesas de derecho y justicia, que en realidad solo proporcionan la cobertura legal, ideológica e institucional socialmente necesaria para la producción de capital a una escala cada vez mayor.

La economía política clásica, trufada de nociones jurídicas burguesas, produjo todo tipo de «concepciones erróneas de la reproducción a escala ampliada» (este es el título del segundo apartado). Para empezar, la relación entre acumulación de capital y atesoramiento (ahorro) quedó en un estado de terrible confusión. Los economistas políticos clásicos estaban, no obstante, «muy acertados al hacer hincapié en que el momento característico del proceso de acumulación es el consumo del plusproducto por obreros productivos y no por obreros improductivos» (III.38, 615). Pero dada la definición que ofrece Marx de «productivo», esto significa que el plusproducto excedente de ayer debe ponerse hoy a crear más plusproducto y plusvalor. La dinámica de todo esto es un tanto tramposa. La economía política clásica se concentraba exclusivamente en el trabajo extra y, por tanto, en el capital variable extra (aumento del gasto en salarios) que se precisaba. Pero, como en el caso de la «última hora» de Senior de la que se burlaba Marx, la economía política clásica

tendía a olvidar totalmente la necesidad de obtener nuevos medios de producción (capital constante) en cada ronda de acumulación (lo que conllevaba transformaciones en la relación con la naturaleza a través de la extracción de materias primas). Esta era la segunda «concepción errónea» que Marx pretendía rectificar.

Esto nos lleva a la cuestión central: cuando los capitalistas tienen a su disposición el plusvalor, ¿por qué no disfrutan de él simplemente consumiéndolo? De hecho, sí que consumen parte del plusvalor concediéndose placeres, pero otra parte es reinvertida como capital, y ahí surge otra pregunta: ¿cómo se establece la relación entre el gasto capitalista de utilidades y la reinversión de plusvalor como capital? Merece la pena citar por entero la respuesta de Marx:

Solo en cuanto capital personificado tiene el capitalista un valor histórico, así como ese derecho histórico a la existencia que, como dice el ingenioso Lichnowsky, «carece de fecha». Solo en esa medida se inserta su propia necesidad transitoria en la necesidad transitoria del modo de producción capitalista. Mas ni siquiera en esa medida son el valor de uso y el goce los motivos que lo impulsan, sino el valor de cambio y su incremento. (III.41, 618)

Los capitalistas, asegura Marx, están necesariamente impulsados y motivados por la acumulación de poder social en forma de dinero:

Como fanáticos de la valorización del valor, obligan implacablemente a la humanidad a producir por producir, y por tanto al desarrollo de las fuerzas sociales productivas y a la creación de condiciones materiales de producción que son la única base real para crear una forma superior de sociedad cuyo principio fundamental radica en el pleno y libre desarrollo de cada individuo. Solo en cuanto personificación del capital es respetable el capitalista, que como tal comparte con el avaro atesorador el instinto absoluto de enriquecimiento; mas lo que en este aparece como obsesión individual, es en el capitalista efecto de un mecanismo social del que él no constituye más que una ruedecilla del engranaje. Además, el desarrollo de la producción capitalista convierte en necesidad el continuo aumento del capital invertido en una empresa individual, y la competencia impone a cada capitalista individual las leyes inmanentes del modo de producción capitalista. Lo obliga a ampliar constantemente su capital para conservarlo, y solo puede ampliarlo mediante la acumulación progresiva. (III.41-42, 618)

El capitalista, según Marx, carece también de libertad real. Los pobres capitalistas son meras ruedecillas del mecanismo, tienen que reinvertir porque las leyes irrefragables de la competencia les obligan a ello. Como capital personificado, su psicología está tan concentrada en el aumento del valor de cambio, en la acumulación sin

límites de poder social en forma de dinero, que esa acumulación se convierte en foco fetichizado de sus más profundos deseos. Ahí reside la semejanza entre el usurero y el capitalista. Ambos quieren poder social, pero el del capitalista proviene del aumento constante de su riqueza librándola a la circulación, mientras que el usurero trata de obtenerlo guardándola a buen recaudo; y si algún capitalista muestra individualmente algún signo de abandonar su misión central, las enojosas e ineludibles leyes de la competencia (que una vez más se introducen en el argumento con el papel central de custodiar el funcionamiento del sistema) los vuelve a poner en su sitio so pena de exclusión.

Frente a esta realidad, los apologistas burgueses difunden una noble ficción. Los capitalistas, dicen, crean capital y esa «forma más elevada de sociedad» que hasta Marx concede que puede ser producto de sus esfuerzos, mediante la abstinencia. Yo, que vivo en Nueva York, tengo que decir que nunca he notado que la clase capitalista se abstenga demasiado; pero Marx sugiere que los capitalistas afrontan un dilema fáustico, y cita incluso el *Fausto* de Goethe: «Dos almas, ¡ay!, habitan en su pecho, y cada una de ellas quiere separarse de la otra» (III.43, 620). Por un lado, las leyes inexorables de la competencia les obligan a acumular y reinvertir, y por otro se ven acosados por el deseo de consumir. La restricción obligada de este último se ve convertida en ideología de virtud burguesa voluntaria. ¡El beneficio se puede incluso interpretar como premio a la virtud! La reinversión, se nos cuenta, es virtuosa (¡crea empleo!), por lo que merece admiración y recompensa. Todas las reducciones de impuestos para los ultrarricos que George W. Bush sancionó durante su presidencia no eran sino compensaciones para los virtuosos inversores cuya abstinencia desempeñaba supuestamente un papel crucial en la creación de empleo y el crecimiento económico. El hecho de que los ricos pronto adquirieran el hábito de gastar decenas de millones de dólares en las fiestas de graduación de sus hijos o hijas o los cumpleaños de sus esposas (nunca a la inversa) difícilmente concordaban con esa teoría. Marx, no obstante, influido también en este caso por la historia del capitalismo manchesteriano, sugiere que la pugna entre las «dos almas» que habitan en el pecho del capitalista experimentó una evolución gradual. En las fases iniciales, los capitalistas se vieron efectivamente obligados a restringir su consumo (de ahí la importancia de la ideología cuáquera entre los primeros capitalistas en Inglaterra). Pero a medida que la espiral de la acumulación iba cobrando cada vez más fuerza, las restricciones al consumo se debilitaron. En Manchester, durante «los últimos treinta años del siglo XVIII, el lujo y el derroche habían hecho grandes progresos, fomentados por la expansión del negocio», nos dice Marx citando un informe de 1795 (III.45, 621). En tales condiciones, «la producción y la reproducción a escala ampliada siguen su marcha sin la interposición de ese santo milagrero, de ese caballero de la triste figura, el capitalista “morigerado”» (III.50, 625).

Impulsados por las leyes imperativas de la competencia y el deseo de aumentar su poder social en forma de dinero ilimitado, los capitalistas reinvierten porque esa es, en definitiva, la única manera de seguir en el negocio y mantener su posición de clase. Marx llega así a una conclusión crucial con respecto a la esencia del modo de producción capitalista:

¡Acumulad, acumulad! ¡Eso es Moisés y los profetas! «La industria suministra el material que el ahorro acumula». Así pues, ¡ahorrad, ahorrad, es decir, reconvertid en capital la mayor parte posible del plusvalor o del plusproducto! La acumulación por la acumulación, la producción por la producción, con esta fórmula expresaba la economía clásica la misión histórica del periodo burgués. Ni un instante se engañó sobre los dolores del parto de la riqueza, ¿mas de qué sirve quejarse de la necesidad histórica? Si para la economía clásica el proletario no es más que una máquina para la producción de plusvalor, tampoco es el capitalista nada más que una máquina para la transformación de ese plusvalor en capital adicional. (III.45, 621)

Lo que quiere decir simplemente que el capitalismo significa siempre crecimiento. No puede haber algo así como un orden social capitalista sin crecimiento y acumulación a una escala cada vez mayor. «La acumulación por la acumulación, la producción por la producción.» Basta leer los informes de prensa cotidianos sobre la situación de la economía: ¿de qué hablan todo el tiempo? ¡Del crecimiento! ¿Dónde está el crecimiento? ¿Cómo podemos crecer? Un crecimiento lento significa recesión, y un crecimiento negativo depresión. Un crecimiento de solo el 2 por 100 (acumulativo) no basta, necesitamos por lo menos el 3 por 100, y solo cuando se alcanza el 4 por 100 se considera que la situación de la economía es «saludable». Miremos a China, con sus tasas de crecimiento sostenidas del 10 por 100 desde hace muchos años: ese es el éxito real de nuestra época frente a Japón, que tras décadas de crecimiento vertiginoso acabó en la UCI del capitalismo global, con un crecimiento próximo a cero durante toda la década de 1990.

Ese imperativo alimenta una profunda creencia fetichista, toda una ideología, centrada en las virtudes del crecimiento: el crecimiento es inevitable, el crecimiento es bueno. No crecer es estar en crisis. Pero el crecimiento sin fin significa producción por la producción, lo que también significa consumo por el consumo. Todo lo que obstaculiza ese crecimiento es malo. Hay que derribar las barreras y los límites al crecimiento. ¿Problemas medioambientales? ¡Mala suerte! Hay que cambiar nuestra relación con la naturaleza. ¿Problemas sociales y políticos? ¡Mala suerte! Hay que reprimir a los críticos y enviar a la cárcel a los recalcitrantes. ¿Barreras geopolíticas? Habrá que abatirlas, por la fuerza si es necesario. Todos tienen que bailar al son de «la acumulación por la acumulación, la producción por la producción».

Ese es, para Marx, uno de los rasgos característicos del capitalismo. Evidentemente, llega a esa conclusión a partir de determinadas hipótesis, pero estas son coherentes con la visión intrínseca interiorizada en la economía política clásica como «misión histórica» de la burguesía, y definen un principio regulador muy importante y poderoso: ¿se ha caracterizado la historia del capitalismo por tasas de crecimiento acumulativas? Sí. ¿Se han definido las crisis capitalistas como ausencia de crecimiento? Sí. ¿Están obsesionados los gobernantes de todo el mundo capitalista por un crecimiento estimulante y sostenido? Sí. ¿Y se ve que alguien cuestione realmente el principio del crecimiento, por no hablar de que haga algo contra él? No. Cuestionar el crecimiento es irresponsable e impensable. Solo los utopistas chiflados, inadaptados o desquiciados, piensan que el crecimiento sin límites, no importa cuáles sean las consecuencias medioambientales, económicas, sociales y políticas, podría ser malo. Evidentemente, los problemas que derivan del crecimiento, como el calentamiento global y la degradación medioambiental, deben resolverse, pero raramente se dice que la respuesta a ese problema es interrumpir el crecimiento (aunque haya pruebas de que las recesiones alivian las presiones sobre el medio ambiente). No, tenemos que encontrar nuevas tecnologías, nuevas concepciones mentales, nuevos modos de vivir y producir, de manera que pueda proseguir ese crecimiento, la acumulación sin fin de capital.

Ese no ha sido el principio regulador de otros modos de producción. Evidentemente, hubo imperios expansivos y órdenes sociales que, episódicamente, proliferaron, pero solían acabar estabilizándose o estancándose hasta disolverse o desaparecer. Una de las grandes críticas hacia los socialismos realmente existentes, por ejemplo en la antigua Unión Soviética y en Cuba, ha sido que no crecían lo bastante y que por eso no podían competir con el increíble rendimiento en consumismo y crecimiento de Occidente, en particular de Estados Unidos. No digo esto como alabanza hacia la URSS, sino simplemente para señalar lo automáticas que solían ser nuestras respuestas a la ausencia de crecimiento: el estancamiento es imperdonable. Por eso ahora tenemos suficientes utilitarios, coca-colas y agua embotellada para satisfacer la acumulación por la acumulación con todo tipo de consecuencias medioambientales y sanitarias desastrosas (como la epidemia de diabetes que, dicho sea de paso, sigue siendo muy rara en Cuba comparada con Estados Unidos). Merece la pena reflexionar si la tasa de crecimiento sin fin del 3 por 100 que ha caracterizado al capitalismo desde mediados del siglo XVIII puede mantenerse indefinidamente. Cuando el capitalismo se constituyó como una zona económica de alrededor de 100 kilómetros cuadrados en torno a Manchester y otras pequeñas localidades, una tasa de crecimiento acumulativa del 3 por 100 podía considerarse admisible, pero ahora cubre toda Europa, América del Norte y del Sur, y casi toda Asia oriental, con un arraigo cada vez mayor en India, Indonesia, Rusia y Sudáfrica. Partiendo de esa base, las

consecuencias de una tasa de crecimiento acumulativo del 3 por 100 durante los próximos cincuenta años son inimaginables y hacen cada vez más verosímil, por no decir imperativa, la sugerencia de Marx en los *Grundrisse* de que ya es hora de que el capitalismo desaparezca y dé paso a un modo de producción más sensato.

Por otra parte, resulta que hay muchos métodos para obtener plusvalor sin producir nada. Uno de esos métodos consiste en reducir el valor de la fuerza de trabajo reduciendo el nivel de vida. Marx ofrece esta cita de John Stuart Mill: «Si se pudiera obtener trabajo sin tener que comprarlo, podríamos prescindir de los salarios».

Pero si los obreros pudieran vivir del aire, tampoco se podrían comprar a ningún precio. La gratuidad de los obreros, pues, es un límite en el sentido matemático, siempre inalcanzable, aunque uno pueda aproximarse a él. El capital tiende constantemente a rebajarlos a ese cero absoluto. (III.51, 626)

Marx indica algunas formas de conseguirlo, como proporcionar recetas a los trabajadores para que puedan alimentarse con menor gasto. Más adelante ese procedimiento se llevó a la práctica, por ejemplo desde la Russell Sage Foundation y por determinados asistentes sociales que trataban de educar a los obreros induciéndoles a hábitos de consumo más módicos. Pero dicho claramente, esas pseudosoluciones crean problemas de demanda efectiva, y Marx no se entretiene en ellas ya que las ha descartado al suponer que todas las mercancías se compran y venden por su valor. Ahorrar en capital constante (incluida la reducción del despilfarro) puede ser también útil cuando los capitalistas buscan «regalos gratuitos de la naturaleza» (III.56, 630). «Es una vez más la acción directa del hombre sobre la naturaleza la que se convierte en fuente inmediata de mayor acumulación, sin que se interponga para nada un nuevo capital» (III.56, 630). El aumento de la productividad del trabajo social por otros medios (motivación y organización) es asimismo gratuito, y utilizar máquinas envejecidas más allá de su periodo de vida útil también ayuda, como lo hace la movilización de activos antiguos (por ejemplo, entornos construidos) para nuevos propósitos. Por último, «la ciencia y la tecnología dan al capital una capacidad de expansión que no depende de la magnitud del que ya está en funcionamiento» (III.59, 632). La acumulación se puede ampliar por todos esos medios sin recurrir a la capitalización de plusvalor.

Al comienzo del apartado XXII.5, «El llamado fondo de trabajo», Marx concluye:

En el curso de esta investigación ha resultado que el capital no es ninguna magnitud fija, sino una parte elástica de la riqueza social, parte que fluctúa incesantemente al variar la división del plusvalor en renta [destinada al gasto improductivo] y capital adicional. Hemos visto además que, independientemente de la magnitud del capital en



funciones, la fuerza de trabajo incorporada en él, la ciencia y la tierra (económicamente entendida como todos los objetos de trabajo existentes en la naturaleza sin intervención humana) constituyen potencias elásticas del mismo, que, dentro de ciertos límites, le permiten un margen de maniobra independiente de su propia magnitud. Prescindíamos de todas las relaciones del proceso de circulación [aquí nos recuerda sus hipótesis iniciales sobre el mercado] que dan lugar a grados muy diversos de acción de la misma masa de capital [...Y] prescindíamos de toda combinación más racional que pudiera efectuarse inmediata y sistemáticamente con los medios de producción y con la fuerza de trabajo existentes.

Una vez más, Marx insiste en la increíble flexibilidad y maniobrabilidad del capital. «La economía clásica [en cambio,] gustó siempre de concebir el capital social como una magnitud fija con un grado fijo de eficacia. Pero este prejuicio lo consolidó en dogma el archifilisteo Jeremy Bentham, ese oráculo circunspecto, pedante y estropajoso del sentido común burgués del siglo XIX» (III.63-64, 636).

¡El capital no es una magnitud fija! Recuérdese esto siempre, apreciando la gran flexibilidad y fluidez del sistema, tantas veces subestimada por la oposición de izquierdas al capitalismo. Si los capitalistas no pueden acumular de un modo, lo harán de otro. Si no pueden aprovechar la ciencia y la tecnología en su propio beneficio, devastarán la naturaleza o repartirán recetas de alimentación barata a la clase obrera. Tienen a su disposición innumerables estrategias y han alcanzado un alto grado de sofisticación en su uso. El capitalismo puede ser monstruoso, pero no es un monstruo rígido. Los movimientos de oposición que minusvaloran su capacidad de adaptación, flexibilidad y fluidez corren el riesgo de caer en trampas mortales. El capital no es una cosa, sino un proceso. Está continuamente en movimiento, incluso cuando interioriza el principio regulador de «la acumulación por la acumulación, la producción por la producción».

# X

## La acumulación de capital

### Capítulo XXIII. La ley general de la acumulación capitalista *[Sección séptima]*

En el capítulo XXIII Marx presenta un modelo sinóptico de la dinámica capitalista bajo las hipótesis expuestas al comienzo de la sección séptima: la acumulación tiene lugar en forma «normal» (nunca hay problemas en el mercado y todo se compra y se vende por su valor, con la excepción en este capítulo de la fuerza de trabajo); el sistema es cerrado (no comercia con un exterior); el plusvalor se produce mediante la explotación del trabajo vivo en la producción; y la división del plusvalor entre interés, beneficio del capital comercial, renta e impuestos no tiene efectos distorsionadores. En este modelo esquemático del proceso de acumulación, todo depende de esos supuestos; cuando estos se debilitan o desaparecen, como sucede en el libro segundo de *El Capital*, las cosas cobran un aspecto diferente.

#### *Un comentario sobre la composición en valor del capital*

En este capítulo Marx concentra su atención en una cuestión sustantiva particular. Pretende examinar las consecuencias de la acumulación de capital para la suerte de la clase obrera, y por eso permite que la remuneración de la fuerza de trabajo fluctúe por encima y por debajo de su valor. Como ayuda en esa tarea establece un aparato conceptual con respecto a lo que denomina «la composición [*Zusammensetzung*] del capital» (III.69, 640). Distingue tres aspectos: composición técnica, composición orgánica y composición en valor. Al parecer, esa distinción fue introducida

bastante tarde en el argumento, en parte como reflejo de los avances que estaba realizando en el libro tercero sobre las contradicciones y las crisis, por lo que esos términos no aclaran mucho en este capítulo, y es posible entender su argumentación prescindiendo de ellos.

Quien encuentre esta discusión un tanto esotérica y desconcertante (que lo es) puede pasar directamente al siguiente apartado. Pero dado que esos términos desempeñan un papel clave en el libro tercero y han sido objeto de muchas discusiones y controversias entre los teóricos marxistas, creo que merece la pena detenernos a examinarlos.

El término «composición técnica» describe simplemente la capacidad física de un trabajador para transformar cierta cantidad de valores de uso en mercancías en un periodo de tiempo dado. Es la medida de la productividad física. Se refiere al número de calcetines, toneladas de acero, barras de pan, litros de zumo de naranja o botellas de cerveza producido por un trabajador en un lapso determinado. Las nuevas tecnologías transforman esas proporciones físicas, pudiendo por ejemplo aumentar de diez a veinte el número de calcetines producidos por un trabajador en una hora. El concepto de composición técnica es, pues, claro y preciso. Los problemas surgen al distinguir entre la composición orgánica y la de valor, que son ambas cuotas de valor. La composición en valor [*Wertzusammensetzung*] es la relación entre el valor de los medios de producción consumidos en la producción y el valor del capital variable adelantado. Convencionalmente se representa por  $c/v$ , la cantidad de capital constante dividida por la del capital variable. La composición orgánica, que también viene dada por la relación entre valores  $c/v$ , tiene que ver en cambio con las alteraciones en la composición en valor debidas a los cambios físicos en la productividad.

¿Cuál es la diferencia? Lo que cabe deducir es que puede haber cambios, en la composición en valor, distintos de los relacionados con los cambios físicos en la productividad. Dado que esos cambios de tipo no tecnológico aparecían ya enumerados al final del capítulo anterior, esta interpretación parece plausible. Pero obsérvese que esos cambios, como en los dones de la naturaleza, la prevención de despilfarros o la reducción del nivel de vida físico de los trabajadores, pueden afectar tanto al valor del capital constante como al del variable, de forma que la relación  $c/v$  puede aumentar o disminuir como consecuencia. Hay otra interpretación posible que Marx, por lo que yo sé, no desarrolla, pero que podríamos inferir, y que tiene que ver con la instancia donde se producen los cambios en la productividad física. Si, por ejemplo, cambia la productividad física de la fabricación de calcetines empleando nueva maquinaria, entonces la relación  $c/v$  (llamémosla composición orgánica del capital) aumenta en esa empresa debido a esas decisiones; pero esa relación puede también cambiar sin que la empresa decida nada porque el valor del capital constante y el

variable que compra (por su valor, dadas las premisas de Marx) está determinado por la cambiante productividad física en las industrias que producen los bienes de consumo que constituyen el valor de la fuerza de trabajo y en las que producen los medios de producción que compra la empresa (inputs de capital constante). En ese caso, la relación  $c/v$  (llamémosla composición en valor del capital) aumentará o disminuirá según la velocidad relativa de los cambios en la productividad física en esos dos sectores de la economía (aunque la productividad física en una empresa determinada no haya cambiado). Esta interpretación atiende a la diferencia entre lo que es posible para el capitalista individual con respecto a la relación  $c/v$ , y lo que le sucede a esa relación en el mercado, fuera del control del capitalista individual. Es difícil mantener esta interpretación aquí, ya que en este capítulo Marx está trabajando al nivel global de las relaciones entre las clases capitalista y obrera, pero sigue siendo posible en relación con la teoría de plusvalor relativo, que insiste en poner de relieve que es el afán del capitalista individual –que opera bajo las leyes imperativas de la competencia– por apropiarse la forma efímera de plusvalor relativo, lo que verdaderamente impulsa el dinamismo tecnológico que genera el plusvalor relativo de tipo global.

La importancia de todo esto no se pone de manifiesto hasta el libro tercero de *El Capital*, cuando Marx afronta las razones de la caída tendencial de la tasa de ganancia. Ricardo había explicado en términos malthusianos que en definitiva el rendimiento decreciente de la tierra elevaría tanto el precio de los recursos naturales que los beneficios disminuirían obligadamente hasta cero. Con otras palabras, el problema reside para Ricardo en la relación con la naturaleza (Marx comentó en otro lugar que, cuando afronta el problema de la caída de la tasa de beneficio, Ricardo «huye de la economía para buscar refugio en la química orgánica»<sup>1</sup>). Marx desdeña ese planteamiento y argumenta en cambio que es la dinámica interna del cambio tecnológico en el capitalismo, la búsqueda de plusvalor relativo, la que incrementa la composición orgánica (¿en valor?) del capital,  $c/v$ , lo que a largo plazo induce una tasa declinante de beneficio ( $p/[c + v]$ ) bajo el supuesto de que exista un límite a la tasa de explotación ( $p/v$ ). Dicho de otro modo, las innovaciones que ahorran trabajo expulsan del proceso de trabajo al productor activo de valor, y por eso hacen más difícil (*caeteris paribus*) la producción de plusvalor. El argumento es ingenioso y tiene la indudable virtud de interiorizar (en mi opinión, correctamente) la dinámica de la gestación de crisis en el marco de las relaciones sociales capitalistas y el desarrollo de sus fuerzas productivas. Desgraciadamente, el argumento es incompleto y problemático porque, dada la segunda línea de argumentación adelantada más arri-

---

<sup>1</sup> K. Marx, *Grundrisse – Das Kapitel vom Kapital – Heft VII*, en MEW, vol. 42, cit., p. 646 [ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, cit., vol. II, p. 288].

ba, no hay una razón clara por la que la relación  $c/v$  tenga que aumentar de la forma que Marx sugiere.

En este capítulo Marx argumenta explícitamente esa supuesta ley del aumento tendencial de la composición en valor del capital. Comienza señalando que desde el punto de vista del conjunto de la clase capitalista, el cambio en la composición en valor del capital tiene efectos directos e indirectos en la producción. Estamos hablando no solo de máquinas y fábricas, sino también de ferrocarriles, carreteras y todo tipo de infraestructuras físicas (entorno construido) que proporcionan las condiciones necesarias para que se lleve a cabo la producción y realización capitalista. Para que esas condiciones se cumplan tiene que haber un asombroso aumento de la proporción entre la cantidad total de capital constante (y cada vez más fijo) y el número de trabajadores empleados (Marx no menciona aquí un aspecto al que sí aludía en otro lugar: que si las inversiones pasadas en, digamos, el entorno construido, han quedado ya amortizadas, entonces operan como un «bien gratuito» –muy parecidamente a los dones de la naturaleza– en la prosecución de la producción capitalista, a menos que una inoportuna clase terrateniente se interponga pretendiendo extraer de ellos una renta). El paso de la producción artesanal relativamente simple a procesos de producción más complejos e integrados sí conllevó una tendencia histórica al aumento de la relación  $c/v$ . Esto lleva a Marx a asegurar que

esta ley del aumento creciente de la parte constante del capital en relación con la parte variable se confirma a cada paso [...] mediante el análisis comparativo de los precios de las mercancías, ya comparemos distintas épocas económicas o distintos países en la misma época. La magnitud relativa de la parte del precio que representa el valor de los medios de producción consumidos, o sea la parte constante del capital, será en general directamente proporcional al progreso de la acumulación, mientras que la magnitud relativa de la otra parte del precio, que representa la parte variable del capital, o el pago realizado por el trabajo, será inversamente proporcional al progreso de la acumulación. (III.83-84, 651)

Vemos pues que Marx nos habla aquí de una «ley» de aumento tendencial de la composición en valor del capital, ley que desempeña un papel crucial en la teoría de la tasa declinante de beneficio en el libro tercero. Pero reconoce que puede darse una disminución del valor (algo distinto a la presencia física) del capital constante, debido al cambio tecnológico. De hecho, sugiere que la razón para que la relación  $c/v$  no haya aumentado más

es, sencillamente, que con la creciente productividad del trabajo no solo aumenta el volumen de los medios de producción utilizados por él, sino que también dismi-

nuye su valor, comparado con su volumen. El valor de los medios de producción aumenta, pues, absolutamente, pero no en proporción a su aumento de volumen. Por consiguiente, el aumento de la diferencia entre capital constante y capital variable es mucho menor que la diferencia entre la masa de los medios de producción en que se convierte el capital constante y la masa de fuerza de trabajo en que se convierte el capital variable. (III.84, 651-652)

La supuesta «ley» de una creciente composición en valor del capital está sometida a restricciones, pero no hasta el punto de invertir su dirección fundamental. La acumulación de capital y el afán de plusvalor relativo «generan [...] el cambio en la composición técnica del capital, como consecuencia del cual la parte variable es cada vez menor comparada con la constante» (III.86, 653).

Pero para consolidar su argumento Marx se ve obligado a descomponer la economía en los sectores que producen, respectivamente, bienes de consumo y medios de producción, examinando a continuación las tasas relativas de cambio en la productividad física de ambos sectores. Lo hace al final del libro segundo (escrito después de los borradores del libro tercero que han llegado hasta nosotros), pero su principal preocupación ahí es examinar cómo se pueden mantener en equilibrio (si es que pueden) ambos sectores, por lo que deja fuera el dinamismo tecnológico que caracteriza el análisis del libro primero y que es tan vital para el análisis –en el libro tercero– de la caída de la tasa de beneficio, y no menciona siquiera el concepto de composición en valor. Presenta la probabilidad de crisis de desproporcionalidad (demasiados bienes de consumo en relación con los medios de producción, o viceversa) e incluso la posibilidad de crisis generalizadas de subconsumo (falta de demanda efectiva), pero no hace nada por ilustrar la cuestión de la caída de la tasa de beneficio debida a los cambios tecnológicos. Lo que, sin embargo, han mostrado trabajos teóricos posteriores es que se da una pauta de cambio tecnológico entre los dos sectores (bienes de consumo y medios de producción) que puede mantener perpetuamente constante la relación  $c/v$ , aunque no existan mecanismos que aseguren tal resultado. De ahí la considerable probabilidad de frecuentes crisis de desproporcionalidad y crisis generalizadas ocasionales, derivadas de las inestabilidades generadas por los cambios tecnológicos.

En pocas palabras, no podemos resolver aquí todas esas cuestiones. Mi propia opinión (con la que muchos estarán en desacuerdo) es que la intuición de Marx de que las pautas de cambio tecnológico son desestabilizadoras hasta el punto de producir crisis es correcta, pero que su explicación por el aumento de la composición en valor y la caída de la tasa de ganancia no lo es. Aun así, la principal línea de argumentación seguida en este capítulo es fácilmente comprensible sin necesidad de emplear el concepto de la composición en valor.

## *El primer modelo de acumulación del capital*

Si los capitalistas toman una parte del plusvalor del que se apropiaron ayer y la invierten hoy en la ampliación de la producción, esto requerirá más fuerza de trabajo, suponiendo por el momento que no hay cambios tecnológicos. Así pues, el primer efecto obvio de la acumulación de capital en esas condiciones es una mayor demanda de fuerza de trabajo: «La acumulación de capital significa por tanto aumento del proletariado» (III.71, 642). ¿De dónde proceden los trabajadores adicionales, y cuáles son las consecuencias del aumento de su demanda? En algún momento la demanda ampliada obligará a un aumento de salarios. La «espiral» de la acumulación implica por tanto que se genera más capital, que se emplea a más trabajadores y que, en determinado momento, aumentan los salarios, de manera que la fuerza de trabajo, o bien es vendida por encima de su valor (una excepción a la hipótesis de que todas las mercancías se compran y venden por su valor), o aumenta de valor elevándose el nivel de vida de los trabajadores. Pero esto solo significa que «la longitud y el peso de la cadena de oro que el obrero asalariado se ha forjado para sí mismo le conceden algo más de soltura» (III.77, 646).

El aumento [de los salarios] solo significa, en el mejor de los casos, reducción cuantitativa del trabajo no retribuido que ha de suministrar el obrero. Esta reducción no puede llegar nunca hasta el punto de amenazar al propio sistema. Prescindiendo de los conflictos violentos en torno al nivel de los salarios [...] la subida del precio del trabajo nacida de la acumulación del capital supone la alternativa siguiente: o bien el precio del trabajo sigue subiendo porque su aumento no entorpece el progreso de la acumulación... (III.77-78, 647)

Esto es, los capitalistas se pueden permitir cierto aumento del precio del trabajo, porque la masa de capital de la que se pueden apropiar sigue aumentando al emplear a más trabajadores. Recordemos que los capitalistas están sobre todo interesados en el volumen de beneficios, y que ese volumen depende, como vimos en el capítulo XV, del número de trabajadores empleados, de la tasa de explotación y de su intensidad. Aunque la tasa de explotación disminuya, el aumento del número de trabajadores empleados puede aumentar el volumen de capital obtenido por el capitalista en una proporción sustancial. «En este caso, es evidente que la reducción del trabajo no retribuido no menoscaba en absoluto la expansión del dominio del capital» y no hay por tanto conflicto entre el aumento de los salarios y la acumulación de capital. Pero también puede suceder, y esta es «la otra alternativa», que

la acumulación se amortigüe como consecuencia de la subida del precio del trabajo, por embotarse el aguijón de la ganancia. La acumulación disminuye. Mas con su disminución desaparece su propia causa, a saber, la desproporción entre capital y fuerza de trabajo explotable. El mecanismo del proceso de producción capitalista elimina, pues, hasta los obstáculos que crea transitoriamente. (III.78, 648)

El modelo que plantea Marx aquí es bastante simple: la acumulación de capital, suponiendo constante la productividad, aumenta la demanda de mano de obra. Que esto conduzca o no a un aumento de los salarios depende de la población disponible; pero a medida que una proporción mayor de esta encuentra empleo en empresas capitalistas, los salarios aumentarán, lo que disminuye la tasa de explotación. Aun así, la cantidad de plusvalor seguirá aumentando porque se emplea a más trabajadores. Si en algún momento, por cualquier razón, la cantidad de plusvalor comienza a disminuir, entonces la demanda de mano de obra se interrumpe, la presión al alza sobre los salarios se relaja y se recupera la tasa de explotación. A lo largo del tiempo, por tanto, veríamos probablemente una serie de oscilaciones en los salarios y la tasa de beneficio. Los salarios aumentan, la acumulación se frena, los salarios caen y los beneficios y la acumulación cobran nuevas fuerzas. Marx describe aquí un sistema de ajuste automático entre la oferta y la demanda de mano de obra y la dinámica de la acumulación.

Marx alude a las pruebas históricas de procesos de ese tipo. Durante el siglo XVIII se podía constatar en Inglaterra una tendencia, a la que daba mucha importancia un comentarista de la época llamado Eden, al aumento de los salarios debido a la rápida expansión de la acumulación de capital. La clase obrera mejoraba su nivel de vida y a la clase capitalista le iba bastante bien. Surgió la tentación, a la que Eden sucumbía, de suponer entonces que la acumulación de capital era buena también para los trabajadores. Pero como mucho, dice Marx, alivia «la cadena dorada» que ata los trabajadores al capital. Además, esa idea había sido vigorosamente contradicha a principios del siglo XVIII en el famoso tratado de Bernard Mandeville *La fábula de las abejas. O los vicios privados hacen la prosperidad pública*, en el que arremetía contra los «zánganos» que incordiaban la sociedad inglesa y postulaba su necesidad imperiosa de gente pobre, cuanto más pobre mejor, que exigirían menos bienes y servicios dejando más para los ricos. De no tener pobres, los ricos no podrían ser ricos. Esta sátira de la situación social en Inglaterra durante el siglo XVIII incomodaba a Adam Smith y los humanistas, que no podían aceptar la idea de que siempre habría pobres y que además cumplían una función vital para los ricos. Smith intentaba demostrar por el contrario que todos, incluidos los más pobres, estarían mejor si se movilizaban eficazmente los mecanismos de mercado para incrementar la riqueza nacional. La importancia que Marx concede a Mandeville estriba en la idea



de que la acumulación de capital requiere la existencia anterior de una población no solo disponible sino suficientemente empobrecida, ignorante, oprimida y desesperada como para poderla reclutar como mano de obra con bajos salarios para el sistema capitalista en cuanto se considerara conveniente.

### *El segundo modelo de acumulación del capital*

El segundo modelo analiza lo que sucede cuando la creciente productividad del trabajo social se convierte en «la palanca más poderosa de acumulación» (III.81, 650). Los efectos de los cambios tecnológicos y organizativos sobre la productividad deben situarse en una posición central en relación con la dinámica de acumulación. Esto lleva a Marx a extenderse con cierto detalle en la «ley» de la creciente composición en valor del capital, como ya he expuesto. Pero aunque «el progreso de la acumulación disminuya la magnitud relativa de la parte variable del capital, eso no excluye en modo alguno la posibilidad de un aumento de su magnitud absoluta» (III.84, 652), porque como hemos visto en el primer modelo, se puede emplear a más trabajadores para contrarrestar la caída de la tasa de plusvalor.

La ampliación de la cooperación, nuevas divisiones del trabajo y la aplicación de la maquinaria, la ciencia y la tecnología como vías para incrementar la productividad del trabajo dependen, en primer lugar, de que se haya producido una acumulación inicial u «originaria» suficiente de riqueza en dinero para poner en movimiento todo el proceso. Marx ya había introducido antes la expresión «acumulación originaria» [*ursprüngliche Akkumulation*], pero de nuevo prefiere demorar su examen detallado para el capítulo XXIV: «Aquí no necesitamos investigar todavía cómo surge» (III.85, 652). Pero una vez que se pone en marcha la acumulación, el avance de la creciente productividad depende también de procesos de concentración y centralización del capital. Solo de ese modo se pueden realizar todas las posibles economías de escala. La riqueza se concentra progresivamente en pocas manos, dice Marx, porque en cada ronda de acumulación el capitalista adquiere un volumen creciente de capital en forma de poder-dinero. El crecimiento se produce de forma acumulativa y se acelera la concentración de riqueza y de poder, aunque de forma limitada por la tasa de plusvalor y el número de trabajadores empleados. Este proceso de concentración puede también verse frenado parcialmente por la creación de nuevas empresas pequeñas en nuevas líneas de producción.

Así pues, la acumulación y la correspondiente concentración no solo se dispersan en muchos puntos, sino que además el aumento de los capitales en funcionamiento está atravesado por la formación de capitales nuevos y la escisión de los viejos. De

modo que si la acumulación se presenta, de un lado, como concentración creciente de los medios de producción y de mando sobre el trabajo, por otro lado se presenta como repulsión recíproca de muchos capitales individuales. (III.87, 654)

También hay que tener en cuenta, pues, la «fragmentación del capital social total en muchos capitales individuales o la repulsión mutua entre sus fracciones». Vemos aquí algo típico de Marx: tendencias contrapuestas que se contrarrestan: concentración por un lado, subdivisión y fragmentación por otro. ¿Cómo se alcanza el equilibrio entre ellas? ¡Vaya usted a saber! El equilibrio entre concentración y descentralización está evidentemente sometido a un movimiento perpetuo (desmintiendo cualquier interpretación teleológica de la evolución de la maquinaria y la gran industria).

La centralización, por otra parte, lleva a la concentración de capital por una vía diferente: adquisiciones, fusiones, la destrucción despiadada de los competidores. Puede haber, sugiere Marx, leyes de la centralización del capital; pero admite que no está en condiciones de desarrollar aquí esas leyes, aunque evidentemente sospecha que pueden ser descubiertas (¡lo cual sería coherente con la visión teleológica!). Se da, sea como sea, una tendencia clara hacia la centralización, alimentada sin duda por una «nueva fuerza que nace con el desarrollo de la producción capitalista, el sistema de crédito» (III.88, 655). Aunque todavía no está en condiciones de desarrollarlo aquí (transgrediría su postulado inicial de que la división del plusvalor entre interés, renta, beneficios del capital comercial, etc., no importa a este respecto), no puede resistirse a exponer algunas observaciones preliminares:

En sus comienzos ese sistema [el crédito] se insinúa recatadamente, como tímido auxiliar de la acumulación, atrayendo a manos de capitalistas individuales o asociados, mediante hilos invisibles, el dinero diseminado en grandes o pequeñas masas por la superficie de la sociedad, pero pronto se convierte en un arma nueva y terrible en la lucha competitiva, y finalmente en un gigantesco mecanismo social para la centralización de los capitales. (III.88, 655)

La presentación es convincente y en tiempos de Marx estaban muy presentes las teorías de Saint-Simon sobre el poder de los capitales asociados y las prácticas de los banqueros del Segundo Imperio como los hermanos Pereire; pero parece también idónea hoy día pensando en las instituciones de microcréditos y microfinanzas para captar lo que se denomina «la riqueza en la base de la pirámide» y ponerla al servicio de las instituciones financieras internacionales en dificultades (con la ayuda del Banco Mundial y el FMI), utilizando toda esa riqueza en Wall Street para jugar con ventaja en las adquisiciones y fusiones. Marx observa aguda-

mente que «en la medida en que se desarrollan la producción y acumulación capitalistas, se desarrollan también la competencia y el crédito, las dos palancas más poderosas de la centralización» (III.88, 655). La rápida centralización se adelanta a los procesos más lentos de concentración mediante el crecimiento acumulativo, como principal vehículo para alcanzar la enorme escala financiera requerida para impulsar nuevas rondas de aumento de la productividad. La centralización puede mejorar y aumentar radicalmente la escala de la producción. Sin ella (o como dice en otro lugar, sin implicar al Estado) no se podrían emprender muchos megaproyectos de infraestructuras físicas (por ejemplo, vías férreas y puertos) y urbanísticas (capital fijo y constante).

Instrumentos de centralización adecuados son por tanto absolutamente decisivos para la dinámica de la acumulación. Pero esto plantea la amenaza del poder de los monopolios y contradice la visión, tan querida para la economía política clásica y para los teóricos neoliberales contemporáneos, de una economía de mercado descentralizada caracterizada por una toma de decisiones muy dispersa e individualista, tal que nadie puede acaparar o dominar al mercado. Lo que aquí sugiere Marx es que aunque la economía de mercado comience con empresas pequeñas y muy competitivas, es prácticamente seguro que se transformarán rápidamente mediante la centralización del capital y acabarán en una situación de oligopolio o de monopolio. El resultado de la competencia, dice en otro lugar, es siempre el monopolio. Existen por tanto procesos internos de la dinámica capitalista que son intrínsecamente perturbadores de la teoría del funcionamiento perfecto de los mercados. El problema es que los mercados y la pugna por el plusvalor relativo no pueden coexistir durante mucho tiempo sin que se imponga una centralización que trastorne la toma de decisiones descentralizada en mercados de funcionamiento libre. Aunque Marx no lo explicita aquí, esa es evidentemente una de las consecuencias de su razonamiento. Pero si bien hay que atender al fenómeno de la concentración, la creciente centralización no puede entenderse como un proceso unidireccional, sin influencias y fuerzas contrapuestas. Desgraciadamente Marx no lo menciona aquí, pero en otro lugar sí dice que la centralización puede ser contrarrestada a veces por la descentralización. Así pues, tenemos que contemplar con detalle toda esa malla de relaciones entre concentración, desconcentración, centralización y descentralización. En cualquier caso, lo que está considerando aquí es la idea de una dinámica de mercado del proceso de acumulación en la que esas fuerzas tienen que integrarse en el argumento y no dejarlas a un lado como una especie de accidente histórico, si bien esto lo llevaría más allá de su objetivo en este capítulo, que es el análisis de la situación de la clase obrera.

Una creciente productividad del trabajo (una creciente composición en valor del capital) tiene consecuencias para la demanda de mano de obra:

Como la demanda de trabajo no depende del volumen del capital global, sino que está determinada por su parte variable, disminuye progresivamente a medida que aumenta el capital global, en vez de crecer en proporción a este como antes suponíamos. Disminuye en proporción a la magnitud del capital global y en progresión acelerada conforme aumenta esta magnitud. Al crecer el capital global, crece también su parte variable, o sea, la fuerza de trabajo incorporada a ella, pero en proporción constantemente decreciente. (III.92, 658)

Esto implica que la acumulación capitalista «produce constantemente, en proporción a su energía y a su volumen, una población obrera relativamente redundante, es decir, sobrante para las necesidades medias de valorización del capital y por tanto superflua» (III.92, 658). Esto tiene lugar mediante los procesos que ahora llamamos de disminución de escala (o *downsizing*):

Así pues, la población trabajadora produce, junto con la acumulación del capital producida por ella misma y en cuantía creciente, los medios de su propio exceso relativo. Esta es una ley de la población propia del modo de producción capitalista. (III.94, 660)

Una vez más aparece aquí, como paradoja suprema, la idea de la producción de las condiciones de nuestra propia dominación.

La mención de una «ley de la población» sitúa a Marx en directa confrontación con Malthus, quien a juzgar por anteriores notas al pie estaba lejos de ser su teórico favorito y cuya teoría universal de la población y la superpoblación Marx aborrecía. En opinión de Marx, «cada modo de producción histórico particular tiene sus leyes especiales de población, históricamente válidas. Una ley abstracta de la población solo existe para las plantas y los animales, en tanto los seres humanos no intervienen históricamente en estos reinos» (III.94, 660). La objeción que le hace a Malthus es que este naturaliza el desempleo y la creación de pobreza convirtiéndolos en una simple relación entre aumento de la población y presión sobre los recursos. Marx no cree que el aumento de la población sea irrelevante, ni siquiera neutro con respecto a la acumulación de capital; de hecho, en muchos otros pasajes considera un gran aumento de la población como una condición necesaria para una acumulación sostenida. Lo que objeta fundamentalmente es la tesis de que la pobreza se debe a que la clase obrera se reproduce demasiado (culpando pues a la víctima), y pretende mostrar que es el capitalismo lo que produce pobreza, sea cual sea la tasa de aumento de la población. Demuestra que Mandeville estaba en lo cierto y que bajo el modo de producción capitalista siempre habrá pobres, pero en *contra* de Mandeville muestra el cómo y el porqué de esa situación.

El capitalismo produce pobreza al crear un excedente relativo de trabajadores por el uso de tecnologías que los dejan sin empleo. Para que la acumulación siga ampliándose es socialmente necesario un depósito permanente de trabajadores desempleados:

Ahora bien, si la existencia de una superpoblación obrera es producto necesario de la acumulación o del desarrollo de la riqueza sobre una base capitalista, esa superpoblación se convierte a su vez en palanca de la acumulación capitalista; sí, en una de las condiciones de vida del modo de producción capitalista. Constituye un ejército industrial de reserva, siempre disponible, que pertenece al capital tan absolutamente como si lo hubiera criado a sus pechos.

La palanca principal de la acumulación no es, por tanto, la propia tecnología, sino el depósito de trabajadores excedentes al que da lugar. «Independientemente de los límites que pueda representar el aumento real de la población, le brinda el material humano siempre dispuesto para ser explotado a medida que lo reclamen sus necesidades cambiantes de valorización» (III.95, 661)

Ese ejército de reserva es llamado a la producción y expulsado de ella alternativamente, generando un movimiento cíclico en el mercado laboral. «Las oscilaciones del ciclo industrial se encargan de reclutar a la superpoblación y se convierten en uno de sus agentes de reproducción más activos» (III.96, 661). Marx describe

un proceso simple que «libera» constantemente a una parte de los obreros mediante métodos que reducen el número de obreros ocupados en proporción a la producción incrementada. Todos los vaivenes de la industria moderna nacen, pues, de la constante transformación de una parte de la población obrera en brazos desocupados u ocupados a medias. (III.96, 662)

«Hasta la economía política comprende que la producción de una población sobrante relativa, es decir, con relación a las necesidades medias de valorización del capital, es condición de vida de la industria moderna» (III.97, 662). «Hasta el propio Malthus reconoce como una necesidad de la industria moderna la superpoblación», aunque no vea que «a la producción capitalista no le basta en modo alguno la cantidad de fuerza de trabajo disponible que le suministra el crecimiento natural de la población. Para desenvolverse libremente necesita un ejército industrial de reserva independiente de este límite natural» (III.98-99, 663-664).

Las consecuencias de este proceso van mucho más allá de la descualificación de grandes sectores de la clase obrera y los procesos de desindustrialización inducidos por el cambio tecnológico tan familiares para nosotros durante los últimos treinta

años. La existencia de esa población relativamente excedente suele dar lugar al plus-trabajo de los que están empleados, ya que se les puede amenazar con el despido a menos que trabajen por encima del tiempo convenido y con mayor intensidad. Dado que al capital de nuestra época no le gusta soportar los costes indirectos de los trabajadores con pleno empleo (seguros de sanidad y pensiones), la preferencia por obligar a los empleados a trabajar más intensamente, quieran o no, aumenta aunque también lo haga la reserva de desempleados. Aceptar el trabajo intensivo y jornadas más largas se convierte a veces en una condición para obtener o mantener un empleo. En Europa esto se ha convertido en un grave problema en los últimos años. El resultado es el plustrabajo y una explotación desmedida de quienes tienen empleo.

El trabajo extra de la parte ocupada de la clase obrera engrosa las filas de su reserva, mientras que, en reciprocidad, la mayor presión competitiva que esta última ejerce sobre la primera la obliga a trabajar más duramente y a someterse a los dictados del capital. (III.100, 665)

Esto «se convierte en un medio de enriquecimiento del capitalista individual». El efecto sobre los salarios es también significativo: «A grandes rasgos, los movimientos generales del salario vienen determinados exclusivamente por la expansión y contracción del ejército industrial de reserva». Las oscilaciones del salario vienen dictadas por la acumulación de capital. Esto contradice la opinión general de que la velocidad de la acumulación de capital viene dictada por fluctuaciones en los niveles salariales debidas ya sea al aumento de la población o, en la retórica contemporánea, a la codicia excesiva de los sindicatos. El «dogma de los economistas» era que «los salarios elevados estimulan un crecimiento más rápido de la población obrera, que dura hasta que el mercado laboral se satura, es decir, hasta que el capital resulta insuficiente en proporción a la oferta de trabajo» (III.102, 667).

El modelo de Marx sugiere que siempre que la acumulación de capital se encuentra con problemas de oferta de trabajo, se despiden a la gente recurriendo a innovaciones tecnológicas u organizativas, el efecto de las cuales es reducir los salarios por debajo de su valor o aumentar la duración de la jornada laboral y la intensidad del trabajo para los que permanecen empleados.

El ejército industrial de reserva presiona, durante los periodos de estancamiento y prosperidad media, sobre el ejército activo de obreros y frena sus reivindicaciones durante el periodo de superproducción y paroxismo. La superpoblación relativa es, pues, el fondo sobre el que se mueve la ley de la oferta y la demanda de trabajo. Construye el campo de acción de esta ley dentro de límites absolutamente convenientes para la codicia explotadora y el ansia de dominio del capital. (III.104, 668)

De ahí que «el mecanismo de la producción capitalista cuide de que el incremento absoluto del capital no vaya acompañado de ninguna subida correspondiente de la demanda general de trabajo» (III.105, 669). Esto provoca «grandes hazañas de la apologética económica» justificando tales prácticas de la burguesía, cuando van tan claramente en perjuicio de la clase obrera (III.104, 668). Lo único que los apologistas pueden hacer es llamarlas «compensación de la miseria, de los sufrimientos y de la posible muerte de los obreros desplazados durante el periodo transitorio en que se ven confinados en el ejército industrial de reserva», presentándolas como un sacrificio necesario a corto plazo para posibilitar el mayor beneficio a largo plazo que puede generar la acumulación progresiva de capital. Pero la realidad es mucho más siniestra.

La demanda de trabajo no es idéntica al crecimiento del capital, del mismo modo que la oferta de trabajo no lo es al aumento de la clase obrera, como dos potencias independientes entre sí que se influyeran mutuamente. *Les dés sont pipés* [los dados están cargados]. El capital actúa en ambos frentes a la vez. (III.105, 669)

Esto es, el capital crea la demanda de trabajo cuando reinvierte, pero también puede manipular la oferta de trabajo mediante reinversiones en tecnologías que ahorran trabajo y producen desempleo. Esta capacidad para operar en ambos lados de la ecuación de la oferta y la demanda contradice frontalmente la forma en que se supone que funcionan los mercados.

Como en el caso de la maquinaria,

tan pronto como los trabajadores se aperciben de que cuanto más trabajan más riqueza ajena producen, y de que cuanto más crece la fuerza productiva de su trabajo, más precaria es para ellos incluso su función como medios de valorización del capital; tan pronto como descubren que el grado de intensidad de la competencia entre ellos mismos depende por completo de la presión de la superpoblación relativa; tan pronto como intentan organizar, mediante los sindicatos, etc., una cooperación sistemática entre los ocupados y los desocupados, a fin de evitar o atenuar las ruinosas consecuencias para su clase de esa ley natural de la producción capitalista, se encuentran con que el capital y su sicofante, el economista, claman al cielo contra la violación de la ley «eterna» y casi «sagrada» de la oferta y la demanda. (III.106, 669-670)

En una situación en la que las reglas del intercambio de mercado se ven subvertidas por la capacidad del capital para regular tanto la oferta como la demanda de fuerza de trabajo, los intentos de los trabajadores de organizarse para proteger sus intereses colectivos ¡son ferozmente condenados por infringir las reglas del mercado!

Marx presenta, pues, dos modelos de acumulación, con y sin cambio tecnológico. Los capitalistas tienen la opción de acumular con la tecnología existente y permanecer en el mundo del modelo 1 (algo difícil de hacer frente a las leyes imperativas de la competencia) o invertir en el cambio tecnológico y entrar en el mundo del modelo 2. El problema de este segundo modelo es: ¿cómo se regula la velocidad del cambio tecnológico? La teoría del plusvalor relativo mostró que ese cambio se ve impulsado por las leyes irrefragables de la competencia que obligan a los capitalistas a competir por la forma efímera del plusvalor relativo que obtienen los que trabajan con mayor productividad. El límite viene, por tanto, parcialmente impuesto por la intensidad de la competencia (algo sobre lo que Marx no insiste aquí); pero también existe un límite superior infranqueable. Marx había establecido antes que la razón para adoptar una maquinaria más avanzada estriba en la diferencia entre el valor de esas nuevas máquinas y el de la fuerza de trabajo que se ahorra al usarlas. Aunque él no lo explicita, eso significa que la innovación tecnológica proseguirá hasta el momento en que el nivel salarial caiga lo suficiente (como sucedió en el siglo XIX en Inglaterra comparada con Estados Unidos) para hacer que no merezca la pena comprar las máquinas. Sería probablemente entonces cuando la clase obrera se vería reducida a un estado de miseria extrema.

### *La superpoblación relativa*

En el apartado XXIII.4 examina Marx la cuestión de la superpoblación relativa. Distingue tres estratos distintos: fluctuante o fluido [Marx utiliza los dos adjetivos: *flüssig* y *fließend*], latente y estancado (III.107, 670). La superpoblación fluctuante es aquella que ya está proletarizada, formada por obreros asalariados a tiempo completo, que son privados temporalmente de su empleo por alguna razón y que sobreviven como pueden durante el periodo de desempleo, antes de volver a ser reintroducidos en el trabajo cuando mejoran las condiciones para la acumulación. En términos contemporáneos, esa superpoblación fluctuante equivale poco más o menos al conjunto de los parados que aparecen registrados en las estadísticas de desempleo, más los registrados como subempleados o «desanimados». La superpoblación latente está formada por gente todavía no proletarizada; en tiempos de Marx, se trataba sobre todo de población campesina no absorbida todavía en el sistema de trabajo asalariado. La destrucción del sistema agrícola de subsistencia campesino o indígena y la proletarización del mundo rural ha incorporado a millones de obreros a la mano de obra asalariada, algo que sigue sucediendo en nuestra propia época (como en China, México e India durante las últimas décadas). La incorporación de mujeres y niños a la mano de obra asalariada



mediante la quiebra de los sistemas domésticos ha desempeñado igualmente un importante papel hasta hoy mismo (convirtiendo a las mujeres en la espina dorsal del trabajo asalariado en muchos países del mundo en desarrollo). Esa categoría «latente» puede incluir también productores independientes y artesanos pequeñoburgueses, desplazados por el gran capital y obligados por ello a incorporarse al mercado laboral. La canibalización de las granjas familiares en Estados Unidos durante los últimos cincuenta años ha «liberado» su fuerza de trabajo de sus antiguos grilletes. Lo mismo se puede decir de los productores independientes y gente que en otro tiempo se ganaba la vida como tenderos, ahora desplazados por los supermercados. Constituyen, por tanto, una categoría enorme y diversa de gente, que incluye productores pequeñoburgueses de diversos tipos, mujeres, niños, campesinos, etc. En nuestra época abarca también a grupos que habían escapado hasta ahora a la proletarización. Los médicos solían pensar que ellos no formaban parte del proletariado, pero no es difícil observar un insidioso proceso de proletarización del personal médico no solo subalterno. También se ha producido paulatinamente una proletarización de la educación superior a medida que se iba afianzando el modelo corporativo y neoliberal de la universidad. En relación con esto Marx nos exhorta a atender a posibles cambios en la dinámica de la proletarización y a las diversas maneras de reclutar una reserva latente de mano de obra, aunque obviamente variará mucho de una situación a otra. Además, mientras que la superpoblación fluctuante está en general confinada a las zonas donde prevalece la organización capitalista, la reserva latente tiene un ámbito geográfico mucho más diverso. Está potencialmente disponible en todas partes, y la geopolítica de acceso a ella mediante prácticas imperialistas y coloniales puede desempeñar un papel muy significativo.

La tercera categoría de la superpoblación relativa, la estancada, está formada por trabajadores con empleo muy irregular y particularmente difíciles de movilizar. Marx los describe como «sobrantes de la gran industria y la agricultura, y especialmente también de las ramas industriales en decadencia» (III.109, 672). Por último, «el sedimento más bajo de la superpoblación relativa es el constituido por las capas pauperizadas. Haciendo abstracción de los vagabundos, criminales, prostitutas, en una palabra, del lumpenproletariado propiamente dicho», distingue entre ellos tres subcategorías: «Primera, personas capaces de trabajar [...] Segunda: huérfanos e hijos de pobres, candidatos para el ejército de reserva industrial, que en épocas de gran actividad [...] se enrolan rápida y masivamente en el ejército obrero activo. Tercera: degradados, encanallados, incapaces de trabajar, se trata sobre todo de individuos condenados a perecer por la invalidez causada por la división del trabajo [...] así como mutilados, enfermos, viudas, etc. El pauperismo constituye el asilo de inválidos del ejército obrero activo y el peso muerto

del ejército industrial de reserva» (III.110-111, 673). El sociólogo estadounidense William Julius Wilson los caracteriza como «infraclase» [*underclass*] (término que no me gusta nada).

El último y largo apartado de este capítulo describe con crueles detalles la situación, tal como era entonces, de esos trabajadores que constituían el ejército de reserva industrial (tanto fluctuante como latente). Aunque Marx se concentra en Gran Bretaña (y en particular en la situación de la reserva de trabajo rural), dedica mucha atención al papel de la urbanización, y con respecto a los inmigrantes irlandeses señala algo muy importante: cómo al movilizar esa mano de obra latente se suelen utilizar diferencias de etnicidad y religión (en este caso), que por extensión pueden abarcar todo tipo de diferencias raciales, de género, culturales, religiosas y de otro tipo, en la política de divide-y-vencerás aplicada por la clase capitalista. Podríamos fácilmente aportar materiales parecidos en nuestra época. La larga historia de la mano de obra puertorriqueña en Estados Unidos es muy parecida a la de los irlandeses en Gran Bretaña durante el siglo XIX. La descripción de la situación en México, Guatemala, China, Bangladesh, Indonesia o Sudáfrica sería tan desoladora como la que Marx detalla en este apartado XXIII.5.

El segundo modelo de acumulación de Marx depende fundamentalmente de la reserva fluctuante creada mediante el desempleo inducido tecnológicamente. La forma de gestión sistémica de esa superpoblación flotante (cómo mantener a los trabajadores desempleados con suficiente salud para que puedan volver a integrarse en la mano de obra, por ejemplo) es obviamente una cuestión de mucho interés. Pero también lo es si es más ventajoso para el capitalismo funcionar con reservas fluctuantes o latentes (las estancadas pueden ser muy difíciles de movilizar y aún más difíciles de manejar). La manipulación libre de reservas fluctuantes plantea cierto número de dificultades. Las organizaciones obreras que se esfuerzan por mantener un nivel mínimo de seguridad laboral pueden frenar el desempleo. Las nuevas tecnologías y los nuevos sistemas de producción pueden ser puestos a prueba por los propios trabajadores antes de que se generalicen; y las consecuencias políticas que resultan del aumento del desempleo pueden ser muy serias en determinadas circunstancias. Durante las décadas de 1950 y 1960, por ejemplo, la clase empresarial burguesa se mostraba en general reacia en buena parte del mundo capitalista a fomentar el desempleo, en parte por miedo a la agitación social; prefería encontrar reservas latentes, para lo que hay dos medios: se puede exportar capital al extranjero o importar trabajadores. En Suecia, durante las décadas de 1960 y 1970, el desempleo era bajo y casi no había reserva fluctuante. Frente al fuerte poder de los sindicatos, un rigurosa legislación social y un aparato político socialdemócrata poderosamente afianzado, la importación de mano de obra de Portugal, Yugoslavia y Europa central resultó decisiva para la

generación de plusvalor. La escasez de mano de obra en la industria automovilística francesa indujo la inmigración de magrebíes apoyada por el Estado, mientras que el exceso de mano de obra en Turquía alimentó la industria alemana durante aquellos años. Los cambios en las leyes de inmigración en Estados Unidos durante la década de 1960 sirvieron también para movilizar reservas de fuerza de trabajo latentes. El excedente de mano de obra en México es crucial para el funcionamiento de las empresas en Estados Unidos, lo que convierte la actual controversia sobre la inmigración, tanto legal como ilegal, en una cuestión espinosa (la escasez de mano de obra ha propiciado la pérdida de cosechas en el oeste estadounidense, por ejemplo).

Actualmente existe, tanto en Estados Unidos como en Europa, un considerable desempleo y mucha mano de obra latente. Merecería la pena reflexionar sobre esas categorías en relación con la historia política específica del control del trabajo en el capitalismo. La superpoblación fluctuante también plantea la cuestión de cómo mantener esa reserva en un estado de salud suficiente para competir con los empleados. Una respuesta fue la creación de estructuras de bienestar social, que ahora han perdido peso debido al auge neoliberal. La derecha arguye que el desempleo aumenta porque los trabajadores ponen un precio de reserva demasiado alto a su trabajo, ¡negándose a trabajar por debajo de un nivel salarial mínimo! Esto ocurre habitualmente cuando el Estado del bienestar es demasiado generoso. Así pues, la mejor manera de eliminar el desempleo es reducir el bienestar a cero; pero eso hace difícil que la superpoblación fluctuante siga siendo una reserva de trabajo. El mismo problema agobia la política de inmigración. Cada intento de regular la inmigración en Estados Unidos topa con el deseo de las empresas de acceder fácilmente a la oferta de plustrabajo. Diversos sectores, desde los agronegocios hasta Microsoft, se oponen a una política de inmigración demasiado restrictiva.

La gestión de la oferta de trabajo se hace así crucial. A la clase capitalista le interesa combinar las reservas fluctuante y latente a fin de perpetuar su ventaja para mantener bajos los salarios, amenazar a los trabajadores empleados con el despido, sabotear las organizaciones obreras y aumentar la intensidad del trabajo de sus empleados. Desde la década de 1970 esa estrategia parece haber tenido cierto éxito en Estados Unidos, ya que los salarios reales han permanecido esencialmente estancados (con una breve subida en la década de 1990) mientras que la tasa de beneficio ha aumentado en general. Esta es la primera época en la historia estadounidense en la que los trabajadores no se han beneficiado de significativos aumentos en la productividad. Todos los beneficios de la búsqueda de plusvalor relativo han ido a parar a la clase capitalista generando inmensas concentraciones de riqueza y una creciente desigualdad.

En la sección cuarta veíamos, al analizar la producción de plusvalor relativo, que en el sistema capitalista todos los métodos para elevar la productividad social del trabajo se aplican a costa del obrero individual, y todos los medios para el desarrollo de la producción se truecan en medios de dominio y explotación del productor, mutilan al obrero convirtiéndolo en un hombre parcial, lo degradan a la categoría de apéndice de la máquina, destruyen con la tortura de su trabajo el contenido de este, le arrebatan las potencias espirituales del proceso de trabajo en la misma medida en que se incorpora a este último la ciencia como potencia autónoma; deforman las condiciones en las que trabaja, lo someten durante el proceso de trabajo al despotismo más odioso y mezquino, transforman su tiempo de vida en tiempo de trabajo, lanzan a su mujer y a sus hijos bajo las ruedas del carro irrefrenable del capital transmutado en Juggernaut. Mas todos los métodos para la producción de plusvalor son al mismo tiempo métodos de acumulación, y toda expansión de la acumulación se convierte a su vez en medio de desarrollo de esos métodos. De lo que se deduce que, a medida que se acumula el capital, tiene que empeorar la situación del obrero, cualquiera que sea su retribución, alta o baja. Finalmente, la ley que mantiene siempre la superpoblación relativa o el ejército de reserva industrial en equilibrio con el volumen y la energía de la acumulación, encadena al obrero al capital aún más sólidamente que las cuñas de Hefesto sujetaban a Prometeo a la roca. Esa ley determina una acumulación de miseria correspondiente a la acumulación de capital. Así pues, la acumulación de riqueza en un polo es al mismo tiempo acumulación de miseria, tormento, esclavitud, ignorancia, embrutecimiento y degradación moral en el polo opuesto, es decir, en el de la clase que produce como capital su propio producto. (III.112-113, 674-675)

Esta es la famosa tesis final sobre el creciente empobrecimiento del proletariado como consecuencia socialmente necesaria y condición de la acumulación capitalista. Una respuesta típica a esta tesis es decir que está simplemente equivocada, que muchos trabajadores del mundo están mucho mejor hoy día que hace cien años y que, aunque puedan seguir existiendo condiciones horribles de trabajo en las fábricas de China y en los talleres de trabajo semiesclavo de Hong Kong, se trata únicamente de los típicos problemas de transición en la vía hacia la creación de unos mejores niveles de vida que comienzan a evidenciarse incluso en esos países. Se trataría, pues, de una de esas afirmaciones que los críticos de Marx, e incluso a veces algunos marxistas, consideran una pura predicción que se puede desmentir fácilmente contrastando los datos históricos; y en la medida en que estos no la confirman, cabe concluir que el análisis de Marx está totalmente equivocado.

Por eso tengo que recordar aquí las hipótesis sobre las que se basan estos capítulos e insistir una vez más en que conclusiones de ese tipo no son absolutas sino contingentes, dependientes en general de las hipótesis restrictivas establecidas al principio. Esta es la conclusión del libro primero de *El Capital*, en la que el foco se sitúa exclusivamente en la dinámica de la producción y cuyo análisis se efectúa únicamente desde esa perspectiva. Lo que encontraremos al final del libro segundo, escrito desde el punto de vista de la realización del capital en el mercado, es algo totalmente diferente. Allí Marx se concentra en los problemas de la demanda efectiva (¿quién tiene dinero para comprar el creciente volumen de mercancías producidas?). Parte de la solución al problema tiene que estar en lo que allí denomina «consumo racional» de la clase obrera. Con esa expresión quiere decir dos cosas: primera, que la clase obrera debe disponer de capacidad de compra suficiente para consumir; y segunda, que la clase obrera habrá adquirido hábitos de consumo coherentes con la absorción del plusproducto que genera continuamente el capitalismo. Por eso al final del libro segundo Marx menciona los esfuerzos de la filantropía burguesa por enseñar a la clase obrera hábitos de consumo «adecuados» (de forma muy parecida a lo que sucedió cuando Ford movilizó todo un ejército de asistentes sociales para asegurarse de que quienes se beneficiaban del salario de cinco dólares por ocho horas de trabajo al día que había instituido en sus fábricas se gastaban el dinero morigeradamente y no en alcohol, drogas y mujeres). Así que al final del libro segundo, tenemos una historia totalmente diferente. Dicho en pocas palabras, la clase obrera no puede cumplir su papel socialmente necesario como centro de demanda de consumo para los productos capitalistas si solo se cumple lo presentado en el libro primero.

¿Cuáles son entonces el propósito y la validez de cuanto Marx expone en el libro primero de *El Capital*? Viene a decir que si el mundo funcionara de esa forma, el resultado sería el creciente empobrecimiento de los trabajadores asalariados. Si se nos pregunta si vemos elementos de verdad en esa conclusión, la respuesta es sin duda afirmativa si observamos las fábricas de Indonesia, Bangladesh, Vietnam o Guatemala. En esos países las reservas latentes de mano de obra se ven movilizadas en condiciones de terrible brutalidad. De hecho se constata allí todo el «tormento laboral» del que habla Marx. Pero no hay que ir tan lejos para encontrar informes detallados de las espantosas condiciones de trabajo en muchos de los mayores centros de producción del mundo (los expedientes de las ONG y de la ONU abundan en ellos, e incluso la prensa dominante publica a veces testimonios desgarradores). Además, uno de los hechos más señalados de los últimos treinta años o así de prácticas y políticas neoliberales es que las desigualdades de ingresos han aumentado vertiginosamente y que han surgido millonarios en todas partes (India, México, China, Rusia), haciendo de la imagen de la acumulación de riqueza en un polo y de

miseria en el otro una metáfora muy convincente como descripción auténtica de las condiciones del capitalismo global contemporáneo.

Así pues, es difícil leer el libro primero de *El Capital* sin reconocer que presenta una verdad incontestable, aunque parcial, en particular cuando se compara con la situación en los países capitalistas avanzados durante las décadas de 1950 y 1960, cuando las organizaciones obreras eran relativamente fuertes, dominaban las tendencias socialdemócratas y la intervención estatal, tanto en la producción como con respecto a la distribución de riqueza, era genéricamente aceptada. En aquellos tiempos sobresalían las cuestiones del consumo racional: ¿cómo aseguramos que los obreros puedan comprar automóviles? Bueno, construimos ciudades y urbanizaciones periféricas de forma que el automóvil se convierta en una necesidad más que en un lujo, lo que significa que habrá que pagar a los obreros lo suficiente para que puedan comprarse automóviles, una casa en las afueras y todo lo que acompaña a ese estilo de vida. En aquellos tiempos, el análisis del libro segundo tenía mucho sentido y las conclusiones del libro primero parecían un tanto exageradas.

Pero el giro neoliberal iniciado a finales de la década de 1970 le ha dado la vuelta a todo eso. Se ha producido una enorme expansión del proletariado en todo el mundo al quedar dos mil millones de personas desposeídas de su base económica anterior e incorporarse al proletariado, bien a causa de la destrucción del modo de vida rural y la economía campesina (como en Latinoamérica y el sur de Asia) o debido a la acción directa del gobierno (como en China y Asia oriental en general). El resultado predecible de todo esto ha sido que la clase obrera de los centros tradicionales de acumulación de capital no ha mejorado su suerte. Los asombrosos aumentos de riqueza han ido a parar al 1 por 100 más rico de la población (y más aún, proporcionalmente, al 0,1 por 100 más rico). La puesta en marcha del proyecto neoliberal nos ha retrotraído a un mundo en el que el análisis del libro primero de *El Capital* es cada vez más relevante.

Se trataba además de un proyecto consciente de la clase dominante. La «conmoción de Volcker», que elevó espectacularmente los tipos de interés en Estados Unidos desde 1979, provocó un gran aumento del desempleo; acoplada con el ataque del presidente Reagan contra las organizaciones obreras (empezando con la destrucción del sindicato de controladores aéreos a raíz de la huelga de 1981), estaba claramente destinada a disciplinar a los trabajadores. El economista británico Alan Budd, reflexionando sobre su experiencia como principal asesor económico de Margaret Thatcher, confesaba más tarde lo avergonzado que se sentía ante sus vecinos porque «las políticas de la década de 1980 para combatir la inflación mediante la contracción de la economía y del gasto público fueron un tapujo para vapulear a los trabajadores. El aumento del desempleo era una forma muy deseable de reducir la fuerza de la clase obrera. Lo que se urdió fue –en términos marxistas– una crisis del capitalismo, que recreó un ejército industrial de reserva y ha permitido a los capitalistas

obtener grandes beneficios desde entonces»<sup>2</sup>. Al igual que Reagan, Thatcher combatió políticamente el poder sindical con la violenta represión de la huelga de los mineros en 1984-1985, con el objetivo primordial de disciplinar a los trabajadores para asegurar los beneficios y la acumulación sin fin de capital. Lo terrible del análisis de Marx es que tal resultado era totalmente predecible y que pudiera articularse tan fácilmente en términos marxistas.

Lo que hizo Marx en el libro primero de *El Capital* fue tomarse en serio los términos y teorías de la economía política clásica y preguntarse qué tipo de mundo surgiría si se consiguiera poner en práctica la visión utópica liberal de los mercados de funcionamiento perfecto, libertad personal, derechos de propiedad privada y libre comercio. Explora paso a paso lo que sucedería en un mundo construido a esa imagen. Adam Smith había pretendido mostrar que la riqueza nacional crecería y que todo el mundo estaría o podría estar mejor en un mundo de mercados descentralizados y con un funcionamiento libre (aunque el propio Smith no eximía al Estado de responsabilidades en lo que atañe a la distribución de esa riqueza siguiendo criterios más equitativos). Lo que muestra Marx es que un mundo construido según los principios del más puro *laissez-faire* daría lugar a una creciente acumulación de riqueza en un polo y una creciente acumulación de miseria en el otro, por lo que ¿quién querría construir un mundo que obedeciera las reglas de esa visión utópica? La respuesta es asombrosamente obvia: ¡los miembros más ricos de la clase capitalista! ¿Quién nos predica entonces las virtudes de esa visión utópica del libre mercado, y quién nos ha metido en la vía neoliberal contemporánea? ¡Sorpresa, sorpresa! Fueron los ricos los que utilizaron su poder y su dinero para persuadirnos a todos de que el mercado siempre lleva razón y de que la teoría marxista es una insensatez.

El proyecto neoliberal (como mostré en *Breve historia del neoliberalismo*<sup>3</sup>) tenía como propósito la creciente acumulación de riqueza y la creciente apropiación de plusvalor por parte de los escalones más altos de la clase capitalista; y al perseguir ese objetivo, la clase capitalista ha seguido la ruta típica esbozada en los modelos de acumulación de capital expuestos en el libro primero de *El Capital*. Reducir los salarios y crear desempleo mediante cambios tecnológicos que desplazan a los trabajadores, centralizar el poder capitalista, atacar a las organizaciones obreras que interfieren con la coordinación de mercado de la oferta y la demanda (cuando, como hemos visto, el capital trabaja en ambos lados del mercado), subcontratar y deslocalizar, movilizar la superpoblación latente de todo el mundo y reducir el nivel de bienestar tanto como fuera posible. De eso es de lo que iba en realidad la «globalización» neoliberal. Se han

---

<sup>2</sup> Véase *The Observer*, 21 de junio de 1992.

<sup>3</sup> David Harvey, *A Brief History of Neoliberalism*, Nueva York, Oxford University Press, 2005 [ed. cast.: *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2007].

creado las condiciones socialmente necesarias, de acuerdo con el análisis del libro primero de *El Capital*, para la inmensa acumulación de riqueza en un polo a expensas de todos los demás. El problema, por supuesto, es que ese tipo de capitalismo neoliberal solo puede sobrevivir «socavando simultáneamente las fuentes originales de toda la riqueza: la tierra y el trabajador» (II.252, 530).

Pero ese no es el único resultado coherente con el análisis de Marx. En este capítulo apunta a la inevitabilidad de la creciente concentración y centralización del capital en condiciones del utópico libre mercado. Cabe señalar que este ha sido también un rasgo muy marcado de los últimos treinta años de neoliberalismo (basta echar una mirada a los sectores energético, farmacéutico o de los medios de comunicación y sobre todo a la creciente centralización del poder financiero). La excesiva libertad de mercado siempre fomenta la tendencia al oligopolio e incluso al monopolio (un hecho reconocido en la legislación antitrust y el control por parte de algunos Estados –en estos días muy ineficaz– de las fusiones y monopolios). La riqueza no solo se acumula, ¡sino que se centraliza en manos de una clase capitalista cada vez más poderosa! Pero esto también plantea un problema. ¿Qué sucede cuando las condiciones para el equilibrio definidas en el análisis del libro segundo se hacen tan contradictorias –debido precisamente a la polarización de la riqueza– como para generar una crisis estremecedora como la que sacudió el mundo en 2008? Quizá no sea casualidad que el único periodo de la historia estadounidense en que la distribución de riqueza fue tan sesgada como ahora fuera la década de 1920 y que estemos viviendo ahora, a partir de 2008, una reedición del colapso de 1929.

A mi juicio, es una demostración irrefutable de la profundidad del análisis de Marx y de la fuerza de su método el que pueda llevarnos a ver claramente aspectos de la dinámica histórica que suelen permanecer ocultos, al tiempo que afronta las soterradas contradicciones y poderosas construcciones ideológicas que apuntalan y legitiman el tipo de resultados que predice. ¡Cuántos Nassau Senior hay ahora en los departamentos universitarios de economía! Por eso conviene sacar partido de las afirmaciones condicionales de Marx, reconociendo que, pese a sus deficiencias, presentan un aspecto vital y fácilmente reconocible del desarrollo actual del capitalismo. De hecho, si bien en este capítulo hablaba un tanto categóricamente de «*la ley general, absoluta, de la acumulación capitalista*», también reconocía que «como todas las demás leyes, se ve modificada en su aplicación por muchas circunstancias, en cuyo análisis no entraremos aquí» (III.111, 674). La ley general expone brillantemente adónde nos pueden llevar el libre mercado y el utopismo liberal cuando se ponen en práctica, y hasta qué punto nos ha llevado en la dirección predicha por Marx el giro ideológico neoliberal, vistiendo esos mantras con nuevos disfraces y tratando de ponerlos en vigor, pese a sus contradicciones. Creo que podemos aprender mucho y adquirir una notable capacidad de diagnóstico –aunque no sea nada reconfortante–, a partir de una lectura cuidadosa del texto de Marx y de un profundo estudio de su método.





# XI

## El secreto de la acumulación primitiva

En los capítulos XXIV y XXV de *El Capital* se da un marcado cambio de tono, contenido y método. Para empezar, contravienen la premisa central del resto del libro, establecida en el capítulo II, donde Marx acepta el mundo teórico de Adam Smith de un intercambio de mercado atomista en el que gobiernan la libertad, la igualdad, la propiedad y Bentham, de modo que todos los intercambios de mercancías se dan en un marco no coactivo en el que funcionan adecuadamente las instituciones liberales. Smith sabía perfectamente que no es así como funciona realmente el mundo, pero lo aceptaba como ficción conveniente y convincente sobre la que construir una teoría político-económica normativa. Como hemos visto, Marx daba por bueno todo esto a fin de deconstruir su utopismo.

Mediante esa estratagema Marx podía mostrar, como hemos visto en el capítulo anterior, que cuanto más nos acercamos a un régimen de mercado liberal, más enfrentados nos vemos a dos consecuencias significativas: la menor es que la estructura descentralizada, fragmentada y atomista que impediría que cualquier poder dominara y manipulara el mercado da paso a un poder capitalista cada vez más centralizado. La competencia tiende siempre a generar monopolios, y cuanto más feroz es, más rápida es la tendencia a la centralización. La consecuencia más importante es empero la generación de una inmensa concentración de riqueza en un polo (el de los capitalistas centralizadores) y de una creciente miseria, sufrimiento y degradación para la clase obrera en el otro polo.

El proyecto neoliberal de los últimos treinta años, basado en el utopismo liberal, se ha adecuadamente rigurosamente a las dos tendencias predichas por Marx. Evidentemente hay muchas diferencias, tanto geográficas como sectoriales, en los detalles, pero el grado de centralización del capital alcanzado en varias esferas ha sido sor-

prendente, y casi todos reconocen que la inmensa concentración en la cumbre de la escala de riqueza e ingresos nunca ha sido tan grande como ahora, mientras que la situación de la clase obrera en todo el mundo se ha estancado o deteriorado. En Estados Unidos, por ejemplo, la proporción de la renta nacional y la riqueza en manos del 1 por 100 más rico de la población se ha duplicado durante los últimos 20 años, y para el 0,1 por 100 más rico se ha triplicado. La relación entre los ingresos de los gestores de las empresas y los trabajadores asalariados de estas, que se situaba en 30 a 1 en 1970, ha aumentado en promedio hasta más de 350 a 1 durante los últimos años. Allí donde la neoliberalización ha avanzado más (como en México e India desde 1990, poco más o menos), han aparecido de repente millonarios en la lista *Forbes* de las personas más ricas del mundo. El mexicano Carlos Slim es ahora una de ellas, y ascendió a esta posición subido a la ola neoliberalizadora que asuela México desde principios de la década de 1990.

Marx llegó a unas conclusiones tan contrarias a las intuiciones liberales deconstruyendo las proposiciones de los economistas políticos clásicos en sus propios términos; pero también empleó críticamente sus poderosas abstracciones para sondear creativamente la dinámica real del capitalismo y revelar así los orígenes de la pugna sobre la duración de la jornada laboral, las luchas por las condiciones de vida del ejército industrial de reserva y otras. El análisis del libro primero se puede leer como un informe detallado e inapelable de por qué «no hay nada más desigual que el trato igual a los desiguales». La ideología de la libertad de intercambio y de contrato nos embauca a todos, encandilándonos con la supuesta superioridad moral de la teoría política burguesa sobre la que asienta su legitimidad y su pretendido humanismo. Pero cuando la gente entra con distintos recursos y activos en ese mundo libre e igualitario de los intercambios de mercado, hasta las menores desigualdades, por no hablar del abismo entre las clases, se ven amplificadas y multiplicadas con el tiempo hasta desembocar en enormes desigualdades de influencia, riqueza y poder. Acopladas con la creciente centralización, dan pie a la devastadora inversión por parte de Marx de la visión smithiana del «beneficio para todos» que derivaría de la mano oculta del mercado, que nos permite entender mucho mejor, por ejemplo, el contenido de clase de lo que ha venido sucediendo realmente durante los últimos treinta años de globalización neoliberal basada en el mercado. La conclusión que extrae Marx es una feroz crítica de las tesis sobre la libertad individual que fundamentan la teoría liberal y neoliberal. Esos ideales son, en opinión de Marx, tan equívocos, ficticios y fraudulentos como seductores y fascinantes. Los trabajadores, como él observó desde muy pronto, solo son libres en el doble sentido de poder vender su fuerza de trabajo a quien prefieran al mismo tiempo que tienen que vender esa fuerza de trabajo para poder vivir, puesto que han sido «liberados» de cualquier control sobre los medios de producción.

Lo que hace Marx en estos últimos capítulos del libro primero de *El Capital* es analizar cómo se generó y afianzó ese segundo tipo de «libertad». Ahí nos vemos obligados a contemplar el robo, depredación, violencia y empleo abusivo del poder que caracterizaron los orígenes históricos del capitalismo cuando liberó la fuerza de trabajo como mercancía y desplazó modos de producción anteriores. Las hipótesis que han presidido la argumentación de los capítulos anteriores son dejadas de lado sin cumplidos, con brutales consecuencias.

El capitalismo depende fundamentalmente, como hemos visto, de una mercancía capaz de producir más valor del que ella misma porta, y esa mercancía es la fuerza de trabajo. Marx observaba en el capítulo IV:

Al poseedor de dinero, para el que el mercado laboral no es más que una sección especial del mercado de mercancías en general, no le interesan las razones por las que se le acerca en la esfera de la circulación el trabajador libre para ofrecerle su trabajo, y tampoco nos interesa a nosotros por el momento. Nos atenemos teóricamente al mismo hecho al que se atiene el poseedor de dinero en la práctica. Pero algo sí es evidente: la naturaleza no produce por un lado poseedores de dinero o de mercancías y por otro meros poseedores de su propia fuerza de trabajo. Esta relación no es obra de la historia natural ni tampoco es una relación social común a todos los periodos de la historia. Se trata evidentemente del resultado de un desarrollo histórico precedente, producto de muchas transformaciones económicas y de la destrucción de toda una serie de formaciones más antiguas de la producción social. (I.227-228, 183)

La acumulación primitiva atañe a los orígenes históricos de ese trabajo asalariado, así como a la acumulación de los bienes necesarios en manos de la clase capitalista que les da empleo.

El capítulo XXIV se ocupa, pues, de cómo la fuerza de trabajo se convirtió en mercancía (o más en general, de cómo se constituyó la clase obrera). La acostumbrada historia burguesa imaginada por Locke y Smith decía que

en tiempos muy remotos hubo, de un lado, una minoría trabajadora, inteligente y sobre todo ahorradora, y del otro haraganes ociosos que derrochaban cuanto tenían y aún más [...] Mientras los primeros acumulaban riqueza, los segundos no tenían finalmente nada que vender más que su pellejo. Y de ese pecado original arranca la pobreza de las grandes masas que todavía hoy, a pesar de todo su trabajo, no tienen nada que vender más que a sí mismos, y la riqueza de unos pocos, que aumenta continuamente, aunque hace mucho que dejaron de trabajar. (III.197-198, 741-742)

Esta historia tan aleccionadora presenta la transición del feudalismo al capitalismo como algo gradual y pacífico. Pero Marx la contradice y objeta:

Como ya se sabe, en la historia real desempeñan un gran papel la conquista, la esclavización, el robo y el asesinato, en una palabra, la violencia. En la dulce economía política, por el contrario, reinó siempre el idilio. El derecho y el «trabajo» fueron desde siempre los únicos medios de enriquecimiento, exceptuando, naturalmente, «el año en curso». (III.198, 742)

Y es así, porque

el proceso que crea la relación capitalista no puede ser más que el proceso de separación entre el obrero y la propiedad de sus condiciones de trabajo, un proceso que, por un lado, transforma los medios sociales de subsistencia y de producción en capital, y por otro, convierte a los productores directos en obreros asalariados. Así pues, la llamada acumulación originaria no es otra cosa que el proceso histórico de disociación entre el productor y los medios de producción. Aparece como «originaria» porque constituye la prehistoria del capital y de su modo de producción correspondiente. (III.199, 742)

De hecho, la historia de la acumulación originaria «no es en absoluto idílica» (III.198, 742), sino que «está escrita en los anales de la humanidad con letras de sangre y fuego» (III.199, 743).

La presentación de Marx, radicalmente divergente de la de Smith y Locke, plantea algunas cuestiones interesantes. Primera: ¿son el capital comercial, el financiero y la usura simplemente formas antediluvianas, o desempeñan todavía un papel muy activo, independiente del capital productivo, industrial, etc.? Marx había observado también antes que «encontraremos que tanto el capital comercial como el portador de interés son formas derivadas», al mismo tiempo que «quedará claro por qué, históricamente, esas dos formas aparecen antes que la forma fundamental moderna del capital» (I.222, 179). De lo que se deduce que, durante la transición del feudalismo al capitalismo, todavía predominaban el capital comercial y la usura, abriendo la vía para el ascenso del capital productivo/industrial. Queda por tanto abierto a la investigación el papel que desempeñaron esas formas tempranas de capital en la disolución del orden feudal.

En segundo lugar, ¿significa esto que una vez que el capitalismo ha experimentado la acumulación originaria, una vez que su prehistoria ha quedado atrás y que ha surgido una sociedad capitalista madura, los violentos procesos que aquí describe Marx se desvanecen y dejan de ser necesarios para el funcionamiento del capitalis-

mo? Esta es una cuestión sobre la que volveremos más adelante, pero mantengámosla en la memoria mientras avanzamos.

En su presentación de de la acumulación originaria, Marx abandona todas las reglas del intercambio de mercado antes expuestas (en el capítulo II). No hay reciprocidad, no hay igualdad. Sí hay acumulación de dinero, hay mercados, pero el proceso real está en otro lugar, y se trata de la violenta desposesión de toda una clase de personas del control sobre los medios de producción, al principio mediante actos ilegales, pero en último término, como en el caso de la legislación sobre los cercamientos (*enclosures*) en Gran Bretaña, mediante acciones respaldadas por el Estado. Adam Smith no quería, por supuesto, que el Estado apareciera como agente activo de la victimización de una población, por lo que no podía contar una historia de la acumulación originaria en la que la violencia estatal desempeñara un papel crucial. Si los orígenes de la acumulación de capital tienen que ver con el aparato de poder estatal, ¿por qué defender ahora políticas de *laissez-faire* como medio primordial para aumentar el bienestar nacional e individual? Por eso Smith, como la mayoría de los economistas políticos clásicos, preferiría ignorar el papel del Estado en la acumulación originaria, aunque hubo excepciones. James Steuart, observa Marx, entendía ciertamente que la violencia estatal era absolutamente decisiva para la proletarización, pero en su opinión se trataba de un mal necesario. El libro de Michael Perelman *La invención del capitalismo*<sup>1</sup> ofrece un excelente estudio de cómo se trató en la economía política clásica la acumulación originaria.

La principal preocupación de Marx en este capítulo es desvelar la historia de la acumulación originaria desde el siglo XVI en adelante, e investigar cómo se pusieron en marcha esos procesos. Admite sin objeción que

la historia de esa expropiación adopta matices diferentes en distintos países y recorre fases distintas en sucesión diferente y en diversas épocas de la historia. Tan solo en Inglaterra, que por eso tomamos como ejemplo, reviste su forma clásica. (III.200-201, 744)

¿Quiere decir Marx con el término «clásica» que había un modelo para la transición al capitalismo que todo el mundo tenía que seguir? Marx rechazó más tarde esa interpretación y explicó que solo consideraba Gran Bretaña como un ejemplo, aunque especial y adelantado. De nuevo se trata de cuestiones controvertidas sobre las que tendremos que volver. Pero cómo las consideremos tiene importancia para otra cuestión importante pero normalmente eludida: ¿es necesario pasar por la acumulación originaria y por la larga historia del capitalismo para llegar al socialismo?

---

<sup>1</sup> Michael Perelman, *The Invention of Capitalism: Classical Political Economy and the Secret History of Primitive Accumulation*, Durham (NC), Duke University Press, 2000.

## Capítulo XXIV. La llamada acumulación originaria [Sección séptima]

Los seis apartados restantes de este capítulo son relativamente cortos y están dispuestos en una sucesión con claras consecuencias. Los repasaré brevemente, apuntando algunos elementos importantes. El segundo apartado trata de la expropiación de la población agrícola así como del proceso igualmente importante de la disolución de las mesnadas feudales. La apropiación de la tierra fue el medio primordial para desposeer al campesinado, pero la emancipación de los siervos se debió igualmente a la forma en que comenzó a utilizarse el poder del dinero en y sobre el orden feudal (en particular por el capital comercial y usurario). «La nueva [nobleza] era hija de su época, para la que el dinero constituía el poder de todos los poderes» (III.203, 746). En los *Grundrisse* Marx es bastante más explícito. Allí explica cómo el dinero disuelve la comunidad tradicional, con lo que es el propio dinero el que se convierte en comunidad. Así pasamos de un mundo en el que la «comunidad» se define en términos de relaciones sociales interpersonales a otro en el que prevalece la comunidad del dinero. El dinero, utilizado como poder social, lleva a la creación de latifundios, grandes haciendas de cría de ganado ovino, etc., al mismo tiempo que prolifera el intercambio de mercancías (una idea a la que atribuye mucha importancia en los capítulos previos sobre el dinero y el intercambio en general). La comunidad tradicional no se rinde sin lucha y, en las primeras fases al menos, el poder estatal intenta preservar lo que E. P. Thompson llamó más tarde «la economía moral» del campesinado frente al poder expedito del dinero.

Pero el poder estatal fue cediendo gradualmente, principalmente por dos razones: primera, por su dependencia y consiguiente vulnerabilidad frente al poder del dinero; segunda, porque este último podía crearse y movilizarse en formas difíciles de frenar por la legislación estatal. Bajo Enrique VII se aprobaron leyes que trataban de frenar el proceso de monetización y proletarización; pero el creciente poder del incipiente capitalismo «requería, por el contrario, la situación servil de las masas populares, su propia transformación en asalariados y la transformación de sus medios de trabajo en capital [...] El proceso violento de explotación de las masas populares recibió un nuevo y terrible impulso en el siglo XVI con la Reforma», tras la cual la resistencia del orden social tradicional comenzó a derrumbarse (III.206-207, 748).

Antes de que las ilegalidades del poder del dinero llegaran a cobrar un impulso subversivo, el Estado se alió con él y comenzó a apoyar activamente los procesos de proletarización. Marx sugiere que esa tendencia se consolidó con

la *Glorious Revolution* [la revolución gloriosa de 1688, que] llevó al poder, junto con Guillermo III de Orange, a los extractores de plusvalor terratenientes y capitalistas.

Inauguraron la nueva era ejerciendo a escala global el saqueo de las tierras públicas, que hasta entonces solo se había practicado a escala modesta [...] Los bienes de dominio público apropiados de un modo tan fraudulento, junto con el saqueo de los bienes de la Iglesia [...] constituyen la base de los actuales dominios principescos de la oligarquía inglesa. (III.209-210, 751-752)

Sobre esa base se formaron nuevas y más poderosas alianzas de clase. «La nueva aristocracia terrateniente era la aliada natural de la nueva bancocracia, las altas finanzas recién salidas del cascarón y los grandes manufactureros atrincherados por entonces tras el arancel proteccionista.» Con otras palabras, la burguesía se constituye a partir de una amplia alianza de capitalistas terratenientes, comerciantes, financieros y manufactureros, que someten al aparato estatal a su voluntad colectiva. Como consecuencia, «la propia ley se convierte ahora en vehículo del robo de las tierras del pueblo, aunque los grandes arrendatarios también emplean, de paso, sus pequeños métodos privados e independientes» (III.210-211, 752).

Así pues, durante ese periodo se da un robo sistemático de propiedades comunales, encabezado por el gran movimiento de cercamiento de tierras. «La usurpación violenta [de la propiedad comunal], acompañada de la transformación de las tierras de labor en pastizales para el ganado, empieza a finales del siglo XV y perdura en el XVI» (III.211, 752). Esas circunstancias, dicho sea de paso, dieron lugar a una importante literatura nostálgica por la desaparición del viejo orden reinante. Era el mundo de Oliver Goldsmith y de la elegía de Thomas Gray que lamentaban la destrucción de una supuesta «Inglaterra feliz». Marx opta por comentar un ejemplo posterior, el caso espectacular de las Tierras Altas de Escocia o Highlands –cuyos granjeros se vieron desposeídos de sus tierras en una oleada tras otra hasta finales del siglo XIX–, escarneciendo la hipocresía de la duquesa de Sutherland, quien al mismo tiempo que expulsaba a la gente de sus fincas en las Highlands mediante un proceso cuasilegal, «recibía con gran pompa en Londres a la Sra. Beecher Stowe, autora de *La cabaña del tío Tom*, para mostrar su simpatía por los esclavos negros de la República norteamericana» (III.218-219, 758).

Como resumen, Marx expone:

El saqueo de los bienes eclesiásticos, la fraudulenta enajenación de los dominios públicos, el robo de la propiedad comunal, la transformación usurpadora, efectuada con un despiadado terrorismo, de la propiedad feudal y de clanes en moderna propiedad privada, fueron otros tantos métodos idílicos de la acumulación originaria. Ellos abrieron paso a la agricultura capitalista, incorporaron la tierra al capital y proporcionaron a la industria urbana la necesaria afluencia de un proletariado enteramente libre. (III.221-222, 760-761)



El destino de toda esa gente expulsada de sus tierras se trata en el apartado siguiente. Con frecuencia no encontraban empleo, por lo que se convirtieron, a ojos del Estado al menos, en vagabundos, mendigos, ladrones y forajidos. El aparato estatal respondió del mismo modo que suele hacerlo hoy día: los criminalizó y encarceló, presentándolos como bandidos y aplicando contra ellos la violencia más despiadada. «De esta suerte, la población rural expropiada violentamente, expulsada de sus tierras y reducida al vagabundeo, fue sometida, mediante leyes grotescas y terroristas, a fuerza de palos, de marcas de fuego y de tormentos, a una disciplina necesaria para el sistema de trabajo asalariado» (III.226, 765). La violencia de la socialización de los trabajadores sometidos al aparato disciplinario del capital era al principio transparente. Pero, con el paso del tiempo, «la coacción muda de las relaciones económicas sella el dominio de los capitalistas sobre los obreros» (III.227, 765). Una vez que se ha formado el proletariado, parece decir Marx, la compulsión silente de las relaciones económicas hace su trabajo y la violencia desnuda puede retirarse al trasfondo, porque la gente se ha acostumbrado a su situación como trabajadores asalariados, como portadores de la mercancía fuerza de trabajo. Pero «la burguesía ascendente» sigue necesitando «el poder del Estado» para regular los salarios, para evitar cualquier tipo de organización colectiva de los trabajadores (legislación antisindical y lo que en aquel tiempo se llamaban *Combination Laws*, que prohibían las asociaciones y hasta las asambleas obreras). Ese apoyo era crucial, subraya Marx, para la consolidación del régimen liberal (basado en el derecho de propiedad privada).

Desde los mismos inicios de la tormenta revolucionaria, la burguesía francesa se atrevió a arrebatarnos a los obreros el recién conquistado derecho de asociación. Mediante el decreto del 14 de junio de 1791 declaraba toda coalición de obreros como «un atentado a la libertad y a la declaración de los derechos del hombre». (III.232, 769)

La legalidad burguesa se utiliza de ese modo tan específico para inhibir el poder colectivo potencial de los trabajadores.

En el siguiente apartado, «Génesis del arrendatario capitalista», Marx expone de modo muy simple cómo los administradores locales (*bailiffs*) se convirtieron en granjeros arrendatarios y más tarde en aparceros, para acabar pagando una renta en dinero al propietario de la tierra. Ese proceso de monetización y mercantilización propició una «revolución agraria» que permitió al capital hacerse con el control de la tierra. El capital circulaba a través del suelo, a través de la naturaleza, del mismo modo que circulaba a través del cuerpo del trabajador como capital variable. El efecto de aquella revolución agraria, dice en el apartado siguiente, fue doble: no solo liberó mucha mano de obra, sino también medios de subsistencia antes consumidos

directamente. Mercantilizó la oferta de alimentos. El mercado de bienes y mercancías aumentó, en parte porque poca gente podía subsistir por sí misma. El resultado fue una expansión de los intercambios de mercado y un aumento del tamaño de este. Entre tanto, el capital iba destruyendo muchos de los oficios artesanales y familiares subsidiarios, no solo en India, sino también en Gran Bretaña. Esto dio lugar a la creación de un mercado doméstico más asentado y más amplio. El aumento del mercado interno en Gran Bretaña desde el siglo XVI en adelante fue, en opinión de Marx, un elemento importante para el desarrollo del capitalismo.

Esto le lleva a considerar en el apartado XXIV.6 la «génesis del capitalista industrial», que asume el papel dirigente relevando al capital comercial, usurario, financiero (la bancocracia) y terrateniente. Este relevo estuvo desde un principio muy ligado al colonialismo, la trata de esclavos y lo que sucedió en África y Estados Unidos. Bajo el feudalismo había muchas barreras para convertir la creciente cantidad de dinero líquido en capital industrial. «El régimen feudal en el campo y el gremial en las ciudades impedían al capital dinerario –constituido a partir de la usura y el comercio– su conversión en capital industrial [basado en el trabajo asalariado]. Esas barreras cayeron con la disolución de las mesnadas feudales y con la expropiación y expulsión parcial de la población rural.» Marx señala no obstante a continuación que

la nueva manufactura se estableció en los puertos marítimos de exportación o en puntos del campo libres del control del viejo sistema urbano y su régimen gremial. De ahí la encarnizada lucha entablada en Inglaterra por las *corporate towns* contra estos nuevos viveros industriales. (III.243, 778)

El capitalismo industrial se desarrolló en Inglaterra en lo que ahora llamaríamos «viveros». Los grandes centros mercantiles como Norwich y Bristol estaban muy organizados y era políticamente difícil conquistarlos y subyugar el poder de los gremios, mientras que en pueblos más pequeños en el campo no existía un aparato regulador semejante al de la burguesía de las ciudades o la organización gremial. Por eso la primera oleada industrializadora en Gran Bretaña tuvo lugar en antiguos pueblecitos como Manchester (de una dimensión semejante eran originalmente todas las ciudades del algodón). Leeds y Birmingham comenzaron también como pequeños pueblos comerciales. Esa pauta de la industrialización es diferente de la que se produjo en otros lugares, aunque sigue siendo cierto que el capital prefiere asentarse en viveros relativamente poco urbanizados siempre que puede. Cuando la industria automovilística japonesa se instaló en Gran Bretaña en la década de 1980, evitó las regiones del país altamente sindicalizadas y prefirió áreas abiertas a nuevos desarrollos, donde las empresas podían partir de cero y construir lo que quisieran (con la ayuda del gobierno antisindical de Margaret Thatcher, por supuesto). En Estados

Unidos se da la misma tendencia. Encontrar espacios con escasa regulación y organización sindical sigue siendo un aspecto significativo de la dinámica geográfica de asentamiento del capitalismo.

Tampoco se puede ignorar la influencia del sistema colonial y de la trata de esclavos, medios privilegiados entre los empleados por la burguesía para esquivar y derrotar a los poderes feudales. Muchos opinan que las plantaciones de esclavos en las Indias Occidentales a principios del siglo XVIII constituyeron una fase pionera en la organización del funcionamiento del trabajo a gran escala tal como reapareció más tarde en el sistema fabril en Gran Bretaña. «Esos métodos se basan en parte en la violencia más brutal, como por ejemplo el sistema colonial» (III.244, 779). Para extraer riqueza de las poblaciones colonizadas se utilizaron todo tipo de tácticas. «Entre 1769 y 1770 los ingleses desataron [en India] una hambruna al comprar todo el arroz y negarse a revenderlo si no era a precios fabulosos» (III.245-246, 781). Pero todos esos métodos

se valen del poder estatal, como violencia concentrada y organizada de la sociedad, a fin de fomentar artificialmente el proceso de transformación del modo de producción feudal en capitalista y de acortar las transiciones. La violencia es la partera de toda sociedad vieja preñada de una nueva. Es, por sí misma, una potencia económica. (III.244, 779)

No podemos entender ese papel crucial del Estado como fuerza organizadora y como promotor del sistema colonial, no obstante, sin conocer la importancia de la deuda soberana y el sistema público de crédito como medios con los que los adinerados pueden comenzar a controlar el poder del Estado. La fusión entre el poder del dinero y el del Estado desde el siglo XVI en adelante viene señalada por el ascenso de un «sistema tributario moderno» y un sistema de crédito internacional (III.247-249, 782-783). «Esa ralea de bancócratas, financieros, rentistas, corredores, agentes y lobos de bolsa» que pueblan este sistema fue haciéndose con importantes puestos de poder (III.249, 783). El sistema colonial permitía que «los tesoros obtenidos fuera de Europa mediante el saqueo, la esclavización, la rapiña y el asesinato fueran transferidos a la metrópoli, donde se transformaban en capital», al tiempo que «la deuda pública se convirtió en una de las palancas más vigorosas de la acumulación originaria» (III.246-248, 781-782).

El sistema colonial, la deuda pública, pesados impuestos, proteccionismo, guerras comerciales, etcétera, esos retoños del periodo manufacturero propiamente dicho, aumentan de un modo gigantesco durante el periodo infantil de la gran industria. El nacimiento de esta última se celebra con el gran robo heródico de niños. (III.251, 785)

Esa «carnicería» surgió de la necesidad de encontrar y movilizar suficiente fuerza de trabajo en áreas remotas, muy distantes de las ciudades existentes. Marx cita a John Fielden: «Se requerían principalmente dedos pequeños y ágiles. Inmediatamente brotó la costumbre de traer aprendices (!) de los diversos asilos parroquiales de Londres, Birmingham y otros sitios» y enviarlos al norte, a Lancashire (III.252, 786). Y Marx prosigue, ahora con sus propias palabras: «Mientras introducía la esclavitud infantil en Inglaterra, la industria algodonera impulsaba al mismo tiempo la transformación de la economía esclavista de los Estados Unidos, antes más o menos patriarcal, en un sistema de explotación comercial», estimulando la trata de esclavos bajo el creciente dominio de los británicos. «Liverpool se hizo grande sobre la base del comercio de esclavos. Este constituyó su método de acumulación originaria» (III.254, 787).

*Tantae molis erat* [Costó un inmenso esfuerzo] desatar las «leyes eternas de la naturaleza» del modo de producción capitalista para consumir el proceso de disociación entre trabajadores y condiciones de trabajo, para convertir, en un polo, los medios sociales de producción y de subsistencia en capital, y en el otro polo las masas populares en obreros asalariados, en «pobres que trabajan» libres, ese producto artificial de la historia moderna. (III.254, 787-788)

Si el dinero «viene al mundo manchado de sangre», concluye Marx, «el capital nace chorreando sangre y mugre por todos los poros, de los pies a la cabeza» (III.254-255, 788).

Los procesos de expropiación, arguye Marx en el apartado XXIV.7 («Tendencia histórica de la acumulación capitalista»), son tan prolongados como brutales y dolorosos. El feudalismo no se desvaneció sin resistencia.

Al alcanzar cierto nivel alumbró los medios materiales de su propia destrucción. Desde ese instante se agitan en el seno de la sociedad fuerzas y pasiones que se sienten encadenados por él. Tiene que ser destruido y lo será. Su destrucción, la transformación de los medios de producción individuales y diseminados de muchos en medios socialmente concentrados, y por tanto de la propiedad raquílica de muchos en la propiedad gigantesca de unos pocos, esto es, la expropiación de la gran masa del pueblo de sus tierras, medios de subsistencia e instrumentos de trabajo, esa expropiación terrible y ardua de la masa del pueblo, constituye la prehistoria del capital. (III.256-257, 789-790)

Esa prehistoria «abarca toda una serie de episodios violentos» caracterizados por «el más despiadado vandalismo». Pero una vez puestos en marcha, los procesos del desarrollo capitalista adquieren su propia lógica, incluida la de la centralización.

Cada capitalista mata a otros muchos. Paralelamente a esa centralización o expropiación de muchos capitalistas por pocos, se desarrolla la forma cooperativa del proceso de trabajo a una escala cada vez mayor, la aplicación técnica consciente de la ciencia, la explotación sistemática de la tierra. (III.257-258, 790)

Simultáneamente se forma el mercado mundial que da pábulo «al carácter internacional del régimen capitalista». De todo ello brota también la indignación y rebelión de la clase obrera,

cada vez más numerosa, educada, unida y organizada por el mecanismo del proceso capitalista de producción. El monopolio del capital se convierte en grillete del modo de producción que florece con y bajo él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que resultan incompatibles con su envoltura capitalista. Esta salta hecha añicos. Ha sonado la hora final de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados. (III.258, 791)

Hay, después de todo, una enorme diferencia entre «la expropiación de la gran mayoría del pueblo» por unos pocos usurpadores y la expropiación de unos pocos usurpadores por la gran mayoría del pueblo.

Este llamamiento a las barricadas de la revolución emplea la retórica del *Manifiesto comunista*, llamada a sustentar la política de *El Capital*. Es una proclamación política y polémica que debía constituir, con seguridad, el capítulo culminante de una asombrosa obra de profundo análisis alentado por un espíritu revolucionario.

Lo que nos lleva al último capítulo, que curiosamente desinfla la retórica y el tono mesiánico del anterior, ofreciendo una serie de reflexiones sobre la teoría de la colonización. Además, en realidad no trata de la experiencia colonial real y las perspectivas para las luchas revolucionarias anticoloniales (la expropiación de los amos coloniales por la masa de los pueblos colonizados en masa), sino sobre la teoría de la colonización expuesta por un tal Edward Gibbon Wakefield, quien no se cuenta precisamente entre los mayores economistas políticos de todos los tiempos, que escribió su libro sobre la colonización mientras cumplía condena en la prisión de Newgate por el estupro de una jovencita de buena familia. En la cárcel conoció a varios condenados a punto de ser enviados a Australia, lo que evidentemente le hizo pensar sobre el papel de aquel continente en el mundo en general. Wakefield sabía muy poco de lo que sucedía realmente en Australia, pero percibió algo que Marx consideraba de gran importancia porque equivalía a una refutación devastadora de Adam Smith, al reconocer que se podía llevar allí todo el capital del mundo –dinero,

instrumentos de trabajo, materiales de todo tipo—, pero que si no se encontraban allí trabajadores «libres» (¡en el doble sentido del término!) que trabajaran para uno, no se podía convertir en capitalista.

Wakefield, en resumen, «descubrió que el capital no es una cosa, sino una relación social entre personas mediatizadas por las cosas» (III.263, 793). Era difícil encontrar trabajadores libres en Australia; en aquella época todos tenían un fácil acceso a la tierra y podían por tanto sobrevivir como productores independientes. La única forma de asegurarse una oferta de trabajo, preservando así las perspectivas para el capitalismo, era la intervención del Estado imponiendo un precio mínimo sobre la tierra, lo bastante alto como para asegurar que quienquiera que llegara a Australia tenía que trabajar por un salario hasta ahorrar lo suficiente como para poder comprarse una parcela de tierra. Wakefield consideraba que el sistema de propiedad de la tierra en Estados Unidos (la Ley de Asentamientos Rurales [*Homesstead Act*]) era demasiado abierto y libre, lo que elevaba demasiado el precio del trabajo (y, como vimos antes, llevaba a la adopción más rápida de inventos que ahorrarán trabajo). Estados Unidos, predecía correctamente Wakefield, tendría que recurrir a las tácticas brutales de la prehistoria del capitalismo para que este sobreviviera allí. La lucha entre el «trabajo libre» en la Frontera americana y el creciente control de la tierra por los intereses empresariales (en particular los ferroviarios), así como la retención de poblaciones inmigrantes como trabajadores asalariados en la ciudad, eran aspectos vitales de la acumulación.

Marx concluye:

Lo único que nos interesa es el secreto descubierto por la economía política en el Nuevo Mundo y proclamado a voces: el modo de producción y acumulación capitalista, y por tanto también la propiedad privada capitalista, requieren la destrucción de la propiedad privada basada en el propio trabajo, es decir, la expropiación del trabajador. (III.273, 802)

Que se asigne a la tierra virgen, por decreto del gobierno, un precio artificial, independiente de la ley de la oferta y la demanda, que obligue a los inmigrantes a trabajar a jornal durante más tiempo, hasta que puedan ganar bastante dinero para comprar tierra y transformarse en campesinos independientes. (III.270, 800)

Ese es, dice Marx, el «gran secreto» de los planes de Wakefield para la colonización, pero también revela el gran secreto de la acumulación originaria. Esos planes influyeron considerablemente sobre el Parlamento británico y afectaron a la política colonial con respecto a la tierra. «Es altamente significativo que el gobierno inglés haya puesto en práctica durante muchos años ese método de “acumulación origina-

ria” recetado expresamente por el señor Wakefield para su uso en los países coloniales» (III.272, 801).

Marx aprovecha esa teoría colonial para rechazar la teoría de la acumulación originaria de Adam Smith, pero en su argumentación hay algo más, de gran relevancia para toda la estructura de *El Capital*. En el prefacio a la segunda edición, Marx se refiere a su relación con Hegel, señalando: «ya critiqué el aspecto mistificador de la dialéctica hegeliana hace casi treinta años» (I.30, 27). Alude, muy probablemente, a su extensa *Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*, a partir del párrafo 250 de la exposición de este último. Pero el contexto de los párrafos precedentes es quizá sorprendente: sin ninguna advertencia o teorización anterior, Hegel se lanza a comentar las contradicciones internas del capitalismo y señala la «dependencia y congoja de la clase obligada» a cierto tipo de trabajo, que da lugar a un empobrecimiento generalizado y a la creación de una *plebe* humilde, por un lado, y por otro a «condiciones que facilitan mucho la concentración de una riqueza desproporcionada en unas pocas manos» (§§ 243 y 244). Es un lenguaje muy similar al utilizado en el apartado 4 del capítulo XXIII de *El Capital*, donde Marx habla de acumulación de riqueza en un polo y de miseria, sufrimiento y degradación en el otro, en el que se sitúa la clase obrera. «Se hace pues evidente –observa Hegel– que pese a un *exceso de riqueza*, la sociedad civil *no es lo bastante rica* para eliminar la excesiva pobreza y la creación de una plebe hundida en la miseria» (§ 245)<sup>2</sup>.

Así pues, lo que podría llamarse «dialéctica interna» produce niveles cada vez mayores de desigualdad social. Además, como dice en el apéndice al § 244, «frente a la naturaleza no se puede presentar ninguna reclamación, pero una vez que se ha establecido la sociedad, la pobreza cobra inmediatamente la forma de una injusticia hecha a una clase por otra». La dialéctica interna de la lucha de clases lleva así a la sociedad civil a buscar alivio en una «dialéctica externa» o actividad colonial imperialista.

Esta dialéctica interna de la sociedad civil la impulsa –o al menos impulsa a *determinada* sociedad civil– a ir más allá de sus propios límites y buscar mercados, e incluso sus medios de subsistencia necesarios, en otras tierras, deficitarias en los bienes que tiene en demasía o más atrasadas en el arte de su producción. (§ 246)

---

<sup>2</sup> G. W. F. Hegel, *Filosofía del Derecho*, Buenos Aires, Claridad, 1968, p. 205. Para una edición más reciente, véase *Líneas fundamentales de la Filosofía del Derecho*, trad. de M.<sup>a</sup> Carmen Paredes y J. M.<sup>a</sup> Paredes, en *Hegel*, vol. II, Madrid, Gredos, 2010 [ed. orig. en alemán disponible en <http://www.zeno.org/Philosophie/M/Hegel,+Georg+Wilhelm+Friedrich/Grundlinien+der+Philosophie+des+Rechts>].

«La sociedad civil madura se ve así impulsada, esporádica o sistemáticamente, a la actividad colonizadora, que en parte proporciona a una porción de su población un regreso a los principios familiares en nuevas tierras y en parte, a sí misma, una nueva necesidad y un nuevo campo para la aplicación continuada del trabajo» (§ 248)<sup>3</sup>. No queda muy claro si Hegel creía que así se resolvería el problema interno o no; pero Marx afirma tajantemente que no. El último apartado (7) del capítulo XXIV, que considera la expropiación de los expropiadores como última consecuencia de su dialéctica interna, no puede ser contrarrestado mediante prácticas coloniales que meramente recrean las relaciones sociales del capitalismo a una escala más amplia. No puede haber una solución colonial para las contradicciones internas de clase del capitalismo, y por la misma razón no caben apaños espaciales para sus contradicciones. Lo que ahora llamamos globalización es simplemente, como vemos una y otra vez, un apaño temporal que «resuelve» problemas en el aquí-y-ahora, proyectándolos a una escala geográfica mucho más amplia.

## Comentario

Hay en la exposición de Marx sobre la acumulación originaria varias cuestiones que merecen cierto comentario. Para empezar, es importante reconocer y apreciar su carácter innovador y pionero; nadie había planteado antes el tema de una forma tan sistemática y ordenada. Pero como suele suceder en tales casos, es un tanto exagerado y pasa por alto muchas cuestiones. Los historiadores generales y económicos han realizado desde entonces abundantes investigaciones sobre la transición del feudalismo al capitalismo, y actualmente habría cierto consenso en que la exposición de Marx es al menos parcialmente cierta, en que hubo efectivamente muchos momentos e incidentes de extrema violencia en algunos lugares, y en que el papel del sistema colonial, incluida la evolución de su política sobre la tierra, el trabajo y los impuestos es innegable. Pero también ha habido casos de acumulación originaria relativamente pacíficos en los que la población no se vio expulsada de la tierra, sino atraída por las posibilidades de empleo y las perspectivas de una vida mejor ofrecidas por la urbanización y la industrialización. El desplazamiento voluntario a las ciudades huyendo de la situación precaria y con frecuencia calamitosa de la vida rural, en busca de un salario relativamente estable y más alto, se ha dado a menudo (incluso sin esos procesos de desposesión forzosa de la tierra a los que se refiere Marx y de los que hay abundantes pruebas históricas). La historia de la acumulación originaria es, por tanto, mucho más matizada y complicada en sus detalles, y hay

---

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 207.



importantes aspectos de su dinámica que Marx no toma en consideración, por ejemplo la dimensión de género, que ahora se reconoce como muy significativa, dado que la acumulación originaria suponía con frecuencia una pérdida radical de poder de las mujeres, su reducción a la condición de una propiedad más y el refuerzo de las relaciones sociales patriarcales.

Aun así, Marx hizo algo más que esbozar las líneas genéricas de las revoluciones industrial y agrícola y de los procesos de proletarización, mercantilización y monetización necesarios para el afianzamiento del capitalismo. Su estudio sentó las bases para todas las discusiones posteriores al respecto, y de forma extraordinariamente creativa. También puso de relieve dramáticamente la violencia originaria y las feroces luchas entre las que nació el capitalismo, una violencia originaria que la burguesía trató después de negar y olvidar, por más que sus huellas nos sigan marcando hasta hoy día.

A lo largo de *El Capital*, pero también en muchos otros textos, Marx tiende a relegar los procesos de acumulación originaria a la prehistoria del capitalismo. Una vez acabada esa prehistoria, domina al parecer la «silente compulsión de las relaciones económicas». El proyecto político de Marx en *El Capital* es alertarnos sobre el poder que ejerce sobre nosotros esa silente compulsión, a menudo sin que la percibamos, oculta bajo la máscara fetichista que envuelve cada acontecimiento. Nos muestra, como antes argumenté, que no hay nada más desigual que el trato igual a los desiguales; que la supuesta igualdad en los intercambios de mercado nos engaña haciéndonos creer en la igualdad de las personas; que las doctrinas burguesas sobre el derecho de propiedad privada y la tasa de beneficio sugiere que todos tenemos garantizados los mismos derechos humanos; que las ilusiones de libertad personal (sobre cuya base actuamos e incluso luchamos políticamente por ellas) tienden en realidad a consolidar la libertad de mercado y de comercio.

Pero hay, en mi opinión, un problema real en la idea de que la acumulación originaria ocurrió en otro tiempo y que una vez sucedida dejó de tener importancia real. En los últimos años varios comentaristas, incluido yo mismo, han sugerido que debemos rastrear seriamente la continuidad de la acumulación originaria durante toda la historia y la geografía del capitalismo. Rosa Luxemburg planteó vigorosamente esta cuestión hace aproximadamente un siglo. Insistió en que debemos entender que el capitalismo se basa en dos tipos diferentes de explotación:

De un lado tiene lugar en los centros de producción de plusvalor (en la fábrica, en la mina, en la hacienda agrícola y en el mercado). Considerada así, la acumulación es un proceso puramente económico, cuya fase más importante se realiza entre los capitalistas y los trabajadores asalariados, pero que en ambas partes, en la fábrica como en el mercado, se mueve exclusivamente dentro de los límites del cambio de mercan-

cías, del intercambio de equivalentes. Paz, propiedad e igualdad reinan aquí como formas, y era menester la dialéctica afilada de un análisis científico para descubrir cómo en la acumulación el derecho de propiedad se convierte en apropiación de propiedad ajena, el intercambio de mercancías en explotación, la igualdad en dominio de clases.

Esto es de hecho lo que Marx muestra tan brillantemente en los capítulos anteriores, a lo que Rosa Luxemburg añade:

El otro aspecto de la acumulación del capital se desarrolla en la escena mundial, entre el capital y formas de producción no capitalistas. Ahí reinan como métodos la política colonial, el sistema de empréstitos internacionales, la política de intereses privados, la guerra; aparecen sin disimulo la violencia, el engaño, la opresión, la rapiña. Por eso cuesta trabajo descubrir bajo esa confusión de actos políticos de violencia y enfrentamiento de fuerzas las leyes rigurosas del proceso económico<sup>4</sup>.

Luxemburg constata una «relación orgánica» entre esos dos sistemas de explotación y acumulación. La larga historia del capitalismo tiene como eje esa relación dinámica entre la continua acumulación originaria por un lado y la acumulación mediante la reproducción ampliada descrita en *El Capital*, por otro. Marx estaba por tanto equivocado, argumenta Luxemburg, al confinar la acumulación originaria a la prehistoria del capitalismo. El capitalismo habría dejado de existir hace mucho tiempo si no hubiera emprendido nuevas rondas de acumulación originaria, principalmente mediante la violencia del imperialismo.

Intuitivamente uno se siente tentado a aceptar que Rosa Luxemburg estaba acertada en principio, aunque no comparta todas sus conclusiones. Para empezar, los procesos específicos de acumulación originaria descritos por Marx –la desposesión de las poblaciones rurales y campesinas; la explotadora política colonial, neocolonial e imperialista; el uso de los poderes estatales para reasignar los activos a una clase capitalista; el cercamiento de las tierras comunales; la privatización de las tierras y bienes estatales; un sistema internacional de finanzas y crédito; la agobiante deuda pública e incluso la sombría prolongación de la esclavitud que la ONU denomina púdicamente «trata de personas» (en particular mujeres)–; todas esas prácticas siguen vigentes entre nosotros y en algunos casos, como los del sistema de crédito o

---

<sup>4</sup> Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke*, vol. 5. *Die Akkumulation des Kapitals*, cit., p. 397 [disponible en [http://www.mlwerke.de/lu/lu05/lu05\\_391.htm](http://www.mlwerke.de/lu/lu05/lu05_391.htm); ed. cast.: *La Acumulación del Capital*, Edicions Internacionals Sedov, cap. XXXI, «Aranceles protectores y acumulación», p. 224, disponible asimismo en <http://www.grupgerminal.org/?q=system/files/LA+ACUMULACI%C3%93N+DEL+CAPITAL.pdf>].

el cercamiento y privatización de los bienes comunes, no parecen haberse difuminado sino haber cobrado mayor relevancia.

La continuidad se hace aún más evidente cuando desplazamos la mirada del caso «clásico» de Gran Bretaña a la geografía histórica del capitalismo a escala mundial. Luxemburg mencionaba las llamadas guerras del opio contra China como ejemplo de los procesos que tenía en mente. Uno de los mayores mercados exteriores para los artículos británicos era India, y los indios podían pagarlos en parte suministrando materias primas a Gran Bretaña (como indica Marx en *El Capital*); pero no era suficiente, por lo que se decidió vender grandes cantidades de opio indio en China a cambio de plata, que se utilizaría a continuación para pagar los artículos británicos. Cuando el gobierno chino trató de controlar el comercio exterior en general y el del opio en particular, la flota británica remontó el río Yangtze y destruyó toda la flota china en una corta guerra para obligar al gobierno chino a abrir sus puertos. Solo mediante esos medios imperialistas, sugería Luxemburg, se podría asegurar la acumulación y realización del capital a largo plazo. Según su estudio, la continua prolongación de la acumulación originaria tenía lugar principalmente en la periferia, en regiones donde todavía no dominaba el modo de producción capitalista, y las prácticas coloniales imperialistas eran decisivas para ello. Pero a medida que nos acercamos al presente, el papel de la periferia cambia (en particular con la descolonización), y las prácticas de acumulación originaria no solo se desplazan y proliferan, sino que también cobran mayor importancia en las regiones del centro dominadas por el capital.

Considérese por ejemplo el caso de la China contemporánea. Bajo el liderazgo de Mao, China atravesó su propio proceso de desarrollo, sin relacionarse apenas con el exterior; pero en 1978 Deng Xiaoping decidió abrir China a las inversiones y al comercio exterior y revolucionar su economía. Las reformas agrícolas no solo generaron algo parecido a una revolución agraria en la producción, sino que también «liberaron» de la tierra una enorme cantidad de mano de obra así como de plusproducto. Es bastante evidente que, durante los últimos treinta años, se ha venido produciendo en China algo muy parecido a lo que Marx denominaba acumulación originaria y que la apertura de China ha contribuido a estabilizar el capitalismo global en los últimos tiempos. Rosa Luxemburg probablemente diría que esa nueva ronda de acumulación originaria ha sido fundamental para la supervivencia del capitalismo. En este caso, no obstante, el proceso no fue impuesto por prácticas imperialistas extranjeras, sino impulsado por el Estado chino y el Partido Comunista gobernante, emprendiendo una vía cuasi-capitalista para aumentar la riqueza nacional. Esto trajo consigo la creación de un enorme proletariado urbano con bajos salarios a partir de la población campesina, la aceptación de capital extranjero inicialmente controlado en determinadas zonas y ciudades para dar empleo a ese pro-

letariado, y el desarrollo de una red de relaciones comerciales globales para vender en el exterior y realizar el valor de las mercancías chinas, cuando el mercado interno apenas había comenzado a expandirse. Es también interesante señalar el papel de los viveros o «zonas económicas especiales» en China. Del mismo modo que Manchester pasó en pocas décadas de ser una pequeña ciudad a convertirse en un enorme centro industrial, algo muy parecido ha sucedido en Shenzhen desde 1980. Su pauta de desarrollo no es muy distinta de la descrita por Marx, excepto en el nivel de violencia originaria, mucho más silenciosa (algunos dirían silenciada), y el papel decisivo en todo el proceso de poder del Estado y del partido. A la luz de ese ejemplo y del gran protagonismo que ha cobrado China en la supervivencia de un sistema capitalista dedicado a «la acumulación por la propia acumulación, la producción por la propia producción», es difícil evitar como conclusiones que (a) algo muy parecido a la acumulación originaria está vivo y pujante en la dinámica del capitalismo contemporáneo y (b) su prolongada existencia puede muy bien ser fundamental para la supervivencia del capitalismo.

Pero esa misma proposición se cumple, poco más o menos, en todas partes. La violencia de la extracción de recursos naturales (en toda África en particular) continúa, así como la expropiación de las poblaciones campesinas en Latinoamérica y en el sur y el este de Asia. Nada de eso ha desaparecido, y en algunos casos se ha intensificado, dando lugar a feroces conflictos, por ejemplo con respecto a la expulsión de sus tierras de poblaciones campesinas en India para crear en ellas «zonas económicas especiales» donde la industria pueda desarrollarse con todo tipo de ventajas. El asesinato de los campesinos en Nandigram (Bengala occidental) que se resistían a unas expulsiones destinadas a promover allí el desarrollo industrial, es un ejemplo tan «clásico» de acumulación originaria como podía serlo el de Gran Bretaña durante el siglo XVII. Además, cuando Marx apunta a la deuda pública y al incipiente sistema de crédito como aspectos vitales en la historia de la acumulación originaria, está hablando de algo que ha aumentado desmesuradamente desde entonces convirtiéndose en una especie de sistema nervioso central para regular los flujos de capital. Las tácticas depredadoras de Wall Street y las instituciones financieras (compañías de tarjetas de crédito) son indicadores de acumulación originaria por otros medios. Así pues, ninguna de las prácticas depredadoras señaladas por Marx han desaparecido, y en algunos casos incluso han prosperado en una medida inimaginable en su época.

Pero en la nuestra han proliferado y se han multiplicado las técnicas para enriquecer a las clases dominantes y reducir el nivel de vida de los trabajadores mediante algo parecido a la acumulación originaria. Por ejemplo, United Airlines va a la quiebra y consigue que el tribunal competente al respecto acepte liberarla de sus obligaciones de pensiones para poder seguir funcionando como un negocio viable. Todos los em-

pleados de United Airlines se encuentran de repente sin pensiones de jubilación y dependiendo de un fondo de seguros estatal que les pagará una pensión mucho más baja. Los jubilados de la línea aérea se ven así arrojados al subproletariado. Antiguos empleados de United Airlines dicen, al ser entrevistados: «Bueno, ya sabe, tengo 67 años y aunque pensaba que iba a vivir feliz con mi pensión de jubilación de 80.000 dólares al año, ahora me encuentro con que solo voy a recibir 35.000, de forma que tengo que pensármelo y encontrar un empleo para sobrevivir». Y la gran pregunta, la más interesante, es: ¿adónde ha ido a parar el equivalente a todo ese dinero? Quizá no sea una coincidencia que al mismo tiempo que muchos trabajadores estaban siendo desposeídos de sus pensiones, seguros sanitarios y otros derechos al bienestar en todo Estados Unidos, la remuneración de los ejecutivos y directivos de Wall Street subiera vertiginosamente hasta la estratosfera.

Piénsese, por poner otro ejemplo, en la oleada de privatizaciones que ha barrido todo el mundo capitalista desde la década de 1970. La privatización del agua, la educación y la sanidad en muchos de los países que en otro tiempo las suministraban como bienes públicos ha cambiado dramáticamente el funcionamiento del capitalismo (creando todo tipo de nuevos mercados, por ejemplo). La privatización de las empresas estatales (casi invariablemente a un precio que permitía a los capitalistas obtener inmensos beneficios a muy corto plazo) ha relajado también el control público sobre las decisiones de crecimiento e inversión. Se trata, de hecho, de una forma particular de cercamiento de los bienes comunes, en muchos casos orquestada por el Estado (como lo fue su primera ronda). El resultado ha sido una desposesión de activos y derechos arrebatados a la gente corriente, mientras se producían inmensas concentraciones de riqueza en el otro extremo de la escala.

Tanto en *El nuevo imperialismo* como en *Breve historia del neoliberalismo*<sup>5</sup> argumenté que el poder de clase se consolidaba ahora cada vez más mediante procesos de ese tipo. Dado que parece un tanto extraño llamarla primitiva u originaria, prefiero denominar esos procesos como «acumulación por desposesión». En esos textos argumentaba que aunque ya empezó a producirse durante las décadas de 1950 y 1960, en particular mediante las tácticas del colonialismo y el imperialismo y el saqueo depredador de los recursos naturales, entonces no había tanta acumulación por desposesión en las regiones centrales del capitalismo, en particular en las regidas por aparatos estatales socialdemócratas. La neoliberalización impuesta desde mediados de la década de 1970 ha cambiado todo eso. La acumulación por desposesión se ha interiorizado cada vez más en las regiones centrales del capitalismo, al

---

<sup>5</sup> David Harvey, *The New Imperialism*, Oxford, Oxford University Press, 2003; *A Brief History of Neoliberalism*, cit. [eds. cast.: *El nuevo imperialismo* y *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2004 y 2007 respectivamente].

tiempo que se ampliaba y profundizaba en todo el sistema global. No deberíamos considerar la acumulación originaria (del tipo que se ha producido durante las últimas décadas en China) o la acumulación por desposesión (como la que ha tenido lugar en las regiones del centro con la oleada de privatizaciones) como algo que solo correspondía a la prehistoria del capitalismo. Está sucediendo ahora, ha resucitado como un elemento cada vez más relevante de la forma de funcionamiento del capitalismo global para consolidar el poder de clase; y puede abarcarlo todo, desde la desposesión del derecho de acceso a la tierra y medios de vida hasta el recorte de derechos (a las pensiones, la educación y la sanidad, por ejemplo) duramente obtenidos por el movimiento obrero mediante encarnizadas luchas de clase. Chico Mendes, el líder de los *seringueiros* [recolectores de caucho] de la Baja Amazonia, fue asesinado por defender aquel modo de vida contra los rancheros de ganado, los productores de soja y los madereros que trataban de capitalizar la tierra. Los campesinos de Nandigram fueron asesinados por resistirse a la ocupación de sus tierras para el desarrollo capitalista. El *Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra* (MST) en Brasil y el de los zapatistas en México han combatido para defender su derecho a la autonomía y la autodeterminación en entornos ricos en recursos y codiciados o cercados por el capital. Piénsese igualmente en la apropiación de empresas públicas en Estados Unidos por fondos de inversión privados, que después de arrebatarles sus activos y despedir a tantos empleados como podían, devuelven las empresas reestructuradas al mercado vendiéndolas con enormes beneficios (por los que los directivos de los fondos privados reciben primas astronómicas).

Hay innumerables ejemplos de luchas contra todas esas variadas formas de acumulación por desposesión. Luchas contra la biopiratería y el intento de patentar materiales y códigos genéticos, luchas contra las expropiaciones en favor de los promotores inmobiliarios capitalistas, contra la gentrificación que deja a la gente sin hogar en Nueva York y Londres, la depredación que ejerce el sistema de crédito en Estados Unidos desalojando de sus tierras a las familias granjeras en favor de los agronegocios... La lista es infinita. Existe una gran variedad de prácticas de acumulación por desposesión que, superficialmente al menos, no tienen nada que ver directamente con la explotación del trabajo vivo en las fábricas y talleres para producir plusvalor en la forma descrita por Marx en *El Capital*.

Y sin embargo hay aspectos en común y complementarios entre ambos procesos, como sugería (correctamente, a mi juicio) Luxemburg, apuntando a la «relación orgánica» entre ellos. La extracción de plusvalor no es, después de todo, más que una forma específica de acumulación por desposesión: la alienación, apropiación y desposesión de la capacidad de los trabajadores de producir valor en el proceso de trabajo. Además, para que esa forma de acumulación siga creciendo, hay que encontrar formas de incorporar como asalariados a las poblaciones latentes, y su tierra y

recursos como medios de producción para el desarrollo capitalista. Como ha sucedido en India y China, por ejemplo, la creación de «zonas económicas especiales» desalojando de sus tierras a los productores campesinos es una condición necesaria para la continuidad del desarrollo capitalista, del mismo modo que es necesario desalojar los denominados «poblados chabolistas» para que el capital inmobiliario amplíe su radio de operaciones. La expropiación de la tierra, jurídicamente respaldada por el Estado, ha sido un fenómeno muy generalizado durante los últimos años. En Seúl, durante la década de 1990, los promotores y empresas constructoras buscaban desesperados acceso a nuevo suelo urbano y emprendieron la desposesión de poblaciones enteras que habían emigrado a la capital durante la década de 1950 y habían construido sus propias casas aun sin disponer de un título de propiedad. Las empresas constructoras contrataron a bandas de matones para realizar incursiones en aquellos barrios y destruir a mazazos las casas y demás propiedades de la gente que vivía en ellos. En los años noventa uno podía pasear por barrios de Seúl totalmente devastados, entre los que sobrevivían reductos aislados de intensa resistencia popular.

Aunque Marx propendía a considerar la reproducción ampliada como el mecanismo primordial y casi único de la producción y acumulación de plusvalor, era muy consciente de que antes tenían que darse las condiciones necesarias de desposesión y redistribución de los bienes, poniéndolos en manos de la clase capitalista. Al igual que Rosa Luxemburg, yo creo que no se puede ignorar la acumulación por desposesión y que el despojo de los derechos de jubilación, de los bienes comunes, de la seguridad social (un recurso de propiedad común para toda la población), así como la creciente mercantilización de la educación, por no hablar de los desalojos de la tierra cultivada o habitada o del deterioro del medio ambiente, son importantes para entender la dinámica conjunta del capitalismo. Además, la conversión de un recurso de propiedad común como la educación en una mercancía, y la conversión de las universidades en instituciones corporativas neoliberales (con enormes consecuencias para lo que allí se enseña y cómo), tienen importantísimas consecuencias ideológicas y políticas, y son señal y símbolo de una dinámica capitalista que no deja piedra sobre piedra en su afán de expandir la esfera de obtención y apropiación de beneficios.

En la historia de la acumulación originaria que describe Marx, hubo todo tipo de combates violentos de resistencia contra las expulsiones y desposesiones por la fuerza. Hubo grandes movilizaciones en Gran Bretaña –los de los «niveladores» (*Levellers*) y «cavadores» (*Diggers*), por ejemplo– que se opusieron enérgicamente a la ofensiva arrolladora del capital, y no sería ninguna exageración decir que durante los siglos XVII y XVIII las formas primordiales de la lucha de clases fueron las de la resistencia a la desposesión más que contra la explotación en el lugar de

trabajo. En muchos lugares del mundo se podría decir hoy día lo mismo, lo que plantea la cuestión de qué forma de lucha de clases constituye o va a constituir el núcleo de un movimiento revolucionario contra el capitalismo en cada momento y lugar. Si desde la década de 1970 el capitalismo global en su conjunto no ha tenido mucho éxito en la generación de crecimiento, quizá esa sea la razón de que la consolidación de su poder de clase haya requerido un giro mucho más acentuado hacia la acumulación por desposesión, que es la que ha llenado a rebosar los cofres de la clase capitalista. El resurgimiento de los mecanismos de acumulación por desposesión ha sido particularmente notable en la expansión del sistema de crédito y las apropiaciones financieras, la última oleada de las cuales ha provocado que varios millones de personas perdieran sus hogares por los desahucios, tanto en Estados Unidos como en otros países. Gran parte de esa pérdida de bienes se concentra en los barrios más pobres, con consecuencias particularmente graves para las mujeres y los afroamericanos en viejas ciudades como Cleveland y Baltimore. Además, los banqueros de Wall Street, que se hicieron inmensamente ricos con este tipo de negocios durante los años de bonanza, siguen recibiendo enormes primas cuando pierden su empleo por las dificultades financieras. El efecto redistributivo de la pérdida de sus hogares que sufren millones de personas y las enormes ganancias de los banqueros de Wall Street aparece como un caso contemporáneo particularmente cruel de depredación y robo legalizado, típico de la acumulación por desposesión.

Las batallas políticas contra la acumulación por desposesión son en mi opinión tan importantes como otros movimientos proletarios más tradicionales; pero estos y los partidos políticos asociados a ellos suelen prestar poca atención a las luchas contra la desposesión, considerándolas a menudo como secundarias y carentes de un contenido específicamente proletario, ya que se concentran en el consumo, el medio ambiente, los valores de mercado y cosas parecidas. Los participantes en el Foro Social Mundial, en cambio, están mucho más preocupados por resistirse a la acumulación por desposesión y muy a menudo desconfían de las organizaciones políticas de la clase obrera, argumentando que esos movimientos no se toman en serio las preocupaciones de los participantes en el Foro Social Mundial. En Brasil, por ejemplo, el *Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra* (MST), organización primordialmente dedicada a la lucha contra la acumulación por desposesión, tiene una relación un tanto tensa con el *Partido dos Trabalhadores* de base urbana, dirigido hasta 2011 por Luiz Inácio da Silva (Lula) y cuya ideología es más obrerista. Merece no obstante la pena dedicar atención, tanto práctica como teórica, a la cuestión de las posibles alianzas entre uno y otro. Si Luxemburg tenía razón, como yo creo, al decir que existe una relación orgánica entre las dos formas de acumulación, deberíamos intentar establecer una relación orgánica entre ambas formas de resistencia.



Una fuerza de oposición formada por los «desposeídos», sin importar si lo son en el proceso de trabajo o de sus medios de vida, sus bienes o sus derechos, requeriría una revisión de la política de izquierdas siguiendo líneas bastante diferentes. Creo que Marx se equivocaba al pensar que la acumulación originaria y por extensión la acumulación por desposesión corresponden exclusivamente a la prehistoria del capitalismo, y que Gramsci o Mao entendían mejor la importancia de construir alianzas de clase atendiendo a los dos terrenos. En cualquier caso, se trata de algo que cada uno debe valorar y decidir por sí mismo.

# Reflexiones y pronósticos

Una vez llegados al final del libro primero de *El Capital*, puede ser provechoso volver al principio y leer de nuevo el primer capítulo. Seguramente se verá ahora bajo una nueva luz y será mucho más fácil de entender. Cuando yo lo hice por primera vez, también me pareció mucho más interesante e incluso muy entretenido. Aliviado de la tensión de si conseguiría llegar algún día hasta el final de ese enorme tomo, me relajé y comencé a disfrutar realmente de lo que Bertell Ollman llama «la danza de la dialéctica» y de todos los matices (incluidas las notas al pie, las digresiones laterales y las referencias literarias) que había pasado por alto en mi primera lectura. También es útil repasar esquemáticamente todo el texto; ayuda a consolidar algunos aspectos temáticos. Cuando examinaba a mis alumnos, a veces seleccionaba un concepto básico y les pedía que comentaran cómo se integraba en el conjunto del libro. Les preguntaba, por ejemplo: ¿cuántas veces aparece el concepto de fetichismo? Las mercancías y el dinero son obvios; ¿pero por qué fetichizan los capitalistas la maquinaria, y por qué aparecen tan a menudo como puros poderes del capital todas esas fuerzas inherentes al trabajo (cooperación, división del trabajo, capacidades y poderes mentales)? (¿Señalan siempre los términos «aparece» o «apariencia» un momento fetichista?) Se pueden reexaminar todo tipo de temas, como el de alienación (sobre este, ¡comiencese desde el final con la acumulación originaria y búsquese hacia atrás a lo largo del texto!); relaciones procesos-cosas, solapamientos (¿confusiones?) lógica-historia, y tantos otros.

Aquí, no obstante, lo que quiero es mirar hacia delante, hacia algunos de los argumentos que Marx retoma en los siguientes volúmenes de *El Capital* y en otros textos, extendiendo las consecuencias lógicas del marco elaborado en el

libro primero. Creo que es justo y necesario hacerlo, porque como indiqué al principio, lo que Marx pretendía sobre todo en este primer volumen era asentar una base teórica y conceptual que le permitiera proseguir su investigación en un terreno más amplio. La invocación ocasional de las contradicciones omnipresentes del capitalismo y de los riesgos de crisis que presagian ofrece una indicación de hacia dónde quería avanzar. También es posible obtener cierta percepción de lo que es y será probablemente la política de clase capitalista al respecto y de cuáles van a ser algunos de los terrenos clave de confrontación política.

El libro primero de *El Capital* examina un proceso de circulación con este aspecto:

$$\begin{array}{c}
 \text{FT} \\
 \text{D-M} \dots\dots\dots \text{PT} \dots\dots \text{M-D} + \Delta\text{D} \\
 \text{MP}
 \end{array}$$

El punto de partida es el dinero con el que el capitalista acude al mercado y compra dos tipos de mercancías, fuerza de trabajo (capital variable) y medios de producción (capital constante). El capitalista selecciona al mismo tiempo una forma organizativa y una tecnología, y procede a combinar la fuerza de trabajo y los medios de producción en un proceso de trabajo que produce una mercancía, que es a continuación vendida en el mercado por el dinero original más un beneficio (plusvalor). Impulsado por las leyes irrefragables de la competencia, el capitalista parece (y aquí utilizo esa palabra en el mismo sentido que Marx) verse obligado a emplear parte del plusvalor para crear más plusvalor. La acumulación por la acumulación y la producción por la producción se convierten en la misión histórica de la burguesía, que genera continuamente tasas de crecimiento acumulativas, a menos que el capital encuentre límites o barreras infranqueables. Cuando esto sucede, el capital se ve sumido en una crisis de acumulación (definida simplemente como falta de crecimiento). La geografía histórica del capitalismo está llena de tales crisis, a veces locales y en otras ocasiones a escala de todo el sistema (como en 1848, 1929 y 2008). El hecho de que el capitalismo haya sobrevivido hasta ahora sugiere que la fluidez y flexibilidad de la acumulación de capital –rasgos en los que Marx insiste una y otra vez– han permitido de algún modo que esos límites y barreras fueran superados o eludidos.

Una inspección más detallada del flujo del capital nos permite detectar algunos puntos potenciales de bloqueo que pueden dar lugar a graves perturbaciones y crisis. Repasémoslos uno por uno:

## (1) ¿De dónde proviene el dinero inicial?

Esta es la pregunta a la que Marx pretende responder en su exposición sobre la acumulación originaria; tras insinuarla en varias ocasiones a lo largo del texto, la afronta directamente en el capítulo XXIV, que trata explícitamente de los orígenes. Pero a medida que una cantidad cada vez mayor del plusvalor creado ayer se convierte hoy en nuevo capital, también es mayor la proporción del excedente de ayer en el dinero invertido hoy. Esto no excluye, sin embargo, la posibilidad de incrementos adicionales procedentes de la prolongación de la acumulación originaria, que yo prefiero llamar en su contexto moderno «acumulación por desposesión». Si solo se pudiera capitalizar hoy como expansión la acumulación de ayer, con el tiempo se daría seguramente una concentración cada vez mayor de capital dinero en manos individuales; pero como señala Marx, también hay métodos de centralización, conseguidos principalmente con la ayuda del sistema de crédito, que permiten reunir grandes cantidades de dinero muy rápidamente. En el caso de las compañías por acciones y otras formas organizativas empresariales, se pueden reunir enormes cantidades de dinero bajo el control de unos pocos directores y gestores. Las adquisiciones y fusiones han permitido desde hace mucho grandes negocios, y ese tipo de actividad puede ir acompañado de nuevas rondas de acumulación por desposesión (apropiación de los activos de empresas que despiden a continuación a buena parte de sus trabajadores, tal como las practican los fondos de inversión privados). Además, el gran capital puede valerse de todo tipo de trucos para devorar al pequeño (como indica Marx premonitoriamente, con frecuencia se puede servir de la regulación estatal). La desposesión de los pequeños empresarios (tiendas de barrio o granjas familiares) para dar paso a grandes empresas (cadenas de supermercados y agronegocios), a menudo con la ayuda de mecanismos de crédito, es una práctica de larga tradición. Así que la cuestión de la organización, configuración y magnitud del capital dinero disponible para la inversión nunca desaparece, sino que adquiere mayor importancia debido a las «barreras a la entrada» existentes: la escala de ciertas actividades, como la construcción de una acería, de un ferrocarril o la creación de una línea aérea, requiere una inmensa inversión inicial de capital dinero antes de iniciar siquiera la producción. Solo muy recientemente, por ejemplo, se ha hecho posible que consorcios privados de capitales asociados, y no el Estado, emprendan gigantescos procesos infraestructurales como el túnel submarino que une a Gran Bretaña con la Europa continental. Como observa Marx en el capítulo sobre la maquinaria, tales proyectos infraestructurales se fueron haciendo cada vez más necesarios a medida que se iba afianzando el modo de producción capitalista. Los procesos de centralización y descentralización del capital definen un campo de batalla entre distintas facciones del capital, así como entre el

capital y el Estado (sobre cuestiones de poder monopolista, por ejemplo). La colosal centralización de poder-dinero tiene todo tipo de consecuencias para la dinámica de la lucha de clases, así como para la trayectoria del desarrollo capitalista; por ejemplo, dota a muchos miembros privilegiados de la clase capitalista (que se consolida con la centralización) de la capacidad de esperar, porque el puro poder del dinero les da el control sobre el tiempo en una medida que los pequeños productores y trabajadores asalariados no se pueden permitir. Pero el elemento contradictorio reside en el hecho de que el creciente poder de monopolio disminuye la capacidad de las leyes irrefragables de la competencia para regular la actividad (en particular la innovación), y esto puede llevar al estancamiento.

## (2) ¿De dónde proviene la fuerza de trabajo?

Marx dedica mucha atención a este asunto en el libro primero de *El Capital*. La acumulación originaria libera fuerza de trabajo como mercancía que vender en el mercado, pero, a partir de ahí, el trabajo adicional requerido para ampliar la producción con una tecnología dada proviene bien de recurrir a las reservas fluctuantes liberadas por rondas anteriores de cambio tecnológico capaz de ahorrar trabajo, bien de movilizar la reserva latente e *in extremis* parte de la reserva estancada. Marx menciona varias veces la posibilidad de movilizar trabajadores agrícolas o campesinos, así como mujeres y niños anteriormente excluidos de la fuerza de trabajo, como algo crucial para la perpetuación de la acumulación de capital. Para que esto suceda tiene que haber un proceso continuo de proletarización, lo que significa una acumulación originaria continua por uno u otro medio en toda la geografía histórica del capitalismo. Pero las reservas de mano de obra pueden provenir también del desempleo tecnológicamente inducido. La acumulación perpetua requiere, como muestra Marx, un excedente perpetuo de fuerza de trabajo. Este ejército de reserva laboral se sitúa más o menos como una ola de proa delante del proceso de acumulación. Siempre tiene que haber fuerza de trabajo suficiente y accesible; y no solo tiene que ser accesible, sino que tiene que ser disciplinada y en posesión de las cualidades requeridas (esto es, cualificada y flexible cuando sea necesario).

Si, por alguna razón, no se cumplen esas condiciones, el capital puede verse ante una seria barrera para mantener la acumulación continua. O bien el precio de la fuerza de trabajo aumenta, si eso no interfiere con la dinámica de la acumulación, o tanto el apetito como la capacidad de acumulación continua disminuyen. Las barreras severas en la oferta de trabajo, surgidas bien de una escasez absoluta de mano de obra o del ascenso de poderosas organizaciones obreras (sindicatos y partidos políticos de izquierda), pueden generar crisis de acumulación de capital. Una posible

respuesta es la huelga fáctica del capital, negándose a reinvertir, lo que equivale a la creación deliberada de una crisis de acumulación para dar lugar a un desempleo suficiente que discipline a los trabajadores. Sin embargo, esta solución es costosa tanto para el capital como para el trabajo. Los capitalistas suelen preferir obviamente una vía alternativa, lo que nos lleva a la política del asunto. Si los trabajadores están bien organizados y son demasiado poderosos, la clase capitalista buscará el ejercicio del mando del aparato estatal, bien mediante un golpe de Estado como el que aplastó el gobierno socialista de Allende en Chile en 1973, o bien, como en Estados Unidos y Gran Bretaña en aquellos años, por medios políticos; el objetivo, no obstante, tanto de Pinochet como de Reagan y Thatcher, era aplastar las organizaciones obreras y los partidos políticos de izquierda. Esa es una vía para derribar la barrera, y otra es eludirla incrementando la movilidad del capital para poder desplazarlo allí donde exista un proletariado disponible o una población que pueda ser fácilmente proletarizada, como en México y China durante los últimos treinta años. Las políticas de apertura a la inmigración o incluso su fomento desde el Estado (como en muchos países europeos hacia finales de la década de 1960) proporcionan otra alternativa. Una consecuencia de esa forma de superar la barrera de la oferta de trabajo es empujar a las organizaciones obreras (y más en general a amplios sectores de la opinión pública) a oponerse a la deslocalización de los empleos y a las políticas de inmigración más abiertas, a menudo con movilizaciones xenófobas.

Los aspectos contradictorios de la política con respecto a la oferta de trabajo se evidencian no solo en cuestiones como el valor de la fuerza de trabajo (dependiente de las condiciones de oferta de artículos de consumo para satisfacer la reproducción de la fuerza de trabajo con un nivel de vida determinado, que a su vez dependen de la situación favorable o desfavorable de la lucha de clases), sino también de la salud, cualificación y formación de la mano de obra. Los intereses de la clase capitalista (no necesariamente coincidentes con los de cada capitalista individual, habitualmente partidario del *Après moi le déluge!*) pueden favorecer la subvención o abaratamiento de bienes de consumo para mantener bajo el valor de la fuerza de trabajo e invertir en mejoras de la calidad de la oferta de trabajo; con respecto a esto último, los intereses militares del Estado pueden desempeñar un importante papel de apoyo. Así pues, la política de la oferta de trabajo tiene todo tipo de consecuencias, en torno a las cuales se han producido innumerables luchas durante el desarrollo histórico y geográfico del capitalismo.

Esto ha llevado a algunos marxistas a elaborar una teoría particular de la generación de crisis. La llamada «teoría de la contracción de los beneficios» parte del problema perpetuamente presente de las relaciones laborales y la lucha de clases, tanto en el proceso de trabajo como en el mercado laboral. Cuando esas relaciones levantan una barrera a la prosecución de la acumulación de capital, se produce una

crisis a menos que el capital pueda encontrar algún modo (o con mayor probabilidad, una combinación de modos) de superar o eludir esa barrera. Algunos analistas, como Andrew Glyn (véase su impresionante estudio *British Capitalism, Workers and the Profits Squeeze*<sup>1</sup>, escrito en colaboración con Bob Sutcliffe), interpretan lo que sucedió a finales de la década de 1960 y principios de la de 1970 (en particular en Europa y Norteamérica) como un excelente ejemplo de la teoría de la contracción de los beneficios. Cierto es que la gestión de los recursos de mano de obra y la cuestión de la organización y oferta de trabajo dominaron el panorama político de la época; y también lo es que la supervivencia del capitalismo ha dependido siempre de la superación o elusión de esa barrera potencial a la acumulación. Pero en este momento (2008 en adelante) hay muy pocas señales de que esté provocando efectivamente una contracción de los beneficios, dadas las enormes reservas de mano de obra en todas partes y la reducción a niveles muy modestos de la resistencia obrera frente a la ofensiva política del capital. La crisis de 2008 es difícil de interpretar, excepto muy indirectamente (y hay algunas versiones de la teoría, como la de Itoh, que así lo hacen), en términos de contracción de los beneficios.

### (3) Acceso a los medios de producción

Cuando los capitalistas acuden al mercado, tienen que encontrar en él medios de producción adicionales (elementos adicionales del capital constante) para satisfacer sus necesidades de reinversión de parte del excedente en la expansión de la producción. Los medios de producción son de dos tipos: productos intermedios (ya configurados por el trabajo humano) que se reelaboran en el proceso de producción (en lo que Marx llama «consumo productivo», como la energía o el tejido utilizado para confeccionar un abrigo o un traje) y maquinaria y equipo de capital fijo, incluidos los edificios e infraestructuras físicas como los sistemas de transporte, canales, puertos y todo tipo de elementos necesarios para llevar a cabo la producción. La categoría de los medios de producción (capital constante) es evidentemente muy amplia y complicada, y la dificultad de aprovisionamiento en alguno de esos inputs materiales o la deficiencia en sus condiciones constituye una barrera potencialmente seria para la prosecución de la acumulación de capital. La industria automovilística no se puede expandir sin disponer de más acero, por poner un ejemplo. Por esta razón Marx señala que las innovaciones tecnológicas en un punto de lo que ahora llamamos «cadena productiva» hacen necesarias las innovaciones en otros puntos para

---

<sup>1</sup> Andrew Glyn y Bob Sutcliffe, *British Capitalism, Workers and the Profits Squeeze*, Harmondsworth, Penguin, 1972.

facilitar la expansión general de la producción. Las innovaciones en la industria del algodón requirieron otras innovaciones en su recolección, desmotado y embalado, así como en el transporte, las comunicaciones, las técnicas de tintado químicas e industriales, etcétera.

De ahí podemos deducir la posibilidad de las llamadas «crisis de desproporcionalidad» en la complicada estructura de inputs y outputs en el conjunto de un modo de producción capitalista. Al final del libro segundo de *El Capital*, Marx emprende un detallado estudio de cómo pueden suceder tales crisis en una economía que divide en dos grandes sectores, el que produce medios de producción y el que produce bienes de consumo para los trabajadores (más tarde enriqueció el modelo introduciendo el sector de artículos de lujo). Lo que mostró (y que más tarde estudios matemáticos más detallados de economistas como Michio Morishima han confirmado) fue que el equilibrio entre los sectores estaba lejos de ser automático, dada la tendencia del capital a afluir allí donde la tasa de beneficio es más alta, y que desproporcionalidades crecientes podían trastornar seriamente la reproducción del capitalismo. En nuestra época vemos también el obvio impacto de los aumentos de precios, por ejemplo de la energía, sobre la dinámica capitalista. Barreras de ese tipo son fuente de perpetua preocupación en un sistema capitalista, y la igualmente perpetua necesidad de superar o eludir barreras de ese tipo está a menudo en la primera línea de la actividad política (subvenciones y planificación estatal –en particular de infraestructuras físicas–, investigación y desarrollo, integración vertical mediante fusiones y absorciones, etcétera).

#### (4) Escaseces en la naturaleza

Pero bajo todo esto se esconde un problema más profundo que Marx también plantea varias veces en el libro primero de *El Capital*, y que atañe a nuestra relación metabólica con la naturaleza. El capitalismo, como cualquier otro modo de producción, depende de los dones de una naturaleza generosa, y como apunta Marx, su saqueo y degradación son tan insensatos a largo plazo como la destrucción de la capacidad colectiva de los trabajadores, ya que en ambas reside en definitiva la producción de toda riqueza. Pero los capitalistas individuales, afanosos de sus propios intereses a corto plazo e impelidos por las leyes irrefrenables de la competencia, están siempre tentados de adoptar como criterio el lema *Après moi le déluge!* con respecto tanto a los trabajadores como a la tierra. Aun sin esto, la huella de la acumulación perpetua ejerce enormes presiones sobre la oferta de los recursos llamados «naturales» con el inevitable incremento de la cantidad de desechos que pone a prueba la capacidad de los sistemas ecológicos para absorberlos y eliminar su even-



tual toxicidad. El capitalismo puede encontrar ahí barreras cada vez más difíciles de superar, pese a que, en palabras de Marx, «adquiere una elasticidad, una capacidad de expansión súbita y a saltos que no encuentra otras barreras que la disponibilidad de materias primas y la amplitud del mercado de ventas» (II.183, 474).

Hay sin embargo todo tipo de métodos para afrontar esas barreras naturales, a veces superándolas y más a menudo eludiéndolas. En muchos casos dependen de valoraciones tecnológicas, sociales y culturales, susceptibles de alteración mediante las correspondientes maniobras o cambios de actitud. La relación dialéctica con la naturaleza –expuesta en la nota 89 al principio del capítulo XIII, «Maquinaria y gran industria»– indica toda una variedad de posibles transformaciones, incluida la producción de la propia naturaleza. La geografía histórica del capitalismo ha estado marcada por una increíble fluidez y flexibilidad a este respecto, por lo que sería falso argumentar que hay límites absolutos en nuestra relación metabólica con la naturaleza que no puedan ser trascendidos o superados de alguna manera. Pero eso no significa que las barreras no sean a veces muy serias y que superarlas exija atravesar algún tipo de crisis medioambiental. Buena parte de la política capitalista, en particular en estos días, trata de asegurar que lo que Marx llama «dones gratuitos de la naturaleza» estén a disposición del capital garantizando su sostenibilidad para un uso futuro. Las tensiones en el seno de la política capitalista sobre ese tipo de cuestiones pueden a veces ser muy agudas. Por un lado, el deseo de mantener un flujo creciente de petróleo barato ha sido decisivo para la geopolítica de Estados Unidos durante los últimos cincuenta o sesenta años. El deseo de asegurar la fácil explotación de las reservas mundiales de petróleo ha llevado a Estados Unidos a una situación de conflicto permanente en Oriente Medio y otros lugares, y la política energética, por poner otro ejemplo de una relación crucial con la naturaleza, surge a menudo como cuestión primordial para el aparato estatal. Pero por otra parte, la política del petróleo barato ha creado problemas de explotación excesiva, calentamiento global y un montón de cuestiones sobre la calidad del aire (capa de ozono, contaminación, lluvia ácida, etc.), que plantean riesgos crecientes para la población. La degradación del suelo por la expansión urbana y el consiguiente consumo de energía se ha convertido en un problema en el otro extremo del continuo dispendio de recursos naturales para mantener el crecimiento de la industria automovilística.

Algunos marxistas (encabezados por Jim O'Connor, fundador de la revista *Capitalism Nature Socialism*) califican las barreras de la naturaleza como «segunda contradicción del capitalismo» (siendo la primera, naturalmente, la relación capital-trabajo). Lo cierto es que esa segunda contradicción está atrayendo actualmente tanta atención política como la primera, si no más, y ha suscitado un amplio campo de preocupaciones, ansiedades y proyectos políticos, centrados en la idea

de una crisis en la relación con la naturaleza como fuente sostenible de materias primas y suelo para nuevos desarrollos capitalistas (urbanos) así como sumidero para los desperdicios.

En los trabajos de O'Connor, esa segunda contradicción del capitalismo llega a desplazar a la primera, tras las derrotas de los movimientos obreros y socialistas durante la década de 1970, como primera línea del combate anticapitalista. Dejo al criterio de cada cual imaginar hasta dónde se podría llegar con ese tipo de política; pero lo cierto es que la barrera de la relación con la naturaleza no puede tomarse a la ligera ni tratarse como una cuestión menor, al menos desde el marco establecido por Marx en el libro primero de *El Capital*. En este momento está claro que las barreras naturales son considerables y que podría haber una crisis inminente en nuestra relación con la naturaleza que requiera grandes y profundas adaptaciones (como el desarrollo de nuevas tecnologías medioambientales y la expansión de las industrias que producen esos artículos) para superar con éxito esa barrera, al menos por un tiempo, en el marco de la acumulación sin fin de capital.

## (5) La cuestión de la tecnología

Las relaciones entre capital y trabajo y entre capital y naturaleza vienen mediadas por la elección de formas organizativas y tecnologías (software y hardware). En el libro primero de *El Capital* Marx alcanza, a mi juicio, uno de sus mejores momentos en su teorización sobre el origen de los impulsos para los cambios organizativos y tecnológicos, y las causas de la fetichización por los capitalistas de la maquinaria aunque no pueda producir valor, porque es para ellos, tanto individual como colectivamente, una fuente vital de plusvalor. El resultado es un dinamismo organizativo y tecnológico perpetuo. Marx recalca que «la industria moderna nunca contempla ni trata como definitiva la forma existente de un proceso de producción. Su base técnica es por tanto revolucionaria, mientras que en todos los modos de producción anteriores era esencialmente conservadora» (II.228-229, 510-511). Este es un tema insistente en las obras de Marx. Como decían Engels y él en el *Manifiesto comunista*,

la burguesía no puede existir sin revolucionar continuamente los instrumentos de producción y con ellos las relaciones de producción, y por consiguiente todas las relaciones sociales [...] La revolucionarización continua de la producción, la incesante conmoción de todas las condiciones sociales, la incertidumbre y una agitación permanente distinguen la época burguesa de todas las anteriores. (p. 25 de la ed. de Akal, 2001)

En ese punto irrumpen además las leyes imperativas de la competencia, estimulando la búsqueda de plusvalor relativo. La consecuencia, que Marx parece por alguna razón reacio a considerar, es que cualquier debilitamiento de esas leyes mediante la monopolización y la creciente centralización del capital descritas en el capítulo XXIII afectará a la velocidad e índole de las revoluciones técnicas. También debe tenerse en cuenta la influencia de la lucha de clases, materializada en ocasiones en una enérgica resistencia o sabotaje en las fábricas (por ejemplo, el movimiento ludita). Como observó Marx, el cambio tecnológico deriva también del deseo del capital de contar con armas que desplegar contra los trabajadores. Cuanto más se convierten estos en meros apéndices de la máquina y cuanto más socavadas quedan sus habilidades por el automatismo de las máquinas, más vulnerables resultan frente a la autoridad arbitraria del capital. En la medida en que la historia real de las innovaciones tecnológicas y organizativas muestra un innegable carácter oscilante, parece como que hubiera que profundizar mucho más en el estudio de esa dinámica e ir más allá de las sugerentes indicaciones expuestas en el libro primero de *El Capital*.

Esas cuestiones resultan aún más relevantes teniendo en cuenta que, al exponer sus criterios sobre la composición orgánica y en valor del capital en el capítulo XXIII, Marx está claramente anticipando la argumentación que presentará en el libro tercero, según la cual una tendencia ineluctable hacia una creciente composición en valor del capital presagia una tendencia igualmente inexorable a la caída de la tasa de beneficio, que provoca inevitablemente situaciones de crisis en el proceso de acumulación. En opinión de Marx esa parece la barrera primordial a la que se enfrenta el capital, siendo inherente a su propia naturaleza.

La crisis de rentabilidad resultante se debería únicamente a los efectos desestabilizadores del dinamismo tecnológico derivado de la búsqueda persistente de plusvalor relativo. Una versión resumida del argumento sería que el anhelo de plusvalor relativo impulsa a los capitalistas a promover tecnologías que ahorran trabajo, y que cuanto más trabajo se ahorra menos valor se produce, porque el trabajo es la única fuente del valor. Evidentemente hay posibilidades compensadoras como elevar la tasa de explotación o reabsorber en la producción ampliada a los trabajadores desplazados; pero como señalé en el capítulo sobre «La acumulación de capital», cabe cierto escepticismo sobre una supuesta tendencia «necesaria» o «ineluctable» al aumento de composición en valor del capital. En el libro tercero de *El Capital* Marx enumera de hecho una lista de «influencias contrapuestas» a la caída de la tasa de beneficio: tasas crecientes de explotación del trabajo, menores costes del capital constante, el comercio exterior o un gran aumento del ejército industrial de reserva capaz de contrarrestar el deseo de emplear nuevas tecnologías (tal como ya decía en el libro primero). En los *Grundrisse* había ido aún más lejos, apuntando la devaluación constante del capital, la absorción de capital en la construcción de infraestruc-

turas físicas, la apertura de nuevas líneas de producción intensivas en trabajo y la monopolización. Mi propia opinión (probablemente minoritaria) es que el argumento de la caída tendencial de la tasa de beneficio simplemente no funciona tal como lo planteó Marx, y detallé mis razones en el capítulo 6 (apartado III) de *Los límites del capital*<sup>2</sup>.

Pero también creo que no se puede negar que los cambios organizativos y tecnológicos tienen serios efectos desestabilizadores en la dinámica de acumulación del capital, y que la brillante exposición de Marx sobre las fuerzas que impulsan las continuas revoluciones organizativas y tecnológicas permite una mejor comprensión de las luchas de clases y populares en torno a la aplicación de nuevas tecnologías y la generación de crisis. La tendencia a la crisis puede manifestarse (como indica la nota 89 de la sección cuarta, al principio del capítulo XIII) en las relaciones laborales, en la relación con la naturaleza, así como en todos los demás aspectos coevolutivos del proceso de desarrollo capitalista. También hay efectos directamente desestabilizadores como la devaluación de inversiones anteriores (maquinaria, instalaciones y equipo, entorno construido, redes de comunicaciones) antes de que su valor se haya recuperado (amortizado); los cambios repentinos en los requerimientos de calidad del trabajo (por ejemplo en habilidades como el manejo de ordenadores), difíciles de asumir por la mano de obra existente al no ir acompañados por las inversiones en infraestructuras sociales necesarias para satisfacerlos; el fomento de una inseguridad crónica en el empleo en crisis aceleradas de desproporcionalidad debidas al desarrollo desigual de las capacidades tecnológicas en distintos sectores; cambios dramáticos en las relaciones espacio-temporales (innovaciones en el transporte y las comunicaciones) que dan lugar a una tremenda revolución en el panorama global de la producción y el consumo; aceleraciones repentinas en la circulación de capital (como hemos visto recientemente, la informatización de las transacciones en los mercados financieros ha dado lugar a graves problemas); etc. etc. Y también puede haber ocasiones, cómo no, en las que una creciente composición en valor del capital tenga el consiguiente efecto depresor sobre la tasa de beneficio.

## (6) Pérdida de control de los capitalistas sobre el proceso de trabajo

Marx se esfuerza en subrayar que la creación de plusvalor descansa sobre la capacidad del capitalista para controlar y dirigir al trabajador en la fábrica donde se produce el valor. Ese mando y control sobre el «fuego que da forma» del proceso de

---

<sup>2</sup> David Harvey, *The Limits to Capital*, cit., pp. 176-189.

trabajo encuentra siempre resistencia. El «despotismo» del control sobre el trabajo depende de cierta combinación de coerción y persuasión, así como de la acertada organización de una estructura jerárquica de autoridad en las relaciones laborales. Dicho con sencillez, cualquier debilitamiento de ese control presagia una crisis, y Marx insiste en la capacidad implícita de los trabajadores para perturbar, sabotear, o simplemente interrumpir la producción de valor de la que depende absolutamente el capitalista. La resistencia a someterse a los aparatos disciplinarios creados por el capital, la capacidad de negarse a trabajar, es de suma importancia en la dinámica de la lucha de clases; puede de por sí generar una crisis (como afirman teóricos de la tradición marxista «autonomista» como Tronti y Negri). Esa capacidad de los trabajadores se ve por supuesto limitada por el hecho de que tienen que vivir y el salario les resulta imprescindible a menos que dispongan de algún otro medio de subsistencia (como el cultivo de la tierra). El límite potencial existente para la circulación de capital en el lugar de producción y en el seno del propio proceso de trabajo no puede, por tanto, ignorarse; tanto los capitalistas individuales como el conjunto de la clase capitalista tienen que dedicar por tanto mucha atención a asegurar la disciplina laboral en el trabajo y formas eficaces de control laboral.

## (7) El problema de la realización y de la demanda efectiva

La séptima barrera potencial aparece al final de la serie, cuando la nueva mercancía llega al mercado para realizar su valor como dinero mediante el intercambio. La transición M-D es siempre más problemática que el paso del terreno universal del dinero al particular de la mercancía, por las razones expuestas en el capítulo II. Para empezar, debe haber una cantidad suficiente de personas que necesiten, deseen o carezcan de la mercancía producida, como valor de uso. Si una cosa no le sirve a nadie, entonces no tiene valor, dice Marx. Así pues, a menos que sea útil para alguien, la mercancía se verá devaluada y el proceso de circulación de capital se detendrá catastróficamente. La primera condición para la realización del valor tiene pues que ver con las carencias, necesidades y deseos de la población. En nuestra época, comparada con la de Marx, se dedica un inmenso esfuerzo, incluida la formación de toda una industria de la publicidad, a manipular las carencias, necesidades y deseos de la población a fin de asegurar el mercado para los valores de uso. Pero se trata de algo más que la simple publicidad. Lo que se requiere es la formación de toda una estructura y un proceso de vida cotidiana (el componente de reproducción de la vida cotidiana de la «nota 89») que necesita para su mantenimiento la absorción de cierto conjunto de valores de uso. Considérese, por ejemplo, el desarrollo de las carencias, necesidades y deseos asociados al auge del estilo de vida en las afueras en

Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial. Estamos hablando de la necesidad no solo de automóviles, gasolina, autopistas y urbanizaciones en las afueras, sino también de cortacéspedes, refrigeradores, aire acondicionado, cortinas, muebles (de interior y de exterior), equipos de entretenimiento (televisión) y todo un conjunto de sistemas de mantenimiento para mantener en funcionamiento esa vida cotidiana. La vida cotidiana en las afueras requería el consumo de todo eso. El desarrollo de las urbanizaciones periféricas aseguró una creciente demanda de esos valores de uso. De esa forma, «crear una nueva necesidad», como observaba Marx, se convierte en una condición crucial para la continuidad de la acumulación de capital (I.146, 121). La política de la creación de necesidades es de por sí fascinante y cada vez más importante, y ahora todos entienden que el «sentimiento del consumidor» es un estímulo clave para la acumulación sin fin de capital.

¿Pero de dónde procede la capacidad para comprar todos esos valores de uso? Tiene que haber, al final de ese proceso, una cantidad extra de dinero que alguien mantiene en algún lugar para facilitar la compra; si no, se produce una falta de demanda efectiva y lo que se suele llamar una crisis de «subconsumo»: no existe suficiente demanda respaldada por la correspondiente capacidad de pago para absorber las mercancías producidas (véase el capítulo III). Hay que superar la barrera erigida por la «saturación de los mercados» (II.185, 476). De hecho, la demanda efectiva se logra mediante el gasto por los trabajadores de sus salarios; pero el capital variable es siempre menor que el capital total en circulación, de forma que la compra de bienes de consumo (incluso en el estilo de vida de las urbanizaciones periféricas) nunca es suficiente para realizar todo el valor producido. Y como explica Marx en el libro segundo de *El Capital*, reducir los salarios tal como se suponía en el libro primero no hace más que acentuar la tensión en el punto de realización y puede contribuir de forma importante a generar una crisis de subconsumo. Por esta razón la política del New Deal, tras el estallido de una crisis que muchos juzgaron primordialmente como una crisis de subconsumo, favoreció la sindicalización y otras estrategias (como los pagos de la seguridad social) para apuntalar la demanda efectiva de la clase obrera; y también por eso, en 2008, en un momento de tensión económica, el gobierno federal estadounidense promovió una reducción de 600 dólares en los impuestos de la mayoría de los contribuyentes estadounidenses para impulsar la demanda efectiva. Elevar los salarios reales de los trabajadores (contrarrestando así la tendencia a la creciente depauperación del proletariado) puede ser necesario para estabilizar la acumulación continua de capital, pero por razones obvias la clase capitalista (por no hablar de los capitalistas individuales) puede no estar dispuesta a contemplar una puesta en práctica radical de tal tipo de medidas.

Pero la demanda de los trabajadores, aunque constituya una base importante, nunca puede ir tan lejos como para resolver por sí sola el problema de la realización,

algo a lo que Rosa Luxemburg dedicó gran atención. Primero consideró la posibilidad de que la demanda extra pudiera provenir de un aumento de la oferta de oro (o, en nuestros días, que los bancos centrales imprimieran simplemente más dinero). Aunque evidentemente esto puede servir de ayuda a corto plazo (inyectar suficiente liquidez al sistema, como durante la crisis financiera de 2008, se convierte en un instrumento decisivo para estabilizar y mantener la circulación y acumulación continua de capital), a largo plazo su efecto es crear otro tipo de crisis, la de la inflación. La solución de Luxemburg era presuponer la existencia de una demanda latente y movilizable fuera del sistema capitalista. Esto significaba la prolongación de la acumulación originaria mediante prácticas e imposiciones imperialistas sobre sociedades que todavía no habían sido absorbidas por entero en el modo de producción capitalista.

Durante la transición al capitalismo y la fase de acumulación originaria, los depósitos de riqueza acumulada en el orden feudal pudieron desempeñar ese papel junto con el saqueo de riqueza del resto del mundo por el capital comercial. Con el tiempo, por supuesto, lo que se podrían llamar «reservas de oro» de las clases feudales quedaron exhaustas, y lo mismo sucedió con la capacidad del campesinado para generar y mantener mediante los impuestos que pagaba la capacidad de consumo de la aristocracia terrateniente. A medida que el capitalismo industrial se consolidaba en Europa y Norteamérica, fue cobrando cada vez más importancia el saqueo de las riquezas de India, China y otras formaciones sociales no capitalistas ya desarrolladas, en particular desde mediados del siglo XIX en adelante. Durante esa fase se produjo una inmensa transferencia de valor desde el este y el sur de Asia en particular, pero también en cierta medida desde Sudamérica y África, hacia la clase capitalista industrial localizada en los principales países capitalistas. Pero a medida que el capitalismo crecía y se extendía geográficamente, iba disminuyendo la posibilidad de estabilizar así el sistema, aun si hubieran bastado tales medios (lo que es dudoso) durante la fase de auge imperialista de finales del siglo XIX. En cualquier caso, desde el final de la Segunda Guerra Mundial y más aún desde la década de 1970, la capacidad de las prácticas imperialistas de ese tipo para asumir el papel de gran estabilizador mediante la apertura de nuevos campos (nuevos mercados) para la realización del capital se ha visto seriamente dificultada.

La respuesta más importante, que Rosa Luxemburg no llegó a percibir pero que se deduce lógicamente del argumento de Marx (aunque él nunca llegara a formularla directamente porque, en el libro primero de *El Capital*, descartaba el problema de potenciales crisis de realización), es que la solución reside en el consumo capitalista. Este, como hemos visto, es de dos tipos: una porción del plusvalor se consume como gasto (por ejemplo, en artículos de lujo), pero otra porción se dedica a una nueva

expansión de la producción mediante estrategias de reinversión que parecen (y utilizo esta palabra en el mismo sentido que Marx) ser impulsadas por las leyes indefectibles de la competencia. Aquí encontramos la necesidad de lo que Marx llama «consumo productivo» como nudo de red del proceso de realización. Esto significa que la producción de plusvalor tiene que interiorizar su propia demanda creciente de dinero. ¡La demanda del sobreproducto de ayer depende de la expansión de la producción de plusvalor de mañana! El consumo capitalista de hoy, alimentado por el excedente obtenido ayer, constituye el mercado para el sobreproducto y el plusvalor de ayer. Así, lo que aparece como una crisis potencial de subconsumo debido a la falta de demanda efectiva, se convierte en una escasez de nuevas oportunidades de inversión rentable. Con otras palabras, la solución para los problemas de realización encontrados al final del proceso de circulación consiste en remontarse hasta el principio y expandirse aún más. Predomina la lógica del crecimiento acumulativo perpetuo.

## (8) El sistema de crédito y la centralización del capital

Para que la circulación del capital complete su recorrido deben darse dos condiciones fundamentales. En primer lugar, los capitalistas no deben retener el dinero que ganaron ayer, sino que deben devolverlo a la circulación; pero como argumenta Marx en su crítica de la ley de Say, no hay ninguna necesidad imperiosa de que M-D deba ir inmediatamente seguido por D-M, y en esa asimetría reside la posibilidad perpetua, no tanto de crisis monetarias y financieras, sino del surgimiento de una barrera a la realización del plusvalor por la ausencia de gasto. En el capítulo II consideramos varias circunstancias en las que tendría mucho sentido retener el dinero en lugar de gastarlo o reinvertirlo, y es en ese punto donde surge un solapamiento entre el pensamiento de Marx y el de Keynes sobre la posibilidad de crisis de subconsumo. Keynes trató de superar esa barrera recurriendo a un conjunto de estrategias técnicas de gestión tributaria y monetaria a cargo del Estado.

La segunda condición para asegurar la circulación continua es salvar el lapso de tiempo entre ayer y hoy, algo que puede hacerse, como también muestra Marx en el capítulo III, mediante el aumento del dinero a crédito y el uso del dinero como medio de cuenta. Dicho crudamente, el sistema de crédito como relación organizada entre acreedores y deudores entra en el proceso de circulación para desempeñar en él una función vital. Cuando fallan otras opciones, se convierte en el medio principal para resolver el problema de la demanda efectiva sin salir de la circulación de capital; pero al hacerlo, el sistema de crédito reclama en forma de interés su parte del plusvalor creado.



Marx reconoce tácitamente en varios lugares del libro primero de *El Capital* el papel crucial del sistema de crédito, pero a fin de desentrañar lo que considera el núcleo del problema de la relación entre trabajo y capital, cree necesario excluir del análisis la distribución del plusvalor en fracciones (renta, interés, impuestos, beneficios del capital comercial, etc.). Aunque esto le ayuda a revelar y clarificar algunos aspectos importantes de la dinámica capitalista, el precio que tiene que pagar es dejar a un lado una característica crucial del proceso de circulación del capital. Desgraciadamente sigue dejándola a un lado durante gran parte del libro segundo (aun reconociendo su papel esencial en relación, por ejemplo, con la circulación de las inversiones a largo plazo en capital fijo), lo que induce a Luxemburg a afirmar correctamente que los esquemas de acumulación expuestos al final de ese libro no resuelven el problema de la realización y la demanda efectiva. Hasta bien avanzado el libro tercero de *El Capital*, Marx no entra a examinar el papel del sistema de crédito, y a mi juicio esos capítulos, aunque llenos de percepciones muy sugerentes, son un galimatías (que me he esforzado por aclarar, poniendo en riesgo mi equilibrio psíquico, en los capítulos 9 y 10 de *Los límites del capital*). En los *Grundrisse* había asegurado, no obstante, que «todo el sistema de crédito, así como el *overtrading* y la *overspeculation* [en inglés en el original] que dependen de él, descansa sobre la necesidad de salvar y rebasar las limitaciones de la circulación y la esfera del intercambio»<sup>3</sup>.

Si es la nueva expansión del capital la que crea la demanda para el sobreproducto de ayer, esto significa que el problema de la realización no puede ser resuelto, en particular bajo las condiciones hoy vigentes del desarrollo capitalista globalizado, sin la construcción de un vigoroso y amplio sistema de crédito que salve el trecho entre el sobreproducto de ayer y su absorción mañana. Esa absorción puede tener lugar bien mediante una nueva expansión de la producción de plusvalor (re inversión), bien mediante el gasto improductivo en consumo de lujo. Se puede mostrar fácilmente que a largo plazo el consumo capitalista improductivo llevaría al estancamiento (es el modelo de la «reproducción simple» que Marx analiza en el capítulo XXI). A largo plazo solo puede servir una nueva expansión de la generación de plusvalor, y es esto lo que subyace bajo la necesidad social de tasas de crecimiento acumulativas como condición para la supervivencia del capitalismo.

Marx seguramente habría dicho, de haber llegado hasta ahí, que las leyes indefectibles de la competencia no son más que un instrumento para asegurar esa condición absolutamente necesaria para la supervivencia del capitalismo. Con otras palabras, la supervivencia del capitalismo requiere esas leyes a fin de mantener la expansión futura de la producción de plusvalor como medio para absorber el exce-

---

<sup>3</sup> K. Marx, *Grundrisse – Das Kapitel vom Kapital – Heft IV*, en MEW, vol. 42, cit., p. 329 [ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, cit., vol. I, p. 369].

dente ya producido. De esto se deduce que cualquier debilitamiento de esas leyes, por ejemplo como consecuencia de una monopolización excesiva, dará lugar de por sí a una crisis de la reproducción capitalista. Esto es exactamente lo que apuntaban Baran y Sweezy en *El capital monopolista*<sup>4</sup> (escrito en la década de 1960, cuando cobraban creciente importancia monopolios como el de las tres grandes compañías automovilísticas de Detroit). La tendencia a la monopolización y centralización del capital genera necesariamente, como ellos predecían, la crisis de la estanflación (creciente desempleo acompañado de una inflación acelerada) que tanto preocupó durante la década de 1970. La respuesta a aquella crisis fue la contrarrevolución neoliberal, que no solo aplastó el poder de los sindicatos, sino que de hecho dio rienda suelta a las leyes imperativas de la competencia como «verdugo ejecutor» del desarrollo capitalista mediante todo tipo de estrategias (comercio exterior más abierto, desregulación, privatizaciones, etcétera).

Pero ese proceso está expuesto a ciertas complicaciones potenciales. Para empezar, se presupone que no existen otras barreras (por ejemplo, la relación con la naturaleza) a la expansión futura de la producción de plusvalor y que siempre hay margen suficiente para ampliarla. Esto implica, por ejemplo, un tipo diferente de imperialismo, no basado en el robo de valores y activos del resto del mundo, sino en utilizarlo como sede donde instalar nuevas formas de producción capitalista. Se hace decisiva la exportación de capital en lugar de mercancías. Ahí reside la gran diferencia durante el siglo XIX entre India y China, cuyas riquezas fueron saqueadas por el dominio capitalista de sus mercados, y Estados Unidos y en cierta medida Oceanía y parte de Latinoamérica, donde el desarrollo capitalista irrestricto que producía nueva riqueza se desarrolló rápidamente y, al hacerlo, proporcionó un terreno donde absorber y realizar el sobreproducto generado en los viejos centros del capitalismo (en aquel entonces, por ejemplo, Gran Bretaña exportaba capital y maquinaria a Estados Unidos y Argentina). En tiempos más recientes China ha absorbido, desde luego, mucho capital extranjero en el desarrollo de la producción, y al hacerlo ha generado una enorme demanda efectiva, no solo de materias primas, sino también de maquinaria y otros inputs materiales.

En esa solución se observan, sin embargo, dos problemas intrínsecos que pueden constituir barreras a la continuidad de la acumulación de capital en el propio intento de superarlas. El primero deriva del simple hecho de que el proceso de circulación se hace intrínsecamente especulativo: se basa en la fe de que la expansión de mañana no encontrará nuevas barreras (incluida la de la realización adicional), de forma que se podrá realizar efectivamente el excedente de hoy. El elemento especulativo, que es

---

<sup>4</sup> Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, *Monopoly Capital*, Nueva York, Monthly Review Press, 1966 [ed. cast.: *El capital monopolista*, México, Siglo XXI de México, 1968].

fundamental y no excepcional o excesivo, significa que las anticipaciones y expectativas, como entendía muy bien por ejemplo Keynes, son fundamentales para la continuidad de la circulación de capital. Marx lo reconoce tácitamente en el libro tercero de *El Capital* cuando señala que la expansión capitalista es, como él dice, muy «protestante», porque se basa en la fe y el crédito más que en el «catolicismo» del oro, la auténtica base monetaria. Cualquier fracaso en las expectativas especulativas dará lugar por tanto a una crisis. A este respecto es interesante volver a leer la *Teoría general* de Keynes y observar que las soluciones técnicas de política monetaria y fiscal solo representan una parte relativamente menor de su argumentación, comparada con la psicología de las expectativas y anticipaciones. La fe en el sistema es fundamental, y la pérdida de confianza, tal como sucedió en 2008, puede ser fatal.

El segundo problema surge en el propio sistema monetario y de crédito. La posibilidad de crisis financieras y monetarias «independientes», que Marx apunta pero no desarrolla en el capítulo III, es omnipresente. El problema subyacente reside en las contradicciones de la propia forma-dinero (valor de uso como representación del valor, lo particular [concreto] como representación de lo universal [abstracto] y la apropiación privada del poder social; véase el capítulo II). Cuando Marx critica la ley de Say, apunta a la tentación permanente de atesorar el dinero, y cuanto más gente lo hace, mayores son las dificultades para la continuidad de la circulación. ¿Pero por qué ahorra la gente en vez de gastar su dinero? Una razón es que es una forma de poder social. ¡Puede comprar la conciencia y el honor! En los *Manuscritos económicos y filosóficos*, Marx explica: «Soy feo, pero puedo comprarme la mujer más bella»<sup>5</sup> (o el más apuesto de los hombres); si soy estúpido, puedo comprar la presencia de gente inteligente; si soy cojo, puedo hacer que otros me lleven de un lado a otro. ¡Piénsese todo lo que uno puede hacer con ese poder social! Por eso la gente tiene muy buenas razones para aferrarse al dinero, en particular frente a la incertidumbre. Devolverlo a la circulación a fin de obtener más poder social requiere un acto de fe, o la creación de instituciones seguras y dignas de confianza donde se pueda depositar el dinero para que algún otro lo ponga en circulación a fin de obtener más dinero (que es, por supuesto, lo que se supone que hacen los bancos).

Pero las consecuencias de este problema se extienden y entran en el campo de las representaciones, donde la pérdida de confianza en los símbolos del dinero (el poder del Estado para garantizar su estabilidad) o en la calidad del dinero (inflación) se enfrentan a consideraciones más directamente cuantitativas como el «hambre monetaria» o la congelación de los medios de pago como ocurrió en el otoño de 2008.

---

<sup>5</sup> Karl Marx, *Ökonomisch-philosophische Manuskripte aus dem Jahre 1844*, en MEW, vol. 40, Berlín, Dietz, 1968, p. 564 [ed. cast.: *Manuscritos de economía y filosofía*, Madrid, Alianza, 1984; disponible asimismo una versión cast. en <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/manuscritos/>].

Hace nada la burguesía [léase Wall Street], ebria de prosperidad y arrogantemente segura de sí misma, declaraba que el dinero es una creación puramente imaginaria. «Solo las mercancías son dinero», decía. Pero los gritos que ahora resuenan en el mercado mundial proclaman lo contrario: «¡Solo el dinero es mercancía!». Y al igual que el ciervo sediento brama por agua fresca, su reseca alma reclama dinero, la única riqueza. En una crisis la oposición entre la mercancía y su figura de valor, el dinero, se alza al nivel de una contradicción absoluta. (I.186, 152)

¿Qué mejor descripción se podría dar de la crisis que estalló de repente en 2008?

En lo más íntimo del sistema de crédito se aloja, junto con las expectativas y anticipaciones subjetivas, una variedad de aspectos técnicos y legales, muchos de los cuales pueden fallar o distorsionarse, simplemente en virtud de sus reglas de funcionamiento. Y a medida en que el capitalismo sigue expandiéndose, cobra cada vez mayor importancia el papel del sistema de crédito como una especie de sistema nervioso central que dirige y controla la dinámica global de la acumulación de capital. De ahí que el control sobre los medios de crédito resulte decisivo para el funcionamiento del capitalismo, algo que Marx y Engels ya habían reconocido en el *Manifiesto comunista* haciendo de la centralización de los medios de crédito en manos del Estado una de sus reivindicaciones clave (suponiendo, claro está, que ese Estado ha pasado a manos de la clase obrera). Cuando a esto se añade al papel clave del Estado con respecto a la calidad de la moneda y algo aún más importante, el dinero simbólico (papel reconocido en el capítulo III), parece inevitable algún tipo de fusión entre el Estado y los poderes financieros. Esta fusión contradictoria dio lugar a la formación de los bancos centrales controlados por el Estado, con reservas ilimitadas para la distribución de medios de crédito a los propietarios privados.

Del mismo modo que el capital puede funcionar a ambos lados de la demanda y oferta de fuerza de trabajo (véase el capítulo X), también en el sistema de crédito puede operar a ambos lados de la relación producción-realización. En los últimos años, por ejemplo, la oferta cada vez más barata de crédito en Estados Unidos para los posibles compradores de casas se engranó con una oferta igualmente generosa de crédito a los promotores inmobiliarios, dando lugar a un enorme *boom* del desarrollo urbano y del mercado de la vivienda. Se imaginaba que así se había acabado con el problema de la realización. El gran obstáculo estaba en que los salarios reales no aumentaban en la misma proporción (dado el predominio de políticas neoliberales desde 1980, predominio que significaba, en consonancia con el análisis del libro primero de *El Capital*, que las ganancias de la creciente productividad no eran compartidas, sino que quedaban concentradas en las clases altas), de forma que la capacidad de los propietarios ordinarios de viviendas para pagar su creciente deuda (que se triplicó para las familias estadounidenses entre

1980 y 2008) iba disminuyendo continuamente. El crac resultante del mercado de la propiedad inmobiliaria era del todo predecible.

Pero un análisis de ese crac todavía inconcluso sugiere otro papel clave del sistema de crédito. Así como durante la acumulación originaria, como señaló Marx, el crédito usurario suponía un método privilegiado para extraer riqueza de los señores feudales, en la actualidad goza de una posición inmejorable para asaltar y expropiar los bienes en posesión de poblaciones vulnerables. Los préstamos depredadores – una forma de acumulación por desposesión– dieron lugar finalmente a desahucios que permitían adquirir activos a bajo coste y transferirlos al por mayor en beneficio de la clase capitalista. La oleada de desahucios iniciada en 2006 supuso una enorme pérdida de valor para, entre otras, la población afroamericana más vulnerable. Este segundo asalto de la «acumulación por desposesión» vía el sistema de crédito es de gran importancia para la dinámica del capitalismo. Facilitó por ejemplo una inmensa transferencia de riqueza desde Asia oriental y sudoriental a Wall Street durante la crisis de 1997-1998, cuando la congelación de la liquidez empujó a todo tipo de empresas viables a la bancarrota, con lo que pudieron ser compradas muy baratas por inversores extranjeros que las vendieron a continuación con inmensas ganancias cuando volvió la recuperación. En Estados Unidos el ataque, lanzado en oleadas sucesivas desde la década de 1930 por las instituciones de crédito contra la agricultura familiar, ha permitido igualmente la centralización de la riqueza agrícola en manos de enormes agronegocios a expensas de los pequeños propietarios, que se han visto obligados por los desahucios a entregar sus bienes a un precio ridículo. La lucha de clases y la acumulación de poder de la clase capitalista se abren vía a través de la inmensa variedad de instrumentos de crédito existentes en la actualidad.

Marx no investigó el sistema de crédito de una forma suficientemente detallada como para abordar el problema de la realización en toda su complejidad. Este es uno de los temas que dejó inacabados y que requerirá mucho estudio, dadas en particular la complejidad de los mercados financieros y de crédito y la opacidad, incluso para sus gestores y usuarios, que caracteriza gran parte de lo que sucede en ellos. Pero lo interesante en la argumentación del libro primero de *El Capital* es que Marx, al pasar de la circulación de las mercancías a la del capital, se ve obligado a invocar las relaciones entre acreedores y deudores y el uso del dinero regulado por el Estado como medio de pago. También invoca la estructura temporal de los procesos de producción y de los pagos como un problema clave de la circulación monetaria, que requiere del crédito para lograr la continuidad necesaria de la circulación y la acumulación de capital. «Al igual que el verdadero papel moneda brota de la función del dinero como medio de circulación, el dinero-crédito hunde sus raíces naturales en la función del dinero como medio de pago» (I.172, 152). A esto es a lo que me refiero a menudo cuando digo que un estudio cuidadoso de la argumenta-

ción del libro primero nos proporciona muchos indicios sobre lo que vendrá más adelante en el resto de los análisis de Marx, y también contribuye a revelar lo que podría faltar y que por tanto tiene que ser investigado más a fondo.

## La circulación del capital en su conjunto

Cuando se considera en su totalidad la circulación de capital, resulta evidente que las abundantes barreras potenciales al flujo libre y continuo del capital en todos sus momentos no son independientes entre sí ni están sistemáticamente integradas; se entienden mejor como conjunto de momentos distintos dentro de la totalidad del proceso de circulación del capital. En la historia de la teorización marxista de las crisis ha habido, sin embargo, una tendencia a buscar una explicación dominante y exclusiva de las causas del carácter obviamente proclive a las crisis del modo de producción capitalista. Las tres grandes variantes tradicionales del pensamiento en ese terreno son la contracción de beneficios, la caída tendencial de la tasa de beneficio y el subconsumo, y las diferencias entre ellas son a menudo tan marcadas como para inducir las a grandes confrontaciones. El propio término «subconsumista» equivale en algunos círculos a un insulto (parece sugerir que alguien es en el fondo keynesiano y no un «auténtico» marxista), mientras que los fans de Rosa Luxemburg se sienten ultrajados por el desprecio grosero de sus ideas por parte de quienes sitúan como centro de su teorización el argumento de la caída tendencial de la tasa de beneficio. En los últimos años, y por razones obvias, se ha dedicado mucha más atención a los aspectos medioambientales y financieros de la generación de crisis, y durante la década de 2000 son esos los aspectos que han merecido mayor atención.

A mí me parece mucho más convincente y concorde con el espíritu de los análisis expuestos en el libro primero de *El Capital*, junto con la reflexión extremadamente interesante sobre las relaciones entre límites y barreras en los *Grundrisse* («cada límite aparece como una barrera a superar»<sup>6</sup>), pensarlos como potenciales puntos de bloqueo, cada uno de los cuales puede perturbar la continuidad del flujo de capital y dar lugar así a una crisis de devaluación. También me parece importante entender la posibilidad del desplazamiento de una barrera por otra. Las decisiones tomadas para aliviar una crisis de oferta de trabajo generando un desempleo generalizado pueden obviamente crear problemas de insuficiencia de demanda efectiva, por ejemplo. Las subsiguientes decisiones para resolver ese problema de demanda efectiva ampliando el sistema de crédito entre la clase obrera pueden en último término

---

<sup>6</sup> K. Marx, *Grundrisse – Das Kapitel vom Kapital – Heft IV*, en MEW, vol. 42 cit., p. 321 [ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, cit., vol. I, p. 360].

dar lugar a una crisis de confianza en la calidad del dinero (como se ha visto en las crisis inflacionistas, las repentinas restricciones de la oferta de crédito y los cracs financieros). También creo que es más acorde con la frecuente invocación por Marx del carácter fluido y flexible del desarrollo capitalista reconocer el rápido reposicionamiento de una barrera a expensas de otra, y las múltiples formas de aparición de las crisis en diferentes situaciones históricas y geográficas.

Resumiendo, pueden aparecer o alzarse todos estos tipos de barreras: (1) incapacidad para reunir suficiente capital original para poner en marcha la producción (problemas de «barreras a la entrada»); (2) escasez de trabajo o formas recalcitrantes de organización del trabajo que pueden contraer los beneficios; (3) desproporcionalidades y desarrollo desigual entre sectores en el seno de la división del trabajo; (4) crisis medioambientales surgidas del agotamiento de recursos o del propio suelo y de la degradación medioambiental; (5) desequilibrios y prematura obsolescencia debida a cambios tecnológicos desiguales o excesivamente rápidos impulsados por las leyes imperativas de la competencia y a los que se resisten los trabajadores; (6) resistencia o renuencia obrera en un proceso de trabajo que opera bajo el mando y control del capital; (7) subconsumo e insuficiente demanda efectiva; (8) crisis monetarias y financieras (trampas de liquidez, inflación o deflación) que surgen en un sistema de crédito que depende de instrumentos de crédito sofisticados y poderes estatales organizados, así como de un ambiente de fe y confianza. En cada uno de esos puntos del proceso de circulación del capital existe una antinomia, un antagonismo potencial que puede convertirse en una contradicción abierta (para usar el lenguaje que Marx emplea con frecuencia en *El Capital*).

Este no es empero el punto final del análisis de la formación y resolución de crisis bajo el capitalismo. Para empezar, la dinámica del desarrollo geográfico desigual y todo el problema del despliegue espacio-temporal del desarrollo capitalista a escala mundial extreman las tensiones cuando el capital trata de crear un panorama geográfico (de infraestructuras físicas y sociales) adecuado a su dinámica en determinado momento, para tener que destruirlo y recrear otro panorama geográfico más tarde. La cambiante dinámica de la urbanización a escala mundial ilustra espectacularmente este proceso. Abundan los conflictos geopolíticos (incluidas guerras catastróficas), cuya lógica, derivada de las cualidades peculiares del poder territorializado (esto requeriría una teorización más detallada del Estado como conjunto de instituciones y prácticas, que si bien son invocadas con frecuencia en el libro primero de *El Capital*, quedaron pospuestas, como el sistema de crédito, para un estudio posterior), no se adecua fácilmente a los requerimientos de la circulación y acumulación continua del capital. Los recientes cambios globales en la producción y desindustrialización han conllevado una inmensa destrucción creativa, llevada a cabo en gran medida mediante crisis locales pero en otros casos de escala continental (como la que golpeó Asia

oriental y sudoriental en 1997-1998). Tampoco puede excluirse la posibilidad de conmociones externas (incluidos huracanes y terremotos) como desencadenante de las crisis económicas. Cuando a raíz del 11 de Septiembre se interrumpió casi toda la actividad económica, en Estados Unidos en general y en Nueva York en particular, el frenazo de la circulación fue tan amenazador que al cabo de una semana todos los poderes urgieron a la población a sacar sus tarjetas de crédito y salir a comprar.

El espíritu de la investigación marxista en la historia factual de las crisis debería estar abierto, en mi opinión, a todas esas posibilidades. Creo que Keynes estaba básicamente acertado al interpretar que la crisis de la década de 1930 se había debido principalmente a la insuficiencia de la demanda efectiva (aunque probablemente por razones de clase no señaló su relación con una desigualdad de ingresos –desigualdad que no se ha vuelto a repetir históricamente hasta hace bien poco– que tanto se agravó durante la década de 1920 debido a la contención salarial). Todo ello se vio exacerbado por el nerviosismo de la gente con respecto a la posibilidad de una acumulación sostenida, por lo que decidieron ahorrar; y cuanto más gente guardaba su dinero, más se atascaba el sistema. Esto es lo que Keynes llamaba la «trampa de la liquidez». Había que encontrar vías para hacer que el dinero saliera de sus escondrijos, y una solución fue el gasto gubernamental financiado mediante la deuda para revigorizar la circulación de capital (la otra fue la militarización con vistas a la guerra). Por otro lado, creo que Andrew Glyn y otros estaban básicamente acertados al ver una gran influencia de la contracción de los beneficios en las dificultades de finales de la década de 1960 en los países capitalistas avanzados, donde la escasez de mano de obra y la fuerza de las organizaciones obreras estaban frenando efectivamente la acumulación. La excesiva monopolización también contribuyó a frenar la productividad, y esto, junto con la crisis recaudatoria del Estado (asociada con la guerra de Estados Unidos en Vietnam), inició una larga fase de restauración que solo se pudo resolver disciplinando a los trabajadores y desencadenando las leyes indefectibles de la competencia. Así la crisis pasó de una barrera a otra y de nuevo de vuelta. La relación con la naturaleza también afecta a la rentabilidad, en particular si la renta (una categoría que, como el interés, no es tratada en el libro primero de *El Capital*) sobre los recursos naturales aumenta espectacularmente.

Mi intención aquí no es presentar una teoría precocinada de las crisis, sino sugerir que las percepciones derivadas del estudio de las obras de Marx tienen que usarse con flexibilidad y concreción más que de manera formalista. Mi propia opinión, que no me atrevo a llamar teoría, sobre la dinámica interna de las crisis (para diferenciarla de las luchas geopolíticas que ocurren independientemente aunque estén relacionadas con ellas) se basa en un análisis de los diversos límites y barreras encontrados en el proceso de circulación; un estudio de las diversas estrategias para superar o eludir política y económicamente esos límites y barreras; y un cuidadoso seguimiento de las



formas en que las barreras superadas o eludidas en cierto punto dan lugar al surgimiento de nuevas barreras en otros puntos. El continuo despliegue y resolución parcial de las tendencias a la crisis en el capitalismo es un tema de ardua investigación.

Por debajo de todo esto subyace un problema más profundo: la acumulación por la propia acumulación y la producción por la propia producción, y la perpetua necesidad de lograr una tasa acumulativa de crecimiento, podían estar muy bien cuando el núcleo del capitalismo industrial estaba constituido, como sucedía en torno a 1780, por actividades en los cien kilómetros cuadrados en torno a Manchester y otros pocos puntos calientes del dinamismo capitalista. Pero lo que ahora exige reflexión es la posibilidad de una tasa compuesta de crecimiento, digamos del 3 por 100 anual, teniendo en cuenta todo lo que viene sucediendo en China y en el resto de Asia oriental y sudoriental, el núcleo de actividad en expansión en India, Rusia y Europa oriental, economías crecientes en Oriente Medio y Latinoamérica e intensas bolsas de desarrollo capitalista en África, así como en el núcleo tradicional del capitalismo en Norteamérica, Europa y Oceanía. La cantidad de acumulación y de movimiento físico requerida en los años futuros para mantener esa tasa de crecimiento continuo quitará el aliento.

Entiendo las crisis como erupciones en la superficie debidas a profundos movimientos tectónicos en la lógica espacio-temporal del capitalismo. El movimiento de las placas tectónicas se está acelerando, con lo que aumenta la probabilidad de crisis más frecuentes y más violentas. La modalidad, forma, espacialidad y momento de las próximas erupciones son casi imposibles de predecir, pero es casi seguro que ocurrirán con mayor frecuencia y energía destructora, haciendo que en comparación parezcan normales, si no triviales, los acontecimientos de 2008. Dado que esas tensiones son inherentes a la dinámica capitalista (lo que no excluye algún acontecimiento aparentemente externo, como una pandemia catastrófica), ¿qué mejor argumento podría haber, como dijo en una ocasión Marx, para que el capitalismo «desaparezca y dé paso a un estado más alto de producción social» [*to be gone and to give room to a higher state of social production*]?<sup>7</sup>.

Pero eso es más fácil de decir que de hacer. Implica, por supuesto, la configuración de un proyecto político, algo a lo que no podemos esperar hasta que sepamos todo lo que debemos saber, ni siquiera a entender todo lo que Marx nos dejó por escrito. Marx nos presenta en el libro primero de *El Capital* nuestra realidad como en un espejo, urgiéndonos a actuar, y deja claro que cuanto hacemos debe tener como eje la política de clase, la lucha de clases. De por sí, esto no suena particular-

---

<sup>7</sup> K. Marx, *Grundrisse – Das Kapital vom Kapital – Heft VII*, en MEW, vol. 42, cit., p. 642 [en inglés en el original; ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, cit., vol. II, p. 282].

mente revolucionario; pero durante el último cuarto de siglo muchos de nosotros hemos vivido en un mundo en el que se nos ha dicho una y otra vez que la clase es irrelevante, que la propia idea de lucha de clases está tan pasada de moda como para que solo interese a dinosaurios académicos. Pero cualquier lectura sería de *El Capital* muestra irrefutablemente que no vamos a ningún sitio a menos que escribamos LUCHA DE CLASES con letras bien grandes en nuestros estandartes políticos y marchemos al ritmo de sus tambores.

Tenemos sin embargo que definir mejor lo que eso podría significar para nuestro momento y lugar. En su propia época Marx dudaba con frecuencia en cuanto a lo que había que hacer exactamente, qué tipo de alianzas políticas tendrían sentido, qué tipo de objetivos y reivindicaciones debían formularse. Pero lo que nos muestra también es que incluso inmersos en tales incertidumbres, no podemos dejar de actuar. Los cínicos y escépticos suelen objetar que los marxistas tratan de reducir las cuestiones, digamos, de naturaleza, género, sexualidad, raza, religión o cualquier otra a términos de clase, y que eso es inaceptable; mi respuesta es: en absoluto. Esas otras luchas son claramente importantes y deben ser afrontadas en sus propios términos; pero, añadiría yo, es raro que cualquiera de ellas no contenga una significativa dimensión de clase, cuya solución es necesaria, aunque nunca suficiente, para desarrollar, digamos, una política antirracista o ecologista adecuada.

Considérese, por ejemplo, el impacto de la crisis de las llamadas hipotecas basura sobre las condiciones de vida en la ciudad de Baltimore: una cantidad desproporcionada de familias negras y monoparentales (principalmente a cargo de mujeres) han sido desposeídas de su derecho a la vivienda, y en algunos casos de otros bienes, en el curso de una despiadada guerra de clases de acumulación por desposesión. En tal situación no podemos abstraer la categoría de clase ni negar su relevancia. Tenemos que dejar de ponernos nerviosos y aturullarnos al hablar de la clase y de movilizar estrategias políticas en torno a la noción de guerra de clases.

Pero existe, por supuesto, una razón para esos silencios vanos. La clase es la categoría que los poderes no quieren tomarse de ningún modo en serio. El *Wall Street Journal* se burla sarcásticamente de cualquier tufillo de guerra de clases, a su juicio gratuitamente divisor, cuando en realidad esa idea debería invitarnos a afrontar sus dificultades. La elite dominante no quiere admitir abiertamente, y menos aún debatir, aquello en lo que está comprometida, su estrategia de clase para aumentar su riqueza y su poder.

Aquello en lo que más insiste Marx una y otra vez es en que el concepto de clase, con toda su ambigua gloria, es indispensable, tanto para la teoría como para la acción. Pero hay mucho que hacer para que esa categoría funcione. Por ejemplo, una de las cuestiones que surgen de la lectura de *El Capital* es el necesario examen de las relaciones entre las luchas en torno a la acumulación originaria y la acumulación por

desposesión, por un lado, y las luchas de clase típicamente desarrolladas en el lugar de trabajo y en el mercado laboral, por otro. No siempre es fácil coordinar ambas formas de lucha; pero me resulta difícil ignorar la vasta diversidad de luchas en todo el mundo contra la desposesión, aunque algunas de ellas no sean más que una forma particularmente retrógrada de política del tipo «no-en-mi-patio». La división entre esas dos grandes formas de lucha de clases es muy dañina políticamente, y Marx nos enseña en su capítulo sobre «la jornada laboral» que las alianzas son importantes y que es difícil ir a ningún lado sin ellas, porque la clase capitalista acumula capital por cualquier medio a su alcance, lo que significa a expensas del resto de nosotros. Los capitalistas se hacen asquerosamente ricos mientras todos los demás se estancan o sufren. Ese privilegio y poder de clase, dice Marx, debe ser combatido y destruido para abrir camino a otro modo de producción.

Pero lo que también nos enseña el libro primero de *El Capital* es que el desplazamiento de un modo de producción por otro es un proceso largo y complicado. El capitalismo no sustituyó al feudalismo mediante una clara transformación revolucionaria, sino que tuvo que crecer en los intersticios de la vieja sociedad e ir la sustituyendo pieza a pieza, a veces mediante la fuerza, la violencia, la depredación y la expropiación de bienes, y en otras ocasiones mediante la sutileza y la astucia, y a menudo perdió batallas contra el viejo orden aunque finalmente ganara la guerra. Además, a medida que alcanzaba cierto poder, tenía que construir su alternativa partiendo de las tecnologías, relaciones sociales, concepciones mentales, sistemas de producción, relaciones con la naturaleza y pautas de la vida cotidiana que se habían constituido desde hacía mucho tiempo bajo el orden precedente. Se requirió una coevolución y un desarrollo desigual de esos distintos aspectos de la totalidad social (véase el capítulo VI) antes de que encontrara no solo su base tecnológica propia, sino también su sistema de creencias y concepciones mentales, su configuración, inestable pero claramente clasista, de las relaciones sociales, sus curiosos ritmos espacio-temporales y sus igualmente extraños estilos de vida cotidiana, por no hablar de sus procesos de producción; antes de que fuera verdaderamente posible decir que aquello era capitalismo, aunque cambiara constantemente de respuesta a sus propias e inevitables contradicciones.

Comencé este libro recomendando leer a Marx con sus propias palabras. Obviamente, mi opinión acerca de esas palabras ha desempeñado un papel crucial en el mapa mental que he tratado de construir como guía. Mi propósito no era persuadir al lector de que me halló en posesión de la línea correcta, la lectura correcta, sino ante todo de abrir una vía para que cada uno construya su propio significado e interpretación. Sé que a mucha gente le resultará discutible mi lectura, y en realidad debería serlo para todos, en su totalidad o en parte. Para mí, la segunda tarea crucial es abrir un espacio de diálogo y debate para volver a poner de nuevo en el centro de

la escena la visión marxista del mundo, tanto intelectual como políticamente. Las obras de Marx tienen demasiado que decirnos con respecto a los peligros de nuestra época como para dejarlas abandonadas en el basurero de la historia. Dados los acontecimientos de los últimos años, debería ser evidente que necesitamos ir más allá de la sabiduría tradicional heredada. «Los acontecimientos –escribió Henri Lefebvre en su librito sobre el estallido revolucionario de 1968– desmienten las previsiones; en la medida en que los acontecimientos son históricos, trastornan los cálculos. Pueden incluso dismantelar estrategias que promovieron su aparición [...]; sacan a los pensadores de sus confortables sillones y los arrojan a un mar de contradicciones.<sup>8</sup>» No podría haber un momento mejor para estudiar cuidadosamente las contradicciones internas del capitalismo y las obras de aquel soberbio dialéctico que tanto hizo para presentarlas luminosamente transparentes.

Aunque las concepciones mentales no pueden cambiar por sí solas el mundo, las ideas son, como observó el propio Marx, una fuerza material en la historia. Marx escribió *El Capital* para equiparnos mejor para ese combate; pero tampoco existe una vía fácil hacia la victoria, del mismo modo que no hay una «calzada real para la ciencia». Como dejó dicho Bertolt Brecht en *Die Maßnahme* (1930),

*Euer Bericht zeigt uns, wieviel  
Nötig ist, die Welt zu verändern:  
Zorn und Zähigkeit, Wissen und Empörung  
Schnelles Eingreifen, tiefes Bedenken  
Kaltes Dulden, endloses Beharren  
Begreifen des Einzelnen und Begreifen des Ganzen:  
Nur belehrt von der Wirklichkeit, können wir  
Die Wirklichkeit ändern<sup>9</sup>.*

---

<sup>8</sup> Henri Lefebvre, *L'Irruption de Nanterre au sommet*, París, Éditions Anthropos, 1968.

<sup>9</sup> Vuestro informe nos muestra cuánto / hace falta para cambiar el mundo: / coraje y audacia, conocimiento e indignación, / iniciativa veloz, profunda reflexión, / fría paciencia, infinita perseverancia, / comprensión de lo particular y comprensión de la totalidad. / Solo instruidos por la realidad podremos / cambiar la realidad.



# Índice

<i>Prefacio</i> .....	5
<i>Introducción</i> .....	9
I. MERCANCÍAS E INTERCAMBIO .....	23
Capítulo I. La mercancía, 23 – Capítulo II. El proceso de intercambio, 53	
II. EL DINERO .....	61
Capítulo III. El dinero, o la circulación de las mercancías, 61	
III. DEL CAPITAL A LA FUERZA DE TRABAJO .....	89
Capítulo IV. La transformación del dinero en capital, 89	
IV. EL PROCESO DE TRABAJO Y LA PRODUCCIÓN DE PLUSVALOR .....	111
Capítulo V. Proceso de trabajo y proceso de valorización, 113 – Capítulos VI y VII. Capital constante, capital variable y tasa de plusvalor, 129	
V. LA JORNADA LABORAL .....	135
Capítulo VIII. La jornada de trabajo, 135 – Capítulo IX. Tasa y masa de plusvalor, 159	

VI. PLUSVALOR RELATIVO.....	163
Capítulo X. El concepto de plusvalor relativo, 163 – Capítulo XI. Cooperación, 170 – Capítulo XII. La división del trabajo y la manufactura, 175	
VII. LO QUE REVELA LA TECNOLOGÍA .....	187
Capítulo XIII. Maquinaria y gran industria, 187	
VIII. MAQUINARIA Y GRAN INDUSTRIA.....	211
IX. DEL PLUSVALOR ABSOLUTO Y RELATIVO A LA ACUMULACIÓN DE CAPITAL .....	233
Capítulos XVII-XX. La remuneración del trabajo, 236 – Sección séptima. El proceso de acumulación del capital, 239 – Capítulo XXI. Reproducción simple, 242 – Capítulo XXII. La conversión del plusvalor en capital, 248	
X. LA ACUMULACIÓN DE CAPITAL .....	257
Capítulo XXIII. La ley general de la acumulación capitalista, 257	
XI. EL SECRETO DE LA ACUMULACIÓN PRIMITIVA.....	281
Capítulo XXIV. La llamada acumulación originaria, 286 – Comentario, 295	
<i>Reflexiones y pronósticos .....</i>	<i>305</i>

El desarrollo de la mayor crisis del capitalismo desde los tiempos de la Gran Depresión ha despertado un renovado interés por la obra del gran pensador de la izquierda, interés sustentado en la necesidad de comprender las razones estructurales de la explosiva desigualdad global que padecemos.

Durante cuarenta años, David Harvey ha impartido cursos y conferencias sobre *El Capital*, hasta el punto de convertirse en uno de los más acreditados conocedores de la obra de Karl Marx. Sobre esta base, este libro pretende servir de guía introductoria y acercar la obra y el pensamiento de Marx a un público más amplio, acompañando a los primeros lectores de *El Capital* por los vericuetos de un texto fascinante y, a menudo, desconocido.

Si hace más de un siglo la publicación de *El Capital* cambiaba de forma determinante el curso de la historia y construía el pensamiento crítico que marcaría el desarrollo futuro de la izquierda, hoy, con un capitalismo galopante en crisis, leer y comprender esta obra fundamental es, más que un acto de rebeldía, una decidida apuesta por cambiar nuestro presente y el futuro de las nuevas generaciones.

«Ninguna reseña breve puede hacer justicia a esta formidable obra... esencial.»

MICHAEL PERELMAN, *Choice*

«David Harvey revolucionó su campo de estudio y ha inspirado a una generación de intelectuales radicales.»

NAOMI KLEIN

**David Harvey** es Distinguished Professor of Anthropology and Geography en el Graduate Center de la City University of New York (CUNY) y director del Center of Place, Culture and Politics de la misma universidad.

En Ediciones Akal ha publicado *Espacios de esperanza* (2003), *El nuevo imperialismo* (2004), *Espacios del capital* (2007), *Breve historia del neoliberalismo* (2007), *Paris, capital de la modernidad* (2008), *El enigma del Capital y las crisis del capitalismo* (2012) y *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana* (2013).



[www.akal.com](http://www.akal.com)



akal

*Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.*